





Accessions

115761

Shelf No.

21600.85

vol. 4



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec<sup>d</sup> Apr. 26<sup>th</sup> 1871









Digitized by the Internet Archive  
in 2024 with funding from  
Boston Public Library











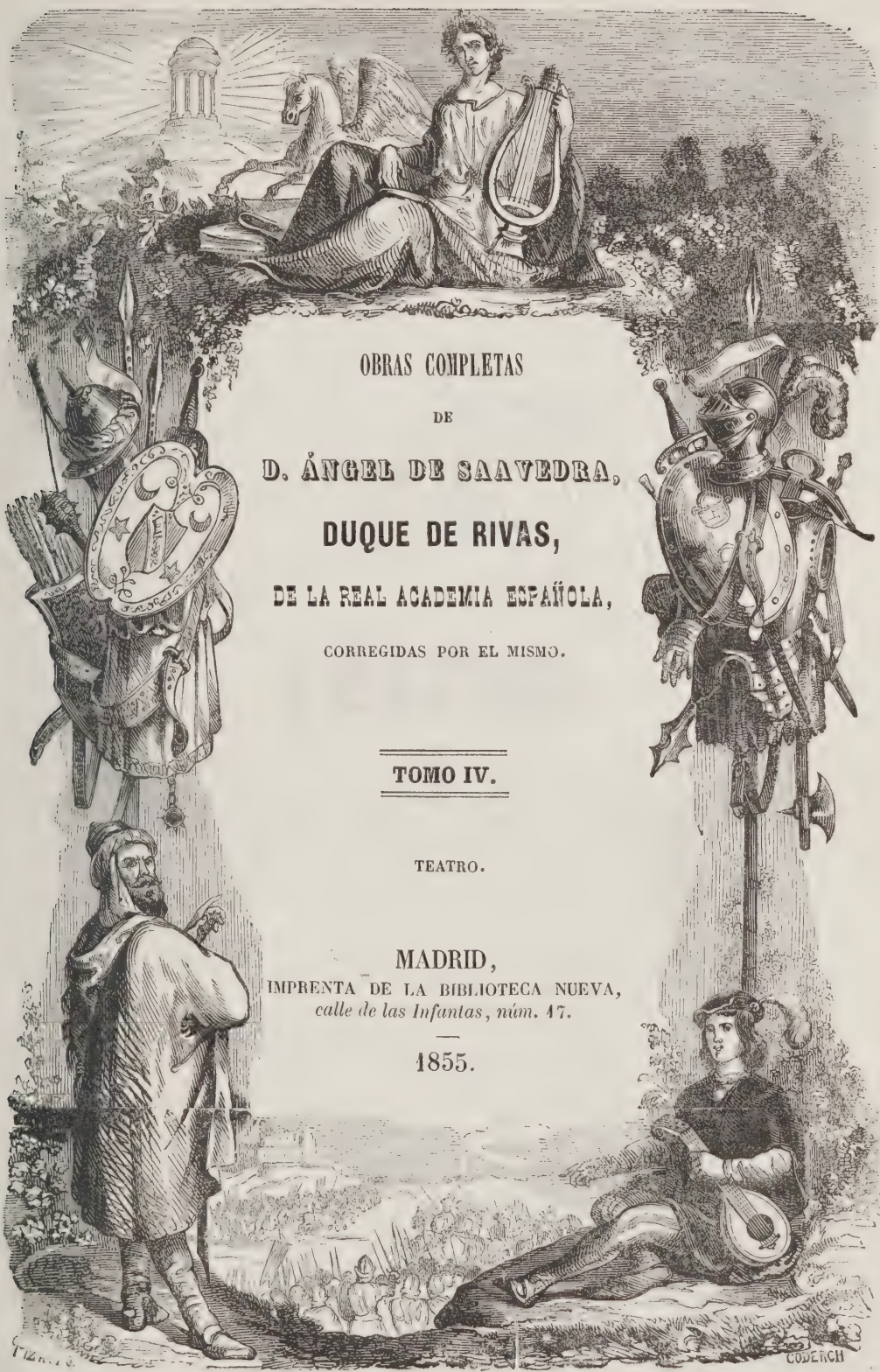




DUQUE DE RIVAS.







115761

G. J.



TEATRO.





## ADVERTENCIA.

---

No habiendo podido el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco por las circunstancias políticas, escribir el Prólogo de este cuarto tomo, insertamos en su lugar la siguiente carta que dirigió al autor la víspera de salir para Roma á una mision importante.

*Excmo. Sr. Duque de Rivas.*

Mi querido amigo y paisano: Dos veces he tomado la pluma para escribir el prólogo que le ofrecí para su cuarto tomo: dos veces he comenzado á coordinar y estender mis ideas acerca de sus obras dramáticas; y sin embargo, el prólogo no se ha escrito ni puede ahora concluirse, y en lugar suyo va esta carta, breve, desaliñada, y superficial. Hay propósitos que no tienen fortuna. Yo emprendí éste en los ócios del verano último; y he aquí que esos ócios se trocaron en la agitacion de una gran revuelta, en los azares de una lucha civil, en el estruendo y clamoréo de una batalla, á cuya terminacion me ví llevado á una esfera

donde no podia pensarse en teatro ni en literatura. Pasó aquello , como pasa todo : quise reanudar los hilos abandonados de mi discurse : tomé nuevamente la pluma ; y he aqui que otro motivo de interés público viene á levantarse delante de mi voluntad , y tengo que partir de Madrid , sabe Dios si por poco ó por mucho tiempo. Nueva detencion y nuevo embarazo ; y entre tanto la edicion se tira , porque los suscritores aguardan con impaciencia uno de sus mas ricos y mas deseados volúmenes.

No pierden ellos , á la verdad , nada con la falta de mi prólogo , como no pierden ni desmerecen los dramas de V. — ¿Qué importa para éstos , en su merecido crédito y en su notoria belleza , que los preceda ó los acompañe un razonamiento machucho y pesado , donde se analizen esas propias cualidades , que los lectores sienten desde sus primeras escenas , y que el público entero conoce , porque los ha visto ú oído cien veces , dado que no los sepa de memoria ? ¿Qué falta pueden hacer , no digamos los encomios , pero ni los juicios , qué encomios serán al cabo , ni al *Desengaño en un sueño* , el primer drama fantástico de nuestra moderna literatura , comparable en profundidad con lo mas profundo que haya salido de Alemania , á la par que revestido con toda la gala poética de Calderon ; ni al *Don Alvaro* , verdadero Edipo de la musa católica , tan original , tan trágico , incomparablemente mas bello para nosotros que el del mismo Sófocles ? — Quién puede perder , quién pierde sin duda soy yo : yo , que pensaba colocar mis ideas en tan buena compañía , y aprovechar esa ocasion oportuna para emitir algunos juicios , que quizá no son comunes , y que no tengo á pesar de esto por desacertados. Yo soy quien pierdo , en mi vanidad de literato y de crítico , habiendo de guardar para otra ocasion mis teorías y mi sistema , y dudando que vuelva á presentarme otra como la que la amistad de V. me preparaba : el prólogo de un libro que leerá todo el mundo ; la introduccion á unos dramas , cuyos reflejos fascinadores echarian luz sobre la oscuridad de mis pobres , aventurados pensamientos !

Pero sea de ello lo que fuere , V. sabe que hay un principio de ley , mas que de ley , de razon , que nos exime de lo que absolutamente supera á nuestro alcance. No tiene V. necesidad de invocarlo para con el público ; que dando tales manjares , de seguro no se le pedirán escasas migajas. Yo soy quien lo invoco para con V. : yo , que al cabo

ofreci , y que sin duda habria debido llenar mi oferta. Sirvame, pues, de excusa ese principio ; y dispénseme V. por hoy de lo que hubiera hecho, no solo con orgullo y complacencia por celebrar una gloria que siempre he admirado, sino todavía mas como testimonio del aprecio y afecto mas sinceros , con los que soy su seguro servidor y paisano,

Q. S. M. B.

JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

*Madrid, 10 de febrero de 1855.*





TANTO VALES  
CUANTO TIENES,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

---

## PERSONAS.

---

DON BLAS, <i>rico negociante venido de Lima.</i>	DON SIMEON, <i>viejo usurero.</i>
DON ALBERTO, <i>su hermano.</i>	PASCUAL, <i>criado.</i>
DOÑA RUFINA, <i>su hermana.</i>	ANA, <i>criada.</i>
DON MIGUEL, <i>capitan de caballería, su primo.</i>	PERICO, FAGO, <i>mozos que vienen á servir de lacayos.</i>
DOÑA PAQUITA, <i>hija de doña Rufina.</i>	UN EBANISTA.
DON JUAN, <i>amante de doña Paquita.</i>	DOS MANDADEROS <i>que no hablan.</i>

La escena es en Sevilla en casa de doña Rufina.

---

La decoracion es inmutable, y representa una sala de una casa particular ; al fondo una puerta (del cuarto destinado para don Blas) ; á la izquierda tres puertas ; (la primera que comunica con lo interior de la casa , la segunda al aposento de don Alberto, la tercera á los de doña Rufina y doña Paquita) y á la derecha otra puerta (que dá al corredor y escalera), y dos balcones que caen á la calle.



## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *con capa y sombrero.*

ANA. ¿Te vas ya á lucir el talle  
porque salió la señora...?  
¿O á la taberna?

PASCUAL. Habladora:  
barra, guise, friegue y calle.  
Voy adonde mandó el ama,  
que por mi gusto me fuera  
á mi cuarto, y me tendiera  
á descansar en la cama.

ANA. Muy bien te lo creo, sí,  
pues sabes solo hacer eso,  
mientras carga todo el peso  
de la casa sobre mí.  
(*Vase Pascual por la derecha.*)

### ESCENA II.

ANA. DOÑA PAQUITA.

DOÑA PAQUITA. Por Dios te lo ruego, Ana,  
ten de entrambos compasion.  
Don Juan frente del balcon  
pasó toda la mañana,  
y como á todos salir  
ha visto, en entrar insiste:  
en tí tan solo consiste  
anda, déjale subir.

ANA. ¡Qué bobera!

DOÑA PAQUITA. Ana, por Dios,  
algo que decirme tiene.

ANA. ¿Y si la señora viene  
y os atrapa aquí á los dos?

DOÑA PAQUITA. No ha de volver en buen rato,  
pues fue á andar toda Sevilla  
buscando muebles, vajilla,  
ropa, y el gran aparato

de recibir á este tio  
que desde Lima nos viene...  
ANA. Pues harto que buscar tiene.  
De que lo halle desconfío.  
DOÑA PAQUITA. A don Juan déjame ver,  
que sus señas dan aviso  
de que el hablarme es preciso,  
y no hay nada que temer.  
ANA. ¿Y que os tendrá que decir?  
DOÑA PAQUITA. Puede ser cosa importante.  
ANA. Lo que dice todo amante:  
que está por vos sin dormir,  
que os idolatra y adora,  
que por vos se ha de matar,  
que solo...  
DOÑA PAQUITA. Déjale entrar,  
y deja chanzas ahora.  
Hazlo por mí.  
ANA. Bueno es eso.  
DOÑA PAQUITA. Muévate mi llanto, Anita.  
ANA. ¡Válgame Dios, señorita!  
¿Usted ha perdido el seso?  
¿Cómo he de contravenir  
á lo que mandado tiene  
mi señora...? Pero él viene;  
la escalera va á subir;  
se ha colado de rondón.  
DOÑA PAQUITA. ¿Quien le abrió?  
ANA. ¿Quién...? ¡Pese á tal!  
El borracho de Pascual,  
que dejó abierto el portón.  
DOÑA PAQUITA. Toda tiemblo... El es... ¡Ay, Ana!  
ANA. ¿Qué apuro si la señora...  
DOÑA PAQUITA. Se irá al momento: tú ahora  
ten cuidado á esa ventana.

### ESCENA III.

ANA, á la ventana, DOÑA PAQUITA. DON JUAN.

DON JUAN. ¿Tras de tantas penas,  
Paquita Adorada,  
al fin logro verte...?  
Consuela mis ansias.  
¿Qué es esto, amor mio,  
que á los dos nos pasa?  
DOÑA PAQUITA. ¿Qué podré deciros?  
Que soy desdichada.  
DON JUAN. ¿De donde nacieron  
desventuras tantas?

Cuando en dulce lazo  
 iban nuestras almas  
 á gozar el premio  
 de amores sin tasa,  
 tu tío gozoso,  
 tu madre encantada  
 de ver el cariño  
 que por tí me abrasa;  
 de pronto me encuentro,  
 sin saber la causa,  
 con que me prohiben  
 entrar en tu casa,  
 con que me desdennan,  
 me insultan, me ultrajan,  
 deshecho el contrato,  
 rota la palabra,  
 muertos los cariños,  
 las puertas cerradas.

Paquita, ¿qué es esto?

¿Por qué tal mudanza?

DOÑA PAQUITA.

¿No lo habeis ya visto  
 en aquella carta  
 que ayer pude echaros  
 por esa ventana?

DON JUAN.

¡Ay, Paquita mía,

Lo que ella relata  
 confusiones nuevas  
 ha dado á mi alma.

No sé qué de Indias  
 en ella me hablas,

y de un cierto hermano  
 que tu madre aguarda,  
 y cuya venida...

DOÑA PAQUITA.

Sí, la sola causa  
 de todas las penas  
 que en nosotros pasan  
 es venir un tío  
 que nadie esperaba.

DON JUAN.

¿Quién es ese tío  
 de quien ya se habla  
 por toda Sevilla,  
 y con su llegada  
 rompe de tal modo  
 tales esperanzas?

De este laberinto  
 por tu amor me saca.

DOÑA PAQUITA.

¿Y tengo yo tiempo  
 de esplicaros nada?  
 Tiemblo de miraros  
 dentro de esta casa;  
 ya el veros ha dado  
 consuelo á mi alma.



DON JUAN. No quiero afligiros.  
 ¿Quereis que me vaya?  
 DOÑA PAQUITA. ¡Ay, don Juan!  
 DON JUAN. ¡Paquita!  
 ¿qué te sobresalta?  
 Casi me parece  
 que te hallo mudada.  
 Seis dias sin vernos,  
 y solo una carta,  
 y esa tan confusa  
 y tan breve...  
 DOÑA PAQUITA. Y gracias  
 que escribirla pude.  
 Soy muy desdichada.  
 ANA. (*Se oye ruido.*)  
 ¡Ay Dios! Señorita,  
 ¿oye usted la danza  
 que traen allá dentro  
 los gatos?  
 DOÑA PAQUITA. Vé, Ana,  
 pero vuelve pronto. (*Vase Ana.*)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* ANA.

DOÑA PAQUITA. Y usted...  
 DON JUAN. ¿Qué me mandas?  
 DOÑA PAQUITA. Si mi madre viene...  
 DON JUAN. ¡Ah, que tengo el alma  
 de temores llena!  
 Mil dudas me asaltan.  
 ¡Paquita! ¡Paquita!  
 ¿Es todo una farsa,  
 todo fingimiento,  
 porque ya te cansan  
 mi amor, mi ternura,  
 mi fé y mi constancia...?  
 ¡Ay que las mugeres  
 todas sois voltarias!  
 Por piedad al menos,  
 pues vine á tu casa  
 donde me han traído  
 mi amor y mi audacia,  
 las dudas crueles  
 que atroces desgarran  
 mi angustiado pecho  
 por piedad aclara.  
 Si ya me aborreces,  
 si mi amor te cansa,

si en otros amores  
tu pecho se abrasa,  
no busques en Indias  
embrollos y tramas.  
Con franqueza dilo,  
y verás, ingrata,  
que por complacerte  
sabré...

DOÑA PAQUITA.

Basta, basta;  
al fin eres hombre,  
y como hombre hablas.  
De que no merezco  
tus duras palabras  
y reconvenciones,  
pruebas tienes claras.  
¡Ay si mis suspiros  
y llanto escucharas,  
y advertir supieras  
lo que aquí en el alma  
por tu amor y ausencia  
de continuo pasa,  
no injusto me dieras  
el nombre de ingrata.  
¡Mas por qué me canso  
¡ay desventura!  
en satisfacerte  
cuando así me ultrajas...?  
Dices que en las Indias  
embrollas y tramas  
busco por perderte.  
¡Oh cuanto te engañas!  
Contenta mi madre,  
contenta trataba  
nuestro casamiento,  
cuando por desgracia  
de un tío que en Lima  
hace tiempo estaba,  
y á quien no conozco,  
recibimos carta,  
pintando riquezas  
y montes de plata,  
con que dice vuelve  
riquísimo á España.  
Es soltero y viejo,  
y enfermo, y...

DON JUAN.

Bien, calla,

que te entiendo, aleve.

DOÑA PAQUITA.

¡Que entiendes...? Aguarda.

Mi tío, que llega  
de hoy á mañana  
de partir sus bienes  
con mi madre trata,

quien desvanecida  
con tal esperanza,  
desdeña tu boda  
y á boda mas alta...  
DON JUAN. ¡Ay de mí infelice.  
DOÑA PAQUITA. No, no, que mi alma  
es tuya, y ó tuya  
ó de nadie.  
DOÑA RUFINA. (*Dentro.*) Ana.  
DON JUAN. ¡Pues bueno el descuido está!  
¡Quien dejó el porton abierto?  
DON JUAN. (*Sorprendido.*)  
¡Ay, que nos han descubierto,  
DOÑA PAQUITA. ¡Ay Dios mio, que es mamá!

ESCENA V.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN. DOÑA RUFINA, *de saya y mantilla, por la derecha.*

DOÑA RUFINA. (*Saliendo.*)  
¡Jesus que escalera tan...!  
(*Repara en don Juan y en su hija.*)  
Mas ¡lindo cuadro por Dios!  
¿Con qué así encuentro á los dos,  
á la niña y al galan...?  
Hija, Paquita, ¿qué es esto...?  
La desvergüenza me place.  
¿Y en mi casa usted qué hace?  
Don Juan, á la calle, y presto.  
DON JUAN. Yo no sé lo que me pasa.  
Mi tranquilidad perdida...  
DOÑA RUFINA. ¿No le he dicho que en su vida  
ponga los pies en mi casa?  
DON JUAN. Pero, señora...  
DOÑA RUFINA. Marchad,  
marchad al punto de aquí.  
DOÑA PAQUITA. ¡Ay mamá...! ¡Triste de mí!  
DOÑA RUFINA. Calla, Paquita.  
DON JUAN. Escuchad.  
DOÑA RUFINA. ¿Qué he de escuchar, insolente?  
Salid de esta casa luego.  
DOÑA PAQUITA. ¡Mamá...! por piedad os ruego...!  
DOÑA RUFINA. Salid pues. Niña, detente. (*Vase D. Juan.*)

ESCENA VI.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA.

DOÑA PAQUITA. ¡Mamá!



DOÑA RUFINA.

No hay mamá, Paquita.  
Este don Juan ó don necio  
solo merece desprecio,  
y su pesadez me irrita.

## ESCENA VII.

DOÑA PAQUITA, DOÑA RUFINA, ANA.

ANA.

El puchero y los dos platos,  
que eran todo nuestro ajuar,  
los han echado á rodar  
los malditísimos gatos.

(Repara en doña Rufina.)

¡Mas ay!

DOÑA RUFINA.

¿Te asustas...? ¡ladina...!  
No pienses, no, que me engaña  
la ridícula maraña  
que has urdido en la cocina.

ANA.

Tuya es la culpa, embrollona.

DOÑA RUFINA.

Los gatos fueron, señora.

ANA.

No hablo de gatos ahora.

DOÑA RUFINA.

¿Pues de qué?

¿De qué, bribona?

De tu descuido y no mas.

¿No te dí orden terminante  
de que entrar á ese tunante

no permitieras jamás?

ANA.

¿A quién...? Nada sé.

DOÑA RUFINA.

¿No sabes?

ANA.

¿Pero porqué es esta riña?

DOÑA RUFINA.

Otra vez tendré á la niña

debajo de veinte llaves.

No fuera malo que yo

á un orterilla quisiera

por yerno. ¡Bueno estuviera!

¿Quien tal cosa imaginó?

DOÑA PAQUITA.

Pues mamá, no hace ocho dias

que usted lo solicitaba,

y solo me aconsejaba

que amable...

DOÑA RUFINA.

Bachillerías

son esas que no permito,

mocosa. ¿Tú has olvidado

que la suerte se ha mudado...?

No repliques, que me irrita.

Acaba de convencerte

de que si en don Juan pensé,

para dar remedio fué

á nuestra apurada suerte;

mas ya que viene tu tio  
nuestras deudas á pagar,  
y la casa á levantar,  
casarte mejor confio.  
DOÑA PAQUITA. ¿ Pero si mi abuelo era  
un miserable barquero,  
y solo de marinero  
á Lima fue...?  
DOÑA RUFINA. Bachillera,  
calla. (*A Ana.*) ¿ Tu, qué haces ahí?  
¿ Lo que decimos oyendo?  
Márchate al punto.  
ANA. (*Aparte.*) Ya entiendo  
por lo que me echa de aquí.  
Como si toda Sevilla  
de esta familia la historia  
no supiera de memoria  
mas que un niño la cartilla. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA PAQUITA, DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. Y tú...  
DOÑA PAQUITA. Pues qué, ¿ suficiente  
no era haberme yo casado  
con un mercader honrado  
que tiene...  
DOÑA RUFINA. Calla, imprudente.  
Tu lengua sea maldita.  
¿ Quién en recordar te mete  
si fue barquero ó grumete  
mi padre...?  
DOÑA PAQUITA. ¿ Es malo?  
DOÑA RUFINA. Paquita,  
lo que fue y está olvidado,  
no se debe recordar.  
Y solo hemos de pensar  
en lo que en lustre ha ganado  
nuestra familia. Casada  
he estado con un marques  
de segundas...  
DOÑA PAQUITA. Solo un mes.  
DOÑA RUFINA. Mas de todos soy llamada  
mi señora la marquesa.  
DOÑA PAQUITA. Y todos tambien, mamá...  
DOÑA RUFINA. Bien; ¿ y á mi que se me da?  
Me envidian, y no me pesa.  
Que me quiten el dictado,  
y el ser mi hermano un señor

comisario ordenador  
con su uniforme bordado.  
DOÑA PAQUITA. Lo hizo la junta central ;  
y lo que en ello gastó  
ahora lo quisiera yo  
para no pasarlo mal.  
DOÑA RUFINA. Me desesperas. Por cierto  
pagas muy bien el afán  
en que de continuo están  
don Miguel y don Alberto ,  
grados y honores buscando...  
y su continua contienda  
en darnos honor...  
DOÑA PAQUITA. La hacienda  
como el humo disipando ,  
y mi tío don Miguel...  
¿ por qué no va al regimiento...?  
DOÑA RUFINA. (*Con impaciencia.*)  
Ya no tengo sufrimiento ;  
me está llevando Luzbel.  
Bestia , incapaz , habladora ,  
¿ qué alma tienes tan vulgar !  
Nunca he podido lograr  
que aprendas á ser señora.

## ESCENA IX.

DOÑA PAQUITA. DOÑA RUFINA. DON ALBERTO, *que viene de la calle.*

DON ALBERTO. Tus voces oye cuanta gente pasa.  
¿ Con quién tan sofocada estás , Rufina ?  
¿ Siempre ha de haber pendencia en esta casa ?  
DOÑA RUFINA. ¿ Con quién la he de tener ? Con tu sobrina ,  
que con su necedad y sus amores  
me aburre , y sin cesar me desatina.  
Despreciando los títulos y honores  
por ese mercachifle , dice cosas  
que hacen salir al rostro las colores.  
DON ALBERTO. ¿ Cómo ha de ser , hermana ! Caprichosas  
son siempre las muchachas.  
DOÑA PAQUITA. Solamente  
yo le decia...  
DOÑA RUFINA. ¿ Replicarme aun osas... ?  
Retrónicas no quiero , impertinente.  
vete á tu cuarto.  
DOÑA PAQUITA. Voy...  
DON ALBERTO. Déjala.  
DOÑA RUFINA. Alberto ,  
sufrir no puedo mas á esta insolente.  
(*Vase doña Paquita.*)

## ESCENA X.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

*(Doña Rufina se quita la mantilla y la pone sobre una silla.)*

DON ALBERTO. Sosiégate hermana , pues.  
DOÑA RUFINA. Y bien , ¿ qué has adelantado ?  
DON ALBERTO. Eso iba yo á preguntarte ;  
porque yo , poco.

DOÑA RUFINA. Yo algo.  
A fuerza de ofrecimientos ,  
de labia , ruegos y halagos ,  
corriendo toda Sevilla ,  
la carta de nuestro hermano  
de puerta en puerta leyendo ,  
y sobre ella ponderando ,  
conseguí del ebanista ,  
que vive en calle de Francos ,  
una cómoda , un sofá ,  
una mesa y lava manos ,  
con que pondremos decente  
al menos de Blas el cuarto.  
Tambien de aquella prendera ,  
fina como el mismo diablo ,  
que tiene en el Arenal  
su prendería , he logrado  
seis sábanas , dos colchones ,  
tres cortinas , y un armario.  
¿ Pero ay Alberto ! ¿ Qué gente !  
¿ Y se llamarán cristianos !  
DON ALBERTO. ¿ Pues qué hicieron ?  
DOÑA RUFINA. ¿ Qué han de hacer ?  
Pícaros , desconfiados ,  
de mi título y tu empleo  
burlarse los plebeyazos ,  
y de la carta de Blas  
hacer solamente caso.

DON ALBERTO. Una carta de las Indias  
hace , Rufina , milagros.

DOÑA RUFINA. ¡ Ah , que ya se me olvidaba !  
El repostero italiano ,  
el que gobierna la casa  
del marqués de Castilblanco ,  
tambien alquilar ofrece  
dos fuentes y cuatro platos  
de plata , con sus cubiertas ,  
mantel , servilletas , vasos...  
finalmente , todo aquello



que parezca necesario  
para los primeros días.

DON ALBERTO. Pues entonces bien estamos,  
y salimos del apuro.

DOÑA RUFINA. Sí salimos; pero el caso  
es que todos me pedían  
el dinero adelantado,  
y solo á fuerza de fuerzas  
á la fin se conformaron  
á dar los dichos efectos  
con tal de que nuestro hermano  
en cuanto llegue á Sevilla  
dé la cara á todo.

DON ALBERTO. Al cabo  
eso, Rufina, no importa,  
porque á lo menos logramos  
que Blas el primer momento  
nos encuentre en cierto estado  
de decencia.

DOÑA RUFINA. Mas si al punto  
de su llegada á asaltarlos  
comienzan los acreedores...

DON ALBERTO. No faltará de engañarlos  
nuevo medio. Y detenerlos  
un par de días acaso  
no será difícil.

DOÑA RUFINA. Es  
hasta pescar necesario  
que no vengan á molerle.  
DON ALBERTO. Pues eso digo...

DOÑA RUFINA. Y tú, hermano,  
¿has hecho también negocio?  
DON ALBERTO. Nada, Rufina.

DOÑA RUFINA. Es bien raro,  
DON ALBERTO. Encontré los dos gallegos  
que servirán de lacayos,  
y á las tres han de venir,  
pero pienso será en vano.  
Porque aquellas dos libreas  
que en tu boda se estrenaron,  
no las suelta el carbonero  
aunque le muelan á palos.  
Porque dice que no afloja  
la prenda hasta estar pagado.

DOÑA RUFINA. ¡Qué gentuza tan infame!  
Si son unos ladronazos.

DON ALBERTO. El bribon del montañés,  
que tiene hace mas de un año  
empeñado mi uniforme,  
tampoco quiere soltarlo,  
y ves la falta que hace  
para recibir...

DOÑA RUFINA.  
DON ALBERTO.

Es claro.  
La demanda por la renta  
de la casa no he logrado  
suspender por mas que hice,  
y va con Blas á afrentarnos  
si llega la ejecucion,  
como temo...

DOÑA RUFINA.  
DON ALBERTO.

Será un chasco.  
Pero el primo don Miguel...  
Está el pobre sin un cuarto.  
Desde que á Sevilla vino  
ese griego endemoniado,  
ese clérigo estremeño,  
aquel que los cerdos trajo,  
que sabe mas que Brijan,  
y que es un tahir...

DOÑA RUFINA.

No hablo  
de lo que en el juego gane,  
sino de que le he encargado  
que nos busque algun dinero  
aunque sea con quebranto,  
pues siempre los jugadores  
hallan quien les preste.

DON ALBERTO.

Cuando  
tallan ó están en fortuna;  
pero á los cucos...

DOÑA RUFINA.

Veamos  
si tienen sus diligencias  
favorable resultado,  
pues lo que nos interesa,  
como tú sabes, hermano,  
es que Blas no nos encuentre  
viviendo como gitanos,  
como perdidos.

DON ALBERTO.  
DOÑA RUFINA.

Seguro.  
Como que es, Alberto, claro.  
Esa generosidad  
de querer sus bienes darnos,  
no es cariño. ¿Qué cariño  
despues de treinta y dos años?  
Es que mi título, sea  
ó postizo ó bueno ó malo,  
al fin suena; y que tu empleo,  
aunque no es mas que honorario,  
tiene un vistoso uniforme,  
y su señoría al canto;  
y que es mucho gusto ver  
el nombre de uno estampado  
en la guia de forasteros.

DON ALBERTO.

Pero con decencia y fausto  
estos títulos y honores  
ayudar es necesario...

DOÑA RUFINA. Aunque sea haciendo trampas ,  
que sino dirá...  
(*Suena la campanilla del porton.*)  
DON ALBERTO. ¿Llamaron?  
DOÑA RUFINA. Si ; serán los mandaderos  
con los muebles y los trastos.  
DON ALBERTO. O los gallegos serán  
que han de servir de lacayos.  
No ; que es Miguel , nuestro primo,  
DOÑA RUFINA. ¿ Si habrá cumplido su encargo ?

## ESCENA XI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL.

DON MIGUEL. (*Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con des-  
pecho.*)  
Maldita mi suerte amen ,  
y ese clérigo estremeño  
mas negro que una sarten ,  
y de ganarle tambien  
maldito sea mi empeño.  
DON ALBERTO. ¿ Qué ha ocurrido ?  
DOÑA RUFINA. Primo , di.  
DON MIGUEL. Que la mejor ocasion  
de hacer un gran fortunon  
esta mañana perdi  
por ese griego bribon.  
DOÑA RUFINA Y DON ALBERTO. ¿ Cómo ?  
DON MIGUEL. Yo os lo contaré.

(*Se levanta de la silla.*)  
Fuime temprano á almorzar  
con el marqués del Molar ,  
y por fortuna le hallé  
al punto de despertar.  
Mientras salió de la cama  
le alabé de gran torero .  
diciéndole que el Romero  
jamás adquirió la fama  
que él tiene en el matadero .  
Despues le hablé de Juanilla ,  
la gitana que mantiene ,  
y de que un cantador viene  
de Sanlúcar á Sevilla  
que en el polo igual no tiene.  
Despues toqué la guitarra...  
Finalmente, le cogí  
diez duros , y desde allí  
á casa de nuestro Parra  
á buscar fortuna fui.  
La banca de cabecera

aun no habia comenzado.  
 Puse el burlote, fiado  
 en lo que el diablo quisiera,  
 y no fui muy desgraciado ;  
 pues veinte onzas mis diez duros  
 eran ya, con que creia  
 que iba á lograr en el dia  
 dar fin á nuestros apuros ;  
 ¡ tan buena suerte tenia !  
 Cuando el estremeño entró.  
 y detrás de mí se puso,  
 Manolito me advirtió  
 que lo dejára. Confuso  
 su consejo me dejó.  
 Pero una corazonada  
 de que le habia de matar ,  
 y el deseo de dejar  
 mi pérdida desquitada ,  
 hiciéronme continuar.  
 Solo dos tallas tiré.  
 ¡ Jamás hubiera tirado !  
 pues sin blanca y desbancando ,  
 queridos primos , quedé.  
 ¡ Mirad si soy desgraciado !  
 No lo hiciera peor , Miguel ,  
 un niño de la doctrina.  
 ¡ Y lo que sabes !

DOÑA RUFINA.

DON MIGUEL.

Rufina ,  
 nada aprovecha con él.  
 Tiene la vista muy fina.  
 Y entre tanto nada has hecho  
 de aquel tan urgente encargo.  
 Si tal , prima ; sin embargo  
 de mi rabia y mi despecho  
 por bocado tan amargo ,  
 fui á buscar un usurero  
 llamado don Simeon ,  
 tan hipócrita embustero  
 como taimado ladron ,  
 pero que presta dinero.

DOÑA RUFINA.

DON MIGUEL.

¿ Y sacastes algo por fin ?  
 A fuerza de batallar ;  
 de mentir y de jurar ,  
 logré al mísero ruin  
 algun poquito ablandar.  
 Pero á pesar de la sarta  
 de mis ofertas , no quiso  
 dar nada , y quedó indeciso  
 hasta ver de Blas la carta ;  
 y enseñársela es preciso.  
 ¿ Gran virtud la carta tiene ?  
 Y si es tan desconfiado ,

DOÑA RUFINA.



- ¿ por qué á casa el renegado  
á ver la carta no viene ?
- DON MIGUEL. Ya venia á toda priesa  
el cara de basilisco ,  
y al pasar por San Francisco  
oyendo tocar á misa  
entró , y con facha muy grave  
me dijo : Pues que ya sé  
la casa y la calle , iré  
en cuanto la misa acabe.
- DON ALBERTO. Estraña es su devocion.
- DON MIGUEL. Su conciencia es mas estraña ,  
pues no se halla en toda España  
mas desalmado ladron.
- DOÑA RUFINA. Dime , ¿ por qué cantidad  
le hablaste ?
- DON MIGUEL. Por cien doblones.
- DOÑA RUFINA. Es poco.
- DON ALBERTO. ¿ Qué te propones ?
- DOÑA RUFINA. Hay mucha necesidad.
- DON MIGUEL. ¿ Mas cual es tu pensamiento ?  
Pues con franqueza , Rufina ,  
mi imaginacion no atina  
con la razon de tu intento.
- DOÑA RUFINA. Que quiero que Blas nos halle  
viviendo cual caballeros ;  
no hechos unos pordioseros ;  
como quien dice en la calle.
- DON MIGUEL. Pues yo tengo otra opinion ,  
y juzgo que mejor fuera  
que en la indigencia nos viera  
para que la compasion...
- DOÑA RUFINA. ¿ Qué mal conoces , Miguel ,  
á estos hombres de fortuna... !  
Con pobreza cosa alguna  
sacar lograremos de él.  
Nuestros títulos y honores  
le mueven tan solamente ,  
y el encontrar á su gente  
en la clase de señores.  
Ademas sabes tambien  
que tres veces ha enviado  
dinero , y que confiado  
está en que se gastó bien.  
La primera vez mandó  
seis mil y tantos doblones ,  
que en pretender y en funciones  
mi hermano Alberto gastó.  
Envio poco despues  
diez mil pesos , que el demonio  
se llevó en mi matrimonio  
con mi difunto marqués ;

y há tres años recibimos  
 ocho mil, cuya mitad  
 se gastó en la necedad  
 de aquel pleito que perdimos,  
 y los demas para el juego  
 cual sabeis se destinaron:  
 y á la verdad que volaron  
 mas pronto que árbol de fuego.  
 Asi se ha hecho paz y guerra  
 de lo que Blas enviaba,  
 aunque tanto aconsejaba  
 que lo empleasemos en tierra.  
 y es preciso no olvidar  
 que siempre por no escamarle,  
 ni la voluntad quitarle  
 por si mas queria mandar,  
 le escribimos que en dehesas,  
 que en casas y en olivares,  
 cortijos, huerta, lagares  
 se empleaban sus remesas.  
 Y si ahora en resolucion  
 nos encuentra cual nos vemos,  
 mucho que temer tenemos  
 el que cambie de intencion.  
 El no piensa remediarnos.  
 fomentarnos sí, y si ve  
 nuestro estado, con el pie  
 nos dará para ayudarnos.  
 Rufina, tienes razon.  
 ¡Cómo si tengo!

DON ALBERTO.  
 DOÑA RUFINA.  
 DON MIGUEL.

Veamos  
 si con la carta ablandamos  
 al señor don Simeon.  
*(A doña Rufina.)*  
 Dime, ¿y dónde fue Pascual?  
 Al correo le he mandado,  
 pero como es tan pesado  
 el grandísimo animal,  
 tardará un siglo:

DON ALBERTO.

Yo creo  
 que ya llegó á Cádiz Blás,  
 y que tenemos verás  
 carta suya este correo.  
 Sin duda.

DOÑA RUFINA.  
 DON MIGUEL.

Pues si otra carta  
 satisfactoria viniera,  
 don Simeon se pusiera  
 con orejas de una cuarta.  
 Fuera muy bueno.

DON ALBERTO.  
 DON MIGUEL.

Sinó,  
 para el negocio acabar  
 y el hígado hacerle dar

otro espediente sé yo,  
 Dilo, y al punto se hará.  
 DON MIGUEL. Darle de tu hija las perlas,  
 pues yo aseguro que al verlas  
 tantos ojos habrá.  
 DON ALBERTO. ¿Qué perlas?  
 DON MIGUEL. Aquella sarta  
 tan gorda, luciente y fina,  
 que Blas embió á su sobrina  
 con quien nos trajo la carta.  
 DON MIGUEL. Un inconveniente tiene.  
 DON MIGUEL. ¿Y es!  
 DON MIGUEL. Que como Blas la envía  
 para que la niña el día  
 de su llegada la estrene,  
 si á notar la falta acierta...  
 DON ALBERTO. De las perlas no hay que hablar.  
 (Se oyen golpes de llamar al porton.)  
 DON MIGUEL. ¿Esos golpes son llamar...?  
 DON MIGUEL. Llamar sen.  
 DON MIGUEL. Ana, la puerta.  
 DON MIGUEL. ¿Si será don Simeon?  
 DON MIGUEL. (Con impaciencia.)  
 DON MIGUEL. Ana... ¿que llaman! Paquita...  
 DON MIGUEL. Ana... ¡Jesus qué maldita!

### ESCENA XII.

LOS MISMOS. ANA y DOÑA PAQUITA, que entran de prisa.

DOÑA PAQUITA. ¿Mamá?  
 ANA. ¿Señora?  
 DOÑA RUFINA. El porton. (Vase Ana.)

### ESCENA XIII.

LOS MISMOS, menos ANA.

DOÑA PAQUITA. ¿Qué me quiere usted, mama?  
 DOÑA RUFINA. Nada... Como cuando grito  
 en vano me desgãito,  
 te llamé...

### ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA.

ANA. A la puerta está

un hombre del otro siglo ,  
 un duende del purgatorio.  
 DOÑA RUFINA. (*Con enfado.*)  
 ¿Quién dices?  
 ANA. Un vejestorio ,  
 ó mejor diré un vestiglo.  
 DOÑA RUFINA. Sin duda será , Miguel ,  
 aquel que esperamos.  
 DON MIGUEL. Si ;  
 echa á estas niñas de aquí ,  
 que yo subiré con él. (*Vase don Miguel.*)

## ESCENA XV.

LOS MISMOS , ménos DON MIGUEL.

DOÑA RUFINA. Vete á tu cuarto , Paquita ,  
 y tú tambien. (*A Ana.*)  
 ANA. (*A doña paquita.*)  
 Que me place.  
 ¡No sabe usted qué bien hace  
 en echarnos , señorita !  
 Porque á las dos nos liberta  
 de un soponcio con no ver  
 á ese viejo Lucifer  
 de quien voy de miedo muerta.  
 DOÑA RUFINA. (*Con rabia.*)  
 ¿Qué demonio murmurais ?  
 ANA. Dábamos gracias á Dios  
 de que...  
 DOÑA RUFINA. ¡ Buenas sois las dos... !  
 Marchad , marchad , que estorbais.  
 (*Vanse las dos.*)

## ESCENA XVI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON , *vejete ridículo, vestido de negro con peluquin.*

DON MIGUEL. (*Con gran prosopopeya.*)  
 Marquesa prima , don Alberto primo,  
 aqui el sujeto está que tanto estimo,  
 don Simeon de Algarrapacoechea.  
 DON SIMEON. Y quien á usías complacer desea.  
 DOÑA RUFINA. Señor don Simeon , muy buenos dias.  
 Somos sus servidores  
 DON SIMEON. Dios á usías  
 de salud colme y bienes infinitos.



- DOÑA RUFINA. Alberto, acerca sillas.  
DON SIMEON. (*Aparte*) ¡Qué chorlitos!!!  
A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!  
(*Acerca don Alberto una silla.*)  
DON ALBERTO. Sentaos y descansad.  
DOÑA RUFINA. Sentaos, os ruego.  
DON SIMEON. Con permiso, que he estado de rodillas  
por un buen rato.  
DOÑA RUFINA. (*A don Miguel.*) Acerca otras dos sillas.  
(*Al sentarse don Simeon se rompe la silla, y cae de espaldas*)  
DON SIMEON. (*Al caer.*)  
¡Ay! Dios me valga y San Anton bendito.  
¡Jesus! ¡Qué fue...  
DON ALBERTO. ¡Mas como...  
DON MIGUEL. (*Con gran sobresalto.*) ¡Pobrecito!  
DOÑA RUFINA. ¡Que desgracia!  
DON SIMEON. (*En el suelo.*) ¡Ay de mí!  
DON ALBERTO. ¡Fatal porrazo!  
DON SIMEON. Dios me saque con bien el espinazo.  
DON MIGUEL. (*Ayudando á levantar á don Simeon.*)  
Alzad, que yo os sostengo. No fue nada.  
DON SIMEON. (*Levantándose.*)  
Una costilla he de tener quebrada.  
DOÑA RUFINA. ¡Terrible susto!  
DON SIMEON. (*Mirando á la silla.*)  
Sillas tan malditas  
son unas trampas de matar visitas.  
DON ALBERTO. Gracias á Dios, señor, que nada ha sido.  
DON SIMEON. Es malísimo aguero.  
DOÑA RUFINA. ¡Qué encogido  
que tengo el corazon...! Ana... muchacha,  
agua al momento. Tráemela; despacha.  
DON SIMEON. (*Registrándose todo el cuerpo.*)  
Un sueño me parece el estar sano.  
Pensé parar...  
DON MIGUEL. En el infierno; es llano.  
¡Un hombre como usted...  
DON ALBERTO. Pudiera...  
DOÑA RUFINA. Ana...  
¡El agua no traerás hasta mañana?  
¡Jesus que pesadez...! ¡Niñas!  
DON ALBERTO. Ya vienen.  
DOÑA RUFINA. Sangre de plomo las malvadas tienen.

## ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA.

- DOÑA PAQUITA. (*Asustada.*)  
¡Que voces! ¡Ay mamá...! ¡Qué ha sucedido...?

DOÑA RUFINA. Que este buen caballero se ha caído.  
 DON SIMEON. (*Aparte mirando á doña Paquita.*)  
 ¡Linda muchacha!  
 DOÑA RUFINA. Porque el vil criado  
 dejó una silla rota en el estrado  
 y por desgracia fue la que...

## ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. ANA, *que saca un vaso de agua en la mano.*

ANA. Señora,  
 aqui está el agua.  
 DOÑA RUFINA. ¡Tráesla á buena hora!  
 (*Repara en que trae Ana el vaso sin plato.*)  
 Pero ¿que es esto...? Pícara, bribona...  
 DON SIMEON. (*Reparando en Ana.*)  
 ¡Pues no es menos bonita la fregona!  
 DOÑA RUFINA. (*A Ana.*)  
 ¿Por qué no traes de plata la salvilla?  
 ANA. (*Burlándose.*)  
 ¿Cuál?  
 DOÑA RUFINA. La de plata.  
 ANA. ¿Cuál...? Viva Sevilla.  
 DOÑA RUFINA. Señor don Simeon, perdon le pido.  
 Bebed en este vaso, pues ha sido  
 que con la priesa y voces asustada  
 olvidó la salvilla la criada.  
 DON SIMEON. Mil gracias, mi señora la marquesa.  
 Ya el susto se ha pasado.  
 DOÑA RUFINA. No me pesa.  
 Pero yo he de beber... (*Bebe.*) á Dios las gracias  
 de que así se salió, que las desgracias  
 suceden sin saber como ni cuando.  
 (*Da el vaso á Ana, y á ella y á Paquita dice aparte.*)  
 Idos, mas sin quedaros escuchando,  
 cual teneis de costumbre.  
 ANA. ¡Buen aviso!  
 DOÑA PAQUITA. ¿Le gusta á usted el vejete...? (*Ap. á Paquita.*)  
 Es un Narciso.  
 ANA. ¡Que facha! ¡Que peluca!  
 DOÑA PAQUITA. Es buena pieza.  
 ANA. Siento que no se ha roto la cabeza. (*Vanse.*)

## ESCENA XIX.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. DON MIGUEL. DON SIMEON.

DOÑA RUFINA. En otra silla, señor...

DON SIMEON. perdon señora marquesa ,  
que no volveré á sentarme  
en otra silla.

DOÑA RUFINA. Está buena  
la que os ofrezco.

DON SIMEON. Señora,  
la que dió conmigo en tierra  
que estaba rota ignoraba  
su señoría , y pudiera  
ignorar tambien que está  
rota la que me presenta ;  
y si del golpe primero  
saqué la persona entera ,  
puedo sacar del segundo  
roto un brazo ó una pierna.  
Por tanto de pié resuelvo  
la visita hacer , y fuera  
bueno que no fuese larga ;  
no se hunda el suelo ó se venga  
alguna viga del techo  
á aplastarme la cabeza :  
porque esto de las desgracias  
es un plato de cerezas.

DON ALBERTO. No , que os habeis de sentar  
para enteraros.

DON SIMEON. ¿ No es buena ?  
¡ Si he dicho que no me siento !  
De pié escucho.

DOÑA RUFINA. Bien ; pues sea.  
Ya el capitan nuestro primo  
le habrá informado...

DON SIMEON. En urgencia  
me ha dicho que están usías.

DOÑA RUFINA. Como están cuantos derentas  
y de mayorazgos viven ,  
porque con tantas revueltas ,  
invasiones y mudanzas ,  
cambios de gobierno y guerras ,  
ni pagan nuestros renteros ,  
ni se pueden tomar cuentas  
á los administradores ,  
ni los productos nos llegan  
de nuestros estados , ni...

DON SIMEON. Tiempo há , señora marquesa ,  
que los que piden dinero  
tales trabajos alegan ;  
pero es lo malo , señora ,  
que en el mundo una peseta...  
¿ qué digo ? un solo real ,  
ni un maravedí se encuentra.

DOÑA RUFINA. Que recurran es forzoso  
las gentes de nuestra esfera

á honrados capitalistas...  
 DON SIMEON. Que son nécios y se dejan...  
 DOÑA RUFINA. Que son personas de bien,  
 y de apuros...

DON SIMEON. Pero es fuerza  
 dar muchas seguridades  
 á los que su sangre sueltan.  
 DON MIGUEL. Sin duda.

DON SIMEON. Pero los bienes  
 vinculados no aprovechan  
 para ofrecer garantía  
 cuando el dinero se presta.  
 DOÑA RUFINA. Lo mismo iba yo á decir.  
 DON SIMEON. Pues entonces...

DON ALBERTO. Pronto llega  
 un nuestro hermano que viene  
 de Lima, y cuyas riquezas  
 son tan grandes...

DON SIMEON. Tal me ha dicho,  
 si es que mal no se me acuerda,  
 vuestro primo el capitán.  
 DON MIGUEL. Pues este es el caso.

DOÑA RUFINA. Llega  
 de un momento á otro mi hermano,  
 cuyo caudal en moneda  
 sube á trescientos mil duros.  
 DON SIMEON. ¡Hola!

DOÑA RUFINA. Y tiene alma tan buena  
 que todo entre su familia  
 repartirlo al punto piensa.  
 DON SIMEON. ¿Con qué trescientos mil duros...?  
 (Ap.) Si es verdad, ganancia hay cierta.

DOÑA RUFINA. Y recibirle á lo menos  
 como se merece es fuerza;  
 para lo cual necesito...  
 DON SIMEON. ¿Y hay documento que pueda  
 acreditar su venida,

y que con tal rumbo piensa?  
 DOÑA RUFINA. Si señor, tenemos carta...  
 DON SIMEON. ¿La teneis á mano?

DOÑA RUFINA. (Saca una carta del pecho.)  
 Es esta.

(Da la carta á don Alberto.)  
 Aquí la teneis Alberto,  
 toma la carta, y leerla  
 puedes á don Simeon  
 desde la cruz á la fecha.

DON ALBERTO. (Toma la carta, y con gran precipitacion lee.)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1823. — Queridos hermanos míos, los  
 trastornos ocurridos ultimamente en Lima me han obligado á dejar aquella  
 tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes...

DON SIMEON. (Con enfado.)



¿ Es tarabilla, señor...?  
No he entendido ni una letra.  
Mas despacio.

DON ALBERTO. ¿ Pues no basta?

DON SIMEON. No señor, ¡ pese á mi abuela!  
Dádmela; yo la leeré.  
No es cosa de juego esta.

DOÑA RUFINA. Dásela á don Simeon.

DON ALBERTO. Con mucho gusto...

DON SIMEON. Pues venga  
(Toma la carta.)

con mucho gusto.

DON ALBERTO. (Dándole la carta.) Pues sea.

DON SIMEON. (Vase á un lado de la escená, se pone unos anteojos, reconoce el papel, y lee con mucha pausa.)

Puerto del Fayal 24 de febrero de 1825.—Queridos hermanos míos, los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado á dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes adquiridos en tantos años de trabajos y desvelos, y reunidos en todo mas de trescientos mil duros, me embarqué con ellos hace tres meses para Cádiz en la fragata la *Corza*. Hasta ahora he tenido, gracias á Dios, feliz navegacion; solo á la vista de estas Islas Terceras una racha de viento me rompió un palo, lo que nos ha obligado á arribar á este puerto hace una semana para remediar la avería. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer de estar con vosotros; y aunque pensaba sorprenderos agradablemente, sabiendo ahora que el canónigo de la santa iglesia de Lima don Sebastian Fabian de Tornacuero, mi compañero de viaje y particular amigo, marcha á España, para pasando por Sevilla y Madrid ir á Roma á asuntos de su cabildo, le encargo de esta carta; pues no puedo resistir mas tiempo al gusto de escribiros y avisaros mi llegada á estas Islas Terceras, y lo pronto que tendré el gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y soltero, y para vosotros es el fruto de mis afanes, pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros á mi llegada, reservándome una pequeña cantidad con que acabar mis dias tranquilamente en el campo. Y es tan segura esta mi resolucion que, por si algo me ocurriese en tan dilatado viaje, he dejado hecho allá mi testamento y aquí traigo cópia que os asegurará de mi determinacion, y que no la hará inútil en cualquier evento. Dentro de seis ú ocho dias daré otra vez la vela; con que, esperadme de un momento á otro, pues en Cádiz me detendré solo lo preciso para el desembarque de mi equipage y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (á quien deseo mucho conocer) lo estrene el dia de mi llegada.

A Dios, queridos hermanos: no descansa hasta verse en vuestros brazos vuestro. — Blas Mingorría.

A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador. (Acaba de leer la carta y dice entre sí:)

¡Por las ánimas que es  
la carta cosa excelente,  
y que va á hallarse esta gente  
dentro del cielo de pies!  
Se ofrece gran interes  
en prestarles, pues es llana  
que, aunque les cargue la mano,

ellos por salir de apuro  
soltarán diez por un duro  
á costa del necio indiano.

(*Vuelve á mirar la carta y lee :*)

Veinte y cuatro de febrero... trescientos mil pesos... pues cuanto tengo,  
lo repartiré con vosotros á mi llegada... hecho testamento... sarta de hermo-  
sísimas perlas... ¡hermosísimas perlas!

(*Queda suspenso.*)

DON ALBERTO. (*Aparte á doña Rufina y don Miguel.*)  
¡Digo si la carta vale!

DOÑA RUFINA. Mirad como se recrea.

DON MIGUEL. La codicia lo espolea  
y el gozo al rostro le sale.

DON SIMEON. (*Como hablando entre sí.*)  
Mas vamos con pie de plomo,  
que al fin esto es una carta.  
Diera algo sobre la sarta  
de perlas, que prendas tomo;  
mas sobre este papel, ¿como  
doy ni un polvo de tabaco?...  
No, que el mundo es muy bellaco,  
no cuantos ofrecen dan;  
y, como dice el refran,  
la codicia rompe el saco.

DOÑA RUFINA. Pues, señor don Simeon,  
¿la carta que le parece?

DON ALBERTO. Seguridades ofrece  
aun para mas de un millon.

DON SIMEON. (*Devolviendo la carta á don Alberto.*)  
De tener tan buen hermano  
doy la enhorabuena á usías.  
No se halla todos los dias  
sugeto tan buen cristiano,  
y tan generoso y tan...

DOÑA RUFINA. (*Con viveza.*)  
¿Con que ya contar podemos...?

DON SIMEON. Aun mucho que hablar tenemos.

DOÑA RUFINA. ¿Donde las prendas estan?  
La carta es sobrada prenda,  
pues por dos dias ó tres  
tan solo el préstamo es,  
y de mi hermano la hacienda  
garantiza...

DON SIMEON. Aun está lejos,  
hay muchas leguas de mar,  
y el echarse á navegar  
no es ir á cazar conejos.

DON ALBERTO. Mas no es de temer...

DON SIMEON. Señores,  
al que su dinero afloja,  
cualquier sombra le acongoja,  
todo es sustos y temores.

Si esas tan hermosas perlas  
que envió el señor don Blas  
se me entregaran, quizás...  
Y aun antes reconocerlas  
conviene.

DOÑA RUFINA.

Don Simeon,  
¿un hombre de su buen seso  
se arroja á pretender eso...?

DON SIMEON.

¿No está muy puesto en razon?

DON ALBERTO.

¿No advierte usted que previene  
nuestro hermano en esta carta  
que la niña la tal sarta  
para recibirle estrene?

DON MIGUEL.

Qué dijera si empeñada  
la encontrase?

DOÑA RUFINA.

Lo tendria  
por un desaire y sería...

DON SIMEON.

Pues sino hay prenda, no hay nada.  
Mas de plata una salvilla  
hace poco que oí nombrar...

DOÑA RUFINA.

¿Y hemos de descabalar,  
don Simeon, la vajilla?

DON SIMEON.

¿Descabalar...? ¡buena es esa!  
toda la he de recibir.

DOÑA RUFINA.

¿Y con qué hemos de servir  
á nuestro hermano la mesa?

DON SIMEON.

Pues sino hay prenda...

## ESCENA XX.

LOS MISMOS. PASCUAL.

DON ALBERTO.

¡Oh Pascual!

PASCUAL.

¡Maldito el correo amen,  
y maldito sea quien  
atraviesa aquel portal...!  
Que con tantos empujones  
vengo medio sofocado...

DOÑA RUFINA.

¿Y nos traes cartas pesado?

PASCUAL.

¡Qué confusion! ¡Qué encontrones!  
Se me decalzó un zapato,  
me han desgarrado la capa.  
y por poco no me atrapa  
un pillito el reló... ¡Qué rato!

DON ALBERTO.

¿Hay carta?

PASCUAL.

No hay quien resista,  
ni hay paciencia de aguantar  
y en tal bullicio esperar  
hasta que ponen la lista.

DOÑA RUFINA.

¿Traes cartas?

PASCUAL.

El carro llega,  
y allá se entra el conductor  
con el administrador,  
y las balijas le entrega.  
Ciérrase la ventanilla,  
acude gente y mas gente,  
primero del Asistente...

DON MIGUEL.

DOÑA RUFINA.

¿Hay mayor plomo en Sevilla?  
(*Con gran impaciencia.*)  
¿Y las cartas?

PASCUAL.

Como digo,  
al Asistente primero,  
á la Audiencia...

DON ALBERTO.

DON SIMEON.

PASCUAL.

¡Majadero!  
Pachorra gasta el amigo.  
Despues al Gobernador,  
y despues el apartado,  
y el público fastidiado...

DON ALBERTO.

PASCUAL.

¿Pero hay cartas hablador?  
La lista por fin parece,  
y en cuanto la cuelgan, todos  
se abalanzan de mil modos,  
y el que atrás queda perece.  
Yo como no sé leer  
tengo que buscar alguno  
que me lea uno por uno  
los nombres; — ¡cómo ha de ser!  
Abren despues la ventana,  
mas los números estar  
suelen trocados.

DON SIMEON.

De hablar  
no deja en una semana.  
¡Maldito...! ¿y las cartas...? Dí.  
A eso voy. No soy costal.  
(*Furiosa.*)

DOÑA RUFINA.

PASCUAL.

DOÑA RUFINA.

¿Pero hay cartas, animal...?  
¿Pero hay cartas?

PASCUAL.

Creo que sí.  
Una... (*Se registra los bolsillos de la chaqueta.*)  
En esta faltriquera...

DON ALBERTO.

PASCUAL.

DOÑA RUFINA.

PASCUAL.

DOÑA RUFINA.

no; en estotra la guardé.  
¿La habrás perdido?  
No sé.  
¡Gran bribon!

PASCUAL.

DOÑA RUFINA.

Tenga espera.  
(*Arrojándose á Pascual.*)  
Dámela al punto, sino...  
(*Saca la carta.*)  
Tomad.

DOÑA RUFINA.

DON SIMEON.

(*Abre la carta y la mira.*)  
¡Ay! de nuestro hermano.  
(*Aparte.*)



DOÑA RUFINA. ¿Si habrá llegado el indiano?  
 DON ALBERTO. ¡Gracias á Dios! ya llegó.  
 DOÑA RUFINA. ¿La fecha es de Cádiz?  
 DON MIGUEL. (*Sigue leyendo para si.*) Si.  
 DOÑA RUFINA. ¿Llegó en salvo?

Bueno está.  
 y aquí hoy mismo llegará.  
 DON ALBERTO. Léase en alto.

DOÑA RUFINA. Dice así: (*Lee.*)

Amados hermanos míos, antes de ayer llegué bueno, gracias á Dios, á este puerto de Cádiz; y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estareis, aunque tal vez antes que esta carta, ó al mismo tiempo, llegaré yo á esa ciudad, pues no descanso hasta veros y habrazaros. Vuestro tierno hermano Blas—etc.

DON ALBERTO. (*Con gran júbilo.*)  
 Somos felices, Miguel.  
 Se acabaron los apuros.

DON SIMEON. ¿Y los trescientos mil duros  
 habrán llegado con él?

DON MIGUEL. ¿Quién lo duda?

DOÑA RUFINA. Me parece  
 que el señor don Simeon  
 conocerá que es razon  
 recibirle cual merece.  
 Y que de esta carta en vista  
 no tendrá dificultad  
 en darnos la cantidad...

DON SIMEON. La carta... á ver. (*Le dan la carta, y dice aparte.*)  
 ¡Dios me asista!

(*Lee para si, y despues hablando entre si dice:*)

En fin me voy á arrojar,  
 aunque no es mucha cordura,  
 pero quien no se aventura  
 dicen que no pasa el mar.  
 Los seis mil... Es mucho dar.  
 Tres mil solo darles puedo,  
 pues que me ha quitado el miedo  
 ver que el indiano esta vivo;  
 y como yo haré el recibo,  
 sabré bien atar mi dedo.

(*Devuelve la carta á doña Rufina.*)

Veo la necesidad,  
 y por complacer á usías  
 podré por dos ó tres dias  
 dar alguna cantidad.

DOÑA RUFINA. Con cien doblones bastante...

DON SIMEON. ¡Cien doblones! ¡Oh...!

DOÑA RUFINA. De modo...

DON SIMEON. Si se esprime el mundo todo  
 no da suma semejante.

(*Señalando al bolsillo.*)

Aquí hay cincuenta doblones,



PASCUAL. No se me ha de despintar ,  
y aunque há tanto tiempo que  
no lo veo...

DOÑA RUFINA. Pues bien , vé ,  
y cuidado.

PASCUAL. No hay que hablar.

DON ALBERTO. (*A Pascual.*)  
Dime , ¿ y alguien se hallará  
que á la puerta de Carmona  
vaya?

PASCUAL. Buscaré persona  
que de ello se encargará.

DON ALBERTO. Si , porque si en posta viene...

PASCUAL. Pues váime á ver...

DOÑA RUFINA. Bien. Cuidado  
que no me seas pesado.

PASCUAL. Nada que decirme tiene. (*Empieza a irse.*)

DOÑA RUFINA. Que la charla sempiterna  
no te haga el tiempo perder.

PASCUAL. (*Yéndose.*)

DOÑA RUFINA. ¿ Pues soy yo acaso muger?  
No te entres en la taberna.

## ESCENA XXI.

LOS MISMOS , *menos* PASCUAL.

DON SIMEON. (*Levantándose de la mesa con el recibo.*)  
Pues , señores , el recibo  
estendi como conviene.  
Enterense de él usías  
y despues firmarlo pueden.

DON ALBERTO. (*Toma el recibo y lee.*)  
Jesus , María y José. — Los que abajo firmamos hemos recibido de don  
Simeon Algarrapaco-echea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellon  
que nos ha prestado por hacernos merced , y la cual le devolveremos en me-  
tálico sonante con esclusion de todo papel en el momento que la reclame pre-  
sentándonos este nuestro recibo , á cuyo pago comprometemos todos nues-  
tros bienes muebles é inmuebles habidos y por haber , siendo este documento  
sulficiente para en su vista proceder judicialmente á apremios , ejecuciones y  
embargos , renunciando nosotros como renunciarnos en todo caso las leyes  
y privilegios que pudieran favorecerarnos. Sevilla etc.

DOÑA RUFINA. ¡Hola...! ¿ con que cien doblones  
prestarnos al fin resuelve?

DON SIMEON. ¿ Quien se lo ha dicho , señora ?

DOÑA RUFINA. ¿ Por loco usía me tiene ?

DON SIMEON. Como es de seis mil reales  
el recibo...

DOÑA RUFINA. ¿ Pues no advierte  
que en él están incluidos

- el capital é intereses ?  
Yo doy los tres mil reales ,  
y seis mil usías me vuelven .
- DON ALBERTO. ¡ Don Simeon... ! ¿ y la conciencia ?  
DON SIMEON. Pues qué . ¿ de balde lo quieren ?  
Dan por prendas esperanzas ,  
¡ y aun á quejarse se atreven !
- DON MIGUEL. Mas... ¡ señor... ! ¡ ciento por ciento !  
DON SIMEON. ¡ Les ruego yo que lo acepten ?  
Yo tengo temor de Dios ,  
y si esto justo no fuese  
me guardaria muy bien...  
DOÑA RUFINA. Pero como es solamente  
por tres ó por cuatro dias  
el préstamo...  
DON SIMEON. (*Quiere recoger el papel.*)  
Bien ; pues quede  
sin hacerse este negocio .  
DOÑA RUFINA. De modo... que...  
DON SIMEON. ¿ Se resuelven... ?  
El gran apuro en que estan  
preciso es que usías piensen ,  
que no me dan prenda alguna ,  
que su precio tambien tiene  
el susto de mi caída ,  
y...  
DOÑA RUFINA. Alberto , si te parece  
firmaremos el recibo ,  
porque al fin la urgencia crece  
y es preciso...  
DON ALBERTO. Bien , firmemos ,  
pues tales riquezas vienen  
que lo recompensan todo. (*Firman.*)  
DON SIMEON. (*A don Miguel.*)  
Ahora falta solamente  
que usted , señor capitan ,  
responsable al pago quede  
con sus sueldos .  
DON MIGUEL. ¿ Yo ?  
DON SIMEON. Sin duda ,  
pues por su medio la suerte  
de servir á estos señores  
se me proporciona... Y siempre  
los sueldos son garantía ;  
porque el gobernador puede  
de las tres partes las dos  
mandar que se le descuenten  
para el pago de acreedores ,  
y...  
DON MIGUEL. Mas yo...  
DOÑA RUFINA. Miguel , advierte  
que por tí no es regular

que así el negocio se deje.  
 DON MIGUEL. Pero, señores..., mis sueldos...  
 ¡Pues como andan tan corrientes...!  
 En fin... (*Toma el recibo, y dice á don Simeon.*)  
 ¡No es mas de firmar...?

DON SIMEON. Escriba antes lo siguiente.  
 (*Escribe don Miguel.*)

Yo aseguro el pago de la espresada cantidad con mis sueldos devengados ó corrientes, para lo cual en caso necesario se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.

(*Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo á don Simeon.*)

DON MIGUEL. Pues, señores, está hecho.

DON SIMEON. Y yo doy gracias solemnes  
 al Señor de tierra y cielo  
 de haber con mis cortos bienes  
 servido á tales señores,  
 á cuyo servicio siempre  
 me hallarán como un esclavo.  
 Y Dios con usías quede.

(*Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va á marchar.*)

DOÑA RUFINA. ¡Qué así se va...? ¡Y el dinero...?

DON ALBERTO. ¡Don Simeon!

DON SIMEON. (*Desde la puerta.*)

¡Qué se ofrece?

DON ALBERTO. ¡Y el dinero?

DON SIMEON. ¡Oh Virgen Santa!

Tantos negocios me tienen  
 trastornada la cabeza. (*Saca un bolsillo.*)

Aquí está... ¡Jesus mil veces!

(*Vacia el bolsillo sobre la mesa y empieza á contar.*)

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,  
 y cinco diez, y diez veinte.  
 Y diez...

DON ALBERTO. (*Que está recontando el dinero.*)

Solo diez y ocho

hay aquí.

DON SIMEON. ¡Cómo...? á ver... Puede...

Alguna equivocacion...

Repásenlo atentamente,

que nada quiero de nadie,  
 porque hay juicio, infierno y muerte.

(*Sigue contando.*)

Sesenta... ciento... y cincuenta...

Completo los tres mil tienen.

DON ALBERTO. (*Después de asegurarse.*)

Sí señor, estan completos.

DON SIMEON. Pues si otra cosa no quieren,

con el permiso de usías

me retiro. Con Dios queden. (*Vase.*)

DON ALBERTO. ¡Qué ladron!

DON MIGUEL. ¡No os lo previne?

DOÑA RUFINA. ¡Maldito sea el vejete!



## ESCENA XXII.

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

- DOÑA RUFINA. (*Acercándose à la mesa donde está el dinero.*)  
Pues, señores, lo primero  
no dormiros en las pajas.
- DON ALBERTO. Bien, capirotes y rajás  
hagamos de este dinero.
- DOÑA RUFINA. Tu, Alberto, ¿qué necesitas  
para sacar tu uniforme?
- DON ALBERTO. Veinte duros.
- DOÑA RUFINA. ¡Suma enorme!  
¿Y las libreas malditas?
- DON ALBERTO. Con treinta se sacarán.  
Para el casero, es tambien  
preciso...
- DOÑA RUFINA. En un santi amen  
estos tres mil volarán.  
Toma lo que quieras, pues,  
y en la fonda una comida  
con todo primor servida  
encarga para las tres.
- DON ALBERTO. ¿Qué...? ¿Hemos de comer alli?
- DOÑA RUFINA. ¡Que necesidad! No por cierto,  
que la dispongan, Alberto;  
para despues traerla aqui.
- DON ALBERTO. Pues no hay tiempo que perder,  
tomo el dinero, y me voy. (*Toma el dinero.*)
- DOÑA RUFINA. Mira que esperando estoy.  
Los mozos puedes traer:
- DON ALBERTO. ¿Qué mozos?
- DOÑA RUFINA. Aquellos dos  
que se pondrán las libreas.
- DON ALBERTO. Lo haré todo cual deseas.  
(*Vase por la derecha.*)
- DOÑA RUFINA. ¡Que no te tardes, por Dios!

## ESCENA XXIII.

DOÑA RUFINA. DON MIGUEL.

- DOÑA RUFINA. Miguelito, ¿qué me dices?  
Viento en popa todo va.  
Nuestro amor se logrará.  
Pronto seremos felices.  
Mañana mismo prometo

- las diligencias hacer...  
 DON MIGUEL. Pero ya sabes, muger,  
 lo que te importa el secreto.  
 Digo; á ti... Por mí..., ya ves...  
 aunque sin la real licencia...  
 Es de entrambos conveniencia.  
 DOÑA RUFINA. Preciso el secreto es.  
 Mañana, sí... Loca estoy:  
 no sabes lo que en mí pasa.  
*(Le echa una mirada muy tierna.)*  
 A arreglar toda la casa,  
 que urgen los momentos, voy.  
*(Recoge el dinero.)*  
 A Dios, Miguel.  
 DON MIGUEL. ¡Y es razon  
 que nada haya para mí?  
 DOÑA RUFINA. ¡Tambien quieres...?  
 DON MIGUEL. Primá, sí  
 Yo traje á don Simeon.  
 DOÑA RUFINA. Es verdad... pero... ¡Miguel!  
 DON MIGUEL. Para salir de un empeño.  
 DOÑA RUFINA. Sí, para que el estremeño  
 se regocije con él.  
 DON MIGUEL. Ya no temo á ese bribon.  
 Veinte duros me has de dar,  
 pues que hoy me he de desquitar  
 me anuncia mi corazon.  
 DOÑA RUFINA. *(Dándole el dinero.)*  
 Toma... Mira lo que queda.  
 DON MIGUEL. No te aflija cosa alguna,  
 que hoy nos sube la fortuna  
 á la cumbre de su rueda.  
*(Vase don Miguel por la derecha, y doña Rufina por la izquierda.)*



## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA RUFINA. ANA, con un plumero en la mano limpiándolo todo.

DOÑA RUFINA. ¿Está todo colocado...?  
¿Las cortinas estan ya...?  
ANA. Sí señora, todo está  
muy limpio y muy arreglado.  
DOÑA RUFINA. A la señorita llama.  
¿Qué hace ahora?  
ANA. Yo no sé  
En la alcoba pienso que  
estará haciendo la cama.  
DOÑA RUFINA. Que venga aquí.  
ANA. (Corriendo à la izquierda.)  
Señorita.  
DOÑA PAQUITA. (Dentro.)  
Ya voy... ¿que se ofrece?  
DOÑA RUFINA. Ana,  
¿pusiste la palancana?  
ANA. Todo está listo.  
DOÑA RUFINA. (En voz alta.) ¿Paquita!  
DOÑA PAQUITA. (Dentro.)  
¿Mamá!  
DOÑA RUFINA. Ven pronto, muger.

### ESCENA II.

DICHAS. DOÑA PAQUITA.

DOÑA PAQUITA. ¿Qué manda usted?  
DOÑA RUFINA. ¿Así estás?  
¿Por qué á vestirme no vas?  
DOÑA PAQUITA. Como aun hay tanto que hacer...  
DOÑA RUFINA. Ponte el vestido mejor  
y no olvides el collar.  
DOÑA PAQUITA. ¿Cómo se me ha de olvidar?  
DOÑA RUFINA. Anda, vete al tocador.

## ESCENA III.

DOÑA RUFINA. ANA.

DOÑA RUFINA.

¡Jesus, cuánto tarda Alberto!

¡La plata no la han traído...?

ANA.

No señora.

DOÑA RUFINA.

¡Ni han venido  
los lacayos?

ANA.

No por cierto.

DOÑA RUFINA.

A la puerta estan llamando...

El repostero será...

Corre á verlo.

ANA.

Voy allá.

DOÑA RUFINA.

¡Pues qué aguardas?

ANA.

*(Suelta el plumero.)* Voy volando. *(Vase.)*

## ESCENA IV.

DOÑA RUFINA, *sola.*

Vaya... parece un sueño. ¡Qué alegría!

¡Quién tal fortuna há un mes pensar pudiera;

¡Trescientos mil...! ¡Pues es una friolera!

De que todas me envidien llegó el día.

¡Y aquel vil tenderillo pretendia

conmigo emparentar...? ¡Lindo estuviera!

Marcho al punto á Madrid, y la primera

figura voy á hacer, por vida mia.

Comprará luego un título mi hermano,

pretenderá el toison, un regimiento

para Miguel... Y yo... la banda; es llano.

Un duque ó un príncipe al momento

de mi Paquita pedirá la mano.

No sé cómo de gozo no reviento.

## ESCENA V.

DOÑA RUFINA. ANA. DOS MANDADEROS, *cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta; en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería.*

ANA.

Señora, ya estan aqui  
los mozos del repostero.

DOÑA RUFINA.

Bien; mas veamos primero  
si viene lo que pedi. *(Reconoce una batea.)*



ANA. ¡ Ay qué plata tan hermosa !  
Si fuera nuestra... ¡ Ojalá !

DOÑA RUFINA. Pronto tu ama la tendrá  
de mas peso y mas costosa.  
Platos de oro he de tener  
con que á duques , á señores ,  
principes y embajadores  
dar en Madrid de comer.

ANA. ¡ Qué , señora , á Madrid vamos.... ?

DOÑA RUFINA. ¡ Qué gusto si pronto fuera !  
( *Con mucha gravedad.* )  
Las gentes de nuestra esfera  
bien solo en la corte estamos.

ANA. ( *Reconociendo la otra batea.* )  
Los manteles y el cristal  
aquí vienen.

DOÑA RUFINA. ( *Despues de mirarlo todo.* )  
Guarda todo ,  
que de servir luego el modo  
te diré á tí y á Pascual.  
( *Vanse Ana y los mozos.* )

## ESCENA VI.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO. PERICO y FACO, cada uno con un lio de ropa.

DON ALBERTO. La ropa tienes ahí ,  
y estos los lacayos son.  
Tú que se vistan dispon.

DOÑA RUFINA. ¡ Y la fonda... ?

DON ALBERTO. Ya pedí  
una abundante comida ,  
que al momento en que avisemos  
aqui en casa la tendremos  
con todo primor servida.

DOÑA RUFINA. ¡ Y tu uniforme... ?

DON ALBERTO. Ahí está.

DOÑA RUFINA. ( *Desata el lio que le ha señalado don Alberto, y saca un uniforme bordado de plata.* )  
Tómalo y vete á vestir ,  
que no tardará en venir  
nuestro hermano.

DON ALBERTO. ( *Tomando el uniforme.* )  
Voy allá. ( *Vase.* )

## ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. PERICO. FACO.

DOÑA RUFINA. ( *Desata el otro envoltorio y saca dos libreas ridiculas.* )  
Estas libreas tened ;

las mejores de Sevilla. (*Registrándolas.*)

Mas ¡ay Jesus, la polilla  
cuál me las ha puesto...! Ved.

Pero no importa. Por hoy  
asi servirán. Mañana,  
de la mas hermosa grana  
otras dos á encargar voy.

(*Perico toma una casaca y Facó otra.*)

¿Cómo te llamas tú? Dí.

Yo, Perico.

PERICO.

FACÓ.

DOÑA RUFINA.

PERICO.

FACÓ.

DOÑA RUFINA.

Y Facó yo.

¿Y habeis servido?

Yo no.

Ni yo tampoco serví.

Mejor. En casa ha de ser  
solo vuestra obligacion  
cerrar y abrir el porton,  
servir la mesa y barrer;  
encender los reverberos,  
ser muy limpios y callados,  
ir á la calle á recados,  
y cuidar de los braseros;  
y principalmente dar  
á toditos señoria.

Ni de noche ni de dia  
esto se os ha de olvidar.

PERICO.

Muy bien está, señora ama.

¿Y el salario cuanto es?

DOÑA RUFINA.

Será... tres duros al mes,  
con comida, ropa y cama.

PERICO Y FACÓ.

DOÑA RUFINA.

Estamos listos.

Ahora

labaros muy bien podeis  
y la librea os pondreis.

PERICO Y FACÓ.

DOÑA RUFINA.

Está bien.

Ana.

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS. ANA.

ANA.

DOÑA RUFINA.

Señora.

Mientras me voy á vestir,  
no te descuides, por Dios.  
Que se limpien estos dos,  
y enseñarles á servir. (*Vase.*)

## ESCENA IX.

PERICO, FACÓ, ANA.

ANA.

¡ Buena gente va acudiendo !

PERICO. Venid, pues, á la cocina.  
 Si usía nos encamina...  
 FAGO. Si usía...  
 ANA. (*Sorprendida.*)  
 ¿Qué estais diciendo?  
 PERICO Y FAGO. Que usía...  
 ANA. (*Con enfado.*) ¿Os burlais de mí?  
 ¿Por Dios, medrados estamos!  
 En muy mal pie comenzamos,  
 y si imaginais que así...  
 PERICO. ¿Pues qué...?  
 FAGO. ¿Ofendemos á usía?  
 ANA. ¿Cómo...? ¿Bellacos...!  
 PERICO Y FAGO. ¿Señora!  
 ANA. ¿Venís con burlas ahora...?  
 ¿Infames...! Por vida mia...  
 PERICO. ¿Pues nosotros qué decimos?  
 FAGO. ¿Por ventura la ofendemos?  
 PERICO. Solo con lo que debemos  
 exactamente cumplimos.  
 ANA. (*Sofocada.*)  
 ¿Señoría á mí?  
 PERICO. ¿Pues no,  
 FAGO. Que tratáramos así  
 á cuantos están aquí  
 la señora nos mandó.  
 ANA. (*Convirtiendo el enfado en risa.*)  
 Bestias, tan solo á los amos.  
 ¿No veis que soy la fregona?  
 PERICO. Al ver tan gentil persona,  
 que era importante pensamos.  
 ANA. ¿Es requiebro...? Sus, venid.  
 FAGO. (*Con familiaridad.*)  
 ¿Bendita tu cara!  
 PERICO. Amen.  
 ANA. (*Con seriedad.*)  
 No tan llano. Un ten con ten,  
 y de él jamás os salid.  
 (*Haciendo ademan de irse.*)

## ESCENA X.

LOS MISMOS. DON MIGUEL.

DON MIGUEL. Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?  
 ¿Ha llegado Blas, ó no?  
 ANA. No señor; aun no llegó.  
 DON MIGUEL. ¿Pues quienes son los mancebos?  
 ANA. Son los lacayos.  
 DON MIGUEL. Bien va.

ANA.  
 Son buen par de mocetones.  
 A vertirse de sayones  
 destinados están ya.  
 Limpiarlos mi encargo es,  
 y no es pequeño trabajo  
 con arena y estropajo  
 no se logrará en un mes. (*Vanse.*)

## ESCENA XI.

DON MIGUEL. DON ALBERTO, *con su uniforme.*

DON ALBERTO. ¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.  
 DON MIGUEL. ¡Jesus, y qué buen mozo y qué lucido!  
 DON ALBERTO. ¡Te parezco galán?  
 DON MIGUEL. Y de mirarte  
 absorto me he quedado y confundido.  
 Con grande lujo estás. Felicitarle  
 debo de que por fin haya salido  
 uniforme tan rico y bien bordado  
 del cautiverio donde oculto ha estado.  
 DON ALBERTO. Recibir es preciso al buen limeño  
 con apariencia tal.  
 DON MIGUEL. Según tu hermana.  
 DON ALBERTO. ¡Y á tí cómo te fué con tu estremeño?  
 ¡Te ha tratado mejor que esta mañana?  
 DON MIGUEL. Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño  
 ganar á ese bribon que á todos gana.  
 DON ALBERTO. ¡Con que aquellos durillos...  
 DON MIGUEL. Ya voláron,  
 y ni un instante en mi poder pararon.  
 ¡Y de Blas hay noticia?  
 DON ALBERTO. No, por cierto.  
 DON MIGUEL. Pues el vapor ya há rato que ha venido.  
 DON ALBERTO. ¡Ha llegado el vapor?  
 DON MIGUEL. Sin duda, Alberto.  
 Yo he visto ya personas que ha traído.  
 DON ALBERTO. El porton me parece que han abierto.  
 DON MIGUEL. Lo mismo á mí tambien me ha parecido.  
 Será tal vez... (*Mirando á la puerta de la escalera.*)  
 Mas no, que es el criado.  
 DON ALBERTO. ¡Hola, Pascual...! ¡El huésped ha llegado?

## ESCENA XII.

LOS MISMOS. PASCUAL.

PASCUAL.  
 Si por el aire no vino,  
 por vida de Barrabás

que no ha llegado don Blas,  
ó yo estoy fuera de tino.  
¿Qué dices?

DON ALBERTO.  
PASCUAL.

Que no parece,  
aunque con una linterna...  
¿Tú vienes de la taberna?  
Gracias, señor: se agradece.  
Si el vino he probado yo  
que vino me vuelva. He estado  
tomando el sol muy sentado  
hasta que el vapor llegó.  
Llegó, y ví desembarcar  
á todos uno por uno,  
y no me quedó ninguno  
que quedase por contar.  
Treinta eran los pasajeros,  
y á todos pregunté en vano;  
pues no saben del indiano  
ni ellos ni los marineros.  
Viendo pues que no venia  
en aquel barco infernal,  
tomé por el arenal  
en derechura la via,  
y sin parar me encajé  
en la puerta de Carmona,  
á ver á cierta persona  
que allí á esperar envié.  
y con los guardas esta,  
y á ninguno entrar ha visto,  
y es un muchacho muy listo,  
que no se emborrachará;  
aunque para contentarlo  
y que esté mas diligente,  
á seis cuartos de aguardiente,  
fué forzoso convidarle.  
Ni silla de postas alguna  
parece en todo el camino,  
ni caballos, é imagino  
que esperar mas es tontuna.

DON MIGUEL.  
PASCUAL.

¿Con qué no hay nada...  
Señores,  
yo luego me encaramé  
en la Giralda y miré  
todos los alrededores,  
y ni calesa, ni coche,  
ni carro...

DON ALBERTO.

Pues tal vez Blas  
se habrá detenido mas  
en Cádiz...

DON MIGUEL.

Hasta la noche  
esperarlo es lo mas cierto,  
que no tarda todavia.



## ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA, *sale vestida de gala estrafalariamente.*

DOÑA RUFINA. No gastas, por vida mia,  
escasa pachorra, Alberto.  
¿Con que ya Pascual volvió,  
y no me llamas?

DON ALBERTO. En vano  
fuera, pues de nuestro hermano  
no trajo noticia.

DOÑA RUFINA. ¿No...?

PASCUAL. Ni por tierra ni por río  
rastros se descubre de él.

DON ALBERTO. Que no tarda cree Miguel,  
pero yo ya desconfío  
de que por hoy lo veamos.

DOÑA RUFINA. ¿Estás seguro, Pascual?

PASCUAL. ¿Qué si lo estoy...? Voto á tal...!

DOÑA RUFINA. Pues señor, frescos estamos.

## ESCENA XIV.

LOS MISMOS. ANA, PERICO Y FACO *vestidos de librea.*

ANA. Aquí traigo á estos mancebos  
limpios, galanes y hermosos.

DON MIGUEL. Ya se ve que estan vistosos.

ANA. Los he puesto como nuevos.

DOÑA RUFINA. Y muy bien que estan asi.  
¿Mas no llamaron...? Vé, Ana.  
(*Suenan golpes á la puerta.—Vase Ana.*)

## ESCENA XV.

LOS MISMOS, menos ANA.

DOÑA RUFINA. Miremos por la ventana.  
(*Se acerca al balcon.*)  
¡Ay, un caballo está aqui!

DON ALBERTO. ¿Un caballo?

DON MIGUEL. Será Blas.

DON ALBERTO. Vamos, pues.

DOÑA RUFINA. Algun criado...  
(*Hacen todos ademán de salir.*)

## ESCENA XVI.

LOS MISMOS. ANA, *que entra asustada.*

ANA. Un hombre muy mal portado  
se cuela sin mas ni mas.  
Cuando del cordel tiré  
sin preguntar se encajó  
y la escalera tomó...  
y... Aquí está ya su mercé.

## ESCENA XVII.

LOS MISMOS. DON BLAS, *vestido de camino, pobre y estrafalariamente.*

DON BLAS. Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros...?  
Vosotros sois mis hermanos.  
Alberto, amada Rufina,  
llegad, llegad á mis brazos.

DON ALBERTO. ¡Ay, Blas es...!

DOÑA RUFINA. Blas es, no hay duda.  
(*Abrázanse.*)

¡Jesus...! ¡Qué alegría!

DON ALBERTO. ¡Hermano!

DON BLAS. ¡Rufina...! ¡Alberto...! ¡Que gozo!

DON ALBERTO. ¡Qué dicha...!

DOÑA RUFINA. ¡Blas adorado!

(*Mientras el diálogo siguiente Ana habla con Perico y Facó, los cuales salen por la puerta que da á lo exterior; por la misma vuelven uno con una mantilla, y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven á salir, quedándose á un lado de la escena.*)

DON BLAS. ¡Ah...! mentira me parece.  
Aunque muy viejos os hallo,  
os hubiera conocido  
entre un millon. Otro abrazo  
dadme, otro por vuestra vida,  
porque solo así descanso.  
(*Abrázanse otra vez.*)

DOÑA RUFINA. Y nosotros solamente  
en abrazarte ciframos  
nuestras dichas y contentos.

DON ALBERTO. Blas, por ti no pasan años.

DOÑA RUFINA. Como el día que partiste;  
lo mismo estás; no ha mudado  
nada tu fisonomía.

DON ALBERTO. Nada.

DON BLAS. Pues muchos trabajos

he sufrido, hermanos míos,  
muchos, muchos.

DOÑA RUFINA. Ya acabaron,  
pues estás entre nosotros  
y será nuestro cuidado  
el servirte y el mimarte.

DON BLAS. Queridos, así lo aguardo.

DOÑA RUFINA. (*Presentándole à don Miguel.*)  
¿Y de Miguel no te acuerdas?

DON ALBERTO. De nuestro primo.

DON BLAS. (*Recapacitando*) El muchacho  
hijo de la tía Catana;  
aquel tan travieso y malo,  
que allá en la plaza del Pan  
andaba roscas hurtando  
descalcillo y...

PASCUAL. (*Aparte.*) ¡Gran memoria!

DOÑA RUFINA. (*Con gravedad.*)  
De este que está aquí te hablo,  
que es militar muy valiente  
y capitán de caballos.

DON BLAS. (*Con cariño.*)  
¡Voto á Sanes...! ¡Miguelillo...!  
Ven á abrazarme. (*Abrazale.*)  
¡Qué guapo!  
De verte hombre de provecho,  
me alegro en el alma. ¡Cuánto  
has crecido...! ¿Con que eres  
un señor capitánazo?  
Sea en hora buena.—Rufina,  
¿y la muchacha?

DOÑA RUFINA. (*Arrimándose à los bastidores.*)  
Volando.

DON BLAS. Ven, Paquita, á ver al tío.  
Hánme dicho que es un pasmo  
de hermosura

DOÑA RUFINA. ¡Niña, pronto!

DON BLAS. Se estará emperegilando.

## ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *vestida sencillamente, y con un collar de  
perlas gordas.*

DOÑA PAQUITA. Mamá...

DON BLAS. (*Corriendo à abrazarla.*)  
¡Sobrino del alma!  
Por cierto, no han ponderado.  
Es muy linda, mucho, mucho.  
¡Qué ojillos tan vivarachos!

DOÑA RUFINA. Que sea buena es menester.  
DON BLAS. Que es buena está publicando su semblante. Eres muy mona.  
DOÑA PAQUITA. *(Con mucha modestia.)*  
Gracias, tio.  
DON BLAS. *(Reparando en el collar.)*  
Con mi encargo  
veo que cumpliste, hermosa :  
di, ¿ las perlas te han gustado ?  
DOÑA PAQUITA. Y yo doy á usted las gracias por tan soberbio regalo.  
DON ALBERTO. Es magnífico en verdad.  
DOÑA RUFINA. Es joya de soberano.  
DON BLAS. Es tan solo una friolera que en tiempos afortunados por ciertas cuentas y embrollos vino á parar á mis manos.  
DOÑA RUFINA. Pero, Blas, con la alegría de verte aqui no pensamos en lo que importa. ¿ Al momento querrás comer...  
DON BLAS. He tomado en la venta de Iritaña unas chuletas y un trago , y ahora ya gana no tengo , mas necesito descanso.  
DOÑA RUFINA. Bien. Pues la cama está hecha.  
DON BLAS. Vestido dormiré un rato.  
DOÑA RUFINA. Pero quitate las botas.  
Ponte una bata. *(A los lacayos.)*  
Muchachos ,  
traed la bata y las chinelas.  
*(Ana hace señas á Perico y á Faco, y se los lleva por la puerta del fondo.)*

### ESCENA XIX.

LOS MISMOS , menos ANA, PERICO y FACO.

DON ALBERTO. Dime, Blas, ¿ por qué en el barco de vapor no te has venido ?  
DON BLAS. De embarcacion estoy harto.  
DON MIGUEL. Pues en posta...  
DON BLAS. Mas de prisa por la marisma á caballo pensé llegar.  
DOÑA RUFINA. Y tu, Alberto, ¿ por que no avisas volando á la fonda...  
DON ALBERTO. Sí; ahora mismo irá Pascual en dos saltos.  
*(Habla aparte con Pascual , y este sale con toda priesa por la puerta que da á la escalera.)*

## ESCENA XX.

LOS MISMOS, *menos PASCUAL*, y sale ANA, y con ella PERICO trayendo una bata,  
y FACO unas chinelas.

FACO. *(A don Blas.)*  
Aquí tiene usía chinelas.  
Las botas le iré quitando,  
si usía permite.

PERICO. Y la bata  
tiene usía á su mandato.  
Si quiere algo mas usía...

DON BLAS. *(Los mira atentamente, y dice á doña Rufina :)*  
¿Quién son estos mamarrachos,  
que parece me hacen burla?

DOÑA RUFINA. ¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!

DON BLAS. *(Sentándose en una silla que le trae Ana.)*  
Tus la... ¿Qué?

DOÑA RUFINA. Segun es uso  
son de librea criados.

DON BLAS. Ya.

ANA. Si usía quiere lavarse,  
todo está listo en su cuarto.

DON BLAS. ¿Tu tambien eres lacaya...?

ANA. *(Burlándose.)*  
Yo soy la dama.

DON BLAS. Ya caigo.  
*(Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido, y poner la bata y chinelas, y los lacayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.)*

## ESCENA XXI.

LOS MISMOS, *menos PERICO y FACO.*

DON BLAS. Dime, Rufina. ¿Y por que  
este par de mamarrachos,  
que al verlos dirá cualquiera  
que en el Carnaval estamos,  
me dan tales señorías...?

DOÑA RUFINA. Lo exige asi nuestro rango.

DON BLAS. Será el tuyo; pero el mio...  
¿O es que en esta tierra acaso  
andan ya los tratamientos  
como en la calle los cantos?

DOÑA RUFINA. ¡Qué gracia!

DON ALBERTO. ¡Qué buen humor!



DOÑA RUFINA. Tiene mucho chiste. Hermano,  
es el uso recibido.  
Si tú...

DON BLAS. No me da cuidado  
aunque me den eminencia,  
como no me den de palos.  
Mas lo que ahora yo deseo  
es solo dormir un rato.

DOÑA RUFINA. Sí, hijo mío, en el instante.  
Tú eres el dueño, tu el amo,  
tú eres el rey de esta casa.  
Todos somos tus esclavos.  
Dispon, manda, determina,  
pide, ordena. Destinados  
todos, todos á servirte  
con mil amores estamos.

*(Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño, y encaminándose con él  
del brazo á la puerta del fondo.)*

Vente conmigo, Blasito;  
ven, te llevaré á tu cuarto.

*(A los que quedan en escena.)*

Que nadie meta ruido;  
que haya silencio, ¡cuidado!  
mientras que duerme señor.  
A tí, Alberto, te lo encargo.

*(Desde la puerta.)*

Paca, enciéndeme un cerillo,  
que en casa hay mosquitos hartos,  
y por que á Blas no incomoden  
quiero yo misma matarlos.  
Ana, ven para ayudarme  
á echar las cortinas.

ANA. Vamos.

*(Vanse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita  
por la izquierda.)*

## ESCENA XXII.

DON ALBERTO. DON MIGUEL.

DON ALBERTO. ¿Qué te ha parecido Blas?

DON MIGUEL. Un solemne socarrón.

DON ALBERTO. Pues á mí un bobalicon.

DON MIGUEL. Tú te desengañarás.

DON ALBERTO. ¿Dudas de su buena fé  
y de sus ofertas?

DON MIGUEL. No,

no dudo; mas... ¿qué sé yo?

Encuentro en él no sé qué.

DON ALBERTO. Encuentras cierta franqueza

que no se usa por acá ;  
 un hombre , á quien se le da  
 poco del fausto y grandeza.  
 Siempre son así estos tales ,  
 que á otros usos amoldados  
 y á la ganancia entregados ,  
 olvidan nuestros modales.  
 Ven las cosas de otro modo ,  
 juzgan que Lima es Sevilla  
 y que café y cochinilla  
 y azúcar y añil es todo ;  
 y con sus muchos dineros  
 lo entienden todo al revés ,  
 y si hacen figura es  
 la de grandes majaderos.

*(Sale doña Paquita por la izquierda con cerillo encendido, y entra por la puerta del fondo.)*

DON MIGUEL. Tal me pareció á mí Blas ,  
 desde que supe que trata  
 de con vosotros su plata  
 repartir sin mas ni mas ;  
 porque ó gran filosofía  
 ó grande necesidad tiene,  
 quien con tal proyecto viene ;  
 y mucho mas en el día.

DON ALBERTO. Filosofía en mi hermano  
 no encuentro ni necesidad ;  
 sí una estremada bondad  
 y un corazón puro y sano.  
 No tiene hijos ni muger ,  
 y puede que ningún vicio ,  
 y no hace gran sacrificio  
 en esto que piensa hacer.  
 Ha ganado su tesoro  
 sin saber cómo ni cuándo ,  
 y está el pobrete ignorando  
 lo mucho que vale el oro.  
 Tanta riqueza le aflige  
 por no saber disfrutarla ,  
 y el repartirla y el darla  
 para desahogarse elige.

### ESCENA XXIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA. ANA , *por la puerta del fondo.*)

DOÑA RUFINA. ¡ Que nadie chiste , cuidado !  
 Paca , vete al comedor  
 á preparar con primor

la mesa cual te he enseñado.  
 Ana, tú en cuanto el criado  
 traiga la comida trata  
 de en las seis fuentes de plata  
 repartirla. La pondrás  
 junto al fuego, y cuidarás  
 no nos dé un chasco la gata.  
 (*Vanse doña Paquita y Ana por la izquierda.*)

## ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DON MIGUEL. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. ¡Jesus...! ¡Jesus...! ¡Nuestro Blas  
 que hombre tan extraordinario...!  
 ¡Qué era tan estafalario  
 imaginárais jamás?  
 ¡Qué necio...! ¡qué impertinente,  
 qué grosero y descortés!  
 En verdad vergüenza es  
 llamarle nuestro pariente.

DON ALBERTO. Es un hombre natural  
 que en pelillos no repara.

DON MIGUEL. Es una cosa muy rara;  
 es un solemne animal.

DOÑA RUFINA. En tanto que se durmió  
 ¡qué preguntas que me ha hecho!

DON MIGUEL. ¡Por personas de provecho,  
 sin duda, te preguntó?

DOÑA RUFINA. Por lo peor de Triana:  
 por un lisiado barquero,  
 por un cierto tabernero,  
 por una vieja gitana...  
 ¿Quién sabe...? Pero yo, Alberto,  
 le he dicho, por evitar  
 que los quiera visitar,  
 que todos ellos han muerto.

DON MIGUEL. Blas es raro personaje.  
 Ninguna vergüenza tiene.  
 Repara cómo se viene.

DOÑA RUFINA. Y con qué pobre pelage.

DON MIGUEL. ¡Por la marisma á galope  
 en un caballo alquilado!

DOÑA RUFINA. Solito sin un criado  
 como un miserable drope!

DON ALBERTO. Rufina, tanto mejor.  
 Mientras menos gaste Blas  
 á entrambos nos toca mas,  
 con que aplaudamos su humor.

DOÑA RUFINA. (*Con gran desprecio.*)

Aplaudámosle por cierto,  
 si por su vergüenza poca  
 mayor cantidad nos toca.

DON MIGUEL. Soy de tu opinion, Alberto.

DOÑA RUFINA. Es preciso en despertando  
 de sus proyectos hablarle  
 y los tesoros pillarle,  
 que se va el tiempo pasando.

DON MIGUEL. Y bueno será, pues que  
 en su carta nos decia  
 que el testamento traía,  
 sacárselo.

DON ALBERTO. Ya se ve.  
 Eso es muy preciso.

DOÑA RUFINA. Es llano.

DON MIGUEL. Y que haga la donacion,  
 con la justa precaucion  
 de que sea ante escribano.

DOÑA RUFINA. Y al punto le buscaremos  
 una casa en una aldea  
 donde sea, como sea,  
 lejos de aqui lo tendremos. *(Se oye ruido).*  
 ¿Mas qué alboroto... ¿Es Pascual?  
 ¿Pues está la casa buena!

DON MIGUEL. Anda la marimorena  
 allá abajo en el portal.

DOÑA RUFINA. *(Acercándose á la puerta de la derecha.)*  
 ¿Qué es esto...? ¿Tal zalagarda  
 se ha de sufrir...? ¡Ola...! ¡Chito!

## ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA, *sale por la puerta de la derecha.*

ANA. *(Asustada.)*  
 Señora, el viejo maldito...

DOÑA RUFINA. ¿Bien mi mandato se guarda!  
 ¿Quién tanto ruido mete?  
 ¿No tengo á todos mandado...

ANA. El ebanista ha llegado,  
 señora; y aquel vejete...

DOÑA RUFINA. ¿Cuál?

ANA. Aquel que esta mañana  
 se cayó, con grandes furias  
 y diciendo mil injurias  
 quiere hablar á usted.

DOÑA RUFINA. ¿Quién, Ana?

ANA. El viejo del peluquin  
 y el ebanista con él.

DOÑA RUFINA. Anda tú, por Dios, Miguel;  
 mira qué es esto.

*(Vase don Miguel por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XXVI.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

DON ALBERTO. ¿Y por fin,  
se sabe cuál es su intento?

ANA. Yo no lo sé. Voces dan,  
y amenazan que vendrán  
con la justicia al momento  
sino se les oye.

DOÑA RUFINA. (Con impaciencia.) ¿Y qué podrá ocurrirles?

DON ALBERTO. Rufina,  
¿quién demonios lo adivina?  
Lo que puede ser no sé.

DOÑA RUFINA. Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?

ANA.  
El vejete Satanás  
me pregunta por don Blas,  
y dice que esta mañana  
aquí engañado quedó;  
y el toso del ebanista  
que es usted... una petardista,  
y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?  
DOÑA RUFINA.  
¡Canalla sin miramiento!  
¿conmigo se han de atrever...  
Los haré al punto prender,  
yaun ahorcarlos al momento.  
Si; que con mis seis millones  
todo lo puedo. Hoy haré  
que tiemble Sevilla, y que  
aprendan esos bribones  
á respetarnos.

DON ALBERTO. Escucha lo que dicen.

DON SIMEON.      (*Dentro.*)      Sí señor;  
muy justo es nuestro furor.

EBANISTA. (Dentro.)  
Nuestra necesidad fue mucha.

DON MIGUEL. (*Dentro.*)  
Señores...

DON SIMEON. *(Dentro.)* Robar es esto,  
y con engaños muy viles.

EBANISTA.  
(Dentro.)  
Venir con los alguaciles  
será mejor y mas presto.

DOÑA RUFINA. *(Desesperada.)*  
¡Pícaros...! ¿Qué dicen, pues?

DON MIGUEL. (Dentro.)  
Señores, vamos con modo



y lo arreglaremos todo.  
 DON ALBERTO. No adivino lo que es.

## ESCENA XXVII.

LOS MISMOS, DOÑA RUFINA. DON SIMEON y UN EBANISTA *que salen por la derecha.*

DOÑA RUFINA. (*Con gran altanería.*)  
 ¡Qué grande atrevimiento!  
 DON MIGUEL. Cálmate, prima; escúchame un momento.  
 DOÑA RUFINA. ¡Y cómo esta canalla...  
 EBANISTA. ¡Aun se atreve á insultarnos?  
 DON MIGUEL. Prima, calla.  
 Se trata de materia  
 que puede ser arto pesada y seria.  
 DON ALBERTO. ¡Pero qué ha sucedido?  
 DON MIGUEL. Que estos señores dicen que han oído,  
 que se llevó el demonio la fortuna  
 de nuestro Blas.  
 DOÑA RUFINA. ¡Qué dices?  
 DON MIGUEL. Que han robado  
 á Blas cuanto dinero había juntado,  
 sin que salvar pudiera cosa alguna.  
 DOÑA RUFINA. Mas... ¿Cómo...?  
 DON ALBERTO. ¿Quién ha dado  
 noticia tal...  
 DON SIMEON. No se habla otra cosa,  
 señores, en Sevilla;  
 y es que usías lo ignoren maravilla.  
 ANA. (*Aparte.*)  
 Siempre por pajarraco  
 de mal agüero tuve a este vellaco.  
 DOÑA RUFINA. (*Indecisa.*)  
 Yo estoy helada, Alberto.  
 DON SIMEON. Semejante noticia no es sabrosa.  
 DON ALBERTO. (*A doña Rufina.*)  
 De escucharla he quedado como muerto.  
 ANA. ¡Qué chasco!  
 DON MIGUEL. (*A don Simeon.*) ¡Pero cómo se ha sabido?  
 DON ALBERTO. Que es equivocación, sin duda, creo.  
 DON SIMEON. La noticia ha venido,  
 señor, esta mañana en el correo,  
 y ya el aviso tienen  
 algunos comerciantes...  
 EBANISTA. Y los ociosos, que á mi tienda vienen  
 á requebrar las mozas paseantes,  
 á murmurar, fumar y hablar de toros,  
 de otra cosa hoy no hablaron  
 sino de que al indiano le robaron



DON MIGUEL. ¿Lo ves, Miguel...? ¿Alberto, tú lo notas?  
 DOÑA RUFINA. ¿Por qué así te alborotas?  
 ¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *por la izquierda.*

DOÑA PAQUITA. *(Sobresaltada.)*  
¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué enojada!

DOÑA RUFINA. ¿Qué ha de ser! ¿Qué ha de ser, Paquita? Nada.  
Gracias de aquel tunante.

DOÑA PAQUITA. ¿De quién?

DOÑA RUFINA. De don Juanito, de tu amante  
y de otros envidiosos  
que de nuestra fortuna estan rabiosos.

DOÑA PAQUITA. ¿Pero el pobre don Juan...

DOÑA RUFINA. *(Con enfado.)* Calla tú, niña.

ANA. *(Aparte.)*  
Don Juan ha de salir á cada riña.

EBANISTA. Señores, concluyamos.

DON SIMEON. Ruego que pronto, pues de priesa estamos...

DON ALBERTO. ¿Con que ustedes, señores...

DOÑA RUFINA. Dan crédito á los tontos habladores;  
mas para convencerlos  
y lograr contenerlos  
esto será mejor. *(Se acerca á la puerta del fondo, y dice en voz alta:)*

Sal pronto, hermano,  
despierta, y confundidos  
á estos dos atrevidos  
deja y á todo el pueblo sevillano.

ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. *Sale por la puerta del fondo estregándose los ojos, y bostezando como quien despierta de un profundo sueño.*

DON ELAS.           ¿Con que ni dormir se puede  
                              en esta maldita tierra...?  
                              ¡Jesus y qué gritaría!  
                              ¿Qué voces, decid, son estas?  
                              Me pareció que en el mar  
                              corriendo estaba tormenta.  
                              ¿Qué ha ocurrido...? ¿Qué acontece?  
                              ¡Estos hombres qué desean?  
DON SIMEON.        *(A Ana.)*  
                              ¿Es este el señor indiano?

- EBANISTA. (*A Ana.*)  
¿Es don Blas?
- ANA. ¿Pues no lo aciertan?
- DON SIMEON. (*Acercándose á don Blas.*)  
Yo, señor, soy...
- EBANISTA. (*Adelantándose.*) Yo ebanista...
- DON ALBERTO. (*Dudoso.*)  
Son...
- DOÑA RUFINA. (*Con resolucion.*)  
No es tiempo de reserva.  
Estos dos son acreedores  
de quien estando en urgencia  
nos fué preciso valernos...
- EBANISTA. Yo un sofá, cómoda y mesa,  
por los respetos de usted,  
vendí...
- DOÑA RUFINA. (*Interrumpiéndole.*)  
Fue de esta manera.  
Necesitando unos muebles  
para poner con decencia  
tu cuarto...
- DON SIMEON. Y yo, señor mio,  
á la señora marquesa  
y á este señor vuestro hermano  
y al capitán, viendo que era  
justo que con aparato  
tal persona recibieran,  
por servirlos les presté  
seis mil reales en moneda  
sin tener mas garantía  
que una carta...
- DON BLAS. Estos chochean.
- DON SIMEON. ¿Qué tengo con eso yo?  
Ya descampa, y llueven piedras.  
¿Qué teneis con eso vos...?
- EBANISTA. Mis muebles...
- DOÑA RUFINA. En dos paletas  
yo te aclararé el enigma.  
Estos hombres con quien deuda  
es verdad que contragimos,  
y todo es una friolera,  
se vienen con la embajada  
de que tu fortuna inmensa  
se la ha llevado el demonio;  
y tal disparate piensan  
que es verdad, porque unos necios  
con intencion nada buena,  
andan por toda Sevilla  
divulgando...
- DON SIMEON. Por muy cierta  
la noticia nos han dado.
- DOÑA RUFINA. (*Con gran seguridad.*)

- DON BLAS. Ya ves que cosa tan necia.  
(*Con mucha calma.*)  
Rufina, no es necedad.  
La noticia es verdadera.  
Es un evangelio, sí.  
Estando de Cadiz cerca,  
dos jabeques berberiscos,  
en una noche de niebla,  
abordaron mi fragata;  
fue imposible hacer defensa,  
y todo me lo robaron;  
todo, todo.
- DOÑA RUFINA. (*Suspensa.*) ¿Hablas de veras?
- DON ALBERTO. (*Dudoso.*)  
Pero..., Blas...
- DON BLAS. Una desgracia  
imprevista...
- DON MIGUEL. ¿Y resistencia  
hacer no te fue posible...?
- DON BLAS. ¿No veis que fue una sorpresa?  
Veinte cajas se llevaron  
todas de dinero llenas;  
gran cantidad de oro y plata  
en barras, una completa  
vajilla, varios productos  
preciosos de aquellas tierras,  
y... hasta mi equipage.  
DOÑA RUFINA. (*Dando muestras de desmayarse.*)  
¡Ay Dios!
- DOÑA PAQUITA. (*Sosteniendo à su madre.*)  
¡Ay, mamá!
- DOÑA RUFINA. ¡Jesus!
- DON ALBERTO. (*A Ana.*) Acerca  
una silla... pronto.
- DON BLAS. (*Con ternura.*) ¡Hermana!
- DOÑA RUFINA. (*Sentándose en una silla que le trae Ana.*)  
¡Válgame Dios...! ¿Quién dijera  
aun no hace un cuarto de hora  
tal desgracia?
- EBANISTA. Si era cierta  
la noticia ahora se ve.
- DON SIMEON. (*Acercándose á doña Rufina.*)  
Gracias infinitas sean  
dadas al Señor de todo.  
El da y el quita la hacienda;  
y pues la salud, señora,  
benigno á usía la deja  
dénsele gracias. Tal vez  
su condenacion eterna,  
su absoluta perdicion  
iban á ser las riquezas;  
y mas vale en todo caso...



- DOÑA RUFINA. (*Con enfado.*)  
Esas son cosas muy buenas,  
mas no para este momento.
- DON BLAS. Pero, Rufina, contempla...
- DOÑA RUFINA. ¡Pues buenos hemos quedado!
- EBANISTA. (*Aparte enternecido.*)  
Lástima me dá de verla.  
Claro es que de buena fe  
me hizo la compra. ¡Paciencia!
- DON SIMEON. Yo, mis señores, no puedo  
(Dios sabe lo que me pesa)  
menos de que este recibo  
se me asegure, ó con prenda  
suficiente, ó aprontando  
la corta suma que reza,  
pues que ya no hay esperanzas  
y es notorio...
- DON MIGUEL. (*Con enfado.*) Tanta priesa  
no es justa, don Simeon.  
Aun no ha pasado hora y media,  
¡y ya exige usted...
- DON SIMEON. Amigo,  
yo he de mirar por mi hacienda.  
Si seguridad bastante  
no me dan, me será fuerza  
acudir á la justicia  
y á mi pesar...
- EBANISTA. Por mi cuenta  
no se aflijan sus mercedes.  
Es solo una friolera.  
Yo esperaré...
- DON SIMEON. Pues yo no.
- DON BLAS. (*Con resolucion á don Simeon y al ebanista.*)  
Con que... ¿ustedes qué desean?
- DON SIMEON. Yo el pago de este recibo.
- EBANISTA. Yo, nada.
- ANA. ¡Qué diferencia!
- DON BLAS. (*Al ebanista.*)  
Pues usted, señor maestro,  
por sus muebles nada tema,  
que son míos. ¿Cuanto importa?  
Treinta y dos duros.
- EBANISTA. Pues queda  
pagárselos á mi cargo.
- DON BLAS. ¿Si usted quiere como prenda  
este reló que salvé, (*Saca el reloj.*)  
yo no sé de que manera...
- EBANISTA. ¡Qué...! No señor... Por mi parte  
á nadie se hará molestia.
- DON SIMEON. (*Mostrando el recibo.*)  
Yo presento este recibo  
y exijo que al punto sea

pagado. Sino, en el día  
 acudiré á quien convenga.  
 ¡Picaron!  
 ¡ Vil usurero!  
 (*Con gran frialdad á don Simeon.*)  
 Pues haga usted lo que quiera,  
 por que yo, amigo, no puedo  
 encargarme de tal deuda,  
 ni yo le he pedido nada,  
 ni usted nada á mí me presta.  
 DON SIMEON. Mas, señor, por su respeto  
 tal cantidad, sin cautela...  
 DON BLAS. ¿ y mandé yo á usted acaso  
 que por mi respeto diera?  
 DON SIMEON. ¿ Con que no se me asegura?  
 DON BLAS. Lo que es yo... *requiem æternam.*  
 DON SIMEON. (*Sofocado.*)  
 Pues yo sabré de esta estafa  
 vengarme, y con las setenas  
 hacerme pagar.  
 DON ALBERTO. Amigo,  
 buena caridad es esa.  
 DON SIMEON. No entiendo de caridades  
 cuando al dinero me llegan.  
 Yo haré que todos ustedes  
 de la burla se arrepientan. (*Vase.*)  
 DON MIGUEL. Esperad, don Simeon.  
 EBANISTA. Por mí, señores, no hay prisa.

### ESCENA XXX.

LOS MISMOS, *menos DON SIMEON y EL EBANISTA.*

DOÑA RUFINA. ¡Válgame Dios...! Pero, Blas,  
 yo no acabo de creer  
 que esto verdad pueda ser.  
 Sin duda embromando estás.  
 Si acaso por aburrir  
 á estos tacaños dijiste  
 que tus riquezas perdiste,  
 dínos ya...  
 DON BLAS. ¿ Qué he de decir?  
 ¡ Ojalá mentira fuera!  
 Y aunque harto afligirte siento,  
 no lo dudes ni un momento;  
 la noticia es verdadera.  
 Los piratas me han robado  
 hasta el último alfiler.  
 Sino, ¿ me habias de ver  
 tan sucio y tan desastrado?

- DOÑA RUFINA. ¿Con que es verdad?  
DON BLAS. ¿Hay tal tema?  
Sí; sin duda.  
DOÑA PAQUITA. (*Con ternura.*) ¡Pobrecito!  
DOÑA RUFINA. (*Con repentino furor.*)  
¡Y qué, pícaro maldito!,  
¿lo dices con tanta flema?  
DON BLAS. ¡Rufina...  
DOÑA RUFINA. (*Levantándose de la silla.*)  
¡Gran majadero...!  
¿Se habrá visto necio tal?  
¿Con que así, enorme animal,  
perdiste nuestro dinero?  
DON BLAS. ¡Rufina...! ¿Te has vuelto loca?  
DON ALBERTO. No dice locura alguna.  
Perder así la fortuna  
es necedad y no poca.  
¿Por qué precauciones, Blas,  
no tomaste...? ¿No es demencia  
á la luna de Valencia  
dejarnos sin mas ni mas?  
¿Por qué un barco no fletaste  
armado? ¿Por qué un comboy,  
viendo lo que pasa hoy,  
mentecato, no esperaste?  
DON MIGUEL. Fue muy grande necedad  
el peligro no advertir...  
DON BLAS. (*Con chunga.*)  
¿Con que debí de venir  
en el navío Trinidad?  
DOÑA RUFINA. ¿Ahora te vienes con chistes?  
¡Pues como eres tan gracioso...!  
DON BLAS. Que era en extremo chistoso  
no hace mucho que dijistes.  
DON MIGUEL. (*Con desprecio.*)  
Todo ha sido cobardía,  
y vileza todo ha sido.  
¿Por qué no se han defendido?  
¡Collones!!!  
DON BLAS. (*Con entereza.*) Tu valentía,  
primo, alabo. Si tú hubieras  
estado allí, en la sentina  
como un cuitado gallina  
no dudo que te escondieras.  
De tales brabos reniego,  
que no es gran brabura estar  
hecho solo á blasfemar  
allá en la casa de juego.  
DON MIGUEL. Soy un militar de honor  
y tengo al lado una espada  
con que daré una estocada  
al mismo Cid Campeador.

- DON BLAS.           ¿Honor... siendo un petardista?  
                           ¿Espada...? Suele quizás  
                           traerla de adorno y no mas  
                           quien tiene lengua tan lista.
- DON MIGUEL.       ¿Te atreves...
- DON BLAS.           (*Con resolucion.*) Me atrevo ; si.  
                           A mis hermanos aguanto ;  
                           pero ¡ por el cielo santo  
                           que no he de sufrirte á tí!
- DON ALBERTO.      (*Metiéndose en medio.*)  
                           ¡ Señores, por Dios...
- DOÑA RUFINA.      (*A don Blas con gran cólera.*)  
   ¡ Gran necio !!!
- DON BLAS.           (*Con tranquilidad.*)  
                           Rufina, no te sofoques.
- DOÑA RUFINA.      Vete, y más no nos provoques.
- DON MIGUEL.       (*Retirándose.*)  
                           Solo merece desprecio.
- DOÑA RUFINA.      Por tu venida maldita  
                           la mas buena proporcion  
                           de tener colocacion  
                           ha perdido mi Paquita.
- DOÑA PAQUITA.     Mamá, por Dios... ¡Pobre tio!
- DOÑA RUFINA.      ¡Mentecato!
- DOÑA PAQUITA.     Al cabo es...
- DOÑA RUFINA.      Solo un perdido, un mantés.
- DOÑA PAQUITA.     (*Afligida.*)  
                           Lástima me dá... ¡ Dios mio !
- DOÑA RUFINA.      (*Llorando.*)  
                           Y á mí tambien me has quitado  
                           mi felicidad colmada.  
                           Pero no tē importe nada ; (*A don Miguel.*)  
                           no, Miguel... Aun me ha quedado...
- DON MIGUEL.       (*Interrumpiéndola con desden y en voz baja.*)  
                           Calla. Despues hablaremos...
- DOÑA RUFINA.      No lo eche todo á perder.
- DON MIGUEL.       Yo resuelta estoy á hacer...
- DOÑA RUFINA.      (*Con enfado.*)  
                           Calla, por Dios. Ya veremos.
- DOÑA RUFINA.      (*A don Blas con despecho.*)  
                           Y tú, marchate de aquí.
- DON BLAS.           Rufina, ¿ y aquel amor  
                           que con tan grande calor  
                           há un rato mostraste? Di.
- DON ALBERTO.      ¡ Con buen recuerdo te vienes !
- DON BLAS.           Conozco de esta manera  
                           que aquel cariñazo era  
                           no á vuestro hermano ; á sus bienes.
- DOÑA RUFINA.      Muchito.

## ESCENA XXXI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la derecha.*

PASCUAL.

Aquí está ya todo.

Pero ¡vaya una comida!  
 ¡Qué capon! ¡Qué pastelillos!  
 ¡Qué temblonas jaletinas!  
 Viene la cosa completa.  
 Hay dulce seco y de almibar;  
 hay... ¡Qué sé yo...? Dos gallegos  
 lo traen en las angarillas.

DOÑA RUFINA.

Bestia; puedes á la calle  
 tirar todo.

DON BLAS.

No en mis días,

no; porque yo he de comerlo.

PASCUAL.

*(A Ana aparte.)*

¿Qué es, Ana, esta tremolina?

ANA.

¿Qué ha de ser...? Que los demonios  
 nos han echo una visita.

DOÑA RUFINA.

*(Desesperada.)*

Tiradlo todo á la calle.

Ya no es menester comida.

Veneno, solo veneno

es lo que quiero.

DON BLAS.

*(Admirado.)* ¡Rufina !!!

DOÑA RUFINA.

*(A don Blas.)*

Te detesto... Vete al punto.

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá!

DOÑA RUFINA.

Déjame, Paquita,

DOÑA PAQUITA.

Vamos adentro, mamá...

Será mejor...

DOÑA RUFINA.

Vamos, hija.

Por no ver á ese mostrenco

á los infiernos me iria.

DON ALBERTO.

*(A don Miguel.)*

Dejemos á ese perdido.

Vente, vente con Rufina.

DON MIGUEL.

Yo me voy á...

DOÑA RUFINA.

*(Andando hácia la puerta de la izquierda.)*

¡Qué Miguel!

¡En tal conflicto...

DON MIGUEL.

No, prima.

Voy á ver si de este chasco

la baraja me desquita.

PASCUAL.

Pues yo, en todo caso, iré

á custodiar mis marmitas.

*(Vanse doña Rufina, don Alberto y doña Paquita por la izquierda, y don Miguel y Pascual por la derecha.)*



## ESCENA XXXII.

DON BLAS. ANA.

DON BLAS.

*(Sin reparar en Ana.)*

Pues señor, ¡ buenos parientes  
he encontrado ! Las noticias  
que en Cádiz de ellos me dieron  
eran ciertas por mi vida.

*(Vase por la puerta del fondo.)*

## ESCENA XXXIII.

ANA, sola.

Tú eres el rey. Ven, Blasito ;  
nosotros te mimaremos ;  
los mosquitos mataremos ;  
¡ que haya gran silencio, chito...!  
El Señor sea bendito  
que da los males y bienes ;  
mas del mundo en los vaivenes ,  
como reina el interes ,  
solo hay una norma , y es :  
tanto vales cuanto tienes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

ANA. PASCUAL, *que viene de fuera.*

PASCUAL. Con que, dime, ¿has despedido  
á los lacayos?

ANA. Sí; ahora.

Me lo mandó la señora.

¿Mas tú cómo lo has sabido?

PASCUAL. Los he encontrado.

ANA. Ya ves

el trastorno que hay en casa.

PASCUAL. Por cierto que lo que pasa  
cosa del demonio es.

¿Qué chasco...! ¿Pobre don Blas!

Yo al pronto no lo creí,

y aunque en la fonda algo oí,  
no pensé en ello jamás.

ANA. Lance es de marca mayor.

A mí lástima me han dado.

PASCUAL. Quien á mí me la há causado  
es el bueno del señor.

Y tambien la señorita;

mas por el ama...

ANA. En verdad

que su necia vanidad

y su condicion maldita

no merecen compasion.

PASCUAL. ¿Pues y el señor capitan?

ANA. ¿Cuántos á galeras van  
que mas hombres de bien son!

PASCUAL. ¿No sabes qué trucha es!

Si yo te dijera á ti...

ANA. ¿Y qué tardas, Pascual? Dí...

PASCUAL. No, que me dirás despues  
que soy un grande hablador.  
Pero has de saber... No quiero.

ANA. (*Acariciándole.*)

Cuéntame... ¿Anda, majadero!

Pascualito..., hazme el favor...

PASCUAL. ¿Qué curiosa...! Al fin, muger.

- ANA. Y si es cosa de los amos,  
dime, Pascual, ¿á qué estamos  
sino á murmurar y oler?
- PASCUAL. Pues ofrécame secreto,  
porque es cosa de importancia.
- ANA. Dime solo la sustancia,  
que yo callarlo prometo.
- PASCUAL. *(Mirando á todas las puertas para asegurarse que nadie le oye.)*  
Pues has de saber que él  
en cuanto la plata olió  
casarse al punto trató.
- ANA. *(Con gran curiosidad.)*  
¿Quién, Pascual? ¿Quién?
- PASCUAL. Don Miguel.  
Pero... ¿A que nadie adivina  
la novia...?
- ANA. ¡Ya! la muchacha.
- PASCUAL. Hablas como una borracha.  
Pretende á doña Rufina.
- ANA. Anda, embrollon, embustero.
- PASCUAL. ¿Piensas que es mentira?
- ANA. Sí.
- PASCUAL. Pues, amiga, yo lo oí.
- ANA. ¡Mucho deslumbra el dinero!  
¿Pero... ¿Cómo...?
- PASCUAL. Hace tres dias  
Que yo ahí dentro oculto estaba,  
y aqui la señora hablaba  
con su primo boberías.  
Me puse atento á escuchar,  
y el capitan empezó  
á decirle... ¿Qué sé yo?  
Cosas para reventar.
- ANA. *(Dudosa.)*  
Calla, bruto.
- PASCUAL. Pues si callo,  
¿cómo te lo he de decir?  
Era cosa que reir  
hiciera no á mí, á un caballo  
ver á la vieja hacer quiebros,  
y al taimado capitan  
muy rendido y muy galan  
flores echarle y requiebros.
- ANA. ¿Con que ambos se enamoraban?
- PASCUAL. Pero con muy casto intento,  
pues de santo casamiento  
y de nada mas trataban.  
Que ya hacia muchos años  
que se abrasaba en su fuego,  
que estaba por ella ciego  
y otras locuras y engaños  
el capitan le decia,

y la vieja se mirlaba ,  
*picarillo* le llamaba  
 y los labios se mordía.  
 ANA. ¡ Muy lindo paso , por Dios !  
 PASCUAL. Pues ayer los encontré  
 de nuevo y me agazapé  
 para escuchar á los dos.  
 Volvieron é los amores  
 y á reconcomerse el ama ,  
 á hablar de pasion y llama  
 y á equivoquillos y á flores ,  
 y despues el muy taimado ,  
 mas astuto que el demonio ,  
 le propuso matrimonio  
 con muy grande desenfado.  
 ANA. ¿ Y en qué quedaron por fin ?  
 PASCUAL. En qué se hizo de rogar  
 ¿ quién tal pudiera pensar ?  
 el quintañon serafín.  
 ANA. ¿ Cómo ?

PASCUAL. A pesar de que estaba  
 hecha una jalea toda ,  
 á la apetecida boda  
 obstáculos encontraba ;  
 diciendo que á perder iba  
 el titulo de marquesa ,  
 y que era una cosa esa  
 para ella muy cuesta arriba.  
 Pero el remedio dispuso  
 el galan , como discreto ,  
 y matrimonio secreto  
 al instante le propuso.  
 ANA. ¿ Y aceptó ?

PASCUAL. ¿ Qué habia de hacer ?  
 Si un novio se le presenta  
 cuando ha cumplido cuarenta ,  
 ¿ lo desprecia una muger ?  
 ANA. ¡ Jesus... ! ¿ A tal vieja quiere ?  
 PASCUAL. El solo quiere pillar  
 dinero para jugar ,  
 y venga como viniere.

ANA. (*Recapacitando.*)  
 ¡ Válgame Dios... ! Pero ahora  
 me haces sospechas tener  
 de cosas que he visto hacer  
 al primo y á la señora.  
 Es cierto. Desde que vino  
 la carta muy servicial  
 anda don Miguel , Pascual ,  
 muy obsequioso y muy fino.  
 Con la primita á paseo ,  
 á misa con la primita...

¡Miren la vieja maldita,  
 que aun le gusta el galanteo!  
 Mas ya que llevó el demonio  
 las esperanzas en flor  
 tambien llevará este amor  
 y el tratado matrimonio.  
 PASCUAL. Pues que de secretos va,  
 decirte otro es menester,  
 mas tambien me has de ofrecer  
 callarlo.

ANA. Dímelo ya.  
 PASCUAL. Has de saber... Pero no.  
 Acierta de donde vengo.  
 ANA. (*Con impaciencia.*)  
 ¿Cómo de acertarlo tengo?  
 De... de... Pascual, ¿qué sé yo?  
 PASCUAL. De casa de don Juanito.  
 ANA. ¿De quién, hombre?  
 PASCUAL. De don Juan,  
 el que era novio ó galán  
 de la niña.

ANA. ¡Habrás maldito...!  
 ¿Te has hechado á corredor...  
 PASCUAL. ¿A qué?  
 ANA. A traer y á llebar;  
 á componer y á ajustar  
 inconvenientes de amor.  
 PASCUAL. Calla, lengua viperina.  
 Si yo á don Juan he buscado,  
 es porque me lo ha mandado  
 el ama doña Rufina.  
 ¿Pues muy bonito soy yo  
 para el papel de tercero!  
 ANA. No te enfades, majadero.  
 PASCUAL. ¿Yo alcamoses...? Eso no.  
 ANA. No te amosques, no, Pascual,  
 que ofenderte no es mi intento.  
 Además que en casamiento  
 intervenir no es gran mal.  
 PASCUAL. Hija, yo en nada intervengo,  
 si de hombre y muger se trata,  
 ni por cien montes de plata;  
 que de gente honrada vengo.  
 Si á buscar á don Juan fui,  
 con recado fué del ama.  
 ANA. ¿Qué quiere de él?  
 PASCUAL. Que lo llama.  
 ANA. ¿Le pide que venga?  
 PASCUAL. Sí.  
 Como el diablo la fortuna  
 del indiano se llevó,  
 busca al que antes despreció.



ANA. No tiene vergüenza alguna.  
 Pero, Pascual, ¿Qué recado  
 te dió la señora? Dí.

PASCUAL. Que al momento venga aquí.

ANA. ¿Y tú á don Juan se la has dado?

PASCUAL. Sin duda. Y lo bueno está  
 que me encargaron lo diera  
 como que de parte era  
 de la señorita.

ANA. Ya.

PASCUAL. Mas yo no quise mentir,  
 y le dije que es el ama  
 quien con tal priesa lo llama.

ANA. ¿Y él ha quedado en venir?

PASCUAL. No sé. Habia mucha gente  
 en la tienda, y un criado  
 me dijo que le habia dado  
 á su padre un accidente  
 por cierta mala noticia...

ANA. *(Sorprendida mirando á la puerta del fondo.)*  
 ¿hay, que viene aquí don Blas!

PASCUAL. ¿Y qué importa?

ANA. Que... quizás...

PASCUAL. No tiene tanta malicia.

## ESCENA II.

LOS MISMOS. DON BLAS, *por el fondo.*

DON BLAS. *(Con una carta en la mano.)*  
 Hazme, Pascual, el favor  
 de llevar en el momento  
 esta carta.

PASCUAL. Como un viento  
 voy á serviros, señor.

DON BLAS. Nombre y señas puedes ver  
 en el sobre, y diligente...

PASCUAL. Solo hay un inconveniente;  
 y es que yo no sé leer.

DON BLAS. *(Leyendo el sobre.)*  
 Pues imponte. Dice así:  
 A don Juan Antonio Greda,  
 en el arco de la Seda,  
 número tres. ¿Estás? Dí.

PASCUAL. *(Tomando la carta.)*  
 ¿Toma, toma...! ¿Que si estoy...?  
 Ya conozco al perillan.  
 Ana, ¿si es nuestro don Juan!  
 Al momento, señor, voy.

DON BLAS. ¿Le conoces?

PASCUAL.

¡Pues si era novio de la señorita!

DON BLAS.

(Con interés.)

¿De mi sobrina Paquita...?

PASCUAL.

(Viendo que Ana le hace señas.)

Voy al punto.

DON BLAS.

(*Deteniéndole.*) Escucha, espera.

¿Este don Juan será pues  
quien con mi sobrina estaba  
concertado y que la amaba  
con tanta ternura?

PASCUAL.

El es.

DON BLAS.

(*Suspense.*)

Pues entonces... Sí... (Con resolución.)

## Al instante

la carta le has de entregar,  
en su mano y sin tardar.  
Mira que es interesante.

ESCENA III.

DON BLAS. ANA.

DON BLAS.

(Sin reparar en Ana.)

Muy bueno el saber ha sido  
que es este mismo don Juan  
el novio amable y galan  
por mi causa despedido.

(Reparando en Ana.)

¡Hola...! ¿aun estabas aquí...?

¿Dónde mi hermana Rufina,  
dónde mi hermosa sobrina  
se encuentran? Muchacha, di.

ANA.

Como le dió á la señora  
la jaqueca...

DON BLAS.

¿Mala está?

ANA.

En cuanto rabia le da  
esto que le ha dado ahora.

DON BLAS.

Pero... ¿no es cosa de cama...?

ANA.

¡Qué! No señor; no hay cuidado.

Tal vez ya le habrá pasado...

Sin duda, porque me llama.

(Mirando à la izquierda.)

Aquí me pienso que viene.

DON BLAS.

¿Viene aquí? Pues yo me voy,  
porque conociendo estoy  
que ya poco amor me tiene.

## ESCENA IV.

ANA. *sola.*

¡Qué amable que es! ¡Pobrecito!  
 ¡Y con qué paciencia lleva  
 sus desgracias!... Esto prueba  
 que tiene un genio bendito.

## ESCENA V.

ANA. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA.

*(Enojada.)*

¿Nunca has de contestarme  
 por mas voces que doy cuando te llamo?

¡Vaya, en desesperarme  
 cifras tu gusto...! ¿Dónde está tu amo?

¿Fué tal vez á paseo?

ANA.

Que allá en su cuarto está, señora, creo.

DOÑA RUFINA.

¿Y Pascual ha venido...?

Porque, si no me engaño, hace un minuto  
 que charlar le he sentido.

ANA.

Ha vuelto; si señora.

DOÑA RUFINA.

¿Y el gran bruto,  
 por qué de mi recado

la debida respuesta no me ha dado?

Que venga en el momento.

ANA.

Otra vez me parece que ha salido.

DOÑA RUFINA.

¡Hay tal atrevimiento...!

Sin duda á la taberna se habrá ido.

ANA.

Don Blas le dió una carta...

DOÑA RUFINA.

*(Furiosa.)*

Blas de desesperarme no se harta.

¿Y quién, por vida mia,  
 le mete en disponer de mis criados?

Mucho mejor haria

en irse y en dejarnos descansados.

Pues se engaña por cierto

si piensa aquí dormir.—; Alberto, Alberto!

## ESCENA VI.

LOS MISMOS. DON ALBERTO, *sin uniforme.*

DON ALBERTO.

¿Qué me quieres, hermana;

TOMO IV.

DOÑA RUFINA. Tengo que hablarte.  
*(A Ana que se retiraba.)* Dime: ¿despediste  
 á los lacayos Ana?  
 ANA. *(Desde la puerta.)*  
 Si señora.  
 DOÑA RUFINA. ¿Y su ropa recogiste?  
 ANA. Tambien.  
 DOÑA RUFINA. Dile á Paquita  
 que venga.  
 ANA. Voy. *(Aparte.)* ¡Qué vieja tan maldita! *(Vase.)*

## ESCENA VII.

DOÑA RUFINA. DON ALBERTO.

DON ALBERTO. ¿Pues, hermana, qué ha ocurrido?  
 DOÑA RUFINA. Mil cosas que hablar tenemos.  
 Muy grandes son los apuros,  
 y es fuerza buscar remedio,  
 y tomar nuestro partido  
 con este hermano tan necio.  
 Sí se queda con nosotros  
 será insoportable peso.  
 Y su ordinariez, su facha,  
 y sus bajos pensamientos  
 van sin duda á abochornarnos  
 y á descubrir mil secretos.  
 Todo podia soportarse  
 en gracia de su dinero;  
 pero perdido el tesoro...  
 DON ALBERTO. Por mí váyase al momento,  
 Tus temores son fundados.  
 Haz lo que quieras.  
 DOÑA RUFINA. Yo quiero  
 decirle que no es posible  
 tenerle en casa mas tiempo,  
 y tal vez por aburrido  
 viéndose aislado y sin medios  
 se ausentará de Sevilla:  
 y por mí, vaya al infierno  
 con tal que de aquí se aleje.  
 DON ALBERTO. Pero entre tanto, remedio  
 nuestra situacion no tiene;  
 y no tan solo nos vemos  
 con toda nuestra esperanza  
 convertida en humo y viento;  
 sino privados tambien  
 del apoyo y de los medios,  
 que la boda de la chica  
 con aquel jóven tendero

nos iba á proporcionar.  
 DOÑA RUFINA. Para hablarte, hermano, de eso  
 te llamo precisamente.  
 ¿Piensas tú que yo me duermo?  
 Ya al don Juan (que es un cuitado,  
 un niño á quien le daremos  
 papilla si tu me ayudas,) un recado muy atento  
 de parte de mi Paquita  
 le he enviado; y sé de cierto  
 que no se hará de rogar,  
 porqué de amor está ciego.

DON ALBERTO. La muchacha estará loca  
 con tal nueva de contento.

DOÑA RUFINA. Mira tú si es mentecata,  
 que se opone á todo esto,  
 pensando que es vergonzoso  
 tras de los desaires hechos  
 llamarle; y es tan menguada  
 que ni aun verle quiere.

DON ALBERTO. ¡ Bueno !

¡ Es una alhaja Paquita !  
 DOÑA RUFINA. Es necia con todo extremo.  
 Yo le he estado predicando,  
 pero todo sin efecto,  
 y ahora la mandé llamar  
 á ver si emtrambos podemos  
 recabar de ella, que al novio  
 trate de empeñar de nuevo.  
 Ni otro camino nos queda,  
 y si en humo se volvieron  
 todas nuestras esperanzas  
 por ese Blas tan mostrenco,  
 agarrarnos es preciso  
 aunque sea de un clavo ardiendo.  
 Este buen don Jnan de Greda,  
 aunque es tambien otro necio,  
 al fin dota á la muchacha,  
 tiene crédito y dinero,  
 y en atrapándolo aqui  
 á mi cargo queda luego  
 disponer de sus talegas,  
 hacerle que tome apego  
 á los títulos y honores,  
 que dé un puntapie al comercio,  
 y que con todas sus fuerzas  
 ayude nuestros intentos:  
 y á dar al pobre Miguel  
 (que está al fin á cargo nuestro)  
 con que adelantar consiga  
 su carrera.

DON ALBERTO. Desde luego.



DOÑA RUFINA.  
DON ALBERTO.

Pues aquí Paquita viene.  
Al fin la convenceremos.

### ESCENA VIII.

LOS MISMOS. DOÑA PAQUITA, *sin el collar.*

DOÑA PAQUITA.  
DOÑA RUFINA.

Mamá.  
Ven acá, hija mía.  
Preciso es que te convenzas  
de que es ya llegado el día  
(como há poco te decia)  
en que á tí misma te venzas.  
Aunque segun imagino  
no habrá mucho que vencer,  
si es que el loco desatino  
de aquel tierno amor, tan fino,  
se encuentra en el mismo ser.  
Don Juan luego ha de venir,  
que en tu nombre se ha llamado.  
Tú aqui lo has de recibir,  
y bien le puedes decir  
que lo tratado, tratado.

DON ALBERTO.

Sí, sobrina; yo he de ser  
el padrino de la boda.  
Ya puedes, hermosa, ver  
cómo de nuevo encender  
de ese novio el alma toda.

DOÑA PAQUITA.

¡Válgame Dios...! ¡Y ha enviado  
usted de cierto, mamá,  
a don Juan el tal recado  
por mí tan desaprobado?  
¡Jesus...! ¡Jesus! ¡Qué dirá?

DOÑA RUFINA.

Nada. vendrá; y está en tí,  
si lo ha ofendido el rigor  
con que se le hechó de aquí,  
saber disculparme á mí,  
que todo lo alcanza amor.

DOÑA PAQUITA.

¡Y qué...! ¡Yo le he de rogar  
tras de ofensa tan reciente?  
Me abochorno de pensar  
lo que él puede imaginar,  
y lo que hablará la gente.

DON ALBERTO.

Anda, tonta; así se ceban  
estos rendidos amantes.  
Mientras mas desaires prueban  
y mayores golpes llevan,  
son mas firmes y constantes.  
Dale tú una miradita.  
culpa su poco teson,

echa alguna lagrimita ,  
y al punto verás , Paquita ,  
que él mismo pide perdon.

DOÑA PAQUITA.

(*Con resolucion.*)

Yo esas intrigas no sé  
ni pienso que valen nada.  
Amo á don Juan ; bien se ve ,  
mas nunca le rogaré.  
Su venida es escusada.

DOÑA RUFINA.

(*Alterada.*)

¿ Ves lo que te he dicho , Alberto ?  
Es muy gran bestia esta niña.  
No hay que pensar en concierto.

DOÑA PAQUITA.

Mamá , motivo por cierto  
no doy de que usted me riña.

DOÑA RUFINA.

Si , mentecata. ¿ No ves  
que ya en hacerse esta boda  
se ofrece grande interes ,  
porque el solo apoyo es  
para tu familia toda ?

DON ALBERTO.

Lo que yo juzgo , Rufina ,  
es que poco amor le tiene  
al tal don Juan mi sobrina ,  
cuando no se determina  
á hablarle como conviene.

DOÑA PAQUITA.

¿ Y qué engañado está usted !  
Que mi amor es verdadero  
harto se prueba y se ve  
tan solo con notar que  
degradarme ante él no quiero.  
Y porque le adoro yo ,  
que volviera el mismo dia  
en que de aqui se le echó  
y en que tanto oprobio oyó ,  
con el alma sentiria ;  
porque un hombre ha de tener  
para ser amado , honor ,  
como debe una muger  
que querida quiere ser  
tener vergüenza y pudor.

DOÑA RUFINA.

Esas son filosofias  
de las novelas fatales ,  
y con esas tonterias  
siempre quedan para tias  
las niñas sentimentales.

DOÑA PAQUITA.

¿ Qué novelas leo yo ?

DOÑA RUFINA.

No repliques , niña , mas.  
Mi paciencia se acabó ,  
y hoy mismo , quieras ó no ,  
con don Juan te casarás.

DOÑA PAQUITA.

Con el alma lo deseo :  
ya lo he dicho muchas veces ;

mas poderlo alcanzar creo  
sin dar ningun paso feo.  
DON ALBERTO. Ya esas son ridiculeces.  
DOÑA RUFINA. Lo que yo te mande harás:  
obedecerme es lo cierto.  
¡Pues no nos faltaba mas!  
¿Has visto, dime, jamás  
tan terca muchacha, Alberto?

## ESCENA IX.

LOS MISMOS. DON BLAS, *sale de su cuarto.*

DON BLAS. Mucho de encontrar me alegre  
junta la familia toda  
para que hablemos un rato,  
y arreglemos nuestras cosas.  
DOÑA RUFINA. ¡Pues no está mala embajada  
con la que sales ahora!  
¿Qué tenemos que arreglar?  
Es ocurrencia graciosa  
que quien perdió su fortuna  
de una manera tan tonta  
venga con tan necio orgullo  
á arreglar ajenas cosas.  
DON BLAS. *(Con mucha calma.)*  
Rufina, de mi desgracia  
culpa ninguna me toca;  
sí el enorme peso de ella,  
pues la pérdida no es floja.  
Mas ya remedio no tiene;  
por lo cual, hermana, todas  
las riñas, reconvenciones  
y quejas estan de sobra.  
La pena que habeis mostrado  
al saberla fue muy propia  
del interes y el cariño  
que debeis á mi persona;  
mas ya pasó aquel momento,  
y con mas calma y pachorra  
como muy buenos hermanos,  
que al fin lo somos, ahora  
arreglaremos el modo  
de vivir en paz.  
DOÑA RUFINA. *(Interrumpiéndole con viveza.)*  
¿Con bromas  
te vienes...? Por vida mia,  
que tu vergüenza es bien poca.  
DON BLAS. Escucha, Rufina, un rato.  
Muy de prisa te amontonas.

- DOÑA RUFINA. ¡Escucharte? ¡Bueno fuera!  
Yo no sé por qué no tomas  
como debes tu partido.  
Que en esta casa incomodas  
debes ya de conocer.
- DOÑA PAQUITA. ¡Jesus...! ¡Mamá!
- DOÑA RUFINA. Calla, tonta,  
y vámonos allá adentro  
á tratar de lo que importa,  
ya que ha osado interrumpirnos  
este necio.
- DON BLAS. (*Con mucha paciencia.*)  
Te alborotas,  
hermana, muy pronto. Escucha.  
Solo el verte me rebota.
- DOÑA RUFINA. ¡Rufina!!!
- DOÑA RUFINA. (*A don Alberto y á doña Paquita.*)  
Vamos adentro.
- DON ALBERTO. Tu enojo, hermana, reporta.  
Escuchémosle, que al cabo...
- DON BLAS. (*A don Alberto.*)  
Ella se altera y sofoca  
porque ha juzgado que todo  
se ha perdido, y se equivoca.  
Pues aun tenemos bastante  
para pasar sin zozobras,  
no solo una vida buena,  
sino vida regalona.
- DOÑA RUFINA. (*Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.*)  
¡Pues ¡qué! se ha salvado algo...?
- DON ALBERTO. Eso, Blas, es otra cosa.  
¡Lo ves, Rufina...? ¡Lo ves...?
- DOÑA RUFINA. Ten cachaza: no seas boba.
- DON BLAS. Con que, dí, Blas, ¿aun podemos...?
- DOÑA RUFINA. Como sé que te incomoda  
cuanto digo, no me atrevo...
- DON BLAS. No me incomodo. Perdona.—  
Habla pues. Con que, dí, ¿todo  
no se ha perdido?
- DON BLAS. (*Tomando una silla y presentándosela á doña Rufina.*)  
No.—Toma  
esta silla y está atenta.  
Paca, Alberto, tomad otras  
y en gracias de Dios hablemos  
como la gente de forma.  
(*Acercan sillas doña Paquita y don Alberto, y se sientan.*)
- DOÑA RUFINA. (*Sentándose.*)  
Bien; me sentaré.
- DON ALBERTO. Sí, hermana.
- DOÑA RUFINA. (*A don Blas con cariño.*)  
Dinos pues, fuera de broma,  
qué has salvado y con qué suma...

DON BLAS.

*(Sentándose.)*

Voy allá.—La tarde toda  
 en calcular he pasado  
 los recursos que aun nos sobran ;  
 y encuentro que son bastantes  
 para no andarse á la sopa.  
 En verdad no viviremos  
 con la grandeza y la pompa,  
 que mis perdidos tesoros  
 prometian , ¿ mas qué importa ,  
 si con lo que conservamos,  
 con decoro y sin tramoyas  
 y sin apuros podemos  
 gozar de la vita bona ?

DOÑA RUFINA.

*(Impaciente.)*

¿Y cuáles son los recursos...  
 Esplicate mas.

DON BLAS.

Ahora.

DOÑA RUFINA.

¿Dejastes algunos fondos  
 allá en Lima , y á persona  
 de probidad ?

DON BLAS.

Ni una hilacha

dejé en tierra tan remota.

DOÑA RUFINA.

¿Pues en letras , por ventura  
 traías...

DON BLAS.

¿Qué ! De otra cosa

muy distinta voy á hablaros.

DOÑA RUFINA.

*(Muy inquieta.)*

Pues acaba : no seas posma.

DON BLAS.

Ten paciencia , ten paciencia.

DON ALBERTO.

*(A doña Rufina.)*

Sí ; escucha.

DOÑA RUFINA.

¿Jesus qué sorna!

Me estoy haciendo harinilla.

DON BLAS.

Yo tengo buena memoria,  
 y me acuerdo, hermanos míos ,  
 que en mi época venturosa  
 tres veces os he enviado  
 cantidades y no cortas.  
 La primera , veinte mil  
 duros : conservo la nota ;  
 otros diez mil la segunda ,  
 y ocho mil , aun no hace ahora  
 tres años ; y los recibos,  
 como vuestras cartas propias,  
 que tomásteis estas sumas  
 justifican y denotan.

DOÑA RUFINA.

¿Ves con lo que sale, Alberto?

DON BLAS.

*(Con resolucion.)*

¿No he de lograr que me oigas  
 sin interrumpirme un rato?

DON ALBERTO.

Escuchemos.



DOÑA RUFINA.

DON BLAS.

¡Dale, bola!

Yo no dudo, hermanos míos,  
que estas cantidades todas  
se emplearon cual previne;  
y que fincas productoras  
habeis con ellas comprado:  
y de que así fue me informa  
lo que dicen vuestras cartas.  
Pues si hay propiedad, ¿qué importa  
la desgracia que he sufrido?  
Con su producto, que monta  
por mi cuenta á dos mil pesos,  
puede la familia toda  
vivir descansadamente.  
Ademas esa bambolla  
del uniforme de Alberto  
producirá alguna cosa;  
pues si nada produjera  
fuera una gala bien tonta.  
Tu marquesado lo mismo.  
Y harto que estais bien denota  
ver que teneis dos lacayos,  
vajilla de plata, y otras  
comodidades y aun lujos,  
que nunca los pobres logran.  
¿Os faltará economía?  
Pues á mí, que de estas cosas  
entiendo, el manejo dadme...

DOÑA RUFINA.

*(Se levanta interrumpiéndole muy irritada.)*

De escucharte estoy absorta.  
¿Nos viene á pedir cuentas...?  
¡Pues no faltaba otra cosa!  
¿Cómo, atrevido, insolente,  
necio, gobernarnos osas?—  
Que aquí tengamos ó no,  
que en fincas ó en zanahorias  
se emplearan las miserias,  
que encareces con tal pompa,  
que falte ó no economía,  
¿á ti, bruto, que te importa?  
Vuélvete á ser marinero,  
ó aljamel, que con tu tosca  
facha y tus sucios modales  
jamás serás otra cosa,  
y déjanos en paz ya. *(Todos se levantan.)*  
*(Sorprendido.)*

DON BLAS.

¡Rufina...!!!

DOÑA RUFINA.

Vete á una fonda.

Ponte al momento en la calle.

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá, mamá...!

DOÑA RUFINA.

¿Qué hay, mocosa?

¿También quieres reprenderme?

DON ALBERTO. ¡Pues digo á usted que es historia...  
 (*Muy apurado.*)  
 Rufina... Por Dios...  
 DOÑA RUFINA. Hermano,  
 ¿quién la cólera reporta  
 oyendo hablar á ese necio,  
 y quién, dí, no se sofoca  
 viendo á esta insolente niña  
 encaramarse á doctora?  
 Como se parece tanto  
 en lo vulgar y en lo tonta  
 é ese zafio, á ese perdido,  
 su parte y defensa toma...  
 DOÑA PAQUITA. (*Afligida.*)  
 Yo..., mamá...  
 DOÑA RUFINA. (*Furiosa.*) Calla, Paquita.  
 Vete de aquí... ¡Vete, loca!  
 DOÑA PAQUITA. (*Llorando.*)  
 Ya me voy.  
 DOÑA RUFINA. Vete al instante;  
 jamás ante mí te pongas;  
 sino de una bofetada  
 te baño en sangre la boca.  
 (*Vase doña Paquita por la derecha.*)

# ESCENA X.

LOS NISMOS, *menos* DOÑA PAQUITA.

DOÑA RUFINA. Y tú, Blas, ya lo has oído,  
 aquí en casa nos estorbas.  
 Antes que la noche llegue  
 dispon pues de tu persona.  
 DON BLAS. (*Asombrado.*)  
 ¿Hablas de veras Rufina?  
 ¿De tu casa así me arrojas?  
 DOÑA RUFINA. Si; como lo has escuchado.  
 DON BLAS. ¿Y cuando he perdido toda  
 mi fortuna...? ¿Qué recurso...  
 DOÑA RUFINA. Amigo, pide limosna,  
 que á mis costillas no quiero  
 holgazanes de tu estofa.  
 Y pues tanto deseabas  
 vivir en el campo, ahora  
 métete fraile cartujo.  
 DON BLAS. Tu consejo me enamora.  
 DOÑA RUFINA. Pues señor, lo dicho dicho.  
 Yo en mi casa mando sola.  
 No quiero tenerte en ella.  
 A Dios, Blas. Estás de sobra.  
 (*Vase doña Rufina por la derecha.*)

## ESCENA XI.

DON ALBERTO. DON BLAS.

- DON BLAS. *(Deteniendo á don Alberto que se va detras de doña Rufina.)*  
 Hermano, escúchame, espera.  
 ¿Rufina se ha vuelto loca?  
 ¿Qué demonios la provoca  
 á hablarme de esta manera?  
 ¿Por qué es esta furia, Alberto?...  
 Es una pobre mujer,  
 y yo caso no he de hacer  
 de su rabia y desconcierto.  
 Pero tú que al cabo eres  
 la cabeza de la casa,  
 en vista de lo que pasa  
 dí qué he de hacer; dí qué quieres.
- DON ALBERTO. *(Confuso.)*  
 Yo..., Blas... En todo á Rufina  
 procuro siempre dar gusto  
 y á su di ctámen me ajusto.
- DON BLAS. Ya sé yo que te domina.
- DON ALBERTO. Ella tiene gran talento...  
 y con razon dice, Blas...
- DON BLAS. ¿Con qué diciéndome estás  
 que me vaya en el momento?
- DON ALBERTO. Nada digo... Blas... A Dios;  
 voy á ver lo que ella manda.
- DON BLAS. Haces bien, Alberto; anda...  
 ¡Lástima me dais los dos!

## ESCENA XII.

DON BLAS solo, *despues de una larga pausa.*

Ya no hay duda. Bien claro he descubierto,  
 y Dios de que me pesa es buen testigo,  
 que cuanto me informó mi fiel amigo  
 de mi ingrata familia, es harto cierto.  
 Pero ¡ay! me es cara, y aun á dar no acierto  
 á su conducta barbara conmigo,  
 y á su ambicion y orgullo aquel castigo  
 que merece tan loco desconcierto.  
 Mas si trató mi amor de disculparlos  
 en el primer momento, ¿á sangre fria  
 no acabo mas feroces de encontrarlos?  
 Tengan el premio y muera mi alegría,

que en hacerlos felices y abrazarlos,  
y en gozar sus cariños consistía.

### ESCENA XIII.

DON BLAS. DOÑA PAQUITA, *sale de su cuarto, y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo.*

DOÑA PAQUITA. *(Vergonzosa y cortada.)*  
Tío...

DON BLAS. *(Con mucho cariño.)*  
Sobrina mía,

¿qué buscas...? Dilo presto.

¿Mas por qué tan turbada?

¿Qué llanto es ese que en tus ojos veo?

Dí... ¿qué tienes, hermosa?

DOÑA PAQUITA. ¡Ay tío...! Yo no puedo  
manifestar bastante  
lo que me aflige de mi madre el genio,  
ni la terrible pena  
que allá en el alma siento  
al ver como se porta  
con usted, que parece ser tan bueno.

DON BLAS. ¿Qué quieres, inotente!  
Desengaños son estos,  
que lo que puede muestran  
el interés en los humanos pechos;  
y que los hombres solo  
halagan al dinero  
y al poder consideran,  
burlándose de amor y parentesco;  
porque almas corrompidas  
no abrigan los afectos  
que pueden por sí solos  
proporcionar dulzuras y consuelos.

DOÑA PAQUITA. ¡Ay! de usted la venida,  
y sin usted saberlo,  
me sumió para siempre  
en un mar de dolor y de tormentos.  
Las dulces esperanzas  
que alentaban mi pecho  
por causa de usted, tío,  
volaron ya como engañoso sueño.  
Y á pesar de este daño  
tan grande que me hecho,  
inspira el alma mía  
tierno cariño y singular respeto.

DON BLAS. *(Abrazándola con ternura.)*  
Llega á mis brazos, niña.  
No sabes el consuelo

que tus dulces palabras  
difunden ¡ay! en mi angustiado pecho.

DOÑA PAQUITA. Una cosa queria.

DON BLAS. ¿Qué quieres...? Dilo luego.

DOÑA PAQUITA. ¿Y usted tío me ofrece  
que no se enfadará...?

DON BLAS. Dilo sin miedo.

DOÑA PAQUITA. Harto señor, conozco  
que la suerte lo ha puesto  
en el mayor apuro,  
en que puede encontrarse un hombre recto ;  
y para remediarlo ,  
de todo el universo  
tener quisiera , tío,  
no las riquezas, no, sino el imperio ;  
mas ya que no me es dado.  
Tanto como deseo,  
lo que puedo ofrecerle  
con toda el alma y corazón le ofrezco.

(Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los  
pendientes.)

Estas hermosas perlas,  
este rico aderezo,  
que usted tan generoso  
me dió sin conocerme, le devuelvo.  
Su valor usted sabe ;  
que lo tome le ruego ,  
y con su importe , tío,  
sin apuros vivir podrá algun tiempo.

DON BLAS. (Admirado.)

¿Qué pretendes, muchacha?

¿Niña, qué estás diciendo...?

DOÑA PAQUITA. (Con resolucion.)

Si usted, señor, lo acepta  
me hará la mas feliz del universo.

DON BLAS. No lo dudo, hija amada,  
porque se que es el premio  
de acciones semejantes  
el sabroso placer de haberlas hecho.

(Abraza con ternura á doña Paquita.)

¿Qué puedo responderte?

Nada. Vuelve á mi seno,  
porque voces me faltan  
con que esplicar lo que en el alma siento.

(Vuelve á abrazarla.)

DOÑA PAQUITA. (Con cariño.)

¿Con qué usted lo recibe...?

DON BLAS. (Con gran ternura.)

Recibirle no debo.

Disfrútale, sobrina,  
pues prenda es ya de mi cariño tierno.

DOÑA PAQUITA. Una vez le he estrenado.



Ya le he tenido al cuello...  
 Ahora usted le disfrute.  
 ¡ Ah ! no me prive usted de este consuelo.  
 DON BLAS.. Pero , Paquita amada...  
 DOÑA PAQUITA. Yo usarle ya no puedo ,  
 porque es de mucho lujo  
 para la situacion en que nos vemos.  
 Ademias , francamente ,  
 si acaso lo conservo  
 pronto estará empeñado.  
 Pronto...  
 DON BLAS. (*Muy enternecido.*)  
 Basta , Paquita. Te comprendo.  
 Le tomo... , sí ; le tomo,  
 (*Toma la cajita , y mirando à la puerta de la izquierda dice :*)  
 Alguien viene... No quiero  
 Que me encuentren llorando.  
 No te arrepentirás de lo que has hecho.  
 (*Vase á su cuarto.*)

## ESCENA XIV.

DOÑA PAQUITA. PASCUAL, *por la izquierda.*

PASCUAL. Buen ánimo , señorita.  
 Ya está en casa aquel zorzal.  
 DOÑA PAQUITA. (*Volviendo en sí.*)  
 ¿ Quién dices que está , Pascual?  
 PASCUAL. Una agradable visita.  
 (*Vase por la puerta del fondo.*)

## ESCENA XV.

DOÑA PAQUITA. DON JUAN, *por la derecha.*

DOÑA PAQUITA. (*Sorprendida.*)  
 ¡ Ay Jesus... !  
 DON JUAN. (*Turbado.*) ¡ Oh trance fuerte !  
 ¡ Cuánto el encontraros siento !  
 DOÑA PAQUITA. (*Confusa.*)  
 ¡ El verme os da sentimiento... !  
 DON JUAN. (*Abatido.*)  
 Tal es, Paquita , mi suerte.  
 DOÑA PAQUITA. ¡ Si supiérais...  
 DON JUAN. ¿ Qué , mi bien ?  
 DOÑA PAQUITA. Lo que ha pasado en mi casa...  
 DON JUAN. ¡ Ay ! lo que en la mia pasa  
 es lastimoso tambien.  
 DOÑA PAQUITA. (*Asustada.*)  
 ¿ Qué decis ? ¿ Pues qué sucede ?

DON JUAN.       ¿Por qué lo quereis saber?  
 Quien infeliz ha de ser  
 con nada evitarlo puede.  
 Yo al momento que os perdi  
 empecé á serlo, Paquita,  
 y la suerte precipita  
 hoy sus males sobre mí.

DOÑA PAQUITA.   (*Turbada.*)  
 No os entiendo... ¿Habeis venido  
 porque un recado... quizás...

DON JUAN.       Paquita, el ver á don Blas  
 á esta casa me ha traído.

## ESCENA XVI.

LOS MISMOS. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA.   (*Muy contenta.*)  
 Bien, muy bien. Así me agrada.  
 Como tórtolas estan.  
 Muy bien venido, don Juan.  
 Paca, ¿estás ya consolada?

DON JUAN.       (*Con seriedad.*)  
 ¡Señora!

DOÑA RUFINA.       Desde el balcon  
 venir gozosa os he visto  
 tan lindo mozo y tan listo...  
 Buena, Paca, es tu eleccion.

DON JUAN.       ¡Señora!!

DOÑA RUFINA.       ¿Qué...? ¿Está enojado?  
 No se haga usted retrechero.  
 Pues bien sabe, caballero.  
 que siempre se le ha estimado.

DON JUAN.       Me admiro...

DOÑA RUFINA.   (*Con viveza.*) ¿Mimos quereis?  
 Pues pelillos á la mar  
 y vamos á concertar  
 que luego, luego os caseis.

DON JUAN.       Advertid, señora, que  
 ya de muy distinto modo...

DOÑA RUFINA.   No conoce usted que todo  
 por probarle solo fue.  
                           (*A doña Paquita.*)  
 Desengañaile, hija mia,  
 conténtale... Dile, pues...

DOÑA PAQUITA.   (*Avergonzada.*)  
 ¡Jesus, mamá?

DOÑA RUFINA.       Todo es  
 cariño y zalamería.

DON JUAN.       Es otro tiempo, señora:

- no á tratar amores vengo.  
Hartos infortunios tengo  
que me atormenten ahora.
- DOÑA RUFINA. ¿Tan presto se os fue el amor?  
DON JUAN. (*Afligido.*)  
¡Ay! del triste pecho mio  
jamás saldrá, yo lo fio,  
para tormento mayor.
- DOÑA PAQUITA. (*Con vehemencia.*)  
¡Ay don Juan...! ¡Mamá...!
- DOÑA RUFINA. Al momento  
vuestro deseo vereis...
- DON JUAN. Por piedad, no acrecentéis  
mi dolor y mi tormento.
- DOÑA RUFINA. ¿Qué...? ¿No queréis á Paquita?
- DON JUAN. (*Con muestras de gran dolor.*)  
Con todo el alma la adoro,  
es mi bien, es mi tesoro;  
mas la suerte me la quita.  
Ya es vuestra.
- DOÑA RUFINA. No lo será.
- DON JUAN. ¿Qué escucho...? ¡Cielos!
- DOÑA PAQUITA. Señora...
- DON JUAN. mi corazón, ay! la adora,  
pero la he perdido ya.
- DOÑA RUFINA. No os entiendo. ¿Vos perderla?
- DON JUAN. Sí... Cuando la pretendía  
medios de sobra tenía  
con que poder mantenerla.  
Pero acabo de quebrar.  
Ya mi casa está perdida;  
y á quien adoro, en mi vida  
Podré, señora, engañar.
- DOÑA PAQUITA. ¡Ay de mí...! ¡Cielos! ¿Qué dice...?  
(*Como queriendo abrazar á don Juan.*)  
¡Oh, don Juan...!
- DOÑA RUFINA. (*Conteniéndola.*) Niña, contente.
- DOÑA PAQUITA. ¡Mamá!
- DOÑA RUFINA. (*Corre á sentarse en la silla mas inmediata con muestras de desmayarse.*)  
(*A don Juan con enfado.*)  
¡Jesus...! ¿Qué imprudente  
que está usted!
- DON JUAN. ¡Soy infelice!
- DOÑA RUFINA. (*Se acerca á su hija, y dice gritando:*)  
Ana...! Ven, Ana... Ven presto.

## ESCENA XVII.

LOS MISMOS. ANA, apresurada.

ANA. ¿Qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA. Agua al instante.  
 DON JUAN. ¿Hay martirio semejante?  
 ANA. (*Acercándose con cariño á doña Paquita.*)  
 Doña Paquita... ¿Qué es esto?  
 DOÑA PAQUITA. (*Se levanta y se apoya en Ana.*)  
 Nada...  
 DOÑA RUFINA. En tu cuarto mejor...  
 DOÑA PAQUITA. (*Abatida.*)  
 Si... mejor será... Me voy.  
 DON JUAN. ¿Esto miro, y vivo estoy...?  
 DOÑA PAQUITA. (*Yéndose poco á poco sostenida por Ana.*)  
 ¡Don Juan! ¡Don Juan!  
 DON JUAN. ¡Oh dolor!  
 (*Vase doña Paquita con Ana y don Juan queda á un lado sumergido en el mas profundo abatimiento, y á otro doña Rufina muy pensativa.*)

## ESCENA XVIII.

DON JUAN. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA. (*Aparte despues de un rato de silencio.*)  
 Ya veo que la fortuna  
 contra mí se ha declarado,  
 de modo que no ha dejado  
 abierta puerta ninguna.  
 (*Acercándose á don Juan con seriedad.*)  
 Tiene usted razon, don Juan.  
 Si su fortuna perdió,  
 como honrado se portó;  
 que hombre pobre no es galan.  
 Ni yo mi hija le diera,  
 porque soy muger prudente.  
 Pero tan raro accidente  
 ¿cómo fue, de qué manera?  
 DON JUAN. (*Volviendo en sí.*)  
 ¿Qué puedo deciros yo?  
 Que vuestro hermano don Blas,  
 porque no hay, señora, mas,  
 nuestra quiebra ocasionó.  
 DOÑA RUFINA. ¿No lo he dicho...? Ese jumento  
 no solo á sí se ha arruinado,  
 mas tras de sí habrá llevado  
 la fortuna de otros ciento.  
 DON JUAN. No; don Blas nada ha perdido.  
 DOÑA RUFINA. (*Admirada.*)  
 ¿Qué decís? ¿Pues sus tesoros  
 robados por unos moros,  
 cerca de Cádiz, no han sido?  
 DON JUAN. Sí señora: mas traía  
 todo, todo asegurado,

DOÑA RUFINA.

y debe serle abonado  
todo, por la compañía.

(*Muy solícita.*)

Esplicadme: no comprendo  
el asegurar qué es,  
ni esa compañía, pues  
de estas cosas nada entiendo.

DON JUAN.

El seguro, en conclusion,  
es quien responda tener  
de que no se ha de perder  
alguna especulacion,  
con lo que el interesado  
en suma no arriesga nada,  
porque el daño se traslada  
á aquel que lo ha asegurado,  
y hay un establecimiento  
formado por negociantes,  
que dan fianzas semejantes  
cobrando el tanto por ciento.  
Don Blas, como hombre advertido,  
cuando de Lima salió  
sus fondos aseguró,  
por lo que nada ha perdido.

DOÑA RUFINA.

¿Pues los trescientos mil duros  
que traía en la fragata...?

DON JUAN.

Los tiene al momento en plata.  
y los tiene muy seguros.

DOÑA RUFINA.

¿Con que los tiene...?

DON JUAN.

Sin duda.

DOÑA RUFINA.

(*Fuera de sí de contento.*)

Alberto, Alberto, ven luego;  
aun no hemos perdido el juego;  
la fortuna nos ayuda.

Ven al momento, y tú, Ana,  
sal al punto.

DON JUAN.

(*Aparte.*) ¡Qué muger?

DOÑA RUFINA.

Hoy loca me he volver:  
todo mi suerte lo allana.

Pero... ¿Usted cómo perdió...?

DON JUAN.

Porque en la tal compañía,  
aunque hartó yo me oponía,  
mi buen padre se metió.

DOÑA RUFINA.

(*Sin hacer caso de don Juan.*)

¡Alberto!

DON ALBERTO.

(*Dentro.*) Ya voy, muger.

DOÑA RUFINA.

Pues, don Juan, en el instante  
aquí el dinero contante  
hoy mismo se ha de poner.



## ESCENA XIX.

LOS MISMOS. DON ALBERTO.

- DON ALBERTO. ¿Qué diablos ha sucedido ,  
que con tanta prisa estás?
- DOÑA RUFINA. Que nuestro querido Blas  
nada , nadita ha perdido.  
El señor puede contarte  
lo que ocurre , y de qué modo  
ha logrado salvar todo.
- DON ALBERTO. (*Confuso.*)  
No sé que crédito darte  
ni comprendo lo que es esto.  
Esplicate , hermana . pues.
- DOÑA RUFINA. Hermano , la cosa es...  
Don Juan lo dirá mas presto.
- DON JUAN. (*A don Alberto.*)  
¿No lo saben? Que don Blas  
sus fondos aseguró ,  
por lo que nada perdió.  
No es menester decir mas.  
Yo soy el comisionado  
de la triste compañía  
de seguros , que en el dia  
con este asunto ha quebrado ,  
porque trescientos mil duros  
no es , señor , una friolera ;  
y sabeis que no hay espera  
en esto de los seguros.  
De Cádiz aviso tengo  
que cien mil ya tiene allí ,  
y á tratar del resto aquí  
con el mismo don Blas vengo.
- DON ALBERTO. (*Suspenso.*)  
¿Muy bien?
- DOÑA RUFINA. ¿Con qué listos ya  
cien mil hay?
- DON JUAN. En el instante.
- DOÑA RUFINA. ¿Y la cantidad restante?
- DON JUAN. Don Blas no la perderá.
- DON ALBERTO. ¡Buena fortuna por cierto!
- DOÑA RUFINA. (*Acercándose à la puerta de la izquierda.*)  
Ana , ven al punto ; ven.  
¿Quién con tanta dicha , quién  
no ha de delirar , Alberto?

## ESCENA XX.

LOS MISMOS. ANA.

ANA. Señora, ¿qué manda usted?

DOÑA RUFINA. *(Con gran contento.)*No es nada; cosa de juego.  
Vuelvan los lacayos luego,  
vuelvan al punto.

ANA. Pues ¿qué...

DOÑA RUFINA. Nada se ha perdido, nada.  
Que esté la comida presta  
y ten la mesa dispuesta,  
pues nuestra suerte es colmada.ANA. *(Dudosa.)*DOÑA RUFINA. Señora. no sé qué diga,  
Se han salvado los tesoros,  
y á los corsaritos moros  
podemos dar una higa.

ANA. ¿Pero es posible?

DOÑA RUFINA. Ana, si;  
mas éntrate en el momento  
de Blasito al aposento,  
y dile que salga aquí.  
*(Vase Ana por la puerta de la derecha.)*

## ESCENA XXI.

LOS MISMOS, menos ANA.

DON ALBERTO. Rufina, ¿qué te parece?

DOÑA RUFINA. Estoy de gozo alelada.

DON ALBERTO. Don Juan, y queda arruinada  
la compañía?

DON JUAN. Perece.

## ESCENA XXII.

LOS MISMOS. ANA. DON BLAS, *con el mismo vestido con que vino la primera vez.*DOÑA RUFINA. *(Acercándose á don Blas con mucho cariño.)*

¡Bien, Blasito te has burlado!

Ven acá, ven buena pieza.

¿Quién te puso en la cabeza  
darnos chasco tan pesado?

sabiendo el grande interés  
que por tí todos tenemos,  
ha sido...

DON BLAS.

(*Interrumpiéndola con seriedad.*)

Luego hablaremos.

¿El que me busca quién es?

DON JUAN.

Yo, que tengo comision  
de los aseguradores...

DOÑA RUFINA.

Al fruto de tus sudores  
Dios echó la bendicion.

DON BLAS.

(*Mirando cariñosamente á don Juan.*)

¿Usted sin duda será  
don Juan Antonio de Greda?

DON JUAN.

Quien con cuanto valga y pueda  
gozoso á usted servirá.

Y no era, señor, preciso  
haber la carta enviado,  
pues de Cádiz me ha llegado  
de todo directo aviso,  
y ya estaba yo dispuesto  
á venir en el instante,  
que el negocio es importante  
y ha de transigirse presto.

(*Saca unos papeles.*)

Este es, señor, el contrato,  
y esta carta le previene  
que cien mil duros ya tiene  
en Cádiz á su mandato.

Los doscientos mil siguientes  
no puede la compañía  
aprestarlos en el día,  
pues no hay fondos suficientes;  
mas fianzas presentará,  
y si usted no halla embarazo,  
en un convenido plazo  
el total satisfará.

DOÑA RUFINA.

(*Con viveza.*)

¿Qué embrollos son estos? Di.

DON BLAS.

(*Con frialdad leyendo los papeles.*)

No me distraigas mujer.

DON JUAN.

(*Cortado.*)

Yo, á la verdad, pretender  
no osara nada por mí;  
y aunque desde el mismo punto  
en que la nueva llegó  
mi anciano padre cayó  
malo y casi está difunto,  
porque es de la compañía  
y es ya su quiebra segura,  
sé llevar la desventura  
con firmeza y valentía;  
pero, cual comisionado

- DOÑA RUFINA. pór los otros ruego á usted  
 que ese respiro les dé ;  
 y quedará hipotecado...  
 (Con viveza metiéndose en medio.)  
 ¡Cómo...? ¡No faltaba mas...!  
 El dinerito al momento.  
 Para eso el tanto por ciento  
 se pagó.—No accedas, Blas,  
 Al punto una ejecucion  
 y venderles la camisa.  
 Pagar es cosa precisa,  
 y doblon sobre doblon.  
 DON ALBERTO. (Conteniéndola, y llevándosela aparte.)  
 Calla, Rufina, por Dios.  
 DOÑA RUFINA. No, que es muy bueno Blasito  
 y este truchiman maldito...  
 DON ALBERTO. Ya se entenderán los dos.  
 DOÑA RUFINA. (Volviendo à meterse en medio.)  
 Don Juan, no hay que pretender...  
 DON JUAN. (Con resentimiento.)  
 Yo por mí nada pretendo.  
 DOÑA RUFINA. Ya los designios comprendo...  
 DON BLAS. (Con enfado.)  
 Calla la boca mujer.  
 Sea usted, señor, servido (A don Juan.)  
 de venir á mi aposento,  
 donde á solas al momento  
 quedará esto concluido.  
 Los conciertos firmaré  
 y buscaremos el modo  
 de que en paz se arregle todo.  
 DON JUAN. Siempre, señor, lo esperé.  
 (Vanse los dos por la puerta del fondo.)

## ESCENA XXIII.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA. ANA.

- DOÑA RUFINA. (Inquieta.)  
 Todito se va á embrollar.  
 A ver lo que tratan voy,  
 porque temiéndome estoy...  
 DON ALBERTO. (Conteniéndola.)  
 Déjalos Rufina, hablar.  
 DOÑA RUFINA. ¡No conoces...  
 DON ALBERTO. Ten prudencia.  
 DOÑA RUFINA. ¡Jesus! por mi gusto entrara  
 y á ese tenderillo echara...  
 DON ALBERTO. Rufina... ¡Por Dios...! ¡Paciencia!  
 DOÑA RUFINA. (Reparando en Ana.)  
 Ana... ¿y con tal flema estás...?

ANA.                   ¿Los lacayos han venido?  
 DOÑA RUFINA.      ¡Si há un instante que se han ido!  
                           ¿Por qué á buscarlos no vas?  
                           Yo no sé por qué estuviste  
                           en echarlos tan ligera,  
                           pues esta es la vez primera  
                           que puntual obedeciste.  
                           ¿Y la niña?  
 ANA.                   Adentro está  
                           llorando.  
 DOÑA RUFINA.      ¡Llanto bien tonto!  
                           Anda á decirleque pronto  
                           se consuele y venga acá,  
                           *(Vase Ana por la izquierda.)*

## ESCENA XXIV.

DON ALBERTO. DOÑA RUFINA.

DOÑA RUFINA.      ¿Por qué estás tu tan callado?  
 DON ALBERTO.      Porque siento la aspereza  
                           que con tanta ligereza  
                           con Blas hemos usado.  
 DOÑA RUFINA.      Déjalo á mi cargo todo,  
                           un bobalicon es él,  
                           y yo de tornar en miel  
                           el acibar tendré modo.  
 DON ALBERTO.      Mucho fio en tu talento,  
                           ¿pero qué...?  
 DOÑA RUFINA.      Lo que has de hacer  
                           es irte, hermano, á poner  
                           tu uniforme en el momento.  
 DON ALBERTO.      *(Admirado.)*  
                           ¡Rufina!  
 DOÑA RUFINA.      Sin duda, sí.  
 DON ALBERTO.      Mujer... ¿tú no consideras...?  
 DOÑA RUFINA.      Haz, Alberto, lo que quieras,  
                           pero me parece á mí...

## ESCENA XXV.

LOS MISMOS. ANA. DOÑA PAQUITA, *por la izquierda.*

DOÑA PAQUITA.     ¿Es cierto, es cierto, mamá,  
                           lo que Ana me ha dicho...?  
 DOÑA RUFINA.     Es  
                           muy cierto. Alégrate, pues.  
                           Nuestra suerte fija está.



DOÑA PAQUITA. ? Ay... ! ¡ Si yo á aquel desgraciado  
pudiera...  
DOÑA RUFINA. ¡ Niña... ! ¿ Qué dices ?  
Calla y no me encolerices.  
DOÑA PAQUITA. ¡ Infeliz... !!!  
DOÑA RUFINA. ¡ Irritada. ) ¿ Pues qué has pensado... ?  
¿ A qué es ese desconsuelo... ?  
¿ Quién mayor tontera vió ?  
DOÑA PAQUITA. (Llorando.)  
¡ Ay... ! ¡ Qué feliz fuera yo  
si mi tío... ¡ Santo cielo !  
DOÑA RUFINA. No me apures. Puedes ya  
mostrarte alegre.  
DOÑA PAQUITA. ¡ Ay de mí !  
DOÑA RUFINA. Si tu tío te ve así,  
di, bestia, ¿ qué pensará ?  
DOÑA PAQUITA. Déjeme usted, que en mi alcoba...  
DOÑA RUFINA. ¿ Qué es lo que dices, Paquita ?  
Aquí conmigo. Y me irrita  
ver esa pena tan boba.  
Aquí, y contenta has de estar.  
DOÑA PAQUITA. Yo, mamá, no sé fingir.  
DOÑA RUFINA. Si no te veo reír,  
los bofes te he de sacar.

## ESCENA XXVI.

LOS MISMOS. PASCUAL, *por la izquierda*

PASCUAL. Aquí está otra vez, señores,  
aquel honrado vejete.  
DON ALBERTO. (Admirado.)  
¡ Otra vez don Simeon !  
DOÑA RUFINA. ¡ Y el infame qué pretende ?  
Que suba al punto, y verá  
cómo le casco las nueces.  
¡ Picaron... ! Dile que venga.  
PASCUAL. (Mirando á la puerta.)  
No es menester, que ya viene.

## ESCENA XXVII.

LOS MISMOS. DON SIMEON.

DON SIMEON. (Haciendo muchas reverencias.)  
Después de haber dado gracias  
al Señor Omnipotente  
porque ha preservado á usías

de una deplorable suerte,  
 vengo á darles muy rendido  
 los mayores parabienes,  
 y á que mi señor don Blas  
 por su siervo reverente  
 me tenga y me reconozca,  
 y en su gracia me conserve.

DOÑA RUFINA. Que habla usted muy de otro modo  
 que hace un rato, me parece.

DON SIMEON. Siempre he respetado á usías  
 y á su clase cual se debe.  
 Si una noticia inexacta  
 pudo repentinamente...,  
 jamas eran mis intentos...

## ESCENA XXVIII.

LOS MISMOS. DON MIGUEL, *por la derecha.*

DON MIGUEL. (*Despechado.*)  
 Maldita sea mi suerte,  
 maldita mil veces sea,  
 y maldito cien mil veces  
 el que inventó la baraja.

DOÑA RUFINA. (*Muy solícita.*)  
 ¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?

DON MIGUEL. Un dineral he perdido.

DON ALBERTO. ¿Mas... ¿lo has perdido, ó lo debes?

DON MIGUEL. Lo debo. Y es á persona  
 á quien faltar no se puede,  
 porque es capaz...

DOÑA RUFINA. No te importe,  
 que hay recursos suficientes.

DON MIGUEL. Ese Blas, ese perdido  
 de todo la culpa tiene.

DOÑA RUFINA. (*Muy apurada.*)  
 Calla, Miguelito, calla.

DON MIGUEL. ¿Qué he de callar?

DON ALBERTO. Nos conviene.

DON MIGUEL. (*Sin escuchar á nadie.*)  
 ¿Se ha marchado ya de casa?  
 Los demonios se lo lleven.  
 Hablando de su aventura,  
 me distraje, y cuatro veces  
 equivoqué una judía...  
 Lo mato si llego á verle.

DOÑA RUFINA. Calla, Miguel.

DON ALBERTO. Tú no sabes...

DON MIGUEL. De una oreja al punto...

DON ALBERTO. (*Con viveza.*) Advierte.

que conserva sus tesoros.  
 DON MIGUEL. ¿Qué me dices?  
 DON ALBERTO. Si; contente.  
 DOÑA RUFINA. Cien mil duros tiene en Cádiz,  
 lo demas está corriente,  
 y arreglando está en su cuarto...  
 DON MIGUEL. (*Suspense.*)  
 ¿De veras? ¿Mas cómo puede  
 ser esto?  
 DON ALBERTO. Ya lo sabrás.  
 DOÑA RUFINA. Sosiegate y está alegre,  
 pues todos nuestros afanes  
 pronto, Miguel, van á verse  
 cumplidos.  
 DON MIGUEL. ¿Pero...? ¿Rufina!  
 DON SIMEON. Don Blas, como muy prudente,  
 aseguró sus tesoros...  
 DON ALBERTO. (*Mirando á la puerta del fondo.*)  
 Callad, callad, que aqui viene.

## ESCENA XXIX.

LOS MISMOS. DON BLAS. DON JUAN.

DOÑA RUFINA. (*Yendo hácia don Blas con muestras de cariño.*)  
 ¿Dejas ya todo arreglado,  
 Blasito, como conviene?  
 Pues un abrazo he de darte,  
 que este chasco lo merece.  
 (*Va á abrazar á don Blas, y él la contiene, pero ella disimulando continúa.*)  
 La mejor casa de campo  
 que en los contornos se encuentre,  
 voy á buscar al momento  
 para que...  
 DON BLAS. No te molestes.  
 Te lo agradezco, Rufina.  
 Mi plan es ya diferente.  
 (*Queda surmegido en profunda meditacion.*)  
 DON ALBERTO. (*Turbado.*)  
 Si en la ciudad con nosotros,  
 hermano, quedarte quieres...  
 DON MIGUEL. (*Acercándose á don Blas.*)  
 Muy bien nos has embromado.  
 DON SIMEON. (*Haciendo cortesias á don Blas.*)  
 Yo, señor, vengo á ofrecerte...  
 DOÑA RUFINA. (*Meneando á don Blas.*)  
 Mira... Blasito... Responde.  
 ANA. (*Aparte.*)  
 ¿Qué poca vergüenza tienen!  
 DON BLAS. (*Vuelve en sí, da un suspiro, y dice con resolucion:*)

Me decido... Es necesario.  
 Ruego que todos ustedes  
 me escuchen por un momento,  
 seré compendioso y breve.  
 A mi salida de Lima ,  
 juzgando que mis parientes  
 eran lo que mi cariño  
 apetecía que fuesen ,  
 pensé repartir con ellos  
 mis riquezas y mis bienes ;  
 reservando aquello poco  
 que juzgara suficiente  
 para pasar en retiro  
 dulce quietud , vida alegre ;  
 y para que en todo caso  
 mis deseos se cumpliesen ,  
 estendí mi testamento  
 mandándolo así. (*Saca un papel del bolsillo.*)  
 Y es este.

En navegacion tan larga  
 era mi consuelo siempre  
 pensar las caricias dulces  
 de que colmado iba á verme  
 al llegar á una familia  
 que mil recuerdos me debe ;  
 pensando que á mi , á mí solo ,  
 rico , ó pobre , ó como fuese ,  
 aquel amor conservaba  
 que sangre ó costumbre encienden ,  
 y por el cual , yo lo juro ,  
 diera cuanto darse puede.  
 Al ver que de bajo estado  
 habian subido mis gentes  
 á los títulos y honores ,  
 que justo premio ser deben  
 de méritos y virtudes ,  
 soñaba yo neciamente  
 que con ellos y con ellas  
 los habian logrado ; y este  
 pensamiento difundia  
 en mi pecho mil deleites.  
 Cuando al término llegaba  
 de mis soñados placeres ,  
 casi á la vista de Cádiz ,  
 unos piratas alevés  
 abordaron mi fragata  
 y me robaron los bienes ;  
 y aunque , estando asegurados ,  
 nada perdí , los crueles  
 momentos del abordage ,  
 los peligros inminentes  
 de la terrible sorpresa ,

y el ver cercana la muerte ,  
 ni yo aquí puedo pintarlos ,  
 ni es posible encarecerse ;  
 porque en tan duros momentos ,  
 aunque el oro se conserve ,  
 se piensa solo en la vida ,  
 se olvidan los intereses .  
 Llego á Cádiz , mis asuntos  
 arreglo en momentos breves ,  
 al seno de mi familia  
 venir anhelando siempre ;  
 y á un amigo verdadero ,  
 que tal nombre le compete ,  
 descubrí los planes mios ,  
 y anheloso preguntéle  
 qué concepto mis hermanos  
 disfrutaban . Muchas veces  
 se lo pregunté , y negóse  
 reservado á responderme .  
 Importunéle de nuevo ,  
 le conjuré me dijese  
 la verdad ; pero él tan solo  
 me respondió , cual prudente ,  
 consulta con otros , Blas ,  
 yo no sé que responderte .  
 Harto me dijo mi amigo  
 para en confusion ponerme .  
 Indignado , indago , inquiero , pregunto ,  
 busco medios diferentes  
 de saber lo que anhelaba :  
 ¿ Y qué me dijeron ? Pueden ,  
 pueden muy bien conocerlo ,  
 sin que yo lo diga , ustedes .  
 Si tú crédito no dieras  
 á embrollones mequetrefes ,  
 que solo...

(*Indignado.*) Basta , Rufina .  
 ¡ Ojalá mentiras fuesen  
 los informes que me dieron !  
 Mas feliz fuera mi suerte .  
 Pero... mi experiencia propia  
 ¿ de qué modo se desmiente ?  
 Hallando que era buen medio  
 la pérdida de mis bienes ,  
 con que hacer una experiencia ,  
 para mí costosa siempre ,  
 vine á buscaros cual pobre .  
 ¿ Y qué encontré...? — Respondedme .  
 ¿ Qué encontré...? — Ya basta , ingratos  
*Tanto vale cuanto tienes*  
 es vuestra máxima infame .  
 ¿ No os confunde solo el verme ?

DOÑA RUFINA.

DON BLAS.



DOÑA RUFINA.

(*Con mucha humildad.*)

Blasito, pero hazte cargo...

DON BLAS.

¡Aun á respirar te atreves?

Ya son otros mis designios.

(*Rompe el testamento que tiene en la mano.*)

Esto solo, esto merece

vuestra insensatez y orgullo.

No reparto yo mis bienes

con ociosos mentecatos,

que virtud ninguna tienen.

De esos títulos y honores

que á tal punto os envanecen,

y que en vuestras viles almas

consiguen tanto ascendiente

que los sublimes afectos

de naturaleza vencen;

de esos títulos y honores,

que en vez de inspirar á ustedes

honor y nobles virtudes,

les sirven tan solamente

de estímulo á nuevas trampas,

y á otros vicios y sandeces,

sacad, sacad todo el fruto;

y mis tesoros se queden

para ser con mi cariño

premio de quien los merece.

Paca, cincuenta mil duros

para dote prontos tienes,

(*Saca del bolsillo la cajita del collar de perlas que le dió doña Paquita en la escena XIII de este acto.*)

con este collar de perlas,

que mi gratitud te vuelve.

DOÑA PAQUITA.

(*Sorprendida.*)

¡Tío!

DON BLAS.

Si, sobrina amada.—(*Abrazándola.*)

Y tu esposo será este.

(*Toma á don Juan del brazo y lo pone junto á doña Paquita.*)

DON JUAN.

¡Señor!

DON BLAS.

Nada hay que decirme. (*A don Juan.*)

Muy bien vuestro padre puede

Su salud recobrar luego,

sin que mas en quiebras piense.

DOÑA PAQUITA.

¡Tío!!!

DON JUAN.

(*Queriéndose arrojar á los pies de don Blas.*)

Permitid...

DON BLAS.

(*Conteniéndoles.*) ¡Qué haceis?

Vuestro amor tan solamente

exijo por recompensa;

mi cariño otro no quiere.

DOÑA RUFINA.

(*Dudosa.*)

¡Y de veras has hablado?

DON BLAS.

¡Pues aun dudándolo estas?

- DOÑA RUFINA. ¿Con que así nos dejas Blas?  
¡Por cierto que te has portado!
- DON BLAS. Me admiro de tu imprudencia.  
¡Estraña es tu condicion!
- DOÑA RUFINA. (*Furiosa.*)  
¿Con que nos dejas, bribon,  
á la luna de Valencia?
- (*Se retira á sentarse en una silla con muestra de gran despecho.*)
- DON ALBERTO. Pero yo, Blas...
- DON BLAS. Anda, Alberto.  
Eres mejor que Rufina,  
mas como ella te domina  
no hay que pensar en concierto.  
(*Se retira don Alberto confundido.*)
- DON SIMEON. Muy discreto andais, señor,  
y quien es tan sábio y justo  
no recibirá disgusto  
en darme amparo y favor. (*Saca el recibo.*)  
Aquí tengo este recibo...
- DON BLAS. ¿A verlo?
- DON SIMEON. (*Dale el recibo.*)  
Tomadlo pues,  
y conocereis que es  
en extremo ejecutivo.
- DON BLAS. (*Rompe el recibo.*)  
Ya está visto, y esto hago.
- DON SIMEON. (*Desesperado.*)  
¿Cómo...? ¿Por vida de tal, ...!  
¡Y que yo, necio, animal,  
lo soltara!
- DON BLAS. Al punto el pago  
de tres mil reales tendreis,  
que es lo que prestasteis hoy;  
y agradeced que no doy  
el paso que mereceis.
- DON SIMEON. Yo, señor, dí mi dinero  
de buena fé, y no es razon...
- DON BLAS. ¿Quereis luego á una prision  
ir por infame usurero?
- DON SIMEON. (*Amedrentado.*)  
Si mis tres mil veo yo...
- DON BLAS. (*Dándole un papel envuelto.*)  
Ahí van en oro; y os ruego  
que os ausenteis luego, luego,
- DON SIMEON. (*Aparte despues de reconocer el papel.*)  
En fin, nada se perdió. (*Vase con gran prisa.*)

## ESCENA XXX.

LOS MISMOS, menos DON SIMEON.

- DOÑA PAQUITA. (*Con mucha ternura.*)  
Tío, señor...

DON BLAS.

¡Qué, hija mia?

¡No estás con tu esposo ya?

DOÑA PAQUITA.

¡Ay! en vuestra mano está  
el completar este día,

¡Mi pobre madre, señor...!

¡Por mi madre...

DON BLAS.

Si en un año

enmienda su orgullo extraño

se ablandará mi rigor.

DOÑA RUFINA.

*(Levantándose furiosa de la silla.)*

No quiero deberte á tí

nada, ni á esa bachillera.

Si para casarse espera

mi licencia la doy; sí.

Tan tonta es, tan incapaz

que nunca será señora.

Cátese, pues, en buen hora,

con tal que me deje en paz.

*(Con gran altanería.)*

Alberto, somos señores.

A esta gentuza dejemos,

que nosotros sacaremos

el fruto á nuestros honores.

Tú, Miguel, ¡por qué te abates?

Siempre tu Rufina soy,

y hoy mismo, si quieres, hoy...

DON MIGUEL.

*(Con despego.)*

No digas mas disparates.

DOÑA RUFINA.

¡Con que...

DON MIGUEL.

¡Calla!

*(Acercándose á don Blas.)*

Blas, de mí

no tendrás queja fundada,

pues no me he metido en nada.

DON BLAS.

*(Recordando.)*

¡Ah! se me olvidaba..., sí.

*(Saca del bolsillo un pliego cerrado y se lo da.)*

El capitan general,

por esta orden, al momento

manda que á su regimiento

vaya el señor oficial.

Sabiendo yo tu valor,

en Cádiz se la he pedido,

pues sin su tropa aburrido

está un militar de honor.

DON MIGUEL.

*(Lee el pliego, y muy alterado dice:)*

No sé como me contengo,

no se cómo á bofetones,

á palos y á puntillones,

de esta ofensa no me vengo.

Maldita la hora menguada

en que saliste de Lima.

¿Que esto nos suceda, prima...?  
 Si meto mano á la espada...  
 DOÑA RUFINA. *(Conteniéndole.)*  
 No te pierdas, Miguel, no.  
*(Con gran altanería.)*  
 Blas, Paca, don Juan, tunantes,  
 marchad de esta casa, antes  
 que de ella os arroje yo.  
 DON ALBERTO. Rufina, déjalos; calla.  
 DOÑA RUFINA. ¿Cómo? Yo en mi casa mando.  
 Lucifer me está llevando.  
 Marchad, plebeya canalla.  
*(Vase por la izquierda, y detras de ella don Alberto y don Miguel, todos con muestra de gran despecho.)*

### ESCENA XXXI Y ULTIMA.

DON BLAS. DON JUAN. DOÑA PAQUITA. ANA. PASCUAL.

DON BLAS. *(Mirándola con lástima.)*  
 ¿Dios te perdone, Rufina!—  
 Vámonos. Mientras tu boda  
 se concluye y acomoda,  
 vente conmigo, sobrina.  
 DON JUAN. Señor, en mi casa...  
 DON BLAS. No.  
 No fuera decente...  
 DON JUAN. Bien.  
 ANA. ¡Ay señorita! tambien  
 con usted me quiero ir yo.  
 DOÑA PAQUITA. Con mucho gusto.  
 PASCUAL. Y yo, digo,  
 ¿irme con usted no puedo?  
 Porque en casa no me quedo.  
 DON BLAS. Pascual, te vendrás conmigo.  
 ANA. *(A Pascual.)*  
 ¿Con que tu tambien te vienes?  
 PASCUAL. Si, y queda finalizada  
 la comedia titulada  
 Tanto vales cuanto tienes.  
 ANA. Pero antes pide rendido  
 solo un recuerdo y no mas...,  
 y aun pide mucho quizás,  
 un ingenio perseguido.

MALTA, año de 1827.

FIN DE LA COMEDIA.

DON ALVARO,

O

# LA FUERZA DEL SINO.

DRAMA ORIGINAL EN CINCO JORNADAS, Y EN PROSA Y VERSO.

---

AL ECXMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO *en prueba de constante y  
leal amistad en próspera y adversa fortuna.*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.



## PERSONAS.

---

DON ALVARO.	UN ALCALDE.
EL MARQUES DE CALATRAVA.	UN ESTUDIANTE.
DON CARLOS DE VARGAS, <i>su hijo</i> .	UN MAJO.
DON ALFONSO DE VARGAS, <i>idem</i> .	MESONERO.
DOÑA LEONOR, <i>idem</i> .	MESONERA.
CURRA, <i>criada</i> .	LA MOZA DEL MESON.
PRECIOSILLA, <i>gitana</i> .	EL TIO TRABUCO, <i>arriero</i> .
UN CANÓNIGO.	EL TIO PACO, <i>aguador</i> .
EL PADRE GUARDIAN DEL CONVENTO DE LOS ANGELES.	EL CAPITAN PREBOSTE.
EL HERMANO MELITON, <i>portero del mismo</i> .	UN SARGENTO.
PEDRAZA Y OTROS OFICIALES.	UN ORDENANZA A CABALLO.
UN CIRUJANO DE EJERCITO.	DOS HABITANTES DE SEVILLA.
UN CAPELLAN DE REGIMIENTO.	SOLDADOS ESPAÑÓLES, ARRIEROS, LU- GAREÑOS Y LUGAREÑAS.

---

Los trages son los que se usaban á mediados del siglo pasado.

Este drama se estrenó en Madrid en el teatro del Príncipe la noche del día 22 de marzo de 1835; desempeñando los principales papeles la señora Concepcion Rodriguez, y los señores Luna, Romea, Lopez, Guzman, etc.

## JORNADA PRIMERA.

---

La escena es en Sevilla y sus alrededores.

*La escena representa la entrada del antiguo puente de barcas de Triana, el que estará practicable á la derecha. En primer término al mismo lado un aguaducho, ó barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: Agua de Tomares: dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata, y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de lejos parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol en una tarde de julio, y al descorrerse el telon aparecerán: EL TIO PACO detrás del mostrador en mangas de camisa: EL OFICIAL bebiendo un vaso de agua, y de pie: PRECIOSILLA á su lado templando una guitarra: EL MAJO y los DOS HABITANTES DE SEVILLA sentados en los bancos.*

### ESCENA PRIMERA.

OFICIAL. Vamos, Preciosilla, cántanos la rondeña. Pronto, pronto: ya está bien templada.

PRECIOSILLA. Señorito, no sea su merced tan stúpito. Deme antes esa mano, y le diré la buenaventura.

OFICIAL. Quita, que no quiero tus zalamerías. Aunque efectivamente tuvieras la habilidad de decirme lo que me ha de suceder, no quisiera oírlo... Si, casi siempre conviene el ignorarlo.

MAJO. (*Levantándose.*) Pues yo quiero que me diga la buenaventura esta prenda. Hé aquí mi mano.

PRECIOSILLA. Retire usted allá esa porqueria... Jesus, ni verla quiero, no sea que se encele aquella niña de los ojos grandes.

MAJO. (*Sentándose.*) Qué se ha de encelar de tí, pendon!

PRECIOSILLA. Vaya, saleroso, no se cargue usted de estera, convideme á alguna cosita.

MAJO. Tio Paco, déle usted un vaso de agua á esta criatura, por mi cuenta.

PRECIOSILLA. ¡Y con panal?

OFICIAL. Sí, y despues que te refresques el garguero y que te endulces la boca, nos cantarás las corraleras.

(*El aguador sirve un vaso de agua con panal á Preciosilla, y el Oficial se sienta junto al Majo.*)

HABITANTE 1.º Hola; aquí viene el señor canónigo.

## ESCENA II.

CANÓNIGO. Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.º Temíamos no tener la dicha de ver á su merced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO. (*Sentándose y limpiándose el sudor.*) ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano á beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tío Paco, y á ver un ratito este puente de Triana, que es lo mejor del mundo?

HABITANTE 1.º Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO. Tío Paco, un vasito de la fresca.

TIO PACO. Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO. Dale á su señoría el agua templada.

CANÓNIGO. No, que hace mucho calor.

MAJO. Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave, y poder entonar el rosario por el barrio de la Borcinería, que á mi me toca esta noche.

OFICIAL. Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO. El aguardiente es bueno para sosegarlo despues de haber cantado la letanía.

OFICIAL. Yo lo tomo antes y despues de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA. (*Habrà estado punteando la guitarra, y dirà al Majo:*) Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcon de aquella persona?...

CANÓNIGO. Las cosas santas se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO. El toro berrendo de Utrera, salió un buen bicho, muy pegajoso.... Demasiado.

HABITANTE 1.º Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO. Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... aquí está mi capa (*enseña un desgarron*), diciendo por esta boca, que no anduvo muy lejos.

HABITANTE 2.º No fue la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA. Como que ha faltado en ella don Alvaro el indiano, que á caballo y á pié es el mejor torero que tiene España.

MAJO. Es verdad que es todo un hombre, muy duro con el ganado, y muy echado adelante.

PRECIOSILLA. Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.º ¿Y por qué no se presentaria ayer en la plaza?

OFICIAL. Harto tenia que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO. Pues qué, lo ha plantado ya la hija del señor marqués?...

OFICIAL. No: doña Leonor no lo ha plantado á él, pero el marqués la ha trasplantado á ella.

HABITANTE 2.º ¿Cómo?...

HABITANTE 1.º Amigo el señor marqués de Calatrava tiene mucho copete, y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL. ¿Y qué mas podia apetecer su señoría, que el ver casada á su hija

(que con todos sus pergaminos está muerta de hambre), con un hombre riquísimo, y cuyos modales estan pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA. Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza todo en una pieza. Don Alvaro es digno de ser marido de una emperadora... ¡Qué gallardo!... ¡qué formal y qué generoso!... Hace pocos dias que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera si las rayas de la mano no mienten), y me dió una onza de oro como un sol de mediodia.

TIO PACO. Cuantas veces viene aquí á beber me pone sobre el mostrador una peseta columnaria.

MAJO. ¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda vieja le salieron aquella noche los siete hombres mas duros que tiene Sevilla, metió mano, y me los acorraló á todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL. Y en el desalio que tuvo con el capitan de artilleria se portó como un caballero.

PRECIOSILLA. El marques de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL. Lo que debia hacer don Alvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO. Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar á sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL. ¡Y por qué no le ha de convenir don Alvaro? ¡Por que no ha nacido en Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen tambien caballeros.

CANÓNIGO. Fuera de Sevilla nacen tambien caballeros, si señor; pero... ¿lo es don Alvaro?... Solo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traído dos negros y mucho dinero... ¿Pero quién es?...

HABITANTE 1.º Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2º. Es un ente muy misterioso.

TIO PACO. La otra tarde estuvieron aquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal don Alvaro habia hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO. ¡Jesucristo!

TIO PACO. Y otro, que don Alvaro era hijo bastardo de un grande de España, y de una reina mora...

OFICIAL. ¡Qué disparate!

TIO PACO. Y luego dijeron que no, que era... no lo puedo declarar... finca... ó brinca... una cosa asi... asi como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL. ¡Inca?

TIO PACO. Si, señor, eso, Inca... Inca.

CANÓNIGO. Calle usted, tio Paco, no diga sandeces.

TIO PACO. Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mi cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA. Y generoso y galan.

OFICIAL. El vejete roñoso del marques de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO. Señor militar, el señor marques hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Alvaro llegó hace dos meses, nadie sabe quién es. Ha pedido en casamiento á doña Leonor, y el marques, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre la ha llevado al campo, á la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor marques se ha comportado como persona prudente.

OFICIAL. ¡Y don Alvaro, qué hará?



CANÓNIGO. Para acertarlo debe buscar otra novia: porque si insiste en sus descaballadas pretensiones, se espone á que los hijos del señor marques vengan, el uno de la universidad, y el otro del regimiento, á sacarle de los cascos los amores de doña Leonor.

OFICIAL. Muy partidario soy de don Alvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiria verlo empeñado en un lance con don Carlos, el hijo mayorazgo del marques. Le he visto el mes pasado en Barcelona, y he oido contar los dos últimos desafios que ha tenido ya: y se le puede ayunar.

CANÓNIGO. Es uno de los oficiales mas valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chancea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.º Pues el hijo segundo del señor marques, el don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la universidad, mas espadachin que estudiante, y que tiene metidos en un puño á los matones sopistas.

MAJO. ¿Y desde cuando está fuera de Sevilla la señorita doña Leonor?

OFICIAL. Hace cuatro dias que se la llevó el padre á su hacienda, sacándola de aquí á las cinco de la mañana, despues de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA. ¡Pobre niña!... ¡Qué linda que es, y qué salada!... Negra suerte le espera... Mi madre la dijo la buenaventura, recién nacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso don Alvaro...

HABITANTE 1.º En nombrando el ruin de Roma, luego asoma... allí viene don Alvaro.

### ESCENA III.

*Empieza á anochecer, y se va oscureciendo el teatro. DON ALVARO sale embozado en una capa de seda, con un gran sombrero blanco, botines y espuelas: cruza lentamente la escena mirando con dignidad y melancolía á todos lados, y se va por el puente. Todos lo observan en gran silencio.*

### ESCENA IV.

MAJO. ¿A dónde irá á estas horas?

CANÓNIGO. A tomar el fresco al Altozano.

TIO PACO. Dios vaya con él.

MILITAR. ¿A qué va al Aljarafe?

TIO PACO. Yo no sé, pero como estoy siempre aquí de dia y de noche, soy un vigilante centinela de cuanto pasa por esta puente... Hace tres dias que á media tarde pasa por ella hácia allá un negro con dos caballos de mano, y que don Alvaro pasa á estas horas; y luego á las cinco de la mañana vuelve á pasar hácia acá, siempre á pié, y como media hora despues pasa el negro con los mismos caballos llenos de polvo y de sudor.

CANÓNIGO. ¿Cómo?... ¿Qué me cuenta usted, Tio Paco?...

TIO PACO. Yo nada, digo lo que he visto; y esta tarde ya ha pasado el negro, y hoy no lleva dos caballos, sino tres.

HABITANTE 1.º Lo que es atravesar el puente hácia allá á estas horas, he visto yo á don Alvaro tres tardes seguidas.

MAJO. Y yo he visto ayer á la salida de Triana al negro con los caballos.

HABITANTE 2.º Y á noche viniendo yo de San Juan de Alfarahe, me paré



en medio del olivar á apretar las cinchas á mi caballo, y pasó á mi lado, sin verme y á escape, don Alvaro, como alma que llevan los demonios, y detras iba el negro: Los conocí por la jaca torda, que no se puede despintar... ¡cada relámpago que daban las herraduras!...

CANÓNIGO. (*Levantándose y aparte.*) ¡Hola! ¡hola!... Preciso es dar aviso al señor marques.

MILITAR. Me alegrara de que la niña traspusiese una noche con su amante, y dejara al vejete pelándose las barbas.

CANÓNIGO. Buenas noches, caballeros: me voy, que empieza á ser tarde. (*Aparte yéndose.*) Sería faltar á la amistad no avisar al instante al marques de que don Alvaro le ronda la hacienda. Tal vez podemos evitar una desgracia.

## ESCENA V.

*El teatro representa una sala colgada de damasco, con retratos de familia, escudos de armas y los adornos que se estilaban en el siglo pasado, pero todo deteriorado, y habrá dos balcones, uno cerrado y otro abierto y practicable, por el que se verá un cielo puro, iluminado por la luna, y algunas copas de árboles. Se pondrá en medio una mesa con tapete de damasco, y sobre ella habrá una guitarra, vasos chinescos con flores, y dos candeleros de plata con velas, únicas luces que alumbrarán la escena. Junto á la mesa habrá un sillón. Por la izquierda entrará el MARQUES DE CALATRAVA con una palmatoria en la mano, y detrás de él DOÑA LEONOR, y por la derecha entra la CRIADA.*

MARQUÉS. (*Abrazando y besando á su hija.*)  
Buenas noches, hija mia;  
hágate una santa el cielo.  
A Dios, mi amor, mi consuelo,  
mi esperanza, mi alegría.  
No dirás que no es galan  
tu padre. No descansara  
si hasta aqui no te alumbrara  
todas las noches... Estan  
abiertos estos balcones, (*Los cierra.*)  
y entra relente... Leonor...  
¿Nada me dice tu amor?  
¿Por qué tan triste te pones?

DOÑA LEONOR. (*Abatida y turbada.*)  
Buenas noches, padre mio.

MARQUÉS. Allá para Navidad  
iremos á la ciudad:  
cuando empiece el tiempo frio.  
Y para entonces traeremos  
al estudiante, y tambien  
al capitán. Que les den  
permiso á los dos haremos.  
¿No tienes gran impaciencia  
por abrazarlos?

DOÑA LEONOR. ¿Pues no?

¿qué mas puedo anhelar yo?

MARQUÉS. Los dos lograrán licencia.

Ambos tienen mano franca.  
condicion que los abona,  
y Carlos, de Barcelona,  
y Alfonso, de Salamanca,  
ricos presentes te harán.  
Escríbeles tú, tontilla,  
y algo que no haya en Sevilla  
pídeles, y lo traerán.

DOÑA LEONOR.

Dejarlo será mejor  
á su gusto delicado.

MARQUES.

Lo tienen, y muy sobrado:  
como tú quieras, Leonor.

CURRA.

Si como á usted, señorita,  
carta blanca se me diera,  
á don Carlos le pidiera  
alguna bata bonita  
de Francia. Y una cadena  
con su broche de diamante  
al señorito estudiante,  
que en Madrid la hallará buena.

MARQUES.

Lo que gustes, hija mia.  
Sabes que el ídolo eres  
de tu padre... ¿No me quieres?

*(La abraza y besa tiernamente.)*

DOÑA LEONOR.

¡Padre!... ¡Señor!... *(Afligida.)*

MARQUES.

La alegría

vuelva á tí, prenda del alma;

piensa que tu padre soy,  
y que de continuo estoy  
soñando tu bien... La calma  
recobra, niña... En verdad  
desde que estamos aquí  
estoy contento de tí,  
veo la tranquilidad  
que con la campestre vida  
va renaciendo en tu pecho,  
y me tienes satisfecho;  
sí, lo estoy mucho, querida.  
Ya se me ha alvidado todo;  
eres muchacha obediente,  
y yo seré diligente  
en darte un buen acomodo.  
Sí, mi vida... ¿quién mejor  
sabrà lo que te conviene,  
que un tierno padre, que tiene  
por tí el delirio mayor?

DOÑA LEONOR.

*(Echándose en brazos de su padre con gran desconsuelo.)*

¡Padre amado!... ¡Padre mio!

MARQUES.

Basta, basta... ¿Qué te agita?

*(Con gran ternura.)*

Yo te adoro, Leonorcita;  
no llores... ¿Qué desvario!

DOÑA LEONOR.

¡Padre! ... ¡Padre!

MARQUES.

*(Acariciándola y desasiéndose de sus brazos.)*

A Dios, mi bien.

A dormir, y no lloremos.

Tus cariñosos estremos

el cielo bendiga, amen.

*(Vase el marques, y queda Leonor muy abatida y llorosa sentada en el sillón.)*

## ESCENA VI.

*CURRA va detrás del MARQUES, cierra la puerta por donde aquel se ha ido, y vuelve cerca de LEONOR.*

CURRA.

¡Gracias á Dios!... me temí

que todito se enredase,

y que señor se quedase

hasta la mañana aquí.

¡Qué listo cerró el balcon!...

Que por el del palomar

vamos las dos á volar

le dijo su corazón.

Abrirlo sea lo primero; *(Abrelo.)*

ahora lo segundo es

cerrar las maletas. Pues

salgan ya de su agujero.

*(Saca Curra unas maletas y ropa, y se pone á arreglarlo todo sin que en ello repare doña Leonor.)*

DOÑA LEONOR.

¡Infeliz de mí!... ¡Dios mío!

¡Por qué un amoroso padre,

que por mí tanto desvelo

tiene, y cariño tan grande,

se ha de oponer tenazmente

*(¡ay, el alma se me parte!...)*

á que yo dichosa sea,

y pueda feliz llamarme?...

¡Cómo, quien tanto me quiere,

puede tan cruel mostrarse?

Mas dulce mi suerte fuera

si aun me viviera mi madre.

CURRA.

¡Si viviera la señora!...

usted está delirante.

Mas vana que señor era;

señor al cabo es un angel.

¡Pero ella!... Un genio tenía

y un copete... Dios nos guarde.

Los señores de esta tierra

son todos de un mismo talle.

Y si alguna señorita

busca un novio que le cuadre,

como no esté en pergaminos

DOÑA LEONOR.

envuelto, levantan tales  
 alaridos... ¡Mas qué importa  
 cuando hay decision bastante?  
 ... Pero no perdamos tiempo;  
 venga usted, venga á ayudarme,  
 porque yo no puedo sola...  
 ¡Ay, Curra!... ¡Si penetrases  
 cómo tengo el alma! Fuerza  
 me falta hasta para alzar me  
 de esta silla... ¡Curra, amiga!  
 lo confieso, no lo estrañes,  
 no me resuelvo, imposible...  
 Es imposible. ¡Ah!... ¡mi padre!  
 sus palabras cariñosas,  
 sus extremos, sus afanes,  
 sus besos y sus abrazos,  
 eran agudos puñales  
 que el pecho me atravesaban.  
 Si se queda un solo instante  
 no hubiera mas resistido...  
 Ya iba á sus pies á arrojar me,  
 y confundida, aterrada,  
 mi proyecto á revelar le;  
 y á morir, ansiando solo  
 que su perdon me acordase.

CURRA.

¡Pues hubiéramos quedado  
 frescas, y echado un buen lance!  
 Mañana veria usted  
 revolcándose en su sangre,  
 con la tapa de los sesos  
 lebantada, al arrogante,  
 al enamorado, al noble  
 don Alvaro. O arrastrarle  
 como un malhechor, atado  
 por entre estos olivares  
 á la carcel de Sevilla;  
 y allá para Navidades  
 acaso, acaso en la horca.

DOÑA LEONOR.

CURRA.

¡Ay, Curra!... El alma me partes.  
 Y todo esto, señorita,  
 porque la desgracia grande  
 tuvo el infeliz de veros,  
 y necio de enamorarse  
 de quien no le corresponde,  
 ni resolucion bastante  
 tiene para...

DOÑA LEONOR.

Basta, Curra;  
 no mi pecho despedaces.  
 ¡Yo á su amor no correspondo?  
 Que le correspondo sabes...  
 Por él mi casa y familia,  
 mis hermanos y mi padre

CURRA.

voy á abandonar, y sola...  
Sola no, que yo soy alguien,  
y tambien Antonio va,  
y nunca en ninguna parte  
la dejaremos... ¡Jesus!

DOÑA LEONOR.

¡Y mañana?

CURRA.

Dia grande.

Usted la adorada esposa  
será del mas adorable,  
rico y lindo caballero  
que puede en el mundo hallarse,  
y yo la muger de Antonio:  
y á ver tierras muy distantes  
iremos ambas... ¡qué bueno!  
¡Y mi anciano y tierno padre?  
¡Quién?... ¡Señor?... rabiará un poco,  
pateará, contará, el lance  
al Capitan general  
con sus pelos y señales;  
fastidiará al Asistente,  
y tambien á sus compadres  
el canónigo, el jurado,  
y los vegetes maestrantes;  
saldrán mil requisitorias  
para buscarnos en balde,  
cuando nosotras estemos  
ya seguritas en Flandes.  
Desde allí escribirá usted,  
y comenzará á templarse  
señor, y á los nueve meses,  
cuando sepa hay un infante,  
que tiene sus mismos ojos,  
empezará á consolarse:  
Y nosotras chapurrando,  
que no nos entienda nadie,  
volveremos de allí á poco,  
á que con festejos grandes  
nos reciban, y todito  
será banquetes y bailes.

DOÑA LEONOR.

¡Y mis hermanos del alma?

CURRA.

¡Toma! ¡Toma!... Cuando agarren  
del generoso cuñado,  
uno con que hacer alarde  
de vistosos uniformes  
y con que rendir beldades;  
y el otro para libracos,  
merendonas y truanes,  
reventarán de alegría.

DOÑA LEONOR.

No corre en tus venas sangre.

CURRA.

¡Jesus, y qué cosas tienes!  
Porque digo las verdades.

DOÑA LEONOR.

¡Ay desdichada de mí!



CURRA. Desdichada por cierto grande  
el ser adorado dueño  
del mejor de los galanes.  
Pero vamos, señorita,  
ayúdeme usted, que es tarde.

DOÑA LEONOR. Sí, tarde es, y aun no parece  
don Alvaro... ¡Oh, si faltase  
esta noche!... ¡Ojalá!... ¡Cielos!...  
Que jamás estos umbrales  
hubiera pisado, fuera  
mejor... No tengo bastante  
resolución... lo confieso.  
Es tan duro el alejarse  
así de su casa... ¡ay triste!  
(*Mira el reloj y sigue en inquietud*).  
Las doce han dado... ¡qué tarde  
es ya, Curra! No, no viene.  
¡Habrá en esos olivares  
tenido algún mal encuentro?  
Hay siempre en el Aljarafe  
tan mala gente... Y Antonio  
estará alerta?

CURRA. Indudable  
es que está de centinela...

DOÑA LEONOR. ¡Curra!... ¡Qué suena?... ¡Escuchaste?  
(*Con gran sobresalto.*)

CURRA. Pisadas son de caballos.

DOÑA LEONOR. ¡Ay! él és... (*Corre al balcón.*)

CURRA. Si que faltase  
era imposible...  
¡Dios mío! (*Muy agitada.*)

DOÑA LEONOR. Pecho al agua, y adelante.

## ESCENA VII.

DON ALVARO *en cuerpo, con una jaquetilla de mangas perdidas sobre una rica  
chupa de majo, redecilla, calzon de ante, etc., entra por el balcón y se echa  
en brazos de LEONOR.*

DON ALVARO. (*Con gran vehemencia.*)  
¡Ángel consolador del alma mía!...  
¡Van ya los santos cielos  
á dar corona eterna á mis desvelos?  
Me ahoga la alegría...  
¡Estamos abrazados  
para no vernos nunca separados?...  
Antes, antes la muerte.  
Que de tí separarme y de perderte.

DOÑA LEONOR. ¡Don Alvaro! (*Muy agitada.*)

DON ALVARO. Mi bien, mi Dios, mi todo.  
¡Qué te agita y te turba de tal modo?

¡Te turba el corazon ver que tu amante  
se encuentra en este instante  
mas ufano que el sol?... ¡Prendá adorada!  
Es ya tan tarde...

DOÑA LEONOR.

DON ALVARO.

¡Estabas enojada  
porque tardé en venir? De mi retardo  
no soy culpado, no, dulce señora;  
hace mas de una hora  
que despechado aguardo  
por estos alrededores  
la ocasion de llegar, y ya temia  
que de mi adversa estrella los rigores  
hoy deshiciera la esperanza mia.  
Mas no, mi bien, mi gloria, mi consuelo,  
protege nuestro amor el santo cielo,  
y una carrera eterna de ventura,  
próvido á nuestras plantas asegura.  
El tiempo no perdamos.

CURRA.

¡Está ya todo listo? Vamos, vamos,  
Sí: bajo del balcon, Antonio, el guarda,  
las maletas espera;

DOÑA LEONOR.

las hecharé al momento. (*Va hácia el balcon.*)

Curra, aguarda, (*Resuelta.*)

detente... ¡Ay Dios! ¡No fuera,  
don Alvaro, mejor?..

DON ALVARO.

¡Qué, encanto mio?...  
¡Por qué tiempo perder?... La jaca torda,  
la que, cual dices tú, los campos borda.  
la que tanto te agrada  
por su obediencia y brio,  
para tí está, mi dueño, enjaezada.  
para Curra el obero.

Para mí el alazan gallardo y fiero...

¡Oh, loco estoy de amor y de alegría!

En San Juan de Alfarache, preparado  
todo, con gran secreto, lo he dejado.

El sacerdote en el altar espera;

Dios nos bendecirá desde su esfera:

y cuando el nuevo sol en el oriente,

protector de mi stirpe soberana,

númen eterno en la region indiana,

la regia pompa de su trono ostente,

monarca de la luz, padre del dia,

yo tu esposo seré, tú esposa mia.

Es tan tarde... ¡Don Alvaro!

DOÑA LEONOR.

DON ALVARO.

Muchacha, (*A Curra.*)

¡qué te detiene ya? Corre, despacha;  
por el balcon esas maletas, luego...

DOÑA LEONOR.

Curra, Curra, detente. (*Fuera de sí.*)

¡Don Alvaro!

DON ALVARO.

¡Leonor!!!

DOÑA LEONOR.

¡Dejadlo os ruego

para mañana !

DON ALVARO.

¿Qué?

DOÑA LEONOR.

Mas fácilmente...

DON ALVARO.

*(Demudado y confuso.)*

¿Qué es esto, qué, Leonor? ¿Te falta ahora  
resolucion?... ¡ay yo desventurado!

DOÑA LEONOR.

¡Don Alvaro! ¡Don Alvaro!!!

DON ALVARO.

¡Señora!

DOÑA LEONOR.

¡Ay! me partis el alma...

DON ALVARO.

Destrozado

tengo yo el corazon... ¿Dónde está, dónde,  
vuestro amor, vuestro firme juramento?

Mal con vuestra palabra corresponde  
tanta irresolucion en tal momento.

Tan súbita mudanza...

No os conozco, Leonor. ¿Llevóse el viento  
de mi delirio toda la esperanza?

Sí, he cegado en el punto

en que alboraba el mas risueño dia.

Me sacarán difunto

de aquí, cuando inmortal salir creia.

Hechicera engañosa,

¿la perspectiva hermosa

que falaz me ofreciste así deshaces?

¡Pérfida! ¿Te complaces

en levantarme al trono del Eterno,

para despues hundirme en el infierno?

...¿Solo me resta ya?...

DOÑA LEONOR.

*(Echándose en sus brazos.)* No, no, te adoro.

DON ALVARO.

¡Don Alvaro!... ¡Mi bien!... vamos, sí, vamos,

CURRA.

¡Oh mi Leonor!...

DON ALVARO.

*El tiempo no perdamos.*

¡Mi encanto! ¡Mi tesoro!

*(Doña Leonor muy abatida se apoya en el hombro de don Alvaro, con muestras de desmayarse.)*

¡Mas qué es esto?... ¡ay de mí!... ¡tu mano yerta!

Me parece la mano de una muerta...

Frio está tu semblante

como la losa de un sepulcro helado...

DOÑA LEONOR.

¡Don Alvaro!

DON ALVARO.

¡Leonor! *(Pausa.)* Fuerza bastante

hay para todo en mí... ¡Desventurado!

La conmocion conozco que te agita,

inocente Leonor. Dios no permita

que por debilidad en tal momento

sigas mis pasos, y mi esposa seas.

Renuncio á tu palabra y juramento;

hachas de muerte las nupciales teas

fueran para los dos... Si no me amas,

como te amo yo á tí... Si arrepentida...

DOÑA LEONOR.

Mi dulce esposo, con el alma y vida

es tuya tu Leonor; mi dicha fundo

en seguirte hasta el fin del ancho mundo.

Vamos, resuelta estoy, fijé mi suerte;

separarnos podrá solo la muerte.

(*Van hacia el balcon, cuando de repente se oye ruido, ladridos, y abrir y cerrar puertas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Dios mio! ¿Qué ruido es este? ¡Don Alvaro!!!

CURRA. Parecen que han abierto la puerta del patio... y la de la escalera...

DOÑA LEONOR. ¿Se habrá puesto malo mi padre?...

CURRA. ¡Qué! no señora, el ruido viene de otra parte.

DOÑA LEONOR. ¿Habrá llegado alguno de mis hermanos?

DON ALVARO. Vamos, vamos, Leonor, no perdamos ni un instante. (*Vuelven hacia el balcon, y de repente se ve por él el resplandor de hachones de viento, y se oye galopar caballos.*)

DOÑA LEONOR. Somos perdidos... Estamos descubiertos... imposible es la fuga.

DON ALVARO. Serenidad es necesario en todo caso.

CURRA. La Virgen del Rosario nos valga, y las ánimas benditas... ¿Qué será de mi pobre Antonio? (*Se asoma al balcon y grita.*) Antonio, Antonio.

DON ALVARO. Calla, maldita, no llames la atención hacia este lado; entorna el balcon. (*Se acerca el ruido de puertas y pisadas.*)

DOÑA LEONOR. ¡Ay desdichada de mí!... Don Alvaro, escóndete... aquí... en mi alcoba...

DON ALVARO. (*Resuelto.*) No, yo no me escondo... No te abandono en tal conflicto. (*Prepara una pistola.*) Defenderte y salvarte es mi obligación.

DOÑA LEONOR. (*Asustadísima.*) ¿Qué intentas? ¡ay! retira esa pistola, que me hiela la sangre... Por Dios suéltala... ¿La dispararás contra mi buen padre?... ¿contra algunos de mis hermanos?... ¿Para matar á alguno de los fieles y antiguos criados de esta casa?

DON ALVARO. (*Profundamente confundido.*) No, no, amor mio... la emplearé en dar fin á mi desventurada vida.

DOÑA LEONOR. ¡Qué horror! ¡Don Alvaro!!!

## ESCENA VIII.

*Ábrese la puerta con estrépito despues de varios golpes en ella, y entra EL MARQUES en bata y gorro con un espadin desnudo en la mano, y detrás dos criados mayores con luces.*

MARQUÉS. (*Furioso.*) Vil seductor... hija infame.

DOÑA LEONOR. (*Arrojándose á los pies de su padre.*) ¡Padre!!! ¡padre!!!

MARQUÉS. No soy tu padre... aparta... Y tú, vil advenedizo...

DON ALVARO. Vuestra hija es inocente... Yo soy el culpado... Atravesadme el pecho. (*Hinca una rodilla.*)

MARQUÉS. Tu actitud suplicante manifiesta lo bajo de tu condicion...

DON ALVARO. (*Levantándose.*) ¡Señor marques!... ¡señor marques!...

MARQUÉS. (*A su hija.*) Quita, mujer inicua. (*A curra, que le sujeta el brazo.*) ¿Y tú, infeliz... osas tocar á tu señor? (*A los criados.*) Ea, echaos sobre ese infame, sujetadle, atadle...

DON ALVARO. (*Con dignidad.*) Desgraciado del que me pierda el respeto. (*Saca una pistola y la monta.*)



DOÑA LEONOR. *(Corriendo hacia don Alvaro.)* ¡Don Alvaro!... ¿qué vais á hacer?

MARQUÉS. Echao sobre él al punto.

DON ALVARO. Ay de vuestros criados si se mueven; vos solo teneis derecho para atravesarme el corazon.

MARQUÉS. ¡Tú morir á manos de un caballero? no, morirás á las del verdugo.

DON ALVARO. ¡Señor marqués de Calatrava!... Mas ¡ah! no: teneis derecho para todo... Vuestra hija es inocente... tan pura como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas concluya con mi muerte; salga envolviendo mi cadáver como si fuera mi mortaja... Si, debo morir... pero á vuestra manos. *(Pone una rodilla en tierra.)* Espero resignado el golpe, no lo resistiré; ya me teneis desarmado. *(Tira la pistola, que al dar en tierra se dispara y hiere al marqués, que cae moribundo en los brazos de su hija y de los criados, dando un alarido.)*

MARQUÉS. Muerto soy... ¡ay de mí!...

DON ALVARO. ¡Dios mio! ¡arma funesta! ¡noche terrible!

DOÑA LEONOR. ¡Padre, padre!!!

MARQUÉS. Aparta; sacadme de aquí... donde muera sin que esta vil me contamine con tal nombre...

DOÑA LEONOR. ¡Padre!...

MARQUÉS. Yo te maldigo. *(Cae Leonor en brazos de don Alvaro, que la arrastra hacia el balcon.)*



## JORNADA SEGUNDA.

---

La escena es en la villa de Hornachuelos y sus alrededores.

### ESCENA PRIMERA.

*Es de noche, y el teatro representa la cocina de un meson de la villa de Hornachuelos. Al frente estará la chimenea y el hogar. A la izquierda la puerta de entrada : á la derecha dos puertas practicables. A un lado una mesa larga de pino, rodeada de asientos toscos, y alumbrado todo por un gran candilón. EL MESONERO y EL ALCALDE aparecerán sentados gravemente en el fuego. LA MESONERA de rodillas quisando. Junto á la mesa, EL ESTUDIANTE cantando y tocando la guitarra. EL ARRIERO, que habla, crivando cebada en el fondo del teatro. EL TIO TRABUCO tendido en primer término sobre sus palmas. LOS DOS LUGAREÑOS, LAS DOS LUGAÑAS, LA MOZA y uno de los ARRIEROS, que no habla, estarán bailando seguidillas. El otro ARRIERO, que no habla, estará sentado junto al estudiante, y jaleando á las que bailan. Encima de la mesa habrá una bota de vino, unos vasos y un frasco de aguardiente.*

ESTUDIANTE. *(Cantando en voz recia al son de la guitarra, y las tres parejas bailando con gran algazara.)*

Poned en estudiantes  
vuestro cariño,  
que son como discretos  
agradecidos.

Viva Hornachuelos,  
vivan de sus muchachas  
los ojos negros.

Dejad á los soldados,  
que es gente mala,  
y así que dan el golpe  
vuelven la espalda.

Viva Hornachuelos,  
vivan de sus muchachas  
los ojos negros.

MESONERA. *(Poniendo una sarten sobre la mesa.)* Vamos, vamos que se enfria... *(A la criada.)* Pepa, al avio.

ARRIERO. *(El del crivo.)* Otra coplita.

ESTUDIANTE. *(Dejando la guitarra.)* Abrenuncio. Antes de todo la cena.

MESONERA. Y si despues quiere la gente seguir bailando y alborotando, váyanse al corral, ó la calle, que hay una luna clara como de dia. Y dejen

en silencio el meson, que si unos quieren jaleo, otros quieren dormir.  
Pepa, Pepa... ¿no digo que basta ya de zangoloteo?...

TIO TRABUCO. (*Acostado en sus arreos.*) Tia Colasa, usted está en lo cierto.  
Yo por mí, quiero dormir.

MESONERO. Si, ya basta de ruido. Vamos á cenar. Señor Alcalde, eche su merced la bendicion, y venga á tomar una presita.

ALCALDE. Se agradece, señor Monipodio.

MESONERA. Pero acérquese su merced.

ALCALDE. Que eche la bendicion el señor licenciado.

ESTUDIANTE. Allá voy, y no seré largo, que huele el bacallao á gloria. *In nomine Patri et Filii et Spiritu Sancto.*

TODOS. Amen. (*Se van acomodando al rededor de la mesa, todos menos Trabuco.*)

MESONERA. Tal vez el tomate no estará bastante cocido, y el arroz estará algo duro... Pero con tanta babilonia no se puede...

ARRIERO. Está diciendo comedme, comedme.

ESTUDIANTE. (*Comiendo con ansia.*) Está esquisito... especial; parece ambrosía...

MESONERA. Alto allá, señor bachiller; la tia Ambrosia no me gana á mi á guisar, ni sirve para descalzarme el zapato, no señor.

ARRIERO. La tia Ambrosia es mas puerca que una telaraña.

MESONERO. La tia Ambrosia es un guiñapo, es un paño de aporrear moscas; se revuelven las tripas de entrar en su meson, y compararla con mi Colasa no es regular.

ESTUDIANTE. Ya sé yo que la señora Colasa es pulcra, y no lo dije por tanto.

ALCALDE. En toda la comarca de Hornachuelos no hay una persona mas limpia que la señora Colasa, ni un meson como el del señor Monipodio.

MESONERA. Como que cuantas comidas de boda se hacen en la villa pasan por estas manos que ha de comer la tierra. Y de las bodas de señores, no le parezca á usted, señor bachiller... Cuando se casó el escribano con la hija del regidor...

ESTUDIANTE. Con que se le puede decir á la señora Colasa, *tu das mihi epulis accumbere divum.*

MESONERA. Yo no sé latin, pero sé guisar... Señor Alcalde, moje siquiera una sopa.

ALCALDE. Tomaré, por no despreciar, una cucharadita de gazpacho, si es que lo hay.

MESONERO. ¿Cómo que si lo hay?

MESONERA. ¿Pues habia de faltar donde yo estoy?... Pepa, (*Al la moza.*) anda á traerlo. Está sobre el brocal del pozo, desde media tarde, tomando el fresco. (*Vase la moza.*)

ESTUDIANTE. (*Al arriero que está acostado.*) Tio Trabuco, hola, tio Trabuco; ¿no viene usted á hacer la razon?

TIO TRABUCO. No ceno.

ESTUDIANTE. ¿Ayuna usted?

TIO TRABUCO. Sí señor, que es viernes.

MESONERO. Pero un traguito...

TIO TRABUCO. Venga. (*Le alarga el mesonero la bota, y bebe un trago el tio Trabuco.*) ¡Jú!!! Esto es zupia. Alárgueme usted, tio Monipodio, el frasco del aguardiente para enjuagarme la boca. (*Bebe y se curruca.*) (*Entra la moza con una fuente de gazpacho.*)

MOZA. Aquí está la gracia de Dios.

TODOS. Venga, venga.

ESTUDIANTE. Parece, señor Alcalde, que esta noche hay mucha gente forastera en Hornachuelos.

ARRIERO. Las tres posadas estan llenas.

ALCALDE. Como es el jubileo de la Porciúncula, y el convento de San Francisco de los Angeles, que está aquí en el desierto, á media legua corta, es tan famoso... viene mucha gente á confesarse con el P. Guardian, que es un siervo de Dios.

MESONERA. Es un santo.

MESONERO. (*Toma la bota y se pone de pie.*) Jesus; por la buena compañía, y que Dios nos dé salud y pesetas en esta vida, y la gloria en la eterna. (*Bebe.*)

TODOS. Amén. (*Pasa la bota de mano en mano.*)

ESTUDIANTE. (*Despues de beber.*) Tio Trabuco, tio Trabuco, ¿está usted con los angelitos?

TIO TRABUCO. Con las malditas pulgas y con sus voces de usted, ¿quién puede estar sino con los demonios?

ESTUDIANTE. Queriamos saber, tio Trabuco, si esa personilla de alfeñique, que ha venido con usted, y que se ha escondido de nosotros, viene á ganar el jubileo.

TIO TRABUCO. Yo no sé nunca á lo que van ni vienen los que viajan conmigo.

ESTUDIANTE. ¿Pero... es gallo, ó gallina?

TIO TRABUCO. Yo de los viajeros no miro mas que la moneda, que ni es hembra ni es macho.

ESTUDIANTE. Sí, es género epiceno, como si dijéramos hermafrodita... Pero veo que es usted muy taciturno, tio Trabuco.

TIO TRABUCO. Nunca gasto saliva en lo que no me importa: y buenas noches, que se me va quedando la lengua dormida, y quiero guardarle el sueño; sonsoniche.

ESTUDIANTE. Pues señor, con el tio Trabuco no hay enboque. Dígame usted, nostrama, (*A la mesonera.*) ¿por qué no ha venido á cenar el tal caballero?

MESONERA. Yo no sé.

ESTUDIANTE. Pero, vamos, ¿es hembra ó varon?

MESONERA. Que sea lo que sea: lo cierto es que le vi el rostro, por mas que se lo recataba, cuando se apeó del mulo, y que lo tiene como un sol; y eso que traia los ojos de llorar y de polvo, que daba compasion.

ESTUDIANTE. ¡Oiga!

MESONERA. Sí señor; y en cuanto se metió en ese cuarto, volviéndome siempre la espalda, me preguntó cuánto habia de aquí al convento de los Angeles, y yo se lo enseñé desde la ventana, que como está tan cerca se ve clarito, y...

ESTUDIANTE. ¡Hola, con que es pecador que viene al jubileo!

MESONERA. Yo no sé. luego se acostó; digo, se echó en la cama, vestido, y bebió antes un vaso de agua con unas gotas de vinagre.

ESTUDIANTE. Ya, para refrescar el cuerpo.

MESONERA. Y me dijo que no queria luz, ni cena, ni nada, y se quedó como rezando el rosario entre dientes. A mi me parece que es persona muy...

MESONERO. Charla, charla... ¿Quién diablos te mete en hablar de los huéspedes?... Maldita sea tu lengua.

MESONERA. Como el señor licenciado queria saber...

ESTUDIANTE. Sí, señora Colasa; dígame usted...



MESONERO. (*A su mujer.*) ¡Chiton!

ESTUDIANTE. Pues señor, volvamos al tío Trabuco. Tío Trabuco, tío Trabuco. (*Se acerca á él y le despierta.*)

TIO TRABUCO. ¡Malo!... ¡Me quiere usted dejar en paz?

ESTUDIANTE. Vamos, dígame usted, ¿esa persona cómo viene en el mulo, á mugeriegas ó ahorcajadas?

TIO TRABUCO. ¡Ay qué sangre!... De cabeza.

ESTUDIANTE. Y dígame usted, ¿de dónde salió usted esta mañana, de Posadas ó de Palma?

TIO TRABUCO. Yo no sé sino que tarde ó temprano voy al cielo.

ESTUDIANTE. ¿Por qué?

TIO TRABUCO. Porque ya me tiene usted en el purgatorio.

ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah!... ¡Y va usted á Estremadura?

TIO TRABUCO. (*Se levanta, recoge sus jalmas y se va con ellas muy enfudado.*) No señor; á la caballeriza, huyendo de usted, y á dormir con mis mulos, que no saben latin, ni son bachilleres.

ESTUDIANTE. (*Se rie.*) ¡Ah, ah, ah, ah! Se atufó... Hola, Pepa, salerosa, ¿y no has visto tú al escondido?

MOZA. Por la espalda.

ESTUDIANTE. ¿Y en qué cuarto está?

MOZA. (*Señala la primera puerta de la derecha.*) En ese...

ESTUDIANTE. Pues ya que es lampiño, vamos á pintarle unos bigotes con tizne... Y cuando se despierte por la mañana reiremos un poco. (*Se tizna los dedos y va hácia el cuarto.*)

ALGUNOS. Si... si.

MESONERO. No, no.

ALCALDE. (*Con gravedad.*) Señor estudiante, no lo permitiré yo, pues debo proteger á los forasteros que llegan á esta villa, y administrarles justicia como á los naturales de ella.

ESTUDIANTE. No lo dije por tanto, señor Alcalde...

ALCALDE. Yo sí. Y no fuera malo saber quién es el señor licenciado, de dónde viene y adonde va, pues parece algo alegre de cascós.

ESTUDIANTE. Si la justicia me lo pregunta de burlas ó de veras, no hay inconveniente en decirlo, que aqui se juega limpio. Soy el bachiller Pereda, graduado por Salamanca, *in utroque*, y hace ocho años que curso sus escuelas, aunque pobre, con honra, y no sin fama. Salí de allí hace mas de un año, acompañando á mi amigo y protector el señor licenciado Vargas, y fuimos á Sevilla, á vengar la muerte de su padre el marqués de Calatrava, y á indagar el paradero de su hermana, que se escapó con el matador. Pasamos allí algunos meses, donde tambien estuvo su hermano mayor, el actual marqués, que es oficial de Guardias. Y como no lograron su propósito, se separaron jurando venganza. Y el licenciado y yo nos vinimos á Córdoba, donde dijeron que estaba la hermana. Pero no la hallamos tampoco, y allí supimos que habia muerto en la refriega que armaron los criados del marqués, la noche de su muerte, con los del robador y asesino, y que este se habia vuelto á América. Con lo que marchamos á Cadiz, donde mi protector, el licenciado Vargas, se ha embarcado para buscar alia al enemigo de su familia. Y yo me vuelvo á mi universidad á desquitar el tiempo perdido, y á continuar mis estudios; con los que, y la ayuda de Dios, puede ser que me vea algun dia gobernador del Consejo ú arzobispo de Sevilla.

ALCALDE. Humos tiene el señor bachiller, y ya basta; pues se ve en su

porte y buena esplicacion que es hombre de bien , y que dice verdad.

MESONERA. Dígame usted , señor estudiante, ¿y qué, mataron á ese marqués?

ESTUDIANTE. Si.

MESONERA. ¿Y lo mató el amante de su hija y luego la robó?... ¡Ay! cuéntenos su merced esa historia, que será muy divertida: cuéntela su merced...

MESONERO. ¿Quién te mete á tí en saber vidas ajenas? ¡Maldita sea tu curiosidad!—Pues que ya hemos cenado, demos gracias á Dios, y á recogerse. *(Se ponen todos en pié, y se quitan el sombrero como que rezan.)* Eh, buenas noches; cada mochuelo á su olivo.

ALCALDE. Buenas noches, y que haya juicio y silencio.

ESTUDIANTE. Pues me voy á mi cuarto. *(Se va á meter en el del viajero incógnito.)*

MESONERO. Hola, no es ese, el de mas allá.

ESTUDIANTE. Me equivoqué.

*(Vanse el alcalde y los lugareños: entra el estudiante en su cuarto: la moza, el arriero y la mesonera retiran la mesa y bancos, dejando la escena desembarazada. El mesonero se acerca al hogar, y queda todo en silencio y solos el mesonero y mesonera.)*

## ESCENA II.

MESONERO. Colasa, para medrar  
en nuestro oficio, es forzoso  
que haya en la casa reposo,  
y á ninguno incomodar.  
Nunca meterse á oliscar  
quiénes los huéspedes son.

No gastar conversacion  
con cuantos llegan aqui.  
Servir bien, decir *no ó sí*,  
cobrar la mosca, y chiton.

MESONERA. No, por mí no lo dirás,  
bien sabes que callar sé.  
Al bachiller pregunté...

MESONERO. Pues eso estuvo de mas.

MESONERA. Tambien ahora estrañarás  
que entre en ese cuarto á ver  
si el huésped há menester  
alguna cosa, marido,  
pues es, sí, lo he conocido,  
una afligida muger.

*(Toma un candil y entra la mesonera muy recatadamente en el cuarto.)*

MESONERO. Entra, que entrar es razon,  
aunque temo á la verdad  
que vas por curiosidad,  
mas bien que por compasion.

MESONERA. *(Saliendo muy asustada.)*  
¡Ay Dios mio! Vengo muerta;  
desapareció la dama;  
nadie he encontrado en la cama,



- y está la ventana abierta.  
**MESONERO.** ¡Cómo? ¡cómo?... Ya lo sé...  
 La ventana al campo da,  
 y como tan baja está,  
 sin gran trabajo se fué.  
*(Andando hácia el cuarto donde entró la mujer, quedándose él á la puerta.)*  
 Quiera Dios no haya cargado  
 con la colcha nueva.  
**MESONERA.** *(Dentro.)* Nada,  
 todo está aquí... ¡desdichada!  
 hasta dinero ha dejado...  
 Sí, sobre la mesa un duro.  
**MESONERO.** Vaya entonces en buen hora.  
**MESONERA.** *(Saliendo á la escena.)*  
 No hay duda, es una señora,  
 que se encuentra en grande apuro.  
**MESONERO.** Pues con bien la lleve Dios,  
 y vámonos á acostár,  
 y mañana no charlar,  
 que esto quede entre los dos.  
 Echa un cuarto en el cepillo  
 de las ánimas, muger,  
 y el duro véngame a ver;  
 échamelo en el bolsillo.

### ESCENA III.

*El teatro representa una plataforma en la ladera de una áspera montaña. A la izquierda precipicios y derrumbaderos. Al frente un profundo valle atravesado por un riachuelo, en cuya márgen se ve á lo léjos la villa de Hornachuelos, terminando el fondo en altas montañas. A la derecha la fachada del convento de los Angeles de pobre y humilde arquitectura. La gran puerta de la iglesia cerrada, pero practicable, y sobre ella una claraboya de medio punto por donde se verá el resplandor de las luces interiores; mas hácia el proscenio la puerta de la portería, tambien practicable y cerrada; en medio de ella una mirilla ó gatera que se abre y se cierra, y al lado el cordon de una campanilla. En medio de la escena habrá una gran Cruz de piedra tosca y corroída por el tiempo, puesta sobre cuatro gradas que puedan servir de asiento. Estará todo iluminado por una luna clarísima. Se oirá dentro de la iglesia el órgano, y cantar maitines al coro de frailes, y saldrá como subiendo por la izquierda DOÑA LEONOR muy fatigada y vestida de hombre con un gaban de mangas, sombrero ga-cho y botines.*

- DOÑA LEONOR.** Sí... ya llegué... Dios mio,  
 gracias os doy rendida.  
*(Arrodillase al ver el convento.)*  
 En tí, Virgen Santísima, confío;  
 sed el amparo de mi amarga vida.  
 Este refugio es solo  
 el que puedo tener de polo á polo. *(Alzase.)*  
 No me queda en la tierra  
 mas asilo y resguardo

que los áridos riscos de esta sierra :  
 en ella estoy... ¿Aun tiemblo y me acobardo?...  
*(Mira hacia el sitio por donde ha venido.)*

¡ Ah !... nadie me ha seguido.

Ni mi fuga veloz notada ha sido.

...No me engañé , la horrenda historia mia  
 escuché referir en la posada...

¿ Y quién , cielos , sería  
 aquel que la contó ? ¡ Desventurada !

Amigo dijo ser de mis hermanos...

¡ Oh cielos soberanos !...

¿ Voy á ser descubierta ?

Estoy de miedo y de cansancio muerta.

*(Se sienta mirando en rededor y luego al cielo.)*

¿ Qué asperezas ! ¿ Qué hermosa y clara luna !

¿ La misma que hace un año

vió la mudanza atroz de mi fortuna ,

y abrirse los infiernos en mi daño !!!

*(Pausa larga.)*

No fué ilusion... aquel que de mí hablaba  
 dijo que navegaba

don Alvaro , buscando nuevamente

los apartados climas de Occidente.

¡ Oh Dios ! ¿ Y será cierto ?

Con bien arribe de su patria al puerto.

*(Pausa.)*

¿ Y no murió la noche desastrada

en que yo , yo... manchada

con la sangre infeliz del padre mio ,

le seguí... le perdí?... ¿ Y huye el impío ?

¿ Y huye el ingrato?... ¿ Y huye y me abandona ?

*(Cae de rodillas.)*

¡ Oh Madre Santa de piedad ! perdona ,

perdona , le olvidé. Si , es verdadera ,

lo es mi resolucion. Dios de bondades ,

con penitencia austera ,

lejos del mundo en estas soledades ,

el furor espiaré de mis pasiones.

Piedad , piedad , Señor , no me abandones.

*(Queda en silencio y como en profunda meditacion recostada en las gradas de la cruz , y despues de una larga pausa continúa :)*

Los sublimes acentos de ese coro

de bienaventurados ,

y los ecos pausados

del órgano sonoro ,

que cual de incienso vaporosa nube

al trono santo del eterno sube ,

difunden en mi alma

bálsamo dulce de consuelo y calma.

*(Se levanta resuelta.)*

¿ Qué me detengo pues?... corro al tranquilo...

corro al sagrado asilo...

*(Va hácia el convento y se detiene.)*  
 Mas ¡cómo á tales horas?... ¡Ah!... no puedo  
 ya dilatarlo mas, hiélame el miedo  
 de encontrarme aquí sola. En esa aldea  
 hay quien mi historia sabe.  
 En lo posible cabe  
 que descubierta con la aurora sea.  
 Este santo prelado  
 de mi resolucion está informado,  
 y de mis infortunios... Nada temo.  
 Mi confesor de Córdoba hace dias  
 que las desgracias mías  
 le escribió largamente...  
 Sé de su caridad el noble extremo,  
 me acogerá indulgente.  
 ¡Qué dudo, pues, qué dudo?...  
 Sed, ó Virgen Santísima, mi escudo.  
*(Llega á la portería y toca la campanilla.)*

#### ESCENA IV.

*Se abre la mirilla que está en la puerta, y por ella sale el resplandor de un farol que dá de pronto en el rostro de DOÑA LEONOR, y esta se retira como asustada. EL HERMANO MELITON habla toda esta escena dentro.*

H. MELITON. ¡Quién es?

DOÑA LEONOR. Una persona á quien interesa mucho, mucho, ver al instante al reverendo P. Guardian.

H. MELITON. ¡Buena hora de ver al P. Guardian!... La noche está clara, y no será ningun caminante perdido. Si viene á ganar el jubileo, á las cinco se abrirá la iglesia; vaya con Dios; él le ayude.

DOÑA LEONOR. Hermano, llamad al P. Guardian. Por caridad.

H. MELITON. ¡Qué caridad á estas horas! El P. Guardian está en el coro.

DOÑA LEONOR. Traigo para su reverencia un recado muy urgente del P. Cleto, definidor del convento de Córdoba, quien ya le ha escrito sobre el asunto de que vengo á hablarle.

H. MELITON. ¡Hola!... ¿del P. Cleto el definidor del convento de Córdoba? Eso es distinto... iré, iré á decírselo al P. Guardian. Pero dígame, hijo, ¿el recado y la carta son sobre aquel asunto con el P. General, que está pendiente allá en Madrid?...

DOÑA LEONOR. Es una cosa muy interesante.

H. MELITON. ¡Pero para quién?

DOÑA LEONOR. Para la criatura mas infeliz del mundo.

H. MELITON. ¡Mala recomendacion!... Pero bueno; abriré la portería, aunque es contra regla, para que entreis á esperar.

DOÑA LEONOR. No, no, no puedo entrar... ¡Jesús!!!

H. MELITON. Bendito sea su santo nombre... ¡Pero sois algun excomulgado?... Sino es cosa rara preferir el esperar al raso. En fin, voy á dar el recado, que probablemente no tendrá respuesta. Si no vuelvo, buenas noches, ahí á la bajadita está la villa, y hay un buen meson. El de la tia Colasa.

*(Ciérrase la ventanilla, y doña Leonor queda muy abatida.)*

## ESCENA V.

DOÑA LEONOR. ¿Será tan negra y dura  
mi suerte miserable,  
que este santo prelado  
socorro y proteccion no quiera darme?  
La rígida aspereza  
y las dificultades  
que ha mostrado el portero  
me pasman de terror, hielan mi sangre.  
Mas no, si da el aviso  
al reverendo Padre,  
y éste es tan docto y bueno  
cual dicen todos, volará á ampararme.  
O Soberana Virgen,  
de desdichados Madre:  
su corazon ablanda  
para que venga pronto á consolarme:

*(Queda en silencio: da la una el reloj del convento: se abre la portería, en la que aparecen el P. Guardian y el H. Meliton con un farol: este se queda en la puerta y aquel sale á la escena.)*

## ESCENA VI.

DOÑA LEONOR EL P. GUARDIAN. EL H. MELITON.

P. GUARDIAN. ¿El que me busca quién es?  
DOÑA LEONOR. Yo soy, Padre, que queria...  
P. GUARDIAN. Ya se abrió la porteria;  
                  entrad en el claustro, pues,  
DOÑA LEONOR. *(Muy sobresaltada.)*  
                  ¡Ah!... imposible; padre, no,  
P. GUARDIAN. ¡Imposible!... ¿Qué decís?...  
DOÑA LEONOR. Si que os hable permitís,  
                  aquí solo puedo yo.  
P. GUARDIAN. Si os envía el padre Cleto,  
                  hablad, que es mi grande amigo.  
DOÑA LEONOR. Padre, que sea sin testigo,  
                  porque me importa el secreto.  
P. GUARDIAN. ¿Y quién?... Mas ya os entendí.  
                  Retiraos, fray Meliton,  
                  y encajad ese porton;  
                  dejadnos solos aquí.  
H. MELITON. ¿No lo dije? Secretitos.  
                  Los misterios ellos solos,  
                  que los demas somos bolos  
                  para estos santos benditos.  
P. GUARDIAN. ¿Qué murmura?...  
H. MELITON.                   Que está tan  
                  premiosa esta puerta... y luego...  
P. GUARDIAN. Obedezca, hermano lego.



H. MELITON.

Ya me la hechó de guardian.  
(*Ciérrese la puerta y vase.*)

## ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. EL P. GUARDIAN.

P. GUARDIAN.

(*Acercándose á Leonor.*)  
Ya estamos, hermanos, solos.  
¿Mas por qué tanto misterio?  
¿No fuera mas conveniente  
que entrarais en el convento?  
¿No sé qué pueda impedirlo?...  
entrad, pues, que yo os lo ruego;  
entrad, subid á mi celda;  
tomareis un refrigerio,  
y despues..

DOÑA LEONOR.

No, Padre mio,

P. GUARDIAN.

¿Qué os horroriza?... no entiendo...

DOÑA LEONOR.

(Muy abatida.) Soy una infeliz muger.

P. GUARDIAN.

(Asustado.)

¿Una muger!... ¿Santo cielo!

¿Una muger!... á estas horas,

en este sitio... ¿qué es esto?

DOÑA LEONOR.

Una muger infelice,  
maldicion del universo,  
que á vuestras plantas rendida

(Se arrodilla.)

os pide amparo y remedio,  
pues vos podeis libertarla  
de este mundo y del infierno.

P. GUARDIAN.

Señora, alzá. Que son grandes (*La levanta.*)

vuestros infortunios creo  
cuando os miro en este sitio,  
y escucho tales lamentos.

¿Pero qué apoyo, decidme,  
qué amparo prestaros puedo  
yo, un humilde religioso  
encerrado en estos yermos?

DOÑA LEONOR.

No habeis: Padre, recibido  
la carta que el Padre Cleto...

P. GUARDIAN.

(Recapacitando.)

¿El Padre Cleto os envía?...

DOÑA LEONOR.

A vos, cual solo remedio  
de todos mis infortunios;  
si benignos los intentos  
que á estos montes me conducen  
permitis tengan efecto.

P. GUARDIAN.

(Sorprendido.)

¿Sois doña Leonor de Vargas?...

¿Seis por dicha?... ¡Dios eterno!

DOÑA LEONOR.

(Abatida.) ¿Os horroriza el mirarme!



P. GUARDIAN. (Afectuoso.) No, hija mia, no por cierto.  
Ni permita Dios que nunca  
tan duro sea mi pecho  
que á los desgraciados niegue  
la compasion y el respeto.

DOÑA LEONOR. ¡Yo lo soy tanto!

P. GUARDIAN. Señora,  
vuestra agitacion comprendo.  
No es estraño, no. Seguidme,  
venid. Sentaos un momento  
al pie de esta cruz; su sombra  
os dará fuerza y consuelos.

(Lleva el Guardian á doña Leonor, y se sientan ambos al pie de la cruz.)

DOÑA LEONOR. ¡No me abandoneis! Oh, Padre.

P. GUARDIAN. No, jamas; contad conmigo.

DOÑA LEONOR. De este santo monasterio  
desde que el término piso,  
mas tranquila tengo el alma,  
con mas libertad respiro.  
Ya no me cercan, cual hace  
un año, que hoy se ha cumplido,  
los espectros y fantasmas  
que siempre enredor he visto.  
Ya no me sigue la sombra  
sangrienta del padre mio,  
ni escucho sus maldiciones,  
ni su horrenda herida miro,  
ni...

P. GUARDIAN. ¡Oh! no lo dudo, hija mia;  
Libre estais en este sitio  
de esas vanas ilusiones,  
aborto de los abismos.

Las insidias del demonio,  
las sombras á que dá brio,  
para conturbar al hombre,  
no tienen aqui dominio.

DOÑA LEONOR. Por eso aquí busco ansiosa  
dulce consuelo y auxilio,  
y de la Reina del cielo  
bajo el regio manto abrigo.

P. GUARDIAN. Vamos despacio, hija mia:  
el Padre Cleto me ha escrito  
la resolucion tremenda  
que al desierto os ha traído;  
pero no basta.

DOÑA LEONOR. Si basta:  
es inmutable... lo fio,  
es inmutable.

P. GUARDIAN. ¡Hija mia!

DOÑA LEONOR. Vengo resuelta, lo he dicho,  
á sepultarme por siempre  
en la tumba de estos riscos.

P. GUARDIAN.  
DOÑA LEONOR.

¡Cómo!...

¿Seré la primera?...

No lo seré, Padre mio.  
Mi confesor me ha informado  
de que en este santo sitio,  
otra muger infelice  
vivió muerta para el siglo.  
Resuelta á seguir su ejemplo  
vengo en busca de su asilo:  
dármelo sin duda puede  
la gruta que la dió abrigo,  
vos la proteccion y amparo  
que para ello necesito,  
y la Soberana Virgen  
su santa gracia y su auxilio.

P. GUARDIAN.

No os engañó el Padre Cleto,  
pues diez años ha vivido  
una santa penitente  
en este yermo tranquilo,  
de los hombres ignorada,  
de penitencias prodigio.  
En nuestra iglesia sus restos  
están, y yo los estimo  
como la joya mas rica  
de esta casa, que aunque indigno  
gobierno, en el santo nombre  
de mi Padre San Francisco.  
La gruta que fue su albergue,  
y á que reparos precisos  
se le hicieron, está cerca  
en ese hondo precipicio.  
Aun existen en su seno  
los humildes utensilios  
que usó la santa; á su lado  
un arroyo cristalino  
brota apacible...

DOÑA LEONOR.

Al momento

llevadme allá, Padre mio.

P. GUARDIAN.

¡Oh, doña Leonor de Vargas!

¿Insistís?

DOÑA LEONOR.

Sí, Padre, insisto.

Dios me manda...

P. GUARDIAN.

Raras veces

Dios tan grandes sacrificios  
exige de los mortales.  
Y, ¡ay de aquel que de un delirio  
en el momento, hija mia,  
tal vez se engaña á sí mismo!  
Todas las tribulaciones  
de este mundo fugitivo,  
son, señora, pasajeras;  
alcabo encuentran alivio.

Y al Dios de bondad se sirve ,  
y se le aplaca lo mismo  
en el claustro , en el desierto ,  
de la corte en el bullicio ,  
cuando se le entrega el alma  
con fé viva y pecho limpio.

DOÑA LEONOR.

No es un acaloramiento ,  
no un instante de delirio  
quien me sugirió la idea  
que á buscaros me ha traído.  
Desengaños de este mundo ,  
y un año ¡ ay Dios ! de suplicios ,  
de largas meditaciones ,  
de continuados peligros ,  
de atroces remordimientos ,  
de reflexiones conmigo ,  
mi intencion han madurado  
y esfuerzo me han concedido  
para hacer voto solemne  
dé morir en este sitio.

Mi confesor venerable ,  
que ya mi historia os ha escrito ,  
el Padre Cleto , á quien todos  
llaman santo , y con motivo ,  
mi resolucion aprueba ;  
aunque cual vos al principio  
trató de desvanecerla  
con sus doctos raciocinios :  
y á vuestras plantas me envía  
para que me deis auxilio.  
No me abandoneis , oh Padre ,  
por el cielo os lo suplico ;  
mi resolucion es firme ,  
mi voto inmutable y fijo ,  
y no hay fuerza en este mundo  
que me saque de estos riscos.

P. GUARDIAN.

Sois muy jóven , hija mia ;  
¿ quién lo que el cielo propicio  
aun nos puede guardar sabe ?

DOÑA LEONOR.

Renuncio á todo , lo he dicho.

P. GUARDIAN.

Acaso aquel caballero...

DOÑA LEONOR.

¿ Qué pronuncias ?... ¡ Oh martirio !  
Aunque inocente , manchado  
con sangre del padre mio  
está , y nunca , nunca...

P. GUARDIAN.

Entiendo.  
Mas de vuestra casa el brillo.  
Vuestros hermanos...

DOÑA LEONOR.

Mi muerte  
solo anhelan vengativos.

P. GUARDIAN.

¿ Y la bondadosa tia  
que en Córdoba os ha tenido

un año oculta?

DOÑA LEONOR.

No puedo  
sin ponerla en compromiso,  
abusar de sus bondades.

P. GUARDIAN.

Y qué, ¿mas seguro asilo  
no fuera, y mas conveniente,  
con las esposas de Cristo,  
en un convento?...

DOÑA LEONOR.

No, Padre;  
son tantos los requisitos  
que para entrar en el claustro  
se exigen... y.., ¡oh! no, Dios mio,  
aunque me encuentro inocente,  
no puedo, tiemblo al decirlo,  
vivir sino donde nadie  
viva y converse conmigo.  
Mi desgracia en toda España  
suena de modo distinto,  
y una alusion, una seña,  
una mirada, suplicios  
pudieran ser que me hundieran  
del despecho en el abismo.  
No, Jamas... Aqui, aqui solo;  
si no me acogeis benigno,  
piedad pediré á las fieras  
que habitan en estos riscos,  
alimento á estas montañas,  
vivienda á estos precipicios.  
No salgo de este desierto;  
una voz hiere mi oido,  
voz del cielo que me dice:  
aqui, aqui; y aqui respiro.  
(*Se abraza con la cruz.*)  
No, no habrá fuerzas humanas  
que me arranquen de este sitio.

P. GUARDIAN.

(*Levantándose y aparte.*)  
¡Será verdad, Dios eterno!  
¡Será tan grande y tan alta  
la proteccion que concede  
vuestra Madre Soberana  
á mí, pecador indigno,  
que cuando soy de esta casa  
humilde prelado. venga  
con resolucion tan santa  
otra muger penitente  
á ser luz de estas montañas?  
¡Bendito seais, Dios eterno,  
cuya omnipotencia narran  
esos cielos estrellados,  
escabel de vuestras plantas!  
¡Vuestra vocacion es firme?...  
¡Sois tan bienaventurada!...

- DOÑA LEONOR. Es inmutable, y cumplirla  
la voz del cielo me manda.
- P. GUARDIAN. Sea pues, bajo el amparo  
de la Virgen Soberana.  
(*Estiende una mano sobre ella.*)
- DOÑA LEONOR. (*Arrojándose á las plantas del P. Guardian.*)  
¿Me acogéis?... ¡Oh Dios!... ¡Oh dicha!  
¡Cuán feliz vuestras palabras  
me hacen en este momento!...
- P. GUARDIAN. (*Levantándola.*)  
Dad á la Virgen las gracias.  
Ella es quien asilo os presta  
á la sombra de su casa.  
No yo, pecador protervo,  
vil gusano, tierra, nada. (*Pausa.*)
- DOÑA LEONOR. Y vos, tan solo vos, ó padre mio,  
sabreis que habito en estas asperezas,  
no otro ningun mortal.
- P. GUARDIAN. Yo solamente  
sabré quién sois. Pero que avise es fuerza  
á la comunidad de que lá ermita  
está ocupada, y de que vive en ella  
una persona penitente. Y nadie,  
bajo precepto santo de obediencia,  
osará aproximarse de cien pasos,  
ni menos penetrar la humilde cerca  
que á gran distancia la circunda en torno.  
La mujer santa, antecesora vuestra,  
solo fue conocida del prelado,  
tambien mi antecesor. Que mujer era  
lo supieron los otros religiosos  
cuando se celebraron sus exequias.  
Ni yo jamas he de volver á veros:  
cada semana, sí, con gran reserva,  
yo mismo os dejaré junto á la fuente  
la escasa provision: de recogerla  
cuidareis vos... Una pequeña esquila,  
que está sobre la puerta con su cuerda,  
calando á lo interior, tocareis solo  
de un gran peligro en la ocasion estrema,  
ó en la hora de la muerte. Su sonido,  
á mí, ó al que cual yo prelado sea,  
avisará, y espiritual socorro  
jamás os faltarà... No, nada tema.  
La Virgen de los Angeles os cubre  
con su manto, será vuestra defensa  
el angel del Señor.
- DOÑA LEONOR. Mas mis hermanos...  
ó bandidos tal vez...
- P. GUARDIAN. ¿Y quién pudiera  
atreverse, hija mia, sin que al punto  
sobre él tronará la venganza eterna?



Cuando vivió la penitente antigua  
 en este mismo sitio, adonde os lleva  
 gracia especial del brazo omnipotente,  
 tres malhechores con audacia ciega  
 llegar quisieron al albergue santo ;  
 al momento una horrisona tormentá  
 se alzó, enlutando el indignado cielo,  
 y un rayo desprendido de la esfera  
 hizo ceniza á dos de los bandidos ,  
 y el tercero, temblando, á nuestra iglesia  
 acogióse, vistió el escapulario  
 abrazando contrito nuestra regla,  
 y murió á los dos meses.

DOÑA LEONOR.

Bien: ¡oh Padre!  
 pues que encontré donde esconderme pueda  
 á los ojos del mundo, conducidme,  
 sin tardanza llevadme...

P. GUARDIAN.

Al punto sea ,  
 que ya la luz del alba se avecina.  
 Mas antes entraremos en la iglesia ;  
 recibireis mi absolucion, y luego  
 el pan de vida y de salud eterna.  
 Vestireis el sayal de San Francisco.  
 y os daré avisos que importaros puedan  
 para la santa y penitente vida,  
 á que con gloria tanta estais resuelta.

## ESCENA VIII.

P. GUARDIAN.

¡Hola!... Hermano Meliton.

H. MELITON.

¡Hola!... despierte le digo;  
 de la iglesia abra el postigo.  
 (*Dentro.*) Pues qué, ¿ya las cinco son?...  
 (*Sale bostezando.*)

P. GUARDIAN.

Apostaré á que no han dado. (*Bosteza.*)  
 La iglesia abra.

H. MELITON.

No es de día.

P. GUARDIAN.

¿Replica?... Por vida mia...

H. MELITON.

¿Yo?... en mi vida he replicado.  
 Bien podia el penitente  
 hasta las cinco esperar ;  
 difícil será encontrar  
 un pecador tan urgente.

(*Vase y en seguida se oye descorrer el cerrojo de la puerta de la iglesia, y se la ve abrirse lentamente.*)

P. GUARDIAN.

(*Conduciendo á Leonor hácia la iglesia.*)  
 Vamos al punto, vamos ;  
 en la casa de Dios, hermana, entremos ,  
 su nombre bendigamos ,  
 en su misericordia confiemos.

## JORNADA TERCERA.

La escena es en Italia, en Veletri y sus alrededores.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una sala corta, alojamiento de oficiales calaveras. En las paredes estarán colgados en desorden uniformes, capotes, sillas de caballos, armas, etc.; en medio habrá una mesa con tapete verde, dos candeleros de bronce con velas de sebo, los cuatro oficiales al rededor, uno de ellos con la baraja en la mano, y habrá otras sillas desocupadas.*

PEDRAZA. *(Entra muy de prisa.)* ¡Qué frío está esto!

OFICIAL 1.º Todos se han ido en cuanto me han desplumado: no he conseguido tirar ni una buena talla.

PEDRAZA. Pues precisamente va á venir un gran punto, y si ve esto tan desierto y frío...

OFICIAL 1.º ¡Y quién es el pájaro?

TODOS. ¡Quién?

PEDRAZA. El ayudante del general, ese teniente coronel que ha llegado esta tarde con la orden de que al amanecer estemos sobre las armas. Es gran aficionado, tiene mucho rumbo, y á lo que parece es blanquito. Hemos cenado juntos en casa de la coronela, á quien ya le está echando requiebros, y el taimado de nuestro capellan lo marcó por suyo. Le convidó con que viniera á jugar, y ya lo trae hácia aquí.

OFICIAL 1.º Pues señores, ya es este otro cantar. Ya vamos á ser todos unos... ¡Me entienden ustedes?

TODOS. Sí, sí, muy bien pensado.

OFICIAL 2.º Como que es de plana mayor, y será contrario de los pobres pilles.

OFICIAL 4.º A él, y duro.

OFICIAL 1.º Pues para jugar con él tengo baraja preparada, mas obediente que un recluta, y mas florida que el mes de mayo. *(Saca una baraja del bolsillo.)* Y aquí está.

OFICIAL 3.º ¡Qué fino es usted, camarada!

OFICIAL 1.º No hay que jugar ases ni figuras. Y al avio, que ya suena gente en la escalera. Tiro, tres á la derecha, nueve á la izquierda.

## ESCENA II.

DON CARLOS DE VARGAS. EL CAPELLAN.

CAPELLAN. Aquí viene, compañeros,  
un rumbuso aficionado.  
 TODOS. Sea pues muy bien llegado.  
*(Levantándose y volviéndose á sentar.)*  
 DON CARLOS. Buenas noches, caballeros.  
 ¡Qué casa tan indecente! *(Aparte.)*  
 Estoy, vive Dios, corrido,  
 de verme comprometido  
 á alternar con esta gente.  
 OFICIAL 1.º Sentaos.  
*(Se sienta don Carlos, haciéndole todos lugar.)*  
 CAPELLAN. Señor capitán, *(Al banquero.)*  
 ¿y el concurso?  
 OFICIAL 1.º Se afuso *(Barajando.)*  
 en cuanto me desbancó.  
 Toditos repletos van.  
 Se declaró un juego eterno  
 que no he podido quebrar,  
 y siempre salió á ganar  
 una sota del infierno.  
 Veinte y dos veces salió  
 y jamas á la derecha.  
 OFICIAL 2.º El que nunca sé aprovecha  
 de tales gangas soy yo.  
 OFICIAL 3.º Y yo en el juego contrario  
 me empené, que nada vi,  
 y ya solo estoy aquí  
 para rezar el rosario.  
 CAPELLAN. Vamos.  
 PEDRAZA. Vamos.  
 OFICIAL 1.º Tiro.  
 DON CARLOS. Juego.  
 OFICIAL 1.º Tiro, á la derecha el as,  
 y á la izquierda la sotita.  
 OFICIAL 2.º Ya salió la muy maldita.  
 Por vida de Barrabás...  
 OFICIAL 1.º Rey á la derecha, nueve  
 á la izquierda.  
 DON CARLOS. Yo lo gano.  
 OFICIAL 1.º ¡Tengo apestada la mano! *(Paga.)*  
 Tres onzas, nada se debe.  
 A la derecha la sota.  
 Ya quebró.  
 OFICIAL 4.º Pegarle fuego.  
 OFICIAL 3.º A la izquierda siete.  
 OFICIAL 1.º Juego.

- OFICIAL 2.º Solo el verla me rebota.  
 DON CARLOS. Copo.  
 CAPELLAN. ¿Con carta tapada?  
 OFICIAL 1.º Tiro, á la derecha el tres.  
 PEDRAZA. ¡Qué bonita carta es!  
 OFICIAL 1.º Cuando sale descargada.  
 A la izquierda el cinco.  
 DON CARLOS. (*Levantándose y sujetando la mano del que talla.*)  
 No,  
 con tiento, señor banquero,  
 (*Vuelve su carta.*)  
 que he ganado mi dinero,  
 y trampas no sufro yo.  
 OFICIAL 1.º ¡Cómo trampas?... ¡Quién osar?...  
 DON CARLOS. Yo: pegado tras del cinco  
 está el caballo, buen brinco  
 le hicisteis, amigo, dar.  
 OFICIAL 1.º Soy hombre pundonoroso,  
 y esto una casualidad...  
 DON CARLOS. Esta es una iniquidad,  
 vos un taimado tramposo.  
 PEDRAZA. Sois un loco, un atrevido.  
 DON CARLOS. Vos un vil, y con la espada...  
 TODOS. Esta es una casa honrada.  
 CAPELLAN. Por Dios no hagamos ruido.  
 DON CARLOS. (*Echando á rodar la mesa.*)  
 Abreviemos de razones.  
 TODOS. (*Tomando las espadas.*)  
 Muera, muera el insolente.  
 DON CARLOS. (*Sale defendiéndose.*)  
 Qué puede con un valiente  
 una cueva de ladrones.  
 (*Vanse acuchillando, y dos ó tres soldados retiran la mesa, las sillas y desembarazan la escena.*)

### ESCENA III.

*El teatro representa una selva en noche muy oscura. Aparece al fondo don Alvaro, solo, vestido de capitán de granaderos, se acerca lentamente, y dice con gran agitación.*

DON ALVARO, solo.

¡Qué carga tan insufrible  
 es el ambiente vital,  
 para el mezquino mortal  
 que nace en signo terrible!  
 ¡Qué eternidad tan horrible  
 la breve vida! ¡Este mundo  
 qué calabozo profundo,  
 para el hombre desdichado

á quien mira el cielo airado  
con su ceño furibundo!

Parece, sí, que á medida  
que es mas dura y mas amarga,  
mas estiende, mas alarga  
el destino nuestra vida.  
Si nos está concedida  
solo para padecer,  
y debe muy breve ser  
la del feliz, como en pena  
de' que su objeto no llena,  
¡terrible cosa es nacer!

Al que tranquilo, gozoso  
vive entre aplausos y honores,  
y de inocentes amores  
apura el caliz sabroso;  
cuando es mas fuerte y brioso,  
la muerte sus dichas huella,  
sus venturas atropella;  
y yo que infelice soy,  
yo que buscándola voy,  
no puedo encontrar con ella.

¡Mas cómo la he de obtener,  
¡desventurado de mí!  
pues cuando infeliz nací,  
nací para envejecer?  
Si aquel día de placer  
(que uno solo he disfrutado)  
fortuna hubiese fijado,  
¡cuán pronto muerte precoz  
con su guadaña feroz  
mi cuello hubiera segado!

Para engalanar mi frente,  
allá en la abrasada zona,  
con la espléndida corona  
del imperio de occidente,  
amor y ambicion ardiente  
me engendraron de concierto;  
pero con tal desacierto,  
con tan contraria fortuna,  
que una carcel fué mi cuna,  
y fué mi escuela el desierto.

Entre bárbaros crecí,  
y en la edad de la razon,  
á cumplir la obligacion  
que un hijo tiene, acudí:  
mi nonbre ocultando fui  
(que es un crimen) á salvar  
la vida, y así pagar  
á los que á mí me la dieron,  
que un trono soñando vieron,  
y un cadalso al despertar.



Entonces risueño un día,  
 uno solo, nada mas,  
 me dió el destino; quizás  
 con intencion mas impía.  
 Así en la carcel sombría  
 mete una luz el sayon,  
 con la tirana intencion  
 de que un punto el preso vea  
 el horror que lo rodea  
 en su espantosa mansion.

¡ Sevilla!!! ¡ Guadalquivir!!!  
 ¡ Cuál atormentais mi mente!...  
 ¡ Noche en que vi de repente  
 mis breves dichas huir!...  
 ¡ Oh qué carga es el vivir!...  
 Cielos, saciad el furor...  
 Socórreme, mi Leonor,  
 gala del suelo andaluz,  
 que ya eres angel de luz,  
 junto al trono del Señor.

Mírame desde tu altura  
 sin nombre en estraña tierra,  
 empeñado en una guerra,  
 por ganar mi sepultura.  
 ¿ Qué me importa por ventura  
 que triunfe Carlos ó nó?  
 ¿ Qué tengo de Italia en pro?  
 ¿ Qué tengo? ¡ terrible suerte!  
 Que en ella reina la muerte,  
 y á la muerte busco yo.

¡ Cuánto, ó Dios, cuánto se engaña  
 el que elogia mi ardor ciego,  
 viéndome siempre en el fuego  
 de esta estrangera campaña!  
 Llámanme la prez de España,  
 y no saben que mi ardor  
 solo es falta de valor,  
 pues busco ansioso el morir  
 por no osañ el resistir  
 de los astros el furor.

Si el mundo colma de honores  
 al que mata á su enemigo,  
 el que lo lleva consigo  
 ? por qué no puede?...

(*Oyese ruido de espadas.*)

DON CARLOS.  
 VOCES.

(*Dentro.*) ¡Traidores!!!

DON CARLOS.

(*Dentro.*) Muera.

DON ALVARO.

(*Dentro.*) ¡Viles!

DON CARLOS.

(*Sorprendido.*) ¡Qué clamores!

DON CARLOS.

(*Dentro.*) ¡Socorro!!!

DON ALVARO.

(*Desenvainando la espada.*) Dárselo quiero,  
 que oigo crujir el acero;

y si á los peligros voy  
 porque desgraciado soy,  
 tambien voy por caballero.

(*Éntrase; suena ruido de espadas; atraviesan dos hombres la escena como fugitivos, y vuelven á salir don Alvaro y don Carlos.*)

#### ESCENA IV.

DON ALVARO y DON CARLOS, *con las espadas desnudas.*

DON ALVARO. Huyeron... ¿Estais herido?

DON CARLOS. Mil gracias os doy, señor;  
 sin vuestro heróico valor  
 de cierto estaba perdido;  
 y no fuera maravilla:  
 eran siete contra mí,  
 y cuando grité me vi  
 en tierra ya una rodilla.

DON ALVARO. ¿Y herido estais?

DON CARLOS. (*Reconociéndose.*) Nada siento  
 (*Envainan.*)

DON ALVARO. ¿Quiénes eran?

DON CARLOS. Asesinos.

DON ALVARO. ¿Como osaron tan vecinos  
 de un militar campamento?...

DON CARLOS. Os lo diré francamente;  
 fué contienda sobre el juego.  
 Entré sin pensarlo ciego  
 en un casuco indecente...

DON ALVARO. Ya caigo, aquí á mano diestra...

DON CARLOS. Si.

DON ALVARO. Que estrañe perdonad,  
 que un hombre de calidad,  
 cual vuestro esfuerzo demuestra,  
 entrara en tal gazapon,  
 donde solo va la hez,  
 la canalla mas soez,  
 de la milicia borron.

DON CARLOS. Solo el ser recién llegado  
 puede, señor, disculparme;  
 vinieron á convidarme,  
 y accedí desalumbado.

DON ALVARO. ¿Con qué há poco estais aqui?

DON CARLOS. Diez dias há que llegué  
 á Italia; dos solo que  
 al cuartel general fui.  
 Y esta tarde al campamento  
 con comision especial  
 llegué de mi general,  
 para el reconocimiento

de mañana. Y si no fuera  
por vuestra espada y favor,  
mi carrera sin honor  
ya estuviera terminada.

Mi gratitud sepa, pues,  
á quién la vida he debido,  
porque el ser agradecido  
la obligacion mayor es  
para el hombre bien nacido.

DON ALVARO. (*Con indiferencia.*) Al acaso.

DON CARLOS. (*Con expresion.*) Que me deis

vuestro nombre á suplicaros  
me atrevo. Y para obligaros,  
primero el mio sabreis.

Siento no decir verdad : (*Aparte.*)

soy don Felix de Avendaña,  
que he venido á esta campaña  
solo por curiosidad.

Soy teniente coronel,  
y del general Briones  
ayudante : relaciones  
tengo de sangre con él.

DON ALVARO. ¡Qué franco es, y qué espresivo! (*Aparte.*)

me cautiva el corazon.

DON CARLOS. Me parece que es razon  
que sepa yo por quién vivo,  
pues la gratitud es ley.

DON ALVARO. Soy... don Fadrique de Herreros,  
capitan de granaderos  
del regimiento del Rey.

DON CARLOS. (*Con grande admiracion y entusiasmo.*)

¡Sois... ¡grande dicha es la mia!

del ejército español  
la gloria, el radiante sol  
de la hispana valentia?

DON ALVARO. Señor...

DON CARLOS. Desde que llegué  
á Italia, solo elogiaros  
y prez de España llamaros  
por donde quiera escuché.  
Y de español tan valiente  
anhelaba la amistad.

DON ALVARO. Con ella, señor, contad,  
que me honrais muy altamente.

Y segun os he encontrado  
contra tantos combatiendo  
bizarramente, comprendo  
que sereis muy buen soldado.

Y la gran cortesania  
que en vuestro trato mostrais  
dice á voces que gozais  
de aventajada hidalguia.

(*Empieza á amanecer.*)

Venid, pues, á descansar  
á mi tienda.

DON CARLOS. Tanto honor,  
será muy corto, señor,  
que el alba empieza á asomar.

(*Se oye á lo lejos tocar generala á las bandas de tambores.*)

DON ALVARO. Y por todo el campamento,  
de los tambores el son  
convocá á la formacion.  
Me voy á mi regimiento.

DON CARLOS. Yo tambien, y á vuestro lado  
asistiré en la pelea,  
donde os admire y os vea  
como á mi ejemplo y dechado.

DON ALVARO. Favorecedor y amigo,  
si sois cual cortés valiente,  
yo de vuestro arrojo ardiente  
seré envidioso testigo. (*Vanse.*)

#### ESCENA V.

*El teatro representa un risueño campo de Italia, al amanecer; se verá á lo léjos el pueblo de Veletri y varios puestos militares; algunos cuerpos de tropas cruzan la escena, y luego sale una compañía de infantería con EL CAPITAN, EL TENIENTE y EL SUBTENIENTE: DON CARLOS sale á caballo con una ordenanza detras, y coloca la compañía á un lado, avanzando una guerrilla al fondo del teatro.*

DON CARLOS. Señor capitan, permaneceréis aquí hasta nueva órden; pero si los enemigos arrollan las guerrillas, y se dirigen á esa altura donde está la compañía de Cantabria, marchad á socorrerla á todo trance.

CAPITAN. Está bien, cumplicé con mi obligacion. (*Vase don Carlos.*)

#### ESCENA VI.

CAPITAN. Granaderos, en su lugar, descanso. Parece que lo entiende este ayudante. (*Salén los oficiales de las filas y se reúnen mirando con un anteojo hácia donde suena rumor de fusilería.*)

TENIENTE. Se va galopando al fuego como un energúmeno, y la accion se empeña mas y mas.

SUBTENIENTE. Y me parece que ha de ser muy caliente.

CAPITAN. (*Mirando con el anteojo.*) Bien combaten los granaderos del Rey.

TENIENTE. Como que llevan á la cabeza á la prez de España, al valiente don Fadrique de Herreros, que pelea como un desesperado.

SUBTENIENTE. (*Tomando el anteojo y mirando con el.*) Pues los alemanes cargan á la bayoneta y con brio; á Dios, que nos desalojan de aquel puesto. (*Se aumenta el tiroteo.*)

CAPITAN. (*Toma el anteojo.*) A ver á ver... ¡Ay! sino me engaño, el capitan de granaderos del Rey ha caído ó muerto ó herido; lo veo claro, claro.



TENIENTE. Yo distingo que se arremolina la compañía... y creo que retrocede.

SOLDADOS. A ellos, á ellos.

CAPITAN. Silencio. Firmes. (*Vuelve á mirar con el antejo.*) Las guerrillas tambien retroceden.

SUBTENIENTE. Uno corre á caballo hácia allá.

CAPITAN. Sí, es el ayudante... Está reuniendo la gente y carga... ; con qué denuedo!... nuestro es el día.

TENIENTE. Sí, veo huir á los alemanes.

SOLDADOS. A ellos.

CAPITAN. Firmes, granaderos. (*Mira con el antejo.*) El ayudante ha recobrado el puesto, la compañía del Rey carga á la bayoneta y lo arrolla todo.

TENIENTE. A ver, á ver. (*Toma el antejo y mira.*) Sí, cierto. Y el ayudante se apea del caballo, y retira en sus brazos al capitán don Fadrique. No debe de estar mas que herido ; se lo llevan hácia Veletri.

TODOS. Dios nos le conserve, que es la flor del ejército.

CAPITAN. Pero por este lado no va tan bien.—Teniente, vaya usted á reforzar con la mitad de la compañía las guerrillas que estan en esa cañada ; que yo voy á acercarme á la compañía de Cantabria ; vamos, vamos.

SOLDADOS. Viva España, viva España, viva Nápoles. (*Marchan.*)

## ESCENA VII.

*El teatro representa el alojamiento de un oficial superior ; al frente estará la puerta de la alcoba practicable y con cortinas. Entra DON ALVARO herido y desmayado en una camilla llevada por cuatro granaderos, EL CIRUJANO á un lado y DON CARLOS á otro lleno de polvo y como muy cansado ; un soldado traerá la maleta de don Alvaro y la pondrá sobre una mesa ; colocarán la camilla en medio de la escena, mientras los granaderos entran en la alcoba á hacer la cama.*

DON CARLOS. Con mucho, mucho cuidado,  
dejadle aquí, y al momento  
entrad á arreglar mi cama.

(*Vanse á la alcoba dos de los soldados y quedan otros dos.*)

CIRUJANO. Y que haya mucho silencio.

DON ALVARO. (*Volviendo en si.*)

¿Dónde estoy ? ¿ dónde ?

DON CARLOS. (*Con mucho cariño.*) En Veletri,  
á mi lado, amigo excelso.  
Nuestra ha sido la victoria,  
tranquilo estad.

DON ALVARO. ¡ Dios eterno!  
¡ Con salvarme de la muerte,  
qué gran daño me habeis hecho !

DON CARLOS. No digais tal, don Fadrique,  
cuando tan vano me encuentro  
de que salvaros la vida  
me haya concedido el cielo.

DON ALVARO. ¡ Ay don Felix de Avendaña,  
qué grande mal me habeis hecho !  
(*Se desmaya.*)



- CIRUJANO. Otra vez se ha desmayado;  
agua y vinagre.
- DON CARLOS. (*A uno de los soldados.*) Al momento.  
¿Está de mucho peligro? (*Al cirujano.*)
- CIRUJANO. Este balazo del pecho,  
en donde aun tiene la bala,  
me da muchísimo miedo,  
lo que es las otras heridas  
no presentan tanto riesgo.
- DON CARLOS. *Con gran vehemencia.*  
Salvad su vida, salvadle;  
apurad todos los medios  
del arte, y os aseguro  
tal galardón...
- CIRUJANO. Lo agradezco:  
para cumplir con mi oficio  
no necesito de cebo,  
que en salvar á este valiente  
interés muy grande tengo.
- (*Entra el soldado con un vaso de agua y vinagre. El cirujano le rocia el rostro, y le aplica un pomito á las narices.*)
- DON ALVARO. (*Vuelve en sí.*) ¡Ay!
- DON CARLOS. Animo, noble amigo,  
cobrad ánimo y aliento:  
pronto, muy pronto curado  
y restablecido y bueno  
volveteis á ser la gloria,  
el norte de los guerreros.  
Y á vuestras altas hazañas  
el rey dará todo el premio  
que merece. Sí, muy pronto  
lozano otra vez, cubierto  
de palmas inmarcibles  
y de laureles eternos,  
con una rica encomienda  
se adornará vuestro pecho  
de Santiago ó Calatrava.
- DON ALVARO. (*Muy agitado.*)  
¿Qué escucho? ¿Qué? ¿Santo cielo!  
¡Ah!... no, no de Calatrava:  
jamás, jamás... ¡Dios eterno!
- CIRUJANO. Ya otra vez se desmayó:  
sin quietud y sin silencio  
no habrá forma de curarlo.  
Que no le habéis mas os ruego.
- (*A don Carlos.*—*Vuelve á darle agua y á aplicarle el pomito á las narices.*)
- DON CARLOS. (*Suspenso aparte.*)  
El nombre de Calatrava  
¿qué tendrá? ¿qué tendrá... tiemblo,  
de terrible á sus oídos!...
- CIRUJANO. No puede esperar mas tiempo.  
¿Aun no está lista la cama?

- DON CARLOS. (*Mirando á la alcoba.*)  
Ya lo está.  
(*Salen los dos soldados.*)
- CIRUJANO. (*A los cuatro soldados.*)  
Llevalle luego.
- DON ALVARO. ¡Ay de mí! (*Volviendo en sí.*)
- CIRUJANO. Llevalle.
- DON ALVARO. (*Haciendo esfuerzos.*) Esperen.  
Poco, por lo que en mí siento,  
me queda ya de éste mundo,  
y en el otro pensar debo.  
Mas antes de desprenderme  
de la vida, de un gran peso  
quiero descargar. Amigo. (*A don Carlos.*)  
un favor tan solo anhelo.
- CIRUJANO. Si hablais, señor, no es posible...
- DON ALVARO. No volver á hablar prometo.  
Pero solo una palabra,  
y á él solo, que decir tengo.
- DON CARLOS. (*Al cirujano y soldados.*)  
Apartad, démosle gusto;  
dejadnos por un momento.  
(*Se retira el cirujano y los asistentes á un lado.*)
- DON ALVARO. Don Felix, vos solo, solo, (*Dale la mano.*)  
cumplireis con lo que quiero  
de vos exigir. Juradme  
por la fé de caballero,  
que hareis cuanto aquí os encargue,  
con inviolable secreto.
- DON CARLOS. Yo os lo juro, amigo mio;  
acabad, pues.  
(*Hace un esfuerzo don Alvaro como para meter la mano en el bolsillo y no puede.*)
- DON ALVARO. ¡ Ah!... no puedo.  
Meted en este bolsillo,  
que tengo aquí al lado izquierdo  
sobre el corazon, la mano.  
(*Lo hace don Carlos.*)  
¿ Hallais algo en él?
- DON CARLOS. Si, encuentro  
una llavecita...
- DON ALVARO. Es esa.  
(*Saca don Carlos la llave.*)  
Con ella abrid, yo os lo ruego,  
á solas y sin testigos,  
una caja que en el centro  
hallareis de mi maleta.  
En ella con sobre y sello  
un legajo hay de papeles;  
custodiarlos con esmero,  
y al momento que yo espire  
los dareis, amigo al fuego.

DON CARLOS. ¿Sin abrirlos ?  
 DON ALVARO. (*Muy agitado.*) Sin abrirlos,  
 que en ellos hay un misterio.  
 impenetrable... ¡ Palabra  
 me dais don Feliz , de hacerlo?  
 DON CARLOS. Yo os la doy con todo el alma.  
 DON ALVARO. Entonces tranquilo muero.  
 Dadme el postrimer abrazo,  
 y á Dios á Dios.  
 CIRUJANO. (*Enfadado.*) Al momento  
 á la alcoba. Y vos, don Felix,  
 si es que teneis tanto empeño  
 en que su vida se salve,  
 haced que guarde silencio :  
 y escusad tambien que os vea,  
 pues se conmueve en estremo.

(*Llévanse los soldados la camilla ; entra tambien el cirujano, y don Carlos queda pensativo y lloroso.*)

#### ESCENA VIII.

DON CARLOS. ¿ Ha de morir... ; qué rigor!  
 tan bizarro militar?  
 Si no lo puedo salvar  
 será eterno mi dolor.  
 Puesto que él me salvó á mi,  
 y desde el momento aquel  
 que guardó mi vida él,  
 guardar la suya ofrecí. (*Pausa.*)  
 Nunca vi tanta destreza  
 en las armas y jamás  
 otra persona de mas  
 arrogancia y gentileza.  
 Pero es hombre singular ;  
 y en el corto tiempo que  
 le trato rasgos noté  
 que son dignos de estrañar. (*Pausa.*)  
 ¿ Y de Calatrava el nombre  
 por qué así le horrorizó  
 cuando pronunciarlo oyó?...  
 ¿ Qué hallará en él que le asombre?  
 ¿ Sabrá que está deshonrado!...  
 Será un hidalgo andaluz...  
 ¡ Cielos!... ¡ Qué rayo de luz  
 sobre mí habeis derramado  
 en este momento !... Sí:  
 ¡ Podrá ser este el traidor,  
 de mi sangre deshonor,  
 el que á buscar vine aquí?  
 (*Furioso y empuñando la espada.*)  
 ¿ Y aun respira?... No, ahora mismo

á mis manos... (*Corre hácia la alcoba y se detiene.*)

¿Donde estoy?...

¿Ciego á despeñarme voy  
de la infamia en el abismo?

¿A quien mi vida salvó,  
y que moribundo está,  
matar inerme podrá  
un caballero cual yo? (*Pausa.*)

¿No puede falsa salir  
mi sospecha?... Sí... ¿Quién sabe?...

Pero ¡cielos! esta llave  
todo me lo va á decir.

(*Se acerca á la maleta, la abre precipitado, y saca la caja poniéndola sobre la mesa.*)

Salid, caja misteriosa,  
del destino urna fatal,  
á quien con sudor mortal  
toca mi mano medrosa:  
me impide abrirte el temblor  
que me causa el recelar,  
si en tu centro voy á hallar  
los pedazos de mi honor.

(*Resuelto y abriendo.*)

Mas no, que en tí mi esperanza,  
la luz, que me dá el destino  
está para hallar camino  
que me lleve á la venganza,

(*Abre y saca un legajo sellado.*)

ya el legajo tengo aquí.

¿Qué tardo el sello en romper?...

(*Se contiene.*)

¡Oh cielos! ¡Qué voy á hacer!

¿Y la palabra que di?

¿Mas si la suerte me da  
tan inesperado medio  
de dar á mi honor remedio,  
el perderlo qué será?

Si á Italia solo he venido

á buscar al matador  
de mi padre y de mi honor,  
con nombre y porte fingido,

¿Qué importa que el pliego abra,  
si lo que vine á buscar

á Italia, voy á encontrar?...

Pero no, di mi palabra.

Nadie, nadie aquí lo ve...

¡Cielos! lo estoy viendo yo.

Mas si él mi vida salvó,  
tambien la suya salvé.

Y si es el infame indiano,  
el seductor asesino,

¿no es bueno cualquier camino

por donde venga á mi mano?  
 Rompo esta cubierta, sí,  
 pues nadie lo ha de saber...  
 Mas cielos, ¿qué voy á hacer?  
 ¿y la palabra que di? (*Suelta el legajo.*)  
 No, jamás. ¡Cuán fácilmente  
 nos pinta nuestra pasion  
 una infame y vil accion  
 como accion indiferente!  
 A Italia vine anhelando  
 mi honor manchado lavar;  
 ¿y mi empresa ha dé empezar  
 el honor amancillando?  
 Queda, oh secreto, escondido,  
 si en este legajo estás;  
 que un medio infame, jamás  
 lo usa el hombre bien nacido.

(*Registrando la maleta.*)

Si encontrar aquí pudiera  
 algun otro abierto indicio,  
 que sin hacer perjuicio  
 á mi opinion, me advirtiera...

(*Sorprendido.*)

¡Cielos!... lo hay... esta cajilla,  
 (*Saca una cajita como de retrato.*)  
 que algun retrato contiene,

(*Reconociéndola.*)

ni sello ni sobre tiene,  
 tiene solo una aldabilla.  
 Hasta sin ser indiscreto  
 reconocerla me es dado:  
 nada de ella me han hablado,  
 ni rompo ningun secreto.  
 Abrola, pues, en buen hora,  
 aunque un basilisco vea:  
 aunque para el mundo sea  
 caja fatal de Pandora.

(*La abre, y esclama muy agitado.*)

¡Cielos!... no... no me engañé,  
 esta es mi hermana Leonor...  
 ¿para qué prueba mayor?...  
 Con la mas clara encontré.  
 Ya está todo averiguado;  
 don Alvaro es el herido.  
 Brújula el retrato ha sido  
 que mi norte me ha marcado.  
 ¿Y á la infame... me atribulo,  
 con él en Italia tiene?...  
 Descubrirlo me conviene  
 con astucia y disimulo.  
 ¡Cuán feliz será mi suerte  
 si la venganza y castigo







## JORNADA CUARTA.

---

La escena es en Veletri.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una sala corta , de alojamiento militar.*

DON ALVARO y DON CARLOS.

DON CARLOS. Hoy que vuestra cuarentena  
dichosamente cumplis,  
¿de salud cómo os sentís?  
¿Es completamente buena?...  
¿Reliquia alguna notais  
de haber tanto padecido?  
¿Del todo restablecido,  
y listo y fuerte os hallais?

DON ALVARO. Estoy como si tal cosa;  
nunca tuve mas salud,  
y á vuestra solicitud  
debo mi cura asombrosa.  
Sois escelente enfermero:  
ni una madre por un hijo  
muestra un afan mas prolijo,  
tan gran cuidado y esmero.

DON CARLOS. En extremo interesante  
me era la vida salvaros.

DON ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros  
podré interés semejante?  
Y aunque gran mal me habeis hecho  
en salvar mi amarga vida,  
será eterna y sin medida  
la gratitud de mi pecho.

DON CARLOS. ¿Y estais tan repuesto y fuerte,  
que sin ventaja pudiera  
un enemigo cualquiera?...

DON ALVARO. Estoy, amigo, de suerte,  
que en casa del coronel  
he estado ya á presentarme,  
y de alta acabo de darme

ahora mismo en el cuartel.

¿De veras?

DON CARLOS.

DON ALVARO.

¿Os enojais  
porque áyer no os dije acaso  
que iba hoy á dar este paso? .  
Como tanto me cuidais ,  
que os opusierais temí;  
y estando sano , en verdad ,  
vivir en la ociosidad  
no era honroso para mí.

DON CARLOS.

¿Con qué ya no os duele nada,  
ni hay asomo de flaqueza  
en el pecho, en la cabeza,  
ni en el brazo de la espada?

DON ALVARO.

No... Pero parece que algo amigo, os atormenta, y que acaso os descontenta el que yo tan bueno esté.

DON CARLOS.

¡Al contrario!... Al veros bueno,  
capaz de entrar en accion,  
palpita mi corazon .  
del placer mas alto lleno.  
Solamente no quisiera  
que os engañara el valor,  
y que el personal vigor  
en una ocasion cualquiera...

DON ALVARO.

## ¿Quereis pruebas?

DON CARLOS.

(Con vehemencia.) Las deseo.

DON ALVARO.

A lá descubierta vamos  
de mañana, y enredamos  
un rato de tiroteo.

DON CARLOS.

La prueba se puede hacer,  
pues que estais fuerte, sin ir  
tan lejos á combatir,  
que no hay tiempo que perder.

DON ALVARO.

No os entiendo... (*Confuso.*)

DON CARLOS.

sin ir á los imperiales,  
enemigos personales  
con quién probaros podreis?

DON ALVARO.

¿A quién le faltan?—Mas no lo que me decis comprendo.

DON CARLOS.

Os lo está á voces diciendo  
mas la conciencia que yo.  
Disimular fuera en vano...  
vuestra turbacion es harta...

¿Habeis recibido carta  
de don Alvaro el indiano?

DON ALVARO.

(Fuera de st.) ¡Ah traidor!... ¡Ah mentido!  
violaste infame un secreto,  
que yo débil, yo indiscreto,  
moribundo... inadvertido...

DON CARLOS. ¿Qué osais pensar?... Respeté  
vuestros papeles sellados,  
que los que nacen honrados  
se portán cual me porté.  
El retrato de la infame  
vuestra cómplice os perdió,  
y sin lengua me pidió  
que el suyo y mi honor reclame.  
Don Carlos de Vargas soy,  
que por vuestro crimen es  
de Calatrava marqués:

DON ALVARO. temblad, que ante vos estoy.  
No sé temblar... Sorprendido,  
sí, me teneis...

DON CARLOS. No lo extraño.

DON ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño  
mi amistad, honrado ha sido?  
¡Señor marques !...

DON CARLOS. De esa suerte  
no me permito llamar,  
que solo he de titular  
después de daros la muerte.

DON ALVARO. Aconteceros pudiera  
sin el título morir.

DON CARLOS. Vamos pronto á combatir,  
quedemos ó dentro ó fuera.  
Vamos donde mi furor...

DON ALVARO. Vamos, pues, señor don Carlos,  
que si nunca fui á buscarlos,  
no evito lances de honor.  
Mas esperad, que en el alma  
del que goza de idalgua,  
no es furia la valentía,  
y esta obra siempre con calma.  
Sabeis que busco la muerte,  
que los riesgos solicito,  
pero con vos necesito  
comportarme de otra suerte ;  
Y esplicaros...

DON CARLOS. Es perder  
tiempo toda esplicacion.

DON ALVARO. No os negueis á la razon,  
que suele funesto ser.  
Pues trataron las estrellas  
por raros modos de hacernos  
amigos, ¿á qué oponernos  
á lo que buscaron ellas?  
Si nos quisieron unir  
de mútuos y altos servicios  
con los vínculos propicios,  
no fue, no, para reñir.  
Tal vez fue para enmendar



la desgracia inevitable,  
de que no fuí yo culpable.  
DON CARLOS. ¿Y me la osais recordar?  
DON ALVARO. ¿Temeis que vuestro valor  
se disminuya y se asombre,  
si halla en su contrario un hombre  
de nobleza y pundonor?  
DON CARLOS. ¡Nobleza un aventurero!  
¡Honor un desconocido!  
¡Sin padre, sin apellido,  
advenedizo, altanero!!!  
DON ALVARO. ¡Ay, que ese error á la muerte,  
por mas que lo evite yo,  
á vuestro padre arrastró!...  
no corrais la misma suerte.  
Y que infundados agravios  
é insultos no ofenden, muestra  
el que está ociosa mi diestra  
sin arrancaros los lábios.  
Si un secreto misterioso  
romper hubiera podido.  
¡Oh!... cuán diferente sido...  
DON CARLOS. Guardadlo, no soy curioso.  
Que solo anhelo venganza,  
y sangre.  
DON ALVARO. ¡Sangre?... La habrá.  
DON CARLOS. Salgamos al campo ya.  
DON ALVARO. Salgamos sin mas tardanza.

(Deteniéndose.)

Mas, don Carlos... ¡ah! ¿podreis  
sospecharme con razon  
de falta de corazon?  
No, no, que me conoceis.  
Si el orgullo, principal  
y tan poderoso agente  
en las acciones del ente  
que se dice racional,  
satisfecho tengo ahora,  
esfuerzos no he de omitir,  
hasta aplacar conseguir  
ese furor que os devora.  
Pues mucho repugno yo  
el desnudar el acero  
con el hombre que primero,  
dulce amistad me inspiró.  
Yo á vuestro padre no herí,  
le hirió solo su destino.  
Y yo, á aquel ángel divino,  
ni seduje, ni perdí.  
Ambos nos están mirando:  
desde el cielo: mi inocencia  
ven, esa ciega demencia

- que os agita, condenando.  
(*Turbado.*)  
DON CARLOS. ¡Pues qué?... ¡Mi hermana?... ¡Leonor?...  
(Que con vos aquí no está lo tengo aclarado ya.)  
¡Mas cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!
- DON ALVARO. Aquella noche terrible  
llevándola yo á un convento,  
exánime, y sin aliento,  
se trabó un combate horrible  
al salir del olivar  
entre mis fieles criados  
y los vuestros irritados,  
y no la pude salvar.  
Con tres heridas caí,  
y un negro de puro fiel,  
(fidelidad bien cruel)  
veloz me arrancó de allí,  
falto de sangre y sentido:  
tuve en Gelves larga cura,  
con accesos de locura:  
y apenas restablecido  
ansioso empecé á indagar  
de mi único bien la suerte;  
y supe ¡ay Dios! que la muerte  
en el oscuro olivar...
- DON CARLOS. (*Resuelto.*) Basta, imprudente impostor;  
¿y os precias de caballero?...  
¿Con embrollo tan grosero  
quereis calmar mi furor?  
Deponed tan necio engaño:  
después del funesto día,  
en Córdoba con su tía,  
mi hermana ha vivido un año.  
Dos meses há que fui yo  
á buscarla, y no la hallé.  
Pero de cierto indagué  
que al verme llegar huyó.  
Y el perseguirla he dejado,  
porque sabiendo yo allí  
que vos estabais aquí,  
me llamó mayor cuidado.
- DON ALVARO. (*Muy conmovido.*)  
¡Don Carlos!... ¡Señor!... ¡amigo!  
¡Don Felix!... ¡ah!... Tolerad  
que el nombre que en amistad  
tan tierno os unió conmigo  
use en esta situacion.  
¡Don Felix!... soy inocente;  
bien lo podeis ver patente  
en mi nueva agitacion.  
¡Don Felix!... ¡Don Felix!... ¡ah!...

- DON CARLOS. ¡Vive?... ¡vive?... ¡Oh justo Dios!  
 Vive; ¡y qué os importa á vos?  
 muy pronto no vivirá.
- DON ALVARO. Don Felix, mi amigo; sí.  
 Pues que vive vuestra hermana  
 la satisfaccion es llana  
 que debeis tomar de mí.  
 A buscarla juntos vamos;  
 muy pronto la encontraremos,  
 y en santo nudo estrechemos,  
 la amistad que nos juramos.  
 ¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro  
 que no os arrepentireis,  
 cuando á conocer llegueis  
 mi origen excelso y puro:  
 Al primer grande español  
 no le cedo en gerarquía,  
 es mas alta mi hidalguía  
 que el trono del mismo sol.
- DON CARLOS. ¡Estais, don Alvaro, loco?  
 ¡Qué es lo que pensar osais?  
 ¡Qué proyectos abrigais?  
 ¡me teneis á mí en tan poco?  
 Ruge entre los dos un mar  
 de sangre... ¡Yo al matador  
 de mi padre y de mi honor  
 pudiera hermano llamar?  
 ¡Oh afrenta! Aunque fuérais rey.  
 Ni la infame ha de vivir.  
 No, tras de vos va á morir,  
 que es de mi venganza ley.  
 Si á mí vos no me matais,  
 al punto la buscaré,  
 y la misma espada que  
 con vuestra sangre tiñais,  
 en su corazon...
- DON ALVARO. Callad.  
 Callad... ¡delante de mi  
 osásteis?...
- DON CARLOS. Lo juro, sí;  
 lo juro...
- DON ALVARO. ¡El qué?... Continuad.
- DON CARLOS. La muerte de la malvada,  
 en cuanto acabe con vos.
- DON ALVARO. Pues no será, vive Dios,  
 que tengo brazo y espada.  
 Vamos... Libertarla anhelo  
 de su verdugo. Salid.
- DON CARLOS. A vuestra tumba venid.
- DON ALVARO. Demandad perdon al cielo.

## ESCENA II.

*El teatro representa la plaza principal de Velettri; á un lado y otro se ven tiendas y cafés, en medio puestos de frutas y verduras, al fondo la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos á una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, SUBTENIENTE y PEDRAZA se reunirán á un lado de la escena, mientras los OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º hablan entre sí, despues de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atencion de todos.*

OFICIAL 1.º El rey Carlos de Nápoles no se chanea: pena de muerte nada menos.

OFICIAL 2.º ¿Cómo pena de muerte?

OFICIAL 3.º Hablamos de la ley que se acaba de publicar, y que allí está para que nadie la ignore, sobre desafíos.

OFICIAL 2.º Ya, ciertamente es un poco dura.

OFICIAL 3.º Yo no sé cómo un rey tan valiente y jóven puede ser tan severo contra los lances de honor.

OFICIAL 1.º Amigo, es que cada uno arrima el ascua á su sardina, y como siempre los desafíos suelen ser entre españoles y napolitanos, y estos llevan lo peor, el rey, que al cabo es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º No, esas son fanfarronadas; pues hasta ahora no han llevado siempre lo peor los napolitanos; acordaos del mayor Caraciolo, que des-pabiló á dos oficiales.

TODOS. Eso fue una casualidad.

OFICIAL 1.º Lo cierto es que la ley es dura; pena de muerte por batirse, pena de muerte por ser padrino, pena de muerte por llevar cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos otra vez. *(Se acercan á leer el edicto y se adelantar en la escena los otros.)*

SUBTENIENTE. ¡Hermoso día!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.

TENIENTE. Mejor es para los heridos convalecientes. Yo me siento hoy enteramente bueno de mi brazo.

SUBTENIENTE. También parece que el valiente capitán de granaderos del Rey está enteramente restablecido. ¡Bien pronto se ha curado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un rato que lo encontré; iba como hacía la Alameda á dar un paseo con su amigote el ayudante don Felix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido: pues además de haberlo sacado del campo de batalla, le ha salvado la vida con su prolija y esmerada asistencia.

TENIENTE. También puede dar gracias á la habilidad del doctor Perez, que se ha acreditado de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues según dicen, el ayudante, que es muy rico y generoso, le va á hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues según me ha dicho un sargento de mi compa-



ña, andaluz, el tal don Felix está aquí con nombre supuesto, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? *(Se oye ruido; y se arremolinan todos mirando hacia el mismo lado.)*

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquel?

SUBTENIENTE. Veamos... Sin duda algun preso. Pero, ¡Dios mio! ¿Qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquello?

TENIENTE. ¿Estoy soñando?... ¿No es el capitán de granaderos del Rey el que traen preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fadrique. *(Se agrupan todos sobre el primer bastidor de la derecha, por donde sale el capitán preboste y cuatro granaderos, y en medio de ellos preso sin espada ni sombrero don Alvaro; y atravesando la escena, seguidos por la multitud, entran en el cuerpo de guardia que está al fondo; mientras tanto se desembaraza el teatro.— Todos vuelven à la escena, menos Pedraza que entra en el cuerpo de guardia.)*

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso el militar mas valiente, mas exacto que tiene el ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.

TENIENTE. Vamos á averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola, Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. *(Señalando al edicto, y se reúne mas gente à los cuatro oficiales.)* Muy mala causa tiene. Desafío... El primero que quebranta la ley: desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso extraño! El desafío ha sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Imposible!... ¿Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada ahí detras del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.º Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.º Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues señores, la ha hecho buena! Mucho me temo que va á estrenar aquella ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe haber alguna escepcion á favor de oficial tan valiente y benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE. El capitán Herreros es con razon el ídolo del ejército. Y yo creo, que el general y el coronel, y los gefes todos, tanto españoles como napolitanos, hablarán al rey... y tal vez...

SUBTENIENTE. El rey Carlos es tan testarudo... y como este es el primer caso que ocurre, el mismo día que se ha publicado la ley... No hay esperanza; ¡esta noche misma se juntará el consejo de guerra, y antes de tres dias le arcabucean!... Pero, ¿sobre qué habrá sido el lance?

PEDRAZA. Yo no sé, nada me han dicho. Lo que es el capitán tiene malas pulgas, y su amigote era un poco caliente de lengua.

OFICIALES 1.º y 4.º Era un charlatan, un fanfarrón.

SUBTENIENTE. En el café han entrado algunos oficiales del regimiento del Rey, sabrán sin duda todo el lance; vamos á hablar con ellos.

TODOS. Sí, vamos.



## ESCENA III.

*El teatro representa el cuarto de un oficial de guardia; se verá á un lado el tabladillo y el colchon, y en medio habrá una mesa y sillas de paja. Entran en la escena.*

DON ALVARO y EL CAPITAN.

CAPITAN. Como la mayor desgracia  
juzgo, amigo y compañero,  
el estar hoy de servicio  
para ser alcaide vuestro.  
Resignacion, don Fadrique,  
tomad una silla os ruego.

*(Se sienta don Alvaro.)*

Y mientras yo esté de guardia  
no mireis este aposento  
como prision... Mas es fuerza,  
pues orden precisa tengo,  
que dos centinelas ponga  
de vista...

DON ALVARO.

Yo os agradezco,  
señor, tal cortesanía.  
Cumplid, cumplid al momento  
con lo que os tienen mandado,  
y las centinelas luego  
poned... Aunque mas seguro  
que de hombres y armas en medio,  
está el oficial de honor  
bajo su palabra... ¡Oh cielos!

*(Coloca el capitán dos centinelas: un soldado entra luces, y se sienta el capitán y don Alvaro junto á la mesa.)*

¡Y en Veletri, que se dice?  
¡Mil necedades diversas  
se esparcirán, procurando  
explicar mi suerte adversa?

CAPITAN.

En Veletri ciertamente  
no se habla de otra materia.  
Y aunque de aquí separarme  
no puedo, como está llena  
toda la plaza de gente,  
que gran interes demuestra  
por vos, á algunos he hablado...

DON ALVARO.

Y bien, ¿qué dicen, Qué piensan?

CAPITAN.

La amistad íntima todos,  
que os enlazaba, recuerdan,  
con don Felix... Y las causas  
que la hicieron tan estrecha,  
y todos dicen...

DON ALVARO.

Entiendo.

Que soy un monstruo, una fiera.  
 Que á la obligacion mas santa  
 he faltado. Que mi ciega  
 furia ha dado muerte á un hombre,  
 á cuyo arrojo y nobleza  
 debí la vida en el campo;  
 y á cuya nimia asistencia  
 y esmero debí mi cura,  
 dentro de su casa mesma.  
 Al que como tierno hermano...  
 ¡ Como hermano !... ¡ Suerte horrenda !  
 ¡ Como hermano ?... ¡ Debí serlo !  
 Yace convertido en tierra  
 por no serlo... ¡ Y yo respiro !  
 ¡ Y aun el suelo me sustenta?...  
 ¡ Ay ! ¡ ay de mí !

*(Se da una palmada en la frente, y queda en la mayor agitacion.)*

CAPITAN.

Perdonadme

si con mis noticias necias...

DON ALVARO.

Yo lo amaba... ¡ Ah cuál me aprieta  
 el corazon una mano  
 de hierro ardiente ! La fuerza  
 me falta... ¡ Oh Dios ! ¡ qué bizarro,  
 con qué noble gentileza  
 entre un dilubio de balas  
 se arrojó, viéndome en tierra,  
 á salvarme de la muerte !  
 ¡ Con cuánto afan y terneza  
 pasó las noches y días  
 sentado á mi cabecera! *(Pausa.)*

CAPITAN.

Anuló sin duda tales  
 servicios con un agravio.  
 Diz que era un poco altanero,  
 picajoso, temerario;  
 y un hombre cual vos...

DON ALVARO.

No, amigo;

cuanto de él se diga es falso.  
 Era un digno caballero  
 de pensamientos muy altos.  
 Retóme con razon harta,  
 y yo tambien le he matado  
 con razon. Sí, si aun viviera  
 fuéramos de nuevo al campo;  
 él á procurar mi muerte,  
 yo á esforzarme por matarlo.  
 O él ó yo solo en el mundo,  
 Pero imposible en él ambos.

CAPITAN.

Calmaos, señor don Fadrique :  
 aun no estais del todo bueno  
 de vuestras nobles heridas,  
 y que os pongais malo temo.

DON ALVARO.

¡ Por qué no quedé en el campo

de batalla como bueno ?  
 con honra acabado hubiera.  
 Y ahora ¡Oh Dios !... la muerte anhelo,  
 y la tendré... ¿pero cómo ?  
 en un patíbulo horrendo,  
 por infractor de las leyes ,  
 de horror ó de burla objeto.  
 ¿Qué decís?... No hemos llegado,  
 señor, á tan duro extremo;  
 aun puede haber circunstancias  
 que justifiquen el duelo,  
 y entonces...

CAPITAN.

DON ALVARO.

No, no hay ninguna.

CAPITAN.

Soy homicida, soy reo.  
 Mas segun tengo entendido  
 (ahora de mi regimiento  
 me lo ha dicho el ayudante),  
 los generales de acuerdo  
 con todos los coroneles  
 han ido sin perder tiempo  
 á echarse á los pies del rey,  
 que es benigno, aunque severo,  
 para pedirle...

DON ALVARO.

(*Conmovido.*) ¿De veras ?  
 Con el alma lo agradezco,  
 y el interes de los gefes  
 me honra y me confunde á un tiempo.  
 ¿Pero por qué han de empeñarse  
 militares tan excelsos ,  
 en que una escepcion se haga  
 á mi favor, de un decreto  
 sabio, de una ley tan justa ,  
 á que yo falté el primero ?  
 Sirva mi pronto castigo  
 para saludable ejemplo.  
 Muerte, es mi destino, muerte.  
 Porque la muerte merezco,  
 porque es para mí la vida  
 aborrecible tormento.  
 Mas ¡ay de mí sin ventura !  
 ¿Cuál es la muerte que espero ?  
 La del criminal, sin honra ,  
 ¡ en un patíbulo !!!... ¡ Cielos !!!  
 (*Se oye un redoble.*)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS y EL SARGENTO.

SARGENTO.

Mi capitan...

CAPITAN.

¿Qué se ofrece?

SARGENTO.

El mayor...

CAPITAN.

Voy al momento. (*Vase.*)

## ESCENA V.

DON ALVARO.

¡Leonor! ¡Leonor! Si existes, desdichada,  
 ¡oh qué golpe te espera,  
 cuando la nueva fiera  
 te llegue adonde vives retirada,  
 de que la misma mano,  
 la mano ¡ay triste! mía,  
 que te privó de padre y de alegría  
 acaba de privarte de un hermano!  
 No; te ha librado, sí, de un enemigo,  
 de un verdugo feroz, que por castigo  
 de que diste en tu pecho  
 acogida á mi amor, verlo desecho,  
 y roto, y palpitante  
 preparaba anhelante,  
 y con su brazo mismo  
 de su venganza hundirte en el abismo.  
 Respira, sí, respira,  
 que libre estás de su tremenda ira.

(*Pausa.*)

¡Ay de mí! tú vivías,  
 y yo lejos de tí, muerte buscaba;  
 y sin remedio las desgracias mías  
 desechado juzgaba:  
 mas tú vives, mi cielo,  
 y aun aguardo un instante de consuelo.  
 ¿y qué espero? ¡infeliz! de sangre un río  
 que yo no derramé, serpenteaba  
 entre los dos; mas ahora el brazo mío  
 en mar inmenso de tornarlo acaba.  
 ¡Hora de maldición, aciaga hora  
 fué aquella en que te ví la vez primera  
 en el soberbio templo de Sevilla,  
 como un ángel bajado de la esfera,  
 en donde el trono del Eterno brilla!  
 ¡Qué porvenir dichoso  
 vió mi imaginación por un momento,  
 que huyó tan presuroso  
 como al soplar de repentino viento  
 las torres de oro, y montes argentinos,  
 y colosos, y fulgidos follages  
 que forman los celages  
 en otoño á los rayos matutinos! (*Pausa.*)  
 ¡Mas en qué espacio vago, en qué regiones  
 fantásticas! ¡Qué espero?  
 ¡Dentro de las breves horas,  
 lejos de mundanas afecciones

vanas y engañosas,  
 iré de Dios al tribunal severo! *(Pausa.)*  
 ¿Y mis padres?... Mis padres desdichados  
 aun yacen encerrados  
 en la prision horrenda de un castillo...  
 cuando con mis hazañas y proezas  
 pensaba restaurar su nombre y brillo,  
 y rescatar sus miserables cabezas.  
 No me espera mas suerte  
 que como criminal, infame muerte.  
*(Queda sumergido en el despecho.)*

## ESCENA VI.

DON ALVARO. EL CAPITAN.

CAPITAN. Hola, amigo y compañero...  
 DON ALVARO. ¿Vais á darme alguna nueva?  
 ¿Para cuándo convocado  
 está el consejo de guerra?  
 CAPITAN. Dicen que esta noche misma  
 debe reunirse á gran prisa...  
 De hierro, de hierro tiene  
 el rey Carlos la cabeza.  
 DON ALVARO. Es un valiente soldado,  
 es un gran rey.  
 CAPITAN. Mas pudiera  
 no ser tan tenaz y duro.  
 Pues nadie, nadie lo apea  
 en diciendo no.  
 DON ALVARO. En los reyes  
 la debilidad es mengua.  
 CAPITAN. Los gefes y generales  
 que hoy en Veletri se encuentran  
 han estado en cuerpo á verle,  
 y á rogarle suspendiera  
 la ley en favor de un hombre  
 que tantos méritos cuenta...  
 Y todo sin fruto. Carlos,  
 aun mas duro que una peña,  
 ha dicho que no, resuelto,  
 y que la ley se obedezca:  
 mandando que en esta noche  
 falle el consejo de guerra:  
 Mas aun quedan esperanzas,  
 puede ser que el fallo sea...  
 DON ALVARO. Segun la ley. No hay remedio,  
 injusta otra cosa fuera.  
 CAPITAN. ¿Pero qué pena tan dura,  
 tan estraña, tan violenta...  
 DON ALVARO. La muerte. Como cristiano



la sufriré : no me aterra.  
 Dármela Dios no ha querido  
 con honra y con fama eterna  
 en el campo de batalla;  
 y me la dá con afrenta  
 en un patibulo infame...  
 Humilde la aguardo... venga.

CAPITAN. No será acaso... aun veremos...  
 puede que se arme una gresca...  
 El ejército os adora...  
 Su agitacion es estrema,  
 y tal vez un alboroto...

DON ALVARO. Basta... ¿qué decis? ¿tal piensa  
 quien de militar blasona?  
 ¿El ejército pudiera  
 faltar á la disciplina,  
 Ni yo deber mi cabeza  
 á una rebelion?... No, nunca,  
 que jamás, jamás suceda  
 tal desórden por mi causa.

CAPITAN. La ley es atroz, horrenda.

DON ALVARO. Yo la tengo por muy justa;  
 forzoso remediar era  
 un abuso... *(Se oye un tambor y dos tiros.)*

CAPITAN. ¿Qué

DON ALVARO. ¿Escuchasteis?

CAPITAN. El desórden ya comienza.  
*(Se oye gran ruido; tiros, confusion y cañonazos, que van en aumento hasta el fin del acto.)*

### ESCENA VII.

LOS MISMOS y EL SARGENTO, que entra muy presuroso.

SARGENTO. ¡Los alemanes! los enemigos están en Veletri. ¡Estamos sorprendidos!

VOCES DENTRO. ¡A las armas! ¡a las armas! *(Sale el oficial un instante, se aumenta el ruido, y vuelve con la espada desnuda.)*

CAPITAN. Don Fadrique, escapad: no puedo guardar mas vuestra persona: andan los nuestros y los imperiales mezclados por las calles; arde el palacio del rey; hay una confusion espantosa; tomad vuestro partido. Vamos, hijos, á abrirnos paso como valientes, ó á morir como españoles. *(Vanse el capitan, los centinelas y el sargento.)*

### ESCENA VIII.

DON ALVARO. Denme una espada, volaré á la muerte:  
 y si es vivir mi suerte,  
 y no la logro en tanto desconcierto,  
 yo os hago, eterno Dios, voto profundo  
 de renunciar al mundo,  
 y de acabar mi vida en un desierto.

FIN DE LA JORNADA CUARTA.

## JORNADA QUINTA.

---

La escena es en el convento de los Angeles y sus alrededores.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa lo interior del claustro bajo del convento de los Angeles, que debe ser una galería mezquina al rededor de un patiecillo, con naranjos, adelfas y jazmines. A la izquierda se verá la portería, á la derecha la escalera. Debe de ser decoracion corta, para que detrás esten las otras por su orden.— Aparecen EL P. GUARDIAN paseándose gravemente por el procenio, y leyendo en su breviario. EL H. MELITON sin manto, arremangado, y repartiendo con un cucharón, de un gran caldero, la sopa, al VIEJO, al COJO, al MANCO, á la MUJER y al grupo de pobres que estará apiñado en la portería.*

H. MELITON. Vamos, silencio y orden, que no están en ningun figon.

MUJER. Padre, á mí, á mí.

VIEJO. ¡Cuántas raciones quiere, Marica?...

COJO. Ya le han dado tres, y no es regular...

H. MELITON. Callen, y sean humildes, que me duele la cabeza.

MANCO. Marica ha tomado tres raciones.

MUJER. Y aun voy á tomar cuatro, que tengo seis chiquillos.

H. MELITON. ¡Y por qué tiene seis chiquillos?... Sea su alma.

MUJER. Porque me los ha dado Dios.

H. MELITON. Si... Dios... Dios... No los tendria si se pasara las noches como yo, rezando el rosario, ó dándose disciplina.

P. GUARDIAN. (Con gravedad.) ¡Hermano Meliton!... ¡Hermano Meliton!... ¡Válgame Dios!

H. MELITON. Padre nuestro, si estos desesperados tienen una fecundidad que asombra.

COJO. A mí, P. Meliton, que tengo ahí fuera á mi madre baldada.

H. MELITON. ¡Hola!... ¡Tambien ha venido hoy la bruja? Pues no nos falta nada.

P. GUARDIAN. ¡Hermano Meliton!

MUJER. Mis cuatro raciones.

MANCO. A mí antes.

VIEJO. A mí.

TODOS. A mí, á mí...

H. MELITON. Váyanse noramala, y tengan modo... ¡A que les doy con el cucharón?...

P. GUARDIAN. Caridad. hermano, caridad, que son hijos de Dios.

H. MELITON. (*Sofocado.*) Tomen, y váyanse...

MUJER. Cuando nos daba la guiropa el P. Rafael lo hacia con mas modo y con mas temor de Dios.

H. MELITON. Pues llamen al P. Rafael... que no los puedo aguantar ni una semana.

VIEJO. Hermano, ¿me quiere dar otro poco de bazofia?...

H. MELITON. ¡Galopo!... ¡Bazofia llama á la gracia de Dios?...

P. GUARDIAN. Caridad y paciencia, hermano Meliton; harto trabajo tienen los pobrecitos.

H. MELITON. Quisiera yo ver á V. Rma. lidiar con ellos un dia, y otro, y otro.

COJO. El P. Rafael...

H. MELITON. No me jeringuen con el P. Rafael... y... tomen las arrebañaduras, (*Les reparte los restos del caldero, y lo echa á rodar de una patada.*) y á comerlo al sol.

MUJER. Si el P. Rafael quisiera bajar á decirle los Evangelios á mi niño que tiene sisiones...

H. MELITON. Traígalo mañana, cuando salga á decir misa el P. Rafael.

COJO. Si el P. Rafael quisiera venir á la villa, á curar á mi compañero, que se ha caído.

H. MELITON. Ahora no es hora de ir á hacer milagros: por la mañanita, por la mañanita con la fresca.

MANCO. Si el P. Rafael...

H. MELITON. (*Fuera de sí.*) Ea, ea, fuera... al sol... ¡Cómo cunde la semilla de los perdidos! horrio... á fuera. (*Los va echando con el cucharón y cierra la portería, volviendo luego muy sofocado y cansado donde está el Guardian.*)

## ESCENA II.

EL PADRE GUADIAN y EL HERMANO MELITON.

H. MELITON. No hay paciencia que baste, Padre nuestro.

P. GUARDIAN. Me parece hermano Meliton, que no os ha dotado el Señor con gran cantidad de ella. Considere que en dar de comer á los pobres de Dios, desempeña un ejercicio de que se honraria un ángel.

H. MELITON. Yo quisiera ver á un ángel en mi lugar siquiera tres dias.... puede ser que de cada guantada...

P. GUARDIAN. No diga disparates.

H. MELITON. Pues si es verdad. Yo lo hago con mucho gusto, eso es otra cosa. Y bendito sea el Señor, que nos da bastante, para que nuestras sobras sirvan de sustento á los pobres. Pero es preciso enseñarles los dientes. Viene entre ellos mucho pillo... Los que están tullidos y viejos, vengan enhorabuena, y les daré hasta mi ración, el dia que no tenga mucha hambre; pero jastiales que pueden derribar á puñadas un castillo, váyanse á trabajar. Y hay algunos tan insolentes... hasta llaman bazofia á la gracia de Dios... Lo mismo que restregarme siempre por los hocicos al

- P. RAFAEL; toma si nos daba mas, daca si tenia mejor modo, torna si era mas caritativo, vuelta si no metia tanta prisa. Pues á fé, á fé, que el bendito P. Rafael á los ocho dias se hartó de pobres y de guiropa, y se metió en su celda, y aqui quedó el H. Meliton. Y por cierto no sé por qué esta canalla dice que tengo mal génio. Pues el P. Rafael tambien tiene su piedra en el rolo, y sus prontos, y sus ratos de murria como cada cual.
- P. GUARDIAN. Basta, hermano, basta. El P. Rafael no podia, teniendo que cuidar del altar, y que asistir al coro. entender en el repartimiento de la limosna: ni este ha sido nunca encargo de un religioso antiguo, sino incumbencia del portero... ¿Me entiende?... Y, H. Meliton, tenga mas humildad, y no se ofenda cuando prefieran al P. Rafael. que es un siervo de Dios, á quien todos debemos imitar.
- H. MELITON. Yo no me ofendo de que prefieran al P. Rafael. Lo que digo és que tiene su génio. Y á mí me quiere mucho, padre nuestro, y echamos nuestras manos de conversacion. Pero tiene de cuando en cuando unas salidas, y se da unas palmadas en la frente..., y habla solo, y hace visages como si viera algun espiritu.
- P. GUARDIAN. Las penitencias, los ayunos...
- H. MELITON. Tiene cosas muy raras. El otro dia estaba cavando en la huerta, y tan pálido y tan desemejado, que le dije en broma: Padre, parece un mulato; y me echó una mirada, y cerró el puño, y aun lo enarboló de modo, que parecia que me iba á tragar. Pero se contuvo, se echó la capucha y desapareció; digo, se marchó de alli á buen paso.
- P. GUARDIAN. Ya.
- H. MELITON. Pues el dia que fué á Hornachuelos á ausiliar al alcalde, cuando estaba en toda su furia aquella tormenta en que nos cayó la centella sobre el campanario, al verlo yo salir sin cuidarse del aguacero, ni de los truenos que hacian temblar estas montañas, le dije por broma que parecia entre los riscos un indio bravo: y me dió un berrido que me aturulló... Y como vino al convento de un modo tan raro, y nadie lo viene nunca á ver, ni sabemos dónde nació...
- P. GUARDIAN. Hermano, no haga juicios temerarios. Nada tiene de particular eso, ni el modo con que vino á esta casa el P. Rafael es tan raro como dice. El Padre limosnero que venia de Palma, se lo encontró muy mal herido en los encinares de Escalona, junto al camino de Sevilla, víctima sin duda de los salteadores, que nunca faltan en semejante sitio; y lo trajo al convento, donde Dios sin duda le inspiró la vocacion de tomar nuestro santo escapulario, como lo verificó en cuanto se vió restablecido, y pronto hará cuatro años. Esto no tiene nada de particular.
- H. MELITON. Ya, eso sí... Pero, la verdad, siempre que lo miro me acuerdo de aquello que V. Rma. nos ha contado muchas veces, y tambien se nos ha leído en el refectorio, de cuando se hizo fraile de nuestra orden el demonio, y que estuvo allá en un convento algunos meses. Y se me ocurre si el P. Rafael será alguna cosa asi... pues tiene unos repentés, una fuerza, y un mirar de ojos...
- P. GUARDIAN. Es cierto, hermano mio; asi consta de nuestras crónicas, y está consignado en nuestros archivos. Pero, ademas de que rara vez se repiten tales milagros, entonces el Guardian de aquel convento en que ocurrió el prodigio, tuvo una revelacion que le previno de todo. Y lo que es yo, hermano mio, no he tenido hasta ahora ninguna. Con que tranquilícese, y no caiga en la tentacion de sospechar del P. Rafael.
- H. MELITON. Yo, nada sospecho.



- P. GUARDIAN. Le aseguro que no he tenido revelación.
- H. MELITON. Ya, pues, entonces... Pero tiene muchas rarezas el P. Rafael.
- P. GUARDIAN. Los desengaños del mundo, las tribulaciones... Y luego, el retiro con que vive, las continuas penitencias... (*Suena la campanilla de la portería.*) Vaya á ver quién llama.
- H. MELITON. ¿A que son otra vez los pobres? Pues ya está limpio el caldero... (*Suena otra vez la campanilla.*) No hay mas limosna; se acabó por hoy, se acabó. (*Suena otra vez la campanilla.*)
- P. GUARDIAN. Abra, hermano, abra la puerta. (*Vase.*) (*Abre el lego la portería.*)

### ESCENA III.

EL H. MELITON y DON ALFONSO vestido de monte, que sale embozado.

- DON ALFONSO. (*Con muy mal modo, y sin desembozarse.*)  
De esperar me he puesto cano.
- H. MELITON. ¿Sois vos por dicha el portero?  
Tonto es este caballero. (*Aparte.*)  
Pues que abrí la puerta es llano. (*Alto.*)  
Y aunque de portero estoy,  
no me busque las cosquillas,  
que padre de campanillas  
con olor de santo soy.
- DON ALFONSO. ¿El Padre Rafael está?  
Tengo que verme con él.
- H. MELITON. ¿Otro Padre Rafael! (*Aparte.*)  
amostazándome va.
- DON ALFONSO. Responda pronto.
- H. MELITON. (*Con miedo.*) Al momento.  
Padres Rafael... hay dos.  
¿Con cuál quereis hablar vos?
- DON ALFONSO. Para mí mas que haya ciento.  
El Padre Rafael... (*Muy enfadado.*)
- H. MELITON. ¿El gordo?  
¿El natural de Porcuna?  
No os oirá cosa ninguna,  
que es como una tapia sordo.  
Y desde el pasado invierno  
en la cama está tullido;  
noventa años ha cumplido.  
El otro es...
- DON ALFONSO. El del infierno.
- H. MELITON. Pues ahora caigo en quién es:  
el alto, adusto, moreno,  
ojos vivos, rostro lleno...
- DON ALFONSO. Llevadme á su celda, pues.
- H. MELITON. Daréle aviso primero,  
porque si está en oracion,  
disturbarle no es razon...  
¿Y quién diré?



DON ALFONSO.

Un caballero.

H. MELITON.

*(Yéndose hácia la escalera muy lentamente, dice aparte.)*

¡Caramba!... ¡Que raro gesto!

Me da malísima espina,

y me huele á chamusquina...

DON ALFONSO.

*(Muy irritado.)*

¡Qué aguarda? Subamos presto.

*(El Hermano se asusta y sube la escalera, y detras de él don Alfonso.)*

## ESCENA IV.

*El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera á un lado, un vasar con una jarra y vasos, un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera, DON ALVARO, vestido de fraile francisco, aparece de rodillas en profunda oracion mental.*

DON ALVARO y EL H. MELITON.

H. MELITON.

¡Padre, Padre! *(Dentro.)*

DON ALVARO.

*(Levantandose.)* ¡Qué se ofrece?

Entre, Hermano Meliton.

H. MELITON.

Padre, aquí os busca un maton, *(Entra.)*

que muy ternejal parece.

DON ALVARO.

*(Receloso.)*

¡Quién, hermano?... ¡A mí?... ¡su nombre?

H. MELITON.

Lo ignoro; muy altanero.

dice que es un caballero,

y me parece un mal hombre.

El muy bien portado viene,

y en un andaluz rocin;

pero un genio muy ruin,

y un tono muy duro tiene.

DON ALVARO.

Entre al momento quien sea.

H. MELITON.

No es un pecador contrito.

Se quedará tamañito. *(Aparte.)*al instante que lo vea. *(Vase.)*

## ESCENA V.

DON ALVARO.

¡Quién podrá ser?... No lo acierto.

Nadie, en estos cuatro años,

que huyendo de los engaños

del mundo, habito el desierto,

con este sayal cubierto,

ha mi quietud disturbado.

¡Y hoy un caballero osado

á mi celda se aproxima?

¡Me traerá nuevas de Lima?...

¡Santo Dios!... ¡qué he recordado!

## ESCENA VI.

DON ALVARO y DON ALFONSO *que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro, y echa el pestillo.*

DON ALFONSO.     ¿ Me conocéis ?

DON ALVARO.             No, señor.

DON ALFONSO.     ¿ No veis en mis ademanes  
rasgo alguno que os recuerde  
de otro tiempo y de otros males ?  
¿ No palpita vuestro pecho,  
no se hiela vuestra sangre,  
no se anonada y confunde  
vuestro corazon cobarde  
con mi presencia ?... O por dicha,  
¿ es tan sincero, es tan grande,  
tal vuestro arrepentimiento,  
que ya no se acuerda el Padre  
Rafael, de aquel indiano  
don Alvaro, del constante  
azote de una familia  
que tanto en el mundo vale ?  
¿ Temblais y bajais los ojos ?  
Alzadlos, pues, y miradme.  
(*Descubriéndose el rostro y mostrándose.*)

DON ALVARO.     ¿ O Dios !... ¿ Qué veo ! ¿ Dios mio !

¿ Pueden mis ojos burlarme ?

¿ Del marques de Calatrava  
viendo estoy la viva imagen !

DON ALFONSO.     Basta, que está dicho todo.  
De mi hermano y de mi padre  
me está pidiendo venganza  
en altas voces la sangre.  
Cinco años há que recorro  
con dilatados viages  
el mundo, para buscaros ;  
y aunque ha sido todo en balde,  
el cielo (que nunca impunes  
deja las atrocidades  
de un monstruo, de un asesino  
de un seductor, de un infame),  
por un imprevisto acaso  
quiso por fin indicarme  
el asilo donde á salvo  
de mi furor os juzgaste.  
Fuera el mataros inerme  
indigno de mi linage.  
Fuiste valiente, robusto  
aun estais para un combate:  
Armas no teneis, lo veo,

yo dos espadas iguales  
traigo conmigo, son estas ;  
(*Se desemboza y saca dos espadas.*)

DON ALVARO.

elegid la que os agrade,  
(*Con gran calma , pero sin orgullo.*)

Entiendo, j6ven , entiendo,  
sin que escucharos me pasme,  
porque he vivido en el mundo  
y apurado sus afanes.

De los vanos pensamientos  
que en este punto en vos arden ,  
tambien el juguete he sido;  
quiera el Se1or perdonarme.

Victima de mis pasiones ,  
conozco todo el alcance  
de su influjo, y compadezco  
al mortal 1 quien combaten.

Mas ya sus borrascas miro  
como el n1ufrago, que sale  
por un milagro 1 la orilla ,  
y jamas torna 1 embarcarse.

Este sayal que me viste,  
esta celda miserable,  
este yermo, 1 donde acaso  
Dios por vuestro bien os trae,

desenga1os os presentan  
para calmaros bastantes ;  
y mas os responden mudos  
que pueden labios mortales.

Aqui de mis muchas culpas ,  
que son ¡ ay de m1 ! harto grandes ,  
pido 1 Dios misericordia :  
que la consiga dejadme.

DON ALFONSO.

¡ Dejaros?... ¡ qu1en?... ¡ Yo dejaros  
sin ver vuestra sangre impura  
vertida por esta espada  
que arde en mis manos desnuda?

Pues esta celda , el desierto,  
ese sayo , esa capucha ,  
ni 1 un vil hip6crita guardan,  
ni aun cobarde infame escudan.

DON ALVARO.

¡ Qu1 dec1s?... ¡ Ah !... (*Furioso.*)  
(*Report1ndose.*) ¡ No, Dios m1o !...

En la garganta se anuda  
mi lengua... ¡ Se1or !... esfuerzo  
me d1 vuestra santa ayuda. —

Los insultos y amenazas , (*Repuesto.*)  
que vuestros labios pronuncian  
no tienen para conmigo  
poder ni fuerza ninguna.

Antes como caballero  
supe vengar las injurias ;

hoy humilde religioso  
 darles perdon y disculpa.  
 Pues veis cuál es ya mi estado,  
 y , si sois sagaz , la lucha  
 que conmigo estoy sufriendo,  
 templad vuestra saña injusta.  
 Respetad este vestido,  
 compadeced mis angustias ,  
 y perdonad generoso  
 ofensas que estan en duda.

(*Con gran conmocion.*)

¡ Si , hermano , hermano !

DON ALFONSO.

¿ Qué nombre

osais pronunciar?...

DON ALVARO.

¡ Ah!...

DON ALFONSO.

Una

sola hermana me dejásteis ,  
 perdida , y sin honra... ¡ Oh furia !!!

DON ALVARO.

¡ Mi Leonor !!! ¡ Ah! No sin honra ,  
 un religioso os lo jura.

Leonor... ¡ ay ! la que absorvia  
 toda mi existencia junta !!! (*En delirio.*)

La que en mi pecho , por siempre...  
 por siempre , si , sí... que aun dura...

una pasion... ¿ Y qué , vive ?

¿ sabeis vos noticias suyas ?...

Decid que me ama , y matadme,  
 decidme... ¡ Oh Dios !... ¿ me rehusa

(*Aterrado.*)

vuestra gracia sus ausilios ?

¿ De nuevo el triunfo asegura

el infierno , y se desploma

mi alma en su sima profunda ?

¡ Misericordia!... Y vos , hombre

ó ilusion , ¿ sois por ventura

un tentador que renueva

mis criminales angustias

para perderme?... ¡ Dios mio!

DON ALFONSO.

(*Resuelto.*) De estas dos espadas , una

tomad , don Alvaro , luego ,

tomad : que en vano procura

vuestra infame cobardía

darle treguas á mi furia.

Tomad...

DON ALVARO.

(*Retirándose.*) No , que aun fortaleza  
 para resistir la lucha

de las mundanas pasiones

me da Dios con bondad suma.

¡ Ah ! si mis remordimientos ,

mis lágrimas , mis confusas

palabras , no son bastante

para aplacaros ; si escucha

mi arrepentimiento humilde  
sin caridad vuestra furia,

(*Arrodillase.*)

prosternado á vuestras plantas  
vedme, cual persona alguna  
jamás me vió...

DON ALFONSO. (*Con desprecio.*) Un caballero  
no hace tal infamia nunca.  
Quien sois bien claro publica  
vuestra actitud, y la inmunda  
mancha que hay en vuestro escudo.

DON ALVARO. (*Levantándose con furor.*)  
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?

DON ALFONSO. ¿Os asusta?

DON ALVARO. Mi escudo es como el sol limpio,  
como el sol.

DON ALFONSO. ¿Y no lo anubla  
ningun cuartel de mulato?  
¿De sangre mezclada, impura...?

DON ALVARO. (*Fuera de sí.*)  
¿Vos mentís, mentís, infame!  
Venga el acero; mi furia  
(*Toca el pomo de una de las espadas.*)  
os arrancará la lengua,  
que mi clara estirpe insulta.  
Vamos.

DON ALFONSO. Vamos.

DON ALVARO. (*Reportándose.*) No... no triunfa  
tampoco con esta industria  
de mi constancia el infierno.  
Retiraos, señor:

DON ALFONSO. (*Furioso.*) ¿Te burlas  
de mí, inicuo? Pues cobarde  
combatir conmigo escusas,  
no escusarás mi venganza.  
Me basta la afrenta tuya:  
toma. (*Le da una bofetada.*)

DON ALVARO. (*Furioso y recobrando toda su energía.*)  
¿Qué hiciste?... ¡insensato!!!  
ya tu sentencia es segura:  
hora es de muerte, de muerte.—  
El infierno me confunda. (*Salen ambos precipitados.*)

## ESCENA VII.

*El teatro representa el mismo claustro bajo que en las primeras escenas de esta  
jornada. EL H. MELITON saldrá por un lado, y como bajando la escalera: DON  
ALVARO y DON ALFONSO, embozado en su capa, con gran precipitación.*

H. MELITON (*Saliéndole al paso.*) ¿Adónde bueno?

DON ALVARO. (*Con voz terrible.*) Abra la puerta.



H. MELITON. La tarde está tempestuosa, va á llover á mares.

DON ALVARO. Abra la puerta.

H. MELITON. (*Vendo hácia la puerta.*) ¡Jesus! . . Hoy estamos de marca alta... ya voy... ¿quiere que le acompañe?... ¿hay algun enfermo de peligro en el cortijo?...

DON ALVARO. La puerta pronto.

H. MELITON. (*Abriendo la puerta.*) ¡Va el padre á Hornachuelos?

DON ALVARO. (*Saliendo con don Alfonso.*) Voy al infierno.

(*Queda el H. Meliton asustado.*)

## ESCENA VII.

H. MELITON. ¡ Al infierno !... ¡ buen viaje !  
Tambien que era del infierno  
dijo, para mi gobierno,  
aquel nuevo personaje.  
¡ Jesus, y qué caras tan !...  
Me temo que mis sospechas  
han de quedar satisfechas.  
Voy á ver por donde van.

(*Se acerca á la portería y dice como admirado :*)

¡ Mi gran Padre San Francisco  
me valga !... Van por la sierra,  
sin tocar con el pie en tierra,  
saltando de risco en risco.  
Y el jaco los sigue en pós  
como un perrillo faldero.  
Calla... hácia el despeñadero  
de la hermita van los dos.

(*Asomándose á la puerta con gran afán : á voces.*)

! Hola... ¡ Hermanos !... ¡ Hola !... ¡ Digo !...  
No lleguen al paredon ,  
miren que hay excomunion.  
Que Dios les va á dar castigo.

(*Vuelve á la escena.*)

No me oyen , vano es gritar.  
Demonios son , es patente.  
Con el santo penitente  
sin duda van á cargar.  
¡ El Padre, el Padre Rafael !...  
Si quien piensa mal, acierta.  
Atrancaré bien la puerta...  
pues tengo un miedo cruel.

(*Cierra la puerta.*)

Un olorcillo han dejado  
de azufre... Voy á tocar  
las campanas.

(*Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.*)

Avisar

será mejor al prelado.

Sepa que en esta ocasion ,

aunque refunfuñe luego,  
no el Padre Guardian, el lego  
tuvo la revelacion. (Vase.)

### ESCENA VIII.

*El teatro representa un valle rodeado de riscos inaccesibles y de malezas, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio hermita con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde dentro : el cielo representará el ponerse el sol de un dia borrascoso, se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos, DON ALVARO y DON ALFONSO salen por un lado.*

DON ALFONSO. De aqui no hemos de pasar.  
DON ALVARO. No, que tras de estos tapiales,  
bien sin ser vistos, podemos  
terminar nuestro combate.  
Y aunque en hollar este sitio  
cometo un crimen muy grande,  
hoy es de crímenes dia,  
y todos han de apurarse.  
De uno de los dos la tumba  
se está abriendo en este instante.  
DON ALFONSO. Pues no perdamos mas tiempo,  
y que las espadas hablen.  
DON ALVARO. Vamos : mas antes es fuerza  
que un gran secreto os declare,  
pues que de uno de nosotros  
es la muerte irrevocable :  
y si yo caigo es forzoso  
que sepais en este trance  
á quien habeis dado muerte,  
que puede ser importante.  
DON ALFONSO. Vuestro secreto no ignoro.  
Y era el mejor de mis planes,  
(para la sed de venganza  
saciar que en mis venas arde)  
despues de heriros de muerte  
daros noticias tan grandes,  
tan impensadas y alegres,  
de tan feliz desenlace,  
que al despecho de saberlas,  
de la tumba en los umbrales,  
cuando no hubiese remedio,  
cuando todo fuera en balde,  
el fin espantoso os diera,  
digno de vuestras maldades.  
DON ALVARO. Hombre, fantasma ó demonio,  
que ha tomado humana carne  
pará hundirme en los infiernos,

para perderme... ¿qué sabes?...  
 DON ALFONSO. Corrí el nuevo mundo... ¿tiembles?...  
 vengo de Lima... esto baste.

DON ALVARO. No basta, que es imposible  
 que saber quien soy lograses.

DON ALFONSO. De aquel virey fementido  
 que (pensando aprovecharse  
 de los trastornos y guerras,  
 de los disturbios y males  
 que la sucesion al trono  
 trajo á España) formó planes  
 de tornar su vireinato  
 en imperio, y coronarse,  
 casando con la heredera  
 última de aquel linage  
 de los Incas (que en lo antiguo,  
 del mar del Sur á los Andes  
 fueron los emperadores.)  
 eres hijo. — De tu padre  
 las traiciones descubiertas,  
 aun á tiempo de evitarse,  
 con su esposa, en cuyo seno  
 eras tú ya peso grave,  
 huyó á los montes, alzando  
 entre los indios salvages  
 de traicion y rebeldia  
 al sacrilego estandarte.  
 No los ayudó fortuna,  
 pues los condujo á la cárcel  
 de Lima, do tú naciste...

(*Hace extremos de indignacion y sorpresa don Alvaro.*)

Oye... espera hasta que acabe.  
 El triunfo del rey Felipe  
 y su clemencia notable,  
 suspendieron la cuchilla  
 que ya amagaba a tus padres;  
 y en una prision perpétua  
 convirtió el suplicio infame.  
 Tú entre los indios creciste,  
 como fiera te educaste,  
 y viniste ya mancebo  
 con oro y con favor grande,  
 á buscar completo indulto  
 para tus traidores padres.  
 Mas no, que viniste solo  
 para asesinar cobarde,  
 para seducir inicuo,  
 y para que yo te mate.

DON ALVARO. Vamos á probarlo al punto. (*Despechado.*)

DON ALFONSO. Ahora tienes que escucharme.  
 Que has de apurar, vive el cielo,  
 hasta las heces el cáliz.

Y si, por ser mi destino,  
consiguieses el matarme,  
quiero allá en tu aleve pecho  
todo un infierno dejarte.—

El rey benéfico acaba  
de perdonar á tus padres.  
Ya están libres y repuestos  
en honras y dignidades.

La gracia alcanzó tu tío,  
que goza favor notable,  
y andan todos tus parientes  
afanados por buscarte

para que tenga heredero...  
(*Muy turbado y fuera de sí.*)

DON ALVARO.

Ya me habeis dicho bastante...  
No sé dónde estoy, ¡ó cielos!...  
Si es cierto, si son verdades  
las noticias que dijisteis...

(*Enternecido y confuso.*)

¡Todo puede repararse!  
Si Leonor existe, todo:  
¿veis lo ilustre de mi sangre?...  
¿Veis...

DON ALFONSO.

Con sumo gozo veo  
qué estais ciego y delirante.  
¿Qué es reparacion?... Del mundo  
amor, gloria, dignidades  
no son para vos... Los votos  
religiosos é inmutables  
que os ligán á este desierto,  
esa capucha, ese trage,  
capucha y trage que encubren  
á un desertor, que al infame  
suplicio escapó en Italia,  
de todo incapaz os hacen.

Oye cuál trueno indignado (*Truena.*)  
contra tí el cielo... Esta tarde  
completísimo es mi triunfo.

Un sol hermoso y radiante  
te he descubierto, y de un soplo  
luego he sabido apagarle.

DON ALVARO.

(*Volviendo al furor.*)  
¿Eres monstruo del infierno,  
prodigio de atrocidades?

DON ALFONSO.

Sóy un hombre rencoroso  
que tomar venganza sabe.  
Y porque sea mas completa,  
te digo que no te jactes  
de noble... eres un mestizo,  
fruto de traiciones.

DON ALVARO.

(*En el extremo de la desesperacion.*) Baste.  
¡Muerte y esterminio! ¡Muerte



para los dos! Yo matarme  
sabré, en teniendo el consuelo  
de beber tu inicua sangre.

*(Toma la espada, combaten y cae herido don Alfonso.)*

DON ALFONSO. Ya lo conseguiste... ¡Dios mio! ¡Confesion! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

DON ALVARO. *(Suelta la espada y queda como petrificado.)* ¡Cielos!... ¡Dios mio!... ¡Santa madre de los Angeles!... ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas!...

DON ALFONSO. ¡Confesion! ¡confesion!... Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

DON ALVARO. *(Aterrado.)* ¡No, yo no soy mas que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenacion. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid á Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse á su mansion... ¿Qué importa?: yo que hé roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

DON ALFONSO. ¡Ah! por caridad, por caridad...

DON ALVARO. Si; voy á llamarlo... al punto...

DON ALFONSO. Apresuraos, Padre... ¡Dios mio! *(Don Alvaro corre á la hermita y golpea la puerta.)*

DOÑA LEONOR. *(Dentro.)* ¿Quién se atreve á llamar á esta puerta? Respetad este asilo.

DON ALVARO. Hermano, es necesario salvar un alma, socorrer á un moribundo: venid á darle el auxilio espiritual.

DOÑA LEONOR. *(Dentro.)* Imposible, no puedo, retiraos.

DON ALVARO. Hermano, por el amor de Dios.

DOÑA LEONOR. *(Dentro.)* No, no, retiraos.

DON ALVARO. Es indispensable, vamos, *(Golpea fuertemente la puerta.)*

DOÑA LEONOR. *(Dentro tocando la campanilla.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

## ESCENA X.

LOS MISMOS y DOÑA LEONOR, *vestida con un saco, y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece á la puerta de la gruta, y se oye repicar á lo léjos las campanas del convento.*

DOÑA LEONOR. Huid, temerario; temed la ira del cielo.

DON ALVARO. *(Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.)* ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¿Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imágen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

DON ALFONSO. *(Como queriéndose incorporar.)* ¡Leonor!... ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

DOÑA LEONOR. *(Corriendo detras de don Alvaro.)* ¡Dios mio! ¿Es don Alvaro?... Conozco su voz... El es... ¡Don Alvaro!

DON ALFONSO. ¡O furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡hipócritas!... ¡Leonor!!!

DOÑA LEONOR. ¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... ¿Mas qué veo?... *(Se precipita hácia donde ve á don Alfonso.)*

DON ALFONSO. ¡Ves al último de tu infeliz familia!

DOÑA LEONOR. *(Precipitándose en los brazos de su hermano.)* ¡Hermano mio!... ¡Alfonso!



DON ALFONSO. (*Hace un esfuerzo, saca un puñal, y hiere de muerte à Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. (*Muere.*)

DON ALVARO. ¡Desdichado!... ¡Qué hiciste?... ¡Leonor! ¡Eras tú?... ¡Tan cerca de mí estabas?... ¡ay! (*Sin osar acercarse à los cadáveres.*) Aun respira... aun palpita aquel corazon todo mio... Angel de mi vida... vive, vive... yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil.*)

### ESCENA ULTIMA.

*Hay un rato de silencio; los truenos resuenan mas fuertes que nunca, crecen los relámpagos, y se oye cantar á lo léjos el Miserere à la comunidad, que se acerca lentamente.*

VOZ DENTRO. Aquí, aquí; ¡qué horror! (*Don Alvaro vuelve en sí, y luego huye hacia la montaña.—Sale el P. Guardian con la comunidad, que queda asombrada.*)

P. GUARDIAN. ¡Dios mio!... ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES. ¡Una mujer!... ¡Cielos!

P. GUARDIAN. ¡Padre Rafael!

DON ALVARO. (*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice:*) Busca, imbécil, al P. Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid, miserables.

TODOS. ¡Jesus, Jesus!

DON ALVARO. Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destruccion... (*Sube à lo mas alto del monte y se precipita.*)

EL P. GUARDIAN Y LOS FRAILES. (*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

Madrid año de 1855.

FIN DEL DRAMA.



SOLACES DE UN PRISIONERO,

O

TRES NOCHES DE MADRID.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

---

## PERSONAS.

---

EL REY FRANCISCO DE FRANCIA, galan.

EL EMPERADOR CARLOS V, galan.

DOÑA LEONOR, dama.

DOÑA ELVIRA, dama.

EL CONDE, barba.

EL COMENDADOR, viejo.

DON HERNANDO DE ALARCON, viejo.

ANACLETA, dueña.

LEONARDA, criada.

PIERRES, gracioso.

TOMATE, lacayo.

UN ALCALDE DE CORTE.

TRES ALGUACILES.

RONDA, con linterna.

*La accion pasa en Madrid en el año 1525.*

---

## ADVERTENCIA.

---

*Por complacer á mis amigos, individuos de la seccion dramática del Liceo de Madrid y por distraerme en una época muy embarazosa y llena de disgustos y de ansiedad, he escrito esta composicion. No fué mi intento al emprenderla hacer un drama histórico ni una comedia de costumbres; ni me propuse pintar una pasion, ni retratar un carácter. Tampoco pretendi cumplir con la alta mision de poeta, dando lecciones al mundo, y mejorando la sociedad. Nada de esto. Mi intento fué solo el de ocupar mi imüginacion, y el de proporcionar á mis lectores ú oyentes un par de horas de honesta diversion y entretenimiento, con lances verosimiles mejor ó peor enlazados, con un diálogo claro y agradable, y con los versos mas sonoros y fluidos, que le es dado producir á mi pobre musa. Si lo consigo he llenado completamente mi propósito. Y ruego á los criticos de todas las sectas literarias, que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado á ninguna al componerla. Juzquenme, pues, solamente por el placer ó fastidio que les cause la lectura ó la representacion de esta comedia.*

## JORNADA PRIMERA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una calle de Madrid, de noche, y salen embozados* EL REY *y*  
PIERRES.

PIERRES. La noche está tan oscura  
que ni los dedos se ven,  
y si has de reñir también,  
no pegarme á mí procura,  
como anoche aconteció:  
pues cuando á palos andabas  
y á los músicos cascabas,  
un trancazo me alcanzó.

REY. No habrá esta noche quimera;  
que no siempre hemos de hallar  
músicos que apalea.

PIERRES. El cielo santo lo quiera,  
y darte juicio, señor.

REY. ¿Y en qué me falta juicio?

PIERRES. En buscarte un precipicio  
tras estos lances de amor.  
De que prisionero estás,  
y de que á hurtadillas sales  
donde es fácil que resbales,  
olvidado siempre vas;  
y emprendes á cuchilladas,  
sin temer ser descubierto,  
que va á ser el fin por cierto,  
señor, de estas escapadas.  
Y yo el que pague el escote,  
por ir siempre junto á tí.

REY. ¿Qué pueden hacerte, dí?

PIERRES. Nada: apretarme el gañote.  
Si el perrazo que nos cela  
oliese algo.... ¡San Antonio!



- con él el mismo demonio  
fuera un niño de la escuela.
- REY. Advierto por cuanto dices  
que el alcaide es tu manía.
- PIERRES. Lo traigo de noche y día  
á caballo en las narices.  
¿Y es viejo con quien se puede  
andar en burlas, señor?
- REY. No á fé, que á nadie en valor  
y en noble entereza cede.
- PIERRES. Pues verás...,
- REY. ¿Qué, majadero,  
si está en su cama roncando,  
muy ageno de que ando  
haciendo á damas terrero?
- PIERRES. Si armas tanta bataola,  
metiéndote á espadachin,  
ha de descubrir al fin  
que le hacemos la mamola.—  
Mas si esta es la casa, ¿qué  
esperas?
- REY. A que el reló  
dé las once.
- PIERRES. Ya las dió,  
Mas la seña aun no se vé.
- REY. ¿Pese á la dueña ladina,  
y lo que esta noche tarda!
- PIERRES. Pues yo con un canto....  
(Busca una piedra por el suelo.)
- REY. Aguarda,  
que hácia aqui una luz camina.  
(Asustado.) ¿Una luz?... Sí. Valga al diablo!...
- PIERRES. Y mucha gente.... ¿Ay de mí,  
que ya tenemos aqui  
al acaide!.... Guarda Pablo.  
Retirémonos, si no....
- REY. Sabe, para tu gobierno,  
que aunque viniese el infierno  
no he de retirarme yo.
- PIERRES. A Dios.... Pendencia tenemos.
- REY. De mi acero á un solo amago  
la luz importuna apago,  
y luego despues veremos.
- PIERRES. Despues que apagues la luz,  
¿qué, señor, hemos de ver?
- REY. Toda esa gente correr.
- PIERRES. ¿Son demonios, y tú cruz?
- REY. (Saca la espada y vuelve á embozarse.)  
Si de estorbo has de servir,  
sepárate pronto á un lado.
- PIERRES. ¿Que estorbo soy, has dudado  
si se trata de reñir? (Se separa.)

*Salen el ALCALDE, los TRES ALGUACILES, y otros que forman LA RONDA, con una linterna encendida.*

ALCALDE. ¿Quién va á la ronda?... ¿Quién va?

¿Quién va á la ronda?

REY. Ni voy,

ni vengo, que quieto estoy.

ALCALDE. ¿Y qué es lo que haciendo está?

REY. Tomando el fresco.

ALCALDE. Acercadle

la luz, y reconocedle;

y si armas lleva, prendedle,

y aun calabozo llevadle.

REY. *(Aparte.)* Con la justicia este enredo

me pesa, que el ampararla

es mi oficio; mas dejarla

reconocerme no puedo.

¡Gran compromiso!... *(Alto.)* Mirad...

ALCALDE. Nada hay que ver. Al momento

mi superior mandamiento

con ese hombre ejecutad.

REY. *(Aparte.)* ¡Grave apuro!...

*(Se desemboza, da de cuchilladas á todos y se apaga la luz.)*

Pues yo así *(Alto.)*

me dejo reconocer,

que ni al infierno poder

le concedo sobre mí. *(Vase.)*

AGUACIL 1.º Es un demonio

AGUACIL 2.º *(Cayendo atropellado.)* ¡Ay!

PIERRES. *(Aparte.)* Con él

me escurro, pues paso abrió.

*(Vase, y lo sigue el alguacil tercero.)*

ALCALDE. Favor al rey.

AGUACIL 1.º Escapó.

AGUACIL 2.º Pues que lo siga Luzbel.

*Sacan luces á algunos balcones, se abre una puerta del fondo, y sale EL COMENDADOR con espada y broquel, sin sombrero, y como de casa.*

ALCALDE. *(Reforzando la voz.)*

¡Animo! favor al rey.

COMENDADOR. A dársele vengo yo,

que del que noble nació

el dárselo, y pronto, es ley.

¿Qué desorden ha ocurrido?

ALCALDE. Un hombre, que con malicia

se resistió á la justicia,

y que con ella ha reñido.

A la espada mano echó,

- la luz matando, y valiente  
acuchillando á esta gente,  
sin saber cómo, se huyó.  
COMENDADOR. Detrás de él, señor alcalde,  
vamos.
- AGUACIL 3.º *(Que vuelve cansado de haber perseguido á Pierres y al rey.)*  
Imposible es.  
Yo que tengo buenos pies  
le he seguido, pero en balde.  
La oscuridad le ha salvado;  
tómó por la cajejuela,  
y no corre sino vuela,  
y juzgo va acompañado.
- COMENDADOR. Un raterillo será.
- AGUACIL 1.º Debe ser gran malhechor.
- ALCALDE. El es hombre de valor,  
mas quién és Dios lo sabrá.
- COMENDADOR. Señor, el desaire siento  
en que la justicia queda;  
si algo juzgais que yo pueda  
por ella hacer, al momento  
cumpliré vuestros mandatos,  
que á un hidalgo militar  
le toca siempre vengar  
semejantes desacatos.
- ALCALDE. Hablais como bien nacido:  
que á la justicia del rey  
acatar, suprema ley  
de los nobles siempre ha sido.  
Mas gracias tan solo os doy,  
pues no necesito nada.  
Esto es ya cosa acabada.
- COMENDADOR. A todo dispuesto estoy;  
y si descansar gustais  
esta es mi casa: os la ofrezco.
- ALCALDE. Con el alma lo agradezco;  
como quien sois os portais.  
Es precisa obligacion  
seguir la ronda. *(A la gente.)* Encended  
esa linterna, y tened  
mas pies ó mas corazon.  
*(Vuelve uno con la linterna encendida.)*  
Dios os guarde, caballero;  
mil gracias, y descansad.  
*(Vase con toda la ronda.)*
- COMENDADOR. Con cuanto valgo contad;  
con mi casa y con mi acero. *(Vase.)*

## ESCENA II.

*Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen DOÑA LEONOR y DOÑA ELVIRA, muy sobresaltadas ANACLETA y LEONARDA, cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.*

DOÑA LEONOR. El era, sin duda, Elvira,  
y acaso ya preso va.  
DOÑA ELVIRA. El era, según la hora,  
y como no pudo entrar...  
DOÑA LEONOR. La tardanza de Anacleta...  
ANACLETA. Señora, sin seso estás:  
No ha sido tardanza mía,  
ha sido que la señal  
no pude hacer, porque estaba  
el amo sin acostar.  
LEONARDA. (*Observando.*) La calle se ha sosegado;  
no suena una mosca ya,  
y el señor por la escalera  
sube y se nos viene acá.  
DOÑA ELVIRA. Disimula, prima mía,  
no dejes ver tu ansiedad,  
pues que vuelve nuestro tío  
y pudiera sospechar.

*Sale EL COMENDADOR. Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.*

DOÑA LEONOR. (*Con ansiedad.*)  
¿Qué ha sido, señor, el lance?  
COMENDADOR. Nada ha sido en realidad,  
y mucho. Nada, porque  
el hombre sin hacer mal  
parado estaba en la calle;  
y mucho, porque insultar  
osó á la justicia. Nada,  
porque el hombre se fué en paz;  
mucho, porque ha apaleado  
á alguaciles y demas.  
Pero sosegado todo,  
y tranquilo queda ya.  
Sigue el alcalde su ronda,  
y el hombre, que es bravo asaz,  
ya descansando en su casa,  
si es que la tiene, estará,  
DOÑA LEONOR. ¿Con que se salvó?  
COMENDADOR. Salvóse.  
DOÑA LEONOR. ¿Y ha habido sangre?  
COMENDADOR. No tal;  
trancazos y mas trancazos.  
y voces, y nada mas,

Estas rondas de alguaciles  
son siempre cosa fatal.  
Sin motivo empuñan lances,  
por si hay algo que pescar ;  
y en hallando resistencia  
al punto se hacen atrás ,  
quedándose la justicia  
desairada , que es gran mal.  
Los soldados solamente  
son los que saben rondar,  
pues como nunca escribanos  
con ellos á ronda van ,  
ní esperan recoger multas,  
no incomodan al que está  
sin hacer daño , y en viendo  
motivo , saben pegar.  
Ya es de recogerlos hora.  
Leonarda , baja al zaguan,  
y echa la llave á la puerta.  
Sobrinas , con Dios quedad.

*(Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.)*

ANACLETA.

Si hace dos horas se hubiera  
su merced ido á acostar,  
de toda esta zalagarda  
nos ahorráramos el mal.

DOÑA LEONOR.

Pues que se marchó mi tío,  
otra vez mira si está  
la calle sola , que acaso  
aun puede volver don Juan.

DOÑA ELVIRA.

Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA.

*(Figurando que se asoma á un balcon.)*

Es tanta la oscuridad  
que nada se vé , señora.

DOÑA LEONOR.

No importa ; pon la señal,  
y está como siempre , alerta.

ANACLETA.

Pondré el pañuelo , mas ya  
aunque vuelva , muy difícil  
ha de ser que pueda entrar.

DOÑA LEONOR.

Si torna , y entrar no puede,  
por la reja del portal  
ó por el jardín , si es pronto,  
hablar conmigo podrá.

DOÑA ELVIRA.

¿No fuera , prima , mejor...?

DOÑA LEONOR.

Tú lo que temiendo estás  
es que el reló dé la una,  
porque el mio y tu galan,  
no se encuentren en la calle ,  
y la anrede Barrabás.

Pero son las once y media,  
y yo cuidadosa además  
sabré evitar un encuentro.

DOÑA ELVIRA.

Sé que bien medido va



el tiempo, y que incomodarnos  
es imposible jamás;  
pero como por las verjas  
del jardín dices...

DOÑA LEONOR.

Es tal  
mi turbacion, que lo dije,  
prima mia, sin pensar.  
El jardín es tu terreno,  
y en quietud lo gozarás.  
Pues sabes, amada Elvira,  
que sangre y cariño en tan  
estrecho lazo nos unen,  
que un alma somos no mas.  
Anacleta, atenta escucha,  
y si notas...

ANACLETA.

Descuidad. (*Vase.*)

DOÑA LEONOR.

(*Se sienta.*)

Supuesto que ya la dueña,  
por mi alerta, en su balcon  
espera con atencion  
si acaso advierte la seña,  
que anhela mi corazon;  
y supuesto que Leonarda,  
dentro de tu camarín,  
el trinar del bandolin  
cuidosa, cual siempre, aguarda,  
para llamarte al jardín;  
ambas, si no te importuna,  
aquí podremos charlar:  
puesto que me iré á acostar  
en cuanto suene la una;  
que no te he de incomodar.  
Pero entretanto que dá,  
como es, prima, el tiempo mio,  
no te incomodo; y confío  
que en tu amistad hallará  
consuelo mi desvario.  
Pues estoy, te lo confieso,  
tan enamorada, y tan  
prendada de mi don Juan,  
que tengo perdido el seso.—  
¿No es discreto?... ¿No es galán?

DOÑA ELVIRA.

(*Apoyándose en el respaldo de la silla de doña Leonor.*)

No sé, que decir, Leonor,  
recordando la altiveza  
con que ornabas tu belleza,  
al verte hoy con tanto amor  
trastornada la cabeza.

DOÑA LEONOR.

Si lo consideras bien  
de ese tu asombro saldrás.  
Advierte que errada estas;  
porque dime, prima, ¿quién

dió al amor reglas jamás?  
 Fué altivo mi pensamiento,  
 mientras ninguna aficion  
 penetró en mi corazon;  
 logrólo una, y al momento  
 se mudó mi condicion.

Que por haber sido esquivia  
 un año, ni dos, ni tres,  
 preciso, prima, no es  
 que lo sea mientras viva,  
 libre de todo interés.

Que el ser duro un corazon  
 no es culpa suya en verdad,  
 culpa es de la habilidad  
 de quien fuera de sazón  
 pretende su voluntad.

Y la altivez de mujer,  
 por mucho que quiera ser,  
 dura hasta que de su pecho  
 el camino mas derecho  
 llega un venturoso á ver.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas cómo en tan pocos dias,  
 perdiendo tu altiva calma  
 á punto que desvarias,  
 pudiste rendir el alma  
 al amor que aborrecias?

DOÑA LEONOR.

¡Ay Elvira, del amor  
 no acontece la ruina  
 con el paso á que camina  
 lento el tiempo destructor:  
 es la explosion de una mina.

Y se dice dar flechazo,  
 herir con amor, porque  
 ni se aguarda, ni se ve;  
 llega de golpe y porrazo,  
 y sin saber como fué.

Y llama, prima, en rigor  
 que con encenderse retarda,  
 y obsequio y ruegos aguarda,  
 si acaso es llama de amor,  
 es una llama bastarda.

Que amor no quiere razon  
 para serlo nace y crece  
 sin motivo ni ocasion,  
 y al mismo paso perece.  
 ¿Quién comprende el corazon?

DOÑA ELVIRA.

Al cabo un aventurero,  
 galán sí, pero extranjero,  
 que quien es no hemos sabido,  
 el afortunado ha sido,  
 que rinde tu pecho fiero.

DOÑA LEONOR.

No sé yo que para amar,

pues que no está en nuestra mano ,  
 sea preciso examinar  
 si el galan es castellano,  
 estrangero , ó de ultramar.  
 Y don Juan por ser francés ,  
 no pierde nada á fé mia,  
 pues de su noble hidalguía  
 prueba harto patente es  
 su discreta bizzaría.

Ni es, prima, un aventurero ;  
 es un noble caballero,  
 que de caballero á ley  
 viene á servir á su rey,  
 que está en Madrid prisionero.

DOÑA ELVIRA. Siempre anda en la noche oscura....  
 siempre ocultarse procura:...

DOÑA LEONOR. Al objeto con que viene  
 á España, tener conviene  
 gran recato y gran cordura.

(*Con cariñosa malicia.*)

Mas ahora voy contra tí ,  
 pícara , que así me arguyes ,  
 pues aunque mis ojos huyes ,  
 no me la pegas á mí.

Pero no estás , ya se ve,  
 como estoy yo enamorada ,  
 y puedes disimulada  
 caminar con cauto pie.

DOÑA ELVIRA. (*Sonriendo.*)

Lo estoy, prima.

DOÑA LEONOR. No lo estás ;

lisonjeada sí.

DOÑA ELVIRA. Leonor....

DOÑA LEONOR. Con mas orgullo que amor,  
 tras de un alto empeño vas.

DOÑA ELVIRA. (*Fingiendo ingenuidad.*)

¿Pues don Felix Coronel...

DOÑA LEONOR. Don... ¿qué?—Tu labio parece  
 que á ese nombre se entorpece  
 y que no atina con él.

¡Don Felix !!! Quien es tu cuyo,  
 hasta con él, aparentas  
 ignorarlo, y así aumentas  
 mas que tu delirio el suyo.

DOÑA ELVIRA. (*Turbada.*)

¿Yo, prima?

DOÑA LEONOR. Aunque eres discreta ,

colorada te me has puesto,  
 y es seguro indicio esto  
 de que te acerté la treta.

En fin , en vano procuras  
 que yo quede convencida ,

porque entre sastres, querida,  
no se pagan las hechuras.—  
Que era estrangero don Juan  
me digiste, y considero  
que tambien es estrangero  
tu don.... en fin, tu galan.  
Y tambien, por vida mia,  
se oculta, y hace muy bien.

DOÑA ELVIRA.

De tu malicia deten  
el vuelo, que se estravia.

DOÑA LEONOR.

No se estravia por cierto,  
ni se sale del camino,  
y ese afan que de continuo  
en tí, amada Elvira, advierto  
de que no se hallen los dos  
en la calle, es muy prudente;  
y no es tuyo solamente,  
que es tambien mio por Dios.  
Tengo en ello gran cuidado,  
con inquietud lo vigilo,  
porque diz que siempre el hilo  
quiebra por lo mas delgado.  
Ya, querida prima, ves  
que aunque eres tan reservada,  
nada se me oculta, nada.

DOÑA ELVIRA.

Penetracion grande es  
la tuya, te lo confieso;  
mas sospechas hay no mas  
de lo que afirmando estás.

DOÑA LEONOR.

Sospechas de mucho peso.

*Sale ANACLETA.*

ANACLETA.

(*A doña Leonor.*)

Ya es muy tarde, señorita,  
y sin fruto el esperar;  
podeis muy bien renunciar  
por hoy á tener visita.

DOÑA LEONOR.

¿No has visto nada en la calle?

ANACLETA.

Varios hombres que cruzaron  
pero que no se pararon.

DOÑA LEONOR.

¿No conociste en el talle....

ANACLETA.

Los vultos tan solo ví,  
que la noche es muy oscura.

DOÑA LEONOR.

Aun mas lo es mi desventura;  
todo me sucede así.

*Sale LEONARDA.*

LEONARDA.

(*A doña Elvira.*)

Pronto, bajad al jardin,  
que aunque no ha dado la hora,

el galan que os enamora  
ha tocado el bandolin.  
DOÑA LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,  
y debes serlo en rigor.  
DOÑA ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,  
serás tu la venturosa. (*Vanse.*)

## ESCENA III.

*Jardin con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE, este con un bandolin en la mano, y queda á la parte de afuera EL CONDE.*

EMPERADOR. (*A la puerta.*)  
Esos galanes me dán  
cuidado, conde, por Dios;  
pues dos noches van ya, dos,  
que en estas calles estan.  
CONDE. Si me hubiérais permitido  
reconocerlos, acaso....  
EMPERADOR. Hubiera sido mal paso  
un lance comprometido.  
CONDE. ¿Si quereis que hasta la aurora  
yo atento la calle ronde....  
EMPERADOR. No es ya necesario, conde.  
id á descansar ahora.  
Un breve instante esperad,  
y al momento os podeis ir.  
CONDE. Mi obligacion es servir  
siempre á vuestra magestad. (*Vase.*)  
EMPERADOR. Fuerza es dejar la relevante esfera  
de la alta magestad, del sumo mando,  
para poder gozar de cuando en cuando,  
los bienes de la vida placentera.  
El blando amor, y la amistad sincera  
huyen del trono y del poder temblando;  
aunque en el trono y el poder, ansiando  
dulce amor y amistad, un hombre muera.  
De la vida comun yo, así encubierto  
mi nombre y mi dominio sin segundo,  
vengo á buscar el sosegado puerto:  
¿Pues qué sin amistad y amor el mundo  
es para el hombre? Un árido desierto,  
un ciego abismo, un piélago profundo.  
(*Se pasea.*)  
TOMATE. Señor, doña Elvira llega.  
EMPERADOR. Mas bien dijeras el sol,  
con cuyo hermoso arrebol  
en luz mi pecho se anega.



*Sale* DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.  
EMPERADOR.

Don Felix....

Mi señora :

hoy madruga la aurora  
y mas temprano para mí amanece;  
tal vuestra faz hermosa resplandece  
á mis amantes ojos ,  
que estas sombras son ya celages rojos ,  
y vuestra luz divina  
me abrasa el alma , el pecho me ilumina.  
Siempre galan , y siempre lisonjero  
Siempre rendido amante,  
que os ofrece anhelante  
un alma ardiente, un corazon sincero;  
un alma , un corazon.... ah!.... (permitidlo  
á mi labio y oidlo )  
á quienes turba y viste  
hoy una sombra oscura ,  
que aun á vuestra presencia se resiste  
cubriéndolos de luto y de amargura.

DOÑA ELVIRA.  
EMPERADOR.

¿ Y qué sombra , don Felix?... No os comprendo.  
Ni tampoco me entiendo,  
señora , yo á mí mismo,  
porque un pecho celoso es un abismo.

DOÑA ELVIRA.

Vos os burlais sin duda.  
¿ De una dama cual yo?... Me dejais muda.  
( *Aparte.* ) ¿ Qué bien , cielos , temia ,  
que al cabo con don Juan se encontraría !  
( *Alto.* ) Esplicaos luego , luego.

EMPERADOR.

¿ Ah ! que no os enojeis , señora , os ruego;  
ved las ansias mortales con que lucho:  
escuchadme y callad.

DOÑA ELVIRA.

Callo , y escucho.

( *Hablan aparte.* )

TOMATE.

( *A Leonarda.* ) ¿ Pues qué sin luz se viene la maldita ?  
que aunque se despepita  
mi corazon por ella y mi deseo,  
el demonio me lleve si la veo;  
y será conveniente  
que el tacto me asegure... ( *Va á abrazarla.* )

LEONARDA.

Arre, insolente.

¿ No basta el rosicler de mi belleza  
para que se ilumine su cabeza ?

TOMATE.

Por mas que te encandilas ,  
nada, nada descubren mis pupilas.

LEONARDA.

Da un puñetazo en ellas ,  
y verán las mas mínimas estrellas.

TOMATE.

¿ Oh crueldad de estropajo !

LEONARDA.

¿ Terneza lacayuna!... ¿ Qué hay , bergante ?

TOMATE.

Mi corazon flotante

partido está por tí de arriba abajo.  
y hoy lo destroza ¡cielos!  
la tenaza encendida de los celos.  
¿Un pícaro tambien...?

LEONARDA.

TOMATE.

Tambien, bribona:

porque de una fregona  
tener bien puede celos un lacayo;  
y aun regalarle un sayo  
de felpa muy cumplida.

LEONARDA.

Pues mire por su vida  
que fuera, seor Tomate,  
meterse en tales gastos disparate.

*(Siguen hablando aparte.)*

DOÑA ELVIRA.

Aun cuando fueran tales  
esos que habeis hallado,  
y que mas razon fuera haber juzgado  
encuentros á estas horas casuales,  
¿por qué han de ser, don Felix, cosa mia?  
Quien así lo imagine desvaria.

En esta misma calle  
hay muchas damas de gallardo talle,  
a las que harán terrero  
uno y otro amoroso caballero.

EMPERADOR.

¿Puede haber por ventura,  
quien ageno de gusto y de cordura  
ronde ansioso esta calle  
por otros ojos y por otro talle,  
que por esos divinos, donde el fuego  
roba para sus flechas amor ciego;  
y que por ese talle, que parece  
el vástago gentil de una azucena,  
que del aura serena  
al blando soplo en el jardin se mece?  
¿Ay! que esas damas bellas  
comparadas con vos, señora mia,  
serán lo que ante el sol son las estrellas,  
lo que una clara noche con el dia.

Y aunque rondan por ellas  
esos dos embozados,  
se aumentan mis cuidados,  
porque pueden muy bien llegar á veros;  
y si advierten que andaban engañados,  
pues donde alumbra el sol no arden luceros,  
en holocausto ofrecerán rendidos  
á vuestros pies las almas y sentidos.  
Y tengo, tanto os amo Elvira, celos,  
bien lo saben los cielos,  
hasta de que haber pueda en mis amores  
envidiosos, no ya competidores.

DOÑA ELVIRA.

Señor, no vuestro labio  
haga á la fé mi cariño agravio  
Y si me amais, cual me decís, seguro

- de que es mi pecho diamantino muro,  
no ofendais mas ingrato  
mi nobleza, mi amor y mi recato.—  
Mas vamos donde luz haya y asientos,  
pues que vuestros gallardos pensamientos  
aseguran mi nombre y mi decoro.
- EMPERADOR. Bien sabeis que el tesoro  
de virtud, de nobleza y de hermosura,  
con que os dotára el cielo, humilde adoro;  
y con pasion tan pura,  
que no debeis temer ni un leve insulto,  
pues mi amor mas que amor, señora, es culto.  
(*Vanse.*)
- TOMATE. Hola, negra doncella,  
llevame á la cocina,  
pues de mí está prendada,  
á ver si allí me saca una botella  
y refrito algun cuarto de gallina,  
con algo de ensalada,  
aunque esté ya maschita y trasnochada.
- LEONARDA. ¿Cómo, señor tomate?  
¿Qué?... Los celosos, á quien Dios maldiga,  
no tienen apetito.
- TOMATE. ¿Pues qué, atacan los celos el gaznate,  
y encogen la barriga?  
Yo soy todo al revés; me precipito,  
y cuando estoy celoso de una zafna,  
seis capones, dos ollas de chanfaina,  
cien panes me comiera,  
y aun agotára una vendimia entera:  
porque tanto me arrobo,  
que dejo de ser hombre y soy un lobo.
- LEONARDA. Pues á verme celoso nunca venga.  
Cuando lo esté, que el diablo lo mantenga.  
Deje aparte los celos,  
y le daré aguardiente con buñuelos;  
y de la cena acaso  
puede que algun relieve salga ál paso.  
(*Aparte.*)  
Lo que hubiera engullido  
llegando á tiempo mi francés querido.  
Mi condicion se allana.  
Vamos, dulce tirana.
- LEONARDA. Espera... ¿Y mi decoro?
- TOMATE. Mas contenido soy que lo es un moro.  
En dándome torreznos y botellas,  
pueden dormir seguras las doncellas.  
(*Vanse.*)

## ESCENA IV.

*El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de los Lujanes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillón. Sobre la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES de detras de un tapiz, que al levantarse descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva agarrada hasta que salga EL REY.*

PIERRES.

Gracias á Dios que me veo  
dentro de mi calabozo.  
Rebosa en mi pecho el gozo :  
preso estoy y aun no lo creo.  
Mal haya la libertad,  
si es para darse porrazos ,  
llevar gentiles trancazos  
y andar en la oscuridad.  
Si por lo menos Leonarda  
hubiera dádome un trago...  
mas nada... ¡En momento aciago  
se empeñó la zalagarda!

EL REY.

*(Sale por el agujero que se oculta al soltar Pierres el tapiz.)*  
¡Esta precision maldita  
de estar al amanecer!..

*(Se sienta despechado.)*

PIERRES.

*(Encendiendo las velas.)*  
¡Y cómo lo hemos de hacer?  
Tu arrojo te precipita ,  
y tras de uno y otro lance  
metiéndote á pelear,  
tiempo para enamorar  
imposible es que te alcance.

REY.

¡Y habia de consentir  
que la ronda descubriese  
quién era yo, y se creyese...  
Antes, vive Dios morir.

PIERRES.

¡Y la música de ayer?

REY.

Yo músicas no tolero  
en la calle donde quiero  
á una principal mujer.

PIERRES.

Mas esta noche, señor ,  
despues que los palos diste  
á la ronda, y conociste  
que ver á doña Leonor  
no era posible, ¿porqué  
volvimos?...

REY.

Pierres , volví  
porque aquellos hombres vi.  
Ilusion y engaño fué.

PIERRES.

No fué, menguado, ilusion;  
tres bultos ví en realidad ,

REY.

que luego la oscuridad  
me ocultó.

PIERRES.

Tras un rincon  
de miedo se esconderian.

REY.

Pues si los torno á topar,  
vive Dios se han de acordar.

PIERRES.

Contigo no se metian.

*(Entra á arreglar la cama del rey.)*

REY.

¿Por qué, suerte rigorosa,  
ni un punto tus ciegas iras  
y el ceño con que me miras  
has de deponer piadosa?  
En mi dura situacion,  
en mi afanoso desvelo,  
pude lograr el consuelo  
de salir de esta prision,  
por breves ratos no mas,  
y al lado de Leonor bella  
dar al olvido mi estrella,  
¿y aun estorbándolo estás?  
y no te contentas, suerte,  
Y me pones por delante  
sospechas, que en un amante  
son peores que la muerte,  
porque en mi pecho afanoso  
quiere unir tu encono fiero  
el dolor de prisionero,  
y el martirio de celoso.

*(Queda en astigida meditacion.)*

PIERRES.

*(Volviendo á la escena.)*

¿Y á qué, decidme, señor,  
es este afan de salir?  
¿Acostarnos á dormir?  
no fuera mucho mejor?  
Cuando con tantos dineros,  
cadenas, y ricas joyas,  
y á fuerza de mil tramoyas  
logré ganar los arqueros;  
y despues del gran trabajo  
que nos costó taladrar  
esa pared, y encontrar  
salida hasta el piso bajo;  
pensé, juro á san Dionís,  
que era para luego luego  
tomar las de Villadiego,  
sin parar hasta París.  
Así las primeras noches  
que logramos escapar,  
me pensé que iba á encontrar  
caballos, literas, coches;  
mas nada, en espadachines  
y en galanes transformados



nos fuimos muy embozados  
 á rondar unos jardines.  
 Y luego á oscuras á entrar,  
 tropezando en escalones,  
 por desvanes y rincones,  
 tú con tu dama á charlar  
 y yo á charlar con la moza,  
 que segun es de ladina,  
 saldrá al fin de la cocina  
 en un burro y con coraza.  
 Yo... se la hubiera pegado  
 á este mastin de Alarcon.  
 (*Poniéndose en pié muy enojado.*)

REY.

Acaba tu relacion,  
 que me tienes mareado.  
 Eres villano sin seso,  
 y no sabes que las leyes  
 del honor para los reyes  
 son cadenas de gran peso.  
 Si pensaste cual ruin  
 que era mi intento fugarme,  
 cuando me viste afanarme  
 por salir de este confin;  
 ofendiste mi arrogancia,  
 que mi palabra he empeñado,  
 y jamás á ella ha faltado  
 el rey Francisco de Francia.  
 Del cielo el rigor esquivo  
 y la inícuca suerte mia  
 me rindieron en Pavía  
 al emperador altivo;  
 y en aquel campo perdí  
 todo, pero la honra no;  
 y no soy un hombre yo  
 que huyendo salga de aquí.  
 O con pactos ventajosos  
 á mi trono he de volver,  
 ó rescatado he de ser  
 por mis vasallos gloriosos.

PIERRES.

(*Humilde.*) No fué ofenderte mi intento...  
 A tus plantas perdon pido.  
 Mas no grites, que sí ha oído  
 tus voces, vendrá al momento  
 el furibundo vejete;  
 y como no puede en tí,  
 tal vez descargará en mí  
 la nube con un cachete.

REY.

PIERRES.

Pues no pienses necedades.  
 Señor, ¡si soy un pollino!  
 Cuanto pienso es desatino,  
 cuanto digo vaciedades;  
 mas que me gozo confieso

REY.  
 PIERRES.  
 en ser humilde villano.  
 ¡Por qué?

Porque puedo ufano  
 escaparme si estoy preso,  
 como lo hice allá sin mengua  
 de la bastilla en Paris,  
 cuando estuvo ya en un trís  
 sacarle al pueblo la lengua.  
 Y no por lladre, eso no;  
 sino porque vuestro ayo  
 me quiso colgar el sayo  
 de ser vuestro maqueró.—  
 Mas idos al lecho á prisa,  
 que empieza ya á amanecer,  
 y esta la hora suele ser  
 de la matinal requisa.  
 Y si el señor de Alarcon  
 nos ve tan empavesados,  
 listos y despavilados,  
 sospechará con razon.

REY.  
 (Empezando á desnudarse.)  
 Dices bien.—¡Ojalá el sueño  
 descienda á mí suave y manso,  
 y dé á mis penas descanso  
 con balsámico beleño.—  
 ¡Qué agena, Leonor, estás  
 de que tu don Juan soy yo!  
 ¡Qué agena...!—¡Mas qué sonó?  
 (Oyese ruido.)

PIERRES.  
 Que se acerca Satanás.  
 (El rey se va al lecho precipitadamente y Pierres con gran presteza apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finje que ronca.)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON.  
 (Deteniéndose al entrar.)  
 Maldito este oficio sea,  
 que no es para caballeros  
 andar en estas requisas  
 y vivir celando presos.  
 Me gusta á los enemigos  
 encontrarme cuerpo á cuerpo,  
 dando de maza y montante  
 golpe que cante el misterio;  
 y me aflige desarmados  
 en prision estrecha verlos,  
 donde se abate y se postra  
 el mas generoso esfuerzo.  
 El corazon se me parte  
 cada vez que á mirar vengo

si un rey tan grande y valiente  
 está postrado y sujeto.  
 Si ya empeñó su palabra  
 de no fugarse aun pudiendo,  
 y cual rey ha de cumplirla,  
 ¿para qué mas embelecos?...  
 Mas obedecer me toca  
 los soberános preceptos,  
 sin meterme á escudriñarlos:  
 resígnome y obedezco.

*(Se acerca con tiento á la alcoba y observa al rey que duerme.)*

¡Desdichado! ¡La fortuna  
 muy su contraria es por cierto!  
 Aunque he ayudado á vencerle,  
 me aflige en tal sitio verlo.—  
 ¡Lo que es ser robusto y joven!  
 De su infortunio tremendo  
 se olvida, y es venturoso  
 entre los brazos del sueño.

*(Se acerca á observar á Pierres.)*

Este socarron criado,  
 que es un tuno como un cerro,  
 tambien ronca á pierna suelta.  
 Muy buenas ganas le tengo.—  
 Mas pues que todo está en órden  
 y nada ofrece recelo,  
 duerman tranquilos y olviden  
 sus infortunios acerbos. *(Vase.)*

PIERRES.

*(Se va incorporando al paso que se retira Alarcon, y cuando este desaparece, se levanta y va como detras de él hácia la puerta.)*

Señor Alarcon, mil gracias,  
 por sus cortesés requiebros,  
 y por las ganas también.  
 Rebiente con ellas presto.  
*(Viene al medio de la escena.)*  
 En mi vida me ha cabido  
 dósis mas grande de miedo.  
 Temí que me saludaba  
 con un puntapié á lo menos.—  
 ¡Pues si oliera...! No hay cuidado.  
 Sepa, señor carcelero,  
 que le hacemos la mamola,  
 porque es un pobre mostrenco.  
 Y si otro fuera mi amo,  
 y no andara en devaneos,  
 chasco os llevarais tan grande  
 que os dejara patitieso.

*(Se acerca al lecho del rey.)*

Señor, ya se fué.—Durmióse.  
 ¡Pues no es mal cuajo por cierto!  
 ...Mas ha hecho bien á fé mia.  
 A seguir voy yo su ejemplo.



## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado de escribir, y EL CONDE de pie junto al sillón.*

- EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,  
con el alma lo deseo,  
el importante correo,  
ó mañana á mas tardar.
- CONDE. Tambien yo anhelo que venga,  
porque al cabo el compromiso...
- EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso  
es que fin, y pronto, tenga.  
Todo un rey, y un rey de Francia  
mas de un año prisionero  
es triunfo muy lisonjero  
á mi poder y arrogancia;  
pero tambien en verdad  
es ya embarazo forzoso  
para la paz y el reposo,  
conde, de la cristiandad.
- CONDE. Si ratificado viene  
el tratado, que en rigor  
á vuestro gusto es, señor,  
y á ambas coronas conviene,  
la paz queda asegurada.
- EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,  
vuelve Francisco á su trono,  
toda discordia olvidada.
- CONDE. ¡Y si orgulloso el frances  
arrollase ....
- EMPERADOR. No lo espero.  
Se precia de caballero  
el rey Francisco, y lo es.
- CONDE. Pero es la Italia una prenda  
de mucho empeño y valor.
- EMPERADOR. De la Italia soy señor:  
¡ay de aquel que la pretende!



Del imperio , ó de la España  
 siempre la Italia será ,  
 y en ella tres veces ya  
 se hundió la francesa saña.  
 Y con Pescára , Alarcon ,  
 el del Vasto , Juan de Urbina  
 Leiva , Santillana , Encina ,  
 y otros caudillos , que son  
 de esfuerzo y pericia soles ,  
 ¿ quién la Italia ha de pisar ?  
 ¿ Quién querrá el valor tentar  
 de los tercios españoles ?

CONDE.

Señor , con tales soldados ,  
 y tan nobles capitanes  
 todos vuestros sabios planes  
 verá el orbe realizados .

EMPERADOR.

Si , con española tropa ,  
 en quien yo mis glorias fundo ,  
 estrecho se me hace el mundo ;  
 con que ¿ qué será la Europa ?

CONDE.

Teneis razon que es estrecho ,  
 si recordais tanta hazaña  
 como las armas de España  
 en Indias hacen y han hecho .

EMPERADOR.

Pues si el plácido reposo  
 de la cristiandad consigo ,  
 verás á mis pies , amigo ,  
 el africano coloso .

CONDE.

¡ Oh ! plegue á la omnipotencia ,  
 que la morisma postrada ....

EMPERADOR.

Dad , conde , al alcalde entrada.  
 que espera hace rato audiencia .

CONDE.

( *Acercándose á la puerta .* )  
 El alcalde .

*Sale EL ALCALDE , hace una profunda reverencia , hince una rodilla en tierra e inclina en ella la vara .*

ALCALDE.

Emperador

siempre glorioso y augusto ,  
 mi rey siempre grande y justo ,  
 á vuestras plantas , señor ....

EMPERADOR.

( *Grave .* ) De la tierra , alcalde , alzá ,  
 y alzá la vara , que yo  
 acato tambien y no  
 la quiero en tierra . Llegad ;  
 ( *Se levanta y acerca el alcalde .* )  
 que porque en la tierra anduvo  
 anoche , mi celo os cita ,  
 pues hablaros necesita  
 de aquello que anoche hubo .  
 ¿ Qué desórdenes , decid ,

son esos que han ocurrido,  
y qué habeis vos permitido  
con escándalo en Madrid?

ALCALDE.  
EMPERADOR.

¡Señor!  
(*Severo.*) ¿Os parece nada  
que se turbe, donde asisto,  
el reposo, ¡vive Cristo!  
de la noche sosegada?  
¿Que se atropelle y se asombre  
á habitantes desarmados.  
que pasean descuidados;  
y esto solo por un hombre?  
¿Que á los que salen á dar  
inocentes alboradas  
se les dé de cuchilladas,  
sin amparo alguno hallar?  
¿Y qué á la santa justicia,  
á una ronda, á vos, en fin,  
se insulte, y se ofenda, sin  
atajar tanta malicia?...  
(*Turbado.*) Es cierto....

ALCALDE.  
EMPERADOR.

Nada digais.

Lo que anteanoche ocurrió,  
y lo que hubo anoche, yo  
lo sé mejor que pensais.  
Y sabed (puede os importe)  
que no quiero yo que en balde  
ronde á Madrid un alcalde  
de mi casa y de mi corte.  
Despejad.

ALCALDE.  
salir.)

(*Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al*  
*Turbado y loco*

salgo. Juro á Dios rondar  
mejor, y el yerro enmendar,  
ó tengo de poder poco. (*Vase.*)  
Entre Hernando de Alarcon.

EMPERADOR.

*Sale HERNANDO DE ALARCON y pone una rodilla en tierra.*

ALARCON.  
EMPERADOR.

César invicto, postrado....  
Alzad, valiente soldado.  
Llegad, noble campeon.

ALARCON.

(*Se levanta y se acerca.*)  
Viva el generoso rey,  
que se complace en honrar  
á un anciano militar.

EMPERADOR.

Es honrarlo justa ley,  
que un glorioso veterano  
y de fama tan suprema  
es puntal de la diadema,  
y apoyo del soberano:  
Es prenda de la victoria,  
de la juventud ejemplo;

y tiene altar en el templo  
de la sempiterna gloria.  
¿Cómo estais?

ALARCON.

Viejo, aunque fuerte,  
y harto ya de verme ocioso,  
que condenarme al reposo  
es condenarme á la muerte.

EMPERADOR.

ALARCON.

Pronto á Italia habeis de ir.  
Si está en paz aquella tierra,  
mandadme donde haya guerra,  
que es donde os puedo servir.  
Que aunque con esfuerzo me hallo  
para esgrimir el montante,  
llevándome por delante  
un escuadron de á caballo.

EMPERADOR.

De vuestro glorioso acero,  
arrojo y noble lealtad,  
buen Alarcon, en verdad  
aun muchos triunfos espero.  
¿Y el preso?

ALARCON.

Bueno, y alarde  
haciendo de su paciencia.

EMPERADOR.

ALARCON.

¿Lo visitais con frecuencia?  
Señor, por mañana y tarde,  
porque es precaucion precisa,  
y para mí dura, hacer  
requisa al amanecer,  
y al ponerse el sol requisa.  
De hacer vengo la postrera.  
¿Y cómo está?

EMPERADOR.

ALARCON.

Señor, es  
su alteza al cabo frances;  
y de condicion ligera.  
Algunas veces, muy pocas,  
está undido en el despecho,  
arrancado de su pecho  
lágrimas y voces locas;  
y á la tierra, y al abismo,  
y á los cielos amenaza;  
ropa y muebles despedaza,  
y se maldice á sí mismo.  
Pero á todo se acomoda,  
es afable, tañe, canta,  
con buen apetito yanta,  
y duerme la noche toda.  
Da voces de guerra y mando,  
cual si un escuadron rigiera,  
y rie con un cualquiera  
con su bufon embromando.  
Mas cuando habla de su madre  
y de Francia tierno llora;  
cosa que á mí me enamora,

- EMPERADOR.  
y que es justo que me cuadre.  
¿Y con vos?
- ALARCON.  
Siempre cortés  
me honra con noble atencion .  
y en trato y conversacion  
afable y discreto es.  
Y demuestra aficion mucha  
sobre guerra á platicar,  
y en esta materia hablar  
con gran atencion me escucha.  
¿Y de mí.... dice....
- EMPERADOR.  
Jamás  
le oí decir cosa ninguna,  
Se queja de su fortuna ;  
¿de vos?... No faltaba mas.  
Lo que me pasma es su aseo,  
y ver lo que se engalana,  
y lo mucho que se afana  
por el buen porte y arreo.  
Por las tardes , cual si fuese  
á algun sarao, señor,  
se atilda con tal primor...  
EMPERADOR.  
Uso de su tierra es ese.—  
¿Y de mí qué deseais ?  
ALARCON.  
Señor, en primer lugar  
veros, y humilde besar  
la mano con que me honrais ;  
y en segundo suplicaros ,  
como há un año lo reitero,  
me quiteis de carcelero:  
que no soy....
- EMPERADOR.  
En aliviaros  
de tan árdua comision  
no tardaré, descuidad ,  
que muy pronto en libertad  
quedará el rey, Alarcon.  
Mas en tanto....
- ALARCON.  
Obedecer  
me toca solo; aunque todos  
mis achaques de mil modos  
me dan en Madrid que hacer.  
Con la sedentaria vida  
la maldita gota crece,  
y ya se me reverdece  
una herida y otra herida.  
No es para mí la quietud.  
En los sitios y batallas ,  
vestido de duras mallas ,  
siempre gozo de salud.  
Cautivar reyes mandadme,  
y lo haré al punto, á fé mia ,  
como hace un año en Pavia.

mas de guardarlos libradme.  
 EMPERADOR. Poco tiempo os queda ya  
 de guardar tal prisionero.  
 La paz ventajosa espero  
 y todo se arreglará,  
 y con alto galardón,  
 aunque no cual mereceis,  
 á Italia regresareis,  
 buen Hernando de Alarcon.  
 ALARCON. Dadme á vesar vuestra mano.  
 EMPERADOR. Yo os la presento de amigo.  
 ALARCON. (*Besándola.*) Mil veces á Dios vendigo,  
 que nos dió tal soberano. (*Vase.*)  
 EMPERADOR. (*Al conde.*) No se hallará en todo el mundo.  
 un soldado mas cabal.  
 CONDE. Su lealtad es sin igual,  
 su valor es sin segundo.  
 EMPERADOR. ¡ En la antecámara, conde.  
 hay alguien que espere audiencia,  
 alguien que pida justicia  
 alguien que gracia pretenda?  
 CONDE. No señor, ya ha recibido  
 vuestra magestad escelsa  
 á cuantos la honra anhelaban  
 de veros.  
 EMPERADOR. (*Se levanta del sillón.*)

En hora buena:

Gracias á Dios, que cumplida  
 ya la obligacion estrecha,  
 que el cielo impone á los reyes  
 al ceñirles la diadema,  
 descansar un rato puedo  
 dando á los cuidados tregua  
 por el plazo de la noche;  
 que si tirante la cuerda  
 siempre tuviese, bien pronto  
 rompiérase la ballesta.  
 Estar siempre de aparato,  
 siempre en las altas esferas  
 de políticos proyectos,  
 combinaciones y empresas;  
 ya con la espada de Témis  
 siendo de los hombres regla,  
 ya con el rayo de Jove  
 amenazando á la tierra,  
 postra el ánimo mas grande,  
 rinde la mas noble fuerza;  
 que al cabo hombres somos todos  
 de frágil naturaleza.  
 Y diz que hasta el mismo Atlante,  
 que el firmamento sustenta,  
 aunque para esto tan solo



en medio de Africa reina ,  
descanso, anheló ; y gozose  
cuando Alcides se lo diera ,  
tomando un rato en sus hombros  
el orbe de las estrellas.

Vamos , pues , algunas horas ,  
olvidando las grandezas  
de trono, corona y cetro ,  
que tanto deslumbra y pesan ,  
á ser hombre y en la vida  
civil á lograr aquellas  
ventajas y diversiones ,  
que nunca á palacio llegan ;  
pues dijo bien aquel sabio  
que dijo, que reinar era  
la esclavitud mas penosa ,  
la mas dorada miseria.

CONDE.

No hay en Europa monarca  
que mas justamente deba  
disfrutar de algun descanso ,  
dar á sus cuidados tregua ,  
que vos, señor, á quienes nunca  
tales reposos enervan ,  
y que á estados tan diversos  
como os dió la providencia ;  
pues es ya vuestra corona  
un cúmulo de diademas ;  
vuestros desvelos abrazan ,  
vuestra vigilancia llega ,  
vuestras miradas se estienden ,  
y vuestra mano gobierna ,  
sin que falte la justicia ,  
sin que el orden se subvierta ,  
sin que un punto se descuiden  
su proteccion y defensa.

Descansad , que es conveniente ,  
descansad , invicto César ,  
si recobrais descansando  
para el mando mayor fuerza.

Y descendiendo á la vida  
civil un rato , encubierta  
la magestad , no tan solo  
gozar vuestro objeto sea ,  
sino examinar vos mismo ,  
por vos tambien , las diversas  
necesidades que afligen  
á los vasallos ; pues llegan  
tarde ó mal ó nunca al trono ,  
por lo que jamas encuentran  
el alivio que pretenden  
ni los remedios que anhelan.

EMPERADOR.

Decís bien , conde , y dichoso

yo en mis diversiones fuera  
 si nuevos conocimientos  
 para gobernar me prestan.—  
 Mas no hablemos de negocios,  
 que á los negocios dí treguas.  
 ¿Sabes tú que todo el día  
 fija he tenido la idea  
 de aquellos hombres que anoche  
 hallamos junto á la puerta  
 de doña Elvira, y que anhelo  
 saber quienes ellos sean?  
 ¿Y al cabo, señor, qué importan?  
 Que si á ver á Elvira fueran....  
 Ni tampoco en ese caso.  
 Yo no admito competencias.  
 ¿Pues no bajais á la vida  
 ordinaria?

CONDE.

EMPERADOR.

CONDE.

EMPERADOR.

CONDE.

EMPERADOR.

Y dime. ¿en ella,  
 ni en ninguna, en tales lances  
 amorosas se toleran?

CONDE.

EMPERADOR.

¿Con que estais enamorado?  
 No lo estoy, pero me empeña  
 la discrecion y hermosura  
 de Elvira. Y aunque no sea  
 amor, sino pasatiempo  
 lo que enredado me tenga,  
 aquellos dos hombres, conde,  
 en su calle me molestan;  
 que aun en amores de chanza  
 los celos matan de veras.  
 Pues yo estoy, señor, dispuesto,  
 y sin que nadie lo sepa  
 á limpiar la calle.

CONDE.

EMPERADOR.

Conde,  
 satisfecho no se queda  
 en estos lances de celos,  
 que al amor propio interesan,  
 si cuando hay que andar á golpes  
 se aplican por mano ajena.  
 Y ¿qué señor!... ¿vos?..

CONDE.

EMPERADOR.

Acaso  
 ¿no puedo lo que otro pueda?

Y descendiendo á la clase  
 de un particular es fuerza  
 que á las duras y maduras  
 de tal condicion me atenga.  
 Pero sois quien sois al cabo.  
 Pues te juro que desea  
 mi pecho algun lance de estos  
 en que lucir mi destreza.

CONDE.

EMPERADOR.

CONDE.

EMPERADOR.

Se ve, señor; que sois mozo.  
 Si lo soy, no es extrañeza

que, sin faltar á sagradas  
obligaciones, divierta  
el ánimo en tales cosas.  
Pronto en vida mas estrecha,  
mudando de estado, conde,  
me verás.

CONDE.

Pliegue á Dios sea  
pronto, que ya aguarda el mundo,  
señor, con justa impaciencia  
de tal leon los cachorros,  
que el dominio de la tierra  
aseguren para siempre  
en vuestra prosapia escelsa.

EMPERADOR.

Avanzada está la noche.  
Dí que me sirvan la cena  
en tanto que me disfrazo  
para ir á dar una vuelta.  
¿Saldré con vos?...

CONDE.

EMPERADOR.

No es preciso.  
Quédate aquí, y está alerta;  
y si llegase el correo  
que tanto nos interesa,  
irás á avisarme al punto,  
pues sabes dónde, y la seña. (Vase.)  
Solo obedecer me toca,  
señor, las órdenes vuestras.

CONDE.

## ESCENA II.

*Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces, y sale*  
DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR.

¿Si seré tan desdichada,  
como anoche ¡ay Dios! lo fui  
y estaré esperando aquí,  
para quedarme burlada?  
Aun nada he sabido, nada  
de lo que anoche ocurrió.  
El què la ronda encontró  
fué don Juan esto es lo cierto.  
Le importa estar encubierto...  
¿Pues por qué lo espero yo?  
Si otro encuentro ha de tener,  
si por mí ha de peligrar,  
no me venga, no, á rondar,  
no me venga nunca á ver.  
Paciencia sabre tener  
en la ausencia y el olvido,  
porque mi amor no es fingido;  
antes es tan puro y fuerte,  
que preferiría la muerte,

á verle comprometido.  
 Tambien el Emperador,  
 (que por mas que disimula  
 mi prima, aunque harto la adula,  
 es su amante rondador),  
 anoche ¡duro rigor!  
 vió á don Juan, y está celoso.  
 Esto me quita el reposo  
 y todo, todo lo temo,  
 que siempre hay peligro extremo  
 en turbar al poderoso.  
 Mas segun es esforzado  
 don Juan ¡ay triste de mí!  
 por venir á verme, sí,  
 todo lo espondrá arriscado,  
 Esto aumenta mi cuidado,  
 esto mi ansiedad mantiene,  
 esto afanosa me tiene;  
 y es tal mi dolor prolijo,  
 que si no viene me aflijo,  
 y me aflijo por si viene.  
 Aquella carta primera,  
 que me escribió este francés,  
 y que así rindió á sus piés  
 mi condicion altanera,  
 ¿era hechizo?... ¿rayo era?  
 ¿O con qué tinta encantada,  
 ¡cielos! estaba trazada,  
 que así el pecho me incendió,  
 que así el alma me robó  
 que así quede enamorada?  
 Y su talle, y su espresion,  
 y su hablar, y hasta el venir  
 á un Rey vencido á servir,  
 que es noble y gallarda accion;  
 cuanto en él vió mi atencion  
 todo me enciende y cautiva,  
 todo mi pasion aviva,  
 todo, cielos, me enloquece,  
 y tan solo me parece  
 que para amarle estoy viva.  
 Mas... ¿quién es?—Un caballero,  
 caballero de alta ley,  
 que tal lealtad á su rey  
 lo publica al orbe entero.  
 Y... sea quén fuere, le quiero,  
 y me quiere.—Loca estoy;  
 ni sé ¡ay triste! lo que soy  
 ni que ventura pretendo,  
 ni yo á mi misma me entiendo;  
 ciega y despeñada voy.

*Sale DOÑA ELVIRA.*

DOÑA ELVIRA. Esta noche venturosa  
vas, querida prima, á ser,  
y no tardarás en ver  
al que esperas amorosa.

DOÑA LEONOR. ¿Seré. Elvira, tan dichosa?

DOÑA ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?

DOÑA LEONOR. Porque del cielo el rigor  
se complace en perseguir...

DOÑA ELVIRA. No debes eso decir.  
Fué mera casualidad  
lo de anoche.

DOÑA LEONOR. Si, es verdad,  
mas se puede repetir.

DOÑA ELVIRA. No, prima. Ya está acostado  
nuestro tio, y puede entrar,  
sin que tenga que aguardar,  
en cuanto llege tu amado.

DOÑA LEONOR. ¿Y vendrá?...

DOÑA ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado?  
vendrá. Mas forzoso es  
encargarle que despues  
al salir no se detenga,  
no sea que el otro venga,  
y... Fuera espuesto, ya ves.

DOÑA LEONOR. Pues por el encuentro ya  
de anoche afligida estoy,  
y aun me recelo que hoy  
por él don Juan no vendrá.

*Sale LEONARDA.*

LEONARDA. Señora, en la calle está  
tu galan, hizo la seña,  
y baja á abrirle la dueña.

DOÑA LEONOR. ¡Ay! ¡gracias á Dios! Respiro.

DOÑA ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. *(Vase.)*

DOÑA LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

*Salen EL REY, PIERRES y ANACLETA.*

REY. ¡O mi encanto, ó Leonor bella!

DOÑA LEONOR. Un sueño se me figura  
veros aquí.

REY. El alma mia  
tambien de tal dicha duda.  
Una ilusion me parece,  
que mi contraria fortuna  
engañoso me presenta,  
para burlarla sañuda



- y agrandar con falsas dichas  
mis verdaderas angustias.
- DOÑA LEONOR. ¿Cómo habeis estado?  
REY. Como  
el universo si á oscuras  
veinte y cuatro horas pasase,  
sin ver el sol que lo alumbra.
- PIERRES. Nada exagera, señora.  
Mas permítele á mi sùcia  
boca que mejor te pinte  
el triste estado en que...
- REY. Escusa  
bufonadas.
- DOÑA LEONOR. No, dejadle.  
Sabeis que su humor me gusta.  
(*Se sienta y ofrece silla al rey.*)
- PIERRES. Pues con esa salvaguardia,  
por mas que mi señor gruña,  
allá voy; no á relatarte  
eso de orbe, sol y luna,  
de oscuridades, de luces,  
y otras gentiles locuras,  
que á personas de jüicio  
las joroban y estrangulan...;  
¿Pues qué dirás, majadero?  
Diréle, señor, en suma  
que has estado hecho un orate,  
un alma en pena, una grulla,  
y un camello.—Y tú, señora,  
que es cierto verás, si escuchas.  
Dí.
- DOÑA LEONOR.  
PIERRES. Ha querido, como loco,  
mi señor darme una tunda:  
ha roto muebles y espejos,  
y ha armado gentil trifulca.  
Cual alma del purgatorio  
ha sido la quinta angustia;  
diciendo que se quemaba  
el corazon y asaduras,  
ardiendo en un vivo fuego,  
que no le hacia ni una pupa;  
y que la dulce esperanza,  
mas dulce que miel ó azucar  
de veros hoy, lo alentaba,  
y la de gozar la suma  
gloria de este paraíso,  
viniendo á las plantas tuyas.—  
Toda la noche á pasado  
en un pie, como aseguran  
que el ave, que dije, suele;  
y toda en ropas menudas  
cerca de la lamparilla,

á cuya luz moribunda  
 ya repasaba tus cartas ,  
 ya una trenza hermosa y pulcra  
 besaba de tus cabellos ,  
 diciendo sandeces muchas. —  
 Lo del camello aqui encaja ,  
 que no es (Dios me guarde) injuria.  
 Hace veinticuatro horas  
 que está don Juan en ayunas ,  
 caminando en el desierto  
 de mil ideas confusas.  
 No comer en tanto tiempo ,  
 y sin dejar la andadura ,  
 vive Dios que lo hace solo  
 aquel animal. Discurra  
 ahora tu ilustre belleza  
 si son ó no inoportunas  
 mis cuatro comparaciones  
 con orate , ánima , grulla  
 y camello ; pues mi amo  
 los que estos cuatro hacer usan  
 lo ha hecho el tiempo que hace estamos  
 sin ver esa cara chusca.

REY.

DOÑA LEONOR.

No sé como os hace gracia.  
 Lo que me dice me adula.  
 ¿ Y me ha nombrado á menudo  
 vuestro señor ?

PIERRES.

¿ Eso dudas ?

Mas Leonores ha ensartado  
 que hay en las vendimias ubas ,  
 que hay letras en un proceso ,  
 que hay en un podenco pulgas.  
 Cuando á Leonorar se pone,  
 debe pensar quien lo escucha  
 que un siglo de perdonanza  
 logra por romana bula,  
 cada vez que Leonor dice  
 y que sus letras pronuncia.  
 No sueltes mas necedades.

REY.

( *Empieza á hablar aparte con doña Leonor.* )

PIERRES.

Ya no me queda ninguna ,  
 que el tesoro de mis chistes  
 en un momento se apura. —

( *A Leonarda.* )

LEONARDA.

Y tú , morena sabrosa  
 mas que ecijana aceituna ,  
 ¿ cómo lo pasé en tu ausencia ,  
 ni siquiera me preguntas ?  
 Señor gabacho , ya sabe  
 que soy muy de veras suya ;  
 y por sí , como su amo ,  
 tambien se viene en ayunas ,

conmigo hácia la cocina  
puede caminar si gusta,  
y topará con los restos  
de un ánade y de una trucha,  
y con un trago.

PIERRES.

LEONARDA.

PIERRES.

¡Alaéjos?  
Alaéjos del que hecha pullas.  
Eso pido, y buenas noches.  
Vamos allá, pese á judas,  
mientras mi amo y tu señora  
se atortolan y se arrullan,  
diciéndose desatinos,  
que amor sublime intitulan.

(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA.

(*Aparte.*) Ser tercera de señoras,  
aunque muy poco me gusta,  
es mi oficio; mas me pudre  
serlo de esta pelanduzca.  
Y el que se esconda con Pierres  
ni me coca ni me azuza,  
mas cuando va con Tomate  
me convierto en una furia.

DOÑA LEONOR.

ANACLETA.

No te duermas, Anacleta.  
Bien podeis estar segura,  
pues pasando mi rosario  
no me vence el sueño nunca.

DOÑA LEONOR.

Observa atenta á mi tio,  
no se despierte, trasluzca  
que no estamos acostadas,  
y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA.

(*Aparte, yéndose.*)  
Malditas sean estas tocas,  
y los cincuenta que abruman  
mis costillas, y convierten  
á una muger en lechuza.  
Pues con todo no me trueco  
por Leonarda, ni por... muchas  
otras aun mas estiradas.  
Y si tuvieran cordura  
los mozalvetes, sabrian  
que aunque parecemos tumbas  
las dueñas, con estos sayos,  
tenemos fresca la injundia,  
y el corazon, y unas carnes  
mejores que ahora se usan;  
que al cabo estas damiselas  
son solo unas aleluyas,  
y en quitándoles las joyas,  
los postizos y las mudas,  
con todos sus verdes años  
parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)  
¡Ay don Juan! Estoy tan loca

DOÑA LEONOR.

que lo que en el alma siento  
en este feliz momento  
no sabe espresar mi boca.

REY. ¿Es verdad cuanto me hablais?  
(*Con melancolia y vehemencia.*)

Mucho mas grande, Leonor,  
mucho mas grande mi amor  
es, de aquello que pensais.

DOÑA LEONOR. ¿Mas por qué tanta reserva  
sobre vuestro plan futuro,  
y ese misterioso muro  
entre los dos se conserva?  
Vuestro corazon inquieto  
á un no sé qué, que disgusta  
mi pecho, y que mi alma asusta,  
conozco que está sugeto.

REY. Y al pintarme vuestro afan,  
de que no dudo: una espina  
os punza, con que no atina  
mi pensamiento, don Juan.

(*Afligido.*) Es tan rara mi ventura,  
que amaros correspondido  
me tiene en un mar hundido  
de dolor y de amargura.

DOÑA LEONOR. Y ojalá, jamás os viera,  
y vuestro pecho jamás....  
Cada vez ¡ay cielos! mas  
aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy;  
un desdichado francés,  
que el alma rindió á tus pies  
y que solo....

DOÑA LEONOR. Muerta estoy...  
¿No sois caballero?....

REY. Si,  
mas que el sol.

DOÑA LEONOR. ¿Libre?

REY. Tambien.

DOÑA LEONOR. ¿No me amais?

REY. ( *Con vehemencia.* ) ¡Ay!... Sois mi bien,  
mi encanto, mi frenesí.

DOÑA LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?...

REY. Segurísimo, Leonor;  
y el deberos tanto amor  
es mi martirio el mas fiero,  
es mi gloria la mas alta,  
es mi pena la mas dura,  
es mi mas grande ventura,  
la que á los cielos me exalta.  
Es mi vida y es mi muerte,  
mi infierno, mi paraíso;  
que en mi pecho apurar quiso

- tantos contrastes la suerte.
- DOÑA LEONOR. Explicaos, que confundida  
me teneis en un abismo.
- REY. (*Despechado.*)  
¡Ay!... no me entiendo á mí mismo.  
Solo sé que sois mi vida.
- (*Queda doña Leonor muy abatida y llorando, y el rey continua aparte agitado.*)
- ¡Cielos! no quiero engañar  
á esta celestial muger.  
....? Y su amor he de perder?  
....¿Y la he de desesperar?  
No puede un rey poderoso  
lo que el esclavo mas vil.  
Mil coronas diera, mil,  
por ser de este angel esposo;  
mas fuerza es disimular.  
(*Alto.*) Leonor.... decid....
- DOÑA LEONOR. (*Llorando.*) No hay que os diga.
- REY. ¿Llorais?... Mi lengua maldiga  
el cielo, si os dió pesar.  
Os idolatro; os adoro,  
soy feliz si me amais vos;  
dejad al tiempo, y á Dios  
mis enigmas: no mas lloro.  
Venid, recobrad la calma  
y oiga yo ese suave acento,  
que es el bálsamo de viento  
y el encanto de mi alma.
- DOÑA LEONOR. (*Algun tanto recobrada.*)
- Vuestros misterios, don Juan,  
son un horrendo martirio.
- REY. Mi delicia, mi delirio,  
al cabo se aclararán.
- DOÑA LEONOR. ¿Para ser ambos dichosos?  
...¡Ojalá!
- REY. Sí, yo lo aguardo.  
Y á mi ardiente anhelo, tardo  
es el tiempo presuroso.—  
No hablemos mas de esto, no.  
¿Me amais vos? decid, ¿me amais?  
¿Y qué, don Juan, lo dudais?
- DOÑA LEONOR. (*Con mucha ternura.*)
- REY. Pues aun mas os amo yo.—  
(*Con aire ligero.*)  
Mi caracter, y lo raro  
de mi situacion, que al fin  
me obliga á ocultarme, sin  
mostrarme nunca al sol claro,  
porque de mi pobre rey  
tan desdichado el servicio  
exige, este sacrificio,  
y el cumplirlo es justa ley,



causan estos desvaríos  
de mi acalorada mente:  
y así salgo de repente  
con estos repentes míos.  
Cuidados grandes también....

Mas nada importa, Leonor,

( *Muy cariñoso* )

mi vida está en vuestro amor;  
sois mi tesoro ; mi bien.

DOÑA LEONOR.

Yo me hago cargo de todo ,  
don Juan , y no exijo nada ,  
porque un alma enamorada  
es de fácil acomodo.

Lo que llega á acobardarme  
es que por mí os espongaís....

REY.

Bella Leonor , no temais ,  
pues yo sé muy bien guardarme,

DOÑA LEONOR.

Anoche cuando el empeño  
con la ronda ; cual quedé !

REY.

Nada aquel encuentro fue ,  
nada , mi adorado dueño.

DOÑA LEONOR.

De ser quimerista alarde  
hacéis , don Juan.

REY.

( *Frio y disgustado* ) No por cierto ,  
pues no hubo otro desconcierto  
á vuestra puerta mas tarde.

DOÑA LEONOR.

( *Sobrecogida.* )

¿ Y por qué ?

REY.

( *Malicioso.* ) En cuanto pasó  
la ronda , torné hácia aqui.

DOÑA LEONOR.

¿ De veras ?

REY.

Y cosas ví  
que no quisiera ver yo.

DOÑA LEONOR.

( *Recelosa y asustada.* )

¿ Volvisteis ?

REY.

Volví , señora.

DOÑA LEONOR.

¿ Estais en vos ?...

REY.

( *Mortificado.* ) ¿ Os disgusta ?

DOÑA LEONOR.

( *Decidida.* )

Y mucho . porque me asusta.

REY.

( *Con viveza.* )

¿ Y por qué ?

DOÑA LEONOR.

( *Confusa* ) Por nada.

REY.

¿ Ahora

la misteriosa sois vos ?

DOÑA LEONOR.

( *Turbada.* ) ¿ Yo la misteriosa ?...

REY.

( *Resuelto.* ) Sí,

y no he de salir de aqui  
sin apurar , vive Dios ,  
qué causa vuestra sorpresa.  
Pensé no deciros nada ,  
mas al veros alterada

declararme me interesa.  
Ya disimular no puedo.  
Varias noches van que tres  
embozados....

DOÑA LEONOR. (*Con viveza.*) Cierto es.  
¿A la una?

REY. En punto.

DOÑA LEONOR. (*Asustada.*) ¿Ay qué miedo!

REY. ¿De qué?....

DOÑA LEONOR. Don Juan, sed prudente:

á la una nunca esteis,  
si de veras me quereis,  
en esta calle.

REY. (*Indeciso.*) ¿Esa gente....  
Es acaso....—¿Qué os altera?....  
Leonor!... Leonor!...

DOÑA LEONOR. (*Afligida.*) ¿Teneis celos?....  
Me ofendeis.—¿Tan poco, ó Cielos,  
conoceis mi fé sincera?

REY. Os amo.... en vuestro jardin  
hombres he visto á deshora....  
al deciroslo yo ahora  
se torna en gualda el carmin  
de vuestro rostro.... ¡Ay Leonor!

DOÑA LEONOR. Me poneis en duro aprieto.  
En todo esto hay un secreto....

REY. (*Enojado.*) Ya reconozco el rigor  
de mi contraria fortuna.

Si burlais mi confianza,  
¿quién despues tendrá esperanza,  
cielos, en muger ninguna?

DOÑA LEONOR. (*Afligida*) ¿Y dudais de mí?.... Pues no  
me faltaba ¡ay triste! mas.

REY. (*Con abatimiento y ternura.*)  
Divina Leonor, jamás.

Cuanto valeis lo sé yo.  
Mas ¡ay! aquietad mi pecho;  
del laberinto sacadme  
por vuestro amor, y dejadme  
consolado y satisfecho.

DOÑA LEONOR. ¿A vos, enigmas en todo  
y misterios?... Mas mujer  
soy, y sabemos querer  
las mujeres de otro modo.  
Advertidlo en cuanto hago.—

Tengo, don Juan, una prima...  
Vuestra discrecion me exima,  
si á los celos satisfago  
con esto, de descubrir...

REY. (*Confuso.*) No basta... ¿Encontrarme yo  
no pudiera...

DOÑA LEONOR. Don Juan, no,

sin tener ¡ay! que sentir,  
sin correr el riesgo mas  
espantoso.

REY.                                ¡Qué, el amante  
de esa prima es un gigante,  
ó es algun leon quizas?

DOÑA LEONOR. Es gigante. y es leon:  
eslo, don Juan; sí, creedme.

REY. Con eso lograis ponerme  
en mas dura confusion;  
y mas anhelo me inflama  
de buscarlo, vive Dios.

DOÑA LEONOR. ¡Pero quién os mete á vos  
con galanes de otra dama?

REY. (*Resuelto.*) Vos astuta me ocultais  
algo en esto; y dudo, y quiero  
descubrir con el acero  
lo que vos disimulais.

DOÑA LEONOR. Pues, don Juan, para aquietaros  
de una vez, aunque lo siento  
por mi prima, en el momento  
voy la verdad á esplicaros.  
De mi prima es rondador...  
A nadie lo revelad...

REY. (*Impaciente.*) Vamos, Leonor, acabad.

DOÑA LEONOR. Nuestro augusto Emperador.

REY. (*Pasmado.*) Eso es ya caso distinto.

(*Queda doña Leonor como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el rey como sobrecogido, dice aparte.*)

¡Cielos! ¡qué oigo?... ¡disfrazado  
he visto cerca, á mi lado  
al gran César Cárlos quinto?  
...¡Y mi necio corazon  
no me lo avisó?... ¡Dios mio!  
¡Ah!... de gozo desvarío.  
Hallé la ansiada ocasion.

DOÑA LEONOR. Habéis quedado de hielo.  
¿Veis ahora qué bien hacía  
en callar, y que tenia  
por vos muy justo desvelo?  
¡Ay si os hallase!

REY. (*Con gran soltura y jovialidad.*)  
No tal.

Al encontrarse conmigo,  
me abrazará como amigo  
su majestad imperial.

DOÑA LEONOR. ¡Qué cosas decís!... Tan presto  
vuestro carácter cambiais,  
y ya de burlas tratais  
con jovial y alegre gesto;  
ya profundo, sério, grave,  
de infortunios y disgustos,

de desgracias y de sustos.  
que lo que sois no se sabe,  
ni cosa posible es  
entenderos. ¡Ay de mí!

REY.

Decid, don Juan, ¿es así  
todo el que nace francés?  
Con diferencia muy corta;  
¿mas yo en qué me contradigo?

DOÑA LEONOR.

(*Apurada.*) ¿No es contradecirse, digo,  
que el que dice que le importa  
tanto, tanto el ocultarse,  
al emperador no tema,  
y diga con tanta flema  
que con él ha de abrazarse?  
Si hallarme con él conviene...

REY.

¿Mas conoceis...

DOÑA LEONOR.

¿Qué, Leonor?

REY.

¿Al augusto emperador?

DOÑA LEONOR.

El es quien aquí me tiene.

REY.

Dejad las burlas : decid,  
¿sabe, pues, su magestad  
quién sois?...

DOÑA LEONOR.

REY.

Por su voluntad

estoy viviendo en Madrid.

DOÑA LEONOR.

(*Levantándose incomodada.*)  
Hombre, todo confusiones,  
todo enigmas y misterios,  
que de disgustos tan serios,  
de tantas tribulaciones  
me estais abrumando el alma,  
¿qué de esta infeliz quereis?...

De mi amor mas no abuseis  
con esa malicia y calma.

Ya galán, ya enamorado,  
ya tierno, frívolo ya,  
indiferente quizá,

ya celoso, ya indignado,  
peligros fingiendo ahora,  
gran poder mostrando luego,  
uniendo el mando y el ruego,  
semblantes mil en un hora,  
¿quién os ha de comprender?

REY.

(*Arrojándose á sus pies muy rendido.*)

Oh soberana beldad,  
oh mi encanto, perdonad;  
ni yo me puedo entender.  
Tan solo sé que os adoro :  
si correspondido estoy,  
el mas venturoso soy,  
y vos mi único tesoro.  
Tuve celos, lo confieso,  
mas del pecho los borré,

porque quien sois Leonor , sé;  
y os amo con tal ésceso,  
que el aura sois que respiro.  
La vida que me sustenta,  
el encanto que me alienta,  
la sola dicha á que aspiro.

DOÑA LEONOR. (*Levantándolo con gran ternura.*)  
¡ Ah !... Levantad..., yo os lo ruego.

¡ Si tan dichosa lograis  
hacerme , por qué os gozais  
en atormentarme luego?

REY. Sí , os adoro.—Mas, Leonor,  
¿ no será acaso muy tarde?...  
porque es fuerza que me guarde  
no venga ya aquel señor.

DOÑA LEONOR. La primera vez es esta  
que tanta priesa mostrais.

REY. ¡ No sé cómo lo estrañais!

DOÑA LEONOR. ¿ Ya el estar aquí os molesta?

REY. (*Aparte.*) Ya deshaciéndome estoy.  
(*Alto.*) ¿ Pues dónde , dueño adorado,  
vivo sino á vuestro lado?

¿ Dónde venturoso soy ?  
Mas el sobresalto justo  
que de un encuentro teneis  
evitar quiero. Ya veis  
que mi anhelo es daros gusto.

*Sale ANACLETA apresurada.*

ANACLETA. Señora , que es tarde ya  
ha despertado el señor,  
y si siente algun rumor  
tal vez se levantará.

REY. ¿ Lo veis ?

DOÑA LEONOR. ¡ Oh don Juan! (*A Anacleta.*) Avisa.  
para que baje el criado  
sin estruendo y con cuidado,  
y dále á Leonarda prisa.

(*Vase Anacleta.*)

Y vos, don Juan por aquí,  
(*Le conduce à la puerta.*)

sin olvidar cuanto os quiero,  
y que de pena me muerdo  
cuando os separais de mí.

Y pues sois noble y discreto,  
de cuanto ós he revelado  
espero será guardado  
el mas profundo secreto.

Hasta mañana , id con Dios ,  
y retiraos con juicio:  
haced este sacrificio



REY. por los que yo hago por vos.  
 ¡ Oh Leonor angelical !  
 sois un celestial tesoro,  
 que con alma y vida adoro  
 con un amor sin igual.  
 (*Aparte.*) ¡ Qué peregrina muger !  
 Harto engañarla me pesa. (*Vase.*)  
 DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) ¡ Cuánto este hombre me interesa !  
 El seso voy á perder. (*Vase.*)

## ESCENA III.

*Calle de noche, y salen EL REY, y PIERRES cayéndose de borracho.*

REY. (*Enojado.*) ¡ Asi , vergante , vienes ,  
 que en pie derecho apenas te sostienes ?  
 Vive Dios que he de asparte ,  
 y la vil borrachera he de quitarte  
 á puros puntillones .  
 PIERRES. Hay tantos escalones....  
 y.... tantas lucecitas....  
 Leonarda.... ¡ son las ánimas benditas ?  
 REY. (*Sacudiéndolo del brazo.*)  
 ¡ Pierres !.... ¡ Pierres !.... ¡ Infame !  
 PIERRES. Todo cristiano esclame....  
 viva.... viva Alaéjos ;  
 ¡ qué sabor tiene , y qué sabrosos dejos !  
 REY. ¡ Bribon !...., mira... si...  
 PIERRES. ¡ Estorbo ?  
 Dame , chica , otro sorbo .  
 REY. ¡ Pues en muy buen instante  
 tiene tal borrachera este tunante !  
 PIERRES. Vamos....  
 REY. ¡ A donde ?  
 PIERRES. ¡ Toma !.... A la bodega .  
 REY. (*Dale un pescozon.*)  
 ¡ Pícaro !  
 PIERRES. No me empuge....  
 que el paso no se niega ;  
 y.... mire el alicruge....  
 REY. (*Trabándolo de un brazo.*)  
 Calla , bribon .  
 PIERRES. Leonarda ,  
 si en la bodega hay guarda...  
 yo... ¡ Que viva Alaéjos ,  
 aunque sepa á la pez de los pellejos .  
 Yo.... diré....  
 REY. (*Le da cachetes y empujones.*)  
 Toma , toma .  
 PIERRES. (*Cae al suelo.*)  
 ¡ Ay !.... ¡ cuánta luminaria !.... Ande la broma .

REY.

¡Mal hayan él y el vino!  
 Pretender levantarlo es desatino.  
 ¡Gran bribon! —Por fortuna  
 aun no ha dado la una.  
 Hasta el amanecer no he de tornarme  
 á la prision, pues tengo de encontrarme  
 con mi enemigo; y en durmiendo un rato,  
 volverá en sí tal vez el mentecato.—  
 Mas de esta calle en medio  
 va á servirme de estorbo sin remedio.  
 ¡A muy buena ocasion se ha emborrachado!  
 ....Arrimarlo hácia un lado,  
 detras de alguna esquina junto al muro,  
 será mas conveniente y mas seguro.

(*Se inclina á tierra, hace varios esfuerzos por levantar á Pierres, y no pudiéndolo conseguir, lo lleva arrastrando por los pies al fondo del teatro, donde lo deja á la vista.*)

¡Pícaro!.... ¡Lo que pesa!.... Si contigo  
 el infierno cargara.... Yo maldigo  
 á la humana criatura  
 que se atreve á beber mas que agua pura;  
 porque un borracho infama  
 cuanto en el orbe racional se llama.

(*Vuelve al medio de la escena, y se pasea en silencio un instante, continuando despues de breve pausa.*)

No de armados ejércitos al frente,  
 del mundo asombro, á quien concede ó niega,  
 por capricho, el triunfar fortuna ciega,  
 humillando tal vez al mas valiente,  
 sino solo y sin nombre, aquí impaciente  
 tu valor mano á mano á probar llega,  
 (que á un lance oscuro su venganzá entrega)  
 mi noble arrojo, ó Carlos prepotente.  
 Nada me importa, nada, de Pavía  
 el desastre, ni el verme prisionero,  
 si nuestro aventajarte en bizarría;  
 si aquí de caballero á caballero  
 rinde á mis plantas hoy la espada mia  
 á tí dominador del orbe entero.

(*Se pasea, y luego se para de pronto.*)

Oigo pasos.—Vienen dos.

¿Si será?.... Será sin duda.

¡Oh suerte! mi esfuerzo ayuda.—

El es, si, gracias á Dios.

Me retiraré á este lado

para dejarle llegar.

(*Se retira.*)

*Salen embozados* EL EMPERADOR y TOMATE.

EMPERADOR.

*Deteniéndose á la salida.*)  
 Un hombre he visto cruzar.

TOMATE. Allí enfrente está parado.  
 EMPERADOR. ¡Uno solo?  
 TOMATE. (*Observando.*) Señor.... sí.  
 EMPERADOR. Pues quedate tú, entre tanto  
 que yo solo me adelanto,  
 y no te muevas de aquí.  
 TOMATE. Señor, mientras uno sea...  
 EMPERADOR. Tomaté, aunque fueren ciento,  
 basta mi espada y mi aliento.  
 TOMATE. ¡Y si se armase pelea...?  
 EMPERADOR. (*Resuelto.*) Quieto tú sin respirar.  
 Si á darme ayuda te atreves,  
 si un paso de aquí te mueves,  
 vive Dios que te hago ahorcar. (*Se adelanta.*)  
 TOMATE. (*Aparte.*) No me moveré, á fé mia,  
 aunque el encargo no hiciese;  
 y si acaso me moviese  
 para ir mas lejos seria.  
 REY. (*En voz alta.*)  
 ¡Ah buen hombre!  
 EMPERADOR. (*Con sorna.*) ¡Nada mas?  
 REY. ¡Hidalgo!  
 EMPERADOR. Mas alto estoy.  
 REY. ¡Caballero!  
 EMPERADOR. Sí.—Lo soy.  
 REY. Volved al momento atrás.  
 EMPERADOR. ¿Y eso quién lo manda?  
 REY. (*Adelantándose resuelto.*) Yo.  
 EMPERADOR. Pues yo me empeño en pasar.  
 REY. Será despues de lidiar,  
 que de otra manera no.  
 EMPERADOR. (*Con calma.*) Y el valiente, ¿es caballero?  
 REY. (*Con calor.*) Tanto, lo juro, cual vos.  
 EMPERADOR. Pues entonces, voto á Dios,  
 ¿por qué está ocioso el acero?  
 REY. (*Desenvaina la espada.*)  
 Ya en mi diestra ardiendo está,  
 rayo de la quinta esfera.  
 EMPERADOR. (*Desenvaina la espada.*)  
 Pues ya mi espada lo espera,  
 y ese rayo apagará. (*Riñen.*)  
 REY. (*Aparte, y riñendo.*)  
 ¡Qué corazón!.... ¡qué destreza!  
 Merece el cetro del mundo.  
 EMPERADOR. (*Aparte.*) ¡Qué denuedo sin segundo!....  
 Persona es de gran nobleza.  
 REY. (*Aparte.*) Con trabajo mede fiendo.  
 EMPERADOR. (*Aparte.*) Este hombre á herirme no tira....  
 Solo á desarmarme aspira.  
 REY. (*Aparte.*) No logro lo que pretendo.  
 TOMATE. (*Desde su puesto.*) Señores, la ronda viene.

- REY. (*Retirando la espada.*)  
¿La ronda?
- EMPERADOR. (*Observando un momento.*)  
La ronda es.  
Dejad que pase, y despues....
- REY. (*Envaina la espada.*)  
De ella salvarme conviene.  
Y pues tan señor os ví,  
y que lo soy no dudais,  
espero no permitais  
que me persigan á mí.  
Quedaos, que vos no temeis  
el que aquí la ronda os halle;  
y mañana en esta calle  
por la noche me hallareis. (*Vase.*)
- EMPERADOR. Confuso quedo á fe mía.  
¿Quién es, cielos, este hombre?...  
No es extraño que me asombre  
tal destreza y valentía.  
Sabe quien soy: claramente  
al partir me lo indicó.  
.....¡Dios eterno!... ¿Será?... No.  
Es imposible.
- TOMATE. (*Acercándose.*)  
Esa gente.
- EMPERADOR. Llega ya.  
(*Envaina la espada.*)  
Guardo la espada.  
Mantente quieto á mi lado  
en el gaban embozado,  
y no respondas á nada. (*Se emboza.*)
- ALCALDE. (*Dentro.*) Cercadlos, cercadlos luego.  
Ninguno se ha de escapar,  
y si lo osan intentar  
usad las armas de fuego.  
Nada vuestro ardor reporte;  
pues vive el rey, que no en balde  
ha de rondar un alcalde  
de su casa y de su corte.

*Sale EL ALCALDE con ALGUACILES y ronda con linterna, y rodean la escena, quedando en medio de ella embozados y en silencio el Emperador y Tomate.*

- ALCALDE. (*Mostrando la vara.*)  
A la justicia os rendid.
- EMPERADOR. (*Sin descubrirse*)  
A la justicia rendidos  
estamos.
- ALCALDE. (*A los alguaciles.*)  
Reconocidos  
sean al punto. Sus, venid  
con la linterna.



- EMPERADOR. Os suplico,  
señor alcalde, seais  
vos quien me reconozcais.
- TOMATE. (*Aparte.*) Se va á quedar tamañico  
(*Toma el alcalde la linterna, la acerca al Emperador, este se desemboza y el al-  
calde cae de rodillas, y lo mismo toda la ronda.*)
- ALCALDE. ¡Cielos!... ¡El emperador!!!
- EMPERADOR. (*Con gravedad despues de breve pausa.*)  
Alcalde, del suelo alzado,  
alce la ronda, y callad.  
(*Se levantan todos.*)
- ALCALDE. Perdon os pido, señor,  
si he disturbado...
- EMPERADOR. No, á fé.  
Antes estoy satisfecho  
de todo cuanto habeis hecho,  
y ese celo premiare.
- ALCALDE. Yo.. cuchilladas creí  
escuchar hácia este lado...
- EMPERADOR. No os habeis equivocado,  
sonaron, alcalde, sí;  
porque á propósito yo  
con este mozo el ruido  
hice, por ver advertido  
si vigilabais ó no.
- ALCALDE. (*Ufano.*) La vigilancia es mi norte.
- EMPERADOR. Con gusto ví que no en valde  
ronda á Madrid un alcalde  
de mi casa y de mi córte.  
No os detengais, continuad.
- ALCALDE. Señor, ¿quereis que con vos...?
- EMPERADOR. No, buen alcalde: id con Dios.  
(*El alcalde y toda la ronda hacen reverencia y van á marchar por el lado por  
donde se fue el rey. El emperador los detiene y les indica el lado opuesto.*)
- EMPERADOR. Por aquella calle echad.  
(*Vanse el alcalde, alguaciles y ronda.*)
- EMPERADOR. No se quejará á fé mia  
mi contrario de que no  
le guardo la espalda yo,  
cual pide su valentia.
- TOMATE. Señor ¿quién será ese bravo?
- EMPERADOR. No lo sé, ni hay quien lo diga.
- TOMATE. Que la ronda le persiga,  
y dará con él al cabo.
- EMPERADOR. No, que grave infamia fuera.  
Mañana le encontraremos,  
y...
- TOMATE. ¿Qué? ¿Otro lance tendremos?
- EMPERADOR. Me dijo que aquí me espera.—  
Mas recoge el bandolin,  
que aunque me parece tarde,  
temo que mi Elvira aguarde,



- y llegar quiero al jardin.  
TOMATE. (*Va como á recoger el bandolin y un ronquido ó bostezo de Pierres le detiene.*)  
Señor... ¿no escuchaste?
- EMPERADOR. ¿Qué?
- TOMATE. (*Asustado.*) Por aquí un hombre ha de estar.
- EMPERADOR. (*Escuchando.*) Cierto. Le oigo respirar, mas ningun bulto se vé.
- TOMATE. Tal vez junto á alguna puerta...
- PIERRES. En redor examinemos...  
(*Buscan cada uno por distinto lado.*)
- TOMATE. (*Tropezando con Pierres.*)  
Señor aquí lo tenemos.  
Es una persona muerta.
- EMPERADOR. (*Acercándose.*)  
¿Muerta?
- TOMATE. No, que es un borracho.  
Está en un lago de vino  
revolcándose el cochino.  
Será algun perro gabacho.
- EMPERADOR. ¿Si habrá entendido...
- TOMATE. Imposible.  
Es un tronco.—Hola, tonel.  
(*Le da con el pie.*)
- PIERRES. (*Revolcándose.*)  
Arre allá que escupo hiel,  
y tengo un vino terrible.
- TOMATE. ¡Ay señor! que es francés  
del rey de Francia el bufon.
- EMPERADOR. (*Sorprendido.*) ¿Qué dices... ¡Oh confusion!
- TOMATE. Sí, lo reconozco; él es.
- EMPERADOR. El es, y su amo sin duda  
quién conmigo ha peleado...!  
Fuerza es ya que á este menguado  
para indagar algo acuda.  
(*Acércase á Pierres.*)  
Hola, levante el bribon.  
Quién es al punto nos diga.
- PIERRES. (*Quedando sentado en el suelo, despues de muchos esfuerzos.*)  
Poco á poco... á mi me obliga  
solo... el señor Alarcon,  
Pues yo soy. ¿Cómo está aquí?
- EMPERADOR. Bebido.
- PIERRES. (*Sosteniéndole.*)  
¿Gran animal!
- PIERRES. Porque puede cada cual...  
Y... al cabo... ¿quién manda en mí?  
Pues con jamon y aláejos...  
cualquiera... Digo... ¿me entiende?  
cualquiera... cuando descende  
de padres cristianos viejos...
- EMPERADOR. No contesta acorde á nada.

TOMATE. ¡Cuál está!

EMPERADOR. Diga ¡y su amo?

PIERRES. Viéne de noche... al reclamo  
de una niña remilgada.

EMPERADOR. ¿De quién?

PIERRES. Muy linda es Leonor.

EMPERADOR. ¿Quién?

PIERRES. Y yo... y todo.... la doncella  
Leonarda.... tambien muy bella,  
Elvira.... Comendador....  
Anacleta....

TOMATE. (*Al emperador.*)

EMPERADOR. ¿No lo escuchas?

PIERRES. Harta luz nos está dando,  
y voy con ella aclarando,  
Tomate, verdades muchas.

TOMATE. Preguntad.

EMPERADOR. ¿Y el rey?

PIERRES. ¿Ahora?

TOMATE. No sé...., que yo.... en el fogon  
de Leonarda....

EMPERADOR. ¿Qué bribon!

PIERRES. y ella ¡qué infame traidora!

EMPERADOR. (*Con impaciencia.*)

PIERRES. ¿Dó está el rey?

TOMATE. (*Agarrando de una oreja á Pierres.*)

PIERRES. Dilo, gabacho.

EMPERADOR. Señor Alarcon.... afloje  
y la oreja no me moje,  
.....que se me ajuma el mostacho.

PIERRES. Dime... ¿tu amo...?

EMPERADOR. Ahí estará,  
....ó...en la torre... Mas de un mes  
salimos así... Despues  
volvemos ambos allá.

EMPERADOR. (*Desesperado.*)

PIERRES. Te voy á matar, tunante.

TOMATE. ¡Quia! (*Se vuelve á tender.*)

PIERRES. (*Levantandolo y poniéndolo de pie.*)

TOMATE. Levanta.

PIERRES. Ya voy... só.

TOMATE. (*Sin sollarlo.*)

PIERRES. Tente, Pierres.

EMPERADOR. Ese es yo.

PIERRES. (*Lo empuja.*) Anda, pícaro, adelante.

TOMATE. (*Vuelve á caerse Pierres.*)

EMPERADOR. (*Aparte paseándose.*)

PIERRES. Ya todo está descubierto;  
y es sin duda el rey de Francia,  
el que con tanta arrogancia  
aquí me buscó encubierto.  
Y no es la noche primera.

que ha salido de la torre;  
 es quien las calles rocorre  
 armando tanta quimera,  
 y es tambien el rondador,  
 que tantos celos me daba.  
 .....¿Doña Elvira lo ignoraba,  
 y tambien Doña Leonor...?  
 ¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado...?  
 .....¿Por qué al bufon dejó asi...?  
 .....¿Cómo otras noches, de aqui  
 habrá á la torre tornado?  
 ¿Mas... Hernando de Alarcon...  
 —Hasta que amanezca el día  
 no cesará el ansia mia  
 ni mi inquieta confusion.

(Pausa.)

Aunque esta noche haya vuelto,  
 como hizo las anteriores,  
 ¿quién aquieta mis temores,  
 de qué, á fugarse resuelto,  
 no lo verifique acaso  
 mañana mismo, de modo  
 que dé en tierra mi plan todo?  
 Fuerza es atajarle el paso,  
 y aunque á fuer de caballero  
 debo esperarle mañana,  
 la diadema soberana  
 me impone un deber primero.  
 Su fuga, antes del tratado,  
 á la Europa conmoviera,  
 y la Europa toda entera  
 su reposo me ha fiado.  
 De caballero á la ley  
 no por esto he de faltar;  
 pues juro le he de retar  
 de hombre á hombre y rey á rey.  
 Despues que esté libre y fiero,  
 cuando no sospeche el mundo  
 que mi valor sin segundo  
 se ejerce en un prisionero.

(Despues de breve pausa dice á Tomate.)

Tomate, carga con él.

Pues si la ronda volviese,  
 y cual debe lo prendiese....

Que se lo lleve Luzbel.

No, que es fuerza prevenir  
 un empeño. Allá en la esquina,  
 que está á la torre vecina  
 lo puedes dejar dormir.

Pues conviene no recuerde  
 que con nosotros habló.

Nada recordará, no,

TOMATE.

EMPERADOR.

TOMATE.

TOMO IV.

EMPERADOR.

que está su zorra muy verde  
(*Hace esfuerzos para cargar con Pierres.*)  
Y cuidado con guardar  
secreto de cuanto has visto.  
Si se sabe, vive Cristo,  
te mando al momento ahorcar.

## JORNADA TERCERA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el*  
REY solo.

REY.

*(Se pasea.)*

No ha sido poca fortuna  
que ese pícaro vergante  
no me haya comprometido  
con su borrachera infame.  
Por mas que me ha asegurado  
que no lo habia visto nadie,  
que no habló á ningun viviente  
mientras estuvo en la calle,  
y que se vino á la torre  
antes que el alba sonase;  
he pasado todo el dia  
hundido en ansias mortales.  
Mas pues que llega la noche  
sin incidente notable,  
pienso que verdad me ha dicho,  
y mi temor se deshace.  
Y pues nada se trasluce  
de mis nocturnos solaces,  
solo anhelo ya la hora  
de verme libre en la calle:  
que esta noche mas que nunca  
me es el salir importante,  
y obligaciones me llaman  
de que no puedo escusarme,

*(Pausa.)*

¡ Qué prodigio de hermosura !  
¡ qué portento de donaire !  
¡ qué asombro de entendimiento !  
¡ qué tesoro de bondades  
es doña Leonor !.... La adoro,  
y el corazon se me parte  
al ver que me corresponde  
con la candidez de un ángel;



pues lo mismo que seria  
 la dicha mas inefable ,  
 la ventura mas preciosa ,  
 la felicidad mas grande  
 para mí, si rey no fuese ;  
 ser yo rey lo torna y hace  
 mi mas terrible martirio ,  
 mi infierno mas espantable ,  
 poniendo entre ambos ¡ oh suerte !  
 una barrera de tales  
 circunstancias , que es de bronce  
 para impedir nuestro enlace ,  
 y es de cristal trasparente  
 para que yo los quilates  
 de su virtud y hermosura  
 mire , mida , aprecie y ansie.—  
 —La corona adorna y ciñe  
 la cabeza , pero parte  
 el corazon y lo aprieta ,  
 y su rico cerco es cárcel  
 de los efectos del alma,  
 de do no pueden fugarse.

(Pausa.)

¡ Ojalá nunca mis ojos  
 vieran cruzar esta calle  
 á Leonor ! ¡ Nunca mis cartas  
 hasta su cielo llegasen !  
 Pensé que burlar podia  
 y distraer mis pesares ,  
 sin interesar mi pecho  
 con ella , porque ignorante  
 no conocia los dotes  
 que la adornan celestiales.  
 No , no merece Leonor ,  
 tan discreta , tan amable ,  
 tan tierna , tan expresiva ,  
 tan honesta y tan amante ,  
 que mas fingimientos use ,  
 que por mas tiempo la engañe ,  
 perdiéndola en esperanzas  
 que no pueden realizarse.—  
 Mas ¡ cielos !.... ¿ como aventuro  
 el decirlo... el declararme?...  
 .....Envenenado cuchillo ,  
 que el corazon va á rasgarle  
 serán ¡ ay Dios ! mis palabras ;  
 porque desengaños tales  
 que un encanto de delicias  
 y de ilusiones deshacen ,  
 destrozan aun mas que curan ,  
 y mas que alivian abaten.—  
 Y yo ¡ con cuántos martirios ,

congojas, penas, afanes,  
 ansias, tormentos, dolores,  
 llantos, despechos, pesares  
 daré paso á una palabra,  
 y acentos con ella al aire,  
 que al tiempo que á Leonor hieran,  
 es fuerza que á mí me maten!  
 Mas preciso es resolverme,  
 que el fingimiento es ya infame.  
 Y perderse debe todo,  
 y todo sacrificarse  
 por salvar la honra y el nombre,  
 y prevenir un desastre.—

(*Se pasea.*)

Esta obligacion cumplida,  
 saldré sin que lo retarde  
 á ver si acaso consigo  
 darle fin al raro lance,  
 que dejé empeñado á noche.  
 ¡Mal hayan ronda y alcalde;  
 que á lo mejor me estorbaron  
 dar realidad á mis planes.—  
 ¡Y qué bien la espada empuña  
 el Cesar! ¡Qué bien combate!  
 Por mas esfuerzos que hice  
 fué imposible desarmarle.—  
 Apuremos esta noche,  
 que sin duda ha de esperarme,  
 pues quien soy no ha traslucido,  
 ni quien le ha retado sabe,  
 si aun me es contraria fortuna,  
 ó si está ya de mi parte.

*Sale PIERRES.*

PIERRES.	Ya que la tarde pasó sin ocurrir novedad, vereis, señor, que es verdad cuanto os he contado yo.
REY.	Caila, Pierres, calla, vil. A ti y al vino maldigo.
PIERRES.	¡Y ¡qué! vuestra alteza ,digo, le echa acaso en el candil?
REY.	No vengas con gracias, ea, que para gracias no estoy.
PIERRES.	Callaré puesto que hoy tan alta está la marea.
REY.	Trae luces, que ya anochece y no tardará. Alarcon.
PIERRES.	En cuanto da la oracion como vestiglo aparece. ( <i>Vase.</i> )
REY.	Si hoy dejo desengañada

á Leonor, y á todo trance  
 doy el fin que busco al lance,  
 quitando al Cesar la espada,  
 no salgo mas. ¿Para qué  
 si soy tan desventurado,  
 que solo penas he hallado  
 en lo que alivios busqué?—  
 —La paz por horas aguardo.  
 No sé si mi madre halló  
 algun reparo, ó si urdió  
 el Cesar nuevo retardo.  
 Hasta ver su conclusion  
 á salir de aqui no vuelvo,  
 que á esperarla me resuelvo  
 con paciencia en mi prision.

*Vuelve PIERRES con dos candeleros, que pone sobre la mesa.*

PIERRES. Ya teneis aqui las velas  
 y, si yo no me equivoco,  
 al viejo dentro de poco,  
 que oigo sonar sus espuelas.  
 REY. (*Se sienta.*) Ahora me asegurare  
 por su semblante y su hablar,  
 si es que del todo aquietar  
 tantas zozobras podré.

*Sale HERNANDO DE ALARCON.*

ALARCON. (*Con mucho respeto deteniéndose.*)  
 ¿Vuestra alteza me permite...  
 REY. (*Levantándose.*) Entrad, señor de Alarcon.  
 ¿Quién á tan noble varon  
 con grande placer no admite?  
 ALARCON. (*Adelantándose.*)  
 Siempre me honra vuestra alteza.  
 REY. Siempre os estimo y venero,  
 como á valiente guerrero  
 dechado de la nobleza.  
 Sentaos. (*Sientase el rey.*)  
 ALARCON. Mil gracias os doy.  
 De pie, como es justa ley  
 estar delante de un rey,  
 para serviros estoy.  
 ¿Y cómo ha pasado el dia  
 vuestra alteza?  
 REY. Triste asaz.  
 ALARCON. Acaso pronto la paz  
 vendrá á darle la alegria.  
 ¿Y vuestra alteza ha comido  
 con apetito?  
 REY. Tal cual,

- mas siempre se come mal,  
á esta quietud reducido.
- ALARCON. Pronto en libertad, señor,  
gozareis,...
- REY. Dios lo permita;  
que ya se agosta y marchita  
de mi juventud la flor.
- ALARCON. ¡Vuestra alteza ha menester  
algo, ó exige de mi  
algun servicio...? Que aqui  
obsequiarle es mi deber.
- REY. Con mi gratitud contad,  
alcaide cortés y humano:  
pero no está en vuestra mano  
lo que ánsio, mi libertad.
- ALARCON. (*Aparte.*) Se me parte el corazon,  
mas no atisbe mi flaqueza.  
(*Alto.*) ¡Me manda algo vuestra alteza?  
(*Levantándose.*) Buenas noches, Alarcon.
- (*Alarcon registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)
- PIERRES. Echa llaves y cerrojos,  
viejo cara de vinagre.  
¡No te comiera el usagre  
desde los pies á los ojos!
- REY. Ese anciano vale mucho.  
Habla de él con mas respeto.
- PIERRES. Será excelente sugeto,  
mas tiene cara de chucho.  
Y en un año que aqui asisto  
ni tan siquiera una vez  
su rostro de airado juez  
con una sonrisa he visto.
- REY. Es cierto que nunca rie.
- PIERRES. Pues de rostro tan extraño  
que vive sin risa un año,  
el demonio que se fie.  
Y tiene las fieras garras  
mas que su semblante duras.  
Aun conservo mataduras  
de aquella tarde de marras.
- REY. ¡De qué tarde, majadero?
- PIERRES. De aquella en que me agarró  
este brazo, porque no  
me quité pronto el sombrero.
- REY. Hizo bien, que el heroismo  
con que noble resplandece  
gran veneracion merece,  
y se la tengo yo mismo.—  
Mas pues quiso la fortuna  
que tu traidora embriaguez  
no haya tenido esta vez

mala consecuencia alguna ;  
vámonos pronto á vestir,  
que yo esta noche quisiera ,  
por si acaso es la postrera ,  
algo mas pronto salir. ( *Vanse.* )

## ESCENA II.

*Calle, de noche.*—*Salen EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE, embozados.*

- EMPERADOR. Espera , Conde, un momento,  
que pues tan solo de ti  
los proyectos he fiado  
que esta noche he de cumplir,  
aun tengo otro encargo nuevo  
que darte, si en el jardin  
logro entrar para que tenga  
todo término feliz.
- CONDE. Señor, tan solo serviros  
es lo que me toca á mí ,  
dándome por muy dichoso  
si acierto siempre á cumplir  
vuestros supremos deseos.  
Seguro de esto vivid.  
Ya está advertido el alcalde  
y vendrá sin falta aqui  
al primer aviso.
- EMPERADOR. Conde,  
supongo que ignora el fin ,  
y que sin órdenes tuyas  
nada , nada hará por sí.
- CONDE. Nada , señor.
- EMPERADOR. Suele el celo  
importuno destruir  
los mas concertados planes  
del ingenio mas sutil ,  
y temo....
- CONDE. No temais nada.  
No dará un paso sin mí.
- EMPERADOR. Yo en tu lealtad y secreto  
apoyo , conde, este ardid  
con que empeños grandes tengan  
seguro y honroso fin.—  
Y tú , Tomate , ¿ aseguras  
que con su saya y mongil  
y sus reverendas tocas,  
de veras nos va á servir,  
sin vendernos, esa dueña ?
- TOMATE. Segurísimo estoy , sí,  
porque he sabido enredarla  
con mas artes que Merlin.



EMPERADOR.

Repite, porque oiga el conde,  
como te has compuesto.

CONDE.

Dí.

TOMATE.

*(Se desemboza.)*

Empezé, señor mi ataque  
llamándola Serafin,  
y diciéndole amoroso  
que era su cuello marfil,  
perlas sus dientes, su rostro  
azucenas y carmin;  
y á una maraña de canas,  
que tizna con súcio hollin,  
la llamé, Dios me perdone,  
madeja de oro de ofir.  
Mas lo que la puso loca  
(Tanto que estuvo en un tris  
que una carcajada mia  
descompusiera el ardid)  
fué el decirle yo muy sério  
que era mas fresca que abril;  
y que unos treinta tendria,  
pero treinta sin cumplir.  
Ya me la juzgué rendida;  
mas cuando empecé á decir  
que á una invención me ayudara,  
para entrar en el jardin  
con dos ó tres amigotes  
esta noche misma, sin  
que nadie, nadie lo oliese;  
se me rechifló, y hostil  
á mis proyectos se opuso,  
mas brava que un puerco-espin.  
Torné á la carga, mostréla  
el bolson con los dos mil,  
y por remachar el clavo,  
(que fué ocurrencia feliz)  
tuve, señor, la osadía  
(Dios me la perdóne, sí)  
de ofrecerle ser su esposo,  
con seis mil maravedís  
de renta, porque la amaba  
con ardiente frenesí.

EMPERADOR.

*(Riendose.)* Gran valor fué ciertamente,  
que no lo tuviera el Cid;  
porque la tal dueña, conde,  
no es mujer; es jabali.

CONDE.

Ocurrencias de Tomate.  
¿Y ella consintió? decid.

TOMATE.

Á la voz de casamiento  
y del oro al retintin,  
¿cómo pudiera la bruja  
ni un instante resistir?

Mas mansa que una cordera  
dijo, que solo por mí,  
pues estaba muy prendada  
de mi persona gentil,  
á todo se prestaria;  
como con siniestro fin  
y con miras deshonestas  
no fuese el enredo; y sí  
un chasco puro, inocente,  
para burlar y reir.  
Todas las seguridades  
á sus escrúpulos dí,  
y me ofreció maravillas  
de su diablura dueñil.  
¡Y al cabo....

CONDE.

TOMATE.

Encargóme mucho

no tocarse el bandolin,  
para que ignore Leonarda  
y cuantos viven allí  
el enredo. Y ofrecióme  
ella en persona salir,  
para conducirnos luego  
con gran recato al jardin.

EMPERADOR.

Pues me parece que tarda  
ya la maldita en venir.

CONDE.

El que espera desespera.

EMPERADOR.

( *A Tomate.* ) Es que si nos halla aqui....

TOMATE.

Aun no es la hora en que acostumbra....

EMPERADOR.

( *Observando.* )

Alguien viene.... ¿No advertis?

*Sale ANACLETA muy tapada con su manto, y se queda á la entrada.*

ANACLETA.

Sin duda que mi Tomate  
con los suyos está allí,  
A acercarme no me atrevo,  
pues son tres hombres..... Chi, chi....  
Ya está en campaña la bruja.  
A ella me voy.

TOMATE.

( *Se acerca á Anacleta.* )

Serafin,

¿qué impaciente os aguardaba!  
Nada receleis, venid.  
Aquellos son los amigos.

ANACLETA.

¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE.

¿Cómo segura?

ANACLETA.

Sintiera

que algun pícaro ruin  
de la oscuridad valido....

TOMATE.

Un san Francisco de Asis  
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA.

Fuera un rayo para mí

cualquiera accion deshonestá ,  
 cualquiera palabra vil ;  
 una mirada atrevida  
 el mas pequeño desliz ;  
 que aunque de dueña me visto ,  
 doncella soy ; eso sí .

TOMATE.

No temais nada , llegad .

ANACLETA.

Que vengan ellos aquí ;  
 pues estando todo listo ,  
 mis pasos pueden seguir .

TOMATE.

*(Acercandose al emperador.)*

Señor, no perdamos tiempo.

A punto está todo.

EMPERADOR.

Oid,

conde.

CONDE.

Señor...

EMPERADOR.

Está alerta

con mucho recato , sin  
 que nadie , nadie te atisbe ,  
 muy escondido . Y así  
 que entre el hombre , en el momento  
 á despertar has de ir  
 á aquel sugeto que sabes ,  
 y á conducirlo al jardín ;  
 pero sin decirle nada  
 de por qué le llamo aquí .

*(Sigue hablando al conde en secreto.)*

ANACLETA.

*(Aparte.)* Creerán que me mamo el dedo,

y no hay diablo tan sutil  
 que á mí me dê dado falso .

Ya sé que voy á servir  
 al Emperador en esto ,  
 que es aquel mozo gentil ,  
 que á doña Elvira enamora .  
 Desde el punto en que lo ví  
 la primer noche al momento  
 quien era reconocí ;  
 y del presente fregado  
 algo he de sacar al fin .—  
 De quien saber no he podido  
 nada , nada , ¡pese á mí !  
 es de aquel señor franchute  
 Que anda hecho un Marramaquiz  
 con doña Leonor . Mas huelo  
 que no es un grano de anís ,  
 pues toda esta zalagarda  
 contra él se vá á dirigir .

CONDE.

Descuidad , señor , por todo . *(Vase.)*

EMPERADOR.

Descuidado quedo en tí .

Vámonos pronto , Tomate .

TOMATE.

Tras de la bruja seguid .

*( Vanse con Anacleta . )*

## ESCENA III.

*Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas, y salen DOÑA LEONOR afligida, y DOÑA ELVIRA.*

DOÑA ELVIRA. En mal hora, prima mia,  
de tu tierno corazon  
se apoderó esta pasion  
que consume tu alegria,  
llenándote de afliccion.  
¡Oh cuanto mejor estabas,  
cuando libre y desdeñosa  
de los amores burlabas,  
y tan alegre y hermosa  
á todo hombre despreciabas!  
¡Ay!... Te desconozco, sí.  
Tu triste estado me inquieta.  
Mira, mi Leonor, por ti;  
y pues eres tan discreta,  
remedia tu frenesí.

Pasas infeliz las horas  
en mudo desasosiego,  
con que tu pecho devoras.  
Que mires por tí te ruego....  
¡Nada me dices.... ¡Y lloras?  
DOÑA LEONOR. ¡Ay prima!... ¡Qué he de decir?  
Estoy tal que no me entiendo;  
y mientras que mas pretendo  
sobre mi afan discurrir,  
menos su rigor comprendo.  
Este don Juan.... ¡loca estoy!  
tan galan y tan afable,  
tan rendido, tan amable,  
de quien con el alma soy,  
es un ente inesplicable.  
De que me ama, y mucho, Elvira,  
tengo gran seguridad:  
muy grande, prima, en verdad;  
y sobre ella ¡ay de mí! gira  
mi afliccion y mi ansiedad;  
pues lo mismo que debiera  
de mis dichas fundamento;  
de mis venturas cimiento  
ser, quiere la suerte fiera  
sea causa de mi tormento.

DOÑA ELVIRA. ¡Ay Leonor!....

DOÑA LEONOR. Si, sí: me adora.

Las mugeres conocemos  
cuándo un alma poseemos,  
y esta certeza es ahora

DOÑA ELVIRA. motivo de mis estremos.  
 DOÑA LEONOR. Pues qué te aflige no sé.  
 Que poseyendo su amor,  
 y amándolo yo ¡oh rigor!  
 una cosa oculta hay, que  
 nos llena á ambos de dolor.  
 DOÑA ELVIRA. ¿El es libre?  
 DOÑA LEONOR. Si ; lo jura,  
 y al jurarlo no mintió.  
 DOÑA ELVIRA. ¿Es noble?  
 DOÑA LEONOR. ¿Quién lo dudó?  
 DOÑA ELVIRA. Pues entonces, ¿qué te apura?  
 DOÑA LEONOR. Si tampoco lo sé yo.  
 Hay un enigma en don Juan,  
 un misterio impenetrable,  
 no sé qué incomunicable;  
 pero tan oscuro, y tan  
 raro, nuevo, inexplicable,  
 que él no lo sabe decir,  
 ni yo lo sé adivinar:  
 que él no lo puede ocultar,  
 ni yo dejar de advertir.  
 DOÑA ELVIRA. Es confusion singular.  
 DOÑA LEONOR. Y de aqui nace esa estraña,  
 esa variacion constante  
 de caracter y semblante,  
 con que me confunde y daña,  
 sin piedad á cada instante.  
 Mas como en tal variedad  
 de gesto y conversacion,  
 siempre arder una pasion  
 llena de honor y ansiedad  
 descubro en su corazon;  
 loca, te lo juro, estoy,  
 y de dolor abrumada,  
 y perdida, enamorada;  
 mas sin saber donde voy,  
 por un encanto llevada.  
 DOÑA ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso  
 que, por mucho que te aflija,  
 tu amor decidido exija  
 de galan tan misterioso  
 una explicacion prolija.  
 DOÑA LEONOR. ¡Ay! estoy en tal estremo,  
 que aunque así debiera ser,  
 y soy curiosa mujer,  
 sondar este abismo temo  
 y el tal arcano saber.

*Sale ANACLETA.*

ANACLETA. (*A doña Leonor.*) Señora, llega don Juan.



Ya baja á abrirle Leonarda.

Prima, á Dios.

DOÑA ELVIRA.

Elvira, aguarda.

DOÑA LEONOR.

No, que sube tu galan. (*Vase.*)

DOÑA ELVIRA.

(*Aparte.*) Empiece la zalagarda. (*Vase.*)

ANACLETA.

*Sale EL REY.*

REY.

(*Al entrar, como hablando á fuera.*)

Cuidado, Pierres, cuidado.

Si osas el vino mirar,

vivé Dios, te has de acordar.

Leonarda, os queda encargado.

DOÑA LEONOR.

Don Juan, ¿por qué os deteneis?

REY.

(*Avanzando.*) Doña Leonor celestial,

buena y linda sin igual,

ya á vuestras plantas me veis.

Y nunca mas anhelante

llegó á veros presuroso

quien solo aquí es venturoso,

vuestro mas rendido amante.

DOÑA LEONOR.

Sentaos.

(*Sesientan ambos.*)

Con desasosiego

aguardé vuestra venida.

Estoy hoy tan combatida

de este mar en que me anego,

que con inquietud y afán,

pues vuestra presencia calma

los tormentos de mi alma,

os esperaba, don Juan.

REY.

¿Y qué os aflige, Leonor?

DOÑA LEONOR.

¿Qué, don Juan?... ¿No lo sabeis?...,

Esos enigmas que habeis

dado á acertar á mi amor,

Descifrarlos él no puede;

y hecho un mar de confusiones,

conjeturas y aflicciones,

fuerza es que mi pecho quede.

Y mi buena fé y ternura

no merecen, no, por Dios,

ni tanta reserva en vos,

ni en mí tan fiera amargura.

REY.

Leonor, sois la pura estrella

tras quien deslumbrado voy,

por quien desdichado soy

gozando de su luz bella.

Estoy tan ciego por ella,

que juzgo en el firmamento

tener á su lado asiento;

y ver no puedo el abismo,

que debajo de mi mismo

de tanta dicha es cimientó.  
 El amor puro y ardiente  
 que os tengo , y el puro amor  
 con que me haceis , oh Leonor ,  
 el mas dichoso viviente ,  
 son las causas solamente  
 de tanta reserva , y tan  
 oscuro y molesto afán:  
 y á ambos nos importan , sí ,  
 que es para que yo esté aquí  
 la reserva el talisman.  
 Si lo rompo yo imprudente ,  
 si curiosa lo rompeis ,  
 yo quedo , y vos quedareis  
 sobre el abismo pendiente.  
 Pues ciego amor no consiente  
 que se mire en derredor ,  
 porque absortos en su ardor ,  
 y sin mañana , nos quiere ,  
 Leonor , que sea lo que fuere ,  
 obedezcamos á amor.

DOÑA LEONOR.

Del amor es el iustinto  
 sus dichas asegurar ,  
 y no anheloso vagar  
 por un ciego laberinto.  
 Claro , seguro , distinto ,  
 quiere ver delante el puerto ,  
 un fin terminante y cierto ,  
 pues vive de la esperanza ;  
 y amor que á verla no alcanza  
 es amor que está ya muerto.  
 Segura de que me amais  
 y segura de que os amo ,  
 saber ansiosa reclamo  
 el enigma que ocultais.  
 Os ruego me lo digais ,  
 don Juan , sin salir de aquí :  
 notad que vivir así ,  
 ya no podemos los dos.

REY.

Quien soy ved : y quien soy vos  
 hablad por vos y por mí.  
 Si , Leonor , voy á apagar  
 de un soplo la luz del sol ,  
 cuyo ferviente arbol  
 á ambos nos pudo abrasar.  
 Voy mi pecho á destrozar ,  
 y á romper el vuestro voy :  
 Resuelto , resuelto estoy  
 á tornar el paraíso  
 en infierno : es ya preciso  
 por vos misma , y por quien soy.  
 ¡ Ah ! ... desfallezco .... Decid.

DOÑA LEONOR.

REY. Estoy mortal.... ¡Oh rigor!  
 DOÑA LEONOR. Hablad, hablad.  
 REY. (*Resuelto.*) Mi Leonor,  
 no mas misterios. Oid.

*Sale DOÑA ELVIRA muy asustada.*

DOÑA ELVIRA. ¡Ay Leonor! Vengo muerta.  
 DOÑA LEONOR. (*Levantándose sorprendida.*)  
 ¿Pues qué ocurre?  
 REY. (*Levantándose sorprendido.*)  
 ¡Señora!  
 DOÑA ELVIRA. A nuestra puerta  
 la ronda está formada,  
 y la casa allanada  
 va á verse en el momento.  
 DOÑA LEONOR. Mas con qué fin?....  
 REY. Señora, ¿con qué intento?...  
 DOÑA LEONOR. (*Muy apurada.*) ¡infelice de mí!  
 DOÑA ELVIRA. (*Al rey.*) Sin duda alguna  
 viene á buscaros.  
 REY. ¡Pese á mi fortuna!  
 Yo sabré en todo caso  
 con mi espada y valor abrirme paso.  
 (*Hace ademan de desenvainar la espada.*)  
 DOÑA LEONOR. (*Deteniéndole.*) ¡Don Juan!  
 REY. ¡Gran compromiso!  
 DOÑA ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.  
 DOÑA LEONOR. ¿Y por dónde podrá...  
 DOÑA ELVIRA. Si á toda priesa  
 el jardin atraviesa.  
 por la verja Leonor.  
 DOÑA LEONOR. Muy bien pensado.  
 REY. Pronto.  
 DOÑA LEONOR. Pronto.  
 DOÑA ELVIRA. Venid por este lado.

*Por la parte donde se van á marchar, salen precipitados y despavoridos*  
 LEONARDA y PIERRES.

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...  
 ...He visto...  
 DOÑA LEONOR. ¿Qué, Leonarda?  
 LEONARDA. Hablar no puedo.  
 ...He visto... mucha gente,  
 que el jardin ha ocupado de repente.  
 ¿El jardin?  
 DOÑA LEONOR. Sí, señora,  
 LEONARDA. (*A doña Elvira con viva ansiedad.*)  
 DOÑA LEONOR. ¿Será, Elvira, tal vez... Mas no es la hora.  
 DOÑA ELVIRA. No, que hoy al medio dia  
 me escribió que esta noche no vendria.

DOÑA LEONOR.

¡ Cielos !... ¿ Qué será esto ?

Ser desdichada yo.

DOÑA ELVIRA.

*(Con viveza.)*Remedio , y presto  
buscar es necesario.

PIERRES.

*(Al rey, y muy precipitado.)* Es el vejete,  
sin duda , el que nos busca y acomete.

Mas gente hay en la calle

que ha de encerrar de Josafat el valle;

y en el jardín lo mismo,

que es de bultos siniestros un abismo.

Alguaciles, soldados ,

canónigos, letrados,

y los niños doctrinos,

y la comunidad de capuchinos,

y tercios , y escuadrones,

y cuarenta galeras ,

y las monjas terceras

con órganos, ciriales y pendones

en torno nos circundan.

Por Dios en algun pòzo nos confundan,

si es que lo hay en la casa,

mientras la furia del asalto pasa.

...Todo cuanto he cenado está ya acedo,

y de descomponerme estoy á un dedo.

Calla , bribon , cobarde.

REY.

DOÑA LEONOR.

Algun partido

forzoso es abrazar.

*Sale ANACLETA.*

ANACLETA.

Todo perdido

está ya. Me he tardado

hasta ver si quedaba descuidado

algún sitio oportuno

para escapar, y no quedó ninguno.

Tal vez la puerta falsa...

LEONARDA.

Sí, sí, Elvira.

DOÑA LEONOR.

DOÑA ELVIRA.

*(A Leonarda.)* Desde el sobrado mira

si aun está libre, acaso...

*(Vase Leonarda.)*

ANACLETA.

Sí ; mas notad que es el forzoso paso

para ir al corredor y á la escalera,

que á la puerta trasera

baja , y no hay otro...

DOÑA LEONOR.

*(Con gran ansiedad.)* Ciertó , de mi tío

justamente la alcoba.

DOÑA ELVIRA.

*(Suspensa.)*

Sí.

DOÑA LEONOR.

*(Abatida.)*

¡ Ay Dios mío !

DOÑA ELVIRA.

*(Resuelta.)* Está en el primér sueño

y tal vez no despierte!

Pongamos algo en brazos de la suerte,

Pasando sin rumór...

REY. (Aparte.) ¡Oh duro empeño!  
 Iré á ver si el postigo...  
 ANACLETA. (Aparte.) A dar parte de todo voy ligera,  
 pues que de esta manera  
 las instrucciones que obedezco sigo.  
 ¡Qué se me fuese á mi de la memoria,  
 que estaba libre aquella escapatoria! (Vase.)

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Libre la falsa puerta  
 está, señora, sí. Por ella....  
 DOÑA ELVIRA. (Toma un candelero.) Al punto.  
 REY. (Deteniéndose indeciso.)  
 ¿Y si ese caballero se despierta,  
 y sospecha tal vez....  
 PIERRES. (Aparte.) Estoy difunto.  
 Ya huelo mal.  
 DOÑA LEONOR. (Toma el otro candelero.)  
 Es fuerza resolverse.

REY. Vamos.

LEONARDA. Pisad mas quedo.

PIERRES. No hay digestivo que le iguale al miedo.

(Al ir todos á entrar por la puerta del fondo, quedan parados y sorprendidos oyendo la voz del comendador.)

COMENDADOR.¡ (Dentro.) ¿Quién trastorna mi casa?  
 ¿Qué es esta confusion? ¿Qué es lo que pasa?

REY. Ya despertó.

DOÑA LEONOR. (Muy afligida.)

¡Dios mio!

LEONARDA. (Asustada.)

¡Ay que sale, señor!... (Vase.)

DOÑA LEONOR Y DOÑA ELVIRA.

¡Cielos, mi tio!

(Huyendo desparaviradas tirando los candeleros y queda la escena en tinieblas. El rey saca la espada y se retira á un lado. Pierres se esconde con mucho miedo detras de su amo.)

Sale EL COMENDADOR á medio vestir, y con la espada desnuda.

COMENDADOR. (Avanzando lentamente y á tientas.)

¿Quién corre y mata las luces?

¿Quién ha entrado en esta sala?

¿Quién esta calle alborota?

¿Quién ese jardin asalta?

Vive Dios que he de saberlo;

vive Dios, que á cuchilladas

ha de castigar mi brazo

á quien trastorna mi casa.

Luces, luces... Vengan pronto.

Hola... Anacleta!... Leonarda!

Leonor!... Elvira!...



REY. (*Aparte.*) Si acaso  
este buen hombre me ensarta  
sin querer, quedo servido.  
Pondré delante mi espada.

COMENDADOR. (*Esgrimiendo à tientas encuentra con la espada del rey.*)  
Ya lo encontré, ya un acero  
osa oponerse á mi rabia.  
La oscuridad nada importa,  
que la embravecida llama  
del valor que arde en mi pecho,  
del enojo que me inflama,  
sobra para que lo encuentre,  
para que lo rinda basta.

(*Se cruzan las espadas varias veces, y luego se separan y se pierden.*)

*Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ELVIRA. LEONARDA y ANACLETA con luces. El rey envaina de pronto y se emboza, Pierres se mete debajo de la mesa.*

COMENDADOR. (*Al rey.*) Quién sois vos, y que buscáis  
á estas horas en mi casa?

REY. (*Con moderacion y sin desembozarse.*)  
Tened.—Soy un caballero,  
que vuestro amparo demanda.

COMENDADOR. ¡Cómo...

REY. Escuchadme. (*Aparte.*)  
Aquí es fuerza  
que de mi ingenio me valga  
para poder evadirme  
sin descubrir á mi dama.

(*Alto y con rapidez.*)  
Señor, me importa ocultarme,  
y perseguido sin causa  
por la ronda, á vuestra puerta  
llegué cansado: al tocarla  
para repararme, advierto  
que sin cerrar y encajada  
paso y refugio me ofrece;  
entro, cierro, echo la aldaba,  
y buscando ansioso al dueño  
por rogarle me ocultára  
mientras pasaba el peligro,  
siguiendo de luz lejana  
las vislumbres, aquí llego  
donde me encuentro á dos damas  
haciendo labor; se asustan,  
huyen, las luces apagan,  
y me quedo amenazado  
de vuestro enojo y espada.

DOÑA ELVIRA. (*A Leonarda en secreto y con viveza.*)  
Apóyalo, dí que abierta  
la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA.

*(Poniendo el candelero sobre la mesa.)*

Señor, perdóname. Es cierto  
que olvidé el echar la aldaba  
cuando entrásteis, porque á voces  
las señoras me llamaban.

Y estando así no es extraño...

COMENDADOR.

*(Indeciso.)*

¿Quién....? La prudencia me valga.

¿Quién que sois un caballero;  
quién, que os persigue sin causa  
la justicia, me asegura?

Y aunque así sea, ¿mi casa  
qué inmunidad os ofrece?—

Dicho habeis que os importaba  
ocultaros, y este dicho  
despierta sospechas claras.

Si sois traidor á mi rey,

si enemigo de mi patria,

si por crímenes de estado

la justicia tras vos anda;

¿pensais que yo en mi conciencia

de encubridor y de capa

puedo serviros, burlando

la acción de las sacrosantas

leyes?—Jámas.

DOÑA LEONOR.

*(Al comendador.)* Ya acogido,  
señor, á tu amparo....

COMENDADOR.

Calla,  
que no entiendes de estas cosas.

*(Al rey.)* ¿Mis reflexiones os pasan.—

—Si por dicha vuestro nombre

á satisfacerme basta,

¿por qué lo ocultais?... Decidlo,

REY.

*(Dudoso.)* Señor.... ¿mi nombre...? Bastára,  
bastará, sí; yo os lo juro.

COMENDADOR.

¿Por qué vuestro labio tarda

en pronunciarlo?... ¿Quién sois?

REY.

*(Desembozándose y presentándose con dignidad en medio de  
la escena.)*

El rey Francisco de Francia.

DOÑA LEONOR.

*(Cae desmallada en brazos de Elvira.)*

¡Cielos!

DOÑA ELVIRA.

*(Colocando en una silla á doña Leonor.)*

¡Leonor!

COMENDADOR.

*(Sorprendido y envainando la espada.)*

¡Grave caso!

ANACLETA.

*(Aparte.)* De ocurrencia tan extraña

corro con la nueva al punto.

Grande ventura me aguarda,

pues me encuentro de patitas

entre personas tan altas.

*(Vase dejando sobre la mesa el candelero.)*

REY.

(*Aparte.*) ¡Ay de mí? que un rayo han sido para Leonor mis palabras!

(*Alto al comendador con dignidad.*)

¡Qué os hiela? Qué os petrifica?

Si alguna duda os amaga

acercad á mí esas luces.

Reconocedme, acercadlas;

que no es la primera vez

que me visteis cara á cara.

COMENDADOR.

(*Sosegado y respetuoso.*)

Señor, porque os reconozco

tan gran confusion me embarga,

pues me parece un ensueño,

una pesadilla infausta,

á un rey que está en una torre

verlo á tal hora en mi casa,

en donde forzosamente

le debe de ser negada

la hospitalidad, que el hombre

de menos valor hallára.—

(*Resuelto.*)

¡Qué es esto?.... Si vuestra alteza

la fuerte cárcel quebranta,

de mi Rey en deservicio

es y en mengua de mi patria,

y yo soy un fiel vasallo,

y soy español sin tacha,

y la lealtad y la honra....

.....Harto os digo, señor; basta.

REY.

(*Turbado.*)

¡Pues qué?... ¡intentais...?

COMENDADOR.

Vuestra fuga

sé, vuestra estrella contraria

os pone en mis manos, juzgue

vuestra alteza, pues inflama

la sangre de caballero

su corazon de monarca,

lo que hacer á mí me cumple

para salvar honra y fama.

Y vuestra alteza conozca

el empeño, la desgracia

que con su régia visita

me trajo á mí, y á mi casa.

La ronda, que por respeto

á mi nobleza y mis canas,

aun no ha allanado mi puerta,

al cabo vendrá á allanarla;

Y al veros aquí conmigo,

(*Con grave entereza.*)

pues vive Dios, no se aparta

de mí un punto vuestra alteza,

cómplice con razon clara

me creará de vuestra fuga ;  
¿y cómo borro esta mancha ?

*Sale* ANACLETA.

ANACLETA. Cuanto esta noche sucede  
parece cosa de magia.  
La ronda con gran silencio  
se marchó.

COMENDADOR. Con ella vayan  
mil Satanases.

DOÑA ELVIRA. (*Admirada.*) ¿Marchose ?

ANACLETA. No hay ya en la calle ni un alma.

LEONARDA. (*A Anacleta.*) ¿Y aquella gente maldita ,  
que por el jardín andaba ?

ANACLETA. También marchó, volaverunt.  
(*Aparte.*) Como que yo á la antesala  
contigua los he traído,  
y desde ella ven la zambra,  
y oyen con mucho contento  
cuanto en esta pieza pasa.

PIERRES. (*Saliendo de debajo de la mesa.*)  
Señores , muy buenas noches.

LEONARDA. (*Dando un chillido.*) ¡Ay !

ANACLETA. (*Santiguándose.*) ¡Jesus... Una fantasma.

COMENDADOR. ¿Y quién es ese demonio ?

REY. Mi bufon.—¡Maldito !

PIERRES. A gatas  
he estado bajo el bufete,  
devanado en telarañas ,  
mientras que se iba la ronda ;  
pues las rondas me dan bascas.

REY. (*Con gran desahogo.*)  
Supuesto que ya la ronda  
sin mas insistir se aparta  
y retiró los esbirros  
con que ese jardín guardaba ,  
que quien yo soy no sabia  
parece una cosa clara ;  
que me siguió por seguirme,  
que al fin perdió mis pisadas ,  
que entrar aquí no me ha visto ;  
y así felizmente acaba ,  
comendador, vuestro empeño,  
y mi grave apuro cambia.

COMENDADOR. ¿Y qué, señor...

REY. (*Con risueña soltura.*) Ahora resta  
que á vos y á estas nobles damas  
pida y suplique rendido  
dispensen molestias tantas ,  
con que imprudente he turbado  
el reposo de esta casa ;

y tomando su licencia ,  
                   (*Al comendador.*)  
 y dándoos á vos las gracias ,  
 regreso al punto á la torre,  
 antes que noten mi falta.  
 Vamos, Pierres.

COMENDADOR. (*Deteniéndole.*) Vuestra alteza  
 pienso que de burlas habla.  
 ¿Cómo puede imaginarse  
 que yo en su escolta no vaya?

REY. (*Sorprendido.*)

¿Vos, conmigo....

COMENDADOR. Ciertamente,  
 señor; y la cosa es clara ,  
 pues que me cabe la honra  
 de ser vuestro alcalde y guarda ;

                  (*Con entereza.*)  
 que aquí estais tan prisionero  
 como en la torre.

REY. (*Confuso.*) Me pasma  
 vuestro arrojo.... Yo he salido  
 de la torre noches varias ,  
 solo á divertirme un rato....

.....Y siempre he vuelto.... que....

COMENDADOR.

Nada

de lo que ocurrió otras noches  
 quiero saber, pues me basta  
 veros esta fugitivo,  
 teneros, señor, en casa ,  
 de vuestra regia persona  
 reconocer la importancia ,  
 y que de ella apoderarme  
 y con fuerza asegurarla ,  
 porque á mi rey sirvo en ello,  
 y en ello sirvo á mi patria,  
 es mi obligacion.—Yo mismo  
 preso os llevaré.—Leonarda ,  
 echa la llave á la puerta  
 pronto , y a mis manos tráela.

                  (*Vase Leonarda.*)

REY. (*Impaciente.*)

Mas.... ¿Comendador, que es esto?

COMENDADOR.

Cachaza , señor, cachaza.  
 Sin escándalo del mundo,  
 sin que se trasluzca nada ,  
 y sin que en Madrid se diga  
 que burlais la vigilancia  
 de los que á su cargo os tienen ,  
 ni que habeis ( pues fuera causa  
 de hablillas ), echado mano  
 de una fuga que os infama ;  
 con el respeto debido



á vuestra persona sacra ,  
mas ¡ vive Dios ! muy seguro,  
á la torre destinada  
para guardaros , yo mismo  
os conduciré.

*Sale* LEONARDA.

LEONARDA. (*Entrega una llave al Comendador.*)  
Tomadla.

COMENDADOR. (*Toma la llave.*)  
Esperad un breve instante.  
(*Vase precipitado por la puerta del foro.*)

PIERRES. (*Al rey.*) Dimos , señor , en la trampa.

DOÑA ELVIRA. (*Aparte.*) ¡ Cielos.... qué irá á hacer mi tio?

REY. (*Aparte.*) ¡ Qué gente la castellana !....

Todo me parece un sueño.

¡ Leonor !... Mi pecho se abrasa ,

Aprovecharé este instante.

(*Se acerca á Doña Leonor.*)

¡ Leonor ! Leonor !....

DOÑA LEONOR. (*Se levanta de la silla muy afligida , pero con mucha dignidad.*)

¡ Qué me manda

vuestra alteza?

REY. ¡ No me dice

vuestro labio....

DOÑA LEONOR. Señor , basta.

Ya solo en mi pecho quedan  
lágrimas y no palabras.

*Sale* EL COMENDADOR trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.

COMENDADOR. Señor , vuestra alteza es mozo ,  
otro joven lo acompaña ,  
yo soy anciano sin fuerzas  
mas que en la honra y en el alma ;  
con vos solitarias calles  
de oscuridad circundadas  
voy á atravesar ; y es justo  
que un preso tal , de importancia  
tan grande , de tanto brio ,  
de tanto poder y fama ,  
en manos de un pobre viejo  
bien asegurado vaya.

REY. ¡ Seguridad suficiente  
no puede dar mi palabra ?

COMENDADOR. ¡ Ah señor !.... á vos apelo....  
Perdonadme , ya empeñarla  
no podeis , que allá en la torre  
os la piden y reclaman ,

REY. (*Aparte.*) Vive Dios , que me confunde ,

COMENDADOR. y que el rostro se me abrasa.  
 (*Con respeto.*) Yo, señor, no oso privaros,  
 Dios me libre, de la espada;  
 que espada de un rey, tan solo  
 otro rey ha de tomarla,  
 como no sea con gloria  
 en el campo de batalla;  
 mas permitireis que os ligue  
 (*Hinca una rodilla.*)

rindiéndome á vuestras plantas  
 los brazos. y no os asombre,  
 con aquesta rica faja.

REY. (*Aparte.*) Este viejo testarudo  
 sin duda alguna me ata.—  
 Mejor es tomarlo á burlas  
 y salga por donde salga.

COMENDADOR. Pues de tal origen viene  
 y está á tanto acostumbrada,  
 que aunque os sujete un momento,  
 vuestra dignidad no empaña.  
 (*Poniéndose de pie y con dignidad y entereza.*)

Yo se la gané al Malique  
 en el asalto de Baza:  
 Aun de su valiente sangre  
 la ilustran antiguas manchas.  
 Y yo sueté con ella  
 al rey chico de Granada  
 cuando rindió al gran Fernando  
 los castillos de la Alhambra.

REY. (*Aparte y entusiasmado.*)  
 ¡ Con qué respeto lo escucho!  
 ¡ Oh que sangre tan hidalga!

COMENDADOR. Ya veis que tal ligadura,  
 que parece que se aguarda  
 por el misterioso cielo  
 para ocasiones tan altas,  
 no afrenta, no. Con sus nudos  
 no deshonor lo que enlaza.

REY. (*Asombrado.*)  
 ¡ Comendador... ¡ No hay remedio?

COMENDADOR. (*Resuelto y empuñando la espada.*)  
 No hay remedio, rey de Francia.

*Sale de repente HERNANDO DE ALARCON y detras de él muy embozados, quedándose en ala á la entrada EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE.*

ALARCON. Si lo hay, que en buena ocasion  
 de este empeño á libertaros,  
 y el régio preso á tomaros  
 llega Hernando de Alarcon.

(*Todos quedan asombrados y Pierres con mucho miedo se esconde entre unos y otros.*)

COMENDADOR.

*(Aparte.)*

¿Y por dónde este hombre ha entrado,  
si yo tengo aquí la llave?

REY.

*(Aparte.)* Ya es el conflicto mas grave.

PIERRES.

Ahora el seron se ha llenado.

ALARCON.

*(Al rey con entereza.)*

¿Y qué es aquesto, señor?

¿Cómo vuestra alteza aquí?

¿Puede comportarse así  
persona de tal valor?

¿Tan esclarecido rey  
la pleitesía quebranta  
y huella con libre planta  
del juramento la ley?

A un caballero le guarda  
de su palabra el seguro,  
no reja, no alzado muro,  
no vigilante alabarda.

Vos la palabra me disteis,  
de aquel juramento amen,  
de no fugaros... ¡Muy bien  
ambos empeños cumplisteis!

REY.

*(Mortificado.)* Noble alcaide, perdonad;  
deponed el justo enojo.

De escucharos me sonrojo,  
mas mi descargo escuchad.

Que aunque hablar ya no debiera,  
y á mi majestad ofendo,  
satisfaceros pretendo,

porque mi pecho os venera,  
y porque hay un caballero  
y unas damas, que esto ven,  
y me interesa tambien  
salvar mi honra lo primero.—

*(Con dignidad.)*

No falté á la pleitesía  
ni á mi palabra falté,  
pues yo tan solo juré  
que jamás me fugaría.

Y cual bueno lo cumplí,  
aunque tuve la ocasion...,  
mas nunca la tentacion,  
porque para rey nació.

Un mes hace, un mes cumplido  
que todas las noches salgo.

¿Y habeis advertido algo?..

Fugarme hubiera podido.

pues no lo hice, ¡vive Dios!

Si he dado fiel cumplimiento

á palabra y juramento

juzgadlo, cual noble, vos.

*(Enojado.)*

He salido á divertir  
mis penas, mas no á fugar-me.  
Nadie pues puede afrentarme,  
ni yo lo he de permitir.

DOÑA LEONOR. (*Aparte.*) ¡Y qué bien que se defiende  
de haberme á mi asesinado!...

DOÑA ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué galan y bien hablado!  
¿Qué helado pecho no enciende?

COMENDADOR. Señor Alarcon, su alteza  
prueba muy bien su lealtad.

ALARCON. Comendador, es verdad,  
mas con una sutileza.  
Y todo se lo concedo,  
mas que de mí se ha burlado,  
y mi buena fè engañado  
dejar aparte no puedo.

(*Al rey.*)

Me habeis burlado, señor,  
burlado mi buena fé...  
.....¡ Ahora qué responderé  
al augusto Emperador?  
Satisfaccion conveniente,  
y satisfaccion cabal  
esta ofensa personal  
reclama debidamente.  
Y yo, alto al rey, os la exijo  
caballero á caballero,  
esgrimiendo el noble acero  
en lugar y en plazo fijo;  
y pues vuestra dignidad  
tal empeño no permite,  
porque tan solo se admite  
donde hay perfecta igualdad,

(*Con calor.*)

venga un francés campeon,  
el que mas al mundo asombre,  
á lidiar en vuestro nombre,  
con Hernando de Alarcon.

(*Se descalza un guante y lo tira en medio de la escena. El emperador se desemboza repentinamente, y se le ve ricamente vestido y con el collar del toison de oro, y recoge el guante con gran rapidez. El conde y Tomate se desembozan y descubren. Todos quedan en la actitud del mayor respeto.*)

EMPERADOR.

(*A Alarcon.*)

Baste. (*Al rey.*) Llegad a mis brazos  
generoso rey de Francia,  
y vuestra noble arrogancia  
en tan amistosos lazos  
la paz firme venturosa  
que entre los dos reina ya.

REY. (*Arrojándose en los brazos del emperador.*)  
Esta la firma será  
de fuerza mas poderosa.

- EMPERADOR. Aun mas que amigos , hermanos  
nos vea la cristiandad  
guerra hacer á la impiedad ,  
y guerra á los mahometanos.
- REY. Y á ambos unidos, señor,  
nos vea el Asia con espanto  
ganar el sepulcro santo  
en que durmió el Salvador.
- ALARCON. *(Al emperador, hincando una rodilla.)*  
Invicto César...
- EMPERADOR. *(Dándole su guante, y alzándole con gran atencion.)*  
Alzad.  
Sé lo mucho que valeis.  
Nada que decir teneis.  
Conozco vuestra lealtad.
- COMENDADOR. *(Hincando una rodilla delante del Emperador.)*  
¡Oh qué gozo!... Permitid,  
pues mi humilde choza honrais,  
y en alcázar la tornais  
el mas alto de Madrid,  
que á vuestros pies este anciano  
hoy su familia os presente,  
y que pida reverente  
besar vuestra sacra mano.
- EMPERADOR. Alzad, buen comendador.  
De Calatrava claveró  
os nombro, que premiar quiero  
tanta nobleza y valor.  
*(El comendador le besa la mano.)*
- COMENDADOR. ¿Son estas vuestras sobrinas?  
*(Presentándole á Doña Elvira.)*  
Elvira.  
*(Doña Elvira se arrodilla y le besa la mano.)*
- EMPERADOR. Sois muy hermosa.
- COMENDADOR. *(Presentándole á doña Leonor.)*  
Leonor.
- EMPERADOR. *(Mirando maliciosamente al rey.)*  
¿Y por qué llorosa?...  
*(Al Comendador.)* Teneis dos perlas divinas.  
Id. y besadle la mano,  
por que en ello tendra gusto,  
y porque ácatarle es justo,  
al rey de Francia mi hermano.  
*(Llega el comendador al rey, y le besa la mano.)*
- REY. De Castellano tan fiel  
que no me desaire espero,  
y le nombro caballero  
de la orden de san Miguel.  
*(Llega doña Elvira.)*  
Esta cadena, señora ,  
*(Se quita una cadena del cuello y se la pone á doña Elvira , sin permitir que le bese la mano.)*



os recuerde al desgraciado,  
que en vuestra casa ha logrado  
entrar en tan buena hora.

(*Llega doña Leonor muy turbada.*)

Siento en el alma el disgusto  
que sin querer os causé.  
En vuestro rostro se vé  
que aun no calmó vuestro susto.

(*Reusa el que le bese la mano.*)

DOÑA LEONOR.  
REY.

(*Aparte.*) ¡Cruel!

(*Aparte á doña Leonor.*)

¡Ah! me estoy muriendo.

Soy mas infeliz que vos.

DOÑA LEONOR.

(*Aparte al rey.*)

¡Ay!.... No lo permita Dios.

REY.

(*Alto.*) Que me permitais pretendo  
que á vuestra belleza añada  
de dote cien mil ducados,  
que años mil afortunados  
goceis, con gusto casada.

DOÑA LEONOR.

(*Con altivez.*)

Gracias os doy, Mas no admito;  
porque tengo pensamiento  
de retirarme á un convento,  
donde nada necesito.

ANACLETA.

(*Aparte.*) ¡Repentina vocacion!

DOÑA LEONOR.

(*Clavando los ojos en el rey.*)

Este mundo es todo engaños,  
y quiero burlar sus daños  
en eterna reclusion.

REY.

Pero el dote es vuestro ya,  
y de él podeis disponer.

(*Aparte.*) ¡Oh qué celestial muger!

DOÑA LEONOR.

(*Aparte.*) Mi alma adorándolo está.

EMPERADOR.

(*Al rey.*) Señor, hermano y amigo,  
á que hablemos mas despacio,  
y á descansar, á palacio  
venid, os ruego, conmigo.

REY.

César generoso, aun nó;  
que á la torre he de volver,  
por exigirlo un deber  
con que es fuerza cumpla yo.  
Que el mundo diga no quiero  
que fugitivo me ha hallado  
la paz, habiendo faltado  
á la fé de caballero.

Y para satisfacer  
al respetable Alarcon,  
con él solo á la prision  
esta noche he de volver

(*Alarga la mano á Alarcon con mucha gracia y amabilidad.*)

EMPERADOR.

Tal delicadeza admiro.

Con la pompa conveniente  
en cuanto empiece en oriente  
el próximo sol su giro ,  
y con gran solemnidad  
ardiendo mi corte en galas ,  
iré á buscaros en alas  
de nuestra eterna amistad.

Sevilla , setiembre de 1840.

FIN DE LA COMEDIA.

LA

# MORISCA DE ALAJUÁR,

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

---

## PERSONAS.

---

DON FERNANDO.

MARIA, *morisca*.

MULIM-ALBENZAR, *morisco*.

EL CONDE DE SALAZAR.

FELISA, *cristiana*.

ABDALLA, *alfaquí morisco*.

EL MARQUES DE CARACENA.

EL COMENDADOR MAYOR.

EL CAPITAN GARCIA.

UN SARGENTO.

CORBACHO.

MALEC, *morisco*.

ZEIR, *morisco*.

UN SECRETARIO.

UN ALCAIDE.

DONCELLAS ALDEÑAS, *moriscas*.

PASTORES, *moriscos*.

MORISCOS CONJURADOS.

SOLDADOS ESPAÑOLES.

---

*La accion pasa en el reino de Valencia á fines del año de 1609, y principios del de 1610.*

## JORNADA PRIMERA.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuar, rodeada de ásperos montes.—Después de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez ó doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detras de ellas MARÍA y FELISA: todas con cantarillos, como que van por agua á la fuente.*

ALDEANA 1.<sup>a</sup>

*(Canta dentro.)*

No tenga fé ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS.

*(En coro, dentro.)*

Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia.

*Salen TODAS.*

ALDEANA 2.<sup>a</sup>

*(Canta.)*

Quien quisiere ser amado  
trabaje por ser presente;  
que cuan presto fuere ausente  
tan presto será olvidado.

ALDEANA 1.<sup>a</sup>

*(Canta.)*

No tenga fé ni esperanza  
quien no estuviere en presencia.

TODAS.

*(En coro cantan.)*

Pues son olvido y mudanza  
las condiciones de ausencia. *(Vanse.)*

MARÍA.

*(Deteniendo á Felisa.)*

Déjalas llegar, amiga,  
al dulce raudal, y aquí  
queda un rato junto á mí,  
á consolar mi fatiga.  
Que esa insensata canción,  
con que dan vida á este egido,  
todo un infierno ha metido  
en mi roto corazón.

FELISA.

Y miente la letra, miente,  
pues amor que no es vulgar  
nunca mas firme ha de estar  
que cuando está en un ausente.  
Singular es tu constancia,  
ó hermosísima María,



y ese amor, que desafia  
al tiempo y á la distancia.  
En hora menguada vino  
don Fernando á este lugar,  
tu tierno pecho á enredar  
en tan ciego desatino.

MARÍA.

No digas eso, que yo  
bendigo el feliz momento  
en que para alojamiento  
mi casa y mi pecho halló.  
En aquella temporada,  
que le tuve junto á mí,  
tan venturosa me ví,  
y tan amante y amada,  
que con su recuerdo solo  
soy la mas feliz muger,  
que en el orbe puede haber,  
desde un polo al otro polo.  
Y un porvenir tan risueño  
de encanto y felicidad  
se presentó á mi ansiedad,  
que voy tras él con empeño.

FELISA.

¡Ay que los recuerdos son  
dejos de un bien acabado;  
y un porvenir no ha pasado  
jamás de incierta ilusion!  
No es, no, tan desatinada  
la letra de ese cantar,  
que solo te da pesar  
porque estás alucinada.  
Si tuvieras mi experiencia,  
(ya la tendrás algun dia)  
conocerías, hija mia,  
de tu pasion la demencia.

No es decir que quepa engaño  
en el pecho de tu amante:  
será muy firme y constante,  
pero está sin verte un año!

MARÍA.

Cuando ¡ay de mí! se marchó  
de esa Flandes á la guerra,  
antes de un año á esta tierra  
volver amante juró.

FELISA.

Ya el año cumplido es.

MARÍA.

Y yo con gran fé lo aguardo,  
que no es, Felisa, retardo  
solo el retardo de un mes.

FELISA.

De los que se van, dejando  
en España empeños locos,  
á esa Flandes vuelven pocos.

MARÍA.

Uno será don Fernando.  
Si conocieras, amiga,  
los extremos de su amor,

de su palabra el valor,  
y de su alma, que bendiga  
Dios, los dotes celestiales,  
como yo los conocí;  
no me afligieras así,  
con desconfianzas tales.

Vendrá, ama mia, vendrá.

FELISA.

¿Pero aunque vuelva, qué esperas?...  
Quien eres no consideras,  
ni sabes quien él será.

Tú, morisca...

MARIA.

(*Con viveza.*) Yo, cristiana.

FELISA.

(*Con ternura.*) ¡Hija idolatrada!... Sí,

que de madre te serví  
desde tu niñez temprana,  
y con mi leche mamaste  
la fé mas pura y leal,  
siendo mi gozo cabal,  
porque en ella te afirmaste.

Y tu sangre misma... ¡ay triste!

\*sin madre desde la cuna...

Dios te ha dado la fortuna  
de que en mis brazos creciste.

—Pero al asunto tornando  
de tu amor, pues con razon  
se me parte el corazon  
otros tiempos recordando;  
te diré que aunque cristiana,  
eres morisca, Maria,  
en quien nunca haya hidalguía  
la soberbia castellana.

Y de tu amante, aunque sea  
falso el nombre que nos dijo,  
la ilustre alcurnia colijo  
de la insignia, que campea  
roja en su pecho español:

¡y te querrá para esposa,  
aunque te adore cual diosa,  
y le parezcas un sol!

MARÍA.

(*Con dignidad.*) Hubo moros caballeros,  
y moros reyes tambien.

¡Y quién quitar puede, quién  
su sangre á sus herederos!

La familia de Albenzar,  
por mas que el hado la humilla,  
ni á los reyes de Castilla  
nobleza debe envidiar.

Que en los muros de Jaen  
ha dejado fama eterna,  
y hoy un Albenzar gobierna  
las torres de Tremecén.

Y si la cristiana cruz

aun lo mas vil avalora ,  
no ha de oscurecer ahora  
de mi nobleza la luz.

FELISA.

(*Aparte.*) En cuanto hace, piensa y dice  
descubre su sangre hidalga.

...¡Oh recuerdos ;... Dios me valga ,  
no sé si bien ó mal hice.

(*Alto.*) ¡ Ah ! si insensatos no fueran  
de tu morisca nacion

los nobles, con mas razon  
de su estirpe alarde hicieran.

Tal vez cual cristiana vieja  
y cual de sangre española  
pienso yo.

MARÍA.

No eres la sola ;  
pues á mí tambien me aqueja  
ver á la raza africana ,  
ya española , y que debia  
con noble y leal bizarría  
ser española y cristiana ,  
cerrar con obstinacion  
los ojos á la verdad ,  
y buscarse, ó ceguedad ,  
continua persecucion.

FELISA.

¿ Tu talento ha traslucido  
los altos intentos?...

MARIA.

Sí ,  
los intentos locos dí ,  
y que el corazon partido  
me tienen ; pues los cristianos  
los conocen y los ven ,  
y alistan fuerzas tambien  
para que resulten vanos.  
Verás pues que los rigores,  
que dos veces se temieron  
y que evitarse pudieron ,  
van á renacer mayores.

Y verás de los moriscos  
en la osada resistencia  
solo una ciega demencia ,  
que ensangrentará estos riscos.

FELISA.

Pues tu padre es...

MARÍA.

Harto lloro  
la obstinacion en que vive,  
y ese obsequio, que recibe  
de todo este pueblo moro.

FELISA.

(*Con burla.*) ¿ Esperanzas no te dan  
esas cosas que han contado  
de Alfatin , el encantado  
en las sierras de Espadán ,  
de quien dice el Alfaquí ,  
que sobre un verde corcéel

- el imperio de Ismaél  
ha de restaurar aquí?
- MARÍA. (*Con desprecio.*) Yo soy, Felisa, cristiana,  
cristiana de corazón,  
y oigo con indignación  
esa creencia musulmana.  
Solo desdichas espero  
de ese ardor mal entendido,  
que en nuestra gente ha encendido  
tanto ambicioso embustero.  
—Mas no hablemos de esto, no:  
hablemos de don Fernando,  
á quien estoy esperando  
con el alma toda yo. (*Voces dentro.*)  
Detente!...
- UNA. A la ladera...
- OTRA. Atajad por aquí.
- OTRA. (*Dentro.*) ¡Cielos!
- DON FERNANDO. (*Dentro y muy lejos.*) Espera.
- CORBACHO. (*Sobresaltada.*) ¡Qué acento da ese monte,  
que poblando de horror el horizonte,  
causa en mi corazón mortal desmayo?
- MARÍA. (*Asombrada y mirando adentro.*)  
Como encendido rayo  
ó perdido cometa,  
desbocado brido que no sujeta  
el freno roto ya, veloz se mete  
con peligro espantoso del jinete  
en lo mas intrincado de esas breñas.
- MARÍA. (*Mirando adentro.*)  
Sí, ya le veo entre las altas peñas,  
que exhalación parece;  
y su dorada piel, que resplandece  
del sol á las vislumbres,  
enciende con relampagos las cumbres.  
Dijérase que uniendo va con saltos  
las bajas nubes y los montes altos.
- FELISA. ¡Cuán firme el caballero  
sobre la espalda va del monstruo fiero,  
¡ó desdichada suerte!  
despeñado á los brazos de la muerte!  
(*Asustada, y en ademán de huir.*)  
Hacia aquí viene... Huyamos,  
que á ser despojo de su furia vamos.
- MARÍA. (*Horrorizada, y apartando la vista.*)  
Precipitose!... ¡cielos!... ¡No lo viste?  
¡Espectáculo triste!  
tropezó con un risco,  
que es ya de su sepulcro el obelisco.
- FELISA. (*Mirando adentro con ansiedad.*)  
Ya acuden los pastores...  
Quieran del cielo airado los rigores...

MARÍA.

(Desalentada.)

Vamos... démonos prisa

Vamos allá, Felisa... (Titubeando.)

Mas ¡ay!... andar no puedo...

rémora de mis plantas es el miedo.

¡Ay de mí desdichada!

(Caedsmallada en brazos de Felisa.)

FELISA.

(Soteniéndola.)

¡Cielos!... ¡cielos!... ¡Maria desmayada!

Ya en gualdas se han tornado  
las rosas de su rostro delicado.

Y la boca entreabierta,

y los labios de hielo

parecen ¡ay! la puerta

por do quiere volar el alma al cielo.

— ¡Maria! ¡Ay de mí triste! Ya me falta  
vigor para en mis brazos sostenerla,sobre esta césped, que el abril esmalta,  
mientras busco socorro he de ponerla.

Y corriendo á la fuente

agua traeré con que regar su frente.

(La coloca á un lado sobre un ribazo.)

¡Ay cielos!... ¡Hija mia!

caduco miro en su semblante el dia. (Vase.)

*Sale DON FERNANDO, descompuesto, sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo, y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro ó seis PAS-TORES moriscos.*

DON FERNANDO.

Yo os adoro rendido,

ó Dios omnipotente y bondadoso,

que en peligro tan grave y espantoso  
amparado me habeis, y defendido.

Y á vos, ó buena gente,

gracias os doy postrado,

pues tan caritativa y diligente

para darme socorro habeis volado.

Retiraos: no fué nada

el golpe, la maleza enmarañada

lo quebrantó de modo,

que lo que sangre fuera, solo es lodo.

Esa vecina fuente

me dará refrigerio competente

para el susto en sus plácidos cristales.

Tornad á esos fragosos peñascales,

en pos del bruto alado,

que tal vez del ladrido importunado

de vuestros fieles perros,

desatado huracan, cruzó los cerros,

hundiéndose á sí mismo

y á mi con él en tan profundo abismo.

Si le hallais vivo, os ruego



que de mano al lugar lo lleveis luego.  
Y os conjuro busqueis á un fiel criado,  
que al mirarme empeñado  
en tan tremendo lance,  
por socorrerme se arrojó al alcance.  
Y aun le escucho perdido en esas breñas  
darme de su lealtad con llanto señas.

(*Vanse los pastores.*)

Allí la clara fuente me convida  
con su líquido hielo. (*Repara en Maria.*)  
Mas... ¿qué es esto que miro?... ¡Santo cielo!...  
desmayada ó dormida  
una muger sobre la yerba yace:  
y mi pecho al mirarla se deshace.

(*Se acerca y la reconoce.*)

¡Infelice de mí!... ¡Deliro?... ¡sueño?...  
mi dulce encanto, mi adorado dueño.  
¡Oh celestial Maria!  
¡Así te encuentra, Oh Dios, el ánsia mia?.....  
¡oh!... despierta mi bien, mi amor despierta.

(*La mueve y axamina.*)

¡Cielos!... helada... yerta.  
¡ay!... ¡para hallarla así salvé la vida!!!  
...siempre una desventura  
es de otro mas atroz prenda segura.  
¡Maria!... ¡mi Maria!... ¡Oh Dios!...  
(*La observa.*) Acaso

á la respiracion aun lento paso  
da el lábio desteñido,  
y del todo el calor aun no ha perdido.  
Para poderle dar presto socorro  
hácia la fuente arrebatado corro.

(*Vu á marchar y se detiene.*)

Mas aquí una aldeana á toda prisa  
desde la fuente viene.  
Y con agua vendrá, puesto que tiene  
un cántaro en la mano... ¡Ay que es Felisa!

*Sale FELISA con un cantarillo, y se detiene al ver á DON FERNANDO.*

FELISA.

¡Un caballero allí?... ¿que importa? Vuelo,  
que en desmayo mortal yace en el suelo.  
(*Se acerca y reconoce á don Fernando.*)

DON FERNANDO.

¡Oh señor don Fernando!  
¡Ay Felisa!... ¿Qué es esto?

FELISA.

Desventuras, señor.

DON FERNANDO.

Con agua presto  
regad el rostro de azucena.

FELISA,

Cuando  
de breños el confuso laberinto  
cruzar vió á un despeñado, que sin duda  
érais á lo que infiero,

por amoroso instinto  
os conoció tal vez, y yerta y muda  
cayó cual veis.

*(Salpica con agua el rostro de María.)*

DON FERNANDO. ¡Oh celestial María!

*(Se sienta junto á ella, la incorpora sosteniéndole la cabeza.)*

FELISA. Ya torna en sí.

DON FERNANDO. Torna á lucir el día.

¡María!

MARÍA. *(Volviendo en sí.)*

¿Dónde estoy?...

DON FERNANDO. Sobre mi pecho.

MARÍA. *(Desalentada.)*

¡Y el infelice, que pedazos hecho...

DON FERNANDO. *(Arrojándose á sus pies.)*

A tus plantas tu vida idolatrando.

MARÍA. *(Abrazándolo trasportada de gozo.)*

¿Deliro?... ¡Oh confusion!... ¡Cielo!... ¡Fernando!

*(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento.)*

MARÍA. ¿Es engaño?... ¿es ilusion?

¿Estoy soñando ó despierta?...

Mi oprimido corazón

duda, y duda con razón,

que sea tanta dicha cierta.

DON FERNANDO. Sí, hermosísima María,  
tu tierno y rendido amante  
torna amoroso y constante  
á tus plantas este día,  
de un gran peligro triunfante.

Que para poder lograr

tan alta y dichosa suerte,

cual es la de merecerte,

es fuerza antes arrostrar

los peligros de la muerte.

MARÍA. ¿Con que fuisteis vos, Fernando,  
fuisteis vos, aquel que vi...?

DON FERNANDO. Divino dueño, yo fui  
el que esos cerros salvando...

MARÍA. ¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!

—¿Y no os habeis hecho nada

con un golpe tan tremendo...?

¡ay de mí! que os estoy viendo,

y aun indecisa y turbada

que deliro estoy creyendo?

DON FERNANDO. De un ángel en la presencia  
nunca puede ocurrir mal,  
y tu el ángel celestial  
fuiste, que la Providencia  
me dió en el trance mortal.

MARÍA. *(Sobresaltada.)* Pero aun estais demudado.  
...con sangre en el rostro... sí.

DON FERNANDO. Acaso cuando caí  
entre el ramage acopado  
sin yo sentirlo me herí.  
Mas no es nada.

MARÍA. (*Afligida.*) La caída  
resultas puede tener...

DON FERNANDO. (*Con gran ternura.*)  
Pues ya os he llegado á ver,  
segura tengo la vida,  
y nada debo temer.

MARÍA. (*Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa.*)  
¡Ah! Bebed, bebed os ruego...  
Que os limpie el rostro dejad.  
(*Se lo limpia con el delantal.*)  
¡Ay!... no cesa mi ansiedad,  
no puedo lograr sosiego  
al veros así... Tomad.

(*Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose á Felisa.*)

Ya ves, ya ves, ama mía,  
si esperaba con razon,  
si mi amante corazon  
con motivo desmentia  
la impertinente cancion.

DON FERNANDO. (*Al acabar de beber.*)  
Agua dada por tu mano,  
ó María angelical,  
medicina es celestial,  
es bálsamo sobrehumano  
capaz de hacerme inmortal.

*Sale CORBACHO muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago, de don Fernando.*

CORBACHO. Pues, señor, yo lo celebro.  
Cuando encontrarte creí  
al pie de un áspero risco,  
hecho pedazos dos mil,  
tornando los arroyuelos  
en espumoso carmin,  
y las yerbas de esmeralda  
en corales ó en rubís;  
te encontré, Dios te bendiga,  
cual nunca sano y gentil,  
sentado en pintadas flores,  
y en brazos de un serafín.  
Si de todas tus caídas  
te levantas tan feliz,  
vive Dios que á cada instante  
á despeñarte has de ir.  
¡Corbacho!

MARÍA.

CORBACHO.

¡Señora mía!...

¡Felisa!

FELISA.

¿Tú por aquí?

CORBACHO.

La sogá tras el caldero,  
 tras de su dueño el mastin.  
 Pero, señor, ¿estás vivo?...  
 ...¿Estás vivo, sin mentir?  
 Pues segun ha sido el golpe  
 me asombro de verte. Y si  
 estás ya muerto, y tan solo  
 eres ánima sùtil,  
 me has dado el chasco mas grande...

DON FERNANDO.

No entiendo... ¿qué chasco?... di.

CORBACHO.

¿Pues, qué, te parece flojo?  
 Pudiera yo discurrir  
 jamás, sabiendo quien eres,  
 y como vives, en fin,  
 que sin confesion muriendo,  
 te encontráras en un tris,  
 no digo en el purgatorio,  
 dueño de la gloria así?

DON FERNANDO.

Y qué bien, amigo, dices  
 porque mi gloria está aquí.  
 La presencia de María,  
 luz de mi estrella feliz,  
 me amparó con su influencia,  
 y me salvó de morir.

CORBACHO.

Si conforme diste en blando  
 sobre el mullido cugin  
 de lantiscos y retamas,  
 contra el peñasco, que allí  
 está á dos dedos, te dieras  
 el coscorron, juro á mi  
 que del mundo las Marías  
 todas, aunque sean cien mil,  
 ni las Blasas, ni las Petras,  
 ni las Victorianas, ni  
 las Alfonsas te libráran,  
 (aunque estrellas del Zenit,  
 y flores del Paraiso  
 fueran en brillo y matiz)  
 de ser hoy huevo estrellado  
 ó tortilla en peregil.  
 Mas ponte, señor, la capa,  
 toma el sombrero, que así  
 pareces una figura  
 de un desgarrado tapiz.

(Don Fernando se levanta y ayudado por Corbacho se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo, y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo.)

¿Pero esto al cabo qué ha sido?  
 pues no lo sé, aunque lo ví.

DON FERNANDO.

Al embestirme los perros,  
 que salieron del redil,



- un bote dió mi caballo,  
por sujetarlo rompí  
el freno y partió furioso.
- CORBACHO. ¡Endemoniado rocin!  
después de catorce leguas,  
que no son grano de anís;  
y de, sin descanso alguno,  
desde Flandes hasta aquí  
jornada tras de jornada,  
y no muy cortas, venir!
- DON FERNANDO. No he visto otro mas ligero:  
era un corzo, era un neblí.
- CORBACHO. Un desatado demonio  
debieras, señor, decir.
- DON FERNANDO. ¿Y lo encontraron?
- CORBACHO. Tendido  
y harto mal trecho. Hacia allí  
se lo llevan los pastores,  
desencajado un cuadril.  
—Mas en Alajuár entremos  
señor, y mira por tí.  
Date luego una sangría,  
pues suelen después salir  
resultas de estos porrazos.
- MARÍA. (*Levantándose con viveza.*)  
¡Ay mi don Fernando!... Si,  
vamos al punto á mi casa  
donde os saldrá á recibir  
mi buen padre con los brazos;  
dándose por muy feliz  
de que á honrar vuelva su choza  
caballero tan gentil.
- DON FERNANDO. Vamos pues á donde quieras,  
ó divino querubín.  
Tan encantado me encuentro  
en estando junto á tí,  
que cualquier parte del mundo  
es el cielo para mí. (*Vanse.*)
- CORBACHO. Vamos Felisa que el susto,  
y el vocear, y el gemir  
me han abierto el apetito.
- FÉLISA. (*Recogiendo su cantarillo y el de María.*)  
Corbacho, á almorzar venid. (*Vanse.*)

## ESCENA II.

*Sala de ayuntamiento de la villa de Alajuár, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR, y diez ó doce MORISCOS de distincion, vestidos todos con bragas á la morisca y borceguies, ropilla y capa á la española, sin golilla ni gorguera, y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto á ALBENZAR.*

MULIM-ALBENZAR. Pues que don Diego Quijano



se ausentó con Pedro Rueda,  
y por fortuna no queda  
aquí ya ningún cristiano,  
siendo los dos solamente  
los que en nuestro ayuntamiento  
este año tienen asiento;  
vamos á lo mas urgente.  
Lisongeras y propicias  
de todo aqueste contorno,  
para el pensado trastorno  
son las últimas noticias.

Y ha nuestro Alfaquí llegado  
de Valencia hace un instante,  
con una nueva importante,  
según me ha participado.

MALEC.

En mi casa está escondido  
aguardando la ocasión.  
Y por la gran confusión  
que en su semblante he advertido  
algun grave mal sospecho;  
aunque no me ha dicho nada,  
pues sabéis que es estremada  
la reserva de su pecho.

MULIM-ALBENZAR.

Que lo mas seguro es  
pienso, el recibirlo aquí.

ZEIR.

Venga al punto, venga, si.

MALEC.

(*Receloso.*) ¿No fuera mejor después  
verle en mi casa, no sea  
que al atravesar la calle  
algun cristiano lo halle?

MULIM-ALBENZAR.

Nada importa que lo vea  
el mismo alcalde mayor.  
Pues en este ayuntamiento  
el Alfaquí tiene asiento,  
que es nuestro procurador.  
Y siendo hoy fiesta cristiana,  
los cristianos de Alajuar  
reunidos han de pasar  
en su iglesia la mañana.

(A Molec.)

Llégate al punto por él  
y torna al momento.

MALEC.

(*Abatido.*) Voy;  
mas de temor lleno estoy.  
¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)

MULIM-ALBENZAR.

Me pasma su desaliento,  
cuando jamás la fortuna  
presentó á la media luna  
tan favorable momento.  
El celo del islamismo  
inflama los corazones  
de nuestros claros varones,

que ansian con santo heroismo  
 tantas afrentas vengar;  
 y en justa y reñida guerra  
 el dominio de esta tierra,  
 cual valientes, restaurar.  
 Alá bendice este celo  
 y nuestra santa intencion,  
 de lo cual indicios son  
 esos cometas del cielo,  
 y esas voces de metal,  
 que en Velilla han resonado,  
 y que á España toda han dado  
 un desaliento mortal.  
 Llegado es sin duda el día  
 en que de Espadan la sierra  
 truene, y anuncie la guerra,  
 cumpliendo la profecía  
 del glorioso desencanto  
 de Alfatin, que en su bridon  
 de esmeraldas, el pendon  
 alzará del orbe espanto.  
 En nuestro favor hoy sopla  
 el viento de la fortuna,  
 contamos si duda alguna  
 con Francia y Constantinopla.  
 Mi primo, que á Tremecén  
 rige, sus naves apresta:  
 la ocasion segura es esta,  
 ¿quién podrá dudarlo, quién?  
 Del Alfaquí las noticias...  
 ¿por qué malas han de ser?...  
 Yo espero, y lo vais á ver,  
 que han de sernos muy propicias.  
 Con Malec hácia aquí viene.

ZEIR.

*Sale MALEC y ABDALLA alfaquí, con barba larga de anciano. Sobre el traje morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío.*

MULIM-ALBENZAR.

(Con afecto.)

¡O Abdalla!... Seas bien llegado...

TODOS.

(Rodeándole.)

¡O Abdalla!...

ZEIR.

¡Cuán deseado!

MALEC.

(Aparte.) ¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDALLA.

(Con tono solemne.)

Dios es grande, Dios es grande.

Y aquello que escrito está

sin falta se cumplirá.

MULIM-ALBENZAR.

Cúmplase, pues, lo que él mande.

ZEIR.

Abdalla, de tu espresion

y de tu rostro colijo,

y me confundo y me aflijo,

MALEC. que tus nuevas malas son.  
 ABDALLA. Hablad, las nuevas decid...  
 Dios es grande. Reverente  
 postrarse debe el creyente...  
 MULIM-ALBENZAR. (*Impaciente.*) ¿Pero qué nuevas?  
 ABDALLA. Oid.

Noble Mulim-Albenzar,  
 y generosos varones,  
 víctimas de los pecados  
 de nuestros claros mayores,  
 pero que al profeta fieles  
 y á la gloria de su nombre  
 ansiais restaurar su imperio,  
 que debe regir al orbe:  
 sin que desaliento siembren  
 en vuestros pechos mis voces,  
 atentamente escuchadlas,  
 y resolved lo que importe.  
 Pues tal vez cuando mas recia  
 la borrasca el aire rompe,  
 mas cerca está la bonanza  
 que en bien las desdichas torne.  
 A veces quiere fortuna,  
 redoblando los rigores,  
 de sus predilectos hijos  
 el temple y constancia noble  
 probar, y obstáculos nuevos  
 á empresas altas opone  
 adrede, porque la gloria  
 de quien los vence sea doble.  
 Pasé á Valencia la insigne,  
 cual sabeis, con intenciones  
 de recibir las respuestas  
 que de la francesa corte,  
 y de la imperial Bisancio  
 Esperábamos. Y acordes  
 el rey Eurico de Francia,  
 y el Gran Señor sus favores,  
 y su poderoso auxilio  
 nos ofrecen.

MALEC. Pues entonces...  
 con un socorro tan grande...  
 ZEIR. ¿Qué habrá, di, que nos asombre?  
 ABDALLA. Ved que solo con ofertas  
 ambos príncipes responden;  
 con ofertas de ayudarnos  
 cuando el triunfo nos corone.  
 Pero nada nos envían,  
 ni armas, ni naves disponen  
 para empezar nuestra empresa  
 y romper nuestras prisiones,  
 que es cuando necesitamos

de amigos y auxiliares.

(Ligera pausa en que unos muestran abatimiento y otros indignacion.)

—Esto ya me lo temia  
porque conozco á los hombres,  
y sé que los abatidos,  
los que en duros eslabones  
yacen, miseros esclavos,  
para dar el primer golpe  
no han de contar con mas fuerzas  
ni con otros valedores,  
que con las que da el despecho,  
que con los que el cielo pone  
en idénticos apuros,  
en iguales aflicciones.

Pero no penseis, amigos,  
que el corazon me destroze  
este primer desengaño.  
ni es él, creedlo, quien pone  
nuestra causa en duro aprieto,  
pidiéndonos hoy á voces  
ó resolucion gallarda,  
ó resignacion conforme.

MULIM-ALBENZAR.

(Receloso.) Si la falta de un apoyo,  
de que tú mismo dudabas,  
no motiva el desaliento  
que se pinta en tus palabras  
¿cuál no previsto accidente,  
cuál nueva desdicha, Abdalla,  
esa dura alternativa

con tal premura nos traza?  
...¿Desisten las poblaciones  
de estas ásperas montañas,  
(solo casi por moriscos  
favor del cielo, habitadas)  
de dar el grito de guerra  
que ha de trastornar á España?

...¿Por ventura esos prodijios,  
que han manifestado clara  
la proteccion que los cielos  
dispensan á nuestra causa,  
y que tú mismo, tú mismo,  
tan favorables juzgabas,  
se han tornado infausto agüero?  
...¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.

ABDALLA.

No se ha entibiado el aliento  
que da vida á estas montañas,  
ni la decision valiente  
que es honra de esta comarca:  
decision y aliento santo  
de que impacientes aguardan  
su remedio los moriscos,  
que pueblan la estensa España.

He recorrido afaoso  
 en esta rápida marcha  
 varios valles de estas sierras ,  
 en todos arde la llama  
 del valor : y Guadalete,  
 Ayóra, Terésa, Ubacar,  
 Navarrés, la Muela, Múrla,  
 que Alajuár dé el grito aguardan ;  
 porque en ti, Albenzar gallardo,  
 se cifran sus esperanzas.  
 Tampoco de mal agüero  
 pueden ser las señas varias  
 con que el cielo nos anima  
 y á los cristianos espanta.  
 Y la aparicion sin duda  
 de Alfatin está cercana.  
 Pues ya de Espadan los riscos ,  
 segun me informé, presagian  
 con horrendos terremotos ,  
 y con voces subterráneas ,  
 que un gran grodigio conmueve  
 sus misteriosas entrañas.  
 ¿ Pues por qué, dime, te turbas?...  
 ¿ Por qué, amigo, te acobardas ?  
 Al que tiene interes grande  
 en una empresa muy árdua ,  
 para los inconvenientes  
 huye de encontrar palabras ,  
 y esto, amigos , me sucede.  
 Fuerza es que espliques...  
 ( *Impaciente.* ) Acaba.  
 Al punto que entré en Valencia  
 supe... ; ay de mí !... que llegaban  
 á todas estas marinas ,  
 cubriendo todas las playas  
 de Cartagena á Tortosa ,  
 cuantas galeras España  
 allá en Génova tenia ,  
 y en las costas africanas ,  
 y en Nápoles , y en Palermo ,  
 y en Puerto-Mahon , y en Palma.  
 Y que numerosos tercios  
 de Cataluña bajaban  
 al Maestrazgo ; que otros vienen  
 de Portugal , y que en armas  
 estan cuantas tropas sirven  
 al católico monarca.  
 Y ví llegar de la corte,  
 con despachos y con cartas  
 de gran reserva , correos ,  
 que se esparcian en varias  
 direcciones , derramando

MALEC.

ZEIR.

ABDALLA.

MALEC.

MULIM-ALBENZAR.

ABDALLA.



ciego terror, muda alarma ,  
 sin que el fin se trasluciese  
 de prevenciones tan cautas.  
 Y de Salazár el conde,  
 varon de régia prosapia ,  
 de caracter inflexible,  
 cuyo valor y arrogancia  
 son patentes , como el odio  
 que profesa á nuestra raza ,  
 llegó á Valencia há dos dias ,  
 con la investidura sacra  
 de supremo comisario  
 del rey. Y al punto en su alcázar  
 reunió el cabildo, el acuerdo,  
 el tribunal de la infausta  
 inquisicion , los maestros  
 de los tercios , y otras varias  
 personas de gran valia ,  
 de nobleza y de importancia.  
 Y alli se instaló un consejo,  
 que empezó á obrar sin tardanza ,  
 reasumiendo autoridades  
 y facultad seberana  
 compuesto del mismo conde,  
 que lo preside y lo manda ,  
 del marques de Caracena  
 Visorrey, del Patriarca ,  
 del Comendador mayor  
 de Castilla en Calatrava ,  
 y del valiente Mexia ,  
 general de ilustre fama.  
 Y al publicarse estos nombres  
 y el gran poder que formaban ,  
 las tropas aparecieron  
 con pendones y con armas ,  
 con mechas la artilleria ,  
 y se alzó la horca en la plaza.  
 El pueblo quedó confuso,  
 la ciudad toda aterrada ,  
 los ánimos abatidos,  
 sin que nadie penetrara  
 de tal trastorno el objeto,  
 de tanto apresto la causa.  
 Cuando al sonar mediodia ,  
 aqui el aliento me falta ,  
 desprendióse el rayo ardiente  
 de la nube encapotada ;  
 vomitó el volcan oculto  
 sus asoladoras llamas ;  
 lanzó aquel mar borrascoso  
 el monstruo de sus entrañas ,  
 contra cuantos descendemos

- de la estirpe musulmana.  
 ¡Cielos!... ¡Mas cómo?...  
 ¿Qué dices?
- MALEC.  
 ZEIR.  
 MULIM-ALBENZAR. Dejémosle hablar. Acaba.  
 ABDALLA. Publicóse por Valencia  
 con repique de campanas,  
 con gran clamor de clarines,  
 con ronco estruendo de cajas,  
 con nunca visto aparato,  
 con solemnidad extraña,  
 bando de esterminio y muerte  
 contra la morisca raza.  
 (*Profunda sensacion en todos los moriscos.*)  
 ¡Qué horror!
- MALEC.  
 ZEIR.  
 MALEC. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!
- De nuestros planes la trama  
 se ha descubierto, no haya duda.  
 ...¿Cómo el secreto?...  
 MULIM-ALBENZAR. (*Suspense.*) No faltan  
 nunca traidores, y alguno  
 vendió su fé.—Pero Abdalla,  
 ese bando que escuchaste,  
 esa tremenda ordenanza  
 ¿no será un amago solo,  
 una impotente amenaza?  
 ¿No será trueno sin rayo,  
 cual lo ha sido veces tantas?
- ABDALLA. Ahora juzgo que no hay medio  
 de conjurar la desgracia.  
 En término de dos meses  
 no ha de quedar en España  
 ni un morisco. El duro bando  
 salir al punto nos manda  
 de esta deliciosa tierra,  
 que al cabo llamamos patria,  
 nuestras haciendas vendiendo  
 y dejando nuestras casas.  
 Y que seamos conducidos,  
 ¡fiero rigor! entre armas  
 cual miseros delincuentes,  
 y sin que escepciones halla,  
 á los mas cercanos puertos,  
 en donde estan preparadas  
 naves, en que almacenados  
 nos conduzcan sin tardanza,  
 ni mas amparo que el cielo,  
 á las berberiscas playas.  
 Y pena de muerte impone  
 la tiránica ordenanza  
 al que se esconda, ó escuse  
 un punto cumplimentarla.  
 Y tambien pena de muerte

al cristiano, que intentara  
darnos amistoso auxilio,  
ó el amparo de su casa.

MALEC.

¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR.

¡Oh furor!

MULIM-ALBENZAR.

Me ahoga la rabia.

¿Mas tendrá efecto tal orden?

di; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDALLA.

El aparato solemne  
con que ha sido decretada,  
esos tercios, esas naves,  
y el ser quien de ella se encarga  
el conde de Salazar,  
cuyo teson y arrogancia  
son proverbiales, afirman  
que es cierta nuestra desgracia.  
Cuando salí de Valencia  
abatida y aterrada,  
ya diversos comisarios  
con tropas, se preparaban  
á esparcirse en el momento  
por todas estas comarcas,  
á dar cumplimiento al bando  
con celeridad estraña.

Ved ¡ay! cuantas vejaciones

á un tiempo nos amenazan!

La menores el destierro.

Mas duras y mas amargas

hemos de apurar... ¡Ay! tristes!

Amigos consideradlas.

*(Muestran todos gran abatimiento.)*

Ya tal vez por el camino  
viene, y llegará mañana  
en medio del aparato  
de arcabuces y de lanzas,  
el que robe nuestros bienes,  
el que manche nuestras famas  
y nuestra honra en las pesonas  
de hijas, esposas y hermanas;  
el que nuestros tiernos hijos  
nos arranque con las almas.

El que en fin harto de horrores  
nos saque de nuestras casas  
abrumados de cadenas,  
ludibrio de infiel canalla,  
y nos conduzca á esas naves  
para alejarnos de España.

Ved si con razon me aflijo,

ved, pues, si queda esperanza.

MULIM-ALBENZAR.

*(Con desesperada resolucion, quitándose el sombrero.)*

Si queda, ¿voto á Alá? Queda la muerte,  
que es preferible á tanta desventura;

y arrostrar con valor el trance fuerte ,  
 alarde haciendo de marcial bravura.  
 Triunfar acaso logran de la suerte  
 mas lamentable, embravecida y dura  
 un noble arrojo, un generoso pecho,  
 y aquel santo furor que da el despecho.  
 No presenteis cobardes la garganta  
 al cuchillo, cual tímidos corderos.  
 En tanto apuro, en desventura tanta  
 vuestro antiguo valor cobre sus fueros ;  
 y si el cristiano la soberbia planta  
 en la noble cerviz ha de ponerlos ,  
 antes se anegue en un sangriento lago,  
 y el triunfo compre con su propio estrago.  
 Resuene en Alajuár el santo grito,  
 y ecos encontrará por toda España.  
 De los nuestros el número infinito  
 arde hace tiempo en vengativa saña.  
 Este horrendo rigor tan inaudito,  
 esta persecucion nueva y estraña  
 apresure el trazado movimiento:  
 sea la señal del súbito alzamiento.  
 Si, nobles y oprimidos musulmanes ,  
 que de España os llamasteis los señores :  
 tengan honroso fin nuestros afanes ,  
 digno de nuestros ínclitos mayores.  
 Tremolada en guerreros tafetanes  
 torne á esparcir gloriosos resplandores

*(Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul.)*  
 esta luna sin luz , marca hoy de afrenta,  
 que esclávitud y oprobio representa.

*(Agitacion general.)*

Tal vez , y con razon , el cielo airado  
 de ver que nuestra empresa se retarda ,  
 escitar de este modo ha decretado  
 nuestra resolucion firme y gallarda.  
 Al fuego del valor desesperado  
 la España toda se confunda y arda.  
 O el dominio, ó la muerte en esta tierra.

*(Con gran entusiasmo.)*

TODOS.

Viva , viva Albenzar. Venganza y guerra !

MULIM-ALBENZAR.

*(Con dignidad y entereza.)*

Basta. Ese grito heróicos descendientes  
 de abuelos tan preclaros os pregona.  
 Que otra vez el valor de los creyentes  
 desde Cádiz se estienda á Barcelona ;  
 ó en la honrosa demanda , cual valientes  
 pereciendo, logremos la corona  
 con que nombre inmortal solo se alcanza.

TODOS.

ABDALLA.

Viva , viva Albenzar. Guerra y venganza.  
*(Con fervor.)* Bendito por siempre Alá,  
 y el profeta sea bendito,

que os inspiran ese grito ,  
 que de victoria será.  
 Cesó ya mi abatimiento,  
 pues nacia de temer  
 que iban mis nuevas á ser  
 para vos de desaliento.  
 Mas si produjeron ya  
 tan noble resolucion ,  
 dichosa fue mi mision.  
 Bendito por siempre Alá.

TODOS.

MULIM-ALBENZAR.

*(Calándose el sombrero, y con tono de autoridad y de mando.)*

Pues, amigos , no perdamos  
 en accion tan importante  
 tiempo alguno, y al instante  
 á ponerla en obra vamos.  
 El castillo que campea  
 en ese cerro plantado,  
 aunque está desmantelado,  
 nuestro firme apoyo sea.  
 Malec, sin perder momentos  
 ocúpalo con tu gente,  
 y apresta lo conveniente  
 de armas y de bastimentos.  
 Yo tengo oculto un cañon ,  
 que á sus muros subirá ,  
 y en ellos tremolará ,  
 nuestro lunado pendon.  
 A su abrigo conduzcamos  
 viejos, niños y mugeres ,  
 nuestros tesoros y haberes ,  
 que asi mas sueltos quedamos.  
 Con seis ginetes , Zeir,  
 de Valencia has de guardar  
 el camino, sin dejar  
 á nadie, á nadie venir.  
 Como no sean moriscos ,  
 que á su santo rito fieles ,  
 vengan á coger laureles  
 en estos pelados riscos.  
 En Alajuár sin recato  
 la alarma se esparza luego,  
 truene el escondido fuego,  
 y que se toque á rebato.  
 Armas tenemos sobradas  
 y municiones tambien ;  
 en un oculto almacén  
 tengo cien picas guardadas ,  
 arcabuces y ballestas ,  
 adárgas y coseletes ,  
 dos montados falconetes ,  
 pólvora y balas dispuestas.—



Tú , Abdalla , al punto has de ir  
á dar de la guerra el grito  
por lós pueblos del distrito,  
y su aliento á dirigir.

Las vecinas poblaciones  
su juventud sin tardar  
nos envíen , á engrosar  
nuestras filas y escuadrones.

En Ayora y Navarrés  
los castillos se provean ,  
y bien guarnecidos sean ,  
que importante cosa es.  
MALEC. ¿ No fuera bueno empezar  
dando fin de los cristianos ,  
que aunque pocos , tan ufanos  
se ostentan en Alajuár ?

MULIM-ALBENZAR. *( Con autoridad. )*

No, Malec.— Tú mismo dices  
que son pocos , y temor  
no dan á nuestro valor.

! Qué pueden los infelices !  
Huirán al punto de aquí ,  
y marchar los dejaremos.

Con noble gloria empecemos  
nuestra santa empresa , sí.

ZEIR. Pero al alcalde mayor  
es necesario prender.

MULIM-ALBENZAR. ¿ Qué puede un anciano hacer ?  
lanzarle será mejor.

ABDALLA. Mas es forzoso, Albenzar,  
que forastero cualquiera  
que hoy llegue á la villa , muera ,  
para el golpe asegurar.

Cual diga , á dar cumplimiento  
al bando terrible , vários  
alcaldes y comisarios

de Valencia en el momento  
íban , no hay duda , á salir.

Y el que á nuestra villa venga  
fuerza es que la muerte tenga ,  
si es que hemos de resistir.

MULIM-ALBENZAR. Eso es justo. El forastero  
que ose venir á Alajuár,  
si es cristiano, ha de encontrar  
la muerte en mi propio acero.  
Vamos, pues.

TODOS. Venganza ó muerte.

MALEC. Vamos, pues,

TODOS. Guerra y venganza.

MULIM-ALBENZAR. Probemos á donde alcanza  
nuestra venturosa suerte.

## ESCENA III.

*Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y salen FELISA, MARIA y CORBACHO.*

- FELISA. Degémosle reposar  
pues que se durmió tranquilo.
- MARÍA. Tengo ¡ay! el alma en un hilo.  
Temiéndome algun pesar.  
De tal susto y de caída  
tan espantosa y terrible  
parece cosa imposible  
haber salido con vida.  
Y malas resultas temo,  
aunque esté tan sosegado.
- FELISA. Debiera haberse sangrado.
- MARÍA. Lo resiste con extremo.  
Ya ves que ni aun ha querido  
almorzar.
- FELISA. Mas se durmió.
- CORBACHO. Pues almorzar quiero yo,  
que á Dios gracias no he caído.
- MARÍA. ¡Conoces ahora, ama mia,  
si es leal mi corazon,  
y si dije con razon  
que don Fernando vendria?  
¡Conoces ya cuan cabal  
es mi amante?... Loca estoy,  
mas esta dicha de hoy,  
debiendo ser sin igual,  
me la tiene acibarada  
de su salud el cuidado,  
y el modo tan desastrado  
con que ha sido su llegada.  
Que es mal agüero en verdad.
- FELISA. Yo tal agüero no hallo.  
Que se desboque un caballo  
es una casualidad.
- MARÍA. Y dime, Corbacho amigo,  
¿se ha acordado tu señor  
mucho en Flándes de mi amor?
- CORBACHO. Como constante testigo  
de cuanto hace, dice y piensa,  
puede mi fe asegurarte  
que vive para adorarte,  
y que jamas te hizo ofensa.  
Eres tú su único afan,  
y su solo pensamiento.  
Por tí anda papando viento,  
hecho un pelele, un bausán.  
En el campo, en el cuartel,

en la villa, en el camino  
 siempre el mismo desatino  
 por tí he descubierto en él.  
 Y dormido te nombraba,  
 y parece que no habia  
 mas nombre que el de Maria,  
 pues á todo lo encajaba.  
 ¡Y al venir? ¡Oh santo cielo!  
 ¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!  
 ¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!  
 En fin, á ti misma apelo,  
 porque mas precipitado  
 ni por desdicha mas listo,  
 estoy cierto, que no has visto  
 llegar á otro enamorado.  
 Felisa, soy venturosa.

MARÍA.

FELISA.

*(Con melancólica espresion.)*

Quiéralo el cielo, Maria.

¡Y lo dudas?...

MARÍA.

FELISA.

¡Hija mia!

¡Qué te tiene recelosa?...

MARÍA.

FELISA.

Nada.—Sabes el desvelo  
 con que amante te crié,  
 y que siempre pediré  
 que te haga dichosa al cielo.

MARÍA.

*(Abrazándola con ternura.)*

Lo sé, y que cuando perdí  
 mi buena madre al nacer,  
 Dios me concedió el tener  
 otra tierna madre en tí.

FELISA.

*(Profundamente conmovida.)*

Mil veces te he repetido  
 que tu origen...

MARÍA.

*(Interrumpiéndola con viveza.)*

Basta, no.

CORBACHO.

Almorzar quisiera yo,  
 que á Dios gracias no he caído.

MARÍA.

Dice bien.—Anda Felisa,  
 y dejemos á la suerte...

FELISA.

Hija, voy á obedecerte.  
 Tu padre viene y de prisa.

*(Váse con Corbacho.)*

MARÍA.

Como con tanta amistad  
 y cariño á don Fernando  
 trató mi buen padre, cuando  
 pasó aquí la enfermedad;  
 y aquel favor le debimos  
 con el duque de Gandía,  
 cuando por la gran sequía  
 tanto ganado perdimos;  
 con gran gusto va á saber  
 que á vernos ha regresado.

Mas ¡cielos!... ¡Qué demudado  
llega!... ¡qué podrá tener?...

(*Mirando á la puerta.*)

Con ese infame Alfaquí  
se ha parado en el ponton.  
¡Qué aspecto!... ¡Oh Dios! ¡qué espresion!...  
me causa espanto... ¡Ay de mí!  
Mas ya viene.

*Sale MULIM-ALBENZAR, receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo. MARIA le sale al encuentro con inocente alegría.*

MARÍA.

¡Padre mio!

MULIM-ALBENZAR. ...Fátima...

MARÍA. (*Con viveza.*) ¡Padre!... Maíra.

MULIM-ALBENZAR. (*Indeciso.*) No... que ya ha llegado el dia...

MARÍA. (*Apresurada.*) Dejad ese desvario,  
Sabad...

MULIM-ALBENZAR. (*Con sobresaltado.*) ¡Qué?... di...

MARÍA. Que ha llegado...

MULIM-ALBENZAR. ¡Quién... quién? dime...

MARÍA. El caballero,

que hace un año, un mes entero  
tuvimos aquí alojado.

El que nos recomendó  
al Duque, con celo tal,  
que todo nuestro caudal  
por su influjo se salvó.

MULIM-ALBENZAR. (*Con muestras de sorpresa y de confusion.*)

¡Quién?... ¡El señor don Fernando?

MARÍA. El mismo.

MULIM-ALBENZAR. (*Agitadísimo.*) ¡Ha llegado hoy?...

MARÍA. Una hora habrá.

MULIM-ALBENZAR. ¡Muerto estoy!

¡O cielos!... y... dime... cuando...?

MARÍA. (*Turbada.*) Despues de la primer misa

fuíme á la cercana fuente,  
cual tu amor me lo consiente,  
con mi buen ama Felisa.

Y un caballo y caballero  
despeñados vi cruzar  
el monte viniendo á dar,  
cerca en un despeñadero.

De susto me desmayé,  
y cuando á alentar volví,  
sin lesion cerca de mí  
á don Fernando encontré.

Era el que se habia caído,  
y por milagro patente  
de riesgo tan inminente  
sano y salvo habia salido.  
Pero con el golpe y susto

estaba tal, que creí  
que al punto traerlo aquí  
fuera, señor, darte gusto.  
(*Con temidez.*) Perdoname si hice mal.  
...Como tan alto favor  
le debemos...

MULIM-ALBENZAR. (*Aparte.*) ¡Oh rigor!...  
...¡Oh compromiso infernal!  
(*Alto con firmeza.*)  
¿Está en casa?...

MARÍA. Sí... Durmiendo.

MULIM-ALBENZAR. (*Fuera de sí.*) ¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!  
...Ha venido á hallar la muerte.  
Y yo... ¡destino tremendo!!

MARÍA. (*Asustada.*) ¡Padre mio!... ¡Oh confusion!  
MULIM-ALBENZAR. (*Precipitado.*) Dime.—¿Le ha visto llegar?...  
MARÍA. Todo el pueblo de Alajuár.

MULIM-ALBENZAR. ¡Oh desdicha!... ¡oh perdicion!  
Riesgo corre su persona  
si sospechan... Yo el primero  
ofrecí que con mi acero...  
¿Y perderé una corona?...  
(*Resuelto.*) No, Es cristiano, es enemigo...  
(*Saca un puñal.*)

MARÍA. (*Consternada y deteniéndolo.*)  
¡Padre!... esa furia templad.  
¿La santa hospitalidad  
á un protector, á un amigo  
dada, violareis?

MULIM-ALBENZAR. ¡Ay Dios!

MARÍA. ¿Un Albenzar eso piensa?  
¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?  
Volved por vos mismo en vos.

MULIM-ALBENZAR. (*Confundido.*) Hija mia... se aventura...

MARÍA. (*Con vehemencia.*) ¿Y qué vos, señor, sereis  
asesino, y manchareis  
vuestra sangre?

MULIM-ALBENZAR. (*Resuelto: y como volviendo en sí de un delirio.*)  
Quede pura.

(*Guarda el puñal.*)

Don Fernando viva. sí.  
—Sin un instante perder  
huya. Ni yo he de saber  
que un momento ha estado aquí.

MARÍA. ...¿Mas por qué?... ¡Padre!... ¡Señor!

MULIM-ALBENZAR. (*Con viveza.*) El pueblo airado á matarle  
vendrá muy pronto, y salvarle  
no podré de su furor.

MARÍA. ...¿Por qué? (*Suenan dos tiros.*)

MULIM-ALBENZAR. (*Sobresaltado.*) ¿No escuchas?

MARÍA. (*Asustada.*) ¿Qué es esto?

MULIM-ALBENZAR. (*Precipitado.*) Que hoy la morisca nación



va á vengar tanta opresion ;  
 en que el cristiano la ha puesto.  
 Que hoy va á decidir la suerte  
 de nuestra varia fortuna ,  
 y á alzarse la media luna  
 por lograr...

VOCES DENTRO. (*A lo lejos.*) Venganza ó muerte.

MULIM-ALBENZAR. (*Agitado.*) Corre... Mancharme no quiero  
 la hospitalidad hollando.

...Sálvese... Huya don Fernando.  
 Librame de un crimen fiero.

MARÍA. (*Atigida.*) Su caballo está rendido.

MULIM-ALBENZAR. (*Apresurado.*) Que tome mi yegua pía ,  
 que á los vientos desafía ,  
 y por el cercano egido  
 vuele y salga de esta sierra ,  
 sin acercarse á poblado.  
 Pues en toda ella está alzado ;  
 pendon de...

VOCES DENTRO. (*Cerca.*) Venganza y guerra.  
 (*Suena redoble de tambores.*)

*Salen muy asustados CORBACHO y FELISA.*

FELISA. ¡ Hija del alma !... ¡ Qué miedo !  
 El pueblo todo... ¡ Ay señor !...  
 Al viejo alcalde mayor...

¡ Ay Jesus !... hablar no puedo.

MULIM-ALBENZAR. ¿ Qué dices ?

FELISA. Yo no lo sé.

CORBACHO. Un infierno es el lugar  
 Me quedé sin almorzar.

FELISA. Las vecinas dicen que...

(*Suenan voces , tambores y trompetas.*)

MULIM-ALBENZAR. (*Con gran inquietud.*)

Hija mia !... corre , vuela.

Sálvese ese caballero...

Mis caballos , mi dinero.

...Pronto , y con grande cautela...

(*Vase María.*)

CORBACHO. Sério este negocio va. (*Vase.*)

FELISA. El perro del Alfaquí  
 corre pálido hácia aquí. (*Vase.*)

MULIM-ALBENZAR. ¡ Cielos !... ¿ si se salvará ?

*Sale ABDALLA precipitado.*

ABDALLA. ¡ Ay ! todo está perdido  
 si no calmas al pueblo enfurecido  
 que en aqueste momento despedaza  
 al alcalde mayor en esa plaza ,  
 donde la airada muchedumbre crece ,

y brama , y armas busca , y se enfurece ,  
pidiendo en alto grito por venganza  
de los cristianos todos la matanza.

Y un rumor ha corrido  
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM-ALBENZAR. (*Interrumpiéndole con viveza y enojo.*)

Que haya concierto y orden interesa  
si se ha de conseguir tan alta empresa.

Vamos , amigo , vamos

y ese ardor y ese aliento dirijamos. (*Vase.*)

(*Suena ruido de voces , de tambores , trompetas , tiros y campanas.*)

---

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una habitacion interior del antiguo castillo de Alajuar: tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones, al otro un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete.— Aparece MARIA, sentada y pensativa.*

MARÍA.

¡Cielos!... Felisa no viene,  
y al verme en esta mansion  
tan sola, mi corazon  
un monte sobre sí tiene.

*(Se levanta y se asoma á la ventana, y dice desde ella.)*

Nada veo, no oigo nada.  
Nadie descubro en la sierra.  
Sin duda alguna la guerra,  
¡plegue á Dios! está acabada.

*(Se retira de la ventana, vuelve al medio de la escena y se pasea inquieta.)*

En tan ciego desconcierto,  
en tan borrascoso mar,  
¿donde puedo luz hallar?  
¿donde se me ofrece un puerto?  
Solo desastres advierto,  
hallo solo confusion  
cuando quiere mi razon  
anhelosa descubrir  
el probable porvenir  
de tan dura situacion.  
¿Si han los moriscos triunfado  
en su intento criminal,  
yo cristiana, yo leal  
puedo quedar á su lado?  
¿A mi padre coronado  
veré, y ser restaurador  
de la impiedad, del error,  
siendo fiel..., siendo cristiana?...  
Dadme, ó virgen soberana,  
en tal conflicto favor!  
¿Y si la justicia santa  
de Dios prepara el castigo  
á este bando, que enemigo  
contra su ley se levanta;  
si confunde audacia tanta,  
y en cadalso inicuo y vil

paga la raza gentil  
 el crimen de rebelion ,  
 yo... á mi padre?... El corazon  
 se me hace pedazos mil. ( Pausa. )  
 Aunque morisca , abrigando  
 tan noble sangre , podía  
 esperar ser algun dia  
 la esposa de don Fernando.  
 Mas ya... ¡infeliz!... ¡Cómo ó cuándo  
 de un musulman , de un traidor ,  
 ó vencido ó vencedor ,  
 pudiera esperar la hija ,  
 que para esposa la elija  
 un castellano Señor ?  
 ¡ Ay !... Al conseguir mi anhelo ,  
 en el verturoso instante  
 en que tornaba mi amante  
 á coronar mi desvelo ;  
 la hermosa luz de aquel cielo  
 negra nube me robó ,  
 y esta borrasca tronó ,  
 que de el sόlio del sol mismo  
 en tan espantoso abismo  
 mis dichas precipitó .  
 ¡ Misera !... ¡ Desventurada !  
 ¡ Con qué instinto tan certero  
 tuve por de infausto agüero  
 de mi amante la llegada !  
 Ya seré de él detestada .  
 Sí : su conciencia , su honor  
 le harán mirar con horror  
 mi raza ; y ha de anhelar ,  
 combatiéndola , espiar  
 haberme tenido amor .  
 Solo un camino me queda  
 en tan angustioso apuro ,  
 y lo seguiré , lo juro ,  
 en cuanto seguirlo pueda .  
 Dios piadoso me conceda  
 su favor , y buscaré  
 un claustro donde hundiré  
 esta vida sin ventura ,  
 y en donde conserve pura  
 mi lealtad , mi honra , y mi fé .

( Queda en profundo abatimiento , del que la saca repentino y lejano rumor de  
 tiros y de cajas. )

¡ Qué escucho ?... ¡ Nuevo rumor ?...  
 todo estaba hace un momento  
 tranquilo .

( Corre á la ventana y continúa desde ella mirando á una parte y otra. )

Gran movimiento  
 observo ya en derredor .

Crece el estruendo á lo lejos,  
 y de armados escuadrones  
 los yelmos y los pendones  
 deslumbran con sus reflejos.  
 Van por aquella ladera  
 tropas., ¡de mi padre son!  
 ...¡Cielos!... Nueva confusion  
 de mi pecho se apodera.  
 ¡Mas qué miro?... De la villa  
 nubes espesas de humo  
 se levantan á lo sumo:  
 espantoso incendio brilla.  
 A este castillo azoradas  
 las mugeres, que han bajado  
 al lugar abandonado,  
 regresan precipitadas.  
 .....Y mi buen ama Felisa...  
 allí viene, sí, ella es.  
 (*Agitando un pañuelo y en alta voz.*)  
 ama mia, corre pues.  
 Yo te aguardo... date prisa.  
 (*Se retira de la ventana.*)

*Sale FELISA muy fatigada y despavorida con una gran cesta llena de ropa, y la pone sobre el bufete.*

MARÍA. (*Abrazándola.*)  
 ¡Ama mia!

FELISA. ¡Hija del alma!  
 hija mia, vengo muerta.  
 El retirarse las tropas  
 fué sin duda estratagema,  
 para coger en celada  
 á los moriscos, dispuesta.  
 Y Dios sabe los peligros,  
 los afanes y las penas,  
 que á nosotras infelices  
 su cólera nos reserva,  
 por mantenernos con ellos  
 en tan inicua revuelta.  
 ¿Pero qué es esto?

MARÍA.  
 FELISA. Maria,  
 mis labios á hablar no aciertan,  
 que de terror y cansancio  
 vengo que respiro apenas.  
 Despues de tan largos dias  
 de afanes y de miserias,  
 de zozobras y de angustias,  
 al ver hoy á la primera  
 luz que las cristianas tropas  
 se retiraban con priesa,  
 abandonando la villa;



fui, cual viste, con diversas  
 personas á ver si acaso  
 de nuestras casas desiertas  
 algo aun salvarse podia,  
 trayendo á esta fortaleza  
 los viveres necesarios,  
 y que ya tanto escasean.  
 Llegar logré á nuestra casa,  
 desmantelada y abierta,  
 donde solo hallé destrozos  
 propios de tan cruda guerra.  
 Bajé sin embargo sola  
 con una luz á la cueva,  
 y el depósito hallé intacto  
 de ropas y de preseas,  
 que al abandonar la villa  
 escondimos en la tierra ;  
 y de él traigo cuanto pude  
 recoger en esa cesta.  
 Entré á ver si algo quedaba  
 en la robada despensa;  
 cuando estruendo repentino  
 de cajas y de trompetas  
 me asaltó. Salgo á la calle  
 y cruzar miro por ella  
 á todas cuantas mugeres  
 como yo adar una vuelta  
 á sus casas habian ido,  
 gritando *traicion! sorpresa!*  
 Y todas, como rebaño  
 que huye de voraces fieras,  
 corrimos á refugiarnos  
 á estas murallas, y apenas  
 tuvimos tiempo. Las tropas  
 del rey en la villa entran  
 de nuevo, y segun he visto  
 desde esas cercanas cuestas,  
 dando á su justa venganza  
 atroz principio, la incendian.  
 ¿Y dónde mi padre?...

MARIA.

FELISA.

Estaba

con los suyos allí cerca  
 y voló como valiente...

(*Rumor lejano de cajas y de tiros.*)

Y empeñada la pelea...  
 sin duda... ¿No escuchas?...

MARÍA.

(*Asustada.*)

¿Ama!

¿Hija del alma! Si hubieras,  
 cual te aconsejé, dejado  
 á esta canalla perversa,  
 y fugádote á un convento  
 donde conmigo...

MARÍA. (*Afligida.*) Ama, cesa;  
no me destroces el alma.  
¿En desgracia tan horrenda  
abandonar yo á mi padre?...  
FELISA. (*Desconcertada.*)  
¿A tu padre?... Me atraviesas  
el corazon... ¡desdichada!  
...¡Tu padre!...  
(*Un cañonazo á lo lejos.*)  
MARÍA. (*Aterrada.*) ¿Oyes?...  
FELISA. Sí.  
MARÍA. Se acerca  
el estruendo de las armas.  
(*Corre á la ventana.*)  
¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas  
la villa toda... A esta parte  
es la espantosa pelea...  
mas sus horrores me ocultan  
esas elevadas peñas.  
FELISA. ¡Ay!... retirato, Maria,  
por la ventana pudiera  
alguna perdida bala,  
alguna veloz saeta...  
MARÍA. ¡Ojalá!... ¡Dios mio!  
FELISA. (*Retirándola de la ventana.*) Vente.  
MARÍA. (*Llorando.*) ¿Y mi padre?...  
FELISA. (*Muy agitada.*) Calla, cesa,  
yo de todas tus desgracias  
soy la sola causa, y sea  
la sola en quien el castigo  
caiga de Dios.  
MARÍA. (*Consternada.*) ¡Ama!  
FELISA. (*Abrazándola.*) ¡Oh prenda  
de desventura!... ¡hija mia!  
Correr hoy tu suerte adversa  
es mi obligacion. Cristiana  
y española no debiera  
encontrarme en esta causa  
de los moriscos envuelta.  
Mas si tú lo estás, Maria,  
que yo lo esté el cielo ordena;  
porque con el cielo tengo  
por tí una terrible deuda,  
y que abrazada contigo  
la pague yo... ¡ay triste!... es fuerza.  
MARÍA. (*Confusa.*) No te entiendo.  
FELISA. Ni es posible  
el que tú entenderme puedas.  
(*Queriendo cambiar enteramente de conversacion, y mudando de tono.*)  
Lo mejor se me olvidaba  
con tantos sustos y penas,  
cuando bajaba á la villa

al llegar sola á las huertas,  
 escuché que me nombraron,  
 y de terror quedé yerta.  
 Paréme, y en el momento  
 delante se me presentá,  
 saliendo de los vallados  
 que allí el callejon estrechan,  
 un soldado. Y al instante  
 reconocí con sorpresa  
 que era Corbacho.

MARÍA.

(*Sobresaltada.*) ¿Quién dices?

FELISA.

¿Quién dices, Felisa, que era?

Corbacho, que al saludarme,  
 oyendo otras voces cerca,  
 tiró á mis pies esta carta,

(*Saca una carta del pecho.*)

huyó á esconderse á gran priesa,  
 y salvando los tapiales  
 desapareció.

MARÍA.

(*Tomando la carta.*) ¿Ni si quiera  
 le preguntaste?...

FELISA.

Hija mia,  
 ni acerté á mover la lengua,  
 ni tuve tiempo: llegaba  
 gente por la misma senda,  
 y hallarme con él hablando  
 causara grandes sospechas.  
 Un relámpago fue todo  
 la aparicion y la ausencia.  
 Mas la carta...

MARÍA.

(*Turbada.*) ¡Ay ama mia!  
 mi mano al abrirla tiembla.  
 Toda está escrita con lapiz,  
 y dice de esta manera.

(*Lee.*)

«Si eres cristiana, Maria,  
 y si me tienes amor,  
 huye al punto con valor;  
 ven á ser la esposa mia.  
 Estoy de tí muy cercano,  
 en esta sierra encubierto,  
 donde no me ha descubierto  
 ni morisco, ni cristiano,  
 Y con impaciencia espero  
 el que vengas, amor mio,  
 y porque verte confío  
 de pena aquí no me muero.  
 De esta carta el portador  
 á traerte salva se obliga.  
 Haz sin susto lo que él diga:  
 vente á coronar mi amor.»

(*Representa.*)

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¡Don Fernando

de este castillo tan cerca ?

...¿ Y esperándome?...

FELISA. ( *Enagenada.* ) Maria ,  
ni un solo instante se pierda...  
...Ahora mismo... El cielo santo  
piadoso al fin nos presenta  
el remedio.

MARÍA. ( *Dudosa.* ) ¿ Pero dónde,  
dónde está Corbacho?... Venga.  
Sin él no es posible; amiga...  
Tal vez aun allí te espera,  
Y acaso...

FELISA. ( *Resuelta.* ) Tornaré al punto...  
( *Va á marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor  
de armas.* )

MARÍA. ¡ Imposible !

FELISA. En cuanto venga  
la noche... Si don Fernando  
está cual dice tan cerca,  
si Corbacho entre las tropas  
vigilante anda y alerta ,  
no nos faltará un momento...

MARÍA. ( *Abatida.* ) Dios sabe... Esa lid horrenda  
que está empeñada... ¡ Ay Felisa !  
Deshará tal vez... me inquieta  
nuevo terror... Si mi padre  
herido á mis brazos llega ,  
¿ Cómo podré?...

FELISA. ( *Interrumpiéndola con vehemencia.* )

De Dios hija  
eres primero: y si alientas  
su fé santa , que te salves  
donde su culto mantengas ,  
y que huyas de este recinto  
do su nombre se blasfema ,  
donde su ley se escarnece,  
con voz de padre te ordena.

MARÍA. ( *Con resolucion precipitada.* )

Pues ahora mismo, ama mia ,  
vamos , y en sus manos puestas...

FELISA. Si salir fuese posible,  
y en lo áspero de estas sierras  
escondernos...

MARÍA. ¿ Y Corbacho ?

FELISA. Yo esta noche...

( *Voces y rumor cercano de armas.* )

MARÍA. ( *Mirando adentro.* ) Escucha... espera.

¿ Qué es lo que veo?... ¡ Mi padre !

...! Virgen santa !... ¡ oh Dios , cual llega !  
cadáver... ! ay yo infelice !

Que sus amigos rodean.

*Sale MULIM-ALBENZAR, herido y ensangrentado en brazos de moriscos; que le colocan en el lecho.*

MARÍA. (*Arrojándose á su padre en el mayor desconsuelo.*)  
¡Padre!... ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR. Moriscos,  
nada importa mi muerte.  
Vuestro valor coronará la suerte  
si defendeis constantes estos riscos,  
cual fieles mahometanos.  
Ved como los cristianos  
necesitan de engaños alevosos,  
para verse un instante victoriosos.  
De este castillo en el sagrado muro,  
firme cimiento de un poder futuro,  
se estrelle en este día  
su impotente furor y alevosía.  
Acatad la bandera  
de Fátima, de mi hija y heredera,  
que yo dichoso muero,  
cual noble caballero,  
por mi fé y mi nacion.

MARÍA. (*Ahogada de dolor.*) ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR. (*Echándole los brazos al cuello.*) ¡Hija mía!  
no lamentes, mi bien, la suerte mía  
si es morir en tus brazos.

MARÍA. (*Cayendo de rodillas junto al lecho.*)  
¡Ay!... tengo el corazón hecho pedazos.

MULIM-ALBENZAR. (*En tono solemne, incorporándose.*)  
En tí mi sangre arda.  
Este castillo valeroso guarda,  
mira que es de tu trono el fundamento,  
trono que tú has de alzar con noble aliento.

MARÍA. ¡Padre!... fuiste cristiano...  
tiempo es que como tal...

MULIM-ALBENZAR. (*Esforzándose.*) Nunca: testigo  
de que siempre he vivido mahometano  
el gran profeta sea,  
y hoy á su lado en el Edén me vea.

MARÍA. (*Consternada.*)  
¡Padre!... ¡Padre!... El castigo  
teme de Dios.

MULIM-ALBENZAR. (*Encolerizado.*) ¡Y me hablas cual cristiana?  
Lo soy de corazón.

MARÍA. (*Furioso.*) Yo te maldigo.  
MULIM-ALBENZAR. Ser mi sangre no puede quien tal dice.  
(*Cae desmallado.*)

FELISA. (*Retirándose horrorizada.*)  
La hora es de la verdad.

MARÍA. ¡Ay yo infelice!



*Suena un coñonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale ABDALLA apresurado.*

- ABDALLA. Malec nos ha vendido.  
 ¡O vil traicion! ¡O infame alevosia!  
 Un escuadron cristiano, que escondido  
 quedó en la selva umbria,  
 en tanto que fingiendo  
 el grueso de las tropas que iba huyendo,  
 nuestra atencion llamando  
 hacía la villa, fuése apoderando  
 de acuerdo con Malec ¡traicion villana!  
 del foso y barbacana.  
 Y entrando sin rumor por un portillo,  
 siembra terror y muerte en el castillo.  
 Todo es sangre y estrago.
- VOCES DENTRO. ¡Santiago!... ¡Santiago!  
 OTRAS DENTRO. Viva la fé y el rey Felipe viva!!!  
 MULIM-ALBENZAR. *(Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos.)*  
 No, que aun aliento yo. Fieles, arriba.  
*(Le rodean y sostienen todos.)*
- ABDALLA. ¿Dónde vas, infeliz?...
- MULIM-ALBENZAR. *(Desmayado.)* A que la muerte  
 con la espada en la mano,  
 cual rey... cual mahometano...  
*(Cae al suelo.)*
- VOCES DENTRO. Viva la fé. Victoria por España.  
 ABDALLA. *(Terrorizado.)* Huyamos ¡ay! la saña  
 del fiero vencedor.
- MULIM-ALBENZAR. *(Ahogado.)* ¡Oh rabia!... Muero  
 como fiel musulman. *(Muere.)*
- MARÍA. *(Abrazando el cadáver.)*  
 ¡Qué horror!...
- ABDALLA. Huyamos  
 ¡Tremendo día! del cristiano acero,  
 si es que aun camino de salud hallamos.  
*(Vanse todos y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa á un lado de la escena.)*
- VOCES DENTRO. Viva la fé, y el rey Felipe.  
 OTRAS DENTRO. ¡Vea  
 hoy su esterinio la infernal ralea.  
*(Dentro.)* Cese ya la mortandad,  
 pues la victoria es segura:  
 á esa gente sin ventura  
 con hierros asegurad.  
 A Albenzar pronto busquemos,  
 puesto que se esconde aqui:  
 aquella es su estancia, sí;  
 nadie la defiende, entremos.
- GARCÍA.

*Sale EL CAPITAN GARCIA con peto y capacete, y la espada ensangrentada, y detrás de él EL SARGENTO y ocho ó diez SOLDADOS ESPAÑOLES con lanzas y arcabuces.*

GARCÍA. Rendid, perros desalmados... *(Se detiene.)*  
 ¡Mas dos mujeres no mas,  
 y un cadaver?... ¡Es quizás?... *(A la tropa.)*  
 la furia tened, soldados.

MARÍA. *(Deja el cadáver, y se arroja delante del capitán, pero con dignidad.)*

Si sois noble como dice  
 á voces vuestra presencia,  
 mirad, señor, con clemencia  
 á una mujer infelice.

Y si solo por mujer  
 la hidalguía castellana  
 me la niega, por cristiana  
 me la habrá de conceder.

GARCÍA. *(Aparte atónito y suspenso.)*  
 ¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!  
 ¡y que noble discrecion!...

...Me ha robado el corazon.  
*(Alto à María.)*

Señora, de tierra alzá.

*(La levanta.)*

Que al miraros en el suelo,  
 pierdo la razon y el tino  
 de terror, porque imagino  
 que se ha desplomado el cielo.

¿Quién sois?... Un ángel, lo veo.  
 Un ángel, un ángel, si.

Mas que hace un ángel aquí  
 confuso saber deseo.

MARÍA. *(Con dignidad.)*

Soy de Mulim-Albenzar,  
 muerto como veis, la hija :  
 vuestra nobleza colija  
 mi posicion singular.

Cristiana de corazon,  
 y fiel de veras al rey,  
 del amor filial la ley  
 me puso en esta ocasion.  
 Sois cristiano y caballero,  
 habeis mi desdicha oido,  
 y la proteccion que os pido  
 con seguridad la espero.

GARCÍA. *(Dudoso.)* ¡Ese es Mulim-Albenzar?

*(Al sargento.)*

reconocedle.

SARGENTO. *(Acercándose al cadáver.)* Si, es cierto;  
 es Albenzar, y está muerto,  
 de buena logré escapar.

GARCÍA.

Confuso estoy vive Dios .

SARGENTO.

Señor , á esas embusteras  
no des crédito , ¿qué esperas?  
amarremos á las dos.

GARCÍA.

Son cristianas.

SARGENTO.

Sonlo ahora  
por evitar el castigo.

MARÍA.

¡Señor!...

GARCÍA.

Pues estais conmigo  
no temais nada , señora.

( *Resuelto á la tropa.* )

Esta estancia respetad,  
y ese cadáver sangriento  
á colocarlo al momento  
sobre la torre llevad.

Vea la rebelde grey  
cual es su mísera suerte,  
pues ya les robó la muerte  
al que aclamaron por rey.  
Y con su fin la esperanza  
pierda del todo esta sierra ,  
terminándose la guerra  
y cesando la matanza.

SARGENTO.

Tal vez , señor capitan,  
pueden tener estos moros  
aqui ocultos sus tesoros.

GARCÍA.

( *Severo.* ) Si los hay , vuestros serán.( *Señalando á María.* )

Y que esta joya ó portento  
yo ansioso la guardo ved:  
mi mandato obedeced ,  
y retiraos al momento.

( *El sargento y los soldados recogen el cadáver de Mulim-Albenzar, y entre tanto dice él.* )

SARGENTO.

Muy hermosa es la morisca ,  
y al capitan ha prendado.  
pero lo juzgo escusado  
pues tiene facha de arisca.

MARÍA.

( *Viendo llevar al cadáver de su padre se arroja á abrazarlo.* )

¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo cielo!

( *Se apoya muy afligida en Felisa.* )

FELISA.

¡Hija del alma!

GARCÍA.

( *Aparte y envainando la espada.* )

¡Qué encanto  
tan irresistible!... ¡oh!... ¡cuánto  
templar su desgracia anhele!  
Mas tengo órden terminante  
ó de al punto exterminar  
la familia de Albenzar;  
ó de llevarla al instante  
asegurada á Valencia ,  
donde en cadalso sangriento

sirva al punto de escarmiento  
 á la morisca demencia.  
 No la puedo libertar,  
 que aunque dice que es cristiano,  
 y al rey fiel; ¡suerte tirana!  
 la heredera es de Albenzar,  
 ¡Oh qué celestial mujer!  
 ...Si el miedo... la confusion...  
 se perturba mi razon;  
 no sé lo que voy á hacer.  
 En caso tan inaudito...  
 ...¡ Ay ! si me amara, podria...  
 abrásase el alma mia ,  
 y en su amor me precipito.

*(Alto á María.)*

En vos, oh hermosa, volved  
 aunque es harto dura y fuerte  
 vuestra lamentable suerte,  
 que estais en mis manos ved.  
 El ser sangre de un traidor,  
 el ser de Albenzar la hija ,  
 no estrañareis que hoy exija  
 gran dureza, gran rigor.

FELISA.

*(Arrebatada y como fuera de si.)*

No , no es hija de Albenzar ;  
 es hija mia : es cristiana :  
 es de sangre cástellana,  
 aquí nunca debió estar.

MARÍA.

*(Conteniéndola con dignidad.)*

¡Púes osas, Felisa, decir?  
 No niego mi origen, no,  
 ni con imposturas yo  
 quiero el peligro evadir.

*(Al capitán.)*

Cristiana , es verdad , lo soy ;  
 mas hija de Albenzar, sí ;  
 que fuera un baldon en mí  
 negar á mi padre hoy.  
 El amor que me profesa ,  
 porque al cabo es mi nodriza  
 á esta española castiza ,  
 le inspira la invencion esa.  
 Pero no soy yo mujer,  
 sea cual fuere mi ventura,  
 que á una cobarde impostura  
 quiera la vida deber.  
 Si el ser cristiana no basta  
 para templarse conmigo  
 el espantoso castigo,  
 que ha merecido mi casta ;  
 si es crimen la sangre mia,  
 que no lo borra mi fé ,

pura víctima seré,  
sin desmentir mi hidalguía.  
Y si así al cielo le plugo,  
mis manos encadenad,  
y mi cuello colocad  
sobre el tajo del verdugo.  
Pues si os pedí compasión  
cuando vencedor entraste,  
y con un muerto me hallaste  
en este oscuro rincón;  
No fue pedirlos la vida,  
si el honor, que en riesgo estaba,  
cuando tras de vos entraba  
la soldadesca atrevida.  
Mas de nuevo á vuestra planta  
os pido cumplais la ley  
conmigo, que impone el rey,  
pues su rigor no me espanta.  
Antes bien, tal es mi suerte,  
que es el mas grande favor  
que hacerme pueden, señor,  
el de apresurar mi muerte.

GARCÍA.

(*Conmovido profundamente.*)  
Basta, señora, os lo ruego.  
Celeste encanto, cesad.  
...¡ Oh con cuánta actividad  
me abrasa de amor el fuego!  
Tomo de mi cuenta, sí...  
¡ Cielos!... ¿ Por qué esta victoria,  
que juzgué mi mayor gloria,  
es ya infierno para mí?  
Descuidad, resuelto estoy.  
Por remediar vuestra suerte,  
por salvaros de la muerte,  
á perderlo todo voy.  
Por premio pediré al rey,  
si mi hazaña á de premiar,  
vuestra belleza salvar  
de la promulgada ley.

(Con vehemencia.)

Y su gracia, y la de Dios  
perderé contento, y todo,  
mi fama hundiré en el lodo  
por merecer ¡ ay!... de vos  
una mirada propicia,  
una muestra de interés.

(Hincando una rodilla.)

Pues que mi alma á vuestros pies  
abrasada se desquicia.

MARÍA.

(Asombrada.)

¿ Qué es lo que haceis?... ¿ Qué demencia?...  
¡ Señor capitán!... ¿ qué es esto?



¿ Vos ante mis plantas puesto?  
¿ Vos?... ¡ Cielos !

GARCÍA.

Sí. La violencia  
de un encanto me ha rendido,  
y desde el punto en que os ví  
tan bella, me convertí  
de vencedor en vencido.  
Esta furiosa pasión,  
que cual rayo fulminante  
abrasa mi pecho amante  
os merezca compasión.

MARÍA.

FELISA.

GARCÍA.

¡ Señor capitan !  
( *Muy desconsolada.* ) ¡ Maria !  
( *Levantándose.* )

Àngel divino, os adoro ;  
sois un celestial tesoro...

MARÍA.

GARCÍA.

...¿Hombre de tanta hidalguía?  
No os asombre nada, nada.  
Vivireis, sí, yo lo juro,  
que es mi pecho vuestro muro,  
vuestra defensa mi espada.  
Sin temor de aquí salid:  
cuido yo vuestro decoro.  
Pero... pensad que os adoro.  
Basta.—Tras de mí venid. (*Vase.*)

MARÍA.

(Muy abatida.)  
¡Felisa!... ¡Felisa mía!  
raro peligro corremos.

FELISA.

En el cielo confiemos,  
desventurada Maria. ( *Vanse.* )

ESCENA II.

*Decoracion corta, de árboles y peñascos, y á un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale DON FERNANDO vestido de toscas pieles como pastor.*

¡Oh cuánto Corbacho tarda!  
¿qué habrá ocurrido?... ¡ay de mí!  
Ya con inquietud aquí  
mi ansioso anhelar lo aguarda.  
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda  
su vuelta!... ¿La carta mia  
habrá llegado á Maria?  
—¿Querrá mi dichosa estrella  
que torne á mis brazos ella,  
cual amante le pedia?

(*Se pasea.*)

Aumenta mi sobresalto  
el que toda la mañana  
ha atronado esta montaña  
rumor de lid ó de asalto.

Y aqui de noticias falto,  
entre esperanza y temor  
desde que cesó el rumor  
luchó, y el temor me gana,  
porque en mi suerte tirana  
lo seguro es lo peor.  
Ni ya puedo prolongar  
esta situacion penosa,  
do mi estrella desastrosa  
me ha podido colocar.  
Milagro ha sido escapar  
entre tanto desconcierto  
con este trage encubierto,  
sin que nadie me haya visto  
los largos dias que asisto  
en este oculto desierto.

(*Agitado.*)

¡Y el término cuál será?...  
¡Cielos!... ¡Perderé á María  
despues de tanta agonía,  
ó mi amor la cobrará?—  
¡Ay! si decretado está  
que nunca yo la posea,  
que agena ¡oh rabia! la vea...  
Un rayo antes me confunda,  
esta montaña se unda,  
y mi sarcófago sea.

(*Pausa.*)

¡Mas qué va á ser en el mundo  
de mí infelice!... ¡Qué espero?  
¡Qué porvenir fundar quiero?...  
me anonado, me confundo.  
—¡Qué digo?... Mis dichas fundo  
en mi deliciosa llama,  
junto á aquello que se ama  
es mentira el orbe todo.  
Son vago viento, vil lodo  
cuna, estado, honores, fama.

(*Pausa.*)

¡Ay!... ¡Si mi padre supiera  
que no en Flandes, sino aquí  
me tiene perdido así.  
este amor, qué me digera?  
¡Y si descubrir pudiera  
que una morisca?... ¡Hado impío!  
De pensarlo siento el frio  
por mis venas de la muerte.  
...¡Padre!... ¡padre! ¡dura suerte!  
Perdon, perdon, padre mio.  
¡Cielos! que su maldicion  
no me abrume. Enhorabuena  
me desherede, tal pena

tenga mi ciega pasión.  
 Yo en el último rincón  
 de la tierra gozaré  
 lo que siempre llamaré  
 mi delicia y mi ventura,  
 y la infundada censura  
 del mundo despreciaré  
 Al lado de mi María;  
 en el antártico suelo,  
 bajo un nunca visto cielo,  
 ¿quién turbará mi alegría?  
 Allí con la espada mía  
 honraré mi ilustre cuna,  
 y en ocasión oportuna  
 otro estado ganaré,  
 y lo que alcanzan sabré  
 el amor y la fortuna.

*Salen CORBACHO vestido de soldado, y con un envoltorio de ropa que tira á un lado.*

- CORBACHO. Mal haya amen el momento  
 en que tu estrella sañuda  
 te hizo ver á esa morisca  
 para pasar tanta angustia.  
 Y el punto y hora mal hayan  
 en que te dió la locura  
 de abandonar lo de Flandes,  
 por perderte en lo de Júcar:  
 en tan graves compromisos,  
 en tan negras desventuras,  
 reducido como fiera  
 á la estrechez de esa gruta.  
 Y á meterme á mi en embrollos,  
 en disfraces y en trifulcas,  
 que en Peralvillo es probable,  
 Dios sea sordo, que concluyan.
- DON FERNANDO. Corbacho, amigo... ¿qué es eso?  
 Tus palabras me atribulan;  
 y en mis labios se amontonan  
 y se hielan las preguntas;  
 porque temo mil desastres  
 de esas tristes quejas tuyas,  
 y horribles presentimientos  
 me abaten y me conturban.
- CORBACHO. Pues ya metido en el paso,  
 do no debiste entrar nunca,  
 es forzoso, vive Cristo,  
 que de él con valor te escurras.
- DON FERNANDO. ¿Pues qué acontece? Di, acaba,  
 ya la impaciencia me abruma.
- CORBACHO. Allá voy, que rebotado,  
 y hecho de hambre una aléluya,

no puedo mover la lengua  
con la rapidez que buscas.  
—Aunque con estos disfraces  
en la soldadesca turba  
entro y salgo, fue imposible,  
como sabes, á mi astucia,  
durante seis largos dias,  
dar curso á la carta tuya.  
Porque sitiado el castillo,  
y defendido con furia,  
y estando dentro tu amada  
con toda la infame chusma,  
llegar á ella no podia,  
á no convertirme en grulla.

DON FERNANDO.

(*Impaciente.*)

¿Con que la carta?...

CORBACHO.

Un momento,

y lo sabrás todo . escucha.

Viendo el capitan Garcia  
que aun la breba estaba dura,  
apeló para ablandarla  
á una militar astucia.

Y hoy mismo á la luz primera  
fingió con destreza sama  
emprender la retirada,  
con apariencias de fuga.  
Creyéronla los rebeldes,  
y aun vencedores se juzgan,  
y con su rey vergonzante  
salió la morisca chusma,  
en el alcance buscando  
feliz término á la lucha.

A la abandonada villa  
las mugeres sin cordura  
descendieron anhelosas  
en muchedumbre confusa:  
yo me presumi que iria  
Felisa el ama, sin duda,  
como las demas; y cauto  
me oculté en las angosturas  
del camino, en unas tapias  
que aquellas huertas circundan.  
Vi pasar varias moriscas,  
y como soles algunas,  
cuando á muy pocos momentos  
quiso mi buena fortuna  
que venir viese á Felisa  
sola, sola.

DON FERNANDO.

¿Sola?...

CORBACHO.

Escucha.

Sola: la llamo, se para,  
salgo á su encuentro, se asusta;

al pronto me desconoce,  
iba á hablarla , cuando juntas  
ví venir otras mugeres ,  
y temiendo me descubran ,  
torno á esconderme en las tapias...

DON FERNANDO.

( *Con viveza* )

¡ Y la carta ?... ¡ Oh suerte cruda !

CORBACHO.

La tiré á sus pies.

DON FERNANDO.

Y dime,

¿ la tomó ?...

CORBACHO.

Señor ¿ lo dudas ?

Yo se la ví alzar del suelo.

DON FERNANDO.

¿ Y sin respuesta ninguna  
te vuelves ? Sin que siquiera...

CORBACHO.

Eso es ya pedir cotufas  
en el golfo. Tú no sabes  
cuán espantosa trifulca  
se armó despues. En las tapias  
quedéme, por si oportuna  
ocasion se me ofrecia  
de hacerle cien mil preguntas  
á su vuelta. Mas de pronto  
se alzó nueva barahunda !  
que á salir de mi escondite  
me obligó con prisa , y mucha.  
Las tropas que figuraron  
la retirada , á las turbas  
de moriscos acometen ;  
otra vez la villa ocupan ,  
y la entregan á las llamas.  
Pónense al momento en fuga  
las infelices mugeres ,  
suben al castillo, y buscan  
refugio en él : á él se acoge  
herido en la escaramuza ,  
Albenzar, aun pretendiendo  
prolongar allí la lucha :  
y todo en vano. Garcia  
habia dejado ocultas  
en el inmediato bosque  
dos banderas , que sin duda  
de acuerdo con los del fuerte,  
pues los traidores abundan ,  
lo escalaron sin defensa ,  
y todo fue muerte, angustia ,  
robo, confusion , ruina ,  
desolacion, llanto, furia.

DON FERNANDO.

( *Agitado.* ) ; Ay Corbacho !... ¿ Y mi Maria ?

...Tú su infortunio me ocultas ;

dime pues... ¿ En tal desorden ?...

¿ En tal trastorno ?...

CORBACHO.

( *Con soflama.* ) Te apuras ,



señor, muy pronto. Está viva,  
y un gran protector la escuda.  
El cielo.

DON FERNANDO.  
CORBACHO.

(*Con malicia.*) El cielo... bien dices;  
por medio de la bravura  
del buen capitán García,  
que es hijo de la fortuna.  
(*Alterado.*) ¡Corbacho!... di.

DON FERNANDO.  
CORBACHO.

En el momento.

que se armó la barahunda  
al castillo corrí, donde  
vi aquella escena confusa.  
Muerto á Albenzar encontraron  
de su hija en brazos, en una  
cámara. El señor García  
fue el que en ella entró, á la turba  
soldadesca defendiendo  
que hiciese allí de las suyas.  
Mando sacar el cadáver  
á donde con voces mudas  
predicase el escarmiento;  
y él quedó con piedad suma  
á la huérfana infelice  
consolando...

DON FERNANDO. (*Arrebatado de enojo.*) Calla... ¡oh furia!  
Calla, vil... ¡osa tu lengua?  
CORBACHO. (*Intimidado.*)

Señor... señor... que me asustas;  
yo no oso poner mi lengua  
sobre persona ninguna.  
Os refiero las hablillas  
de la soldadesca chusma,  
que ansiaba robar la estancia  
que de Albenzar era tumba,  
y que el capitán severo  
defendió...

DON FERNANDO. (*Irritado.*) ¡Canalla inmundada,  
que no sabe que es de nobles  
amparar la desventura,  
y defender á las damas  
de la insolente gentuza!

(*Sospechoso.*)

Pero... dime... ¿largo tiempo  
el capitán?...

CORBACHO.

DON FERNANDO. ¿Qué preguntas?  
(*Agitado.*) ¡Oh!... Si osara...—Mi María  
es cual las estrellas pura.  
...Si el vencedor orgulloso...  
¡Oh cielos!... La horrible punta  
de un puñal envenenado  
mis entrañas desmenuza.  
—Corbacho, dime...

- CORBACHO. (*Con viveza.*) No pierdas  
 en amargas congeturas  
 el tiempo. Toma un partido,  
 pues todo de aspecto muda.  
 Cuando una morisca solo  
 rica y de famosa alcurnia  
 era tu dama, podias  
 en esperanzas futuras  
 perderte, que al cabo era  
 cristiana hasta las enjundias.  
 Pero ya...
- DON FERNANDO. (*Precipitado.*) Corbacho, amigo,  
 la ley previene, y es justa,  
 que la morisca cristiana,  
 que con español se una  
 en matrimonio, se libre  
 de la proscripcion.
- CORBACHO. Tarumba  
 con tu ceguedad me vuelves.  
 Ya tu María no es una  
 morisca vulgar. Es hija  
 del que aun muerto se titula  
 rey de los moros, caudillo  
 de esta rebellion; y nunca  
 habrá para ella indulgencia.  
 Despues olvidas sin duda  
 quien es tu padre, y olvidas  
 que cual desertor figuras  
 en Flandes, y que en España,  
 siendo por tu noble cuna  
 de Santiago caballero,  
 has faltado en esta lucha,  
 á que todos tus cofrades  
 concurrieron sin escusa.
- DON FERNANDO. (*Despechado.*)  
 ¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!  
 ¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!  
 Desplómense estos peñascos;  
 ábrase á mis pies la tumba.
- CORBACHO. Bien claro te mostró el cielo  
 el que á esta sima profunda  
 tu pasion te despañaba,  
 al despeñarte la furia  
 del caballo. Si tú entonces,  
 pues que saliste sin una  
 costilla rota, te hubieras,  
 renunciando á tus locuras,  
 vuelto á Flandes, ó á tu casa,  
 cantáramos la aleluya.  
 Y aun es tiempo...
- DON FERNANDO. (*Fuera de sí.*) Calla, cesa,  
 no acrecientes mis angustias:

ó la muerte, ó mi María ;  
ya tan solamente busca  
mi enamorado despecho  
de aquestas dos cosas una.  
Sí, resuelto estoy, Corbacho,  
responde pronto...

CORBACHO.

Pregunta.

DON FERNANDO.

¿Dónde está María?...? ¿dónde?  
Hoy seré su esposo, ó nunca.

CORBACHO.

Cuando salí del castillo,  
ya encadenada la chusma  
de moros, la preparaban  
á bajar con gran presura  
y buena escolta á la villa.  
Y de allí, segun mi industria  
pudo inquirir, esta noche  
dos cuerdas salen; la una  
con la rendida canalla,  
á las playas donde surtas  
están las embarcaciones;  
y la otra, en que van juntas  
las cabezas principales  
con María, por la ruta  
de Valencia...

DON FERNANDO.

Dí ¿esta noche?

CORBACHO.

Esta noche, sí, no hay duda.

DON FERNANDO.

(*Resuelto.*) Pronto, sus, tráeme el caballo,  
que suelto el pasto disfruta  
de estos montes, trae mi espada,  
trae mis ropas, que me injurian  
ya estos villanos disfraces,

CORBACHO.

¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

DON FERNANDO.

Con mi valor y mi acero  
burlar la suerte sañuda,  
libertando como noble  
á mi prenda de la furia  
de sus verdugos.

CORBACHO.

Detente,

no te arroges sin cordura  
á un imposible, do solo  
ó muerte ó deshonra buscas.  
La cuerda va custodiada  
con gente aguerrida y mucha,  
tú eres al cabo uno solo.

DON FERNANDO.

El que despechado pugna  
por salvar á la inocencia,  
y mas si el amor lo ayuda,  
vale por ciento.

CORBACHO.

Tu arrojo

y tu pasión te deslumbran.  
Vas, traidor contra un decreto  
del rey, á empeñar tal lucha.

Vas á deslustrar tu nombre.  
 Vas , en fin...  
 DON FERNANDO. (*Despechado.*) ¡ Suerte sañuda !  
 Yo quiero ver á María.—  
 ...Con ella morir.

CORBACHO. Escucha.  
 Supuesto que no desistes  
 de esa tu infernal locura ,  
 da tiempo al tiempo, y prudente  
 válete de alguna industria ,  
 para ponerte siquiera  
 de acuerdo...

DON FERNANDO. (*Con viveza.*) Bien , piensa una.

CORBACHO. Con el disfraz de soldado  
 puedes en la noche oscura  
 entre la escolta ingerirte :  
 con ella hablar, que es astuta ;  
 y en la marcha , que no es corta ,  
 disponer...

DON FERNANDO. Sí , sí. Sin duda  
 me habla por tu boca un angel.  
 ¿ Mas donde encontrar alguna  
 ropa de soldado...?

CORBACHO. Al punto,  
 que mi prevision es mucha.  
 De un muerto que hallé aquí cerca ,  
 al volver ahora en tu busca ,  
 tomé todo el equipage.

(*Revolviendo el lío que puso á un lado al salir.*)

Y héle aquí.—Manchas lo ensucian  
 de sangre, porque su dueño  
 tenia una herida profunda ;  
 pero nada importa.

DON FERNANDO. (*Muy reanimado.*) Amigo,  
 tú remedias mis angustias.  
 Y pues ya la noche llega  
 y tierra y cielos enluta  
 con sus sombras , no perdamos  
 el tiempo, y Dios nos dé ayuda.

(*Entráse en la gruta, y Corbacho detras de él, llevándose el envoltorio.*)

### ESCENA III.

*Plaza de la villa de Alajúz, arruinada por el incendio. Aun arden á lo lejos algunas casas, y otras están humeando. Empieza á anochecer. Salen ABDALLA, ZEIR y dos ó tres MORISCOS de nota, cargados de cadenas, y rodeados de SOLDADOS ESPAÑOLES, con arcabuces y alabardas, y con ellos el SARGENTO con ginetu.*

SARGENTO. Alto, perra canalla ,  
 que no vais á un festin.

(*Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí, formando cuadro.*)

ZEIR. ¡Cielos!... ¡Abdalla!

ABDALLA. Zeir lo que está escrito no podemos los hombres contrariar. Solo debemos resignarnos humildes los humanos de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR. Maléc, ese cobarde es quien nos ha vendido.

ABDALLA. Pus no ha de hacer de su traicion alarde; quee un tósigo le dejo prevenido, con que beba la muerte: Endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR. ¿Y cuál; ay! nos espera?

ABDALLA. Terrible á la verdad y lastimera. Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGENTO. *(En el proscenio, apoyado en su gínetá, y hablando consigo mismo.)*

¿Posible es que se ande el señor capitan hecho un Cupido, tras una vil morisca así perdido; y que aquí nos detenga, porque su dama á sus anchuras venga? —Vive Dios que no entiendo cómo un hombre tan duro y tan tremendo, y que ya no es muchacho, se convierte en baboso mamarracho. Vaya, me desespera. ...No sé qué le detiene en hacer lo que yo sin duda hiciera, pues que rendida en su poder la tiene: admiro su cachaza... Mas él viene.

*Salen el capitan GARCIA, MARÍA y FELISA.*

GARCÍA. ¿Marchó la cuerda, sargento, que va á la costa?

SARGENTO. El camino tomó para su destino, en buen orden ha un momento. Y no hay con ella cuidado, pues que la manda Garcés.

GARCÍA. Teneis razon, porque es el alferez gran soldado. Disponed nuestra marcha en el instante, llevando por delante los soldados mejores para ser de la ruta exploradores. Y cuidad que no rompan las cadenas los presos.

SARGENTO. Son muy gordas y muy buenas.  
*(El capitan y el sargento van al fondo del teatro, como á revistar los presos y á ordenar la tropa.)*



MARÍA.

*(Muy abatida, y como en secreto.)*  
 ¡Ama mía!... voy muerta.  
 No por lo horrendo de mi suerte cierta;  
 sino por el amor que se ha encendido  
 en ese mal-nacido.  
 Pues con razón me temo  
 que con mi resistencia despechado,  
 ciego y desatentado  
 se arroje loco al criminal extremo  
 de abusar de su fuerza en el camino.  
 De asombro y de terror estoy sin tino.

FELISA.

*(Llorando.)* ¡Infelice María!...  
 En la piedad confía  
 del cielo, que es de la inocencia amparo.  
 De tí ni un solo punto me separo,  
 y contigo, hija mía,  
 defendiendo tu vida y tu inocencia,  
 constante me veras hasta Valencia.  
 Y allí... si allí llegamos...  
 en la Virgen santísima pongamos  
 toda nuestra esperanza.

GARCÍA.

Tengamos en su auxilio confianza.  
*(Al sargento.)* Emprended la partida,  
 y esperad del lugar á la salida;  
 que pronto iré á alcanzarlos.

SARGENTO.

*(Con socarronería.)*  
 ¿Con que quereis quedaros  
 á ver si por la buena ese portento?...  
 —Si andais con tal melindre y miramiento,  
 ya vereis que os chasquea.  
 Está en vuestro poder, que vuestra sea.

*(Con recato misterioso.)*

En el camino acaso  
 un bosque muy espeso se halla al paso,  
 y en él lograr sin duda  
 podeis cuanto querais. Yo os daré ayuda.  
 Bien. La marcha emprendamos.

GARCÍA.

SARGENTO.

Arriba, vil canalla. Vamos, vamos.

*(Vase, llevando por delante los presos y soldados.)*

GARCÍA.

*(Amoroso.)* Ya veis cuanto hago por vos,  
 á mi obligacion faltando;  
 y aun me está martirizando  
 vuestro ceño, vive Dios.  
 En todo os he dado gusto,  
 á todo por vos me allano,  
 que vuestro desden tirano  
 se ablande, señora, es justo.  
 Libre estais, vais sin cadenas,  
 Sola vos mandeis aquí,  
 teneis un esclavo en mí,  
 témplense, pues, vuestras penas.  
 Y dadme algun esperanza,

oh soberana muger ;  
 dejadme á lo menos ver  
 un asomo de bonanza.

MARÍA. (*Con altivez.*) Señor capitan, os ruego  
 que mas no me inportuneis ;  
 que mi suerte abandoneis ;  
 que me dejeis luego , luego.  
 Yo nada exijo de vos ;  
 de mí , pues , nada exigid.  
 Cual debeis me conducid ,  
 que á mí me defiende Dios.

GARCÍA. Pensad cuál es vuestra suerte :  
 ved que estais en mi poder.

MARÍA. Yo no soy , señor , muger  
 á quien asusta la muerte.

GARCÍA. ¡ Ay !... aun es tiempo , escuchad  
 á un corazon que os adora ;  
 que por vos misma os implora...

MARÍA. Si honra teneis , acabad.

GARCÍA. (*Con vehemencia.*) Con ese ceño tirano  
 mas mi pasion encendeis ,  
 y en el caso me pondreis...

MARÍA. Sois caballero , y cristiano.

GARCÍA. (*Resuelto.*) Que lo soy os probaré ,  
 si al fuego que me devora  
 os mostrais grata , señora.  
 Todo lo aventuraré.

Por la ley puedo libraros  
 de la muerte ignominiosa ,  
 si quereis vos ser mi esposa ;  
 y pronto estoy á juraros...

MARÍA. (*Con rapidez.*) Jamás , jamás ; tiene dueño  
 mi voluntad , y por él  
 quiero morir.

GARCÍA. (*Despechado.*) ¡ Oh cruel !  
 ¿ Con que es en vano mi empeño ?  
 ¿ A otro amais ?

MARÍA. Con alma y vida.

GARCÍA. (*Furioso.*) ¡ Infeliz !... ¿ Qué pronunciaste ?...  
 Tú misma te condenaste ,  
 envenenando mi herida.

Tiembla mi ciego furor.  
 Atropellaré por todo ,  
 y de un modo ó de otro modo...

FELISA. Oh cielos , dadnos favor.

GARCÍA. ¡ Ingrata !... te has de acordar.

Vamos , pues , vamos , marchemos.

MARÍA. (*A Felisa.*) ¡ En la Virgen confiemos ,  
 que es quien nos ha de amparar.

(*Vanse.*)

## ESCENA IV.

*Decoracion que descubra todo el foro representando un oscuro bosque de noche, en tierra quebrada. Y en el fondo se vé un camino entre peñas y troncos. Salén DON FERNANDO y CORBACHO, ambos vestidos de soldados.*

- CORBACHO. ¡No miras allí el camino?  
Es aquella lista blanca,  
que va tras de la barranca.  
(*Escuchando atentamente.*)  
Y viene á lo que imagino  
ya la columna, señor.  
Y aunque la noche está oscura,  
que veo se me figura...
- DON FERNANDO. Claro se escucha el rumor.  
Vamos hácia allá al momento,  
y procura no ser visto,  
teniendo el caballo listo,  
para que en cualquier evento...
- CORBACHO. Vamos, pues. Pero prudencia  
tan solamente os encargo.  
Ved que el camino es muy largo  
Hasta llegar á Valencia.  
Y que una vez con María  
puesto de acuerdo, podrás...
- DON FERNANDO. Descuida, y no digas mas;  
en mi cordura confía. (*Vanse.*)

*Salen y pasan por el camino del fondo del teatro ABDALIA, ZEIR y los MORISCOS, todos encadenados, y sonando los hierros, y delante y detras y á los lados en buen orden SOLDADOS ESPAÑOLES, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas; y cuando ya todos hayan pasado, sale el capitán GARCÍA, que trae asida del brazo á MARÍA, y la empuja con fuerza hácia el proscenio.*

- MARÍA. ¡Qué es esto ¡oh cielos!, señor!  
¡Qué arrebató?... ¡qué demencia?...
- GARCÍA. (*Con voz ahogada.*)  
Calla, y sufre la violencia  
de mi despreciado amor.
- MARÍA. (*Aterrorizada.*)  
¡Un cristiano, un caballero,  
de una infelice abusar?
- GARCÍA. (*Desenvainando la espada.*)  
Mi pasión has de premiar,  
ó has de morir á este acero.
- MARÍA. (*Cayendo de rodillas.*)  
Socórreme, Virgen santa,  
dame tu amparo y favor.
- GARCÍA. (*Arrastrándola del brazo.*)  
Nadie escucha tu clamor.  
Ven conmigo, ven, levanta,

MARÍA. ¡ Cielo !  
 GARCÍA. No te libraré ,  
 ni el infierno mismo, no.

*Sale precipitado DON FERNANDO, con la espada desnuda.*

DON FERNANDO. Pero la liberto yo ,  
 forzador vil...  
 GARCÍA. (*Suelta á María sorprendido.*)  
 ¿ Quién va allá ?  
 DON FERNANDO. Defiéndete , desdichado ,  
 si te llamas caballero ,  
 que se afrentará mi acero  
 de matar á un descuidado.  
 Ponte tras de mí , María ,  
 que bajo mi amparo estás,  
 y cual te guardan verás  
 mi amor y la espada mia.  
 MARÍA. (*Corriendo á él.*) ¡ Oh santos cielos !... Es él.  
 Sí , reconozco su acento.  
 GARCÍA. (*Turbado.*) ¡ Eres del bosque portento ,  
 ó emisario de Luzbel ?

(*Se acerca.*)  
 (*Furioso.*) ¡ Mi rival !... Ven á morir ,  
 que es rayo ardiente mi espada ,  
 á que no resiste nada.  
 DON FERNANDO. Calla , si sabes reñir.  
 (*Riñen, y don Fernando le da una estocada.*)  
 GARCÍA. (*Titubeando.*)  
 Muerto soy. (*Grita.*) Hola , soldados...  
 que se fugan...

(*Entrase.*)  
 ¡ Ay de mí !  
 DON FERNANDO. Huyamos pronto de aquí  
 en el cielo confiados.  
 Corbacho por vida mia ,  
 pronto el caballo.

CORBACHO. (*Apareciendo al bastidor.*)  
 Aquí está.

DON FERNANDO. (*Al irse con María.*)  
 A las ancas...

CORBACHO. Bueno va.

DON FERNANDO. (*Dentro.*) Afírmate bien , María.

(*Rumor de un caballo que arranca.—Suenan tiros, y ruido.*)

VOCES DENTRO. ¿ Dónde el capitán nos llama ?

*Sale el SARGENTO, con cuatro SOLDADOS.*

SARGENTO. (*Apresurado.*) Hacia aquí , venid , volemós ,  
 y este monte registremos  
 peña á peña , y rama á rama.





## JORNADA TERCERA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una calle de la ciudad de Valencia.—Decoracion corta, y sale*

*FELISA, muy afligida, de saya y manto, y con un rosario en la mano.*

FELISA.

¡ Ay mi Dios ! recorro en vano  
estas calles de Valencia ,  
para buscar un consuelo  
y de la infelice nuevas.

Hoy el pueblo alborotado  
con la terrible sentencia ,  
que contra Zeir y Abdalla  
y otros moriscos de cuenta  
ha pronunciado el consejo ,  
de María no se acuerda:

ni se habla de su aventura;  
ni de hácia donde estar pueda ,  
Al fin los pasados dias

su fuga tan solo era  
la conversacion de todos  
en calles ,casas y tiendas.

Y el oir en los corrillos  
nombrarla y hacer diversas  
conjeturas, de consuelo  
pudo servir á mis penas.

Mas hoy ya nadie la nombra ,  
nadie en su infortunio piensa.

*(Llora.)*

...Virgen soberana , madre  
de la oprimida inocencia ,  
sedle escudo , sedle amparo ,  
y dadme luz con que pueda  
descubrir... *(Sorprendida.)* ¿ Pero qué veo ?  
jurára , cielos que él era...  
Sí... ¡ Corbacho !...

*Sale CORBACHO, embozado.*

CORBACHO.

FELISA.

*(Sorprendido.)* ¡ Ama Felisa !

¿ Cómo , tú , por esta tierra ?...

¿ Y María ?... ¿ Y don Fernando ?

¿ No me traes noticias de ella ?

¿ No me dices ?...

CORBACHO.

¿Por ventura  
que sé de ellos algo piensas,  
cuando anhelaba encontrarte  
para que tú me dijeras?... ,

FELISA.

(*Desconsolada.*)  
¿Qué he de decirte, Corbacho?...  
¿Cómo darte, amigo, nuevas  
que busco anhelante?...

CORBACHO.

Dime,  
¿tú desde cuándo en Valencia?

FELISA.

Desde que entraron los presos,  
hace tres días.

CORBACHO.

Yo apenas  
ha dos horas que he llegado.

FELISA.

¿Pero tú, despues aquella  
terrible noche; seguiste?...

CORBACHO.

¿Y quién seguirlos pudiera?  
Muerto el capitan, mi amo  
mas veloz que una saeta,  
con la morisca en las ancas  
en las lóbregas tinieblas  
desapareció. Y yo ¿cómo  
á pie seguirlos pudiera,  
no estando antes prevenido  
de adonde se dirigieran?  
Cuando se alzó aquel desórden  
con las voces y las quejas  
del herido, agazapéme  
oculto entre la maleza,  
para no ser descubierto,  
y pagar culpas ajenas.  
Y al aparecer el alba  
tomé una trillada senda  
que se me ofreció, y vagando,  
no sin peligro y miseria  
por todos los escondites  
de aquellas fragosas sierras  
he estado; hasta que aburrido  
vengo sin norte á Valencia,  
por ver si de mi amo logro,  
que le quiero mucho, nuevas.  
Pero tu, Felisa, ¿cómo  
abandonaste á tu prenda  
en aquel conflicto?... ¿Cómo  
sin tu amparo acometerla  
pudo el capitan?

FELISA.

Corbacho,  
cómplice el sargento era  
del crimen sin duda alguna,  
pues con infernal cautela,  
en cuanto cerró la noche.  
despues de que con reserva

le habló el capitan, mi mula  
 aseguró por la rienda,  
 sin apartarse ni un punto.  
 Y al atravesar la cuerda  
 el bosque, de mi María  
 me separó con destreza,  
 tomando por un atajo  
 al través de las laderas:  
 y cuando escuché sus voces,  
 sus lamentos y sus quejas,  
 ya me hallé entre los soldados,  
 y á grande distancia de ella.  
 En medio de aquel desórden  
 intentaron sus cadenas  
 romper los miseros presos,  
 y armóse grave pendencia  
 entre soldados y moros,  
 sin que yo infeliz pudiera,  
 aunque bien quise, fugarme;  
 y en llanto amargo desecha,  
 me resigné con mi suerte,  
 y llegué aquí con la cuerda.  
 Al punto como española,  
 me dejaron en completa  
 libertad, (*Llora.*) y ando perdida  
 solo ansiando tener nuevas  
 de aquella infeliz.

CORBACHO.

No llores.

Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA.

Hágalo el cielo.

CORBACHO.

Felisa,

y es verdad esa sentencia?

FELISA.

Lo es, y terrible... terrible...

CORBACHO.

No hay nada que no merezcan.

FELISA.

(*Compasiva.*) Es así... pero...

CORBACHO.

Tu amo

tuvo mas feliz estrella,  
 que al cabo como valiente  
 pereció. pues si hoy viviera...  
 ¡Qué lástima! Era indomable  
 y muy ciego por su secta;  
 pero muy caritativo,  
 de muy gallarda presencia,  
 de pensamientos muy altos,  
 y de muy clara nobleza.  
 Diez y ocho años he comido  
 su pan... y una ingrata fuera  
 si no llorara su muerte,  
 si no elogiara sus prendas.  
 ...; Cuántas desgracias!...

(*Llora.*)

CORBACHO.

¡ Felisa !

FELISA. Vóime, Corbacho, á la iglesia,  
á que la Virgen piadosa  
por nosotros interceda.

CORBACHO. Pues yo no sé donde vaya,  
ni tampoco donde pueda  
hallar abrigo.

FELISA. Si quieres...  
en casa de una parienta,  
que pobremente me aloja...

CORBACHO. Basto yo para pobreza.  
¿Y dónde es?

FELISA. Allá en la plaza.  
Alejándome voy de ella,  
para no ver el suplicio  
de esos dos, que al cabo eran  
conocidos.

CORBACHO. Pues á verlos  
ahorcar voy, malditos sean.  
Yo te buscaré.

FELISA. Si logras  
alguna noticia cierta...

CORBACHO. La sabrás en el momento.

FELISA. Pues á Dios.

CORBACHO. Con él te queda.  
(*Vanse por distintos lados.*)

## ESCENA II.

*El teatro representa el gran salon del consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III: en una gran mesa con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario.—Sale por un lado EL CONDE DE SALAZAR, ricamente vestido, y con el collar de toison de oro. Y por otro EL COMENDADOR MAYOR de la orden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa, y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro.*

CONDE. ¡ Oh señor comendador !  
COMENDADOR. (*Con respeto.*) ¡ Oh excelentísimo conde !  
Bien la fortuna responde  
á vuestro sabio valor.  
Esta desastrosa guerra  
ya de un modo ó de otro modo  
termina, y queda del todo  
en seguridad la tierra.  
Y á vuestro noble teson  
y prudencia debe el rey,  
de esta rebelada grey  
ver cumplida la espulsion.  
CONDE. A la prudencia y lealtad  
del consejo solamente  
servicio tan eminente  
hoy debe su magestad.

COMENDADOR. Pero el alma del consejo  
ha sido vuestra escelencia,  
que tiene la presidencia,  
que tiene la presidencia,  
CONDE. Solo por ser el mas viejo.  
COMENDADOR. Ya viene el señor marqués  
de Caracena.

CONDE. Ya estamos  
todos, pues solos formamos  
hoy en el consejo los tres:  
Puesto que los otros dos  
con encargos diferentes  
están de Valencia ausentes,  
al rey sirviendo, y á Dios.

COMENDADOR. ¿Donde nuestro patriarca?  
CONDE. Con caridad esquisita  
á la canalla maldita  
allá en Alicante embarca.

CONDE. Por la raza delincuente  
mostrando una suavidad  
que no me gusta en verdad  
con tan depravada gente.  
COMENDADOR. ¿Y donde Agustin Mexía?  
CONDE. Queda aun guardando la sierra;  
aunque terminar la guerra  
consiguió su valentía.

COMENDADOR. Grande en el consejo es  
su ausencia.

CONDE. Mas sin embargo  
cumpliremos nuestro encargo,  
que poco falta, los tres.

*Sale EL MARQUES DE CARACENA, virey, ricamente vestido á la usanza militar, y con  
baston, botas y espuelas.*

MARQUES. ¡ Oh gran comendador, oh insigne conde,  
perdonad mi tardanza: recorriendo  
de la ciudad las calles, receloso  
de que hoy pudiera conmoverse el pueblo,  
no me ha sido posible mas temprano  
al consejo acudir.

CONDE. A muy buen tiempo  
llegais, señor marqués.

MARQUES. Era preciso  
estar alerta entre el concurso inmenso,  
que se ha agolpado á presenciar la muerte  
de esos desventurados.

CONDE. ¿ Tuvo efecto  
sin novedad?

MARQUES. Sin novedad alguna,  
y quiera Dios que sirva de escarmiento.

CONDE. Pues estamos los tres, que solamente  
hoy, señores, formamos el consejo,



podemos proseguir nuestras tareas ,  
que ya , gracias á Dios , van concluyendo.

( *Hace una seña, sale el secretario, y se sientan todos en sus respectivos puestos alrededor de la mesa.* )

CONDE.

( *Con gravedad.* )

El embarco prosigue en estas costas  
con toda actividad. Los tristes restos  
que aun en los montes de rebeldes quedan  
no dan cuidado ya : rotos , dispersos ,  
sin encontrar abrigo en parte alguna  
desaparecerán rendidos luego.

Solo la fuga audaz de esa morisca ,  
de la hija de Albenzar , de aquel protervo  
que osó llamarse rey , siendo cabeza  
en las serias revueltas de esto reino ,  
nos pudo ocasionar algun cuidado.

Mas ya noticia positiva tengo  
de que fue con su cómplice arrestada  
de la vecina Mancha en los linderos.  
Debiéndose prision tan importante  
á la astucia y presteza del sargento  
de aquella tropa misma , que no pudo  
la fuga remediar. Y hoy mismo espero  
que llegen á Valencia , asegurados  
con buena escolta y con seguros hierros.

COMENDADOR.

Bendito sea el señor. La tal morisca  
me daba , y con razon , graves recelos.

MARQUES.

¿ Tanta importancia esa morisca tiene ?

CONDE.

Mucha : que de belleza es un portento ,  
y aun mas de discrecion y de osadia.  
La sangre y los altivos pensamientos  
del padre representa , y con su nombre  
podido hubiera reanimar el fuego  
de la atroz revelion , aun no estinguido.

Y de que tales eran sus deseos  
es prueba el modo de emprender la fuga ,  
y lo es su direccion hácia Toledo ;  
en donde los moriscos se preparan  
á dar nuevos escándalos al reino.

Mas pues la pone Dios en nuestras manos ,  
con un castigo rápido y tremendo  
imponga á los rebeldes musulmanes  
saludable terror , santo escarmiento ;  
y al rodar su cabeza en el cadalso  
húndase de su raza los proyectos.

COMENDADOR.

Es su pronto castigo indispensable ,  
y el castigo á la par de ese protervo ,  
que osó salvarla con armada mano ,  
cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE.

Que la sentencia pronunciada sea ,  
importa brevedad , pido al consejo.  
Y le propongo que la infiel morisca ,

y el pérfido traidor, que osó encubierto  
con las tinieblas de la noche oscura  
la cuerda acometer con tal desnudo,  
á su gefe matar y libertarla,  
sean sin tardanza en el cadalso puestos,  
en donde la cuchilla del verdugo  
corte sangrienta sus altivos cuellos;  
y que en sendas escarpías las cabezas  
queden y sirvan de terror y egemplo  
á la raza infernal, mientras las llamas  
tornen ceniza sus infames cuerpos.

Propongo este castigo, y nos lo exigen  
de nuestro rey la causa y la del cielo.  
COMENDADOR. ¿Pero quién es el cómplice alentado  
de esa altiva mujer, se ha descubierto?  
...Que algún morisco personaje sea  
el insensato audaz, señores, creo;  
tal impiedad, traicion tan arrogante.  
CONDE. de un cristiano español pensar no puedo.  
Sea morisco ó cristiano, la sentencia  
debe al punto tener cumplido efecto.  
Con media hora le basta, si es cristiano,  
para impetrar la compasion del cielo.  
Y si antes de ponerse el sol llegasen  
antes de que se ponga considero  
indispensable que presencie el mundo  
el urgente suplicio de ambos reos.  
MARQUES. .... ¿Tal precipitacion? ...

Es necesaria.

CONDE. De la pública voz suena en los ecos,  
que es fiel y que es cristiana esa morisca;  
MARQUES. que lo es de corazon.

CONDE. Siempre estos perros  
saben fingirse tales, esperando  
hallar así piedad en nuestros pechos.

MARQUES. Si lo es de veras....

CONDE. (Con autoridad.) Morirá sin duda,  
dándole solo el necesario tiempo  
para pedir á Dios misericordia.

MARQUES. Al cabo una muger...

CONDE. (Con calor.) Ni edad ni sexo  
de esta raza infeliz encontrar debe  
compasion ni piedad en tal momento.  
Y no es mujer, señores, es la hija  
del que á llamarse se atrevió soberbio  
rey de Valencia; del que fue aclamado  
como tal rey por el morisco pueblo;  
del que la guerra atroz ha embravecido,  
dejando un nombre, aunque en verdad funesto,  
á esa infelice, que turbar pudiera  
el reposo y quietud de todo el reino.  
Su muerte es necesaria para darnos

seguridad ; y lo es para escarmiento  
la del osado que salvarla pudo,  
un atroz homicidio cometiendo.

Que vacile me pasma en este punto  
el valor y entereza del consejo.

Torno la misma pena á proponerle  
que ha un momento indiqué. Y á tal estremo  
llega mi conviccion de que la exigen  
la justicia del trono y la del cielo ;  
que si fuera hijo mio el alevoso ,  
y ella mas pura que el mayor lucero ,  
y mas cristiana que mi madre misma ,  
al patibulo juntos , al momento  
de llegar á Valencia los sacara ,  
sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMENDADOR.

Tal consideracion pesa en mi mente ,  
y la sentencia que indicais apruebo.  
El nombre de Albenzar es necesario  
estinguir de una vez. Y en cuanto al reo ,  
la ley está , señores , terminante :  
dos crímenes en él graves advierto ;  
haberle dado á un capitan la muerte ,  
que estaba con lealtad al rey sirviendo ;  
y haber prestado auxilio á los moriscos ,  
accion vedada por el bando régio.  
Justa es la pena que á los dos se impone ,  
y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE.

MARQUES.

¿ Y vos , señor marques ?...

( *Dudoso.* )

Yo... señor conde...

Mas detencion quisiera , lo confieso.  
que es criminal el robador es claro ,  
de un atroz homicidio lo es al menos ;  
pero á una jóven por su nombre solo ,  
pues que sea criminal aun no sabemos ,  
á una jóven , que dicen ser cristiana ,  
á una muger en fin... No : me estremezco ,  
no puedo condenar...

CONDE.

( *Con firmeza.* ) Cuando lo exigen  
de la iglesia la paz , y la del reino ,  
y el delito de fuga está probado  
escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQUES.

Mi voto no entorpece la sentencia ;  
dada está , pues que tiene ya los vuestros ,  
no ha menester para cumplirse el mio.

CONDE.

Asi es , señor marques. Mas considero  
que la unanimidad fuera importante  
para resolucion de tanto peso.

MARQUES.

Cada cual deje su conciencia á salvo.

CONDE.

( *Resuelto.* ) Yo ratifico mi opinion de nuevo.

COMENDADOR.

Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQUES.

( *Levantándose de la mesa.* )

Vuestra es la votacion.

CONDE.

Estadme atento ,

y estended la sentencia , secretario.

*(El conde dicta en voz baja y el secretario escribe.)*

MARQUES.

*(Paseándose lentamente aparte.)*

Tal vez al rey disguste... Mas no puedo resolverme á votar esa sentencia.

—Mi corazon angustian los recuerdos, que jámas se han borrado de mi mente.

...¡ Ay !... hoy destrozan mi abismado pecho como un puñal agudo envenenado.

...¡ Oh montes de Alajuár !... ¡ Oh santo cielo !

¡ diez y ocho años ! Mi agitada mente vaga sin luz en laberintos ciegos.

*(Pausa.)*

Es la hija de Albenzar... ¿ cómo pudiera ?

Es la hija de Albenzar... si me resuelvo.

Nada añade mi firma á la sentencia.

Si el rey , si mis amigos , si el consejo

desconfian tal vez por mi repulsa

de mi lealtad , de mi cristiano celo...

resuelto estoy.

CONDE.

Comendador , la firma.

*(Firma el comendador.)*

¿ Y persistís , marques ?... dudoso os veo.

MARQUES.

*(Acercándose á la mesa.)*

Aunque la compasion que siempre inspira

la tierna juventud pudo mi pecho

conmover , que me adhiera al cabo es justo

á vuestra decision , que yo respeto.

De mi rey el servicio, y del Estado

la próspera quietud son lo primero. *(Firma.)*

CONDE.

Siempre tal esperé , marques ilustre ,

vuestra sangre gloriosa conociendo.

*(Al secretario.)* Refrendadla y selladla , secretario

Y haced que el bando se publique luego :

puesto que debe ser ejecutada

en cuanto lleguen los inicuos reos.

*(Vase el secretario con la sentencia , y el conde y el comendador y el marqués se levantan de la mesa y vienen al prosenio.)*

MARQUES.

Hasta mañana conveniente fuera

acaso dilatar...

CONDE.

*Con viveza.)* ¿ Y con qué objeto ?

De rebelion el espantoso crimen

pide castigo rápido y violento,

pues con uno tan solo, las mas veces ,

egecutado sin perderse tiempo

se atajan graves daños.

COMENDADOR.

Sí, se atajan.

Y es piedad el rigor que pone freno

á delitos sin fin . que arrastrarian

al patibulo victimas sin cuento.



*Sale EL SECRETARIO.*

SECRETARIO. Señores, han llegado  
los presos á las puertas de Valencia,  
y el sargento, encargado  
de ellos, espera del consejo audiencia.

CONDE. ¡Oportuna llegada!  
De la ciudad previne que á la entrada  
los presos detuvieran,  
temiendo que la plebe conmovieran.  
Y mandé que al momento  
viniese á mi presencia ese sargento,  
con todas las noticias y papeles,  
que debe haber cogido á esos infieles,

*(Al secretario.)*

Esa torre contigua á este palacio  
á los dos reos guarde:  
puesto que han de vivir tan corto espacio  
como hay de aquí á la tarde.

Y venga un religioso,  
que, si cristianos son, pueda piadoso  
absolverlos propicio,  
y acompañarlos luego hasta el suplicio.

SECRETARIO.

¿Y el sargento?

CONDE.

Que mas no se detenga  
á presentarse ante el consejo venga.

*(Vase el secretario.)*

La bengala ha ganado  
con el celo y valor que ha desplegado.

*(Se sientan otra vez en la mesa el conde, el marques y el comendador.)*

*Sale EL SARGENTO como quien viene de camino, y se detiene respetuoso á la entrada.*

CONDE.

No os detengais, valiente.  
Decid cómo encontrásteis á esa gente,  
y cuando hayais logrado en el camino  
descubrir de su ciego desatino.

SARGENTO.

Perdone vuescelencia,  
que razon es se turbe en la presencia  
de este augusto consejo,  
y que se muestre atónito y perplejo  
un oscuro soldado,  
al campo y al cuartel acostumbrado.

CONDE.

Vuestra lealtad y celo  
os deben de quitar todo recelo.  
Y ya el consejo piensa  
en daros la ganada recompensa.

SARGENTO.

Hablad, pues, que os escucha.  
Mi gratitud á su bondad es mucha.

*(Se adelanta.)*

Seguí con cuatro soldados



la pista á los fugitivos ,  
 por enmarañados bosques ,  
 por arperezas y riscos ,  
 reconociendo cabernas ,  
 registrando caseríos ,  
 sin descansar un momento ,  
 sin concederme un respiro ;  
 cuando á la segunda noche  
 de fatiga el cielo quiso ,  
 con las noticias recientes  
 que recogí en un aprisco ,  
 indicarme que no habia  
 equivocado el camino .  
 Pues que aquella misma tarde ,  
 un viejo pastor me dijo ,  
 habian estado en la choza ,  
 cón el caballo rendido ,  
 el mancebo y la morisca ,  
 que buscaba con ahinco .  
 Tambien me indicó la senda  
 que tomaron y aun el sitio  
 donde estarian , que incautos  
 tal vez de él dieron indicios .  
 Me arrojé á su alcance al punto  
 mas constante y mas activo ,  
 aunque ya mis camaradas  
 estaban desfallecidos .  
 Marchamos la noche toda ,  
 y ya en el término mismo  
 de Castilla , al sol naciente  
 llegamos á un lugarcillo  
 miserable , y en su ermita  
 con los desdichados dimos .  
*(Admirado.)*

MARQUES.

¿En una ermita?

SARGENTO.

Y con ellos

un sacerdote...

MARQUES.

¿Dios mio !

¿Un sacerdote?

SARGENTO.

Allí estaba...

COMENDADOR.

¿Cómplice...?

SARGENTO.

Yo sus designios

no sé , señores , ni tiempo  
 le di , para descubrirlos ,  
 Pues fui mas veloz que un rayo ,  
 en cuanto á los fugitivos  
 reconocí , en sorprenderlos ,  
 atarlos y conducirlos .  
 El mancebo valeroso  
 uso hacer restado quiso  
 de un pedreñal , que llevaba  
 junto al estoque en el cinto .

Pero yo con la gineta  
le dí un golpe con tal tino,  
que le hice perder el suyo  
rindiendo á mis pies su brio.

La morisca desmayóse,  
y el cura resistir quiso  
que los prendiese, y furioso  
yo no sé cuánto me dijo  
de matrimonio, de fieles,  
de profanacion, de ritos.  
Pues sin escucharle nada,  
asegurados y listos,  
saqué al campo mis dos presos,  
y hácia aqui tomé el camino.  
De su magestad en nombre,  
por tan completo servicio,  
os doy la bengála.

CONDE.

COMENDADOR.

Es justo.

MARQUES.

El rey sabrá vuestro brio.

SARGENTO.

Yo me confundo, señores,  
y honras tan grandes estimo.

MARQUES.

(*Suspenso.*) ¿ En una ermita?... ¿ Con ellos  
un sacerdote?... Es preciso...

CONDE.

(*Interrumpiéndole con severidad.*)

Nada en el momento importa.  
Fácil será descubrirlo  
despues. Lo que ahora interesa  
es que salgan al suplicio.

COMENDADOR.

(*Al sargento.*)

¿ Y habeis, decid, descubierto  
por ventura en el camino  
algo de sus locos planes?

SARGENTO.

Ni una palabra me ha dicho:  
á mis continuas preguntas  
con sollozos y gemidos  
la morisca contestaba;  
y el mancebo con desvío,  
guardando tenaz silencio  
impenetrable y tranquilo.

CONDE.

Son esos perros muy duros.

MARQUES.

¿ El es tambien un morisco...?

SARGENTO.

No señor, que es caballero  
español, y muy altivo.

Su porte y sus ademanes  
dan de alta nobleza indicios.

MARQUES.

(*Con interes.*) ¿ Y la morisca?

SARGENTO.

Confieso,

y no soy muy compasivo,  
que lástima algunos ratos  
me causaba el verla, fijos  
en el mancebo los ojos;  
y el rostro, que es un prodigio,

de lágrimas inundado.

COMENDADOR. ¿Y fugarse no han querido?

CONDE. ¿No han tentado con ofertas vuestra lealtad?

SARGENTO. ¿Pues qué? digo,

¿á esta cara, á estos mostachos  
se atrevieran los nacidos,  
con tales proposiciones?...  
Se guardáran, vive Cristo.

CONDE. ¿Y les hallasteis papeles?

SARGENTO. Lo primero fué el bolsillo  
registrarles, y por cierto  
no lo llevaban provisto.  
Y aunque lo hubieran llevado  
de oro y de joyeles ricos...  
Dios me libre; por mi vida  
seguro estaba, lo afirmo;  
que soy montañés, y nunca  
me apropio lo que no es mío.  
Registrélos por si acaso  
encontraba algun indicio  
de traicion. Mas solamente  
en la escarcéla del lindo,

(*Saca un paquete de cartas atadas con un liston.*)

atados con esta cinta  
encontré estos papelillos,  
que me parecen las cartas  
de algun buen padre á su hijo.  
Pero como no conserva  
ninguna su sobrescrito,  
y están en abreviatura  
las firmas, nada he podido  
yo, que soy lector escaso,  
sacar, señores, en limpio.

CONDE. A ver... dádmelas.

SARGENTO. (*Se acerca á la mesa y entrega el paquete al conde.*)

Son estas;

no llevaba mas consigo.

CONDE. Id con Dios. Muy satisfecho  
queda de vuestros servicios  
el consejo, y el despacho  
tendreis de capitan vivo.

SARGENTO. Y yo, por honra tan grande  
ante el consejo me humillo. (*Aparte yéndose.*)

Si hoy empuño la bengála  
no habrá quien pueda conmigo. (*Vase.*)

MARQUES. (*Con ansiedad.*) Señor conde, ¿qué os detiene  
las cartas en recorrer?  
importante puede ser  
lo que en ellas se contiene.

CONDE. (*Pone el paquete cual lo recibió sobre la mesa, y encima de  
él la mano.*) Segun ha dicho el sargento

no presentan luz alguna.  
Y si la dan, oportuna  
no la juzgo en el momento.

COMENDADOR. (*Perplejo.*) Si es caballero español  
ese reo... descubrir...

CONDE. (*Con entereza.*)  
¿Para qué, si ha de morir,  
aunque fuera el mismo sol?  
De nada le sirve al juez  
el nombre del delincuente;  
antes gran inconveniente  
es el saberlo tal vez.

(*Pausa.*)

¿Que ese preso ha asesinado  
á un capitán, de servicio  
en importante ejercicio,  
no está, señores, probado?

MARQUES Y COMENDADOR. Sí lo está.

CONDE. ¿Y la general  
ley, de todos conocida,  
no condena al homicida  
á la pena capital?

MARQUES Y COMENDADOR. Es cierto.

CONDE. ¿Y no es evidente  
que siendo traidor al rey,  
ha quebrantado la ley,  
en que terminantemente  
se prohíbe el impedir  
del bando infiel la espulsion,  
condenando, y con razón,  
á quien lo intente á morir?

MARQUES Y COMENDADOR. No hay duda.

CONDE. (*Resuelto.*) Pues solo veo  
en quien hizo cosas tales,  
de dos penas capitales  
un imperdonable reo.  
Y dada desde esta silla  
una sentencia legal,  
aunque sea el criminal  
un infante de Castilla,  
se ha de cumplir, vive Dios.

*Sale EL SECRETARIO.*

SECRETARIO. Ya va á publicarse el bando,  
y el pueblo hierve anhelando...

CONDE. ¿El suplicio de los dos?  
dentro de una hora será.

SECRETARIO. No señor. Suenan rumores...

CONDE. (*Con desprecio.*)  
¿Qué dicen los habladores?  
...Mas ¿quién créditos les da?...!

- SECRETARIO. Dicen que un Grande de España  
es el mancebo.
- CONDE. (*Con burla.*) ¿No mas?
- SECRETARIO. Y que su accion es quizás  
mas bien que delito, hazaña.  
Dicen que cristiana y fiel  
es la morisca... Son varios  
los cuentos estrordinarios  
que de ella cunden y de él,  
y reina gran ansiedad.
- CONDE. (*Con viveza.*)  
Las tropas á todo evento,  
no haya algun traidor intento,  
señor marques, preparad.
- MARQUES. (*Levantándose.*)  
Voy. mas juzgo necesario,  
puesto que en la poblacion  
reina alguna agitacion,  
como dice el secretario,  
á punto fijo saber  
la importancia del tal reo,  
y por esas cartas creo  
que se podrá conocer.  
Pues aunque el sargento rudo  
nada de ellas descubrió,  
si bien se examinan, yo  
que algo se encuentre no dudo.
- COMENDADOR. Pues que no se ha de alterar  
por su contenido en nada  
la sentencia pronunciada,  
se pueden examinar,  
para que las precauciones  
segun la clase del preso...
- MARQUES. Solamente para eso  
busco estas indagaciones.
- CONDE. (*Incomodado.*)  
Accedo contra mi gusto,  
si os anima ese interes;  
pues con esa razon, es  
que yo me conforme justo.
- (*Desata el paquete de cartas, y al ver la primera, se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbacion.*)
- MARQUES. ¡Cielos!... ¡Cielos!... ¡Es verdad,  
ó es un sueño que me engaña!...
- CONDE. (*Aparte.*) ¡Qué turbacion tan estraña!
- COMENDADOR. (*Alto.*) ¡Por qué, conde, esa ansiedad!...
- MARQUES. ¡Ay de mí!... ¡suerte cruel!!!
- CONDE. ¡Qué descubris, señor conde?
- MARQUES. ¡Qué grave secreto esconde  
ese angustioso papel?
- CONDE. (*Dudoso.*) Yo la causa no colijo...
- (*Fuera de sí.*)



Amigos... El criminal  
que va al cadalso fatal...  
es...

MARQUES Y COMENDADOR. (*Con gran ansiedad.*)

¿Quién es?

CONDE.

¡Cielos! Mi hijo.

(*Cae sin sentido en el sillón, y le cercan y socorren atónitos el marqués, el comendador y el secretario.*)

### ESCENA III.

*Decoracion corta, que representa el interior de una reducida prision, y salen*  
MARÍA y DON FERNANDO, *vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento.*

MARÍA.

¡Oh Fernando!

DON FERNANDO.

¡Ay María!

MARÍA.

¡Esposo mio!... ¡Cielos!

DON FERNANDO.

Al darme tú ese nombre,  
en guiraldas se tornan estos hierros.

¿Qué me importa la vida,  
si en tus brazos la pierdo,  
y juntas nuestras almas  
de este mundo infeliz alzan el vuelo,  
inocentes y puras,

á recibir á un tiempo  
en la mansion celeste  
la santa bendicion del Dios eterno?

MARÍA.

¡Tú morir?... ¡Mi Fernando!

¡Tú morir?... Me estremezco.

...¿Qué delito es el tuyo?...

Muera yo sola, pues delito tengo.

Si, nací delincuente,  
la sangre que en mi pecho  
por tí late es delito,

delito propio que pagar yo debo.

¿Pero tú?...

DON FERNANDO.

El adorarte

es un crimen horrendo

á los ojos del mundo,

y de tal crimen me pregonó reo.

¡Fernando!

MARÍA.

¡Dulce esposa!

DON FERNANDO.

(*Con gran vehemencia.*)

MARÍA.

¡Sálvate, te lo ruego.

No me espanta la muerte,  
no me espantan los bárbaros tormentos,  
si tu vida se salva.

DON FERNANDO.

Yo sin tí la detesto,  
y es ya morir contigo  
la mayor dicha que afanoso anhelo.

MARÍA.

¡ Fernando !... tus palabras  
desgarran ¡ Ay ! mi pecho.  
¡ tú morir ?... No , ¡ Dios mio !  
Una víctima basta.

DON FERNANDO.

( *Con gran ternura.* ) Amor y el cielo  
hoy piden dos.

MARÍA.

Esposo :

yo sola morir debo.  
Cumpliéronse mis dias...  
pues alcancé á ser tuya , nada espero.  
¡ Pero tú !... No contemplas  
el porvenir inmenso ,  
que Dios te da propicio ?...  
Ingrato , ¿ podrás , tú , desconocerlo ?  
Tu padre... sí , tu padre...

DON FERNANDO.

Calla , calla . ¡ oh tormento !...  
Allá en Flandes me juzga...  
Sepa quien soy , despues que hubiere muerto.  
... ¡ Yo , sin poder salvarte  
intentar ?... ¡ Dios eterno !  
Jámas.

MARÍA.

Sí , que resuelta  
á revelarle voy todo el secreto.  
Yo llamaré á tu padre ,  
y á sus pies...

DON FERNANDO.

Vano esfuerzo :

es un juez inflexible.

MARÍA.

Pero es padre tambien.

DON FERNANDO.

Tambien soy reo .

MARÍA.

¿ De qué crimen ?

DON FERNANDO.

De amarte.

MARÍA.

¿ Qué importa , si yo muero ?

DON FERNANDO.

De un homicidio.

MARÍA.

Es falso.

El dar castigo á un forzador perverso  
salvando á una infelice ,  
No ha sido en ningun tiempo  
crimen. Y tu inocencia  
publicará mi lábio al universo.

DON FERNANDO.

Y moriré.

( *Se oye ruido, y el cerrojo y llave de la prision.* )

MARÍA.

( *Suspensa.* ) ¿ No escuchas ?...

DON FERNANDO.

¿ Qué horror !...

MARÍA.

¿ Llegó el momento ?...

DON FERNANDO.

( *Mirando á la puerta sobrecogido de terror.* )

¡ Mi padre !... ¡ Oh desventura !

Huye , déjame solo , te lo ruego.

( *Empuja á María con violencia , hasta sacarla de la escena , y él queda confuso  
al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido.* )

*Sale EL CONDE DE SALAZAR, embozado, y se detiene á la entrada, clavando los ojos en don Fernando, y retirándolos al empezar á hablar.*

CONDE.

El es.— ¡Podrá mi valor  
tan alto punto alcanzar?  
—Mi planta siento temblar.  
¡Oh cielos!... dadme favor.  
Mas si él es... ¿qué espero aquí?  
Si es cierta mi desventura,  
¿qué busco ya, qué procura  
mi afán?... ¡infeliz de mí!

*(Pausa.)*

Si no fuera criminal...  
¡Ay!... Si disculpa aun tuviera...  
Si alguna desdicha fiera  
le arrebató á esceso tal...  
¿Ya pretendo alucinarme  
buscando disculpas vanas?  
¿Quiero mancillar mis canas?

*(Resuelto.)*

Solo huyendo he de salvarme!

*(Va á partir, y se detiene á la primera voz de don Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro.)*

DON FERNANDO.

¡Padre!... ¡Señor!... ¡Padre mio!  
*(Corre y se arroja á sus pies, y le abraza las rodillas.)*

Una vez entrado aquí,  
¿os vais si hablarme así,  
abandonándome impio?

CONDE.

*(Inflexible y sin volver el rostro, y con afectado sosiego.)*

Tengo un hijo solamente,  
que sigue en Flandes la guerra.  
¿Cómo puede en esta tierra  
preso estar, ser delincuente?

DON FERNANDO.

Golpes de fortuna son,  
que explicados...

CONDE.

*(Con reconcentrado furor.)*

¡Explicar,  
¡oh traidor! el ayudar  
á la morisca nacion!!!

DON FERNANDO.

*(Abatido.)* ¿Yo... caballero... cristiano  
á tal crimen arrojarme?...

*(Despechado.)*

¿Y quien osa apellidarme  
traidor?... ¡Cielo soberano!

¡Padre!

CONDE.

*(En la misma actitud.)*

El delito es patente.

¿No osasteis vos atacar  
los rebeldes por salvar...?

DON FERNANDO.

*(Con energía.)*

Quien tal es ha dicho miente.

CONDE.

Y de noche en un camino ,  
quebrantando toda ley ,  
de un capitán de su rey ,  
fuera mi hijo el asesino?

DON FERNANDO.

(*Levantándose con dignidad.*)

¡Padre! ¡Padre! Basta ya.

¡Asesino!... ¿Quién, señor?

¿De vuestra sangre el valor

juzgais que tan bajo está?

(*Con entereza.*)

Con razon y frente á frente  
cruzándose los aceros ,  
cual cumple entre caballeros ,  
le herí , señor , noblemente.

A una infelice amparando  
que en un monte violentar  
quiso el feroz militar ,  
de su poder abusando.

Al gemido del despecho  
de la víctima acudí ,

y logré salvarla. Si...

vos lo mismo hubiérais hecho.

Que amparar á una muger  
oprimida y principal  
de todo ultraje brutal ,  
es un sagrado deber.

CONDE.

(*Se va volviendo lentamente, enternecido al oír los últimos versos, se desemboza, y sin mirar aun á su hijo, dice aparte muy conmovido.*)

¡Cielos!... Cielos!... Si es así ,

disculpa tiene su arrojo

Gran disculpa. (*Alto.*) Me sonrojo  
de haber dudado de tí.

(*Le echa los brazos.*)

¡Hijo mio!... ¡Hijo!

(*Después de una ligera pausa, recobra su entereza, y lo separa de sí con severidad.*)

Mas... no.

Con la mora te fugaste ,  
y el decreto quebrantaste  
que darle amparo prohibió.  
Y salvando de Albenzar  
á la atrevida heredera ,  
del rebelde la bandera  
del polvo osastes alzar.

DON FERNANDO.

(*Con vehemencia.*)

¡Padre!... ¡Padre!... Yo salvé  
en tan crítico accidente  
á una muger inocente ,  
que nunca rebelde fué.

(*Con entusiasmo.*)

Cristiana es , pura , leal ,  
de Albenzar la hija. Es portento

- de virtud y entendimiento ,  
un encanto celestial.  
( *Cae de rodillas á los pies del padre.* )  
...Y... Padre, padre, perdon.  
...Es la esposa de tu hijo.  
CONDE. ( *Atónito.* ) ¿ Qué es lo que tu labio dijo ?  
¿ Esposa tuya ?... ¡ Oh baldon !  
( *Con gran ansiedad.* )  
¿ Cuándo ?... Acaba... ¿ cómo pudo ?...  
DON FERNANDO. ( *Ahogado.* ) Cuando nos halló el sargento ,  
se elevaba á sacramento  
nuestro indisoluble nudo.  
En un lugar de mi estado  
nos ha unido á ambos á dos  
el sacerdote ante Dios ,  
con el rito acostumbrado.  
CONDE. Tú , ¿ de una morisca ?... dí ?  
DON FERNANDO. Dios santo es de ello testigo.  
CONDE. ( *Furioso.* ) ¡ infeliz !!! Yo te maldigo.  
DON FERNANDO. ( *Aterrorizado.* )  
¡ Padre !!!... ¡ Qué horror !... ¡ Ay de mi !  
( *Cae al suelo.* )  
CONDE. ( *En actitud amenazadora, y con terrible furor.* )  
Vuele al cadalso la infiel ,  
y que del verdugo el brazo  
rompa y destroce ese lazo ,  
dogal para mí cruel.  
( *Véndose precipitado.* )  
Que no se retarde mas  
el suplicio , ni un instante.  
DON FERNANDO. ( *Arrastrándose tras de su padre.* )  
Como esposo, como amante ,  
debo tambien...  
CONDE. ( *Volviendo con rapidez.* )  
Morirás. ( *Vase.* )

*Sale MARÍA, y estrecha en sus brazos á don Fernando.*

- MARÍA. Todo lo escuché... ¡ Dios mio !  
De bronce ó de mármol soy  
pues lo escuché y viva estoy.  
¡ Oh crueldad !... ¡ Oh padre impio !  
Fernando... Fernando... Esposo...  
DON FERNANDO. Mejor dime tu verdugo :  
pues darme al destino plugo  
tormento tan espantoso.  
Yo... Sí, de tu perdicion  
soy la causa...  
( *Desesperado.* )  
¡ Horrible suerte !  
pues que te arrastro á la muerte  
con mi necia indiscrecion.



De mi padre la violencia,  
para romper nuestro lazo,  
á apresurar corre el plazo  
de la espantosa sentencia.

MARÍA. ¡ Fernando !

DON FERNANDO. Ya no hay piedad,  
cerróse toda esperanza.

MARÍA. Aun tengamos confianza  
en la celeste bondad.

DON FERNANDO. Me horrorizo, me confundo...

MARÍA. Si te salvo con mi muerte  
como ya espero, mi suerte  
es la mas feliz del mundo.

DON FERNANDO. ¡ Yo sin tí la vida ?... No:  
juntos al cielo volemós,  
que allí el amparo tenemos  
del que al hombre redimió.

*Salen EL ALCAIDE y dos ALABARDEROS.*

ALCAIDE. Si sois cristianos, venid,  
que un religioso os espera  
en la capilla de afuera:  
vuestras almas prevenid.

MARÍA. ¡ Fernando !... ¡ Esposo !... ¡ qué horror !

DON FERNANDO. *( Con resignacion y dignidad. )*

Pura, angelical María,  
sea la Virgen nuestra guia,  
y muramos con valor.

*( Vanse. )*

#### ESCENA IV.

*El teatro representa el gran salon del consejo. Salen EL COMENDADOR y EL SECRETARIO.*

COMENDADOR. Terrible es la situacion  
del conde de Salazar.  
¡ Es cierto que fué á apurar  
su desdicha á la prision ?

SECRETARIO. El hijo á reconocer,  
pues aun dudaba que él fuera,  
entró en la torre.

COMENDADOR. Quisiera  
poderle en algo valer.  
¡ Tal afrenta !... ¡ Desdichado !  
¡ Su hijo, heredero traidor ?...  
¡ A mancha tal en su honor  
qué objeto le habrá llevado ?  
Parece imposible.

SECRETARIO. Es cierto.

Yo juzgo que alguna cosa  
escondida y misteriosa  
reina en tanto desconcierto.

*Sale EL MARQUES DE CARACENA, apresurado.*

MARQUES.           ¿Dónde... dónde el conde está?  
SECRETARIO.       No ha vuelto de la prision.  
MARQUES.           Muy temible agitacion  
                          cundiendo en el pueblo va,  
                          y es preciso...

SECRETARIO.       El conde viene.  
COMENDADOR.      *(Mirando á la entrada.)*  
                          De un cadáver insepulto  
                          mejor digérais el bulto:  
                          de un espectro el aire tiene.

*Sale EL CONDE DE SALAZAR, demudado y descompuesto, y sin reparar en nadie se arroja despechado en un sillón.*

COMENDADOR.      *(Acercándose con timidez.)*  
                          Señor conde... ¿y es verdad...?  
CONDE.             *(Con terrible acento.)*  
                          Al cadalso esa mujer.  
                          Pronto, pronto.  
MARQUES.          *(Con firmeza.)* Puede haber  
                          alguna dificultad.  
CONDE.             *(Furioso.)* Ninguna. Al cadalso luego.  
                          De este peso me liberte,  
                          que hoy me abruma, con su muerte.  
MARQUES.          *(Acercándose.)* Señor, escuchadme os ruego.  
                          La morisca está casada.  
CONDE.             *(Fuera de sí.)* ¡Infamia!... ¡afrenta! El sayon  
                          tal lazo de maldicion  
                          romperá  
MARQUES.          *(Con teson.)* Queda salvada  
                          siendo su esposo cristiano:  
                          la ley terminante es.  
CONDE.             No en este caso marqués.  
MARQUES Y COMENDADOR. Considerad...  
CONDE.             *(Levantándose, y con actitud y tono de dominio.)*  
                          Es en vano;  
                          que la sangre de Albenzar  
                          se esterminé manda el rey,  
                          y esta es la suprema ley  
                          que cumplida ha de quedar.  
VOCES DENTRO.    Detente.  
OTRAS DENTRO.     Atrás.  
OTRAS DENTRO.     ¿Estás loca?  
FELISA.            *(Dentro.)* Entraré aunque os pese á vos,  
                          que el paso abre siempre Dios  
                          á quien su justicia invoca.

MARQUES. (*Sobresaltado.*) ¿Qué alboroto puede ser...?

COMENDADOR. (*Mirando á fuera.*)  
Las guardias atropellando  
hasta aquí mismo va entrando  
frenética una mujer.

FELISA. (*Dentro, pero mas cerca.*)  
Dios me envia; respetad...

VOCES DENTRO, PERO CERCA. Atrás... Pronto.

FELISA. (*Dentro.*) Es inocente,  
y Dios justo no consiente...

MARQUES. (*Decidido, acercándose á la entrada.*)  
Guardias, el paso dejad.

*Sale FELISA, muy agitada y descompuesta.*

FELISA. (*Fuera de sí.*) No es morisca, que es cristiana.  
De Albenzar no es hija, no:  
del trueque culpa soy yo:  
es de sangre castellana.

COMENDADOR Y SECRETARIO. ¿Qué dice?

MARQUES. (*Con viveza.*) ¿Qué?...  
;Oh confusion!

CONDE. ;Oh confusion!

MARQUES. (*Acercándose á Felisa con mucho interés.*)

Habla, mujer.

CONDE. (*Agitado.*) Habla, dí.

FELISA. Prestad, que os cumple, atencion.

(*Con rapidéz.*)

Ha dieciocho años  
que estando una noche  
con mi amado esposo,  
que del cielo goce,  
sola en mi cabaña,  
en aquellos montes,  
que en sus hondas quiebras  
á Alajuár esconden,  
tocó fatigado,  
perdido en el bosque,  
huyendo la furia  
de unos salteadores,  
pidiendo socorro,  
á mi puerta un hombre.  
Bajó de un caballo,  
y en la choza entróse;  
y al desembozarse  
demostró en su porte  
ser hombre de cuenta,  
que esto se conoce.  
Ví que un envoltorio  
resguardaba, donde  
de un recién nacido  
noté los clamores.  
Pregunto curiosa,

me acerco, y mostróme  
 un ángel del cielo,  
 una niña, entonces  
 de dos ó tres dias,  
 con tales facciones,  
 con tanto atractivo  
 de celestes dotes,  
 que con sus encantos  
 el alma robóme.  
 Presentéle el pecho,  
 y ansiosa tomóle;  
 (tres meses habria  
 que de mis amores  
 el fruto perdiera)  
 y la niña hallóse  
 tan bien en mis brazos,  
 que al momento el hombre,  
 si queria encargarme  
 de ella, preguntóme.  
*Con el alma*, dije;  
 y él repuso entonces:  
*Ya está cristianada,*  
*María es su nombre,*  
*y de vuestras dichas*  
*puede ser el norte.*  
*Mas secreto importa,*  
*que un misterio esconde*  
*que interesa mucho*  
*á grandes señores.*  
*Yo volveré á veros,*  
*pues que ya sé donde.*  
 Y algunas monedas  
 dándome, partióse.  
 (*Muy agitado.*) Acabad.

MARQUES.  
 FELISA.

Yo loca,

no por tales dones,  
 sino con la niña,  
 á poner fui en orden  
 sus ricos pañales,  
 que decian á voces  
 ser aquella prenda  
 de sangre muy noble.

MARQUES.

(*Con ansiedad.*) ¿Y qué hiciste?... dime.  
 ¿En dónde está?... ¿dónde?  
 Infeliz, acaba,  
 que el alma me rompes.

FELISA.

Á los pocos dias  
 de parto murióse  
 de Albenzar la esposa,  
 y proposiciones  
 de criar su hija  
 me hicieron. Entróme

deseo, llevada  
 (que al cabo era pobre)  
 de obligar con ello  
 á Albenzar, al hombre  
 de mayor riqueza  
 en aquellos montes ;  
 y amo, á quien servian  
 tambien de pastores  
 mi padre ya viejo,  
 y mi esposo aun jóven ;  
 accedi , encarguérme  
 de la crianza doble:  
 tomé á la morisca,  
 y á las pocas noches  
 tuve la desgracia  
 de que diera un golpe,  
 mientras yo dormia,  
 cayendo del borde  
 de la cama al suelo,  
 que la muerte dióle.  
 Yo desatentada,  
 confundida entonces,  
 de Albenzar temiendo  
 los justos furoros;  
 y no habiendo vuelto  
 á ver á aquel hombre,  
 que la otra criatura  
 me trajera...

MARQUES.

Acorte

palabras tu labio,  
 escuse razones.  
 Le diste por hija  
 la niña del bosque.

FELISA.

Sí, señor. Confieso  
 mi delito enorme.  
 Le engañé. Y á poco  
 con ella llevóme  
 á su casa , y nunca  
 de mí separóse.

MARQUES.

( *Aparte.* ) ¿ Cómo yo encontrarla  
 con morisco nombre ?

( *Alto á Felisa.* )

Infame... ¿ la hiciste  
 morisca?... Responde

FELISA.

( *Con fervor.* ) La crié cristiana ,  
 que aunque nací pobre,  
 de cristianos viejos  
 y de raza noble  
 castellana sangre  
 por mis venas corre.  
 Cristiana , inocente  
 es esa que atroces



habeis condenado.

Dios os lo perdone.

(*Profunda sensacion.*)

CONDE. ¡ Oh cielos!... Respiro.

MARQUES. ¡ Y encontraste sobre  
la niña... en sus ropas?...

FELISA. En un lienzo doble,  
este pergamino  
y esta cruz.

(*Saca del pecho un pequeño pergamino escrito, y una crucecita de oro, que entrega al marqués. Este reconoce uno y otro enágenado de gozo.*)

MARQUES. Rompióse

el velo angustioso,  
al fin la hallé... ¡ y dónde?  
¡ Ay hija del alma!

(*Dentro cajas.*)

CONDE. ¡ Funesto redoble!  
Volad, secretario,  
suspended el golpe...

MARQUES. (*Con ansiedad.*) Volad, y rompiendo  
sus duras prisiones,  
vengan á mis brazos.

(*Vase el secretario.*)

FELISA. (*Enagenada de gozo.*)  
¡ Oh Virgen!... Salvóse.

(*Va á marchar, y la ase de un brazo y la detiene el conde.*)

CONDE. Muger, decid, ¡ es seguro  
cuanto aquí habeis revelado?

FELISA. Yo por el crucificado  
delante de Dios lo juro.  
El vicario de Alajuar,  
á quien yo en la confesion  
hice esta declaracion,  
me puede justificar.

(*La suelta el conde y se va.*)

CONDE. (*Deteniendo al marqués.*)

¡ Señor marqués!...

MARQUES. (*Con viveza.*) Sí; es mi hija,  
y de una ilustre señora...

no es posible entrar ahora  
en esta historia prolija.  
Basta decir que casado  
yo con la madre estuviera,  
si la muerte no la hubiera  
á mi amor arrebatado.

COMENDADOR. (*Deteniéndolo tambien.*)

¡ La niña, cómo quedó  
en un abandono tal?

MARQUES. Porque mi estrella fatal  
en ahogarme se empañó.  
Mataron los salteadores  
al volver á mi criado,

y me quedé condenado  
á mil dudas y temores.  
Despues mil pesquisas hice  
en vano... ¿cómo acertar  
que era la hija de Albenzar  
la que buscaba?... ¡Infelice!

COMENDADOR.

Ya vienen.

MARQUES.

(*Enagenado.*) ¡Dulces pedazos  
del alma! (*Observando.*) ¡Ay!... ¡su madre es!

*Salen DON FERNANDO con CORBACHO, MARÍA con FELISA, y demás GUARDIAS y PUEBLO  
DE VALENCIA.*

DON FERNANDO. (*Arrojándose á los pies del conde.*)

Padre mio: á vuestros pies...

CONDE.

(*Con gran ternura.*)

Toma, hijo mio, los brazos.

(*Se abrazan.*)

MARÍA.

(*Arrojándose en brazos del marques.*)

¡Señor!... ¡Vos!...

MARQUES.

(*Fuera de sí.*) ¡Oh prenda mia!

(*Pausa.*)

¡Oh conde!...

CONDE.

¡Oh marques! ¡oh amigo!

Yo su santa union bendigo.

(*El conde empuja de un lado á don Fernando, y el marqués de otro á María para  
que se abracen.*)

MARQUES.

(*Al conde.*) Será la heredera mia.

COMENDADOR.

(*Enternecido.*) ¡Cielos!

FELISA.

(*A corbacho.*) Milagro es patente.

CORBACHO.

Lo es sin duda.

COMENDADOR.

A la inocencia  
siempre ampara la clemencia  
del Dios santo omnipotente.

Sevilla, 1844.

FIN DE LA COMEDIA.



# EL CRISOL DE LA LEALTAD.

COMEDIA EN TRES JORNADAS.

---

AL ILUSTRÍSIMO SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO : *en testimonio de antigua,  
constante y respetuosa amistad,*

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

## PERSONAS.

---

LA REINA DE ARAGON, *dama*.  
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama*,  
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan*.  
DON LOPE DE AZAGRA, *barba*.  
MAURICIO, *monge benito*.  
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo*.  
FORTUN TORRELLAS, *viejo*.

JOFRE DE ALVÉRO, *galan*.  
ALVARO GARCES, *galan*.  
BERRIO, *gracioso*.  
SANCHA, *graciosa*.  
ANTON, *ventero*.  
RITA, *ventera*.

## COMPARSAS.

RICOS HOMBRES é INFANZONES.  
CLERIGOS *del séquito del arzobispo*.  
TRES CABALLEROS *del séquito de Torrellas*.  
CUATRO IDEM *del séquito de don Lope de Azagra*.  
DAMAS. . . }  
PAGES. . . } *de la reina*.  
GUARDIAS. . }  
CUATRO VILLANOS *del séquito de don Lope de Azagra*.

---

*La accion pasa en Zaragoza y sus cercanías el año de 1165,*



## JORNADA PRIMERA.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON atizando el hogar y RITA mirando á la puerta con inquietud.*

- RITA. Mal fuego de Dios, amén,  
sobre esa gente maldita  
caiga, y pronto.
- ANTON. Calla, Rita.  
Prudencia y cachaza ten.
- RITA. ¡Cachaza y prudencia. Anton,  
cuando al punto en que llegaron  
ayer tarde, nos robaron  
dos ovejas y un lechon!  
Y gracias que en el pajar  
estaban ya las gallinas.  
Dime en fin qué determinas,  
pues voy la puerta á atrancar.
- ANTON. (*Acercándose.*)  
¡Sancha y Berrio no han salido  
á recoger el ganado...?  
pues cuando esté á buen recado  
tomaremos un partido.
- RITA. El de la venta cerrar  
y defender nuestra hacienda.
- ANTON. (*Receloso.*)  
El diablo que la defienda,  
que en ello se puede errar.
- RITA. (*Con viveza.*)  
Defenderse de ladrones  
es justo.
- ANTON. ¡Y estos lo son...?
- RITA. Las ovejas y el lechon  
lo dirán.
- ANTON. No mas razones.  
Calla la boca, muger.  
Esas gentes por momentos  
armas reciben y aumentos:  
...sabe Dios lo que va haber.  
Ya has visto que no encontraron  
en el vecino castillo  
resistencia, y el rastrillo

al punto les franquearon.  
 RITA. Porque de Nuño Atarés,  
 hijo de aquel infanzon,  
 á quien no quiso Aragon  
 por su soberano, es.  
 Y siempre anda desabrido,  
 y de la reina se queja.  
 ANTON. Pues á los señores deja  
 tomar tal ó cual partido.  
 Y traten los cortesanos  
 de estas cosas, que nosotros,  
 manden unos, manden otros,  
 no salimos de villanos  
 BERRIO. (*Dentro y dando grandes voces.*)  
 Arre... ¡jó!...—¡Maldita burra!  
 Sancha, abre bien...—Arre... ¡jó!  
 SANCHA. (*Dentro.*)  
 Ya todo el ganado entró.  
 ANTON. (*Desde la puerta.*)  
 Que el morueco no se escurra.

*Salen SANCHA y BERRIO con hondas en la mano y muy cansados.*

BERRIO. Ya está todo en el corral,  
 hasta el morueco marrajo;  
 no ha sido poco trabajo.  
 ¡Qué arisco es el animal!  
 RITA. ¡Y los cerdos?—¡y el pollino?  
 BERRIO. De los cerdos... faltan dos.  
 RITA. Maldito seas de Dios.  
 ¡Dónde...?  
 BERRIO. ¡Toma...! El peregrino  
 lo sabe.  
 RITA. ¡Gran ladron!  
 BERRIO. (*Poniéndose el dedo en los labios, y acercándose à Rita.*)  
 ¡Chii!!!  
 que á venir al punto va,  
 ¡y tiene un gesto, que ya!  
 RITA. ¡Jesus! ¡Va á encajarse aqui?  
 BERRIO. El lo dice.  
 ANTON. ¡Pues le has visto...?  
 BERRIO. Sancha...  
 SANCHA. (*Interrumpiéndole.*)  
 Mentira.  
 BERRIO. Sí, tú:  
 ¡curiosa de Belcebú!  
 ANTON. (*Impaciente.*)  
 Espílicate, voto á Cristo.  
 BERRIO. Sancha la burra montó  
 Para carrear el ganado,  
 y á carrera por el prado...  
 SANCHA. La burra se me escapó.

BERRIO.

Ya se ve que escapó. Como  
siempre que le arrima  
la persona que va encima  
un aguijonazo al lomo.

SANCHIA.

Fué porque...

BERRIO.

Entre los enebros  
vió soldados la pollina,  
y siempre se desatina  
por ir donde oiga requiebros.

SANCHIA.

¡Malicioso!

BERRIO.

A la cañada  
corrió en fin, y yo tras de ella,  
pues no debe una doncella  
correr sola despeñada.  
Y á ese hombre con otros seis  
nos hallamos.

RITA.

¡Ay qué miedo!

¡Jesus!

BERRIO.

Afirmaros puedo  
que de milagro me veis.  
Se me heló todito el cuajo.  
Y á mí también.

SANCHIA.

BERRIO.

Quía. ¡Sanchica!

Si al fin logró la borrica  
escuchar un requebrajo.  
Yo sí, que caí de rodillas  
de pié á cabeza temblando,  
cual si estuvieran bailando  
en mi cuerpo las costillas.  
Y la maldita vision.  
*¿quien son (dijo) los villanos?*  
y yo cruzadas las manos  
le respondí: hija de Anton  
es esta mala doncella.  
Hija de Anton el ventero,  
y yo su novio, que quiero  
casarme, señor, con ella.  
Y el duende repuso: « Bien.  
Pues que en su venta me espere,  
si es que fiel mostrarse quiere,  
al tal Anton le preven.  
Y porque no tenga quejas  
de mí, dale este dinero,  
que con él pagarle quiero  
tres cerdos, y dos ovejas. »  
Y esta me dió.

RITA.

(*Saca una bolsa con dinero.*)

(*Tomándola y examinándola.*)

¡Virgen pura!

Tres veces hay su valor.

ANTON.

Pues si es tan buen pagador  
venga con buena ventura.

- BERRIO. Y á Sancha tambien...  
 SANCHA. Tambien  
 me dijo: *Hermosa doncella...*—  
 BERRIO. No hubo hermosa, miente ella.  
 Doncella solo, y va bien.  
 SANCHA. Sí señor.  
 BERRIO. No, que es tramoya.  
 SANCHA. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)  
 Y dióme esta cruz, mirad.  
 RITA. (*Pasmada.*)  
 A ver... ¡de oro...! Una ciudad  
 vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!  
 marido...  
 ANTON. Rita, ¿lo ves?  
 prudencia y cachaza, sí;  
 que el tal me parece á mí,  
 que lo que se suena es.  
 BERRIO. Tambien nos dijo ese coco...  
 RITA. Ese señor.—Mas despacio.  
 BERRIO. *Esa venta en un palacio*  
*se tornará de aqui á poco.*  
 Lo que me hace sospechar  
 que es algun brujo, hechicero,  
 que es carbon ese dinero,  
 que la venta va á volar.  
 Y... si es asi... ¡guarda, Pablo!  
 RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?  
 BERRIO. Siempre diz que se escondió  
 detras de la cruz el diablo.  
 RITA. (*Sorprendida.*)  
 ¿No oyes caballos, Anton...?  
 ¡ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.  
 ANTON. Déjate, desde la puerta  
 observaré quiénes son.  
 (*Se acerca al bastidor.*)  
 ¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?  
 Torrellas nuestro señor,  
 con otros cuatro al reedor,  
 y con Alvaro Garcés.  
 RITA. (*Cuidadosa.*)  
 ¡Ay cielos...! Que está esa gente  
 tan cerquita no sabrán,  
 y acaso los prenderán...  
 ANTON. (*Con malicia.*)  
 Muger, no seas inocente.  
 Corro á tener el estribo  
 á Torrellas mi señor.  
 No te asustes, ten valor.  
 que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)

*Salen embozados* FORTUN TORRELLAS, JOFRE DE ALVÉRO, ÁLVARO GARCÉS y tres CABALLEROS.

TORRELLAS. ¡O buen Anton! ya veo  
que fiel me conociste  
desde el mismo momento en que me viste,  
y que servirme es siempre tu deseo.  
¡y Rita y Sancha, buenas?  
ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.  
BERRIO. (*Adelantándose.*)  
Los cerdos, las ovejas y pollinos...  
ANTON. (*Deteniéndolo.*)  
Calla, animal, no digas desatinos.  
TORRELLAS. Muy guapa está Sanchica.  
BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)  
Se escapó esta mañana en la borrica...  
RITA. Vete, bruto, de aquí.  
TORRELLAS. ¡Quién es...?  
BERRIO. Nostramo,

Berio el zurdo me llamo,  
y soy mozo porquero,  
y seré, si Dios quiere, para enero  
el marido de Sancha,  
de lo que está, señor, ella tan ancha,  
y tanto que quisiera  
que el matrimonio este verano fuera.  
Mas yo estoy hoy mohino  
y ronco y fatigado  
porque ella y el morueco  
han hecho cosas que me tienen seco.  
TORRELLAS. (*Llamando á Anton aparte.*)  
Decidme, Anton honrado,  
¿habeis visto el anciano peregrino,  
que en el fuerte vecino  
de Atarés, mi pariente,  
se ha alojado esta noche con su gente?  
ANTON. (*Con aire reservado.*)  
Sancha y el mozo diz que lo encontraron  
esta mañana, y que con él hablaron.  
TORRELLAS. ¡Y con qué compañía  
te han dicho, Anton?  
ANTON. (*Llamando á su hija.*)

Escúchame, hija mia.  
(*Habla con ella aparte y en secreto, y luego dice:*)

Con cinco hombres no mas.  
TORRELLAS. Ponte á la puerta,  
y para ver si viene está alerta.  
ANTON. Venid todos conmigo.  
(*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrio.*)  
TORRELLAS. El tal Romero  
cual es se porta á ley de caballero.  
Seis á seis la entrevista



tendrá lugar.

GARCES. El cielo nos asista  
para ver la verdad distintamente,  
y poder resolver lo conveniente.  
TORRELLAS. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!  
Yo le conoceré cuanto lo vea,  
pues aun no se borró de mi memoria  
aquel aspecto de grandeza y gloria.  
ALVERO. Tampoco yo olvidado  
tengo su altivo porte y su semblante.  
Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,  
y le vi lanza en ristre y arrogante  
entrar en hora aciaga  
en medio de los moros allá en Frága,  
en donde lo perdimos,  
y de su arrojo audaz víctimas fuimos.  
GARCES. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre  
su perdido poder, y estienda sobre  
Castilla su dominio,  
tornando á ser de infieles esterminio.

*Salen corriendo y asustadas, queriendo refugiarse detrás de Torrellas, RITA y SANCHÁ, y con ellas BERRIO.*

RITA. ¡Virgen Santa bendita!  
SANCHÁ. Amparadnos, señor...  
TORRELLAS. ¿Qué es esto, Rita?  
BERRIO. Que ya viene...  
SANCHÁ. ¡Qué miedo!  
RITA. Estoy sin tino,

*Sale ANTON.*

ANTON. (A Torrellas.)  
Aqui llega, señor, el peregrino.  
TORRELLAS. A su encuentro salgamos.  
(Al encararse á la puerta queda asombrado, y retrocede poco á poco respetuoso y confundido.) ¿Mas qué veo?  
¿Es ilusion falaz de mi deseo?  
¡gran Dios!... él es... No hay duda.  
ALVERO. (Mirando asombrado á la puerta.)  
Sí... mas del tiempo la carrera muda  
ha alterado su rostro.  
TORRELLAS. ¡Santo cielo!  
GARCES. Me ha convertido la sorpresa en hielo.

*Salen DON LOPE DE AZAGRA, con un ropon y esclavina de peregrino: MAURICIO con hábito de monje: cuatro CABALLEROS vestidos de cazadores, dejando ver armas de guerra bajo los sayos, y cuatro VILLANOS.—Don Lope se despoja con nobleza del traje de peregrino, y queda armado, con sobreveste roja, y el collar de la órden del Santo Sepulcro, y se dirige sin vacilar con los brazos abiertos á Torrellas.*

DON LOPE. Noble Fortun Torrellas,

cuya fama se encumbra á las estrellas,  
y en quien miro y còntemplo  
de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:  
ven, y en estrechos lazos,  
pues que en mi apoyo tu favor consigo,  
te ciñan hoy los brazos,  
no de tu rey, de tu constante amigo.

TORRELLAS.

*(Hincando las rodillas y enágenado de gozo y de respeto.)*

No es posible que dude  
honra y dicha tan alta, pues acude  
tanto recuerdo grato  
á mi pecho do vive tu retrato,  
que por mi rey amado te pregonó.  
Y de ayudarte á recobrar el trono  
te hago pleito-homenaje.  
No en tus brazos, señor, do me levantas,  
sino á tus régias plantas,  
rindiéndote el debido vasallage.

DON LOPE.

*(Levantándolo.)*

Alza, y ven á mi pecho.  
Y porque mas seguro y satisfecho,  
libre de toda duda,  
tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;  
y porque la verdad hoy testifiques,  
y en Aragon publiques  
que Alonso, emperador de las Españas,  
aquel á quien valieron sus hazañas  
tan glorioso renombre,  
que de batallador mereció el nombre,  
soy yo; y porque asegures la falsía  
con que se publicó que muerto habia  
en la accion aciága,  
castigo del Señor, cerca de Frága;  
claras, nuevas señales  
quiero mostrarte á ti y á estos leales.

*(Separa la veste y enseña una cicatriz.)*

¡Recuerdas esta herida  
que al bravo Albucalem costó la vida,  
cuando aquí en Zaragoza holló triunfante  
mi régia planta el bárbaro turbante?

*(Torrellas da muestras de reconocerla.)*

Sí, tú fuiste el primero  
que viendo en tierra mi tajante acero  
en aquella jornada,  
me alargaste tu espada.

Y vive Dios, Torrellas, que venia,  
pues fuistes un portento en aquel día,  
toda de sangre bárbara bañada.

*(Mostrando un eslabon roto del collar.)*

¡Ves este collar roto,  
de la órden sacra del Sepulcro Santo,  
que en Pamplona fundé cumpliendo un voto,

y que de los infieles fué el espanto?  
 Recuerda que en mi pecho,  
 estando tu de mí muy corto trecho,  
 lo rompió la violencia  
 de una lanza en el cerco de Valencia.

(*En reserva á Torrellas.*)

¡Y olvidaste acaso, fiel amigo,  
 el aviso secreto,  
 importante á mi honor y á mi respeto,  
 que me diste sagaz, con que el castigo  
 de Pero Anzures suspendí prudente,  
 para ganar la castellana gente?  
 (*Torrellas da muestra de recordarlo atónito.*)

¡Y este anillo real, no lo conoces?

(*Enseña una sortija.*)

TORRELLAS.

(*Besándole la mano.*)

Basta, señor: el cielo santo á voces  
 que sois mi rey me dice  
 y á quien lo dude con furor maldice.  
 Alvaro de Garcés, Jofre de Alvéro,  
 aragoneses todos: yo aseguro,  
 y lo defenderé con este acero,  
 que don Alonso emperador es este,  
 que la bondad celeste  
 devuelve á nuestro amor.

(*Hincando una rodilla, y estendiendo la mano derecha.*)

Y yo le juro

obediencia y lealtad.

ALVERO, GARCÉS, los tres CABALLEROS, BERRIO, ANTON y los cuatro VILLANOS. (*Hincando la rodilla y estendiendo la mano.*)

Y lo juramos

todos tambien.

MAURICIO.

(*Poniéndose en medio con dignidad.*)

En nombre de Dios vivo,

come su sacerdote, yo recibo  
 el santo juramento,

y os exhorto á su pronto cumplimiento.

DON LOPE.

Álzad, vasallos fieles, (*Levántanse todos.*)

que ya de nuevos triunfos y laureles

juzgo mi frente orlada,

y de Aragon la gloria asegurada.

(*Acercándose afectuosamente á Jofre de Alvéro.*)

Llega, gallardo Alvéro

¡Qué espigado y gentil!—Aunque muchacho,

no diste á los infieles mal despacho,

en aquel lance de contrario agüero.

Pienso que fué tu estreno en aquel día:

ibas por cierto en una jaca pia.

(*Alvero le besa la mano.*)—(*Acercándose á Garcés.*)

¡Y tú, Garcés...? ¡cuán bravo caballero

era tu padre ! la primera lanza  
de Aragon... ¿ dónde está ?

GARCÉS.

Señor, es muerto

en San Pedro de Arlánza,  
donde se retiró juzgando cierto  
vuestro fin desastrado.

-DON LOPE.

De lealtad y valor era un dechado.

(*Le besa Garcés la mano.*)

—No perdamos, Torrellas, ni un momento.

A Zaragoza parte,  
dando mi nombre al viento,  
y alzando de lealtad el estandarte.

Y dile á mi sobrina  
que tema de la cólera divina,  
y de mi noble esfuerzo la venganza,  
si al punto sin tardanza  
su rey no reconoce en mí, y su tío,  
el trono devolviéndome, que es mío.

TORRELLAS.

Señor, á obedeceros,  
con estos valerosos caballeros,  
patentizando al mundo  
que vive vuestro esfuerzo sin segundo,  
iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza,  
que escasas dichas y venturas goza  
desde el momento que os perdió, la nueva  
que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva,  
oír á con antusiasmo y alegría,  
y os abrirá sus puertas este día.  
Mas para combatir cumplidamente  
las dudas y razones,  
que opuestos intereses y opiniones  
puedan acaso entre la ruda gente  
esparcir (porque dan tan largos años  
lugar á recelar dolos y engaños),  
dignaos de darme relacion cumplida  
de cómo fué vuestra preciosa vida  
en la ocasion salvada;  
y de dónde eclipsada  
tan largo tiempo estuvo,  
y escondida y oculta se mantuvo  
la magestad augusta que adoramos,  
y que hoy, gracias al cielo, recobramos.  
Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.  
Si, todo lo sabrás : atento escucha.  
Viendo en los campos de Frága,  
donde Dios airado quiso  
dar á mis muchos pecados  
con la derrota el castigo,  
que por momentos crecian,  
como mar embravecido,  
los escuadrones infieles  
sobre los pendones míos ;

DON LOPE.



y conociendo que solo  
 de tan tremendo conflicto  
 hallar pudiera el despecho  
 de salvacion un camino ,  
 elegi trescientas lanzas ,  
 la flor del hispano brio ,  
 y arrojéme á su cabeza  
 en brazos de mi destino.  
 Arrollé como un torrente  
 los escuadrones moriscos ;  
 sus mas bravos adalides ,  
 y sus jeques de mas brio  
 al empuje de mi lanza  
 cayeron en sangre tintos ,  
 como en la selva al empuje  
 caen del huracan los pinos.  
 Mis servidores leales  
 hicieron raros prodigios  
 de valor ; mas todo en vano ,  
 pues Dios nos negó su auxilio.  
 Y ya casi todos eran  
 víctimas de su heroismo ,  
 cuando de un bote de lanza  
 vine á tierra sin sentido.  
 El sol tras los negros montes  
 buscaba ansioso un asilo ,  
 horrorizado y medroso  
 del estrago que habia visto.  
 Y los fieros musulmanes  
 á acabar el exterminio  
 de mis desdichadas huestes  
 avanzaron de aquel sitio. —  
 —Era ya entrada la noche  
 cuando volviendo en mí mismo,  
 de cadáveres cercado,  
 de armas rotas y de heridos  
 me encontré. Y á Dios el voto  
 hice, al encontrarme vivo,  
 de ir desde allí á Palestina ,  
 y ante el Sepulcro de Cristo  
 pedir perdon de mis culpas ,  
 penitente y peregrino,  
 rogando con lloro al cielo  
 se me mostrase propicio.  
 Quiteme la veste régia ,  
 que destilaba hilo á hilo  
 negra sangre, y el almete  
 de la corona ceñido.  
 Y sobre el yerto cadáver,  
 que vi cerca del invicto  
 Azagra (en quien semejanza  
 hallaban muchos conmigo),



tiré ambas prendas, guardando  
 este collar y este anillo:  
 y á la luz de escasa luna,  
 trepando empinados riscos,  
 me retiré. Unos pastores  
 me dieron su estrecho abrigo  
 sin conocerme. Y tomando  
 pobres y toscos vestidos  
 llegar logré á los Alfaques,  
 en donde el Ibero rio  
 daba ya por su ancha boca  
 al mar, pasmado de oirlo,  
 la falsa y terrible nueva  
 de mi muerte, en roncós gritos,  
 publicando de mis tropas  
 el verdadero exterminio.

Una veneciana nave  
 depararme el cielo quiso,  
 y en ella saludé pronto  
 las riberas del Egipto. —  
 Visité la tierra santa,  
 y con el abad Mauricio  
 (este venerable monge  
 mi director y mi amigo,  
 que desde entonces ni un dia  
 de mí se apartó), contrito  
 confesé mis culpas todas,  
 y con ásperos cilicios  
 adoré aquel mármol sacro  
 donde piadoso Dios Hijo,  
 por la redencion del mundo  
 completó su sacrificio. —

Del voto que en Frága hiciera  
 libre, viéndolo cumplido,  
 tornar á mi reino quise,  
 que por hallarme sin hijos  
 encomendado creia

(cual mandé en un codicilo  
 que antes de partir á Frága  
 dejé de mi puño escrito),  
 del Temple á los caballeros,  
 y del Sepulcro de Cristo  
 á la orden por mí fundada  
 de mi reinado al principio.

Y sin dejar de roméro  
 el traje, y con gran sigilo  
 mi regio nombre ocultando,  
 con solo el abad Mauricio  
 las playas dejé de Siria,  
 fiando al viento mis designios,  
 en un leño de Pisanos  
 á Génova dirigido.

Mas ¡ay! aun no satisfecho  
 el cielo estaba, pues quiso  
 completar de mis pecados  
 el decretado castigo.  
 Un corsario sarraceno  
 tristes esclavos nos hizo,  
 y en las mazmorras de Malta  
 juguetes del hado fuimos.  
 Allí varias veces supe  
 de mi imperio los conflictos,  
 ya por voz de mercaderes,  
 ya por quejas de cautivos.  
 Supe que mi hermano el monge  
 manchó de Aragon el brillo;  
 que Castilla y que Navarra  
 se hicieron reinos distintos.  
 Y al fin que mi roto cetro  
 á manos habia venido  
 de mi inexperta sobrina,  
 sin armas y sin prestigio.  
 Y amargamente llorando,  
 mas que mi infortunio mismo,  
 las desdichas de estos reinos,  
 y su cierto precipicio,  
 logré al cabo libertarme;  
 y volver vasallos míos,  
 á vuestros leales brazos,  
 con los que, y con el auxilio  
 de Dios, que misericordia  
 empieza á ejercer conmigo,  
 conseguiré prontamente  
 restaurar el poderío  
 de Aragon; y con mi nombre  
 cegar el horrendo abismo  
 á cuyo borde pendiente  
 nuestra amada patria miro.  
 Juzgo, valiente Torrellas,  
 juzgo, infanzones altivos,  
 juzgo, aragoneses bravos,  
 juzgo, vasallos queridos,  
 que quedareis satisfechos,  
 con mi relato prolijo,  
 de que tardanza tan grande  
 en acudir al peligro  
 de mi patria y de mi trono,  
 no fué en vuestro rey delito,  
 sino voluntad del cielo  
 por sus ocultos designios.  
 Pues que tal rey nos devuelve,  
 á nuestros votos propicio,  
 corramos á Zaragoza  
 para publicarlo á gritos.

¡Viva el grande don Alonso !

¡El rey viva !

TODOS.

¡ Viva !

TORRELLAS.

Amigos,

no perdamos ni un momento.

TODOS.

Viva Alonso largos siglos.

(*Vanse Torrellas , y todos los que salieron con él.*)

ANTON.

A nuestro amo acompañemos.

BERRIO.

Si es que el rey nos da permiso.

DON LOPE.

Sí, marchad.

(*Vanse Anton , Rita , Sancha , Berrio y los villanos.*)

Tambien vosotros

(*A los cuatro caballeros de su séquito.*)

encaminaos al castillo

con tan venturosas nuevas,

que yo en el momento os sigo.

(*Vanse los caballeros.*)

*Asi que todos desaparecen , don Lope , fatigado y abatido , mira tristemente á Mauricio , recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.*

DON LOPE.

¡ Válgame Dios !

MAURICIO.

¡ Qué os aflige

en tan venturoso dia...?

Yo estoy loco de alegría ,

la fortuna nos dirige

por el camino mas llano

al eminente dosel ;

y vais á ser vos en él

de la España soberano.

DON LOPE.

Es verdad.

MAURICIO.

El buen Torrellas

incauto tragó el anzuelo ,

y hoy con sus brazos de un vuelo

nos encumbra á las estrellas.

DON LOPE.

Al punto le conocí.

MAURICIO.

Y el pobrete alucinado

creyó muy entusiasmado

ver á don Alonso en ti. (*Se rie.*)

Mas le hablasteis de manera,

el engaño reforzando

y el tono de rey tomando ,

que hasta yo casi os creyera.

Unisteis á la verdad

de las aventuras nuestras ,

con espresiones tan diestras,

con tal naturalidad

del emperador el nombre ,

y los recuerdos fingisteis

con tanto primor , que fuisteis

mas un demonio que un hombre.

Los planes que concebimos  
 en Malta entre las cadenas,  
 y que cual sueños apenas  
 en nuestra mazmorra urdimos,  
 cumplido efecto tendrán:  
 tendránlo sin duda alguna,  
 pues ocasion y fortuna  
 en nuestro favor estan.

—De ese rey, que murió en Frága,  
 debió de ser, vive Dios,  
 su semejanza con vos  
 muy grande, para que haga  
 efecto tan importante.

Animo pues, y osadía...  
 ¿Pero qué melancolía  
 ofusca vuestro semblante?

DON LOPE.

(*Muy abatido.*)  
 Entre aquestos infanzones  
 esperaré ver á mi hijo,  
 y de su ausencia me aflijo  
 por poderosas razones.

MAURICIO.

¿No os pudierais de él fiar,  
 si no es posible engañarle?

DON LOPE.

La trama manifestarle  
 fuera mucho aventurar.  
 Además..., os lo confieso,  
 al cabo noble nací,  
 y un remordimiento en mí...

MAURICIO.

(*Incomodado.*)  
 ¿Perdiste, don Lope, el seso?

DON LOPE.

Lo he recobrado mas bien.  
 Hay cosas que desde lejos  
 tienen hermosos reflejos;  
 mas cuando cerca se ven  
 se conoce lo que son,  
 y tan viles, que se afrenta  
 quien las juzgó de gran cuenta  
 llevado de una ilusion.

Desde que puse en España  
 con este intento los pies,  
 cada dia mayor es  
 el tedio que me acompaña.  
 Y al recordar quién fui yo  
 en mi patria, y lo que soy,  
 de mí avergonzado estoy,  
 cual siempre lo está el que erró.  
 ¿Yo, espejo de la lealtad,  
 ser un traidor alevoso...?

¿ser fingido y mentiroso

yo, sol puro de verdad...?

¿Yo impostor...? ¡Ah! me confundo.

MAURICIO.

¿Con escrúpulos andais,

- cuando caminando vais  
al primer trono del mundo?
- DON LOPE. Mauricio, sentado en él,  
besando el orbe mi planta,  
veré atado á mi garganta  
ignominioso cordel.
- MAURICIO. (*Con sonrisa amarga.*)  
Solo volviendo el pié atrás,  
no entre sueños y quimeras,  
sino en la horca y muy deveras,  
esa lazada tendrás.  
No puedes retroceder  
del camino que emprendiste;  
pues ya en él el pié pusiste  
terminarlo es menester.
- DON LOPE. (*Profundamente agitado.*)  
Sí, concluiré la carrera,  
sí, saciaré mi ambicion;  
pero un noble corazon  
tiene la voz muy severa.
- MAURICIO. Compon, amigo, el semblante,  
que aqui tornan los villanos.  
Desecha escrúpulos vanos,  
y adelante.
- DON LOPE. (*Muy abatido.*)  
Sí, adelante.

*Sale BERRIO, y se detiene como asustado.*

- BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,  
y así me da mucho miedo.
- MAURICIO. Hola, mozo.
- BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?
- MAURICIO. ¡Con respeto, por qué no?
- BERRIO. ¿Quisieras servir al rey?  
(*Tomando confianza.*)  
Para guardar sus cochinos,  
sus ovejas, sus pollinos,  
unas vacas, y algun buey,  
que es de lo que sirvo á Anton,  
quisiera, pues la soldada  
mejor y mas bien pagada  
será, y buena la racion.
- MAURICIO. (*Animándolo.*)  
De soldado has de servir,  
como valiente vasallo,  
con una lanza, á caballo.
- BERRIO. Fuera cosa de reir.  
¡Estuviera buen muchacho...!  
A pié sería mejor,  
que soy mal cabalgador,



y voy hecho un mamarracho.  
 Bien está.  
 ¿Y me casaré  
 con Sancha?  
 Sí, y puede darte  
 el rey de dote una parte  
 de despojos.  
 Despo... ¿qué?  
 De botín.  
 Dos necesito,  
 porque con estas albarcas  
 se anda mal entre las charcas,  
 tras del morueco maldito.  
 Todo lo tendrás, ven pues  
 al castillo.  
 Con licencia  
 de vuestra gran Reverencia,  
 iré con Sancha despues.  
 Que allí para hilar estopa,  
 y sazonar el puchero,  
 servirá á este caballero,  
 y para lavar la ropa. ( *Vase.* )  
 ¿Que villano tan sencillo!  
 Pues estos nos dan la fuerza,  
 no hay sin ellos quien la ejerza.—  
 Vamos, que es tarde, al castillo. ( *Vanse.* )

ESCENA II.

*Salon régio del alcázar de Zaragoza, con dosel. Y sale DOÑA ISABEL y TORRELLAS.*

DOÑA ISABEL.

¡Ay cuánto don Pedro tarda...!  
justamente en la ocasion  
en que con tanta razon  
y tal inquietud le aguarda  
mi afanoso corazon.  
(*Mira á la puerta con inquietud.*)  
Hoy que debe amante ufano  
de nuestra reina el permiso  
demandar, como es preciso  
para conseguir mi mano,  
¿por qué ha de andar tan remiso?  
Que mi padre esta mañana  
salió á caza, le avisé,  
y amorosa le esperé  
del jardin en la ventana:  
mas ¡ay! á verme no fué.  
(*Se pasea con inquietud.*)  
Dios me valga.—Desde el dia  
que apareció este impostor  
todo es sospecha y temor,

todo afan el alma mia ,  
 todo recelos mi amor.  
 Mi padre anda de continuo  
 de mil dudas agitado,  
 don Pedro desatentado  
 maldiciendo al peregrino,  
 y todo el reino alterado.

*(Vuelve á pasear agitada.)*

Que se retarde me temo  
 mi boda. Y aun temo mas ,  
 pues la discordia quizás  
 llegue á un doloroso extremo  
 que no recelé jamás:  
 Al de enemistar ¡ ay Dios !  
 á mi padre y á mi amado;  
 pues el calor me ha asustado  
 con que disputan los dos,  
 sobre ese impostor malvado. *(Llora.)*

*Sale DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.*

DON PEDRO.

Hermosísima Isabel ,  
 deidad pura á quien adoro,  
 mi único bien , mi tesoro,  
 rendido tu amante fiel...  
 ¿ Pero por qué es ese lloro ?  
 ¿ Por qué á tu mústio semblante  
 dan sin luz los bellos ojos  
 esas perlas por despojos,  
 y á tu seno palpitante...?  
 ¿ ...Quién causa , di , tus enojos ?  
*( Con gran ternura é interes. )*

¿ Tú afligida , encanto mio...?  
 ¿ Que ofensas lloras , mi bien ?  
 De mi afan lástima ten ,  
 pues me pierdo y desvarío.  
 ¿ ...Quién causa tu pena , quién ?  
*( Afligida. )*

DOÑA ISABEL.

Vos , don Pedro.

DON PEDRO.

¿ Yo... señora ?

DOÑA ISABEL.

¿ No os avisé esta mañana  
 de que sola , en mi ventana...?  
 Pues allí pasé una hora.

DON PEDRO.

No me condeneis tirana.

DOÑA ISABEL.

Y en el prefijado dia  
 para pedir la licencia ,  
 con tan tibia diligencia  
 retardar...

DON PEDRO.

A eso venia ,  
 para eso pedí esta audiencia.  
 Y escuchadme una disculpa  
 tan grande dueño querido,

que dejará convencido  
 vuestro amor de que la culpa  
 de tal falta no he tenido.  
 La tremenda agitacion,  
 que en todo el reino ha causado  
 de ese embustero malvado  
 la impensada aparicion,  
 á Zaragoza ha llegado.  
 Y como sobran traidores  
 de osadía y ardimiento,  
 á mi obligacion atento,  
 de aquestos alrededores  
 no me aparté ni un momento.  
 Que cuando peligra el trono  
 legitimo es justa ley  
 darlo todo al abandono,  
 y vigilar en su abono:  
 que antes que todo es el rey.  
 (*Conmovida.*)  
 ¡ Oh don Pedro...!

DOÑA ISABEL.

DON PEDRO.

Isabel mia,  
 tu mano no mereciera,  
 si tan pura y fiel no fuera  
 de mi pecho la hidalguía,  
 y mi lealtad tan sincera.  
 Y cuando llego anhelante  
 de nuestra reina á pedir,  
 para nuestra suerte unir,  
 el permiso, mas amante  
 os quisiera ver y oír.  
 Que ese llanto y afliccion,  
 en el venturoso día  
 en que ya nombraros mia  
 podré, dulce dueño, son  
 verdugos de mi alegría  
 (*Siguen hablando entre sí.*)

*Aparece LA REINA separando con recato las cortinas de una puerta que habrá al fondo ó al lado izquierdo de la escena, desde allí sin avanzar, dice:*

REINA.

(*Aparte.*)  
 ¡ Oh cielos...! Azagra allí  
 enamorando á Isabel.  
 ¡ Qué noble gallardo y fiel!  
 ¡ Desventurada de mí!

DON PEDRO.

(*A doña Isabel sin que hayan reparado en la reina.*)

DOÑA ISABEL.

—¿ Quedais contenta, cruel?  
 Tiene vuestro dulce acento  
 y tiene vuestra presencia  
 conmigo tal influencia,  
 que disipan al momento  
 los fantasmas de la ausencia.

Y si porque fiel servisteis  
 á la reina habeis faltado  
 á verme, y apresurado  
 á pedir ahora vinisteis  
 el permiso deseado;  
 las nubes de mi amargura  
 se disipan, y renacen  
 las esperanzas, que hacen  
 de mi pecho la ventura,  
 y que mi alma satisfacen.

*(Siguen hablando entre sí con estremos de ternura.)*

REINA.

*(Aparte desde la puerta.)*

¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,  
 que lo adoro tambien, y él no lo sabe;  
 porque en mi excelsa posicion no cabe  
 declarar á un vasallo tierno amor!  
 Y aunque lo declarára, ¿por ventura  
 lo pudiera inspirar...? ¡Terrible suerte!  
 Es mas terrible que la misma muerte  
 de amar sin esperanzas el dolor.

DON PEDRO.

*(Arrojándose trasportado de amor á los pies de doña Isabel.)*

¡Ah! dejad que á vuestra planta,  
 pues tan dichoso me veo,  
 alma y vida por trofeo  
 os rinda, y que os pague tanta  
 ventura como hoy poseo.

*(La toma una mano.)*

Y que mi labio leal  
 temple el fuego celestial  
 de la pasion que os consagra,  
 en la mano de cristal... *(Se la besa.)*

*Sale LA REINA apresurada. doña Isabel da un paso atrás sorprendida, y don Pedro se levanta, retira, y queda en la mayor confusion.*

DOÑA ISABEL.

¡Cielos!

REINA.

*(Indignada, y poniéndose entre los dos.)*

¡Isabel...! ¡Azagra!—

De que en mi cámara estais  
 os olvidásteis sin duda.

*(Pausa.)*

Isabel, ¿te has vuelto muda...?

Azagra, ¿no contestais?

DOÑA ISABEL.

*(Confundida.)*

Señora...

DON PEDRO.

*(Hincando una rodilla.)*

Vuestra piedad

imploro si os ofendi,  
 cuando humilde llego aqui...

REINA.

*(Mas templada.)*

¡Con qué intento, Pedro...? Alzad.

DON PEDRO.

*(Levantándose.)*

- Una gracia á suplicaros  
para mí de gran ventura,  
la que mi dicha asegura.  
Ya tardais en aplicaros.
- REINA.  
DON PEDRO. De Doña Isabel Torrellas  
la nobleza y gallardía  
abrasan el alma mía,  
que así plugo á las estrellas.
- REINA.  
DON PEDRO. Ya lo ví. (*Aparte.*) Mal me reprimo.  
Y como en ilustre cuna,  
y en los dones de fortuna  
su igual en todo me estimo;  
vuestra régia aprobacion  
para casarme, señora,  
mi rendido amor implora.
- REINA. (*Mortificada.*)  
Y en oportuna ocasion.—  
¿De su padre teneis ya  
para ese enlace el permiso?
- DON PEDRO. Mi lealtad el vuestro quiso  
tener antes.
- REINA. (*Con severidad.*)  
Bien está.  
—Id, y que en estos salones  
tengan al momento entrada  
á la reunion convocada  
Ricos-hombres é infanzones.  
Que hoy de livianas materias  
no me puedo yo ocupar,  
cuando hay que determinar  
sobre cuestiones tan serias.  
Id pues.
- DON PEDRO. (*Aparte.*) ¿Pese á mi destino!  
(*Hace una profunda reverencia y vase.*)
- REINA. (*Acercándose á doña Isabel con bondad y cariño.*)  
¿Por qué lloras, Isabel...?  
¿Estás tan prendada de él...?  
será un amante muy fino.
- DOÑA ISABEL. (*Turbada.*)  
Señora...
- REINA. Tu amiga soy:  
enjugá, Isabel, el llanto.  
No hay motivo para tanto,  
y afligida al verte estoy.  
No era oportuno el momento,  
y nada os negué ademas.  
(*Pausa.*)  
¿Há mucho tiempo quizás  
que tratais el casamiento?  
Señora, hace ya tres años.  
¿Y este tan dichoso amante  
será fiel...? ¿será constante?
- DOÑA ISABEL.  
REINA.



- DOÑA ISABEL. No es, señora, hombre de engaños,  
y siempre igual lo encontré.
- REINA. (*Con malicia.*)  
Muy apuesto... muy rendido...
- DOÑA ISABEL. Muy formal, muy comedido.
- REINA. Pues qué te tiene no sé  
de tal modo apasionada.  
Su figura no es gran cosa.
- DOÑA ISABEL. Tiene un alma muy hermosa,  
y es galán.
- REINA. No encuentro nada  
raro en don Pedro. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!  
(*Alto.*) El don Alvaro Garcés  
mucho mas gallardo es,  
y está prendado de tí.  
¡Qué bien maneja una lanza!  
¡Cuánto luce en un torneo!  
Ni Aznares tampoco es feo,  
y con mucho garbo danza.  
En las justas y festines  
al don Pedro muy atrás,  
en gentileza y demas,  
dejan ambos paladines.
- DOÑA ISABEL. Pues don Pedro es á mis ojos  
el único.
- REINA. (*Aparte.*) Y á los míos.  
¿Mas por qué estos desvaríos  
me han de dar tantos enojos?

*Sale DON PEDRO.*

- DON PEDRO. Los Ricos-hombres, señora,  
y los nobles infanzones.
- REINA. Abránse aquestos salones,  
y que entren pues en buen hora.

*Doña Isabel hace señas á la izquierda de la escena, y salen DAMAS, PAGES y GUARDIAS. Don Pedro la hace á la parte de la derecha, y salen FORTUN TORRELLAS, ALVARO GARCÉS, JOFRE DE ALVÉRO, EL ARZOBISPO, RICOS-HOMBRES, INFANZONES, CLE-  
RIGOS y CABALLEROS, y se colocan al rededor del trono, en el que se sienta la  
reina.*

- REINA. Ricos-hombres y Prelados,  
Infanzones, Caballeros,  
de Aragon gloria, y defensa  
de mis sagrados derechos:  
la seguridad del trono,  
el esplendor de mi cetro,  
la fama de vuestros nombres,  
la tranquilidad del reino,  
ya imperiosamente exigen  
de vuestra lealtad y esfuerzo

que ese impostor fementido ,  
 que ese ambicioso protervo ,  
 que el esclarecido nombre  
 del rey mi tio mintiendo ,  
 contra mi corona atenta ,  
 tenga cumplido escarmiento.  
 En la batalla de Frága ,  
 como sabe el orbe entero ,  
 pereció el gran don Alonso ,  
 porque así le plugo al cielo.  
 Aragon declaró nulo  
 su dudoso testamento ,  
 que á los templarios dejaba  
 con poco aviso estos reinos.  
 Y su hermano don Ramiro ,  
 cual legítimo heredero  
 juró por rey. Que aunque estaba  
 en un santo monasterio ,  
 del Papa especiales bulas  
 hábil á todo le hicieron ,  
 y en vez del escapulario  
 no le asentó mal el peto.  
 Yo cual su hija y heredera  
 por legítimo derecho  
 ocupé este excelso trono ,  
 fuí jurada por el pueblo ,  
 sin que disputarme nadie  
 pueda en la tierra ó el cielo  
 ni de mi padre la herencia ,  
 ni este solio , que poseo.  
 —Despues de tan largos años ,  
 y de tan varios sucesos ,  
 ese impostor se presenta  
 para trastornar el reino.  
 Despreciado en un principio ,  
 fué su osadía creciendo ,  
 y ya con rebelde tropa  
 de indómitos bandoleros ,  
 de fascinados ilusos ,  
 de revóltosos perversos ,  
 de viciosos arruinados ,  
 y de astutos malcontentos ,  
 osa acercarse á este alcázar ,  
 osa atacar mis respetos ,  
 osa levantar bandera ,  
 osa demandarme el cetro.  
 Y si es que á tanto le anima  
 el que muger sin esfuerzo  
 me juzga , su desengaño  
 no tarde con su escarmiento.  
 Salid , sús , á mi defensa ,  
 que así os cumple como buenos.

Dad á esa traicion castigo ,  
 poned á esa audacia freno.  
 Que aunque muger , desprovista  
 tan de valor no me encuentro ,  
 que no pueda la coraza  
 vestir , empuñar el hierro ,  
 y á vuestra frente en el campo  
 humillar á los soberbios  
 que osan mancillar mi nombre ,  
 ó dudar de mis derechos.

(*Momento de silencio con ansiedad general.*)

TORRELLAS.

Permitid , alta señora ,  
 que como acaso el mas viejo  
 de cuantos hoy la honra tienen  
 de acataros , sea el primero  
 que á vuestras nobles palabras  
 dé respuesta con respeto.  
 Quién soy Aragon no ignora ,  
 que mi interes y el del reino  
 son uno mismo es notorio ,  
 que mi sangre y abolengo  
 seguridades ofrecen  
 de lealtad en todo empeño ,  
 no habrá quien ose dudarlo ;  
 no habrá , no , viven los cielos ,  
 que aun no es báculo mi espada ,  
 ni aquestas canas son hielo.  
 Con antecedentes tales  
 á decir aquí me atrevo  
 lo que mi conciencia solo  
 dicta á mis labios , y es esto.

(*Atencion general.*)

Señora , el rey don Alonso  
 vivo está : y es el romero  
 que impostor hoy apellidas  
 acaso con poco acuerdo.

(*Movimiento general.*)

Yo lo conocí , señora ,  
 y lo serví en ese excelso  
 dosel. Lo seguí á los campos ,  
 lo acompañé en los reencuentros.  
 Merecí su confianza ,  
 siempre asistí á su consejo ,  
 confirió conmigo planes ,  
 depositó en mí secretos.  
 Y de su noble presencia  
 los rasgos grabados tengo ,  
 con tan pronunciadas líneas  
 en la mente y en el pecho ,  
 que no es posible me engañen  
 señores , mis ojos mismos.  
 Y esta mañana lo he visto ,

y examinado con ellos.  
Y escuchando sus palabras  
reconocí sus acentos,  
y mi razon aclararon  
con infalibles recuerdos.

Ese anciano peregrino  
es, gran señora, creedlo,  
el Emperador de España  
don Alonso, tio vuestro,  
al que el glorioso renombre,  
en cuanto abarcan los cielos,  
sus hazañas y conquistas  
de batallador le dieron.

(*Momento de silencio y de agitacion.*)

ARZOBISPO.

Ilustre Fortun Torrellas,  
aunque tengan tanto peso  
para mí vuestras razones,  
y los dictámenes vuestros;  
pues sé vuestras calidades  
y vuestra virtud respeto;  
permitidme hoy, sin agravio,  
un parecer muy diverso.  
Y considerad conmigo,  
que cuando inspira el infierno  
la ambicion á un desalmado,  
que anhela usurpar un cetro,  
de falaces apariencias,  
de alucinantes pretestos,  
de engaños y de mentiras  
le ofrece abundantes medios.  
Porque el demonio es en suma  
quien rige su alma y su cuerpo,  
y de ficciones y engaños  
el demonio es gran maestro.  
Y provisto de noticias,  
y de confianzas dueño,  
finge, miente, disimula,  
contrahace la voz y el gesto:  
y alucina fácilmente  
la buena fé de los buenos,  
que porque lo son no saben  
lo que saben los perversos.  
No es difícil, ó Torrellas,  
al cabo de tanto tiempo,  
de remota semejanza  
equivocar los recuerdos.  
Después de tan largos años  
el Emperador, que muerto  
lloramos todos en Fraga,  
torna en traje de roméro.  
¿Y dónde estuvo escondido?  
¿cómo no vino á su reino,

cuando un hombre lo regía  
 con una espada por cetro?  
 —Y si es el rey don Alonso,  
 ¿por qué franco y descubierto  
 no ha venido á este palacio  
 de Zaragoza derecho,  
 en vez de andar con disfraces  
 alucinando á los pueblos,  
 allegando malhechores  
 y trastornado los reinos?  
 —El Emperador insigne  
 de otro modo muy diverso  
 se portára, aragoneses.  
 En ese anciano roméro  
 solo un malvado descubro,  
 solo un impostor encuentro,  
 tan solo un agente miro  
 de los planes del infierno.

TORRELLAS.

*(Con calor.)*

Quien dude que es don Alonso,  
 (dicho sea con respeto  
 del venerable arzobispo,  
 á quien acato y venero,)  
 pone mi verdad en duda,  
 y la lealtad de mi pecho.

ARZOBISPO.

De buena fé alucinarse  
 puede el mejor caballero.

TORRELLAS.

*(Resuelto.)*

Repito que es don Alonso,  
 Emperador de estos reinos,  
 el que he visto esta mañana,  
 y á quien he hablado yo mesmo.

A la tierra santa un voto  
 le llevó desde el funesto  
 campo de Fraga, y cautivo  
 despues de los sarracenos,  
 en una mazmorra esclavo  
 há gemido largo tiempo,  
 sin poder venir á España  
 para reclamar su reino.

Mas pues ya en ella el pie puso  
 en busca de sus derechos,  
 y le juré pleitesía  
 mientras viviese, contemplo  
 que es mi obligacion sagrada  
 servirle, y en todo estremo  
 cual su vasallo ayudarle  
 á que recobre su imperio.

*(Hace una profunda reverencia, y vase seguido de algunos.)*

DOÑA ISABEL.

*(Apoyándose desmayada en una de las damas.)*

¡Ay de mí!

ALVERO.

Yo, con Torrellas,



porque de leal me precio,  
 á servir á mi rey parto,  
 como cumple á un caballero.  
*(Vase seguido de algunos.)*

GARCES.

Y yo tambien, convencido  
 de que el legítimo dueño  
 de Aragon es don Alonso,  
 que nos devuelve hoy el cielo.

*(Vase seguido igualmente de algunos.)*  
 DON PEDRO. *(Saliendo en medio de la escena con calor y entusiasmo.)*

Pues yo juro morir en la defensa  
 de ese trono legítimo, y mi acero  
 al que osare traidor hacerle ofensa  
 justo castigo le dará el primero.  
 Miente quien dice y asegura y piensa  
 que es el rey don Alonso ese romero.  
 Y hoy á la reina el corazon consagra,  
 si la abandonan todos, Pedro Azagra.  
 Sí, yo combatiré los desleales:  
 sí, yo combatiré los impostores.  
 Aquellos que se precien de leales  
 cerquen mi enseña, y sigan mis tambores:  
 Que en medio de esos campos desiguales  
 escribirá con sangre de traidores  
 dónde el derecho de mi reina alcanza  
 el hierro agudo de mi fuerte lanza.  
 Nobles zaragozanos siempre fieles,  
 venid ardiendo en saña vengativa,  
 por reina tal á recoger laureles,  
 si en la lealtad vuestro blason estriba.  
 Demos asunto á plumas y á cinceles.  
 Viva nuestra gran reina.

TODOS.

*(Rodeando con gran entusiasmo á don Pedro.)*

¡ Viva ! ¡ viva !!!

DON PEDRO.

Venid, venid conmigo; defendamos  
 á la reina y al trono que adoramos.

*(Cae el telon.)*

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza. Aparecen LA REINA sentada y abatida, junto á una mesa, y EL ARZOBISPO de pie consolándola.*

ARZOBISPO.

Templad, señora, el llanto,  
que no es el infortunio para tanto  
como para abatir, así deshecho  
en lágrimas amargas, vuestro pecho.  
El cielo no abandona  
la legitimidad de esa corona  
que puso en vuestra frente,  
y que afirma su brazo omnipotente.  
Ese impostor tirano  
por aumentar sus fuerzas lucha en vano ;  
y tan solo seguro  
le da de ese castillo el fuerte muro,  
que por vuestros valientes combatido,  
pronto á de verse á vuestros pies rendido.  
Y aunque nuevos parciales allegára,  
su orgullo se estrellára  
y su arrogancia fiera  
de Zaragoza en la lealtad sincera,  
que ferviente os consagra.

REINA.

*(Con la mas viva espresion de desconsuelo.)*  
¡Mas cayó en su poder Pedro de Azagra!

ARZOBISPO.

¡Pérdida grande...! es cierto:  
mas no causó por dicha desconcierto  
ni abatimiento y susto  
en los que aclaman vuestro nombre augusto.  
Hasta el suceso mismo,  
si de Azagra encarece el heroismo,  
demuestra la impotencia y cobardía  
de esa desventurada bandería ;  
pues no osando salir á la pelea  
ni combatir á donde el sol la vea,  
por don Pedro de Azagra provocada  
á singular combate,  
rompió la fé jurada,  
y al gallardo magnate  
en pérfida emboscada

- diez alevos jayanes sorprendieron,  
 y sin peligro grande lo prendieron.  
 REINA. ¡ Oh flor de la lealtad y valentía !  
 ¡ Ay, desgarrada tengo el alma mía !  
 ARZOBISPO. El valeroso Aznáres ,  
 de cuyo nombre y glorias militares  
 y valor sin segundo  
 está admirado con razon el mundo,  
 al prisionero Azagra reemplazando,  
 de nuestras fieles tropas tiene el mando ;  
 y su arrojo y destreza  
 muy pronto rendirán la fortaleza.  
 REINA. ¡ Ay...! rescatar primero  
 á toda costa á Pedro Azagra quiero.  
 Si peligra su vida...  
 ARZOBISPO. No es de temer, señora ; defendida  
 por Torrellas será , pues lo colijo  
 de ver que siempre le trató cual hijo.  
 Y es Torrellas honrado caballero,  
 que alucinado sigue á ese roméro ;  
 el cual nada ganára  
 si á prisionero tal sacrificára ,  
 que es de Aragon amado,  
 de ilustre nombre y poderoso estado.  
 REINA. (*Agitada.*)  
 No calman mis temores ,  
 que todo lo recelo de traidores ;  
 forzoso es que se trate  
 á toda costa , sí , de su rescate ;  
 mis joyas , mis preseas...  
 ARZOBISPO. Pues que tanto, señora , lo deseas ,  
 á don Jofre de Alvéro  
 mandaré con sigilo un mensajero.  
 ...Mas pensarlo es forzoso,  
 por no arriesgar un paso indecoroso ;  
 y siempre lo es ingrato  
 entrar con los rebeldes en contrato.  
 Calmad ¡ ah ! vuestro pecho  
 con la lealtad vehemente satisfecho,  
 y en que mi fé se goza ,  
 que os está demostrando Zaragoza.  
 Enjugad ese llanto  
 y confiemos en el cielo santo,  
 que la razon protege y la justicia ,  
 y del traidor confunde la malicia.  
 (*Suenan campanas á lo lejos.*)  
 Mas ya el bronce sagrado  
 me llama al ministerio de mi estado.  
 Corro al altar, y á que resuene el templo,  
 dando á los fieles fervoroso ejemplo,  
 con santas oraciones,  
 que aseguren el triunfo á tus pendones.

REINA.

(*Se levanta y le besa la mano.*)  
 Sí, volad. Y en el santo sacrificio  
 demandad al Señor que sea propicio  
 al que preso y de hierros abrumado  
 es de virtud y de lealtad dechado.

(*Vase el arzobispo.*)

REINA.

(*Creciendo su agitacion.*)  
 ¡Por mí ¡cielos! Azagra entre cadenas?  
 ¡Por mí en peligro su preciosa vida?  
 ...No puedo respirar ¡ay! sumergida  
 en espantoso piélago de penas..  
 Ya que á luchar conmigo me condenas,  
 estrella inexorable en que nacida  
 fuí yo triste, ¡tu rabia embravecida  
 por qué tan solo contra mí no llenas?  
 ¡Será Azagra infeliz porque lo adoro...?  
 ¡Por qué, si ignora la pasion activa  
 que en mi angustiado corazon devoro?  
 Pierda mi trono; el impostor roméro  
 disponga de Aragon, y Azagra viva:  
 sálvese, y que perezca el orbe entero.

(*Fuera de sí.*)

¡Qué es el cetro y la corona,  
 qué es Aragon, qué es el mundo  
 ¡oh destino furibundo!  
 si á Azagra veo morir?  
 Caiga el sol de su alta zona,  
 piérdase todo en un dia,  
 y gócese el alma mia  
 con ver á Azagra vivir.  
 Hasta mi pecho  
 desventurado  
 sacrificado  
 sea por él:  
 roto, deshecho  
 al medio apele,  
 que mas le duele.

(*Resuelta acercándose á la puerta, y en voz alta.*)

¡Hola...! ¡Isabel!

*Sale DOÑA ISABEL llorando.*

DOÑA ISABEL.

Señora.

REINA.

(*Con viveza*)

Enjuga el llanto,  
 tranquiliza tu pecho,  
 y á tan gran desventura  
 pongamos un remedio.  
 Sí, amiga, de consuno  
 entrambas trabajemos  
 para romper de Azagra  
 los opresores hierros.

- DOÑA ISABEL. Salvarle es lo que importa,  
que lo demás es menos.  
¡Y yo, desventurada,  
yo que tanto lo anhele,  
y que la vida diera  
por salvar á don Pedro,  
qué podré hacer, señora,  
cuando el destino adverso  
á tal punto conmigo  
se embravece violento  
que hasta perder la gracia  
con que me honrábais temo?
- REINA. (*Con ansiedad.*)  
¿Por qué...?
- DOÑA ISABEL. Porque mi padre  
alucinado y ciego  
os abandona...
- REINA. (*Con viveza.*) Calla,  
que justamente veo,  
en que tu padre siga  
ese bando perverso,  
de libertar á Azagra  
el mas seguro medio.  
y tú solo...
- DOÑA ISABEL. Señora,  
lo que no haga el esfuerzo  
y la alta omnipotencia  
de vuestro brazo régio,  
¿lo hiciera yo...?
- REINA. Sin duda:  
escúchame un momento:  
Tan solo hay media legua  
al castillo en que preso  
gime infeliz Azagra:  
corre, vuela te ruego,  
habla á tu padre, llora,  
y si con torvo ceño  
te escucha y no le ablandas,  
di que vas de mí huyendo,  
que me detestas dile,  
dile... que...
- DOÑA ISABEL. Me estremezco.
- REINA. Si, todo por salvarle,  
que lo demás es menos;  
dile...
- DOÑA ISABEL. (*Conmovida.*)  
Señora mía,  
jamás, jamás... ¡oh cielos!  
y todo inútil fuera:  
es mi padre de hierro...  
y tenaz, inflexible...
- REINA. ¿Resistirá á tus ruegos?



DOÑA ISABEL.

Sin duda.

REINA.

Pues bien, oye;  
otra senda busquemos.  
Vé al castillo provista  
de cuanto yo poseo,  
llévate mis tesoros,  
mis joyas y mi cetro.  
Todo el oro lo alcanza,  
gánate por su medio  
una pronta entrevista  
¡ay de mí! con don Pedro.  
Dile que le levanto  
de lealtad el empeño.  
que del pleito.homenage  
que me hizo le relevo,  
que jure pleitesia  
al impostor... que quiero  
que le sirva, y le ayude  
á arrebatarme el reino,  
que maldiga mi nombre,  
que destruya mi imperio,  
que...

DOÑA ISABEL.

*(Consternada.)*

¿Delirais, señora?

¿Qué pronunciais...? ¡oh cielos!

REINA.

*(Con vehemencia.)*

Sálvese Pedro Azagra,  
que lo demás es menos.  
¡Oh dolor...! sí... tu misma  
grande interés en ello  
tienes, que es... ¡ay! tu amante,  
y te aguardan risueños  
y venturosos días...

*(Aparte.)*

yo me ahogo... ¡Dios eterno!

*(Alto.)*

en amorosos lazos,  
llamándole tu dueño.

*(Pausa.)*

Vuela, *(Con viveza.)* mi oro derrama,  
apura tu talento,  
tu amor, tu astucia, todo;  
no perdones esfuerzo,  
y de cualquier manera,  
sin pararte en los medios  
y á toda á toda costa,  
salva su vida.—El tiempo  
urge, corre al castillo,  
ven, sígueme.

DOÑA ISABEL.

Obedezco.

## ESCENA II.

*Decoracion corta que representa un corredor interior del castillo de Atarés. Salen BERRIO de soldado ridiculo, y SANCHÁ con una gran cesta cubierta con una servilleta.*

BERRIO. *(Enojado.)*  
 Mal muermo los mate, amén.  
 Requiebren á la borrica.  
 pero contigo, Sanchica,  
 que tengan mas ten con ten.

SANCHÁ. Zeloso..., si no dijeron  
 sino que...

BERRIO. ¿Sino qué...? Ya.  
 Pues si vuelven, voto vá...

SANCHÁ. Saber quien era quisieron  
 y registrarme...

BERRIO. *(Con viveza.)* ¡Caramba!

SANCHÁ. La cesta.

BERRIO. Eso es diferente:  
 que iba á ver, pensé, esa gente  
 si eras ó no patizamba.  
 Yo les dije...

SANCHÁ. Con la tropa  
 no haya dimes ni diretes;  
 que te daré de cachetes,  
 y á ellos un tiento en la ropa.

SANCHÁ. ¿Quien, tu...?

BERRIO. Yo. Soy militar  
 tan duro, que de un porrazo  
 á un gigante le echo un brazo,  
 como quien dice, á rodar.

SANCHÁ. ¡Quía! Berrio, ¿te has vuelto loco?

BERRIO. ¿De cuando acá tan valiente?  
 Desde ayer, y ya la gente  
 me teme á mí mas que al coco.  
 Anoche salté de un brinco  
 el foso hecho un Barrabás,  
 y de un solo tajo... zás,  
 arrebané veinticinco.

SANCHÁ. ¡Qué prodigio...! ¿Y no te duele  
 el brazo?

BERRIO. *(Muy ufano con aire de superioridad.)*  
 ¡Pobre muchacha!  
 ¿No conoces en mi facha...?

SANCHÁ. *(Burlándose.)*  
 Tu facha es la de un pelele.

BERRIO. Gracias por el agasajo.—  
 ¿Y qué me traes de comer?  
 ¿O vienes solo á cojer  
 en la puerta un requebrajo?

- SANCHA. Traigo... Pero ya no quiero  
por celoso darte nada,  
¡ingraton! Muy bien pagada  
estoy cuando de porquero  
hago por tí allá en la venta;  
y el morueco y los marranos  
me tienen por esos llanos  
ajustándoles la cuenta.  
Y cuando con la borrica  
vengo tan cargada aquí,  
para que tu comas, y...
- BERRIO. Te perdonaré Sanchica.
- SANCHA. ¡Perdonarme, tú, bribon...?  
¡Eres quien de cerro en cerro  
tras mí andaba como un perro  
pidiéndome compasión?
- BERRIO. Cumplir debo con mi estado.  
Y aunque tú mi novia eres,  
despreciar á las mujeres  
propia cosa es de soldado.
- SANCHA. *(Riéndose.)*  
Si eres soldado postizo.
- BERRIO. Vaya muy enhoramala,  
que á soldado no me iguala  
ni aun el padre que me hizo.
- SANCHA. Pues soldado por soldado,  
con esta cesta preñada  
voy á buscar á la entrada  
á aquel que me ha requebrado.
- BERRIO. *(Deteniéndola.)*  
¡Sancha, eso no, pése á mí?  
que si tú celos me das,  
tengo aun de esa cesta mas.
- SANCHA. ¡Hola...! ¿con que hay hambre?
- BERRIO. *(Atacando á la cesta.)* Si.
- SANCHA. *(Defendiéndola.)*  
Pues con el hambre se amansan  
los animales. Y tú...
- BERRIO. *(Enojado.)*  
Sanchica de Belcebú,  
ya tus desdenes me cansan.
- SANCHA. Si no me pides perdon  
de tantas altanerías,  
se come estas porquerías  
aquel bravo moceton.
- BERRIO. *(Acariciándola.)*  
Anda, no seas bobona,  
dale esa cesta á tu niño,  
que por tí está de cariño  
opilada la persona.
- SANCHA. Siendo así, bueno, me ablando.  
*(Pone la cesta sobre un poyo que habrá á un lado.)*

- BERRIO. Vuelca, vuelca aqui la cesta,  
que mi barriga dispuesta  
tengo á engullirlo volando.  
(*Se sienta.*)  
Veamos pues qué traes, Sanchica.
- SANCHA. (*Sentándose en el suelo va sacando de la cesta lo que dice.*)  
Un pan, chorizo, jamon,  
y aqui abajo en el hondon  
viene una cosa muy rica.  
...Una cebolla.—Además  
la bota con cariñena.
- BERRIO. ¿Y viene, Sanchica, llena?
- SANCHA. Y pronto la agotarás.
- BERRIO. Tráela acá, le daré un beso: (*Toma la bota.*)  
bien haya quien la enjendró. (*Bebe.*)
- SANCHA. (*Sujetándole el brazo.*)  
Ya basta de hacer cló... cló...
- BERRIO. ¿Y te se ha olvidado el queso?
- SANCHA. No lo olvidé, viene aquí.  
(*Lo saca y se ponen ambos á comer.*)  
Y dime ahora. ¿qué hay de nuevo?
- BERRIO. (*Comiendo.*)  
Tenemos preso un mancebo  
como un oro.
- SANCHA. ¿Quién es...? Di.
- BERRIO. (*Sin dejar de comer.*)  
De la reina el general,  
que ayer tarde con gran brio  
salió á pedir desafío  
ahí, en medio de ese erial.  
Y desde aquí le llamaron,  
y habria bebido un traguito;  
pues se acercó muy solito  
y diez hombres lo atraparon,  
como á una liebre en la cama  
diez galgos.
- SANCHA. ¿Y es muy buen mozo?
- BERRIO. Solo de verlo da gozo.
- SANCHA. ¿Y sabes como se llama?
- BERRIO. Don Pedro Azagra.
- SANCHA. (*Pasmada.*) Ese es  
novio de la señorita.
- BERRIO. ¿De aquella niña bonita.  
hija de Torrellas?
- SANCHA. Pues.—  
¿No te acuerdas que han estado  
en la venta á merendar  
mil veces? — ¿Qué lindo par  
despues que se hayan velado!  
Y ella que es tan llana y buena  
lo afligida que estará!  
¡Pobrecita! ¡cuál tendrá

partida el alma de pena!  
 BERRIO. Venga la bota. *(Bebe.)* Pues no  
 quisiera yo en el pellejo  
 hallarme del mozalejo,  
 que esta gente... ¡qué sé yo?  
 SANCHA. ¡Qué, Berrio...? Di.  
 BERRIO. Arrepentido  
 y mucho, Sanchica, estoy. *(Bebe.)*  
 En cuanto pueda me voy. *(Bebe.)*  
 Hay aquí mucho perdido.  
*(Se levanta sorprendido notando que alguien se acerca.)*  
 ¡Santa Bárbara! que viene...  
 SANCHA. *(Asustada.)*  
 Y... ¿quién viene...?  
 BERRIO. *(Con gran miedo y santiguándose.)*  
 ¡San Antonio!  
 El mismísimo demonio.  
 ...¡Jesus! ¡y qué cara tiene!  
 Si me ve aquí... pronto, chica,  
 recoge todo, recoge...  
 que pondrá, como se enoje,  
 mi cabeza en una pica.  
*(Sancha lo mete todo en la cesta, con gran turbacion.)*

*Salen DON LOPE DE AZAGRA, con traje de peregrino, y MAURICIO, y se paran á hablar sin reparar en Berrio y Sancha, que demuestran gran terror.*

DON LOPE. Si, si, ya resuelto estoy  
 ¡padre infeliz! á abrazarle.  
 MAURICIO. Mas tratad de alucinarle  
 sin descubrir...  
 DON LOPE. A eso voy.  
*(Repara en Berrio y en Sancha.)*  
 ¡Cielos...! ¿un soldado allí?  
 MAURICIO. *(Reconociéndolos.)*  
 Es el villano simplon,  
 que era porquero de Anton.  
 DON LOPE. Fuerza es echarle de aquí.  
*(Acercándose y con tono severo.)*  
 ¿qué hace el vicioso soldado,  
 solo, con una mujer?  
 SANCHA. *(Temblando.)*  
 ¡Ay!  
 BERRIO. *(Turbado.)* Nada malo... comer.  
 DON LOPE. Vaya á su puesto, ó colgado  
 será al punto de una almena,  
 y ella emplumada.  
 BERRIO. *(Aparte á Sancha, que recoge la cesta.)*  
 Arre allá.  
 Y cual lo dice lo hará.  
 ¡Ves tú que no es gente buena?  
*(Vanse Berrio y Sancha.)*



DON LOPE.

¡Ay cómo tiemblo Mauricio!  
 mi pecho va á reventar.  
 ¡Qué tormento singular,  
 qué espantoso sacrificio  
 tener encerrado así  
 al hijo del alma mia,  
 cuya noble valentía  
 ayer encantado ví!  
 De su noble corazon  
 son el arrojo y lealtad  
 para su padre, en verdad,  
 terrible reconvencion.

MAURICIO.

Si has de demostrar flaqueza,  
 cuando ya no falta nada  
 para que veas colocada  
 la corona en tu cabeza,  
 no vayas á donde vas.

DON LOPE.

¡Ah...! No eres padre. Por eso...

MAURICIO.

Y si no has perdido el seso  
 tú mismo conocerás  
 que olvidar el que lo eres  
 es preciso en este paso;  
 pues olvidándolo, acaso  
 mostrarás mas lo que quieres  
 á ese hijo. Si por él  
 cual dices has emprendido  
 el plan, en que te he seguido  
 como tu amigo el mas fiel...

DON LOPE.

(*Profundamente afectado.*)

En favor suyo emprendí  
 este... crimen.

MAURICIO.

(*Con enfado y desden.*)

¿Que me asombre  
 no estrañarás...?

DON LOPE.

(*En tono solemne.*) Es el nombre  
 que tiene mi empresa. Si.—

(*Con naturalidad.*)

Digo que si en su favor  
 me he metido en este empeño,  
 en su favor seré dueño  
 de disfrazarle mi amor.

MAURICIO.

En buen hora lo visita.  
 Mas que sea como rey,  
 que á hombre de tan alta ley  
 con interes solicita.

Mas no haya inútil terneza,  
 ni indiscreta confianza,  
 que de veras ó de chanza  
 nos cuesta á ambos la cabeza.

(*Vanse por distintos lados.*)

## ESCENA III.

*Prision del castillo de Atarés, y sale DON PEDRO LOPE DE AZAGRA, sin espada, y como preso.*

DON PEDRO. *(Abatido.)*  
 Tu amor, divina Isabel,  
 en tan dura situacion,  
 derrama en mi corazon  
 no consuelo, sino hiel.  
 Tu padre á mi reina infiel  
 hundió nuestro porvenir,  
 y me condena á morir;  
 pues, la esperanza perdida  
 de consagrarte mi vida:  
 ¿para qué quiero vivir?  
 ¿Por qué tardan los traidores,  
 que con tal alevosía  
 burlaron mi valentía,  
 en completar sus furores?  
 De mi estrella los rigores  
 (pues que ya, Isabel, la suerte  
 me ha condenado á perderte)  
 en este oscuro confin  
 tengan presuroso fin,  
 en los brazos de la muerte.

*(Se oye ruido de cerrojos.)*  
 ¿Mas qué es esto...? Alguien aquí  
 se acerca... ¿Será un verdugo?  
 Si tal á los cielos plugo  
 afortunado nací.  
*(Se sienta en un poyo que habrá á un lado.)*

*Sale DON LOPE DE AZAGRA y se detiene como indeciso.*

DON LOPE. *(Aparte.)*  
 ¿Qué tremenda agitacion  
 me destroza y me confunde!  
 ¿Qué peso me abruma y unde  
 al pisar esta mansion!  
*(Clavando los ojos en don Pedro.)*  
 ¿Qué gallardo...! ¿Qué altivez  
 tan noble en su rostro veo!  
*(Aterrorizado bajando los ojos.)*  
 ¿Ay de mí, que soy yo el reo,  
 y mi hijo el severo juez!

*(Avanzando con dignidad, y haciendo un esfuerzo para aparentar firmeza.)*  
 Don Pedro Azagra, escuchad.

DON PEDRO. *(Con entereza y sin levantarse.)*  
 ¿Azagra...? ¿Quién me nombró...?

- DON LOPE. (*Parándose à distancia.*)  
Es vuestro rey.
- DON PEDRO. (*Con dureza.*) Eso no;  
que su obediencia y lealtad  
y su fé solo consagra  
al legítimo derecho  
de la reina, el noble pecho  
de Pedro Lopez de Azagra.
- DON LOPE. Mirad, jóven imprudente,  
que os perdeis alucinado.
- DON PEDRO. Lo que es, tengo bien mirado  
á mi sangre conveniente.
- DON LOPE. (*Esforzándose.*)  
Ved que el alto Emperador  
don Alonso, el que á su nombre  
unió el glorioso renombre  
de fuerte batallador,  
es el que teneis delante.
- DON PEDRO. (*Indignado.*)  
Mentis, que fué muerto en Frága,  
y no hay prueba que deshaga  
una verdad semejante.
- DON LOPE. (*Disimulando la turbacion.*)  
Por altos juicios de Dios  
en aquel empeño fuerte  
triunfar logró de la muerte,
- DON PEDRO. No basta lo digais vos.
- DON LOPE. Sí vuestro padre viviera...
- DON PEDRO. (*Interrumpiéndole.*)  
A la reina defendiendo,  
y su obligacion cumpliendo,  
vuestra audacia confundiera.
- DON LOPE. (*Aparte.*)  
¡Cielos...! La sangre me ahoga.  
¡Qué dura reconvencion!  
(*Alto y disimulando.*)  
Aunque ya por mi razon  
tanto brazo noble aboga,  
quiero, porque bien os quiero,  
y no acierto á costigaros,  
con muestras claras probaros  
ser vuestro rey verdadero.  
Y que estando vivo yo  
no es legítimo el derecho  
de mi sobrina...
- DON PEDRO. Sospecho  
que quien soy se os olvidó.  
Soy Azagra, y si es verdad  
que á mi padre conocisteis,  
sin duda un muro en él visteis  
de teson y de lealtad.  
Y nunca desmerecí,

por lo que os cansais en vano,  
astuto y pérfido anciano,  
la sangre que le debí.

DON LOPE.

(*Acercándose enternecido.*)

¡ Pedro...! ¡ Pedro!!!

DON PEDRO.

(*Levantándose como para contenerle.*)

¡ Ah...! No llegad

hasta mí.— Que si no fuera  
porque una vaga quimera  
me turba, y por vuestra edad,

(*Con energía,*)

os hiciera mil pedazos;  
dando tremendo castigo  
al impostor, enemigo  
de la reina, entre mis brazos.

DON LOPE.

(*Arrojándose fuera de sí en los brazos de don Pedro.*)

Pues ahoga á tu padre, sí,  
ahógalo en ellos, cruel.

DON PEDRO.

(*Cayendo consternado en el asiento.*)

¡ Es... ¡ay! la voz de Luzbel,  
ó la de Dios, la que oí?

(*Queda enagenado y convulso, y despues de un momento de inaccion y de silencio, se sienta tambien don Lope y le toma temblando una mano.*)

DON LOPE.

Oye, Pedro... oye, hijo mio.

Soy tu padre, atento escucha,

y verás que por tí solo

me encuentro en tan grave angustia.

Por tí solo, pues tú fuiste

siempre en mis varias fortunas

el ídolo de mi pecho,

de mis afanes la suma.

Aunque herido, logré en Frága,

de tantos valientes tumba,

salvar la vida. El cadáver

del rey ví al paso, y con pura

lealtad del collar y anillo

le despoje, porque angustas

prendas tales el trofeo

no fueran de infieles nunca.

Perdido entre las montañas

por donde emprendí mi fuga,

de un jeque me ví cautivo,

que me llevó luego á Suria.

Allí me fugué, auxiliado

por la audacia y por la industria

de ese astuto monge griego

que aquí me sigue y me ayuda.

Hablando con él un día

de la desastrosa lucha

de Frága, el collar y anillo,

prendas que por siempre ocultas

me acompañaron, mostréle;

y la semejanza suma  
 le dije que en voz y en gesto,  
 talle, ademan y figura  
 tenia yo con el difunto  
 rey don Alonso. Y la astucia  
 de Mauricio vió al momento  
 una feliz coyuntura  
 en aquellas circunstancias  
 para tentar la fortuna.  
 Opuse á sus sugerencias  
 risa, creyéndolas burla.  
 Mas las repitió constante  
 con razones tan astutas,  
 durante los largos años  
 que otras nuevas desventuras  
 corrimos juntos, que al cabo  
 venció mi tenaz repulsa.  
 Y de que así se torciera  
 mi alma siempre recta y justa,  
 tú fuiste la causa solo,  
 mi cariño te lo jura.  
 Anhelando colocarte  
 del trono en la alteza suma,  
 abracé, infeliz, la idea  
 con decision tan profunda,  
 que llegó á hacerse muy pronto  
 dominadora absoluta  
 de mi existencia. Y tú solo,  
 tú solo tienes la culpa,  
 tú solo, hijo de mi alma,  
 mi esperanza en tanta angustia,  
 de mi afán único objeto,  
 iris de mis desventuras.

DON PEDRO.

*(Convulso y escondiendo entre sus manos el rostro y cabeza.)*  
 ¡Dios eterno...! ¡Dios eterno!  
 ...¿Dónde estoy...? ¡Ah...!

DON LOPE.

Pedro, escucha,

Consiguió astuto Mauricio  
 violar por la vez segunda  
 nuestros hierros, y volamos  
 á Marsella. La fortuna  
 nos proporcionó al momento  
 de Aragon nuevas seguras;  
 y al saber que habia quedado  
 del gran Berenguer viuda  
 la reina jóven y hermosa,  
 mas sin fuerza y sin cordura,  
 juzgamos que el mismo cielo  
 daba á nuestro plan ayuda,  
 ofreciéndonos propicio  
 la ocasion mas oportuna.  
 Vinimos á Barcelona,



y con próspera ventura  
la empresa, hijo, comenzamos,  
que una corona te funda ;  
y que sin tu leal denuedo,  
mal dije, sin tu locura  
ya estuviera realizada.

Mira pues lo que rehusas.

DON PEDRO.

¡ De ahogadora pesadilla ,  
que me confunde y abruma ,  
estoy ¡ ay de mí ! en los brazos...?

DON LOPE.

( *Queriendo abrazar á su hijo.* )

En los de amor y ternura  
de tu padre estás.

DON PEDRO.

( *Levantándose con violencia , y rechazando á su padre.* )

¡ Oh cielos !

Apartad , demonio, ó furia ,  
apartad.

DON LOPE.

( *Separándose aterrorizado.* )

¡ Ay yo infelice...!

la tierra me trague y hunda.

DON PEDRO.

( *Conmovido.* )

¡ Por qué, padre, vuestros brazos  
no me ahogaron en la cuna ?

( *Con nuevo furor.* )

¡ Mas qué dije...? ¡ Vos mi padre ?

No; que ha ser mi padre, nunca  
en vuestro pecho cupieran  
la traicion y la impostura.

Cual os fingiste el rey muerto  
mi padre os fingís sin duda.

DON LOPE.

( *De rodillas y abrazando las de su hijo.* )

¡ Hijo del alma...! ¡ Hijo mio !

DON PEDRO.

( *Levantándolo bruscamente.* )

No me afrenteis.

DON LOPE.

( *Llorando.* ) Oye... Escucha.

DON PEDRO.

( *Retirándose.* )

Marchad , dejadme... La muerte  
termine tan rara pugna.

Basta.—Si sois don Alonso

rompa la cuchilla aguda  
de los verdugos mi cuello,  
que doblarse á vos rehusa.

Si mi padre sois matadme,  
pues que mancha tan inmunda  
en la sangre habeis echado  
que por mis venas circula.

( *Avanzando en nuevo furor.* )

Mas no sois ni uno ni otro;  
dejadme... pronto... Mi furia  
es tal... y tal mi despecho...  
y mi suerte tan sañuda ,  
que tal vez...

(*Conteniéndose de pronto.*)

Marchad, anciano,

que mi decision me asusta.

DON LOPE.

(*Confundido.*)

¡Ay de mí...! ¡destino horrible!

El infierno me confunda.

(*Vanse por distinto lado.*)

#### ESCENA IV.

*La misma decoracion de la escena segunda representando el corredor interior del castillo. Empieza á anochecer, y se va oscureciendo lentamente el teatro. Sale MAURICIO inquieto.*

¡Cuánto don Lope tarda!

Algun desastre temo

de ese remordimiento que acobarda

su corazon, y del delirio extremo

que por el hijo tiene.

Mas ya torna hácia aqui... ¡Cielos...! ¡cuál viene!

*Sale DON LOPE DE AZAGRA, precipitado y temeroso.*

DON LOPE.

¡Ay...! ¿Eres tú. Máuricio...?

Tenme, tenme en tus brazos,

que abierto ante mis pies un precipicio  
está sin fondo, en que me haré pedazos.

(*Con gran terror.*)

Tenme, tenme... ¿No miras...?

MAURICIO.

(*Sosteniéndole.*)

¿Qué pronuncias, don Lope...? Tú deliras.

Tú, tan docto maestro

en fascinar la gente,

¿acaso no has logrado astuto y diestro

conquistar á ese jóven imprudente?

¡Incrédulo persiste...?

¿Cómo le hablaste pues...? ¿Qué le dijiste?

DON LOPE.

(*Temblando.*)

¡Ay...! Alentar no puedo.

Cuanto miro me espanta,

mi pecho aprieta aterrador el miedo,

hiélaseme la voz en la garganta:

¡me persigue aun mi hijo!!

(*Mirando con terror el lado por donde salió.*)

MAURICIO.

Vuelve. don Lope en tí; dime que dijo.

DON LOPE.

Mauricio, retrocedamos.

MAURICIO.

(*Con viveza.*)

¿Adónde...? ¿Por qué...? jamás.

No podemos ir atrás.

¿No contemplas dónde estamos?

(*Recapitando.*)

¿Mas qué es esto?

DON LOPE. Que mi hijo...

MAURICIO. ¿Se negó á reconocerte  
por don Alonso?

DON LOPE. La muerte  
me ha dado lo que me dijo.  
¡Qué fé...! ¡Qué noble lealtad!

MAURICIO. (*Receloso.*)  
Y tú luego que advertiste  
tanto teson, encubriste...

DON LOPE. No. Le dije la verdad.

MAURICIO. Nos has, don Lope, perdido  
si libre...

DON LOPE. No me creyó:  
que el que una vez miente, no  
puede ser otra creído.

MAURICIO. ¿No te creyó...?

DON LOPE. (*Con dolor.*) Aunque mis brazos,  
mis lágrimas, mis lamentos  
los penetrantes acentos  
de un corazon en pedazos  
le demostraron...

MAURICIO. (*Suspense.*) Muy bien.—  
Ya es terrible el compromiso.

DON LOPE. Y desistir es preciso...

MAURICIO. (*Con enfado.*)  
¿De qué, don Lope...? ¿Y por quién?

DON LOPE. ¿Su oposicion es tan fuerte!

MAURICIO. ¿Le revelaste indiscreto...?

DON LOPE. Sabe, sí, todo el secreto.

MAURICIO. (*Aparte.*)  
Y yo le daré la muerte.

DON LOPE. Lo sabe, y tenaz opuso  
tan airada resistencia,  
que me temí una violencia,  
y grave terror me impuso.  
—Yo para mi nada quiero,  
todo lo hacia por él.  
Si lo rechaza cruel,  
¿qué adelanto ya, qué espero?

MAURICIO. (*Aparte.*)  
Tal desaliento me asusta,  
y reanimarlo es forzoso.

(*Alto.*)  
Te juzgué mas animoso,  
y de vejez mas robusta.  
Que á sospechar, vive Dios,  
que tan miserable era,  
jamás Aragon nos viera  
en tal empresa á los dos.  
¿De un mancebo alucinado,  
que conoce el mundo apenas,

las declamaciones llenas  
de celo mal meditado,  
tan ridícula influencia  
pueden ejercer en tí?  
...De mas temple te creí,  
de mas madura experiencia.  
Haz venturoso á tu hijo  
aunque sea á su pesar,  
pues las gracias te ha de dar,  
burlando de cuanto dijo.  
Hay personas que es forzoso  
dichosas por fuerza hacer,  
sin tomarles parecer.  
(Como hablando entré sí.)  
Con un crimen afrentoso...  
¡Usurpando...!

DON LOPE.

MAURICIO.

Veo que estás  
delirante y sin razon.  
Sin crimen de usurpacion  
puedes ir adonde vas.  
A tu patria, haciendo, sí,  
un servicio imponderable  
de don Alonso... (Pensando un momento.)  
Oye.

DON LOPE.

MAURICIO.

Di.  
Postrado, atónito el mundo,  
creyéndote el guerreador  
que le impuso con valor  
un respeto tan profundo,  
á Aragon acatará:  
y de la hispana nacion  
por tu prestigio Aragon  
el dominio cobrará.  
Y su gloria ya afirmada  
declaras por tu heredera  
á la reina verdadera,  
á la reina destronada,  
que juzgarán tu sobrina;  
casas á tu hijo con ella,  
puesto que es jóven y bella;  
y el objeto á que camina  
tu afán consigues así,  
con ventaja de Aragon,  
sin crimen de usurpacion,  
y sin mengua alguna en tí.  
(Como volviendo en sí.)  
¡Me habla por tu boca el cielo?  
¡Son tan claras tus razones!  
De infundadas ilusiones  
te las ocultaba el velo.  
Y para á cima llevar  
intentos de tal grandeza,

DON LOPE.

MAURICIO.

no el corazon , la cabeza  
debe solo dominar.—  
De tu hijo acaso el ardor  
por la reina... puede sea,  
ahora me ocurre la idea ,  
aun mas que lealtad, amor.  
Y puede, don Lope , ser  
que en el bien por qué suspira,  
y como imposible mira ,  
tú le vayas á poner.

DON LOPE.

*(Reanimado.)*

Tu acento mi angustia calma,  
tu voz mis fuerzas me vuelve,  
y tu razon desenvuelve  
de las tinieblas mi alma.  
Si puedo ¡ ay Dios ! colocar  
á mi Pedro en ese trono ,  
que por él solo ambiciono,  
sin la corona usurpar;  
siga en buen hora la empresa.  
Mas hoy tanto he padecido ,  
que como nunca he sentido  
la edad que sobre mi pesa.

MAURICIO.

*(Llevándolo lentamente hasta la puerta.)*

Descansad , si , reponeos ,  
que todos vuestros deseos  
protege un destino grato.  
A solas considerad  
en tan crítica ocasion  
cuánto os importa el teson.  
*( Ya en la puerta en tono solemne. )*  
Don Lope , en ello pensad.  
Si persistis , se os presenta  
un trono para ese hijo ;  
si retrocedeis , de fijo  
infamia á vos , á él afrenta.

*( Vase don Lope. )*

MAURICIO.

*( Volviendo desasosogado al medio de la escena y paseándose. )*

¡ Singular es este hombre !  
¡ Posible es que en los momentos  
de coronar sus intentos  
tanto fantasma le asombre ?  
¡ Que con escrúpulos ande,  
quien diestro hasta aquí llegó ,  
y á Torrellas fascinó  
con facilidad tan grande ?  
Todo es la debilidad  
por ese hijo , que apresado  
fué en momento desgraciado.  
¡ Cosas de su mucha edad !

*( Queda pensativo. )*



A ese jóven es preciso  
asegurar.—Indiscreto  
le patentizó el secreto;  
si se fuga... ¡oh compromiso!

(*Dudoso.*)

Que muera... sí, morirá.  
¿Cómo?... cuando en hondo sueño  
no sea de sus brazos dueño.  
...Pero difícil será.

(*Reflexiona un momento, y prosigue con resolucion.*)

Beba esta noche la muerte  
en un veneno. Sí, sí,  
no hay bastante fuerza en mí  
para herirle de otra suerte.

(*Queda meditabundo.*)

*Sale BERRIO silbando y distraído, y al reparar en Mauricio se asusta y retrocede.*

BERRIO.

(*Aparte.*)  
¡Caramba con el frailon!  
Siempre charlando entre sí,  
anda de aquí para allí  
hecho un duende motilon.  
Volvámonos pies atrás,  
que al cabo le considero  
pájaro de mal agüero;  
y si me atrapa quizás...

MAURICIO.

(*Sobresallado.*)

¡Hola...! ¿quién es?

BERRIO.

(*Sobrecogido.*) ¡Dios bendito!

(*Acercándose con ridículas cortesías de miedo.*)

Berrio soy...

MAURICIO.

Oye un momento.

(*Dándose una palmada en la frente, como complacido de una ocurrencia feliz.*)

(*Aparte.*) ¡Oh, qué feliz pensamiento!

BERRIO.

(*Aparte.*)

Me ha pescado en el garlito.

(*Alto.*)

¿Qué manda su eternidad?

(*Aparte.*)

Estoy de miedo difunto.

MAURICIO.

(*Con mucha afabilidad, despues de mirar á todos lados para asegurarse de que estan solos.*)

Llegas cabalmente al punto  
que en tí pensaba.

BERRIO.

(*Escamado.*) ¡Oh bondad!

MAURICIO.

Tengo, si, que hablar contigo,  
pues sabes que desde el día  
que te vi allá en la alquería,  
soy muy de veras tu amigo.

BERRIO.

(*Gozoso.*)

Sí yo tengo mucho aquel,

y un ángel... que... ya.

MAURICIO.

Es así,

que eras bueno conocí.

BERRIO.

Un palomino sin hiel.

MAURICIO.

Pues te quisiera encargar  
que á ese pobre prisionero,  
jóven á quien mucho quiero,  
le llevaras de cenar.

BERRIO.

Ay señor... con mil amores.

MAURICIO.

Mas nadie lo ha de saber,  
porque el rey quiere tener  
gran rigor con los traidores.

BERRIO.

(*Con recelo.*)

Siendo así...

MAURICIO.

Nada sabrá,

si es que callar sabes tú.

BERRIO.

Callar sé. Mas Belzebú  
me sonsaca... y... agua va.

MAURICIO.

Contente, y en todo caso...  
tú sabes cuánto yo puedo.

BERRIO.

Pues eso me quita el miedo:

(*Resuelto y con gran familiaridad.*)

padre, estoy dispuesto al paso.

MAURICIO.

Sígueme, y la colacion  
que le has de dar, te daré.

BERRIO.

Vóyme pues con su mercé,  
y sabré callar... ¡chiton!

MAURICIO.

Se lo dejas todo allí  
y te sales al momento.

BERRIO.

Todo lo haré como un viento.

MAURICIO.

Fuera espuesto para tí  
quedarte...

BERRIO.

Dios libre.

MAURICIO.

Y ten

cuidado de no tocar

lo que le vas á llevar.

BERRIO.

No soy yo goloso.

MAURICIO.

Ven. (*Vanse.*)

*El teatro está ya completamente oscuro, y sale DOÑA ISABEL TORRELLAS, vestida con un traje igual en todo al de Sancha, y con un rebocillo con que pueda taparse el rostro.*

DOÑA ISABEL.

(*Con recelo y timidez.*)

¡ Con cuánto susto, cielo,  
estas estancias piso,  
oscuras, pavorosas y asombradas!  
Cada paso recelo  
que á un nuevo compromiso  
me lleva, y el rumor de mis pisadas,  
que suenan duplicadas  
por los lúgubres ecos

de las bóvedas frías,  
 en estas galerías,  
 y de estos murallones en los huecos,  
 me horroriza y me asombra,  
 y una voz me parece que me nombra.  
 ¡Ay si mi acerba suerte  
 fuera tal que encontrara  
 con mi padre...! ¡Infeliz...! Antes quisiera  
 que repentinamente  
 en sus brazos me ahogára;  
 que este castillo sobre mí se hundiera.  
 —Ni aun hallo luz siquiera  
 que dirija mi paso.  
 ...Hace un pequeño instante  
 que juzgué no distante  
 escuchar hácia aquí rumor escaso.  
 Mas todo está desierto,  
 de oscuridad y de pavor cubierto.

(*Se pasea con sobresalto.*)

Con la villana ropa  
 que compré á Sancha y Rita,  
 y con las instrucciones que me han dado,  
 por medio de esa tropa  
 desbocada y maldita,  
 que creyó ser yo Sancha, he penetrado.  
 Allí un tosco soldado  
 que á Berrio encontraría  
 por aquí aseguróme...  
 ...No se hácia dónde tome...  
 ...Ya empieza á vacilar la planta mia.  
 Señor omnipotente,  
 amparad á esta misera inocente.

(*Va de uno á otro lado, escuchando, y se pára junto á un bastidor.*)

¡Ay! ¡Si estaré, Dios mio,  
 junto á la misma puerta  
 que á don Pedro infeliz sujeta y guarda?  
 ...Tal vez del paso mio  
 el rumor le despierta,  
 y al escucharlo el triste se acobarda,  
 porque el sayon aguarda;  
 y creará ¡trance fuerte!  
 la tímida pisada  
 de su Isabel amada  
 la pisada espantosa de la muerte.  
 ...! Oh amargo pensamiento  
 que de mi corazón dobla el tormento!—  
 Allí una luz diviso,  
 y venir un soldado  
 á este lugar... Me ocultaré...? Y adónde?  
 ...Preguntarle es preciso  
 por ese Berrio, que á mí afan se esconde.  
 Si afable me responde...

...Mas... ¡cielos! imagino  
que es él quien aquí viene;  
aunque el traje que tiene  
es diverso del suyo campesino.  
Aguardo rebozada  
y en la bondad del cielo confiada.

(Se cubre el rostro con el rebocillo, y se separa á un lado.)

*Sale BERRIO con una batea de mimbre, y en ella pan, dos ó tres escudillas cubiertas y una redoma de vidrio llena de vino, y además una lámpara de barro encendida.*

BERRIO.

(Sin reparar en doña Isabel.)

Mucha tentacion es esta,  
pan butifarra y jamon,  
¡y vino alope...! Me temo  
que no me contengo, no.  
¿Mas si ese fraile lo cuca,  
que es un duende, vive Dios,  
y me ataja el apetito  
descargándome una coz?  
Táte, táte, amigo Berrio;  
anda fuera, tentacion.

(Echa á andar resuelto, y al momento se para.)

Mas verme solo, y pasarme  
sin catar... (Huele la redoma.)

¡Qué rico olor!

esta ampolla tan galana,  
fuera ser un burro yo.

DOÑA ISABEL.

Berrio.

BERRIO.

(Sorprendido.) ¡Santa Genoveva!

¿De dónde sale esta voz?

A que algun familiar tiene  
que me persiga el Frailon.

(Temblando.)

Reconozcamos... ¡qué miedo!  
si alguien en el corredor...

(Repara en doña Isabel.)

¡Ay Jesus...! (Cree ser Sancha y se acerca.)

Hola, Sanchica:

¡tú despues de puesto el sol,  
vienes á ver á tu nene...?

Algun santo te inspiró.

¿La cena me traes sin duda?

No puede menos tu amor.

¿Y has entrado rebozada...?

Asi me gusta por Dios,  
para evitar requiebrajos  
de tanto pillo tumbon.

(Con confianza.)

Mas ya que estás con tu esposo,  
y á solas ambos á dos,

fuera ropa. (*Le quita el rebocillo y queda pasmado.*)

Mas ¡ó cielos!

esta no es Sanchica, ó  
borracho estoy...

DOÑA ISABEL.

No, no es Sancha.

BERRIO.

(*Retrocediendo.*)

¡Pues quién eres tú, vision,  
que de Sancha trae la ropa,  
y el rostro de Sancha no?

(*Aparte.*)

Esta es alguna mozueta  
que de soldado me vió,  
y muerta por mis pedazos  
viene á pedir confesion.  
¡Mucho garabato tengo!  
¡Tengo un atractivo atroz!  
En viéndome una muchacha  
no hay remedio se acabó.

DOÑA ISABEL.

(*Acercándose.*)

De parte de Sancha vengo  
á demandarte favor.

BERRIO.

¡De parte de Sancha...? ¡malol!  
Entonces es... qué sé yo.

DOÑA ISABEL.

(*Con dignidad.*)

Soy doña Isabel de Torrellas,  
la hija de tu Señor.

BERRIO.

(*Le arrima la luz y la reconoce.*)

¡Calle...! ¡Es verdad...! ¡Hay tal cosa?

¡Quién diablos aquí os metió...?

¡En busca de vuestro padre  
venís disfrazada...?

DOÑA ISABEL.

No.

No. amigo, y que nunca sepa,  
pues temo á su condicion,  
que aquí estuve es necesario.

BERRIO.

¡Pues quién os trae...?

DOÑA ISABEL.

El amor.

BERRIO.

(*Aparte.*)

De cierto me solicita.

DOÑA ISABEL.

Y la tierna compasion  
al bravo don Pedro Azagra,  
á ese joven...

BERRIO.

(*Recapacitando.*)

Ya, sois vos  
su nóvia, y venís...?

DOÑA ISABEL.

Sí, amigo,

á consolar su afliccion.

Y en tí solo confiada,  
en tu honradez...

BERRIO.

(*Perplejo.*) Pero yo...

¡Qué puedo hacer por serviros...?

DOÑA ISABEL.

Llevarme á sus brazos.



BERRIO.

¡Oh...!

DOÑA ISABEL.

Engañando al carcelero.

BERRIO.

No hay carcelero.

DOÑA ISABEL.

Mejor.

BERRIO.

Hay solamente un cerrojo  
gordo casi como yo,  
y tambien hay cuatro llaves,  
pero el tiempo las tomó  
y no cierran.

DOÑA ISABEL.

Pues entonces...

BERRIO.

¡Ay, que el cerrojo es atroz!  
¿U os habeis imaginado  
que es algun troncho de col?

DOÑA ISABEL.

¿Pero recorrerlo puedes?

BERRIO.

Precisamente á eso voy  
para llevarle esta cena.

DOÑA ISABEL.

Berio , por amor de Dios,  
llévame contigo á verle,  
ya que tan buena ocasion  
se nos ofrece...

BERRIO.

¡Señora!

donde estais no sabeis vos:  
si el vejete ó el frailote...  
vaya... tiemblo de terror.

DOÑA ISABEL.

¿Quién , amigo, ha de saberlo?

BERRIO.

Los duendes , que hay mas de dos  
en esta encantada torre,  
que el mismo diablo fundó.

DOÑA ISABEL.

Vaya , ablándate á mis ruegos ,  
desecha todo temor,  
complace á tu novia Sancha,  
pues es quien me dirigió  
á tí con tan árduo empeño,  
y su traje me prestó;  
y Rita tambien te ruega,  
y tambien te ruega Anton ,  
de mis lágrimas movidos.  
y de mi amargo dolor ,  
que me ayudes y me lleves  
á ver á Don Pedro.

BERRIO.

( *Dudoso.* ) ¿Yo...?

DOÑA ISABEL.

( *Arrodillándose y llorando.* )

Y á tus plantas te lo pido ,  
y te lo pagará Dios ;  
que las acciones cristianas  
nunca sin premio dejó.

BERRIO.

( *Levatándola.* )

Basta , señorita , basta ,  
que no soy de bronce , no ,  
y en viendo llorar mugeres  
se me atraganta la voz.  
Esperad , no haga la trampa

que nos pillen á los dos.  
*(Reconoce á un lado y otro si alguien lo ve.)*  
 Vamos allá.—Me resuelvo.  
 Venid pronto, pese á vos.  
 DOÑA ISABEL. ¡O santo cielo...! protege  
 mi desventurado amor.  
 BERRIO. Vamos, pisad mas quedito.  
 DOÑA ISABEL. Vamos en manos de Dios. *( Vanse. )*

## ESCENA V.

*Prision del castillo de Atarés, y aparece DON PEDRO LOPE DE AZAGRA, sentado y pensativo: la escena estará oscura.*

BERRIO. *(Dentro.)*  
 ¡Caramba...! El cerrojo está  
 descorrido, y encajada  
 la puerta...! Pues ahí no es nada!!!  
 ...¡Volado el pájaro habrá?  
 DOÑA ISABEL. *(Dentro con ansiedad.)*  
 ¡Ay...! entremos...  
 BERRIO. *(Dentro.)* Sí, pasmado  
 de miedo estoy.—¡Quién ha sido  
 el duende que aquí ha venido,  
 y así la puerta ha dejado?  
 DON PEDRO. *(Incorporándose.)*  
 ¡Quién...? ¡Hola!... Si la muerte  
 me traen, al verdugo ruego  
 que descarge luego, luego,  
 en mi cuello el golpe fuerte.

*Sale BERRIO y DOÑA ISABEL TORRELLAS, y se ilumina la escena con la luz de la lámpara que viene en la batea.*

DOÑA ISABEL. *(Precipitándose en los brazos de don Pedro.)*  
 ¡Ay don Pedro de mi vida!  
 Soy vuestra Isabel.  
 DON PEDRO. *(Sorprendido.)* ¡Oh Dios!  
 ¡Deliro...? ¡Sueño...? ¡Sois vos...?  
 Sí, vos, Isabel querida.  
*(Pausa.)*  
 ¡En este trage...? ¡A tal hora...?  
 ¡Ay...! explicadme...  
 DOÑA ISABEL. Mi pecho  
 está de gozo deshecho...  
 ¡Qué puedo explicar ahora?  
*(Vuelven á abrazarse.)*  
 BERRIO. *(Aparte.)*  
 Así, muy bien.—¡Qué gustito  
 me da verlos...! No es Sanchica  
 mas que una pobre borrica

comparada á este angelito.  
 DON PEDRO. Tras de la vision de infierno  
 que mi pecho destrozó,  
 y sin duda me envió  
 en su cólera el Eterno;  
 esta vision celestial  
 piadoso y justo me envia,  
 con que encanta el alma mia,  
 y me hace á un ángel igual.  
 (*Transportado de gozo.*)  
 ¡Isabel...! ¡Mi amor...! (*Sobresaltado de repente.*)  
 ¡Dios mio!

¡Qué terrible pensamiento  
 me ocurre en este momento,  
 que me deja yerto y frio...!  
 ¡Ay, Isabel...!

DOÑA ISABEL. ¿Qué os asusta?  
 DON PEDRO. (*Agitado.*)

A la reina abandonaste,  
 ¡Y á tu padre aqui buscaste?  
 Dime... dí...

DOÑA ISABEL. (*Con dignidad.*) ¡Sospecha injusta!  
 ¿No me conocéis quizás?  
 Si á la reina defendeis,  
 ¿cómo imaginar podeis  
 que yo...?—Don Pedro, jamas.—  
 (*Cariñosa.*)

En las alas de mi amor  
 y por la reina enviada  
 vengo á veros (*En secreto.*), y restada  
 á libraros del traidor.

DON PEDRO. Perdona, adorado dueño.  
 Mas tan raras cosas hoy  
 por mí pasaron, que estoy  
 creyendo que todo es sueño.  
 ¿Mas tú en peligro por mí...?  
 ¡Ay! me horrorizo, Isabel.  
 (*En secreto y con susto.*)  
 ¿Ese soldado...? ¿con él  
 cuentas tú?

DOÑA ISABEL. Don Pedro, sí.  
 (*Don Pedro clava los ojos en Berrio, como examinándole con desconfianza.*)  
 BERRIO. (*Risueño.*)

Berrio soy..., Berrio, señor,  
 porquero antes que soldado.  
 Y aqui le traigo el guisado:  
 con que basta ya de amor.

(*Siguen hablando entre sí don Pedro y doña Isabel: Berrio pone la batea sobre el poyo, y prosigue con mucha familiaridad.*)

Me traje á la señorita,  
 porque con ropa de Sancha  
 vino á buscarme tan ancha,

y con recado de Rita.  
 Mas aunque esté aquí, cenad.  
 Y pues diz en Aragon,  
 tripas llevan corazon,  
 ea, las vuestras llenad.  
 Y pronto, pues si ve el padre,  
 que es quien os envia la cena,  
 que tardo, la armará buena;  
 y no quiero que me ladre.

(Viendo que no le hacen caso, vuelve á observar la batea, silba y se pasea.)

DON PEDRO. ¡Oh, Isabel mia!

DOÑA ISABEL. (En voz baja recatandose de Berrio.)

Ante todo

salvaos, ¡ay don Pedro...! Si.  
 Salid al punto de aquí.

DON PEDRO. ¡Pero, Isabel, de qué modo?

DOÑA ISABEL. La prision teneis abierta.

DON PEDRO. ¡Y la guardia?

DOÑA ISABEL. No hay ninguna;  
 propicia está la fortuna.

DON PEDRO. ¡Y del castillo á la puerta?

DOÑA ISABEL. Nadie os verá.

DON PEDRO. ¡En este trage...?

DOÑA ISABEL. (Al oído.)

Atacad á este soldado,  
 despojadle... y disfrazado  
 pasareis con su ropage.

DON PEDRO. No, Isabel. Isabel, no.

—¡Yo dejar en compromiso  
 á ese infeliz...?

DOÑA ISABEL. Es preciso.

DON PEDRO. (Cayendo repentinamente en un acceso de melancolía.)

Preciso es que muera yo.

(Pausa.)

¡Fugarme...? ¡Qué devaneo!

—Por tí olvidado de mí,  
 el pensamiento acogí.

Pero ya otra vez me veo  
 tal cual soy en este día,  
 y es tan horrenda mi suerte,  
 que solo buscar la muerte  
 debo ansioso, Isabel mia.

DOÑA ISABEL. (Angustiada.)

No os entiendo.

DON PEDRO.

Ni es posible  
 que me entendáis... Si ayer fuera,  
 para salvarme os siguiera;  
 mas hoy... ¡estrella terrible!  
 (Con decision é inquietud.)  
 Isabel, pronto, alejaos,  
 dejadme con mi destino.  
 De Zaragoza el camino

tomad por mi amor, salvaos.

Y á la Reina direis, sí,  
que ya exige mi lealtad  
que no tenga mas piedad  
con la sangre que hay en mí.

Que aqui morir debo yo,  
y mi raza perecer...

¡Ay, ni tuyo puedo ser...!

Basta, no me fugo, no.

BERRIO.

(*Oyendo las últimas palabras se acerca y dice aparte:*)

Esta gente está sin juicio.

¿Fuga...?

DOÑA ISABEL.

El pecho me rasgais,

y el alma me envenenais.

Salid de este precipicio.

¡Isabel...!

DON PEDRO.

¿No me seguis?

DOÑA ISABEL.

(*Con entereza.*)

DON PEDRO.

Jamas, no.

DOÑA ISABEL.

(*Resuelta.*)

Don Pedro, bien;

pues yo moriré tambien

si en quedaros persistis.

Vendrá mi padre cruel,

y al verme aqui en vuestros brazos,

con su daga mil pedazos

me hará.

DON PEDRO.

¡Isabel...! ¡Isabel...!

DOÑA ISABEL.

(*Con vehemencia.*)

Juro ante el eterno Dios,

que por mi medio os socorre,

no salir de aquesta torre,

señor don Pedro, si vos.

DON PEDRO.

(*Enternecido.*)

¡Isabel...!

DOÑA ISABEL.

(*Asiéndole el brazo con violencia.*)

Ven.

BERRIO.

(*Deteniéndolos.*) Alto allá.

Señorita, poco á poco:

¿os parece que estoy loco?

basta de burla ya.

Harto ha durado el bureo;

quédese la cena aqui

con el señor. Y tras mi

venid, ó me pongo feo.

DOÑA ISABEL.

(*Suplicante.*)

¡Berrio!

BERRIO.

(*Enojado.*) No hay Berrio, cuidado.

(*Va á asir del brazo á doña Isabel, y don Pedro lo impide.*)

DON PEDRO.

Si osas la mano poner...

BERRIO.

(*Reportándose.*)

No la pongo. (*Aparte.*) Voy hacer



- segun miro mal fregado.  
El diablo me trajo aqui,  
y entre unos y otros me huelo  
que no ha de lucirme el pelo :  
con mala estrella nací.
- DOÑA ISABEL. Berrio... por amor de Dios.  
Berrio, completa la obra.
- BERRIO. ¿Qué es completar, si ya sobra  
la mitad de lo hecho?—Vos  
mi peligro no sabeis,  
si alguien por desdicha oliera...  
Vamos pronto, vamos fuera :  
al fraile no conoceis.
- DOÑA ISABEL. Pero dime, Berrio, ¿abierta,  
cuando há un momento llegamos,  
y sin cerrojo nos hallamos  
de aqueste encierro la puerta?  
¿No pudo haberse fugado  
don Pedro entonces sin tí?  
Es verdad.
- BERRIO. Pues bueno. Di  
que tú no le has encontrado,  
y la culpa recaerá  
en quien antes que tú vino.
- BERRIO. Fué el vejete peregrino.
- DOÑA ISABEL. Pues él la culpa tendrá,  
que el cerrojo descuidó.
- BERRIO. (*Dudoso.*)  
Se armará gran batahola :  
¿y en ella escurrir la bola  
podrá Berrio...?
- DOÑA ISABEL. ¿Por qué no?
- BERRIO. Nada, nada. Afuera ; en vano  
me quereis asi tentar.
- DOÑA ISABEL. ¿Ay...? ; Berrio !
- DON PEDRO. (*Airado.*) Deja el rogar,  
que ya me cansa el villano.
- BERRIO. (*Apurado.*)  
¿En qué danza me he metido ?  
(*Sacando un gran bolso lleno de oro.*)  
Berrio, toma... todo es oro.
- BERRIO. (*Pasmado.*)  
¿Virgen Santa...! ; Qué tesoro...!  
Todo, todo es tuyo.
- DOÑA ISABEL. (*Tomando el bolsillo.*)  
BERRIO. Envido.
- DOÑA ISABEL. Y la madrina he de ser  
de tu Sancha, y en ganados,  
joyas, tierras y brocados  
tal dote vas á tener,  
que puedes ser infanzon,  
y fundar estado tal,

que no se le encuentre igual  
en el reino de Aragon.

BERRIO.

¿Y si me ahorcan lo seré?

DOÑA ISABEL.

¿Con tanto oro no has de hallar  
el medio para escapar  
de entre esta gente sin fé?

BERRIO.

(*Rascándose y muy escamado.*)

Señorita... ¡Un miedo tengo...!

DON PEDRO.

(*Furioso.*) Si no te das á partido...

BERRIO.

Si estoy ya muy convencido.

Hablad, que á todo me avengo.

DOÑA ISABEL.

Ahora á don Pedro has de dar  
tu sayo; pues con su ropa  
le conociera la tropa  
en el acto de escapar.

BERRIO.

(*Quitándose el sayo con repugnancia.*)

¿Mi sayo...? á cochambre apesta.

Mas tomad.

DOÑA ISABEL.

Tambien el casco.

BERRIO.

(*Se quita el casco y se lo da á doña Isabel.*)

Limpiadlo, que fuera un chasco  
hallarse cosa molesta.

DON PEDRO.

¡Válgame Dios...! ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

(*Quitando el manto y el birrete, y vistiéndole el sayo y el casco  
de Berrio.*)

Tomad, pronto, no hay remedio.  
de salvarme es este el medio.

DON PEDRO.

(*Muy abatido.*)

¿Dónde voy, hado cruel?

DOÑA ISABEL.

(*Con viveza.*)

Berrio, amigo, aqui te queda  
solamente un breve instante,  
el corto tiempo bastante  
para que don Pedro pueda  
conmigo afuera tomar  
dos caballos, que escondidos  
he dejado apereibidos  
á la entrada del pinar.

(*Vanse don Pedro y doña Isabel.*)

BERRIO.

Van como una exhalacion.

Buen viaje.—A ver si el bolsillo

quedó aqui. (*Lo saca y examina.*)

¡Qué hermoso brillo!

...Voy á ser un infanzon.

(*Guarda el bolsillo, y toma el manto y birrete de don Pedro, que dejó en el suelo  
doña Isabel, se los pone, y se pasea pavoneándose.*)

Asi..., asi... ¡linda persona!

Y con brocado mi Sancha

qué hueca estará. Qué ancha

si la llaman la infanzona.

(*Se para.*)

¡Caramba, esta señorita

qué rejo tiene, y qué cuajo !  
 Se ve que por ese majo  
 está que se despepita.  
 Dios con ellos vaya , amén ;  
 mas quedándose conmigo,  
 porque me parece, digo,  
 que soy cristiano tambien.

(*Va á marchar, y desde la puerta vuelve á mirar la batea, que está sobre el poyo.*)

¡ Y qué, del fraile la cena  
 he de abandonar así ?

(*Vuelve.*)

No lo haré, que tengo aquí  
 panza de apetito llena.

(*Siempre vestido con el manto y birrete de don Pedro, agarra la batea, la examina con gusto, y viendo que no hay mesa, la pone en el suelo.*)

Pues que no hay otra , sea el suelo  
 mesa, que lo es espaciosa.

(*Busca silla, y viendo que no la hay se sienta en el suelo, de espaldas á la puerta.*)

Y silla tambien. No hay cosa  
 que no me depare el cielo.

Ven , ó redoma , á mis manos...

Mas no, primero es comer:

Sobre el hígado beber

es costumbre de villanos.

Sal acá , butifarrita. (*La saca y come.*)

¡ Qué picante...! Buena á ley.

No se encaja el mismo rey

cosa mas santa y bendita.

(*Registra otra plato.*)

Aquestas de fraile son

golosinas.—Para luego,

porque tampoco me niego

á alfajores y turron.

(*Sigue comiendo y revolviendo los platos.*)

*Sale MAURICIO, con un puñal en la mano, á paso lento, y se para á la entrada sin reparar en Berrio.*

MAURICIO.

(*Aparte.*)

¡ Cómo encuentro, ó Dios, la puerta

sin cerrojo...? ¡ Se ha fugado ?

Berrio el simplon la ha dejado

de par en par así abierta.

(*Repara en Berrio y juzga que es don Pedro.*)

Mas no.—Don Pedro allí está ;

y cenando segun veo.

¡ Cuánto, cuánto á mi deseo

tardando su muerte va !

Aquí en la sombra encubierto

me conviene el esperar,

- pues que no puedo tardar  
en verle á mis plantas muerto.
- BERRIO. *(Toma un jamon.)*  
Véngame á ver el jamon.  
Todo me lo he de engullir.  
A un albeitar le oí decir  
que nunca da indigestion. *(Come.)*
- MAURICIO. *(Aparte.)*  
Sin duda aun no probó el vino,  
pues su veneno es tan fuerte,  
que en provándolo la muerte  
es un acto repentino.  
...¿Y si no bebe...? Veremos.  
Entonces, sí, me decido,  
y por este acero herido  
pronto del paso saldremos.
- BERRIO. Ahora sí que en la garganta,  
por mas que masco, y que masco,  
parece que un gran peñasco  
se me atora, y me atraganta.  
Pues á lavar el gargüero.  
Para esto hay redoma aquí.  
A ver..., á ver...  
*(Al coger la redoma la deja caer y se hace pedazos.)*  
¡Pese á mí...!  
¡No me quebrára primero  
yo mismo...!!! ¡cuerpo de tal!  
*(Hace estremos ridiculos de despecho, y esfuerzos por recoger el vino derramado,  
cuidando siempre de no volver el rostro hácia donde está Mauricio.)*  
Todo el diablo lo llevó.  
¡Mal haya quien me parió  
tan torpe y tan animal!  
¡Maldita sea mi suerte...!  
¡Maldita casualidad!
- MAURICIO. *(Arrojándose con el puñal sobre Berrio.)*  
Que no te libra en verdad  
de la merecida muerte.
- BERRIO. *(Oye los pasos de Mauricio, vuelve el rostro, y huye aterrado  
y con viveza.)*  
¡Ay de mí...! ¡ay...! ¡San Antonio!
- MAURICIO. *(Se detiene confuso al reconocer á Berrio.)*  
¡Cielos...! ¡Es Berrio!—¿Qué es esto?
- BERRIO. *(Aparte.)*  
¡Válgame Dios, y que presto  
se me apereció el demonio!  
¿Si estaria en la redoma?
- MAURICIO. *(Irritado.)*  
¿Qué es esto...? Berrio. Habla ya.  
¿En dónde don Pedro está?
- BERRIO. *(Congratulándose.)*  
¡Qué...! Si todo ha sido broma.  
Se afufó.

- MAURICIO. (Furioso.) ¿Cuándo...?  
 BERRIO. No sé.—  
 Yo me he encontrado la puerta,  
 lo mismo que vos... abierta.  
 Y aquí... nadie. Ya se ve.  
 MAURICIO. (Asiéndolo de un brazo.)  
 ¡Tú le abriste, tú, bribon!  
 Al punto serás ahorcado.  
 (Arrastrándolo hacia la puerta y dando voces.)  
 Guardia, el preso se ha fugado;  
 soldados, á la prision.  
 BERRIO. (Temblando.)  
 Señor... yo...  
 MAURICIO. Sí, su vestido  
 tienes, el tuyo tomé,  
 y con él se disfrazo.  
 BERRIO. Cuando vine se habia ido.  
 MAURICIO. (A voces.)  
 ¡Hola! pronto... ¡Hola! soldados,  
 que nos venden, pronto aquí.

*Sale DON LOPE DE AZAGRA apresurado.*

- DON LOPE. ¡Cielos...! ¿qué voces oi...?  
 MAURICIO. Nos vemos, señor, burlados.  
 Se ha fugado el prisionero.  
 Por este traidor la puerta  
 le ha sido há un momento abierta.  
 Ahora misno ahorcado quiero.  
 DON LOPE. Basta ya; volved en vos.  
 Si tal hizo, lo perdono.  
 MAURICIO. (Indignado.)  
 Ved que perdisteis el trono.  
 DON LOPE. (En tono solemne.)  
 Son altos juicios de Dios.  
 (Cae el telon.)



## JORNADA TERCERA.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa la cámara de la reina en el palacio de Zaragoza, y aparece*  
LA REINA pensativa y triste.

REINA.

Segura es la victoria,  
y el impostor vencido  
tendrá de su arrogancia el escarmiento.  
—¡ Ah...! que tan alta gloria  
y triunfo tan lucido  
no sea del noble Azagra solo sientio;  
pues dechado de fieles,  
suyos debieran ser estos laureles.  
Mas, enfermo, postrado,  
soñador, delirante,  
desde que en salvo á estas murallas vino,  
se niega horrorizado,  
trémulo, palpitante,  
á combatir al viejo peregrino;  
diciendo que su espada  
no vuelve á desnudar en tal jornada.  
¿Qué misterio espantoso  
es este...? ¡ estrella impia! (*Reflexiona.*)  
—Que ese roméro es impostor me jura,  
que severa, inflexible,  
combata su osadía  
me ruega, ardiendo en la lealtad mas pura.  
...Mas contra ese roméro  
jamás, jamás esgrimirá el acero.  
Y maldiciendo, llora  
el haberse fugado  
de la prision, que contempló su tumba.  
Y maldice la hora  
en que nació. Y turbado  
al cielo pide le fulmine y hunda.  
—¿Qué misterio, qué encanto,  
qué delirios son estos, cielo santo?  
(*Creciendo su agitacion.*)  
¡Ay de mí, que anegada  
en mar de confusiones  
vago, sin descubrir lejano puerto!  
...¿Acaso trastornada  
con vanas ilusiones

se pierda en miserable desconcierto  
 su cabeza infelice,  
 y yo misma, yo misma el daño hice...?  
 ...¿Mi negativa pudo  
 para su enlace... ¡cielos!  
 tanto trastorno ocasionar...? ¡Oh suerte!  
 ...¡Oh destino sañudo!  
 ¿Por qué no ahogué mis celos?  
 ¿Por qué no sujeté con mano fuerte  
 en este pecho mio  
 de un imposible amor el desvario?  
 De un amor imposible,  
 ¡oh tremendo destino!  
 que cada vez mas alto se embravece,  
 y mas irresistible.  
 Y que será imagino,  
 segun me turba y poderoso crece  
 de mi alma en lo profundo,  
 causa tal vez de que abandone el mundo.

(Muy abatida.)

Al cabo ¿qué es el trono  
 ansiado y combatido?  
 ...¿Qué son de la victoria el lauro y palma,  
 si con tenaz encono  
 el cielo endurecido  
 niega la paz y la quietud al alma?  
 ...¿Y qué es la misma vida,  
 por un mar de pasiones combatida?  
 ¡Ay...! á don Pedro adoro,  
 y á este amor escondido  
 solo yo debo ser sacrificada.  
 A mi nombre y decoro  
 solo resta un partido;  
 seguirélo, aunque muera, denodada.

(Con resolucion.)

Si..., si, don Pedro viva,  
 y la salud con su Isabel reciba.

*Buena á lo lejos repique de campanas, músicas, tambores y aclamaciones; y sale EL ARZOBISPO, con dos CLÉRIGOS de su séquito, que se quedan á la entrada.*

ARZOBISPO.

Albricias, alta señora,  
 reina de Aragon, albricias,  
 que ya de vuestros derechos  
 ha triunfado la justicia.  
 De Atarés en las almenas  
 vuestro pendon régio brilla,  
 y ya los brazos rebeldes  
 pesadas cadenas ligán.  
 Dios eterno sea loado,  
 que con bondad infinita  
 por el legítimo trono

omnipotente vigila.  
 Y bendito sea mil veces,  
 porque os ha dado este dia,  
 sin una gota de sangre,  
 la victoria mas cumplida.  
 El impostor ahora mismo  
 preso á Zaragoza pisa,  
 donde pensó entrar triunfante  
 en brazos de sus mentiras.  
 Y en un hondo calabozo  
 se verá en la Aljaferia  
 el que en este regio alcázar  
 creyó establecer su silla.  
 Escuchad el alborozo  
 que vuestro trinfo publica,  
 escuchad cuál vuestro nombre  
 cunde en fervorosos vivas.

REINA.

(Gozosa.)  
 O venerable Prelado,  
 tan halagüeñas noticias,  
 que siempre aguardé fiada  
 en la proteccion divina,  
 tienen para mí mas precio,  
 mayor contento me inspiran  
 por lábios tan respetables  
 como los vuestros oidas.  
 Y en saber que una victoria  
 piadoso el cielo se digna  
 de concederme sin sangre,  
 el colmo está de mis dichas.  
 Pues los triunfos que se logran  
 en revueltas intestinas  
 con sangre, mas que con galas,  
 con lutos se solemnizan.  
 Mas decidme de qué modo  
 tan favorable y propicia  
 la piedad omnipotente  
 protegió la causa mia.

ARZOBISPO.

Ya preparaba el asalto  
 con sus escuadras invictas  
 Aznarés el valeroso,  
 campeón de tu justicia,  
 cuando de la fortaleza  
 fugitivo y á gran prisa  
 llegó un rústico soldado,  
 con peligro de la vida.  
 Era el que salvó á don Pedro,  
 y que á ser ahorcado iba,  
 y logró saltar el foso,  
 y venirse á nuestras filas.  
 Y el tal, que segun parece  
 en una venta vecina

era pastor, ofrecióse  
 á mostrar en la hora misma  
 un subterráneo camino,  
 una abandonada mina,  
 que desde el pinar cercano  
 al castillo conducia.  
 Aprovechó diligente  
 tan oportuna noticia  
 Aznarés, y con algunos  
 caballeros, y por guia  
 el rústico, entró en la fuerza  
 con furia tan repentina,  
 que una accion fué solamente  
 el sorprenderla y rendirla.  
 Bien merece ese villano  
 la recompensa mas digna,  
 pues que la efusion de sangre  
 evitó con tal noticia.  
 Quiero conocerle, al punto  
 premiarle quiero yo misma,  
 que evitar que sangre corra  
 es la mayor hidalguía.—  
 —¿Y el impostor?

REINA.

ARZOBISPO.

No le he visto.

Mas segun todos afirman,  
 persiste en que es don Alonso,  
 con tenacidad inícuca.

REINA.

¿Mas quién es...? ¿de dónde vino...?  
 ¿cómo agentes de alta estima  
 alucinó, se descubre...?

ARZOBISPO.

Cuantos le han hablado pintan  
 su semejanza muy grande  
 con don Alonso.—Y seria  
 aventurar mucho, entrada  
 dar á sospechas que abrigan  
 algunos viejos.—Sospechas  
 que de infamia cubrirían  
 á muy altos personajes  
 y á muy gloriosas familias.

REINA.

(Con inquietud.)

¿Sospechas...! ¿cuáles?

ARZOBISPO.

Señora,

las maliciosas hablillas  
 no merecen ocuparos,  
 ni que sean por vos oídas.

REINA.

No... decid.

ARZOBISPO.

(Con repugnancia.)

Obedeceros

es obligacion precisa.  
 Y aunque especie tal repugne  
 mis lábios el repetirla,  
 diré: que la gente anciana

recuerda tal vez que habia  
una semejanza estrema,  
por todos reconocida,  
entre don Lope de Azagra  
y el rey.

REINA. (*Aparte.*) He quedado fria.

(*Alto.*)

¿Entre el padre de don Pedro...?

ARZOBISPO. Sí, señora.

REINA. (*Agitada.*) La malicia  
mas refinada tan solo  
puede esta sospecha inícu  
despertar.—¿Don Lope Azagra,  
el hombre de mas estima  
que Aragon y el mundo vieron,  
cuya sangre pura y limpia  
aun late en tan nobles venas...?  
—Tal suposicion me indigna.

ARZOBISPO. Y que en los campos de Frága,  
como el orbe lo atestigua,  
murió junto á don Alonso ,  
en medio de la morisma,

REINA. (*Aparte.*)  
¡Ay de mí, que ahora descubro  
de don Pedro los enigmas!  
Y sí es su padre... ¡Dios mio!  
forzoso será que viva.

(*Alto.*)

Confúndanse esas sospechas,  
que de la mas torpe envidia,  
y no de exactos recuerdos  
son tan solamente hijas.  
No nazcan nuevos disturbios  
de ligerezas y hablillas,  
y quede la paz del reino  
con firmeza establecida.

ARZOBISPO. Pero no olvidad , señora,  
que los estados se afirman  
con los premios y castigos  
repartidos con justicia.  
Y que hay casos dolorosos  
en que es condicion precisa  
presentar un escarmiento  
si graves daños evita.  
El impostor morir debe,  
y su consejero y guia,  
que abad se nombra , y que todo  
ser suposicion indica.

REINA. Mas perdon el mas completo  
doy á cuantos le seguian  
de buena fé, alucinados  
tal vez por su lealtad misma.



Porque siempre la clemencia  
la joya es de mas estima  
de la corona , y hoy quiero  
que brille cual nunca limpia.  
ARZOBISPO. Bien mostrais , ó noble reina ,  
madre de Aragon querida ,  
que merecis los laureles  
que hoy en vuestra frente brillan.

*Sale DOÑA ISABEL TORRELLAS , y se arroja desconsolada á los pies de la reina.*

DOÑA ISABEL. O mi reina , ó mi señora ,  
una hija desventurada  
piedad y clemencia implora  
ante vuestros pies postrada.  
A mi padre perdonad ,  
pues si al impostor siguió ,  
esceso fué de lealtad  
que su pecho alucinó.  
A don Alonso ligado  
por la fé del juramento...  
REINA. (*La levanta del suelo, y la abraza.*)  
Alza , que está perdonado:  
recobra , Isabel , aliento.  
DOÑA ISABEL. (*Enagenada de gozo.*)  
¡ Oh de clemencia y bondad  
pura esclarecida estrella !  
A mis labios acordad  
que sellen mano tan bella.  
(*Bésale la mano.*)  
Pues nunca con mas razon  
por su madre y protectora  
os aclamára Aragon  
que vuestro alto nombre adora.  
Corro... (*En ademan de marchar.*)  
REINA. (*Deteniéndola.*)  
Espérate un momento ,  
Isabel , que quiero bablarte ,  
para aumentar tu contento ,  
y otra grata nueva darte.  
(*Al arzobispo.*)  
Disponed , noble Prelado ,  
que la catedral resuene  
con el himno acostumbrado ,  
y que mi pueblo la llene.  
Que con mi corte al instante  
de gala , sigo tras vos ,  
de triunfo tan importante  
á dar las gracias á Dios.  
Y un indulto general  
disponed que se publique.  
ARZOBISPO. ¡ Y la pena capital

quereis que al punto se aplique  
á los dos reos?

REINA.

¡Ah...! no.

Hoy es de júbilo día,  
y enlutar no quiero yo  
con cadalsos su alegría.

ARZOBISPO.

(*Enternecido.*)

Vuestra bondad es inmensa.

REINA.

Haced venir al villano,  
para darle recompensa,  
cual merece, por mi mano;  
pues que sagaz procuró  
sin desastres la victoria:  
que es en lo que cifro yo  
de tan gran triunfo la gloria.

ARZOBISPO.

Obedecida sereis

y por el reino aclamada,  
señora cual mereceis,  
su sol, su madre adorada.

(*Vase con su séquito.*)

REINA.

(*Aparte.*)

Me cumple disimular  
todo cuanto descubrí,  
y que nada tenga en mí  
esta infeliz que estrañar.  
Pues si es padre el impostor  
de don Pedro, es necesario  
con sigilo extraordinario  
encubrir tal deshonor.

(*A doña Isabel con cariño.*)

Isabel, Isabel mía,  
¿cómo está don Pedro? dime.  
¿Esa angustia que le oprime  
tendrá término este día?  
¿Cesarán las ilusiones  
espantosas que lo agitan,  
y que á ambas nos precipitan  
en un mar de confusiones?  
El triunfo ya conseguido,  
y que tanto ansió leal,  
de su dolencia fatal  
será un remedio cumplido.

DOÑA ISABEL.

¡Ay señora...! Yo no sé.  
Como nunca esta mañana  
la tristeza que le aplana  
y su delirio noté.  
Desde el momento... ¡ay de mí!  
que le saqué de prision,  
tan turbada su razón  
como há un rato, nunca ví.

REINA.

(*Muy agitada.*)

Basta, Isabel. — Es preciso

- á don Pedro consolar.  
Si acaso el imaginar  
que le negaba el permiso  
para casarse... (*Aparte.*) ¡Yo muero!  
(*Alto.*) contigo, así le turbó,  
corre á decirle que yo  
casaros hoy mismo quiero.  
(*Llorando.*)  
O señora, ó de bondad  
y soberana clemencia  
sol, que el mundo reverencia;  
tal es mi infelicidad,  
tan contrario me es el cielo,  
que lo que antes ¡ay! haria  
la mas alta dicha mia  
aumenta hoy mi desconsuelo.
- DOÑA ISABEL.
- REINA. (*Suspensa.*)  
¿Pues qué...? ¿tibio en su pasion...?
- DOÑA ISABEL. (*Con vehemencia.*)  
No señora, ¡ah! no señora.  
Que como jamas me adora,  
que su amante corazon  
mas que nunca arde por mí,  
en llanto amargo deshecho,  
roto en pedazos el pecho,  
sin cesar me jura, sí.
- REINA. (*Aparte.*)  
¡Oh dolor que me devora!
- DOÑA ISABEL. Pero añade que ya no  
puedo ser su esposa yo,  
y un mar de lágrimas llora.
- REINA. ¿Y no te esplica el por qué?
- DOÑA ISABEL. Que un secreto horrible guarda,  
que le turba y le acobarda  
imagino...
- REINA. Y yo lo sé.
- DOÑA ISABEL. Yo no, señora. ¡Ay de mi!
- REINA. Es una delicadeza  
que demuestra la grandeza  
de su pasion hácia tí.
- DOÑA ISABEL. (*Confusa.*)  
Yo... señora... no colijo...
- REINA. No temas, resuelta estoy.  
Sí, tu esposo será hoy,  
porque lo mando y lo exijo.  
Que esto es su felicidad  
y yo otorgárselo quiero  
á toda costa. (*Aparte.*) Yo muero.  
(*Alto y resuelta.*)  
Al momento os desposad.  
(*Besándola la mano.*)  
¡Oh cuán noble corazon,
- DOÑA ISABEL.

que concede el mismo día  
su ventura el alma mía  
y á mi buen padre perdon!  
Corro...

REINA.

(*Deteniéndola.*)

Esperáme, Isabel,  
mientras tomo el manto real,  
para ir á la catedral.  
Luego irás á hablar con él.  
(*Vase agitada.*)

*Queda doña Isabel pensativa, y salen BERRIO y SANCHÁ.*

BERRIO.

(*Al entrar.*)

Toma, colémonos pues...  
si lo mandó...

SANCHÁ.

(*Deteniéndose.*) ...¿Tan así...?

BERRIO.

La señorita está allí.

SANCHÁ.

Tienes razón, ella es.

DOÑA ISABEL.

(*Reparando en ellos.*)

Hola, mis buenos amigos,  
¿qué buscáis...? ¿á que venís?

SANCHÁ.

Ansiando ver á la reina,  
que es, dicen, un serafín;  
á la puerta del palacio  
este y yo estábamos, y  
su merced el Arzobispo...

BERRIO.

(*Adelantándose.*)

Déjeme, Sanchica, á mí,  
que mucho mas aquel tengo  
para explicarme.

DOÑA ISABEL.

Decid.

BERRIO.

Estábamos boquiabiertos  
sin saber adónde ir,  
sufriendo la mala cara  
de uno y otro galopin,  
cuando pasó el Arzobispo.  
Y dirigiéndose á mí,  
¿eres, preguntó, el Herodes?  
y respondile que sí.

Pues entra, continuó grave,  
que la Reina quiere oír  
de tu boca tus hazañas,  
y hacerte mercedes mil.

SANCHÁ.

Sí, señora, así le dejo,  
lo mismito que lo oís.

DOÑA ISABEL.

¿Estás, Berrio, delirando?

BERRIO.

Ni borracho, pese á mí.

...¿Mas no sabeis soy Herodes?

SANCHÁ.

Que lo es, señorita. Sí.

DOÑA ISABEL.

Héroe dirás.

BERRIO.

Pues bien, eso,

- Si lo dicen mas de mil.  
Y viva, y que viva Berrio  
el Herodes, ahora oí  
á gente que en esas calles  
va, que parece un motin.
- SANCHA. Sí, mi Berrio lo ha hecho todo;  
no es el diablo mas sutil.
- BERRIO. Sí, señora. Antes de anoche  
cuando me dejaste allí  
metido en la ratonera,  
atrapóme mi alguacil.  
Y aunque el vejete petate  
(que entrar ya en la trena vi)  
me perdonó, el mal frailote  
(que pronto tendrá mal fin)  
se empeñó... nada..., en ahorcarme,  
que no es un grano de anís.  
Pero con una moneda  
de la preñada y gentil  
bolsa que vos me endonásteis,  
y que no aparto de mí,  
conseguí de un camarada  
puerta franca para huir.
- DOÑA ISABEL. ¿No te dije que hallarias  
fácil modo de salir?
- BERRIO. ¡Ay señorita del alma!  
estuvo todo en un tris.—  
Pasé la noche en el foso  
agazapadito, sin  
respirar, como conejo  
que oye al podenco latir.  
Y hoy al romper la mañana,  
como suele la perdiz  
irse al reclamo, á las tropas  
de nuestra reina acudí.  
Y al General, que es un mozo...  
¡vaya un mancebo gentil...!  
de un camino soterrano  
el secreto descubrí.  
Y por debajo de tierra,  
sin trompa ni tamboril,  
sin sol, sin luz y sin moscas,  
delante de todos fuí,  
atropellando gigantes,  
moros encantados, y  
vestiglos; y en el castillo  
nos encontramos al fin,  
en donde todo viviente  
se rindió, gracias á mí.  
Ved pues si soy el Herodes,  
ó esa cosa que decís.
- DOÑA ISABEL. ¡Ves, amigo, como el cielo



la noble accion que por mí  
hiceste te recompensa ,  
por uno dándote mil ?  
A los bienes de fortuna ,  
que yo me comprometí  
á darte, siendo madrina  
de tu boda , vas á unir  
las mercedes y los dones  
de nuestra reina gentil ,  
el aplauso de los buenos ,  
y un nombre eterno y sin fin.

BERRIO.

(*Muy ufano.*)

¡ Si soy yo mucho...!!! Sanchica ,  
¿ qué tal...? ¿ eh...?

SANCHA.

(*Muy gozosa.*) Yo estoy sin mí.

BERRIO.

Te han de llamar la infanzona ,  
y tu padre ha de venir,  
para besarme la mano,  
sin caperuza.

DOÑA ISABEL.

Advertid

que ya sale nuestra reina ;  
mirad bien lo que decís.

SANCHA.

(*Embobada mirando al lado por donde va á salir la reina.*)

¡ Ay qué hermosa...! Madre mia.

Como una rosa de Abril.

A la Virgen se asemeja  
que está allá en el camarín.

BERRIO.

¡ Ay, que me he quedado frio,  
y ya no sé qué decir !

DOÑA ISABEL.

Poned la rodilla en tierra,  
y la mano le pedid.

BERRIO.

¿ Y se ha de quedar sin ella...?

DOÑA ISABEL.

Es para besarla... ¿ oís ?

*Sale LA REINA con manto real y corona , y ricamente ataviada , seguida de DAMAS  
y PAGES , todos de gran gala. Berrio y Sancha caen de rodillas.*

REINA.

(*Acercándose con dignidad á los villanos.*)

Hola , ¿ esta buena gente  
quién es, y qué desea ?

BERRIO.

(*Turbado.*)

Semos... semos...

(*A Sancha al oído.*) Sanchica , tú responde,  
que quien soy he olvidado de repente.

SANCHA.

(*Turbada.*)

Semos... semos... que siga Berrio, ea ,  
que se me fué la lengua no se dónde.

REINA.

(*Afable.*)

Hablad , no tengais miedo.

BERRIO.

Pues yo... Sancha , habla tú , que yo no puedo.

DOÑA ISABEL.

Este mozo es, señora ,  
el que salvó á don Pedro, y denodado...

- REINA. (*Muy complacida.*)  
Venga, venga en buen hora  
el que el triunfo me ha dado  
con tal facilidad y sin desgracias:  
Venga en buen hora á recibir mis gracias.  
alzádel del suelo.
- BERRIO. (*Mas alentado.*) Si me dais la mano...  
solo para besarla.
- REINA. (*Dáudoles á besar la mano.*)  
¡Qué inocencia?  
(*Levanta á ambos con afabilidad.*)  
Tengo gran complacencia  
en verte, agradecida  
con el alma y la vida  
estoy á tu servicio. Te has portado  
como un héroe.
- BERRIO. (*Muy ufano.*) Si.  
(*A doña Isabel.*) Herodes... ¿No lo escucha?  
(*A la reina en tono jactancioso.*)  
¡Es mi arrogancia mucha!  
¡Y soy un gran soldado...!  
¡He matado mas gente...!
- REINA. (*Risueña.*)  
Porque no la mataste justamente  
premiarte, amigo, intento,  
y te daré en mi casa acostamiento.
- BERRIO. Pues yo mejor quisiera diez cochinos,  
con algunas ovejas y pollinos.
- SANCHA. (*Aparte á Berrio.*)  
Y joyas; majadero,  
que gargantilla y pelendengues quiero.
- BERRIO. (*Aparte á Sancha.*)  
No, mejor es ganado.
- REINA. (*Haciéndoles señas de retirarse.*)  
Cual mereces serás recompensado.
- SANCHA. Viva la real persona.
- BERRIO. (*A Sancha.*)  
Van, Sanchica, á llamarte la infanzona.  
(*Vanse Berrio y Sancha.*)
- REINA. (*Llevando aparte á doña Isabel, y hablándola con vehemencia.*)  
Oye, Isabel.
- DOÑA ISABEL. Señora.
- REINA. Al punto corre ahora  
de Pedro Azagra al lado.  
Anúnciale el permiso que os he dado.  
Consuélate, Isabel, y ni un momento  
de él te apartes.
- DOÑA ISABEL. (*Sobresaltada.*) ¿Pues qué... señora mía...?
- REINA. Síguele á do quier. Si tiene intento  
de ir á la Aljafería,  
avisame al instante,  
pues es el impedirlo interesante.

DOÑA ISABEL.

¡ Ah...! Yo tiemblo...

REINA.

No temas, que no hay nada.

Ni á él nada le dirás.—De tí confío,

tú eres el brazo mio.—

—Sosiégate, Isabel..., yo te lo ruego.

Yo te explicaré luego

cuáles son las razones

de hacerte estas secretas prevenciones.

( *Se pone en marcha.* )

DOÑA ISABEL.

( *Confundida.* )

¡ Cielos...! ¡ Estoy mortal...! Solo me toca

temblar, obedecer, sellar mi boca. ( *Vase.* )

## ESCENA II.

*Calabozo del castillo de la Aljazeera. Salen DON LOPE DE AZAGRA de peregrino, muy abatido y debilitado, y MAURICIO sosteniéndole, y conduciéndole á un asien-to de piedra que habrá á un lado.*

DON LOPE.

Llévame lentamente,

que andar apenas puedo,

por edad, no por miedo,

y me siento morir.

Si Dios omnipotente

á mi afan concediera

que aqui, y pronto muriera,

sin al cadalso ir,

¡ cuán dichoso sería! ( *Se sienta.* )

MAURICIO.

Ten ánimo. Si quieres

patentizar quién eres

puedes mucho esperar.

Tu alto nombre podría,

tu nombre verdadero,

acaso al pueblo entero

en tu favor alzar.

DON LOPE.

Calla, calla, Mauricio.

Jamás.—Que para el mundo

un misterio profundo

mi nombre debe ser.

En este precipicio

donde tú me has lanzado,

y á do me ha encaminado

el mismo Lucifer,

no ha de hundirse conmigo

mi descendencia infame;

ni nunca el mundo llame

á un Azagra traidor.

Jamás, jamás, amigo,

de que es mi sangre rea,

de que Azagra soy, sea

el mundo sabedor.

- El nombre quede puro  
de mi adorado hijo;  
de tu amistad exijo  
el secreto mas fiel.
- MAURICIO. Por él en este apuro  
en que estamos nos vemos.  
Por su causa tenemos  
en el cuello el cordel.
- DON LOPE. No.—Porque Dios eterno  
vigila por los reyes,  
y maldice en sus leyes  
al vasallo traidor.
- BERRIO. *(Con desden.)*  
Porque te dió el infierno  
hácia tu hijo demente  
ese ciego, imprudente  
y malhadado amor.
- DON LOPE. *(dolo)* ¿No oyes la voz del cielo.  
cómo grita venganza?
- MAURICIO. Mi delirio no alcanza  
hasta escuchar tal voz.  
Y de tu desconsuelo,  
y de tu desvarío  
me avergüenzo y me rio.
- DON LOPE. *(Aterrado.)*  
¡Oh desengaño atroz!  
...Aproximarse siento  
mi fin, y estremecido  
piedad al cielo pido,  
solamente piedad.  
Y que mi último aliento  
lleve la infamia mia,  
sin que se estienda impía  
en mi posteridad.
- MAURICIO. Tu descendencia olvida,  
que es perder el juicio.
- DON LOPE. No eres padre, Mauricio:  
por eso hablas así.  
*(Se oyen cerrojos.)*
- MAURICIO. *(Sorprendido.)*  
¿La puerta estremecida  
no escuchas...?
- DON LOPE. *(Con vehemencia.)* Te conjuro  
que el secreto seguro...
- MAURICIO. *(Separándose.)*  
Calla, que entran aquí.

*Sale DON PEDRO LOPE DE AZAGRA precipitado, y se arroja de rodillas en los brazos de don Lope.*

- DON PEDRO. ¡Oh padre! ¡oh padre...!
- DON LOPE. *(Abrazándolo enagenado.)* ¡Hijo mio...!

Al tenerte entre mis brazos  
cobran los rotos pedazos  
de mi corazon su brio.  
Torna á discurrir la vida  
por mis decrépitas venas,  
donde ya indicaba apenas  
no estar del todo estinguida. —  
¡Ay! —¿Es sueño? —Es verdad, si.

DON PEDRO.

La juvenil sangre helada  
me ahoga en el pecho estancada.  
¡Desventurado de mi!

MAURICIO.

(Aparte.)

¡Oh... si un acero tuviera,  
ó un brazo bastante fuerte!  
...A entrambos dando la muerte  
aun salvarme consiguiera.

DON LOPE.

(Separando de repente á don Pedro, y poniéndose en pie con  
un penoso esfuerzo.)

¿Mas qué es esto, mozo altivo...

¿Cómo te atreves á tanto...?

¿No te causa el verme espanto,  
aunque postrado y cautivo?

(Rechazando á don Pedro.)

Aparta, aparta... ¡Infelice!

¿Aquí me viniste á ahogar  
en tus brazos, sin temblar...?

MAURICIO.

(Aparte confuso.)

No comprendo lo que dice.

DON PEDRO.

¡Ah...! ¡padre...!

DON LOPE.

(Con penosa y afectada entereza.)

¿Tu padre yo?

¿Yo tu padre...? Tú deliras,  
y lo que dices no miras.

MAURICIO.

(Aparte reconociendo la intencion de don Lope.)

¡Ya!

DON LOPE.

Tu padre no soy, no.

DON PEDRO.

Si por tal os deseché  
cuando armado, cuando fuerte  
pudisteis darme la muerte,  
y con horror os miré  
porque el rebelde pendon  
contra mi reina y señora  
enarbolábais, ahora  
es muy distinta ocasion.  
Y vuestro hijo me confieso  
cuando llega ¡trance fuerte!  
la hora horrenda de la muerte,  
y humilde vuestros pies beso.  
(Arrójase á los pies de don Lope.)  
¡Padre...! ¡padre!  
(Levatándole.) No lo soy.—  
¿Y quién fué el impostor, di,

DON LOPE.



- que decirte pudo á tí...?
- DON PEDRO. Vos mismo , vos.
- DON LOPE. (*Aparte.*) ¡Muerto estoy!  
(*Alto.*)  
Mentí , tentando engañar  
y deshacer tu firmeza ,  
cuando allá en la fortaleza  
no te quise castigar.
- DON PEDRO. Si el corazon me lo dijo  
con hondas voces tambien ,  
y ahora lo repite , ¿ quién  
negará que soy tu hijo ?
- DON LOPE. Yo.—De escucharte me espanto.  
¿ No ves que es accion de loco ,  
que el que allá me tuvo en poco ,  
ahora aquí me estime en tanto ?
- DON PEDRO. Siempre mi padre en vos vi.  
Y sabiendo vos quién soy ,  
lo que va de ayer á hoy  
conoceis sin duda: si.
- MAURICIO. (*Aparte.*)  
¡ Oh que lucha tan estraña  
de afectos , reconvenciones,  
de verdades , de ficciones,  
en que ninguno se engaña!  
Pero yo que el dueño soy  
del secreto de los dos,  
por vengarme , vive Dios,  
á hacerlo patente voy.  
Como infame al mundo asombre  
de este mozo y de este viejo,  
uno altivo , otro perplejo,  
el considerado nombre.  
Y de ellos y de Aragon  
se vengue la rabia mia,  
borrándose en este dia  
su mas ilustre blason.
- DON LOPE. (*Muy abatido y desfalleciendo por momentos.*)  
¡ Ay...! ¡ Mancebo...! basta ya.  
Si don Alonso no soy,  
en este sitio en que estoy,  
y en donde ahogándome vá  
ya mi dolor , soy un ente  
incomprensible, (*Con esfuerzo.*) que no es  
ni ser pudo aragonés:  
que aqui no tiene pariente.  
O el soberbio emperador,  
ó un obscuro aparecido,  
sin nombre sin apellido,  
y sin familia.
- DON PEDRO. (*Abatido.*) ¡ Oh rigor  
de mi embravecida suerte !

(Resuelto.)

Pues que sea ó no vuestro hijo,  
vuestra bendicion exijo  
en esta hora de la muerte.

DON LOPE.

(Convulso y horrorizado.)

¿Qué escucho...? ¡mi bendicion!!!

¡La bendicion... ¡infelice!

de este ser á quien maldice

el Eterno...? ¡Oh confusion!

(Cae moribundo en brazos de don Pedro.)

¡Ay...! que me siento morir...

No puede mi larga edad

el peso de iniquidad

que me abrumba resistir.

DON PEDRO.

¡Padre!!!

DON LOPE.

Ese nombre me ahoga.

Mi corazon se revienta.

A mi Dios voy á dar cuenta...

¿ante él por mí quién aboga?

¿Quién aboga...? Confesion.

¡Ay...! confesion necesito,

y un sacerdote bendito

que me dé la absolucion. (Queda desmayado.)

DON PEDRO.

¡Cielos...! ¡qué horror...! ¡Ah...! ¿qué es esto?

...Helado está.

MAURICIO.

(Acercándose.) Un parasismo.

DON PEDRO.

(Fuera de sí mirando indignado á Mauricio.)

Confundate el hondo abismo.

(Volviendo á don Lope.)

¡Padre...! ¡padre...! auxilio... presto.

(Acomoda á don Lope en tierra, apoyándolo contra el asiento de piedra, y prodigándole caricias y socorros.)

MAURICIO.

(Aparte con rapidez.)

Pues por sacerdote á mí

me reputan, que lo soy

me importa asegurar hoy,

por ver si dilato así

ó evitar logro el castigo.

¿Qué tardo en darme por tal...?

(Acercándose á don Lope con afectada dignidad y en voz alta.)

Ved en esta hora fatal,

rey don Alonso, mi amigo,

quién puede...

DON LOPE.

(Volviendo en sí, y rechazándolo con horror.)

Aparta, malvado.

...¿Tú...? ¿tú...? (Cae moribundo.)

¡Dios mio, piedad!!!

...¡Ay...! mis culpas perdonad...

(Tendiendo los brazos á don Pedro.)

Perdóname tú, hijo amado. (Muere.)

DON PEDRO.

(De rodillas, y besando fuera de sí una mano de don Lope.)

¡Padre...! ¡Señor...! ¡Ay de mí!

Padre... padre... Yo con vos...

(*Reconociendo que está ya muerto.*)

Ya está en presencia de Dios :  
desventurado nací.

(*Queda sumergido en el mas profundo dolor.*)

MAURICIO.

(*Aparte.*)

Murió, sí... Murió el cobarde  
de quien necio confíé ;  
que el mundo en saber quién fué  
ni un solo momento tarde.  
Quede el hijo deshonrado ;  
y entre tanta confusion  
busque mi resolucion  
algun remedio impensado.

(*Se acerca resuelto á la puerta y dice á voces.*)

¡Hola...! Guardias, acudid.

Ved que es muerto el impostor.

Y tambien su hijo es traidor,

cómplice suyo.—Venid.

DON PEDRO.

(*Vuelve en sí, se levanta y se arroja sobre Mauricio con una daga desnuda.*)

¡Malvado ! aun tengo esta daga  
que en tu pecho fementido,  
de tanto crimen henchido,  
mi cólera satisfaga.

(*Hiere á Mauricio.*)

MAURICIO.

(*Cayendo muerto.*)

¡Ay de mí...! ¡Azagra !—Aragon  
la sangre de Azagra infame  
sangre de traidores llame,  
pues estos Azagras son. (*Muere.*)

*Abrense las puertas del calabozo con estruendo, y salen de prisa LA REINA, DOÑA ISABEL TORRELLAS, PAGES Y GUARDIAS.*

DOÑA ISABEL.

(*Deteniéndose horrorizada.*)

¡Cielos...! ¡Qué miro...? ¡Infelice !

REINA.

(*Conteniendo con dignidad su agitacion.*)

¡Don Pedro Azagra aqui está,  
entre cadáveres yertos,  
con un sangriento puñal !!!

¡Qué es esto, don Pedro Azagra ?

¡Oh don Pedro Azagra...! Hablad.

DON PEDRO.

(*Con entereza.*)

Esto es desplomarse el cielo  
sobre mi frente leal,  
esto es que abierta la tierra  
bajo de mis pies está.

(*Señalando el cadáver de don Lope.*)

Ese decrepito anciano,  
que ahora acaba de espirar,  
ahogado por sus pesares,

pidiendo al cielo piedad,  
es mi padre.—(*Movimiento general de terror.*)

¡ Oh cuán amargo

hace mi estrella fatal  
en mis labios ese nombre  
tan dulce de pronunciar !

—Si, es mi padre : pues su crimen,  
que yo no puedo borrar .  
no le quitó el ser mi padre ,  
para mi afrenta y mal.

(*Señalando el cadáver de Mauricio.*)

Y este , que de sus maldades  
ya dando la cuenta está  
ante el Dios de las venganzas  
en su justo tribunal,  
es el monstruo del infierno ,  
genio espantoso del mal ,  
que alucinando á ese anciano  
con su apariencia falaz ,  
le encaminó por la senda  
de traicion y deslealtad ;  
por donde en busca de muerte  
y escarmiento vino acá ,  
de la mas ilustre sangre  
el puro brillo á manchar.

Y yo con mi mano misma ,  
y este vengador puñal ,  
su corazon desgarrando ,  
de un solo golpe no mas  
á vos , á mi , y á mi padre  
venganza he dado. Mirad.—

(*Movimiento general de horror.*)

Y pues de un traidor soy hijo ,  
y pues manchadas estan  
de sangre hirviendo estas losas ,  
que derramé criminal ,  
usurpando á la justicia  
su accion y su voluntad ,  
cometiendo un homicidio  
que no quiero disculpar ;

(*Hinca una rodilla.*)

que al punto el verdugo tronche  
este mi cuello mandad :  
cumplireis con la justicia  
de vuestro cetro real ;  
y tendrá fin un linage  
tan devesturado , y tan  
aborrecido del cielo ,  
que hundido en el cieno está.

¡ Oh noble don Pedro Azagra !

...¿ Qué pronunciásteis...? Alzad ,  
pues no debe ni un momento

postrado en la tierra estar  
el que de su insigne patria  
es tan seguro puntal,  
y de mis santos derechos  
el mas fuerte capitán.

(*Levantando á don Pedro.*)

Alzad, don Pedro de Azagra,  
joven valeroso alzad,  
que galardones tan solo  
vuestra reina os ha de dar.

—Al matar á ese perverso,  
el brazo fuisteis no mas  
de mi justicia, y declaro  
vuestra accion noble y leal.

Y ese acero, que destila  
cálida sangre será  
cimera de vuestras armas,  
y un nuevo timbre de hoy mas.

DON PEDRO.

(*Confuso.*) Señora... ¡Señora mia!  
cuál queda mi honra juzgad,  
y que de traidora sangre  
llenas mis venas están.

REINA.

Es vuestra sangre tan pura  
como la lumbré inmortal  
del sol, que apagar no puede  
pasagera tempestad.

¡Tras de una série de siglos,  
en que acrisolada está,  
derramándose á torrentes  
en pró de la cristiandad,  
¿qué importa que vuestro padre,  
caduco y demente ya,  
cometiese un negro crimen,  
de que no fuera capaz  
sin la sugestion maligna  
de ese dragon infernal?

¡Y vos con vuestras proezas,  
vos, desenvainando audaz  
por mis derechos la espada,  
con la noble heroicidad  
que vió el mundo, no enmendasteis  
de vuestra sangre el desman?

¡No es este suceso mismo,  
en que con firmeza tal  
las tentaciones mas grandes  
que tiene la humanidad,  
los mas tiranos afectos  
que encadenan al mortal  
habeis vencido, don Pedro,  
crisol de vuestra lealtad?

—Volved en vos, y miradlo,  
que si es justo vuestro afán,



no es justo por un delirio  
á todo extremo llegar.

(*Aparte con rapidex.*)

El último e sfuerzo hagamos  
porque la tranquilidad  
vuelve á su pecho. La hora  
de mi sacrificio es ya.

(*Alto.*)

Ved pues si estoy decidida  
á que sin posteridad  
de Azagra la noble stirpe  
no quede, porque jamas  
de tan valientes guerreros,  
de magnates tan sin par  
carezca este reino mio,  
la España y la cristiandad,  
que os mando, como señora,  
que al punto y sin replicar  
á doña Isabel Torrellas

(*Aparte.*)

¡ ay, que es mi pecho un volcan!

(*Alto.*)

la deis la mano de esposo:  
cumplid con mi voluntad.

(*Queda don Pedro muy agitado, y como faltándole palabras.*)

DOÑA ISABEL. (*Arrojándose á los pies de la reina.*)

Señora, señora mia.

¡ Oh qué angélica bondad!

REINA. (*Levantandola y abrazándola.*)

¡ Isabel...! ¡ ay...! tú no sabes  
lo que en mí pasando está.

Haz feliz á Pedro Azagra,  
que esto es lo que importa mas.

DON PEDRO. Esclarecida señora,  
reina de Aragon... ¡ oh cuán  
poderoso es vuestro labio!

¡ qué excelsa vuestra bondad...!

(*Acercándose á doña Isabel.*)

...¡ Isabel... vuestro amor solo  
de darme vida es capaz...

(*Separándose de repente de doña Isabel, y con tono resuelto.*)

Pero momento no es este,  
ni este tampoco el lugar...

(*A la reina con energia.*)

Dentro de un año, señora,  
obedecida serás.

Ahora parto á la frontera  
nuevos timbres á ganar,  
y á borrar con sangre mora  
de mi sangre la fealdad.

Y cuando triunfante vuelva,  
y de una insigne ciudad,

por mí arrancada á los moros ,  
ponga á vuestra planta real  
las llaves , la mano mia  
con vuestro amparo será  
de doña Isabel Torrellas ,  
de esa estrella celestial  
que es de un alma sin ventura  
dueño, vida , luz y paz.

REINA.

(*Aparte.*)

¿ Esto escucho...? ¡ Ah, desfallezco !  
La pena ahogándome va.

(*Alto.*)

Bien , á adquirir nuevos lauros ,  
ilustre Azagra , volad.  
La victoria y la fortuna  
os vayan siempre detras.

DON PEDRO.

Marcho pues... Dadme, señora ,  
la regia mano á besar.

(*Hinca una rodilla, y besa la mano de la reina.*)

¡ Isabel...! (*Vase.*)

REINA.

(*Con ansiedad.*)

Volved triunfante;  
por vuestra vida mirad.

(*Aparte.*)

¡ Ay de mí desventurada!

No puedo resistir mas.

(*Se apoya desmayada en doña Isabel.—Cae el telon.*)

Sevilla , 1842.

FIN DE LA COMEDIA.

# EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO.

DRAMA FANTÁSTICO EN CUATRO ACTOS.

---

*A mi hijo Enrique.*

## PERSONAS.

---

LISARDO, *jóven.*

| MARCOLÁN, *viejo mágico.*

### VOCES DE SERES INVISIBLES.

DEL GENIO DE LOS AMORES,

| DEL GENIO DEL PODER.

DEL GENIO DE LA OPULENCIA.

| DEL GENIO DEL MAL.

### PERSONAGES FANTÁSTICOS.

ZÓRA, *dama jóven,*

LISÉO, *viejo.*

CLORINARDO, } *Caballeros.*

FINÉO. . . . }

NATALIO, *viejo.*

ARBOLÁN, *guerrero.*

UN REY.

UNA REINA.

UN PAGE.

UNA BRUJA.

DOS CAZADORES.

TRES VILLANOS.

DOS SOLDADOS.

DOS CABALLEROS.

UN CAPITAN.

UN ENTERRADOR.

EL DEMONIO.

UN ANGEL.

SALVAGES. . . }

SÍLFIDES. . . } *Bailarines.*

DONCELLAS. . }

CANTORES.

---

Las músicas, comparsas y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etc., se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusion.

---

*La accion, que se supone para los trages acaecida á mediados del siglo XIV, pasa en un islote desierto del Mediterráneo. Empieza al ponerse el sol, y concluye al amanecer del dia siguiente.*

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término á la derecha del espectador habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borrascosas. Se verán relámpagos, y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento.—MARCOLÁN mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros á la luz de una lámpara, y rodeado de instrumentos mágicos. LISARDO, vestido de pieles y con aspecto de salvaje, asomará por lo alto de la montaña, y bajará de peñasco en peñasco declamando los primeros versos.*

LISARDO.

(*Mirando despechado al cielo.*)

Rompe tu seno pardo,  
obscura nube, y lanza furibunda  
el rayo abrasador, que ansioso aguardo;  
el rayo que confunda  
y en el inmenso mar sepulte y hunda  
esta desierta roca,  
que con la altiva frente al cielo toca;  
y es ¡ Oh destino impio!  
carcel estrecha de mi ardiente brio.  
(*Pausa, y prosigue mirando al mar.*)  
Y tú, tremendo mar, ¿por qué rugiente  
no rompes este freno de tus iras?  
¿O eres tan impotente,  
que en vano á libertarte de él aspiras,  
...¡ Ah si yo fuera tú...! ¡ Si yo tuviera  
tu colosal poder...( Ni un solo instante  
de mi curso delante  
obstáculo ninguno consintiera:  
y al encontrarlo, mi rencor profundo  
con sus huellas borrara el ancho mundo.  
Mas ¡ah! no me escuchais... ¡O no son nada,  
obscura nube, tu rugiente trueno,  
ni tu empuje y furor, ó mar hinchada,  
si otro poder mayor os pone fre no!

(*Pausa.*)

Como vosotros yo: que arde en mi mente  
fuego mayor que el que en los rayos arde,  
y un alma mas tremenda,  
mas indomable que la mar rugiente  
dentro mi pecho siente  
de sus fuerzas hacer perdido alarde.  
Y aqui atado y cautivo,



aquí como cobarde ,  
 apenas sé si vivo ,  
 puesto que el mundo ignora  
 que en él Lisardo mora.  
 Lisardo , el que pudiera  
 llevar su nombre á la encendida esfera.

*(Pausa, y prosigue mirando á la gruta.)*

¡Oh padre...! padre no , tirano fiero,  
 que eres de un infelice carcelero,  
 maldito sea tu saber insano,  
 y ese tu afan prolijo,  
 que te hace ser de un desdichado hijo  
 inexorable y pertinaz tirano.

MARCOLAN.

*(Dentro de la gruta hablando consigo mismo.)*

¡Misera humanidad! Siempre maldice  
 la mano protectora que la ampara,  
 y que del precipicio la separa:

¡Misera humanidad siempre infelice!

Es mi anhelo salvar á mi hijo amado  
 de las borrascas que en la humana vida  
 le tienen las estrellas prevenida,  
 y él su opresor me llama despechado.

*(Se va poco á poco despejando el cielo, y alzándose la luna en el horizonte, ilumina la escena con su luz azulada.)*

LISARDO.

*(Avanzando al proscenio.)*

¡Es vida, ¡triste de mí!

es vida ¡cielos! acaso

aquesta vida que paso

¡con solo mi padre aquí?

Si condenado nací,

y sin esperanza alguna,

á que este islote mi cuna ,

mi estado, mi único bien

y mi tumba sea tambien,

maldigo yo á la fortuna.

Si tal mi destino fué,

que es imposible lo fuera,

¿para qué un alma tan fiera

dentro de mi pecho hallé?

¡Con qué objeto, para qué

arde esta insaciable llama,

que toda mi mente inflama,

de buscar dándome anhelo,

aun á despecho del cielo,

oro, amor, poder y fama?

Enhorabuena el reptil

rampe en el vivir estrecho,

si allí goza satisfecho

toda su existencia vil;

pero el águila gentil,

de alas y valor provista,

en el sol clave la vista,

cruce las nubes voraz,  
y en ellas pregone audaz  
del espacio la conquista.

No reptil, águila soy,  
águila y he de volar  
sobre la tierra y el mar.

*(Corre decidido hácia la montaña.)*

MARCOLAN.

*(En su gruta y hablando consigo mismo.)*

No volarás, que aquí estoy,  
Lisardo, y á darte voy  
pronto una grave leccion  
que calme en tu corazon  
ese ciego desatino  
que te arrastra de continuo  
del mundo á la perdicion.

LISARDO.

*(Despechado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.)*

¡Infelice...! Me olvidé  
que á este escollo estoy atado,  
donde del mundo ignorado  
he nacido y moriré,  
Si tal mi destino fué,  
cúmplase pronto. Liberte  
de esta cárcel con mi mnerte  
mi alma gigante yo mismo,  
lanzándome en ese abismo  
para burlar á la suerte.

*(Va á arrojar al mar, y sale sobresaltado de su gruta Marcolán con una vara de oro en la mano.)*

MARCOLAN.

Tente, Lisardo, hijo mio:  
insensato, dónde vás?  
Tente. Que aunque bastan solo,  
para tu intento atajar,  
la fuerza de mis conjuros,  
pues no tiene otras mi edad;  
quiero solo con las voces  
de mi cariño lograr  
que desistas, hijo mio,  
de tu designio fatal.  
Torna Lisardo, á mis brazos,  
que para tí solo hay paz  
entre los brazos de un padre  
que idolatrándote está.

LISARDO.

*(Que se detiene á la orilla del mar en cuanto oye á su padre, vuelve y se arroja á sus brazos muy abatido.)*

¡Oh padre!

MARCOLAN.

Calma, hijo mio,  
la espantosa tempestad  
de tu corazon, mas recia  
que la que un momento há  
esas esferas turbaba  
y alborotaba ese mar.

LISARDO.  
MARCOLAN.

¡Oh padre!

Mira, Lisardo,  
cuál la nube huyendo va,  
tornando el zafir del cielo  
con suave luz á brillar  
al reflejo de la luna,  
astro benigno de paz.  
Mira cuál bajan las olas,  
que montañas de cristal  
azotaban estas peñas  
á empuje del huracan.  
Huyan así de tu mente,  
para no volver jamas,  
esas oscuras ideas  
que hacen tu infelicidad.  
Y calmese así tu pecho,  
que no deben agitar  
las fantásticas pasiones  
tras de que perdido vas.  
¿Qué te inspira, di, Lisardo,  
esa confusa ansiedad,  
cosas que tú desconoces  
anhelando sin cesar?

LISARDO.

Los impulsos de mi alma,  
que á voces diciendo estan  
que he nacido para el mundo.  
Para en su centro lograr  
amores, riqueza, fama,  
poder, mando.

MARCOLAN.

Basta ya.  
Te comprendo. ¿Mas qué sabes  
tú de ese mundo ideal,  
que existe en tu mente solo?

LISARDO.

(*Recobrándose y creciendo en vehemencia.*)  
O padre mío, cesad.  
Que aunque estas ásperas peñas,  
que ciñe en torno la mar,  
mi cuna fueron, y son  
mi cárcel siempre, y serán  
tal vez también mi sepúlcro,  
no tan rudo soy, ni tan  
salvage, que no conozca  
que en el mundo hay mucho mas.  
Esos tus libros lo dicen,  
á quien tanto culto das,  
y que te han dado esa ciencia,  
que profesas por mi mal.  
Tus labios también lo han dicho,  
complaciéndose en contar  
de tu vida los portentos,  
los recuerdos de tu edad.  
Y aunque nunca de tus libros

devorara á tu pesar  
 las páginas , y aunque siempre  
 hubieras cauto y sagaz  
 puesto en tus labios un sello  
 que guardara la verdad ,  
 que hay mundo, y cómo es el mundo,  
 por instinto natural  
 adivinara. Sí , padre,  
 baste de destierro ya.  
 Llévame donde hombre sea ,  
 y donde pueda lograr,  
 como hombre, amores , riquezas ,  
 poder y dominio.

MARCOLAN.

¡ Ah !

LISARDO.

Quiero, mando, poderío,  
 gloria , fama...

MARCOLAN.

Bien , tendrás

cuánto apetece Lisardo.

Y á tu padre dejarás  
 en este desierto solo,  
 decrepito... ¿ Quieres mas ?

LISARDO.

*(Con ternura.)*

Padre idolatrado, quiero  
 vivir como racional ;

MARCOLAN.

mas bajo tu amparo siempre.

¡ Mi amparo...! insensato estás.

¡ Mi amparo...! ¿ De qué te sirve,

si entras con la tempestad  
 de las humanas pasiones  
 del mundo en el hondo mar ?

¡ Ay, que entonces mi cariño,  
 mi ciencia , todo mi afán  
 de nada han de aprovecharte!

LISARDO.

*(Con entereza.)*

¡ De nada...? Pues bien está.

El aliento que me agita,

el encendido volcan

de valor y de denuedo,

que arde en mi pecho tenaz,

me bastan , señor, y sobran;

y suficientes quizás

para servirlos de apoyo

á vos, ó padre , serán.

*(Con resolucion.)*

Salgamos de estos peñascos.

Aquestos libros quemad.

Venid al mundo conmigo;

y vuestros ojos verán

que engendrateis un portento

de altas empresas capaz.

MARCOLAN.

*(Aparte.)*

Vuelve á exaltarse su mente.

Ya la lección convendrá,  
y que empiece á realizarse  
mi bien combinado plan.

(*Alto.*)

Hijo, Lisardo, sosiega  
tu ardiente pecho. Serás  
complacido por tu padre.  
Lograrás tu ansiedad.  
Pero de la noche el manto  
cubre el firmamento ya.  
Calma en sosegado sueño;  
calma, hijo mío, tu afán,  
(*Como soñoliento.*)

LISARDO.

De lo que hoy he padecido  
estoy, señor, en verdad  
tan fatigado,.. que empiezo  
dulce descanso á anhelar...  
Reposaré...

MARCOLAN.

(*Lleándole lentamente al fondo del teatro á la izquierda del  
espectador, donde habrá en tierra un lecho de ramas secas.*)

Sí, hijo mío.

(*Aparte.*)

Ya empieza el conjuro á obrar.  
Le tocaré con la vara,  
y al sueño se rendirá.

(*Le toca, y prosigue alto.*)

Sí, hijo mío, sí, descansa,  
pues convidándote está  
de secas algas el lecho,  
que aquí orillas de la mar  
halagan las blandas brisas  
que en torno volando están

LISARDO.

(*Acostándose en el lecho.*)

Sí, padre mío... Sí, padre...

El sueño ganando va  
mis sentidos... halagado  
por la esperanza que has  
dado á mi pecho... Esta noche  
soñaré felicidad. (*Queda dormido.*)

MARCOLAN.

(*Contemplándolo con cariño.*)

¡Hijo del alma...! ¡Hijo mío...!

En sueño profundo está.

Ahora desengaños sueñe

que pongan fin á su afán.

(*En medio de la escena en actitud imponente y solemne.*)

Espíritus celestes é infernales;  
genios del bien y el mal, que los destinos  
por ocultos caminos  
dirigís de los miseros mortales.

Al gran poder de mi saber profundo  
obedientes venid, que ya os aguardo,  
y al dormido Lisardo



mostrad en sueños cuanto encierra el mundo.

En vagas vaporosas ilusiones,  
y en fantásticas formas vea su mente  
cuanto anhela imprudente,  
y ancho campo ofreced á sus pasiones.  
(*Gira la vara en deredor.*)

Ya os miro en torno revolar, ya os veo,  
ó desde el centro de la tierra oscuro,  
ó desde el aire puro  
obedientes venir á mi deseo.

(*Se oye una música suave y armoniosa, y una voz dulce dice desde las bambalinas.*)

VOZ DEL GENIO DE LOS AMORES.

Yo, númen de los amors,  
le coronaré de flores,  
y atándolo en tiernos lazos  
colocaré entre sus brazos  
la mas insigne beldad.

Y encantado con su acento,  
y embriagado con su aliento,  
apurará en las delicias  
de sus amantes caricias  
la humana felicidad.

(*Suena á la izquierda del teatro una música llena y alegre, y en seguida dice una voz sonora:*)

VOZ DEL GENIO DE LA OPULENCIA.

Yo dispongo del oro y riqueza,  
y á tu mágico impulso obediente  
á sus ojos dormidos patente  
cuanto alcanza mi imperio pondré.

Y la pompa oriental y grandeza  
gozará venturoso en el sueño,  
y de inmensos tesoros el dueño,  
mientras dure el encanto, le haré.

Aróma y bálsamos  
respirará.

Sedas y púrpuras  
se vestirá.

Ricos alcázares  
habitará.

Y en la demencia  
de la opulencia  
se perderá

(*Suena á la derecha una banda de música militar, tocando una marcha guerrera, y dice una voz robusta:*)

VOZ DEL GENIO DEL PODER.

Yo, que de la ambicion y de la gloria

el genio soy audaz,  
 su pecho tornaré con mi alta llama  
 en hoguera voraz.

El lauro ceñirá de la victoria  
 su envanecida sien,  
 y su nombre en los cantos de la fama  
 escuchará tambien.

Y un pueblo rendido  
 á sus pies verá,  
 y desvanecido  
 lo dominará

*(Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lígubre bajo el tablado, y luego dice desde allí una voz áspera y satánica:)*

#### VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Yo marchitaré  
 las lozanas flores.

Yo envenenaré  
 los dulces amores.

Y en horrores  
 sus delicias tornaré.

La riqueza  
 y grandeza  
 afán

serán

de su pecho,

por la avaricia y el terror deshecho.

Y la indomable ambicion

su corazon

al crimen arrastrará,

y en hondo precipicio lo hundirá.

MARCOLAN.

*(Estendiendo la vara á un lado y otro.)*

Comenzad, genios que me estais hablando,

el orden proseguid de mis conjuros,

dentro en la mente del dormido dando

formas visibles á los aires puros.

*(Entra en su gruta: se sienta, coloca á sus pies un reloj de arena, y prosigue leyendo en la mayor abstraccion, permaneciendo así hasta el fin del drama.)*

#### ESCENA II.

*Cruzan el teatro en todas direcciones ligeras gasas transparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, á la ambicion y al crimen, y se van reuniendo al fondo del teatro, y delante del lecho de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillon sale zórea cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco á poco en notas aisladas, y que van siendo imperceptibles. Se disipa luego repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardín, iluminado por la luz de la aurora. El lecho de Lisardo alzado un poco del suelo y formado con flores, y cubierto por un pabellon de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido*

*Lisardo, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá tambien un asiento rústico en medio del teatro, y caerá el velo que cubre á Zóra, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolán, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá así inmutable durante todo el drama, por mas cambios de decoraciones que se verifiquen.*

LISARDO.

*(Incorporándose como admirado, y mirando á todos lados.)*

¡Cielos...! En el mundo estoy.

Mi padre no me engañó.

Del islote me sacó.

Hombre cual los hombres soy.

No hay duda... ¡ felice yo !

*(Se levanta y corre de una parte á otra, pero sin reparar en Zóra, que estará á un lado cogiendo flores.)*

¡ Oh ! ¡ qué risueño jardín !

...Y no lo circunda el mar.

—Desde aqui podré volar

por uno y otro confin...

¿ Quién me lo puede estorbar...?

¡ Cuán gozoso y satisfecho  
miro el matutino albor ?

Una y otra linda flor,

¡ qué aromas dan á mi pecho !

...¡ Oh que vida...! ¡ Qué calor !

Aquí no escucho el bramido  
de las olas, que decia  
pavoroso noche y dia :  
*pobre Lisardo nacido ,  
bajo estrella tan impia.*

No, que el risueño murmullo  
de auras, hojas, aves, fuentes  
dan acentos diferentes,  
que son dulcísimo arrullo  
de mis venturas presentes.

—¿ Mas qué me detengo aqui ?

Por linda que esta mansion

halague mi corazon,

aun estrecha es para mí.

Volemos á otra region.

*(Repara en Zóra, y queda sorprendido.)*

¿ Qué es... ¡ oh Dios...! lo que alli veo ?  
Solo en el jardín no estoy...

¡ Ah ! que realizando voy  
cuanto anheló mi deseo,  
y toda ventura es hoy.

¡ Una muger...!!! Si, y aquella  
que en sombra leve y fugaz  
turbando mi eterna paz,  
vió siempre gallarda y bella  
mi delirio pertinaz.

Si, la misma que mis ojos  
en ilusion vieron vana,

ya en los perfiles de grana,  
que ornan los celages rojos  
de lá encendida mañana ;

Ya entre las orlas de espuma  
del adormecido mar ,  
sobre las playas triscar ,  
leve como leve pluma,  
y mi pecho arrebatár.

Y pues la suerte dichosa ,  
que hoy dirige mi destino ,  
portento tan peregrino ,  
de mis afanes tal diosa  
me presenta en mi camino.

Corro á exhalar á sus pies ,  
completando mi ventura ,  
el alma, que en llama pura  
volcan encendido es  
desde que vi su hermosura.

( *Se acerca con timidez á Zóra.* )

Angel celestial...

ZÓRA.

( *Con sencillez y naturalidad.* )

Lisardo.

LISARDO.

( *Aparte sorprendido.* )

¿ Sabe, cielos , quién soy yo... ?

Sin duda , pues me nombró...

ZÓRA.

Hace tiempo que os aguardo.

LISARDO.

( *Dudoso.* )

¿ Vos... me conoceis... ?

ZÓRA.

¿ Pues no ?

LISARDO.

( *Con vehemencia.* )

Y yo os conozco también ,  
y ando tras de vos perdido ;  
y que tan solo he nacido  
para estar, pienso, ó mi bien ,  
á vuestro encanto rendido.

ZÓRA.

¿ Pero mi nombre ignorais... ?

LISARDO.

¡ Ah... ! Solo sé que os adoro ;  
todo lo demás lo ignoro.

ZÓRA.

¿ Y de mí qué deseais ?

LISARDO.

( *Arrebatado.* )

Amor... vuestro amor imploro.

ZÓRA.

¿ Amor... ? ¿ Qué decís , Lisardo... ?

¿ Olvidais que Zóra soy... ?

¡ Ah... ! jamás os vi cual hoy.

De veros tal me acobardo

y temblando toda estoy.

LISARDO.

Mi encanto, mi único bien ,

mi tesoro, mi alegría...

O lumbre del alma mía ,

no miedo, lástima ten

de mi amorosa agonía...

Para tí solo respiro,



y sin tí quiero la muerte.

¿Qué es vivir sin poseerte?

ZÓRA. (*Turbada y vergonzosa.*)

Lisardo... Yo me retiro.

LISARDO. ¿Puede mi amor ofenderte...?

¿Te ofende...? No seas cruel,

oye mi llanto, mi ruego.

ZÓRA. Crece mi desasosiego...

retírome del vergel.

LISARDO. (*Deteniéndola.*)

¿Sin responder á mi fuego...?

¡Ah...! Esperad, ó bella Zóra,

mas bella que la mañana.

¡Ay...! Esa encendida grana

que vuestro rostro avalora

¡cuánto, cuánto os engalana!

(*Hincando una rodilla.*)

Piedad de mí.—No, no quiero

la vida sin vuestro amor.

Si dura tanto rigor,

si teneis pecho de acero

me moriré de dolor.

ZÓRA. (*Conmovida.*)

¡Lisardo...! ¡Lisardo...! ¡Ay Dios!

...No penseis que el pecho mio...

LISARDO. ¿Cuánto á mi pasión da brio

la inquietud que advierto en vos!

ZÓRA. Y yo... basta... ¡oh desvarío...!

LISARDO. (*Tomándola una mano y besandosela con ansiedad.*)

No basta... no... que un volcan

es mi pecho. El corazón

arde. Y crece una pasión

en mí tan gigante, tan

de indómita condición,

Que... ¡Zóra...! ¡Zóra...! piedad...

(*Abatido.*)

No sé lo que pasa en mí.

Nunca en mi alma conocí

tan quemadora ansiedad...

(*Con vehemencia.*)

Amame, ó me muero aquí

ZÓRA. (*Con acento enternecido.*)

¡Mi Lisardo!

LISARDO. (*Enagenado.*) ¡Oh deliciosa

voz, cual no escuché jamás,

y que embriagándome estás

el alma...!

ZÓRA. (*Tímida.*) Seré tu esposa...

¿Puedes, di, pretender mas...? dime.

LISARDO. (*Con ansiedad.*)

Sí, mi esposa... y ¿me amas...? dime.

ZÓRA. (*Con ternura.*)



- Te amo... sí.  
 ( *Levantándose fuera de sí.* )  
 LISARDO. No puede ser  
 que aun hombre mate el placer,  
 si aun vivo.—¡ Oh dicha sublime !  
 ¡ Cielos, me ama una muger!!!  
 ( *Abraza á Zóra.* )  
 ZÓRA. Pero no basta, Lisardo,  
 que cual me dices me adores,  
 ni que corresponda amante  
 mi pecho á tus intenciones ;  
 pues para ser yo tu esposa ,  
 y darte de esposo el nombre,  
 es preciso que mi padre,  
 que habita un albergue pobre,  
 en lo mas repuesto y solo  
 de estos intrincados bosques ,  
 me conceda su permiso,  
 bendiga nuestros amores ,  
 y que en sus manos me jures  
 ante Dios y ante los hombres  
 la fé del estrecho lazo,  
 que solo la muerte rompe.  
 LISARDO. ( *Impaciente.* )  
 Obstáculos á mi anhelo...  
 ¿ Quién indiscreto los pone...?  
 ZÓRA. ( *Asustada.* )  
 ¡ Lisardo...!  
 LISARDO. ( *Confuso.* ) No... Zóra mia.  
 A tu voluntad conforme  
 corro á buscar á tu padre  
 para que grato corone  
 esta dicha , que en la esfera  
 del sol radiante me pone.  
 Vamos , pues... Mas si insensato  
 se opusiese...  
 ZÓRA. ( *Consternada.* ) ¡ Oh Dios...! ¿ Entonces...?  
 LISARDO. ( *Resuelto.* )  
 Amándome tú , en el mundo  
 no habrá quién mi dicha estorbe.  
 ( *Van á marchar y sale Liseo, viejo, con túnica negra, barba blanca, y apoyado en un báculo, y los detiene.* )  
 LISEO. Ten el paso, que á tu encuentro  
 salgo para que la logres.  
 Padre amoroso de Zóra  
 seguila á este sitio, donde  
 he escuchado tus palabras,  
 escondido entre esas flores.  
 Y la llama conociendo  
 que arde en vuestros corazones,  
 y que en tí feliz encuentra  
 mi adorada prenda el hombre

mas capaz por su cariño,  
y mas dignos por sus dotes  
de asegurar su ventura,  
de merecer sus favores,  
por esposa te la otorgo  
ante Dios y ante los hombres.  
Y bendeciré este enlace,  
que hasta la muerte te impone  
el compromiso sagrado  
de ser su amparo, su norte,  
su firme amante, y su dicha ;  
si á jurarme te dispones  
el cumplir eternamente  
tan santas obligaciones.

LISARDO.

( *Con decision.* )

Yo lo juro por los cielos ,  
anciano, y airados sobre  
mi frente su ira tremenda  
y su maldicion desplomen,  
si quebranto el juramento,  
que ahora de mis labios oyes.

LISEO.

( *Abrazándolo.* )

Pues ahora ven á mis brazos  
para que ellos te coloquen  
en los de tu amante esposa,  
que tu tierno amor coronen.

( *Entrega Zóra á Lisardo y se abrazan estrechamente.* )

LISARDO.

( *Con agitada vehemencia.* )

Celeste luz de mi dichosa vida,  
astro de amor y de delicias lleno,  
ven , y descansa en mi agitado seno,  
que ardiente apenas puede respirar.

Ven , que al tenerte en mis convulsos brazos,  
al alentar tu embalsamado aliento,  
una existencia tan divina siento  
por mis estrechas venas circular,

Que juzgo que en el cielo es imposible  
mas venturoso ser.—Ven , ó alma mia;  
miro en tu rostro un sempiterno dia,  
en tus ojos un sol eterno arder.

Todo el confuso afan de mis delirios,  
todas las ilusiones de mi mente  
hoy se realizan, al besar tu frente:  
...desfallezco de gozo y de placer.

( *Cae sentado con Zóra en el asiento rústico que estará en medio de la escena,  
y Liseo se coloca detras estendiendo los brazos sobre ambos.* )

*El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de tórtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y sale por un lado y otro una tropa de salvajes y de sílfidas que bailan en derredor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo á Lisardo y á Zóra ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza se retiran, y*

con ellos Liseo. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él Lisardo y Zóra como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la

## VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay mas.

El tiempo perdiendo estas.

¿Qué es belleza

sin riqueza...?

busca riqueza, riqueza tendrás.

Lisardo, en el mundo hay mas.

(*Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.*)

ZÓRA.

¿Qué, Lisardo, te suspende...?

Yo no sé qué advierto en ti.

¿No eres venturoso...? dí...

...Algo tu anhelo pretende.

LISARDO.

¡Ay Zóra! si. Aunque tu amor

es el aura que respiro,

y aunque dichoso me miro

de tu encanto poseedor,

A las dichas de mi pecho

y á tu divina hermosura

esta soledad oscura

me parece campo estrecho.

ZÓRA.

(*Con ansiedad y ternura.*)

¿Aquí contento no estás...?

LISARDO.

(*Con vehemencia.*)

A tu lado hermosa mía,

toda mi alma es alegría.

*Suena bajo el tablado la*

## VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Pero hay en el mundo mas.

ZÓRA.

¿No te encantan estas flores

por las auras regaladas,

que risueñas y esmaltadas

dan balsámicos olores?

¿No esta pomposa techumbre

de verdes hojas y ramos,

bajo de la cual gozamos

del sol templada la lumbre?

¿No de este prado las galas?

¿No el murmullo de estas fuentes?

¿No esas nubes transparentes,

que el viento lleva en sus alas?

¿No la quietud en que estás?

¿Esta calma...? ¿Esta alegría?

LISARDO.

(*Que habrá estado muy pensativo mientras ha hablado Zóra, se vuelve à ella y la abraza con entusiasmo.*)

Si, me encantan, Zóra mía..,

Pero hay en el mundo mas.  
*(Levantándose y creciendo su agitación.)*

Hay mas. Si. Lo anhele todo  
 para tí solo, mi amor;  
 pues fuera duro rigor  
 vivir siempre de este modo.

Cubran cimbrias esmaltadas,  
 bronce y mármol tu beldad;  
 no en obscura soledad  
 las silvestres enramadas.

Dénte sus suaves olores,  
 embalsamando el ambiente,  
 quemadas gomas de Oriente,  
 mejor que rústicas flores.

Los sonoros instrumentos  
 den á tu descanso arrullo;  
 no de un arroyo el murmullo,  
 ni de una ave los acentos.

Ornen tu frente gentil  
 oro, perlas y diamantes;  
 que esas flores rozagantes  
 parécenme adorno vil.

El orbe admirado vea  
 nuestro fuego sin segundo,  
 templo magnífico el mundo  
 de tu alta hermosura sea.

Pompa, riquezas deseo.  
 ¿Qué es sin ellas la beldad...?  
 ¡Abasado en la ansiedad  
 de la opulencia me veo!

*(Cayendo en repentino abatimiento, y paseándose sin hacer caso de Zóra.)*

¿Mas cómo lograrla yo...?

¿Hay mas grande desventura?

ZÓRA. *(Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que lo sigue despues inquieta.)*

¿Mi cariño, mi ternura  
 no te bastan...?

LISARDO. *(Con despego.)* Zóra, no.  
*(Volviendo en sí y abrazándola.)*

Con toda el alma te adoro;  
 pero hay en el mundo mas.

ZÓRA. *(Afligida.)*

¿Te importuna ya quizas...?

LISARDO. *(Fuera de sí.)*

Ansio la pompa y el oro.

El brillo de las riquezas  
 es quien da brillo á los nombres...  
*(Creciendo su inquietud.)*

...¿Cómo consiguen los hombres  
 los tesoros y grandezas?

Si no los logran mis brazos,  
 ni los alcanza mi aliento.



el frenesí que en mí siento  
me hará el corazón pedazos.  
ZÓRA. *(Poniéndosele delante muy afligida.)*  
¡Lisardo...!  
LISARDO. *(Recibiéndola en sus brazos.)*  
Ven, Zóra mía,  
ven, que te idolatro, si.  
Pero vivir siempre aquí,  
vivir en cárcel sería.  
Si no logro mis anhelos,  
y si es en la soledad  
obscura felicidad  
la que me otorgan los cielos;  
Como te tenga á mi lado,  
no me importará volver  
al peñasco donde ayer  
era tan desventurado.  
O al fin burlando el rigor  
de tan obscuro existir  
entre tus brazos morir...  
¡esto fuera lo mejor!  
*(Se reclina abatido en el hombro de Zóra.)*

*Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver á lo lejos un magnífico palacio, se oyen un cuerno de caza, caracoles y ladridos. Se reanima Lisardo mirando sorprendido á todas partes, y salen Clorinardo y Fineo, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro caballeros lo mismo, y una tropa de monteros y villanos, unos con perros de caza, otros con azores.*

CLORINARDO. Ya en el zenit sentado  
la viva lumbre de su eterna llama  
por los campos derrama  
con tanta furia el sol, que bosque y prado  
mustias miran sus ramas y sus flores.  
Y ahogados de calor los cazadores,  
y de sed abatidos los lebreles  
no encuentran ya mas fieras  
que herir gallardos, ó acosar crueles,  
por estos campos, montes y riberas.  
Ni mira el gerifalte  
ave pintada, que veloz esmalte  
las leves nubes que ornán el espacio.  
Si os parece. Lisardo generoso,  
vamos á tu magnífico palacio  
á disfrutar de plácido reposo:  
que no ha sido perdida la mañana,  
pues caza habemos hecho  
que debe de dejarte satisfecho,  
y de ella nuestra gente estar ufana.  
FINEO. Es, amigo Lisardo,  
tan rica y abundante  
que escede á lo que pinta Clorinardo.



*(Señalando al lado por donde salieron.)*

Ahí la tienes delante.

A examinarla ven, pues imagino  
que quedará saciado tu deseo,  
rindiendo por trofeo  
al encanto divino  
de tu adorada esposa,  
que es de tu pecho y de estos valles diosa,  
tanta fiera postrada,  
ya por vuestros venablos humillada,  
ya por los fieles perros  
que atruenan con ladridos estos cerros.  
Tanta garza real, y aves tan raras,  
á que cortara el vuelo  
ó la acerada punta de las jaras,  
ó el neblí volador allí en el cielo.  
Ni un solo tiro ha errado Clorinardo.  
Ven á verlo por tí, noble Lisardo.

CLORINARDO.

Di mejor que la caza de este día  
se debe á tu destreza y valentía.  
generoso, Fineo.

LISARDO.

*(Acercándose con Zora al bastidor, y manifestando gozosa admiración.)*

¡Ah...! Sí, amigos, ya veo  
con admirados ojos  
rendidos á mis pies tantos despojos.  
¡Qué feroces y rudos javalies!  
¡Qué cervales rodados!  
¡Cuántos ligeros corzos y venados!  
—Muy bien han trabajado los neblíes,  
según la inmensa suma  
de aves gallardas de brillante pluma,  
que llenan de placer la vista mía.  
¡Ay mi Zóra adorada!  
¡No estás de este espectáculo encantada?

ZÓRA.

*(Con sencillez.)*

A mí solo me encanta tu alegría.

LISARDO.

*(Con ternura.)*

Y amí tu amor. *(Impaciente.)*

Pero al palacio vamos,

y ni un momento mas nos detengamos.

*(Vanse Clorinardo, Fineo, los cazadores y villanos, y al ir á salir Lisardo y Zóra cambia la decoración.)*

### ESCENA III.

*Magnífico salón adornado fantásticamente de mármoles, broncees y ricos cortinajes. LISARDO y ZÓRA, que iban á salir, retroceden admirados al medio de la escena.*

LISARDO.

*(Sorprendido.)*

¡Cielos...! ¡Cielos...! ¡deliro?

## A mi afán sobrepuja cuanto miro.

*Salen por un lado cuatro pages ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto salen cuatro damas, con iguales azafates con vestidos y joyas para Zóra. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejos de metal, y delante de uno visten los pages á Lisardo, y las damas á Zóra delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zóra queda como indiferente á todo en el puesto en que la vistieron. Y Lisardo, despues de examinarse á sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos á Zóra, y corre á abrazarla transportado de alegría.*

LISARDO.

¡ Qué hermosa estás así !  
 ¡ Qué bien adornan tu lozana frente  
 el oro y el rubí  
 con la cándida perla del oriente !  
 ¡ Oh cuán gallarda estás  
 de seda con la ropa rozagante !  
 ¡ Y cuánto luce mas  
 la nieve de tu seno palpitante !

(La abraza.)

Abrázame, mi amor.  
 Nada iguala las dichas que hoy poseo.  
 Mi ventura es mayor  
 que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZÓRA.

(Con tierna sencillez.)

Yo como en el vergel  
 soy en este palacio venturosa,  
 pues aquí como en él  
 logro llamarme tu querida esposa.

LISARDO.

(Despues de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso el salon.)

(Despues de abrazarla cariñosamente, y reconociendo dudoso  
 ¿ Dónde. Zóra, estarán  
 los tesoros inmensos y riqueza,  
 que fundamento dan  
 á tanta pompa y sin igual grandeza...?)

*Salen Natalio, viejo, ricamente vestido con una pértiga de plata en la mano, y detras de él, de dos en dos y en buen orden, armenios, persas, indostaneses, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros, y en las manos y en los hombros, traen las diferentes riquezas que se enumeran en la relacion siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso orden y aparato todos aquellos objetos.*

NATALIO.

(Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zóra.)

Esclarecido Lisardo,  
 señor á quien raverencian  
 por su dueño estos contornos,  
 por su amparo estas aldeas.  
 Yo, intendente de tu casa  
 y colector de tus rentas,

te presento el rendimiento,  
que ofrecen lejanas tierras  
á tus plantas en tributo,  
pábulo de tu opulencia.

*(Van pasando las comparsas presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.)*

El monte Ofir granos de oro,  
el mar de oriente sus perlas,  
sus pedrerías Golconda,  
sus ricos tegidos Persia,  
sus perfumes el Arabia,  
China matizada seda,  
Libia sus rizadas plumas,  
vistosas pieles Siberia,  
marfil Orisa, Sidonia  
púrpura, cristal Venecia,  
y cuanto el arte produce,  
modifica y hermosea.  
Todo esto, señor, es tuyo;  
feliz disfrútalo, y sean  
eternidades los años  
que goces tantas riquezas,  
en los brazos de tu esposa,  
y en la quietud de esta tierra.

*Después que los comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciendo una profunda reverencia á Lisardo, les hace señal con la pértiga de plata, y vanse de dos en dos: detrás de él Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige después á Zóra, que habrá conservado su sencilla indiferencia.*

LISARDO.

Bella Zóra, mi bien, qué alta ventura  
es para mí ofrecer hoy á tus plantas  
la inmensa suma de riquezas tantas  
como debido obsequio á tu hermosura.

Con tal tesoro y con tan linda esposa,  
¿qué mas puede anhelar el ansia mía?  
Mas allá no es posible en la alegría  
que en mi saciado corazón rebosa.

¿No estás contenta...? di.

ZÓRA.

Siempre á tu lado,

si me quieres, Lisardo, estoy contenta.  
Es mi dicha tu amor, ora opulenta,  
ora indigente: como plazca al hado.

LISARDO.

*(Abrazando á Zóra.)*

Me enagena el placer, Zóra querida.  
Mas dicha apetecer fuera demencia,  
que en tus brazos gozar y en la opulencia  
el breve curso de la humana vida.

¡Ah! venga á contemplar tanta ventura  
el mundo todo, y su deidad te aclame.

Venga ; y el hombre mas feliz me llame  
por dueño de tu amor y tu hermosura.

*(Salen Fineo y Clorinardo con cuatro caballeros de los que salieron de cazadores, y todos vestidos de gala.)*

FINEO.

*(Muy rendido.)*

Ya que estareis descansados ,  
ó Lisardo, ó linda Zóra ,  
á obsequiaros y á serviros  
nuestra amistad fina torna.

CLORINARDO.

Y á contemplar, si permites ,  
estas riquezas , que adornan  
tu magnífico palacio,  
y tu ventura coronan.

*(Se acerca á los aparadores con los cuatro caballeros.)*

LISARDO.

*(Obsequioso.)*

Seais entrambos bien venidos  
á ver cuánto es venturosa  
mi suerte, y como los cielos  
hoy de sus dones me colman.

FINEO.

*(Acercándose muy rendido á Zóra.)*

¡ Oh qué bella resplandece  
vuestra noble faz , señora ,  
sol que ilumina las almas  
de cuántos miraros gozan !

ZÓRA.

*(Con sencilla indiferencia.)*

Siempre galante, Fineo,  
sois en palabras y en obras.

LISARDO.

Pero hoy la verdad te dice;  
que eres un prodigio, Zóra.

CLORINARDO.

*(Repasando con ávidos ojos las riquezas.)*

Ved , amigos , qué portentoso  
de tesoros se amontona  
en estos aparadores.

¡ Dichoso quien tanto logra !

*Clorinardo y los caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zóra: aquel con vehemencia, y esta sosegada. Y Lisardo, que se habia mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado como siempre la*

#### VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Es acechada

la belleza.

Es codiciada

la riqueza.

FINEO.

De cuantos ricos tesoros ,  
de cuantas soberbias joyas  
en su espacioso recinto  
este alcázar atesora ,  
es el mas resplandeciente,  
es la mas encantadora



el de la belleza suma  
de vuestras divinas formas ;  
el de la espresiva gracia  
de vuestras acciones todas.  
Y venturoso Lisardo...

ZÓRA.

Cesen ya vuestras lisonjas.  
Con tener ese tesoro,  
con poseer tan rica joya ,  
á los ojos de Lisardo  
me tengo por venturosa.

*(Siguen hablando entre sí.)*

CLORINARDO.

*(Siempre recorriendo los aparadores.)*

¡ Oh qué envidiable opulencia !  
El alma me tiene absorta.

*(Sigue hablando con los suyos.)*

LISARDO.

*(Desde que oyó la voz corre desalentado, ya á escuchar lo que hablan Fineo y Zora, ya á espiar á Clorinardo y á los cuatro caballeros, y convulso y despechado se para á un lado y dice aparte.)*

¡ Ah...! ¡ Clorinardo...! ¡ Fineo !

con su presencia me ahogan ;  
de uno las dulces palabras ,  
de otro las miradas torvas ,  
toda el alma me envenenan ,  
todo el pecho me destrozan.

...Codician , sí , mis venturas...

Las acechan... Me las roban...

—El corazon me atormentan

tal temor y tal zozobra

siento en mí , tales recelos ,

tales ideas se agolpan

en mi acalorada frente ,

que en una sima espantosa

de tormentos insufribles

y de infernales congojas

me confundo.—¡ Cielos....! ¡ cielos !

¡ Qué dice Fineo á Zóra...?

¡ Clorinardo qué proyectos

dentro de su mente forja?

*(Resuelto.)*

¡ Ah! devórellos la llama

que mi airado pecho brota.

...No tengo espada , no tengo

espada... ¡ No...! Mas ¡ qué importa ?

tengo brazos , y con ellos

y con mi esfuerzo me sobra

para hacer cien mil pedazos

al que intente...

*(Conteniéndose.)*

¡ Dó me arroja

mi furor...? ¡ Ah! reprimirme

tal vez me conviene ahora ,

que cuando hay que perder mucho



la decision no es tan pronta.

*(Alto y con voz templada.)*

O Clarinarado, ó Fineo,  
escuchadme, amigos, ola.

CLORINARDO.

*(Acercándose muy solícito.)*

¿En qué podemos servirte?

FINEO.

*(Acercándose.)*

Dispon de nuestras personas.

LISARDO.

*(Turbado.)*

Aun mas descanso quisiera,  
que está fatigada Zóra.

FINEO.

Al punto nos retiramos;  
nuestra imprudencia perdona.

CLORINARDO.

Tornaremos cuando gustes,  
porque nos anima sola  
el ansia de complacerte.

FINEO.

*(Mirando à Zora.)*

¡Oh qué muger tan hermosa! *(Vase.)*

CLORINARDO.

*(Mirando à los aparadores.)*

¡Oh que envidiable riqueza!

*(Vase con los cuatro caballeros.)*

LISARDO.

La rabia mi pecho ahoga.

*(Queda sumergido en honda y sombría meditacion, y Zóra, despues de observarle con afan, corre à él con la mayor ternura.)*

ZÓRA.

Mi Lisardo, mi esposo,  
mi único bien... ¿qué tienes?

¿A abrazarme no vienes...?

¿Se ha entiviado tu amor?

Turbado, cuidadoso  
desque riquezas tantas  
contemplas á tus plantas,  
te miro con dolor.

LISARDO.

*(Agitadísimo.)*

Aparta, que tu voz de una manera  
vibra en mi corazon  
que no puedo esplicar aunque quisiera;  
y me llena de furia y confusion.

ZÓRA.

*(Afligida.)*

Lisardo, consternada  
¡oh mísera infelice;  
lo que tu labio dice  
me ha dejado. ¡Ay de mí!

¿En tu mente agitada  
qué feroz pensamiento  
reina en este momento,  
que te ha mudado así?

LISARDO.

Reinan, ó Zóra, en mi confuso pecho  
tal zozobra y afan,  
que tienen ¡ay! mi corazon deshecho,  
y mi alma rota envenenando están.

Tu hermosura y tu amor en mi garganta  
son áspero cordel,

y en torno veo entre riqueza tanta,  
de engaños y de sustos un tropel.

ZÓRA.

(*Con gran ternura.*)

Esplicame, Lisardo,  
la pena que te oprime.  
Lo que en tí pasa dime.  
¡Ay! me muero sinó.

Habla, que ansiosa aguardo,  
de tu amargo delirio,  
de tu afan y martirio,  
ser el consuelo yo.

LISARDO.

(*Abatido, aparte.*)

¡Ay...! un lábio tan puro y delicioso  
¿podrá, cielos, mentir...?  
...Acaso... No: imposible.—¡Qué horroroso  
entre duda y recelo es el vivir!

(*Alto.*)

¿Qué te decia tan galan Fineo?  
¿De qué, dime, te habló?  
Solo el averiguarlo es mi deseo;  
dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZÓRA.

Yo, Lisardo, gustosa  
referírtelo quiero;  
rendido y lisonjero  
elogió mi beldad.

Me dijo que era diosa  
de almas y corazones...

(*Turbada al mirar el semblante de Lisardo.*)

Mas ¡pálido te pones,  
y crece tu ansiedad...?

LISARDO.

(*Furioso.*)

¡Cielos! ¿Y tú gozosa lo escuchaste...?  
¿Y lo osas repetir...?

¿Qué veneno en mi pecho derramaste?  
¿En qué sima infernal me vas á hundir?  
(*Con ansiedad.*)

ZÓRA.

¡Lisardo...! ¿Qué te altera?  
No eres tú el que querias  
de nuestras alegrías  
testigo el mundo hacer?

Y ahora de esa manera,  
porque me elogia el mundo,  
en rencor furibundo  
miro tu pecho arder.

Y feroz y celoso  
de mi fé pura y santa,  
con injusticia tanta  
te atreves á dudar.

Vuelve en tí, dulce esposo;  
injustos son tus celos,  
lo juro por los cielos...  
Ven... tórname á abrazar.

Ven, injusto Lisardo,  
y á la selva tornemos,  
donde tantos estremos  
á tu amor merecí.

Pues tiemblo y me acobardo  
al mirar tu semblante  
inquieto y delirante,  
desde que estoy aquí.

LISARDO. *(Que durante la relacion anterior habrá caído en profundo abatimiento, se arroja en brazos de Zóra.)*

¡Ay de mí...! ¡Zóra...! tu divino acento  
bálsamo es celestial,  
que de mi corazon calma el tormento.  
Ven á mi seno, esposa angelical.

¡Ah...! perdona á mi amor puro y ardiente,  
ó divina muger,  
que en furia se convierte de repente  
si teme que tu encanto va á perder.

Sí, estoy seguro de que nadie puede  
tu tierno corazon  
robarme, porque es bronce, que no cede  
al golpe de la inicua seducción.

Mas otro susto, aunque menor...

ZÓRA. *(Dudosa.)* ¡Lisardo!

LISARDO. Zóra, ¿no viste, di,  
la envidia y ansiedad de Clorinardo  
al ver estas riquezas que hay aquí?

ZÓRA. ¿Las codicia tal vez...?

LISARDO. Robarlas quiere.

Mas no las robará,  
aunque con esos cómplices viniere,  
con los que acaso un plan ha urdido ya.

Mas no tengo, entre tanto como tengo,  
una espada... Y tal vez...

*(Resuelto.)*

Mas no importa, que en tanto que la obtengo  
me sobran mi denuedo y mi altivez.

*(Recorre inquieto la escena, y Zóra le sigue con la vista.)*

*Suena debajo del tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Amparo de la belleza,  
defensor de la riqueza  
es el poder.

El da al hombre  
gloria y nombre,  
fama eterna, eterno ser.

*(Lisardo, que oye esta voz, viene al medio de la escena, y queda pensativo.)*

ZÓRA. *(Acercándose á Lisardo.)*

¡Qué nueva inquietud, Lisardo,

noto en tu semblante yo ?  
 ¡ Qué otro nuevo pensamiento,  
 agita tu corazon ?

LISARDO.

Contemplando estaba , Zóra ,  
 que cuando el cielo me dió  
 de tu beldad el tesoro,  
 con el inmenso valor  
 de esas riquezas , dominio  
 y poder darme debió,  
 para ser de tí y de aquellas  
 el amparo y proteccion.  
 Y porque al cabo ¿ qué sirven  
 del mundo en este rincon  
 un palacio, esas riquezas ,  
 tanta dicha , tanto amor ?  
 Mi ardorosa fantasía  
 y mi activo corazon  
 han menester mas espacio,  
 y una esfera superior.  
 Hombres á quienes el cielo  
 el temple que tengo yo  
 les concede, necesitan  
 dar muestras de su valor:  
 tener mando y poderío,  
 y un renombre, que en la voz  
 de la fama , imponga al mundo  
 respeto y admiracion.

ZÓRA.

(*Asustada.*)

¡ Lisardo...!

LISARDO.

Sí , Zóra mia.

No puedo ocultarlo, no.  
 Arde en tan activo fuego  
 mi gigante corazon ,  
 que es estrecho este recinto  
 para estender su esplosion.  
 Quiero volar á otro espacio,  
 y de gloria y nombre en pós  
 quiero recorrer el mundo;  
 quiero...

ZÓRA.

(*Afligida.*) ; Desdichada yo !  
 Abandonar, ó Lisardo,  
 esta opulenta mansion,  
 y el delicioso sosiego  
 que el cielo te concedió;  
 despreciando estas riquezas ,  
 y mis brazos , y mi amor.  
 ¡ Insensato!

LISARDO.

Zóra mia ,  
 porque crece la pasion  
 con que te adoro, deseo  
 gloria y poderío yo.  
 Ya á mis ojos esas joyas ,

que adornan tu frente, son  
vil adorno, aunque tan rico:  
quiero dártelo mayor,  
del poder y de la gloria  
el eterno resplandor,  
y el de un nombre esclarecido,  
y el de un soberbio blason.  
Quiero que atónito el mundo,  
al verte diga á una voz,  
amante no, reverente,  
con mas respeto que amor:  
«Esa, esposa es de Lisardo,  
del que el orbe dominó;  
del que igual no reconoce  
en cuánto descubre el sol.»  
Me estremece tu osadía,  
me confunde tu ambicion.  
La dulce paz de las selvas  
tu delirio desdeñó,  
y la opulencia tranquila  
ya cansa á tu alma feroz.  
¡Ay Lisardo!

ZÓRA.

LISARDO.

Amada esposa,  
tu encanto, tu tierno amor  
son los que me empujan solo  
á ansiar el verme mayor.

(Agitado.)

Cielos... cielos. Concededme  
camino por donde yo  
consiga poder y gloria...  
Presentadme una ocasion  
para que conozca el mundo  
dónde alcanza mi valor.

(Fuera de sí.)

Todas aquellas riquezas,  
que ya despreciables son  
á mis ojos, trocaria  
por mirarme triunfador  
en un campo de batalla,  
por ver á mi altiva voz  
cien legiones obedientes,  
por oir en la aclamacion  
de un pueblo entero mi nombre,  
llegar al trono del sol.

¿Por qué estas delgadas sedas  
templado acero no son...?

¿Por qué estas joyas en armas  
no cambia la suerte...? ¡Oh!

ZÓRA.

(Muy afligida.)

Lisardo, Lisardo mio...

¡Ay, que fuego arde feroz  
en tus ojos...! Cuál tu pecho



agitado...

(*Va á abrazarlo.*)

LISARDO.

(*Rechazándola fuera de sí.*)

Aparta, no...

Peligros, fatigas, todo...

Hasta crímenes...

ZÓRA.

(*Retrocediendo asustada.*)

¡Qué horror!

LISARDO.

Logre por cualquier camino  
poder y dominio yo.

(*Queda en la mayor agitacion.*)

*Suenan á lo lejos trompas y timbales. Se estremece Lisardo, y queda pasmada Zóra. En seguida se oye rumor de pueblo. Corre Lisardo desatentado de un lado á otro, y suenan voces dentro.*

VOCES.

(*Dentro.*)

Viva nuestro general,  
viva el valiente Lisardo.

OTRAS VOCES.

(*Dentro.*)

Defendiéndonos gallardo  
adquiera nombre inmortal.

ZÓRA.

(*Admirada.*)

¡Lisardo...! ¡Cielos!

LISARDO.

(*Abrazándola enagenado.*)

Zóra... ¡esposa mia...!

ZÓRA.

¡Escuchas?

LISARDO.

Ya escuché... ¡Dichoso día!

*Sale Arbolan ricamente vestido, con seis caballeros armados, y dos pages que en bateas de plata traen, uno una coraza y un casco magníficamente empenachado, y otro un escudo, una espada y un manto, y salen tambien una tropa de guerreros y otra de pueblo.*

GUERREROS.

Viva nuestro general:  
viva el valiente Lisardo.

PUEBLO.

Defendiendonos gallardo,  
adquiera nombre inmortal.

ARBOLAN,

Lisardo generoso,  
de tu valor y esfuerzo noticioso,  
nuestro gran rey me envía  
para en su nombre el mando  
darte de sus ejércitos; ansiando  
que defiendas su estensa monarquía,  
que hoy las falanges bárbaras circundan,  
y de sangre y de lágrimas inundan.  
Viste la noble malla,  
empuña altivo el fulminante acero,  
y en reñida batalla  
rinde y destroza al enemigo fiero,  
que encadenar á nuestra patria intenta,  
y que de nuestro rey el nombre afrenta.  
(*Empiezan los pages á armar á Lisardo.*)

- LISARDO. (*Orgulloso.*)  
El mando acepto. Y en mi estrella fio  
que pronto la victoria  
coronará de gloria  
el alto aliento de mi noble brio.
- ZÓRA. (*Afligida, queriendo abrazar á Lisardo.*)  
¡O Lisardo...! ¡O mi bien!
- LISARDO. (*Con desden.*) Déjame, Zóra;  
de caricias y amor no es tiempo ahora.  
(*Al ceñirle la espada la empuña y dice aparte.*)  
¡Cielos...! Tengo una espada,  
y la tengo empuñada  
con garra de leon.—¡Ah! tiemble el mundo,  
pues siento de mi pecho en lo profundo  
todo un volcan arder, y de él alzarse  
y hasta el cielo lanzarse  
alma tan colosal, que una corona  
de soles busca en la elevada zona.  
(*Ya acabado de armar dice alto y con energía.*)  
Valerosos guerreros,  
volemós al combate, á la matanza;  
un triunfo en cada lanza  
miren temblando los contrarios fieros.  
La muerte ó la victoria;  
ó al sepulcro, ó al templo de la gloria.  
(*Le presentan un escudo, se sube en él, y atravesando por debajo de dos lanzas,  
le alzan cuatro soldados de tierra, y así sale de la escena.*)
- ZÓRA. (*Arrojándose á su encuentro desconsolada.*)  
¿Dónde, Lisardo, vas?
- LISARDO. Donde me llama  
el astro del demonio y de la fama.  
(*Vanse. Cae el telon.*)

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada como los balcones y azoteas por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros: detras de ellos trofeos de pendones y armas vencidas, y luego ARBOLAN con los mismos seis caballeros, que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Despues un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados, y rodeado de un coro de doncellas, vestidas de blanco, con guirnaldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado LISARDO con un rico y brillante capacete, coronado de vistosas plumas, y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detras del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de Bengala. El carro se parará en medio de ella, y en su rededor bailarán las doncellas. Y el pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.*

UN GUERRERO. Viva nuestro general,  
el valeroso Lisardo.

UNO DEL PUEBLO. Defendiéndonos gallardo  
adquirió nombre inmortal.

TODOS. Viva nuestro general.

UNA VOZ. *(Cantando acompañada por la orquesta.)*  
Un rayo es su espada  
que al bárbaro aterra,  
y al Dios de la guerra  
causára pavor.

CORO. *(Cantando acompañado por las bandas militares.)*  
Viva el vencedor.

VOZ. La patria salvada  
por su esfuerzo vemos;  
ufanos cantemos  
su heróico valor.

CORO. Viva el vencedor.

VOZ. Glorioso su nombre,  
que el orbe proclama,  
alcance en la fama  
eterno loor.

CORO. Viva el vencedor.

VOZ. Y aterre, y asombre,  
deshaga y confunda  
la saña iracunda  
de todo invasor,

**CORO.** Viva el vencedor.  
(*Vuelven á bailar las doncellas un momento, y se pone en movimiento lentamente el carro.*)

**UN GUERRERO.** Viva nuestro general,  
el valeroso Lisardo.

**UNO DEL PUEBLO.** Defendiéndonos gallardo  
adquirió nombre inmortal.

**TODOS.** Viva nuestro general.

(*Sale el carro de la escena, y vanse por un lado y otro, y con la rapidez posible, el pueblo y los coros.*)

## ESCENA II.

*Se alza por escotillon un magnífico trono, y en él sentados EL REY y LA REINA con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena al mismo tiempo en un salon fantástico y magnífico. Salen por un lado y otro guardias, damas, pages y cortesanos, todos vestidos de gala, y LISARDO con la cabeza descubierta, seguido de ARBOLAN y de sus seis caballeros.*

**REY.** Valeroso Lisardo, en quien el mundo  
ve arder un sol de gloria sempiterna,  
defensor de mi reino y de mi trono,  
ven, y á mis brazos, cual mereces, llega.  
Ven á que ciñan tus gloriosas sienes  
de laurel eternal mi mano regia.  
Ven á ser el segundo de mi imperio,  
y la joya mayor de mi diadema.

**LISARDO.** Monarca generoso, cuyo nombre  
postrado el mundo atónito respeta,  
y á quien espero que mi fuerte lanza  
haga dominador de la ancha tierra,  
esas palabras que os dignais hablarme  
son premio suficiente y recompensa  
de mis fatigas todas, y me ensalzan  
de la inmortalidad á la alta esfera.  
Logre la dicha, sí, de que mi frente  
vuestra mano real hoy engrandezca  
con el verde laurel. Mas permitidme,  
que antes que goze las mercedes vuestras,  
las reclame en favor de los valientes,  
que con esfuerzo heróico y fortaleza  
á lograr la victoria me ayudaron,  
y á dar cima feliz á mis empresas.  
El valiente Arbolán, y estos valientes,  
que hoy ante vuestro solio se presentan,  
á mi lado gloriosos combatieron  
arrollando las bárbaras enseñas,  
y sembrando el asombro y esterminio,  
de la patria y de vos en la defensa.  
Antes que á mí premiados, yo os lo ruego.  
Dadles el galardón de sus proezas,

REY. pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles ,  
 el término felice de la guerra  
 no hubiera , no, tan pronto coronado  
 nuestro noble valor con gloria eterna.  
 Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,  
 que compita pretendes tu nobleza.  
 Ven , y el laurel recibe de mi mano;  
 y á tu gusto despues corona y premia ,  
 como dispensador de mis mercedes ,  
 á los que han militado en tus banderas.  
 Tú , testigo ocular de sus hazañas ;  
 tú , ejemplo de su arrojo y fortaleza ;  
 tu , el segundo en mi imperio, eres el solo  
 que en mi nombre ha de darles recompensa.

LISARDO. (*Aparte.*)  
 ¡ Oh inefable placer...! Es imposible  
 que alcance un hombre superior esfera.  
 ¡ Ah...! Todos mis afanes se han cumplido.  
 No hay mortal mas feliz que yo en la tierra,  
 (*Al acercarse al trono clava los ojos en la reina y se turba.*)  
 (*Aparte.*) ¡ Cielos...! ¡ Qué sol radiante de hermosura !  
 Merece ser del universo reina.

*Llega al trono, hinca las rodillas delante del rey, y este toma un laurel, que le presenta un page en una batea, y corona á Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

Lisardo, en el mundo hay mas.  
 Tú de rodillas estás  
 delante de este dosel ,  
 y un hombre sentado en él ,  
 que no es cual tú vencedor.  
 ¿ Lo sufrirá tu valor?

(*Acaba el rey de coronar á Lisardo, y este se levanta agitado y pensativo.*)

REY. La rodilla doblad tambien , Lisardo,  
 ante las plantas de mi esposa escelsa ,  
 para que por su mano galardone  
 el insigne valor que en vos alienta.

LISARDO. (*Aparte, acercándose turbado.*)  
 ¡ Oh que prodigio de beldad...! Mi pecho  
 al ir á contemplarlo tan de cerca  
 arde y se abrasa... ¡ Oh cuánto venturoso  
 será el mortal que su atencion merezca!

*Se hinca de rodillas delante de la reina, y esta se quita una rica banda bordada de oro, y la echa al cuello de Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

¡ Esa divina mujer  
 por qué tuya no ha de ser...!  
 Piensa el camino en que estás.



Lisardo en el mundo hay mas.

(*Se levanta Lisardo muy agitado, y dice aparte.*)

LISARDO.

¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto  
sentado en un dosel...! ¡Y una hermosura,  
una celeste angélica criatura  
siendo á mis ojos su amoroso encanto!  
No sé qué pasa en mi abismado pecho.  
Ni la gloria, ni el eco resonante  
del popular aplauso, ni el triunfante  
laurel me lo han dejado satisfecho.

REY.

(*Levantándose de su asiento.*)

¿Qué os suspende, Lisardo...? ansioso espero  
que premieis en mi nombre los afanes  
de esos esclerécidos capitanes,  
y en mayor libertad dejaros quiero.

(*Baja del trono.*)

REINA.

(*Con vehemencia, bajando del trono, y acercándose á Lisardo.*)

Modelo de valor y gallardía,  
eterna, cual será vuestra alta gloria,  
en vuestro pecho reine la memoria  
de que esa banda que os ceñís fué mia.

(*Vanse el rey y la reina, y todo el acompañamiento, quedando solos Lisardo, Arbolán y los seis caballeros.*)

LISARDO.

(*Aparte.*)

El todo su poder así me deja;  
pero no me ha sentado, no, en su trono.  
Y de ella... ¡cielos...! el semblante, el tono...  
No sé qué afán el corazón me aqueja.  
Aun hay mas, y ese mas ha de ser mío.  
¿Por qué me he de parar en la carrera  
que ofrece la fortuna placentera  
al raudo curso de mi ardiente brio?

ARBOLAN.

(*Hincando una rodilla, y lo mismo hacen los seis caballeros.*)

Valeroso general,  
permítenos que postrados  
tus favores señalados...

LISARDO.

(*Aparte, mirándolos con complacencia.*)

Puestos así no están mal.

ARBOLAN.

Te paguemos...

LISARDO.

(*Levantándolos con afectada solicitud.*)

¡Qué locura!

Alzad. amigos leales.  
pues somos todos iguales  
en la gloria y la ventura.

ARBOLAN.

No hay ninguno igual á tí.

LISARDO.

(*Aparte.*)

¡Ojalá! (*Alto.*) Todos lo fuimos  
cuando en el campo vencimos,  
y debemos serlo aquí.

ARBOLAN.

Nos honras, que fué tu espada  
la sola que consiguió  
el mayor triunfo que vió

la tierra. Y es estremada  
la bondad con que ante el rey  
de elogios hoy nos colmaste  
y premios solicitaste...

LISARDO. Muy justos á toda ley.  
Y pues que en mi mano está  
el repartirlos, pedid,  
que vuestro esfuerzo en la lid  
galardonado será.

ARBOLAN. Eres generoso y justo;  
á tu voluntad dejamos  
el premio y nos sujetamos  
á lo que fuere tu gusto.

LISARDO. (*A Arbolán.*)

Tú, Senescal has de ser  
del imperio, y del tesoro  
quinientos marcos de oro  
puedes ir á recoger.

(*A los caballeros.*)

A aquestos seis caballeros,  
generales de frontera  
los nombro, y tras su bandera  
verán doce mil guerreros.  
Y dos mil marcos de plata  
cada cual ha de tomar.

ARBOLAN. (*Arrojándose con los seis caballeros á los pies de Lisardo.*)

Déjanos tus pies besar.  
Tuviéramos alma ingrata  
á no demostrar así  
que esclavos tuyos nos haces;  
y hasta de morir capaces  
somos, Lisardo, por tí.

LISARDO. Alzad, amigos, alzad.

ARBOLAN. (*Levantándose.*)

¡Oh qué bondad tan inmensa!

LISARDO. (*Con énfasis.*)

Solo quiero en recompensa  
que me jureis amistad.

ARBOLAN. (*Con vehemencia.*)

¡Ojalá llegue ocasion  
en que de ella reclameis...!

LISARDO. ¡A todo me ayudareis?

ARBOLAN. (*Resuelto.*)

Nuestros brazos vuestros son.

LISARDO. Está bien.—¿Y los soldados?

ARBOLAN. Os adoran, general.

No reconocen igual  
en todos éstos estados.

LISARDO. (*Satisfecho.*)

Está bien.—Viveres, oro.  
laureles les repartid,  
y en mi nombre les decid

- ARBOLAN. que su amor es mi tesoro.  
Sois su nùmen tutelar.  
confianza en ellos tened,  
vuestro apoyo en ellos ved,  
que á todo os han de ayudar.  
(*Vase con los seis caballeros.*)
- LISARDO. (*Despues de meditar un momento.*)  
Grándes mis dichas son.  
Mucho le debo, mucho, á la fortuna.  
Ya solo un escalon  
hay para una eminencia cual ninguna.  
(*Mira al trono.*)  
¿Y no lo he de subir...?  
Fuerza, si, para hollarlo hay en mi planta.  
¿Quién me lo ha de impedir...?  
Aunque es su altura grande, no me espanta.  
¿Qué me detengo pues?  
(*Se dirige al trono, y se para como asombrado.*)  
Ante mi ¡cielos! se alza una barrera...  
¡Ay, que mas alta es  
de lo que mi delirio presumiera!  
¿Pero qué...? ¿yo temblar?  
¿Yo como un miserable retrocedo?  
No, que allí he de llegar:  
allí á de colocarme mi denuedo.  
Dadme la muerte hoy,  
¡cielos! ó que ese puesto altivo escale.  
¿Qué es la altura en que estoy,  
si otra mayor encima sobresale?  
(*Meditando.*)  
Heroico vencedor  
me pregonan los labios de la fama...  
Por su libertador  
un pueblo entero atónito me aclama.  
¿Y no podrá tal vez  
el público entusiasmo y ardimiento  
coronar mi altivez,  
dándome hoy mismo ese elevado asiento?  
(*Despechado.*)  
No quiero otro mortal  
ver, de rodillas yo, cual ví sentado  
en ese alto sitial.  
que ha de ser mio, aunque le pese al hado.  
(*Corre hácia el trono resuelto, y se detiene viendo venir á la reina.*)  
¡Cielos...! ¿Quién viene allí?  
...La reina, hermosa como sol luciente.  
Nunca turbado ví  
beldad mas seductora y esplendente.  
(*Sale la reina.*)
- REINA. (*Cariñosa.*)  
¿En esta cámara solo  
aun estais, noble Lisardo,

y cual vuestra frente muestra  
pensativo y agitado?  
¿Qué os altera y acongoja,  
cuando habeis en los mas alto  
la rueda de la fortuna  
con firme planta fijado?  
¿Qué inquietud turba los goces  
que os deben dar esos lauros,  
tan esclarecida gloria,  
tan merecidos aplausos?  
Si aun hay en el ancho mundo,  
valiente guerrero, algo  
que escite vuestros deseos,  
al punto manifestadlo  
sin temor á vuestra reina;  
pues si pende de su mano,  
al punto tendreis, lo juro,  
cuanto apetezcais, Lisardo.

LISARDO.

*(Perplejo.)*  
Señora... El interés grande  
que me muestra vuestro lábio,  
mi mas fervoroso anhelo  
deja cumplido y colmado.  
Que merecer de ese modo  
solicito sobresalto  
á vuestro pecho es, señora,  
una dicha, un bien tal alto,

*(Con vehemencia.)*

que por conseguirlo diera  
gloria, laureles, aplausos,  
mi sangre, toda mi vida...

REINA.

*(Complacida.)*

LISARDO.

¿Estais de veras hablando?  
Con el alma... ¿Mas qué os turba?

REINA.

*(Agitada.)*

Temor, ó noble Lisardo...

LISARDO.

*(Apasionado.)*

¿De qué?

REINA.

*(Tímida.)*

De que sorprendisteis  
de mi pecho los arcanos.

LISARDO.

¡Oh reina!

REINA.

¡Ilustre guerrero!

LISARDO.

*(Turbado.)*

¡Señora...! ¿Llegará á tanto  
mi dicha...? ¿Tan venturosa  
mi suerte...?

REINA.

*(Apasionada.)* ¡Quién contemplaros  
puede con esa auréola  
brillante como los astros,  
que vuestra frente circunda,  
sin que os rinda... ¡cielo santo!

¿Por qué la pasión del pecho  
no sabe encubrir la el labio?  
sin que os rinda.. Pero basta;  
no puedo mas... no; Lisardo.

LISARDO.

(*Arrebatado.*)

Vuestras palabras, ó reina,  
sol; diosa, prodigio, encanto,  
me hacen mas que hombre; me lanzan  
á un cielo, que el de los astros  
deja atrás... Desde el momento  
que os ví, los ardientes rayos  
de vuestros divinos ojos  
con tan poderoso encanto  
mi corazón y mi mente  
encendieron y alumbraron,  
que ya no ví en todo el orbe  
mas que á vos; á vos, ansiando  
solo merecer dichoso  
vuestra atención y cuidado.  
Y la victoria, los triunfos,  
los laureles, los aplausos,  
ya nada para mí fueron,  
que eran nada al compararlos  
con la dicha de servirlos,  
con la gloria de agradaros.

REINA.

Cielos, ¡qué escucho! ¡merezco  
que seáis vos...?

LISARDO.

(*Arrojándose á sus plantas.*)

Sí... vuestro esclavo  
soy, y en serlo venturoso.

REINA.

(*Levantándolo.*)

Alzad, mancebo gallardo,  
que no está bien á mis plantas  
quien debe estar en mis brazos.  
—¿Jurais secreto profundo,  
impenetrable, de cuanto  
mi confianza deposite  
en vos...?

LISARDO.

¿Y podeis dudar lo?

REINA.

(*Recelosa.*)

¿Y con valeroso esfuerzo,  
y con decidido brazo  
me ayudareis...?

LISARDO.

Hablad pronto,  
que en impaciencia me abraso.

REINA.

(*Satisfecha.*)

Sí. Lo esperé desde el punto  
que os ví, glorioso Lisardo.  
Y tan ciega confianza  
con el amor en que ardo  
me inspirásteis, que resuelta  
he venido aquí á buscaros,



- porque de vos necesito.  
*(Resuelto.)*
- LISARDO. Soy vuestro humilde vasallo.
- REINA. *(Con énfasis.)*  
 Sois mas... Y sereis, lo juro,  
 mucho mas.
- LISARDO. *(Enagenado.)* ¡Oh cielo santo!
- REINA. *(Agitada y con reserva.)*  
 Oye. Bajo esta corona,  
 bajo este soberbio manto,  
 la muger mas infelice  
 soy del orbe. Y de ti aguardo  
 el fin de mis desventuras,  
 de mis sozobras descanso.
- LISARDO. Hablad... ¿Qué tardais, señora?
- REINA. Ese trono es mio, Lisardo.  
 Lo heredé de mis abuelos,  
 y el rey que viste sentado  
 en él, es rey solamente  
 porque yo le di mi mano.  
 Y se la di ¡desdichada!  
 en mis infantiles años  
 por políticas razones  
 sin conocerlo ni amarlo.  
 Mas paga favor tan grande  
 detestándome inhumano,  
 y á mis pueblos oprimiendo,  
 cual si fuesen sus esclavos.  
 E incapaz de defenderlos  
 con valor y de ampararlos,  
 sin tu denodado esfuerzo,  
 sin el vigor de tu brazo,  
 presa mi reino sería,  
 y víctimas mis vasallos,  
 de esas huestes furibundas  
 que huyeron solo al amago  
 de tu poderosa lanza  
 y de tu áliento bizarro.  
 El pueblo y yo, no te asombre,  
 ansiosos necesitamos  
 quien nos liberte...
- LISARDO. *(Animoso.)* Comprendo.
- REINA. Con esfuerzo...
- LISARDO. Estoy al cabo.
- REINA. Y que ocupar pueda el trono...  
 Y de mi pecho y mi mano...
- LISARDO. *(Con vehemencia.)*  
 Basta... basta... al punto sea.  
 ¿Y tendrás valor...? di.
- REINA. *(Resuelto.)* Vamos.
- LISARDO. El ejército te adora,  
 todo el pueblo entusiasmado

- te proclama. Y yo, tu reina,  
en amor por tí me abraso.
- LISARDO. Eso basta á darme brio  
aun para escalar el alto  
firmamento... Al punto, al punto.  
¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?
- REINA. Aguarda, jóven heróico;  
pues cuento ya con tu brazo,  
voy á preparar el golpe,  
á sosegar el palacio,  
á adormecer á las guardias,  
á alejar los cortesanos,  
y tornaré en busca tuya.  
Espérame aquí, Lisardo.
- (*Vase apresurada.*)
- LISARDO. (*Fuera de sí.*)  
¡Cielos...! ¿Con que ya del solio  
me dais el camino franco?  
En él sabré colocarme.  
Y al ver al mundo postrado,  
como escabel de mi planta  
sabré vive Dios, hollarlo.  
(*Sale Zóra.*)
- ZÓRA. (*Cariñosa.*)  
Esposo del alma mía,  
mi amor, mi felicidad,  
¡ay Dios, con cuánta ansiedad  
te he seguido todo el día!
- LISARDO. (*Sorprendido y aparte.*)  
¿Zóra aquí...? ¡Oh fatalidad!
- ZÓRA. (*Con gran afán y ternura, arrojándose en brazos de Lisardo.*)  
Dame tus brazos, Lisardo.  
Ven y descansa en mi pecho,  
que gozoso y satisfecho  
te encuentra al fin tan gallardo.
- LISARDO. (*Aparte abrazándola confuso.*)  
Todo mi plan se ha deshecho.
- ZÓRA. Entre turbas populares,  
que tu nombre proclamaban,  
y guerreros que ensalzaban  
tus hazañas singulares  
y ardientes vivas te daban;  
y al fin en estas mansiones  
de reyes y cortesanos,  
que te dan á llenas manos  
lauros, palmas y blasones,  
y timbres y honores vanos,  
afanosa te seguí;  
sin saber cómo pudieras  
horas ver tan lisonjeras,  
sin que buscándome á mí  
conmigo verlas quisieras.

- LISARDO. (*Turbado.*)  
¡Oh Zóra!
- ZÓRA. Y como hoy lo allana  
todo tu nombre, alcanzar  
con él pude el penetrar  
hasta aquí, do logro ufana  
todo mi anhelo encontrar.  
Sí, te hallé, querido esposo.  
(*Abrazándolo otra vez.*)  
Torna al seno palpitante  
de tu Zóra, que anhelante  
sin tí no encuentra reposo.  
(*Notando la inquietud y desden de Lisardo.*)  
¿Mas qué anubla tu semblante?  
¿Qué miras en derredor...?  
¿Por qué desdeñas los lazos  
de mis cariñosos brazos...?  
¿Olvidastes ¡ay! mi amor?...  
Tengo el alma hecha pedazos.
- LISARDO. (*Muy agitado.*)  
¡Zóra...! ¡Zóra!
- ZÓRA. ¿Qué, cruel...?
- LISARDO. (*Perplejo.*)  
En esta estancia sería  
abrazarte demasía...  
¿No miras allí un dosel...?  
(*Apasionadísima y abrazándolo.*)  
Solo á ti ve el ansia mia.
- LISARDO. (*Separándola con inquietud.*)  
¡Zóra...! No es este el momento...  
La reina...
- ZÓRA. (*Asustada.*) ¡Lisardo mio!  
Tú tiembles... de sudor frío  
bañado tu rostro siento...  
¿Qué tienes...?
- LISARDO. (*Despechado.*) ¡Destino impío!  
(*Haciendo esfuerzos por disimular su agitacion.*)  
Zóra... ¿Por qué abandonaste  
nuestro palacio, y así  
á la corte, y hasta aquí  
á venir te aventuraste?
- ZÓRA. (*Con vehemencia.*)  
Vine buscándote á tí.
- LISARDO. Está bien... Mas es forzoso  
que regreses al instante.  
Es en extremo importante  
á mi vida, á mi reposo...
- ZÓRA. (*Abatida.*)  
Lisardo, ¿estás delirante...?  
¿A tu reposo, á tu vida  
importante puede ser  
alejar á esta mujer,

- LISARDO. á tí para siempre unida...?  
 (*Turbadísimo.*)  
 No me puedes entender.  
 ¡Zóra...!  
 ZÓRA. (*Desconsolada.*)  
                     Si, te entiendo, si.  
 Has olvidado mi amor,  
 y solo estorbo... ¡oh dolor!  
 es ya Zóra para tí.  
 LISARDO. (*Conmovido y aparte.*)  
 ¡Cielos...! ¡ah...! ¡qué hermosa es!  
                     (*Alto yendo á abrazarla.*)  
 No, que mi pecho te adora...  
                     (*Conteniéndose.*)  
 ¡Mas ay...! retírate ahora.  
 Ya nos veremos despues.  
                     (*Resuelto.*)  
 Déjame aqui solo, Zóra.  
 ZÓRA. (*Desconsolada.*)  
 Si, Lisardo, ya me alejo,  
 pero tendrás entendido,  
 amante desconocido,  
 que para siempre te dejo.  
 Tengo el corazon partido.  
                     (*Queda á un lado llorando y abatida.*)  
 LISARDO. (*Aparte, enternecido y contemplándola.*)  
 ¡Zóra...! tan pura... tan bella...  
 tan tierna y angelical...  
 ¡Cielos, qué angustia mortal...!

*Suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

- LISARDO. Lisardo, elige entre ella  
 y la corona real.  
 (*Resuelto y aparte.*)  
 Sacrificarla es preciso,  
 cueste lo que cueste, sí.  
                     (*Alto.*)  
 Zóra, al punto sal de aquí,  
 que es grande tu compromiso,  
 y en el que me has puesto á mí.  
 Si me amas, vete... lo ordeno.  
 ZÓRA. (*Confundida.*)  
 ¡Ay de mi desventurada!  
                     (*Suplicante.*)  
 Lisardo...  
 LISARDO. No escucho nada.  
 ZÓRA. ¡Qué mortífero veneno  
 das á mi alma desgarrada!  
 Sé, Lisardo, venturoso,

Y si es precisa mi muerte  
para venturoso verte,  
ingrato y feroz esposo,  
completa será tu suerte.

LISARDO.

(*Enternecido.*)

¡Zóra!

(*Desconcertado viendo venir á la reina.*)

Mas la reina aquí

llega apresurada, si.

(*La ase del brazo, y la arroja fuera de la escena.*)

¡Cielos! ¿y no me confunde  
la tierra, ó te traga y hunde...?

Huye, mísera.

ZÓRA.

(*Cayendo detrás del bastidor.*)

¡Ay de mí!

(*Queda Lisardo agitado y descompuesto, procurando esconder el sitio por donde arrojó á Zóra, y sale la reina. El teatro se oscurece.*)

REINA.

Lisardo.

LISARDO.

Señora.

REINA.

Todo

nos es favorable.

LISARDO.

Vamos.

REINA.

¡Mas que turbacion te agita?

LISARDO.

(*Esforzándose.*)

El ánsia de libertaros  
de un opresor.

REINA.

(*Observándolo.*) ¿Pero tiemblos?

LISARDO.

¡Yó...? no.

REINA.

(*Asiéndole del brazo.*)

Sí, tiemblos.—¿Acaso

el valor te falta?

LISARDO.

(*Repuesto.*) Nunca.

Pronto estoy á demostrarlo.

Mi inquietud es solamente  
ansia de llevar á cabo

tu venganza y la del pueblo.

REINA.

Pues ni un momento perdamos.

El rey dormido...

¡Dormido!

LISARDO.

REINA.

Dormido. Y es necesario  
que en la eternidad despierte.

LISARDO.

(*Retrocediendo.*)

Ahora tiemblo y me acobardo.

¡Ha de dar muerte á un dormido  
con traidor golpe mi brazo?

Cuerpo á cuerpo mejor fuera.

REINA.

¿Qué pronuncias...? ¡Insensato!

Nunca empresa tal se fia  
al capricho del acaso;

que en asegurar el golpe  
está la gloria y el lauro.

Ese trono, esta corona,



mi tierno amor y mi mano ,  
merecen..

LISARDO.

Basta; volemós.

*Se hunde el trono por el escotillon por donde salió, y se descubre en el espacio que ocupaba una ancha puerta; y dentro al rey dormido en un magnífico lecho de púrpura, á la luz de una lámpara. Todo el teatro estará oscuro, menos la alcoba.*

REINA.

*(Dándole un puñal, y señalándole al rey.)*

Allí está todo, Lisardo.

*(Lisardo titubea horrorizado. La reina lo empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telon.)*

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

*Salon del trono, y aparecen LISARDO con manto real y corona, y LA REINA. La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.*

LISARDO. *(Muy satisfecho.)*

Ya soy rey.

REINA. Sí. Ya tus sienes  
ciñe la real diadema,  
y la púrpura suprema  
como propio ornato tienes.

LISARDO. *(Ufano.)*  
Sí, que desde ese dosel,  
hace un momento, he mirado  
á todo un pueblo postrado  
jurarme homenaje en él.

REINA. Y homenaje el mas sincero,  
pues te aclamó soberano  
en cuanto te dí mi mano;  
como al mas fuerte guerrero,  
de defenderlo capaz  
y de asegurar sus glorias,  
con hazañas y victorias,  
de todo invasor audaz.  
¿Has visto cuán facilmente  
á los hombres se fascina,  
y á una nacion se alucina  
desde una altura eminente?  
Del rey muerto, como ves,  
ni un vago recuerdo hay ya;  
tranquilo el imperio está,  
y prosternado á tus pies.  
Nadie, nadie sospechó  
que el golpe que allí te ha puesto  
fue de tu mano, ó muy presto  
si hubo sospecha pasó.

LISARDO. *(Confuso.)*

¿De mi mano...? Sí, lo fue.

REINA. Deja esos recuerdos vanos.  
Rendidos los cortesanos  
vendrán á besarla.

LISARDO. *(Asustado.)* ¿Qué...?  
¿Mi mano...?

- REINA. Tu mano, sí.  
 LISARDO. (*Mirándose horrorizado la mano.*)  
 Está de sangre manchada.  
 ¿Lo ves...?  
 REINA. (*Turbada, y reconociendo la mano de Lisardo.*)  
 No, no tiene nada.  
 LISARDO. Una mancha tiene aquí.  
 REINA. ¿Deliras...?  
 LISARDO. (*Como enagenado.*)  
 No... No deliro.  
 Que me juren, está bien.  
 Que la corona mi sien  
 ciña... Y aun á mas aspiro.  
 Pero esconderé la mano,  
 porque de sangre una gota  
 la mancha... Si alguien la nota...  
 REINA. (*Animándolo.*)  
 Todo tu recelo es vano.  
 El misterio mas profundo  
 del rey muerto el fin esconde;  
 ni cómo acabó, ni en dónde,  
 lo sabrá jamas el mundo.  
 LISARDO. (*Receloso.*)  
 Pero tú y yo lo sabemos.  
 REINA. Y lo sabremos callar.  
 LISARDO. (*Repentinamente repuesto.*)  
 Pues bien, vamos á reinar,  
 y entrambos á dos callemos.  
 (*Queda un momento contemplando el trono, y de repente sube á él.*)  
 REINA. (*Aparte.*)  
 Si su delirio abandono  
 perdida me considero.  
 (*Le sigue con la vista observándolo de lejos con inquietud.*)  
 LISARDO. Saborear á solas quiero  
 todo el placer que da el trono. (*Se sienta.*)  
 (*Hablando consigo mismo.*)  
 Solo se sienta aquí un rey.  
 Aquí soy omnipotente;  
 aquí el mundo reverente  
 ve en mi capricho una ley.  
 ¿Quién mi igual se llamará?  
 ...Nadie, nadie... Pues asombre  
 al orbe entero este hombre,  
 que en tanta eminencia está.  
 (*Pónese en pie.*)  
 Raices hondas juzgo aquí  
 haber echado mis pies,  
 pues ya el bajar de aquí es  
 duro esfuerzo para mí.  
 No está mas firme la encina  
 secular en la montaña,  
 ni el escollo que la saña

del rugiente mar domina.  
 Mi poder es colosal.  
 Toda envidia se desarme.  
 ¿Quién puede de aquí arrancarme?

*Suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

LISARDO. De un asesino el puñal.  
*(Bajando precipitado del trono, con la mayor agitacion.)*  
 ¡Cielos...! ¿Qué idea de horror  
 me confunde de repente?  
 ¡Ay, que mi orgullosa frente,  
 hirió un rayo aterrador!

REINA. *(Asustada acercándose á Lisardo.)*  
 Lisardo, señor, esposo.  
 ¿Qué accidente repentino  
 los profundos pensamientos  
 y los proyectos altivos,  
 que os ocupaban á solas  
 en bien del imperio mio,  
 trastorna de tal manera,  
 y á vuestra faz roba el brillo?  
 ¿Qué os aqueja...? ¿Qué os asusta?  
 ¿Por qué de repente os miro  
 tan turbado?

LISARDO. *(Confuso.)* ¿Yo turbado?...  
*(Aparte y repuesto.)*

Disimular es preciso,  
 que descubrir mis temores  
 mengua fuera de mi brio.

*(Alto.)*

Contemplaba, amada esposa,  
 el gran peso que el destino  
 ha colocado en mis hombros,  
 y las fuerzas que en mí mismo  
 reunir para sustentarlo  
 debo con tenaz ahinco.  
 Y hallo, sí, viven los cielos,  
 que aun es el aliento mio  
 tan superior á la carga,  
 que sobre mis hombros miro,  
 que estoy dispuesto á que el orbe  
 me admire como á un prodigio.  
 Y estoy dispuesto... *(Queda distraido.)*

REINA. *(Asustada.)* ¿Lisardo!

*(Aparte.)*

Me asustan sus desvaríos,  
 y que sus locos proyectos  
 le entibien en mi cariño.  
 Llamar su atencion me importa;

encadenarle es preciso;  
si han de tener cumplimiento  
mis planes y mis designios.

*(Alto y en extremo cariñosa.)*

Lisardo... mi amado esposo.  
Vuelve en tí. Lisardo mio.  
¡Seré tan desventurada,  
que de la corona el brillo,  
y los cuidados inmensos  
que el cielo encargarte quiso,  
te hagan entregar ingrato  
mi tierno amor al olvido?

LISARDO.

*(Vuelve en sí y la echa los brazos.)*

Jamas... A mi seno llega.  
Eres mi amor, mi delirio.

*(La abraza y dice aparte.)*

No sé qué pasa en mi pecho:  
ni yo me entiendo á mi mismo.

*(Se repara y continúa aparte.)*

Esta muger tan hermosa,  
que dominó mis sentidos  
un momento... ahora... la amo.  
Pero en el alma un vacío  
me deja... ¡Mi Zóra, cielos...!  
¡Oh! ¡Qué soberano hechizo  
era para mí!—Esta es reina,  
y de mí solo son dignos  
de una reina los amores.

La amo, sí... No sé qué digo.  
En un mar de confusiones  
y de desdichas me abismo.

REINA.

*(Que ha estado contemplando á Lisardo con temor é inquietud.)*

Véo, Lisardo, que en tu mente  
mil pensamientos distintos  
se agolpan, y que te agitan  
fantásticos desvarios.

No es extraño: las diversas  
conmociones, que han herido  
tu corazon en la altura  
do tu estrella y mi cariño  
te han colocado, no pueden  
tener tu pecho tranquilo.

Sal á caza. El aire libre  
respira, Lisardo mio.

Corre esas verdes praderas;  
cruza esos parques sombríos  
que este palacio circundan,  
y tendrá tu mente alivio.

LISARDO.

Sí, mientras llega la hora  
del régio festin, preciso  
es que busque yo en los campos



descanso de mis delirios.

*(Se acerca al bastidor.)*

¡Hola! *(Sale un page.)*

Señor.

PAGE.

LISARDO.

Mis caballos

y monteros al proviso

se apresten para la caza,

que ir al campo determino.

Y al gran Senescal decidle

que al punto venga á este sitio.

REINA.

*(Cuidadosa.)*

¿Con tanta priesa? ¿qué quieres de Arbolán...? Dí.

LISARDO.

Que conmigo

venga á caza. Lo amo tanto,

que es mi consuelo.

REINA.

*(Aparte.)* Respiro.

*(Sale Arbolán.)*

ARBOLAN.

*(Hincando una rodilla.)*

A vuestros altos preceptos

siempre obediente y sumiso,

llego ansioso á vuestras plantas,

solo anhelando serviros.

LISARDO.

*(Levantándolo.)*

Alza, Arbolán valeroso,

y llega á los brazos míos.

Te llamo para que á caza

vengas al campo conmigo.

ARBOLAN.

*(Dudoso, y mirando á la reina.)*

Señor...

LISARDO.

Sí, tu compañía

hoy cual nunca necesito.

Tú eres de cuantos me cercan

el hombre que mas estimo,

por quien amistad mas pura

en mi corazon abrigo.

ARBOLAN.

Tantas honras me confunden:

pero me abren el camino

de poder manifestaros

que esa amistad, que benigno

me concedisteis, pagada

está por el pecho mio.

LISARDO.

Me gozo en reconocerlo:

¡es el tener un amigo

dón tan grato en esta vida

de zozobras y peligros?

Mas, vamos juntos al campo.

ARBOLAN.

*(Turbado.)*

No puedo, señor, seguirlos.

REINA.

Imposible.

ARBOLAN.

En el momento

en que un cambio repentino

de estos reinos en el trono  
admirado el mundo ha visto,  
para que tengais descanso  
que yo vigile es preciso.

LISARDO.

(*Mortificado.*)

Esta bien. No me acompañes.

(*Aparte.*)

No sé como me reprimo;  
pues al verme contrariado...  
Mas reprimirme es preciso.  
¿Con qué no lo puedo todo?  
¿Con que en el mundo hay motivos,  
que aunque fútiles y leves,  
obligan á que el rey mismo  
su voluntad sacrifique?...  
Se confunde el pecho mio.  
(Hacen seña, y se van la reina y Arbolán.)

en que cercado de pavor me siento.

(Pausa.)

¿Por qué no nací rey...? Advenedizo  
tal vez con risa de desden me llaman  
allá en su corazon los que me aclaman...  
...¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!  
El mortal ¡ay de mí! mas desdichado  
soy, que cobija con su manto el cielo,  
corriendo de un anhelo en otro anhelo  
á una sima sin fondo despeñado.

(Pausa.)

¿Por' qué no nací rey...?—Mas si el destino  
me negó el que naciera en régia cuna,  
armas me dió, y valor y alta fortuna,  
que del poder y el trono son camino.

(Éxaltado.)

Al derecho de sangre el de conquista  
substituyan mi espada y la victoria;  
y un reino fundaré con alta gloria,  
que unido siempre con mi nombre exista.  
Sí, aprovechando brazos y riquezas,  
de que hoy disponer puede mi albedrío,  
ganaré un reino que se llame mio,  
y que deba su nombre á mis proezas.

(Sucna una estrepitosa carcajada. Lisardo sorprendido se levanta y mira á todos lados.)

¡Cielos...! ¿Quién se esconde aquí,  
y de mi plan se burló?  
¿Quién tan inmediato á mí  
osó colocarse...?—

Mientras Lisardo dice estos versos, sale por escotillon, enmedio de la escena, una bruja estrafalariamente vestida de negro y encarnado, con una vara en la mano, en que estará enroscada una culebra, y cuyo pomo será una calavera.

BRUJA.

Yo.

LISARDO.

(Repara en la bruja, retrocede horrorizado, y luego torna

repuesto.)

¿Y quién, misera muger,  
eres tú...? Dilo, infeliz.

BRUJA.

(Con sarcasmo.)

Una infelice, que á ver  
viene á un hombre muy feliz,

LISARDO.

(Airado.)

¿Sabes, dí, que tu rey soy...?  
Cuenta con tus labios ten.

BRUJA.

(Con desprecio.)

¿Y sabes que donde estoy  
soy yo tu reina tambien?

LISARDO.

(Despreciándola.)

Noto que eres loca tú.

Y si vienes á pedir

limosna...

BRUJA.

(Atajándolo.) Por Belzebú

que me haces, necio, reir.

(*Con acento solemne.*)

Soy por sobrehumana ley  
en todo á tí superior,  
pues te engañas si por rey  
no reconoces mayor.

Y para que veas lo soy  
en muchos grados á tí,  
sabe que enterada estoy  
de que tu mano...

LISARDO.

(*Trastornado.*) ¿Qué oí?

(*Queriendo taparle la boca.*)

Calla, muger infernal.

Calla, calla. Vive Dios...

BRUJA.

(*Indiferente.*)

Callaré, pues es igual,  
lo que sabemos los dos.

(*Con tono de superioridad.*)

Y para la insensatez  
con que juzgaste venir  
á tus plantas mi altivez  
por limosna, confundir;  
cuando á darte mi favor  
vine, orgulloso mortal,  
y á alejar de tí el rigor  
de tu destino fatal,  
quiero que veas aquí  
que tengo, cual tú dosel,  
y corte, que como á tí  
me rinda homenaje en él.

*Da un golpe en el suelo con la vara, y sale detras de ella, por escotillon, un trono, cuyo asiento será un caiman, y su respaldo un murciélago colosal con las alas extendidas, y echando fuego por los ojos. Se sienta en él la bruja, y de un lado y otro salen de debajo del tablado monstruos, diablos, esqueletos y sombras, que la rodean. Lisardo retrocede horrorizado sin volver la espalda. La escena se oscurecerá.*

LISARDO.

¡Cielos...! ¡cielos...! ¿Me engañan mis sentidos?

¡Oh, qué fascinación!

...Mis ojos... mis oídos...

son presa de fantástica ilusión.

BRUJA.

(*Con tono feroz y descompuesto.*)

Póstrate, mísero.

Trémulo, pálido,

llega á mis pies.

Sol salutífero

mi rostro escuálido

para tí es.

LISARDO.

(*Repuesto y animoso.*)

Si tú del hondo aterrador infierno

Osas la frente alzar,

sírvate de gobierno

que nunca, nunca yo supe temblar.  
 Que en la grandeza en que me puso el hado,  
 y mi ardiente ambicion,  
 miro el orbe postrado,  
 y nada turbará mi corazon.

BRUJA.

(*Indignada.*)

¿Y no ves sangre en tu mano,  
 y un atroz  
 crimen, que de noche y dia  
 es tu verdugo y tirano  
 mas feroz?

¿Ignoras que la voz mia  
 publicar  
 puede, mísero gusano...?

LISARDO.

(*Postrándose horrorizado.*)

Basta... basta.—¡Estrella impía!

BRUJA.

Ya temblar,  
 y ante mis plantas te veo.

LISARDO.

(*Confundido.*)

Calla... Sí.

O por piedad dadme muerte.

BRUJA.

Siempre debe estar el reo  
 prosternado de esa suerte,  
 temblando así.

Tu grandeza, tu ambicion  
 nada son.

Niebla leve, humo fugaz,  
 en que audaz  
 quieres asiento

formar de torres, que se lleva el viento.

Obscuro es tu porvenir,

y decir

mucho de él pudiera yo.

...Pero no.

No diré nada:

corre ciego tu suerte desastrada.

(*Pausa.*)

Lástima al cabo me das.

Toma este anillo

pobre, sin brillo,

y con él invisible serás.

(*Tira un anillo á Lisardo.*)

Y de un apuro,

terrible y duro,

por su mágico influjo saldrás.

Vuela á tu corte,

(pueda te importe,)

ese anillo te lleva veloz.

Y tus monteros

y caballeros

una sombra formada á mi voz

igual á tí verán,



y detras de ella á tu palacio irán.

*Desaparece rápidamente por escotillon la bruja con su trono y todo su acompañamiento, y vuelve á iluminarse la escena.*

LISARDO.

*(Se pone en pie estupefacto, y mira en derredor de sí con ojos asombrados.)*

Todo desapareció.

Fue un engaño de mi mente,

una ilusion solamente

que mi vista alucinó.

A alzarse torne mi frente.

*(Profundamente conmovido.)*

¿Fué de mi crimen la sombra

que me persigue tenaz?

...¿Es ella sola capaz...?

Si, que me sigue y me asombra

vigilante y pertinaz.

Pero no, no... respiremos.

Vanos delirios, huid;

no mas tras de mí venid;

no mas en locos extremos

mi mente ofuscada hundid.

Todo, si, delirio fué.

*(Asombrado viendo en el suelo el anillo de la bruja.)*

¿Pero qué miro en el suelo?

*(Lo recoge.)*

El anillo... ¡Santo cielo!

¿la sortija misma que

tiró esa vision...? Me hieló.

*(Asombrado.)*

¿Con que ha sido realidad

todo lo que absorto vi...?

Lo ha sido no hay duda, sí.

Lo ha sido, pues es verdad

la prenda que tengo aquí.

*(Confuso.)*

¿Es el hombre, santo cielo,

juguete de otro poder

que no alcanza á comprender?

¿Qué horror da, qué desconsuelo

pensar que así pueda ser!

*(Pausa y queda en profunda meditacion, de la que le saca un ligero rumor, volviendo el rostro adonde se oye.)*

Mas dos de mis cazadores

vienen sin duda á buscarme.

Ahora podré cerciorarme,

sin disfrazar mis temores,

ni esconderme, ni ocultarme,

si es efectivo que puedo

invisible á todos ser,

solamente con poner

esta sortija en mi dedo,

cual dijo aquella mujer.

(*Pónese el anillo.*)

(*Salen dos cazadores, que registrarán toda la escena sin ver á Lisardo.*)

CAZADOR 1.º Te digo que aquí no está.

CAZADOR 2.º Aquí quedó descansando  
ha corto rato, mandando  
retirarse á todos.

CAZADOR 1.º Va  
ya hácia el soto galopando.

CAZADOR 2.º Te has equivocado. Yo,  
que aquí está, te digo.

CAZADOR 1.º Pues  
que aquí no está, ya lo ves.

CAZADOR 2.º Es cierto que no está, no.  
Cosa que me aturde es.

CAZADOR 1.º No dudes, no, que el rey era  
el que iba al soto. Marchemos,  
no sea que en falta quedemos.

CAZADOR 2.º Al través de esta ladera  
pronto al puesto llegaremos.

(*Vanse los cazadores.*)

LISARDO. (*Maravillado.*)

¡Cielos...! ¡cielos...! invisible  
me hace este anillo... ¡Oh portento!  
Confunde á mi entendimiento  
encanto tan increíble.  
...¿Pero qué duda mi aliento...?

(*Animoso.*)

Si es verdad este prodigio,  
¿qué retardo el penetrar,  
por medio tan singular,  
cuanto mi fama y prestigio  
pueden del mundo alcanzar?

Sí. Pues hay tan superior  
ente que me cuida y guía,  
cesen mi afán y agonía,  
tiemble el orbe mi valor,  
y bese la planta mía. (*Vase.*)

### ESCENA III.

*El teatro representa la gran plaza en que fue el triunfo de la primera escena del acto segundo, y aparece llena de pueblo, que se reparte en diferentes grupos, como hablando entre sí, y sale LISARDO.*

LISARDO. (*A un lado con la sortija en el dedo.*)

De la sortija el encanto,  
pues invisible me oculta,  
indagar me proporcione  
entre esta mezclada turba  
lo que de mí piensa el mundo,  
lo que la fama me adula.

A aquel corro de villanos,  
que allí se apiña y agrupa,  
quiero acercarme, seguro  
de que hablan de mí.  
(*Se acerca á un corro de villanos.*)

\* No hay duda.

- VILLANO 1.º Al nuevo rey aun no he visto.  
VILLANO 2.º No has perdido mucho. Nunca  
vi una cara de vinagre  
tan ágría como la suya.  
VILLANO 3.º ¡Y desde dónde ha venido  
hasta ser nuestro rey, una  
persona desconocida...?  
LISARDO. (*Aparte.*) ¡Oh, que terrible pregunta!  
VILLANO 1.º Qué sé yo... Diz que ha ganado  
con valor victorias muchas,  
y parece...  
VILLANO 3.º ¿Acaso él solo  
las gano, ó fué con la ayuda  
de nuestros hijos y hermanos?  
¡Maldita sea la fortuna!  
VILLANO 2.º Siempre el que manda se lleva  
el premio de las angustias  
y valor de los soldados.  
VILLANO 1.º Y á los pobres nos despluma.  
VILLANO 3.º Dicen que este á desplumarnos  
va, para nuevas trifulcas  
y guerras, que mucha sangre,  
y sin ventaja ninguna,  
nos costarán.  
VILLANO 1.º El rey muerto  
al menos en paz profunda  
nos mantuvo.  
VILLANO 2.º Lo que es este,  
ya verás cómo nos chupa,  
que es un demonio.  
VILLANO 1.º ¿De veras?  
Pues si tal hace...  
VILLANO 3.º ¿Lo dudas...?  
VILLANO 1.º Pues si tal hace... veremos  
cuanto el hacerlo le dura.  
LISARDO. (*Se separa confundido del corro de villanos.*)  
¡Cielos! ¡Tal disgusto reina  
entre la plebe...? ¡Es en suma  
este el entusiasmo ardiente  
en que mi poder se funda?  
Mas allí varios soldados,  
hablando entre sí se juntan.  
Ellos, ellos son mi apoyo,  
con ellos nada me asusta.  
Acercaréme á escucharlos.  
(*Se acerca á un corro de soldados,*)

- SOLDADO 1.º Amigos, grandes y muchas  
son las mercedes y gracias,  
con que el nuevo rey procura  
premiarnos.
- SOLDADO 2.º No lo agradezco,  
que es por conveniencia suya  
mostrarse tan generoso.  
Pues al cabo su fortuna  
Solo en nosotros se apoya;  
y nosotros á la altura  
lo levantamos del trono.
- SOLDADO 1.º Muy dignamente lo ocupa.
- SOLDADO 2.º Otros tambien dignamente  
pudieran sin duda alguna  
y mejor que él ocuparlo.  
Que aunque es su arrogancia mucha,  
no falta quien en denuedo  
y arrojo le sobrepuja.
- SOLDADO 1.º En las últimas batallas  
fue un portentoso de bravura.
- SOLDADO 2.º ¿Y qué, Arbolán nada hizo?
- LISARDO. (*Aparte.*)  
¡Arbolán...! ¡Cielos...! disfruta;  
fama tanta!
- SOLDADO 2.º Por mi vida,  
que lanza como la suya  
no enristra nadie en el mundo.
- SOLDADO 1.º ¿En eso quién pone duda?
- SOLDADO 2.º Y el orgulloso Lisardo...  
al fin... es...
- SOLDADO 1.º ¿Qué...?
- SOLDADO 2.º ¿Lo preguntas...?
- LISARDO. Lo diré... un advenedizo.  
(*Aparte furioso.*)  
¿Esto mi cólera escucha?  
Estoy de furor ahogado...  
Canalla soez, inmunda.  
(*Queriendo arrojarle á ellos.*)  
Ahora mismo entre mis brazos...  
(*Sintiéndose detenido por una fuerza superior.*)  
¿Mas quien detiene mi furia...?  
Este misterioso anillo,  
que todo mi esfuerzo anula;  
pues siento como ligadas  
mis manos por fuerza oculta.  
(*Pausa.*)  
Allí varios caballeros  
reunidos estan. Sin duda  
hablarán como leales,  
y como cumple á su alcurnia.  
(*Se acerca á un corro de caballeros.*)
- CABALLERO 1.º Malos tiempos nos esperan.

- Ni honras, ni haciendas seguras  
tendremos... Tiempos fatales,  
de transtornos y de angustias.
- CABALLERO 2.º Yo no sé cómo la reina  
ha dado tan sin cordura  
su mano y el trono y cetro  
á Lisardo, que es en suma  
un aventurero.
- LISARDO. (*Aparte, desconcertado.*)  
¡Oh rabia!  
Los que así su envidia apuran  
son los mismos, que postrados  
vi á mis plantas en la jura,  
tenerse por venturosos  
con solo merecer una  
sonrisa mia... ¡Malvados!
- CABALLERO 1.º (*Recatándose.*)  
Y pues nadie nos escucha,  
os diré...
- CABALLERO 2.º ¡Qué...?
- CABALLERO 1.º (*Se reunen todos.*)  
Que sospecho...
- LISARDO. (*Aparte, agitado.*)  
Sus palabras me atribulan.
- CABALLERO 2.º ¡Qué sospechas?
- CABALLERO 1.º Que la suerte  
del rey difunto, que ocultan  
ese misterioso velo  
y esa oscuridad profunda,  
fue acaso...
- CABALLERO 2.º ¡Qué? ¡De la reina...?
- CABALLERO 1.º Fue acaso, amigos, alguna  
traicion de ese monstruo inicuo,  
que el regio dosel usurpa,  
que la magestad afrenta,  
y que á la nacion abruma.
- LISARDO. (*Se retira confundido.*)  
¡Basta...! ¡basta...! Yo me ahogo.  
Fuego en mis venas circula.  
¡Ya se sospecha...? ¡Y se dice...?  
Sí. Lo he escuchado... No hay duda.  
Estoy un volcan hollando,  
pronto á reventar. La chusma  
habla de mí sin respeto;  
la soldadesca me insulta;  
y me observa y me persigue  
de la nobleza la astucia.  
(*Recobrando su energía.*)  
Mas no importa: empuño el cetro,  
arde mi pecho de furia.  
Si hay conjuracion en sangre  
sabré ahogarla antes que cunda.—



En el alcázar entremos,  
invisible con la ayuda  
de este misterioso anillo,  
á ver si allí se conjura.  
(*Al ir á salir de la escena cambia la decoracion.*)

## ESCENA IV.

*Galería interior de palacio. Decoracion corta, y salen LA REINA y ARBOLÁN, hablando entre sí con recato.*

LISARDO.      Hacia aquí la Reina viene  
                     hablando con Arbolán.  
                     Tiemblo en la duda espantosa  
                     de lo que voy á escuchar.  
                     ¡Ay, que de hacerse invisible  
                     la anhelada facultad,  
                     es un tormento horroroso,  
                     es un presente infernal.  
                     Mas aprovecharme es fuerza  
                     de ella, que puede importar  
                     á mi vida y á mi nombre.  
                     ¡Oh, que terrible ansiedad!

(*Se acerca.*)

REINA.      Tus dudas y tus recelos,  
                     ó generoso Arbolán,  
                     son infundadas é injustos,  
                     si de mí seguro estás.  
                     Sabes que por tí mi pecho  
                     arde mucho tiempo há,  
                     desde los primeros años  
                     de mi tierna mocedad ;  
                     y que sentarte en el trono  
                     ha sido siempre mi afán.

LISARDO.      (*Aparte.*)

¡Oh infame!

ARBOLAN.      Pero á Lisardo  
                     miro en él sentado ya,  
                     y por tí solo lo ocupa.

LISARDO.      (*Aparte.*)

¡Cielos...! ¡Qué afrenta!

REINA.      Es verdad.

Me fué preciso valerme  
de su ambicion infernal,  
como seguro instrumento  
con que el primer golpe dar.  
Despues no me fué posible  
freno poner á su audaz  
arrojo, y le di mi mano  
y el trono para lograr  
adormecerle un momento,  
y ver cumplido mi afán.

- LISARDO. (*Aparte, despechado, y haciendo vanos esfuerzos.*)  
 ¡Oh furia de los infiernos!  
 ¡Oh portento de maldad!  
 Yo te ahogaré entre mis brazos,  
 y ahora mismo... Pero... ¡Ah!  
 El encanto de este anillo  
 no puedo sobrepujar.
- ARBOLAN. ¡Mas á Lisardo del trono  
 cómo se puede arrancar?  
 ¿No conoces su arrogancia...?  
 ¿No su esfuerzo sin igual...?  
 ¿No su altivez y osadía...?  
 Error grave fué en verdad  
 dar alas á ese coloso.
- LISARDO. (*Aparte.*)  
 ¡Bien me conoce Arbolán!
- REINA. Nada temas, que yo sola,  
 yo se las he de cortar.
- ARBOLAN. Ved, señora, que su nombre,  
 aunque minándolo están  
 nuestros parciales y amigos,  
 aun goza prestigio tal  
 entre el pueblo y los soldados,  
 que en mucho tiempo quizás  
 no lograremos en tierra  
 con ese coloso dar.
- REINA. Pues te aseguro que hoy mismo.  
 hoy mismo en tierra dará.
- ARBOLAN. ¿Hoy mismo?
- REINA. Sin duda... ¿Tiemblas?
- ARBOLAN. ¿Te falta aliento, Arbolán?  
 No tiemblo; pero quisiera  
 con prudencia asegurar  
 golpe de tanta importancia.
- REINA. Hoy segurísimo está.
- ARBOLAN. Advertir que justamente  
 hoy guardia á palacio da,  
 con soldados escogidos,  
 un valiente capitán  
 que es el mayor partidario  
 de Lisardo, y el que mas  
 entusiasmo le profesa.
- LISARDO. (*Aparte.*)  
 Noticia que aprovechar  
 sabré yo. Nada me asusta,  
 si tengo seguridad  
 de que la guardia me siga.
- ARBOLAN. ¡Pérfidos! No os temo ya.  
 Desistir por hoy, señora,  
 de vuestro intento, y dejad  
 que el tiempo nos proporcione  
 de ese dragon infernal

triunfo completo y seguro.

REINA.                      Calla , que insensato estás.

(Con sigilo.)

Oye.

LISARDO. . . (A parte, acercándose mas.)

Oigamos

REINA. Al momento,

y ya no puede tardar,  
en que regrese Lisardo  
de la caza, empezará  
el régio festin, dispuesto  
en la cámara real,  
donde es segura su muerte.

ARBOLAN. ¿Cómo...? No acierto... ¿Quizás?

REINA. (Con sigilo.)

Oye... Escúchame... La copa,  
la copa en que ha de brindar  
á la gloria de mi reino,  
por mí envenenada está.

LISARDO. *(Aparte consternado.)*

¡Cielos...! ¡Qué horror...! ¿Es posible?

¡Oh monstruos de iniquidad!

Mas ¡ay! usan de un veneno,  
como yo usé de un puñal.

ARBOLAN.

El medio es seguro.

REINA. Nadie

puede este golpe evitar.

LISARDO. *(Aparte, y furioso.)*

Voy á arrojar este anillo,  
y á sorprender su maldad.

(*Conteniéndose.*)

Mas no, nada lograria,  
que soy tambien criminal,  
y solo un rostro sin mancha  
logra al crimen aterrar.

ARBOLAN.

¿Con que hoy mismo...?

REINA. Sí, y su muerte

de estos estados la paz,  
y el amor que te consagro,  
para siempre afirmará.

(Se oye rumor.)

Pero él llega ; á recibirle  
vamos con risueña faz.

(Vanse.)

LISARDO. *(Paseándose muy agitado.)*

¡En dónde estoy? Estalla mi cabeza,  
va á reventar mi destrozado pecho.

Me engañaron, sin duda, mis oídos.

Una ilusion fue todo del infierno.

...Mi esposa... Aquella Reina esclarecida,  
que como un sol en la mitad del cielo  
vieron mis ojos en el trono augusto,

y que con suave y seductor acento,  
de lágrimas regado el rostro hermoso,  
sus penas me contó, y amor tan ciego  
en mí supo encender, ¿ es... ¡ ay ! la misma  
á quien acabo de escuchar...? Yo tiemblo.  
Mas... ! mísero de mí , que en hondo olvido  
el crimen do me undió su encanto dejo !  
¿ Y por qué he de ser yo mas venturoso  
que su primer marido ? Me estremezco.

(Pausa.)

¿ Y Arbolán...? ¡ Arbolán...! El hombre solo  
por quien dulce amistad sintió mi pecho ,  
en quien deposité mi confianza ,  
el que colmé de elogios y de premios ,  
de honores , de riquezas... Aquel mismo  
que há corto rato ante mis plantas puesto ,  
en actitud humilde , reverente ,  
gratitud me juraba... ¡ Dios eterno !  
¿ Asi se finge...? ¿ Asi se disimula?  
¿ Se miente asi ?— ¿ Qué es un humilde acento ?  
¿ Qué es un afable rostro , si la muestra  
no son de lo que pasa allá en el pecho ?  
¡ Qué horror ! ¡ qué horror ! ¡ Oh detestable mundo !  
Yo te maldigo , si , yo te detesto.

(Pausa.)

Mas ¿ qué pronuncio sin temblar ? ¡ ay triste !  
¿ Lo que yo mismo soy olvidar puedo ?

(Fuera de sí.)

Un asesino soy... ¡ ¡ ¡ un asesino !!!  
¿ Es de los hombres el destino horrendo  
el de ser criminales...? ¡ Infelices...!  
¿ Misera condicion en que nacemos !

(Pausa.—Resuelto.)

Pues á ser criminal. Si en la carrera  
tan adelante estoy , el universo  
admire en mí un coloso. Poderío  
para aterrar á mis contrarios tengo.  
Y si es lucha de crímenes la vida ,  
vivamos , si , vivamos , y luchemos.

(Paseándose.)

Caiga mi furia como ardiente rayo  
sobre estos miserables , y deshechos  
en ceniza á mis pies , sirvan al punto  
á los conspiradores de escarmiento.  
Sí. Decidido estoy. Guardo el anillo.  
(Se lo quita , y lo guarda en la escarcela.)  
Que tal cual soy manifestarme quiero ,  
pues que ya todos pisan que á palacio  
del campo regresé con mis monteros.  
—Aqui un page se acerca ; la noticia  
de que es la guardia fiel aprovechemos.  
Hola.

(Sale el page.)

PAGE. Señor.

LISARDO. El capitan que manda la guardia de palacio, en el momento venga á mis pies.

PAGE. Sereis obedecido. (Vase.)

LISARDO. Temblarán, yo lo juro, los perversos.

La sangre se helará de los traidores.  
De una inicua muger á los derechos  
no deveré el reinar, sino tan solo  
á mi fortuna y á mi heróico esfuerzo.  
Sí. El alto trono que fundar queria,  
aqui lo he de fundar. Y estoy dispuesto  
á fundarlo tan firme, que con sangre  
sabré amasar sus sólidos cimientos.

(Sale el capitan de la guardia, que hinca una rodilla, y Lisardo lo levanta.)

Alza y ven á mis brazos, que te esperan,  
de valor y lealtad noble modelo.

Sé quién eres; te he visto en las batallas  
dando señales de tu heróico esfuerzo,  
y yo no olvido nunca á los soldados  
que en el campo lidiar con gloria veo.

CAPITAN. ¿A vuestro lado, ó rey el mas cumplido  
que en el mundo jamas empuñó el cetro,  
quién pudiera en los campos de batalla  
no seguir fiel vuestro glorioso ejemplo?  
La llama del valor que en vos esplende  
se comunica á los vasallos vuestros,  
y no hay quien tras de vos no corra ansioso  
á buscar gloria en los mayores riesgos.  
¿Qué me mandais, señor?

LISARDO. Saber queria  
si á todo trance os encontrais dispuesto  
á obedecer mi voz.

CAPITAN. ¿Podeis dudarlo,  
si os juré por mi rey...? Poned os ruego  
á prueba mi lealtad y mi obediencia,  
y quedareis de entrambas satisfecho.

LISARDO. Acaso hoy mismo las pondré, y no dudo  
que mi apoyo serán, noble guerrero.  
¿Sabes, di, que hay traidores?

CAPITAN. No lo ignoro;  
mas yo sus tramas pérfidas no temo.

LISARDO. Son muchos.

CAPITAN. Pero mas son los leales.  
De temible poder, de nombre escelso.  
Su nombre nada importa; al declararse  
traidores lo mancharon y perdieron.

LISARDO. Y corto es el poder de los que apelan  
á obscuras tramas y á cobardes medios.  
Aterrarlos es fuerza, ante su vista  
presentando al instante un escarmiento.



CAPITAN.

Caiga el sol mismo desde su alto trono  
si osa el sol enojaros y ofenderos.

LISARDO.

Basta, que en tu lealtad y bizarría  
el mas firme sosten gozoso encuentro.  
¿Y los soldados de la guardia?

CAPITAN.

Todos  
están por vos á perecer dispuestos.

LISARDO.

Que el salon del festin contigo ocupen:  
tú te colocarás tras de mi asiento,  
y á la menor señal prendes, y matas  
á los que yo indicare.

CAPITAN.

Entiendo, entiendo.

LISARDO.

Ahora pide mercedes.

CAPITAN.

Nada pido  
por cumplir fiel la obligacion que tengo.

LISARDO.

Pues de mi cuenta corre en este dia  
á tus servicios dar cumplido premio.  
De cuanto hemos hablado en este sitio  
guarda, que es importante, hondo secreto.  
(*El capitan hace una reverencia y se va.*)

¿Si serán verdaderas sus ofertas,  
y esa noble lealtad, y ese denuedo?  
¿Si será algun traidor, que finge y miente  
de honradez y valor con el aspecto?  
¡Ah! Los hombres que mandan á los hombres  
debieran penetrar los pensamientos.  
Juzgo que este soldado habló de veras,  
de buena fé... ¿quién sabe...? Bien, probemos  
dónde alcanza el favor de la fortuna  
y mi tenacidad... Ni ya otro medio  
se me ofrece... Sí... Un golpe decisivo.  
El peligro se acerca; urge el momento.  
¡Ay, que esto no es vivir! Oh cuán horrible  
es aquesta ansiedad en que me veo!

(*Pausa.*)

Mas ya resuena en el salon cercano,  
donde el régio festin está dispuesto,  
el rumor de la turba cortesana.

Vamos pues al festin, y procuremos  
que oculte cuidadoso mi semblante  
la espantosa tormenta de mi pecho.

(*Vase.*)

## ESCENA V.

*Aparece un salon fantástico magnífico, perfectamente iluminado, rodeado de aparadores, donde lucirán riquísimas vagillas, y en medio una gran mesa cubierta de oro, plata, cristal y flores, con seis cubiertos; dos á la testera, delante de regios sillones; dos á la derecha, y otros dos á la izquierda, con taburetes sin respaldo. Salen pages, ricamente vestidos, con platos, copas y riandas. Y cortesanos de gala, que se van colocando á un lado y otro de la escena. En seguida sale LISARDO por un lado con manto y corona, seguido del CAPITAN y de la guardia, que se coloca al frente en el fondo. Y por otro lado sale LA REINA, tambien con manto y corona, seguida de damas lujosamente ataviadas. Al entrar los reyes en el salon, todos, menos las guardias y damas, hincan una rodilla, y gritan.*

TODOS. Viva el rey.

LISARDO. (*Aparte.*) ¡Ah! Ya conozco lo que son vuestros aplausos. Miedo son... Mas si son miedo, me suenan bien: (*Alto.*) levantaos.

TODOS. (*Levantándose.*)  
Viva el rey.

LISARDO. (*Con afectacion.*) Esos acentos de lealtad y de entusiasmo son el colmo de mis dichas, nobles y fieles vasallos.

(*Aparte.*)  
¡Cuántos habrá que traidores esten mi esterinio ansiando?  
(*Alto. A la reina, con énfasis.*)

Llegad, señora. ¡Cuán bella! Sois el sol en que me abraso.

REINA. En serlo siempre á tus ojos se cifrarán mis conatos.

LISARDO. (*Aparte.*)  
¡Oh aleva...! Una hiena miro al través del régio manto.  
(*Alto, y despues de examinar al concurso.*)  
¡Y el Senescal...? No lo veo.

REINA. (*Solicita.*)  
La importancia de los cargos que desempeña, retarda su venida...

LISARDO. (*Aparte.*) Sobresalto me da su tardanza... ¡Cielos! mas fuerza es disimularlo.

(*Alto.*)  
No importa, que siempre á tiempo á mi mesa y á mis brazos llega guerrero tan noble y personage tan alto.

*Se sienta Lisardo y la reina, y detras de sus sillones se colocan el capitan de la guardia y una dama, y ocupan los otros cuatro asientos de la mesa cuatro per-*

*sonages ancianos de los que estan entre los cortesanos. Los pages y las damas sirven la mesa, y toca una dulce orquesta tan suave, que deje oir lo que se representa.*

REINA. *(Inquieta y aparte.)*  
Ni un leve rumor escucho  
que me anuncie lo que aguardo,  
y temo llegue el instante  
si Arbolán no está á mi lado.

LISARDO. *(Aparte.)*  
Apresurar quiero el golpe,  
aunque siento mucho darlo  
sin que Arbolán el primero  
de su traicion lleve el pago.  
Pues está echada la suerte,  
de tanta angustia salgamos  
*(Alto.)*

De beber.

*(Llega un page con una salvilla de oro, y en ella una rica copa.)*

REINA. *(Tomando la salvilla de las manos del page.)*

Venga esa copa,  
que yo quiero de mi mano  
servirla á mi rey y esposo.

LISARDO. *(Con calma.)*  
De vos la estaba esperando.  
Y para fineza tanta  
con toda el alma pagaros,  
quiero que bebais primero,  
y que antes que yo brindando,  
el licor de aquesa copa  
torne en néctar vuestro labio.

REINA. *(Turbada.)*  
¿Yo... señor...?

LISARDO. *(Poniéndose en pie y con entereza.)*  
¿Y qué os asusta?

Bebed pues, que yo lo mando.

*(Agitacion general: la reina titubea, y se oye un lejano rumor.)*

REINA. ¡Cielos...! respiro.

LISARDO. *(Sobresaltado.)* ¿Qué suena?

CAPITAN. Son del pueblo los aplausos.

LISARDO. *(Airado.)*  
¿Qué tardais...? Bebed, señora.

REINA. *(Horrorizada tirando la copa.)*  
No... Jamas, jamas, Lisardo.

LISARDO. *(Furioso.)*  
Guardias, prended á la reina.  
Ese vino emponzoñado  
está. Prendedla...

REINA. *(Saliendo en medio de la escena.)*  
¿Y quién puede  
atentar...?

CAPITAN. *(Corriendo á ella.)*  
Yo, y mis soldados.

(*Movimiento general de terror y de indignacion. Unos muestran asombro; otros meten mano á las espadas.*)

REINA. ¡Traidores...! Yo soy la reina.  
Ved qué haceis.

(*Sale Arbolán con la espada en la mano, seguido de un tropel de pueblo y de soldados.*)

VOCES. Muera Lisardo.

LISARDO. (*En medio de la confusion.*)  
¡Guardias...! ¡Traidores...! Seguidme.

ARBOLAN. (*Al capitán y soldados.*)  
¡A un regicida, á un tirano  
defendeis...? Mirad en sangre  
del rey teñidas sus manos.  
El lo asesinó, os lo juro.  
Valientes, abandonadlo.

CAPITAN. (*Asombrado.*)  
¡De veras...? ¡Qué horror...! No demos  
á tal monstruo nuestro amparo.  
(*Abandona la guardia á Lisardo.*)

LISARDO. ¡Ah cobardes...!

VOCES. Muera, muera.

ARBOLAN. (*Conteniendo á la turba.*)  
Muera, pero en un cadalso.

LISARDO. (*Despechado.*)  
¡Oh furor...! ¡Oh adversa suerte!  
Con el anillo me salvo.

(*Se pone rápidamente la sortija de la bruja, y se hunde por escotillon.—Cae el telon.*)

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

*El teatro representa el mismo rústico jardín de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y el dentro de ella, está siempre inmutable.—Sale LISARDO por escotillon, con traje humilde y sin la sortija.*

LISARDO.

*(Asombrado.)*

¿Adónde, adónde, cielos, me ha traído  
el anillo encantado...?

¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?

¿Qué lóbrega region he atravesado?

...Pasmado estoy.

*(Notando que le falta la sortija.)*

Mas ¡ay! la misteriosa  
sortija ¿qué se ha hecho...?

...¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?

—Entre mis manos mismas se ha deshecho.

*(Reconociéndose la mano.)*

Sí... Desapareció. Y en lugar de ella  
en torno de mi dedo

de sangre helada me quedó una huella.

...De asombro respirar apenas puedo.

*(Reconociendo el sitio en que está.)*

¿Mas dónde estoy...? No hay duda, la floresta  
donde tan venturoso

me vi en los brazos de mi Zóra, es esta:

donde empecé á vivir y á ser dichoso.

*(Complacido.)*

Aquí descansaré. Y aquí del mundo

de crímenes, tornando

al de placer y amor, el furibundo

rigor de mi destino iré amansando.

*(Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.)*

Mas ¡ay...! No tan risueña me parece  
como la vez primera

esta mansion. Ni plácida me ofrece  
aquel encanto que á mi pecho diera.

¿Acaso nunca el hombre la ventura  
recupera perdida,

y vano es su afanar cuando procura  
felice ser dos veces en la vida...?

No. Sin duda esta selva me parece



lóbrega porque en ella,  
 como resplandeció, no resplandece  
 la pura luz de mi divina estrella.  
 Yo buscaré perdido y anhelante  
 á mi adorada Zóra,  
 y tornarán su aliento y su semblante  
 á hacerme esta mansion encantadora.  
*(Va á salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.)*  
 Pero ¡triste de mí...! ¡Zóra...! Yo ingrato  
 la rechacé orgulloso,  
 con duro acento, con altivo trato,  
 desoyendo su ruego doloroso.  
 ¿Y cuándo...? Cuando hermosa y apacible,  
 angel de paz, venia  
 de un crimen espantoso, atroz, horrible,  
 á libertar ¡ay Dios! el alma mia.  
*(Profundamente conmovido.)*  
 ¡Zóra...! ¡Zóra...! Vengada estás, mi pecho  
 es raudal de amargura,  
 y por las garras del dolor deshecho  
 implora tu perdón y tu ternura.  
 ¿Y obtendré tu perdón...? Dulce esperanza  
 de obtenerlo me alienta,  
 pues no cabe el rencor ni la venganza  
 en el tierno candor que en tí se ostenta.  
 ¡Ah...! Perdóname, sí, dame consuelo.  
 Que tú sola en el mundo  
 puedes sacarme, por favor del cielo,  
 de este agitado piélago profundo.

*Sale y cruza lentamente el teatro un rústico y humilde enterrador, compuesto de cuatro doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan á Zóra muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detras dos hombres entutados y un viejo enterrador, tambien de luto, y con un azadon al hombro.*

LISARDO.

*(Sorprendido.)*

¡Oh cielos...! ¿Qué viene allí...?  
 Un rústico funeral.  
 Me hiela un sudor mortal.  
 No sé lo que pasa en mí.  
 Preguntaré.

*(Se acerca al enterrador.)*

Buen anciano.

ENTERRADOR.

¿quién es esa desdichada?  
 Es Zóra, que abandonada  
 por un marido inhumano,  
 y ardiendo siempre en amor,  
 tras de penosa agonía  
 murió al despuntar el día,  
 víctima de su dolor.

LISARDO.

*(Convulso.)*

¿Zóra...?

ENTERRADOR.

Sí, Zóra.

LISARDO.

*(Fuera de sí, deteniendo el entierro.)*

¡ Ah...! Dejad

que sobre el cadáver yerto  
este infeliz quede muerto,  
y una tumba á entrambos dad.

ENTERRADOR.

Retroceded, imprudente.  
Alejaos: ¿ qué pretendéis?  
No el reposo profaneis  
de una misera inocente.

LISARDO.

*(Furioso.)*

Este cadáver es mio,  
miserables.

ENTERRADOR.

Insensato.

¿ Qué frenético arrebató,  
qué furioso desvarío  
te obliga...?

LISARDO.

*(Acometiendo al féretro.)*

Sí, Zóra es mia.

Dádmela, que es mia, si,  
ó todos sereis aquí  
despojo de mi osadía.

*(Los dos enlutados que defendian el féretro se asustan y retroceden.)*

ENTERRADOR.

*(Asustado.)*

De su furia me acobardo.

LISARDO.

*(Furioso en todo extremo.)*

Dadme, dadme luego á Zóra,  
ó la rabia abrasadora  
temed del feroz Lisardo.

*Al oír este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo sobrecogidos de terror, y ellos y las doncellas se ponen en fuga.*

ENTERRADOR.

*(Sobrecogido de espanto.)*

Lisardo es el que miramos.

Sí, Lisardo el asesino.

...¿ Por dónde á esta tierra vino?

¡ Qué horror...? ¡ Oh cielos! huyamos.

*(Vase con los dos enlutados.)*

*Corre Lisardo frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de Zóra; lo saca del féretro, y lo lleva en brazos á un lado del proscenio, haciendo estremos de demente.*

LISARDO.

*(Agitadísimo.)*

Zóra del alma mia,

Zóra, mi bien, despierta...

Zóra... mi Zóra... ¡ Ah! ¡ muerta!

¡ Helada...! Apenas puedo respirar.

Y yo, yo, ¡ estrella impia!

yo te he dado la muerte.

¡ Y en mis brazos tenerte

oso, y tu faz marchita contemplar?  
*(Reconociéndola y tocándola como dudoso de su muerte.)*

¡Engañoso desmayo  
 acaso no pudiera,  
 cual nube pasajera...?

*(Cerciorado.)*

No.— Es un cadáver.— ¡Misero de mi!

*(Alejándose del cadáver.)*

Cielos, lanzad un rayo,  
 que mi frente confunda,  
 que me anonade y hunda,  
 y que á su lado me sepulte aquí.

*(Acercándose é inclinándose sobre el cadáver.)*

Si pudiera mi aliento,  
 si mi sangre, mi vida,  
 si la llama encendida  
 en mi pecho, do el crimen se asentó,  
 pasarse en un momento  
 á esta ceniza fría...

...¡ Oh, cuánto ganaría  
 el mundo, y cuánto ganaría yo...!

*(De rodillas.)*

Con el mundo piadoso  
 sed, oh Dios; revivida  
 á costa de mi vida  
 volvedle esta muger angelical,  
 este astro luminoso.  
 Y de mi libertadle,  
 el espanto quitadle  
 de este monstruo sangriento y criminal.  
*(Delirante, abrazando el cadáver de Zóra.)*

Mi angel, despierta;  
 álzate, mira,  
 vive, respira,  
 oye mi voz.

*(Despechado.)*

¡ Ay...! ¡ Está muerta!

Y yo la muerte  
 ¡ horrenda suerte!  
 le di feroz.

Yo me ahogo, misero  
 no puedo mas.  
 Mujer anjélica,  
 vengada estás.  
 Ardiente tósigo  
 me abrasa, si:  
 ó tierra, trágame,  
 trágame aquí.

*(Queda inclinado sobre el cadáver, abrumado de dolor.)*

LISEO.

*(Dentro.)*

Lisardo... Lisardo.

LISARDO.

*(Aterrado.)* ¡ Quién...?

La voz de la eternidad  
me ha llamado... ¡O Dios, piedad!  
Piedad de un mísero ten.

(Sale Liseo, y al verlo queda Lisardo confundido.)

LISEO.

(En tono amenazador.)  
Lisardo, sino contento  
con haber dado la muerte  
á esa infelice, faltando  
al juramento solemne  
que aquí en mis manos hiciste,  
ceberte furioso quieres  
en su mísero cadáver,  
y en tu crimen complacerte,  
la justicia de los cielos  
y la de los hombres teme.  
La justicia que reclama  
el desconsuelo, que adviertes  
con horror en mis mejillas,  
y en las sombras de mi frente.  
Que el desconsuelo de un padre,  
como yo afligido, siempre  
en el tribunal eterno  
piadosa acogida tiene.

LISARDO.

(Turbado, acercándose á Liseo.)

¡Señor...! ¿Sois vos?

LISEO.

(Severo.) Sí, Lisardo.

Soy Liseo. Tiembla al verme.

Soy el que te dió su hija

para que feliz la hicieses.

Mira cuál la devolviste

á su paternal albergue.

LISARDO.

(Confuso.)

Señor... Sois el primer hombre,

que... turbado... reverente...

...temblando escucho.

LISEO.

Lisardo,

no soy yo quien tanto puede.

Es el espectro espantoso,

que delante miras siempre;

y son los remordimientos

de los crímenes que hierven

en tu corazón.

LISARDO.

(Desconsolado y suplicante.)

¡Oh padre...!

LISEO.

(Retrocediendo.)

Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?

LISARDO.

Yo... Mi Zóra...

LISEO.

¿Zóra tuya...?

Zóra es solo de la muerte:

Zóra de la tierra es solo,

y yo solo soy quien debe

darle el último descanso.

Aléjate.—Aquí no eres  
mas que una espantosa hiena,  
un buitre voraz, que viene  
á destrozár un cadáver.

Déjalo en paz. Huye, vete.

(*Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.*)

LISARDO.

(*Conmovido.*) No... no. Mi esposa fue Zóra,  
y sino logro la muerte,  
que es lo que anhelo, á su lado,  
para que ambos nos encierre  
un mismo sepulcro, quiero  
dárselo como merece.

(*Recobrando su altanería.*)

Mi magnífico palacio,  
que domina estos vergeles,  
recíbala en sus salones;  
y en ellos mi esposa encuentre  
el soberbio mausoleo,  
que á sus cenizas conviene.  
Todas mis riquezas, todas  
en su sepulcro se ostenten;  
y de que fue esposa mia  
en el mundo se conserve  
el recuerdo, en oro y marmol  
consignado para siempre.

LISEO.

¡Insensato...! ¿Tus riquezas...?  
...¿Tu palacio...? Estás demente.  
¡Ignoras que de bandidos  
una codiciosa hueste  
ha robado tus tesoros;  
y que ha incendiado inclemente  
tu magnífico palacio?  
Corre á verlo. Nada tienes.  
Tus riquezas y tu alcázar  
son vil ceniza, humo leve.

*Lisardo sobrecoigido vuelve el rostro al fondo de la escena, y abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver á lo lejos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.*

LISARDO.

(*Corriendo hácia el fondo.*)

¡Qué es lo que miro...? ¡Infelice!

¡Ah...! mis fuerzas desfallecen.

(*Cae al suelo privado de sentido.*)

*Liseo hace una seña, y salen los cuatro villanos con sayos negros, colocan apresuradamente el cadáver de Zóra en las angarillas, y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra á Lisardo. Se vuelven á unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.*

LISARDO.

(*Volviendo en sí.*)

¡Infeliz...! ¡infeliz...! ¡Ay...! ¿Y aun repiro?

¿para qué torno á la angustiosa vida?

¿En dónde un rayo de consuelo miro?



¡ Ah ! toda mi esperanza está perdida.  
(*Se levanta del suelo.*)

Si , toda mi esperanza  
se la ha llevado el viento.  
(*Recobrando gradualmente su energía.*)

¡ Y quedará Lisardo sin venganza ,  
tendido en este potro de tormento ?  
Yo, yo, dominador de la ancha tierra ,  
yo, rayo de la guerra ,  
¡ he de morir en este valle oscuro  
como el mas vil mortal , como un gusano ;  
y reirá el orbe ufano  
de mi furor juzgándose seguro ?  
(*Despechado.*)

Desplómate rasgado en roncós truenos ,  
cielo, sobre mi frente,  
ó trágame inclemente,  
tierra de horror, en tus oscuros senos.  
¡ Yo desde el regio trono  
en la miseria hundido,  
y por traidores pérfidos vendido,  
y de una vil muger por el encono ?  
¡ Y cuando en mis riquezas  
nuevo apoyo busqué, para que el mundo  
admirando de nuevo mis proezas  
otra vez lleno de terror profundo  
se humillara á mis plantas ,  
tras desventuras tantas  
hallo ceniza y humo,  
y en furor impotente me consumo ?  
(*Pausa.*)

Mas nada , nada importa  
cuanto perdí, que aun quedo yo. Y aun siento  
el colosal aliento  
que mi indomable corazón aborta.  
Si el cielo me ayudara... ¡ Mas qué dice  
mi necio labio...? El cielo me maldice.  
Pues bien. mi ayuda sea  
el infernal poder. Oiga mi ruego:  
deme su auxilio, y luego  
asombrado verá cuán bien lo emplea.

*Se oye un espantoso trueno subterráneo, y sale por escotillon el demonio vestido de bandolero, pero con algunas señales que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbre toda la escena, volviendo luego á quedar en tinieblas.*

DEMONIO. (*Con voz áspera.*)  
¡ Qué del infierno quieres ?  
El á satisfacer tu afán me envía.

LISARDO. (*Asombrado.*)  
¡ Oh que espanto...! ¡ Quién eres ?

DEMONIO. No la presencia mia  
te turbe, pues poder para ayudarte,  
Lisardo altivo, tengo; y para darte  
los medios con que alcanza  
un hombre de tu temple la venganza.  
LISARDO. *(Reanimado y con ansiedad.)*  
Dame armas y pendones,  
guerreros escuadrones,  
que mis contrarios aterrados vean,  
y que del orbe el estermínio sean.

*El demonio da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos, y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro, y con cimitarras, lanzas, arcsos y flechas. Lisardo los mira con asombro y admiración.*

DEMONIO. Hélos aquí presentes,  
y aunque los juzgues pocos, tan valientes  
que escederán en mucho tus deseos,  
poblando el ancho mundo de trofeos.  
LISARDO. ¡Oh, qué extraño portento!  
Nacen escuadras á mi solo aliento.

*(Se reconoce, y ve que no tiene espada.)*

¿Pero yo desarmado?

DEMONIO. *(Dándole una espada.)*  
Este estoque te trage preparado,  
guadaña de la muerte,  
y prenda digna de tu brazo fuerte.  
Con él á la cabeza  
ponte de estos valientes bandoleros,  
que bandoleros son, mas no te asombre,  
pues no serás, Lisardo, el primer hombre  
de arrojo y fortaleza,  
que al frente de bandidos ha logrado  
un imperio rendir, un elevado  
trono fundar, y ver postrado al mundo  
besar su planta con terror profundo.

LISARDO. *(Entusiasmado.)*  
Sí: cuando empuño una tajante espada  
y de valientes circundar me veo,  
ser ya señor del universo creo,  
y contemplo la tierra encadenada.

DEMONIO. Emprende tus campañas.  
Que al renombre inmortal de tus hazañas,  
obedientes muy pronto á tus pendones,  
traerá nuevos y fuertes escuadrones  
y poderosas lanzas,  
que satisfechas dejen tus venganzas.  
Y porque no tan solo con despojos  
de fresca sangre rojos  
premies á los soldados,  
que sigan tus banderas esforzados,

quiero mostrarte ahora  
 las riquezas ocultas que atesora  
 este bosque sombrío :  
 Por aquí de oro puro pasa un río.  
 Míralo por las señas  
 que te dan estos troncos y estas breñas.

*(Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.)*

Todo es tuyo, Lisardo.

LISARDO.

*(Reconociendo admirado aquella riqueza.)*

¡Portento sin igual...! ¡Y ya qué aguardo?

*(Dirigiéndose á los bandoleros, que estarán apiñados á un lado.)*

O valientes, volemós,  
 y al mundo leyes y cadenas demos.  
 Campiñas y ciudades  
 se conviertan en yermas soledades,  
 y abriendo á sangre y fuego ancho camino,  
 las leyes trastornemos del destino,  
 por él ciegos corramos,  
 sembrando horror y muerte. Vamos, vamos.

*Se arroja decidido Lisardo al frente de los bandoleros hácia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce: y baja de las bambalinas, y se pone de pie sobre la muralla, un ángel mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas estendidas de plumas de colores, y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo arde arriba una llama de Bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el demonio y los bandoleros, agrupándose todos á un lado del proscenio sin osar mirar al ángel.*

ANGEL.

Confúndete, miserable.  
 Tente, mortal infeliz:  
 tu furia y la del infierno  
 pasar no pueden de aquí.

LISARDO.

*(Aterrado.)*

¡Ah...! ¿Qué es esto...? ¿Qué alto muro  
 se alza mi paso á impedir!

¿Qué luz deslumbra mis ojos...?

¿Qué voz tronadora oí...!

*(Abrazándose al demonio.)*

Dame tu amparo...

DEMONIO.

*(Cobarde y despechado.)*

No puedo

contigo adelante ir,  
 que es la voluntad divina  
 el muro que ves ahí;  
 y traspasarlo no pueden  
 ni mi audacia, ni mi ardid,  
 ni todo el infierno junto  
 derribarlo... ¡Pese á mi!

*(Se hunde el demonio y los bandoleros, y se queda Lisardo sin espada.)*

ANGEL.

La medida se ha llenado.

Decretado está tu fin.

*(Se remonta el angel y desaparece, y se apaga la llama de Bengala, quedando enteramente oscura la escena.)*

LISARDO. *(Medio derribado en tierra.)*

¡Ay de mi desdichado!

¡Qué horror!

Siento mi pecho helado  
de terror.

¡Ay...! Mi soberbio brio

¿dónde está?

El alto esfuerzo mio

nada es ya.

VOCES. *(Dentro á lo lejos.)*

Por aqui, por aqui.

OTRAS VOCES. *(Dentro mas cerca.)*

Vamos, marchemos.

ARBOLAN. *(Dentro.)*

Si aqui el traidor se oculta,  
y lo espeso del bosque dificulta  
que con él encontremos,  
al fuego abrasador la selva demos.

LISARDO. *(Levantándose presuroso.)*

Alli ¡oh furor! mis enemigos vienen,  
y del vil Arbolán la voz escucho.

...Con nuevas ansias lucho...

...Aun miedo á mi poder cobardes tienen.

Y tienen bien... *(Reanimado.)*

porque mi faz airada

sabrá aterrarlos y mi ardiente espada.

*(Va á meter mano, y se encuentra sin espada.)*

Mas ¿dónde... ¡cielo santo!

mi espada está...? ¿Quién pudo

quitármela...? *(Horrorizado.)* ¿Lo dudo...?

El infierno... ¡qué espanto...!

pues prenda suya era.

VOCES. *(Dentro cerca.)*

Alli está el asesino.

OTRAS VOCES. Muera, muera.

LISARDO. *(Aterrorizado.)*

Huyamos, si un camino

aun me guarda piadoso mi destino.

*(Corre hácia el muro y vuelve atrás despechado.)*

No le hay... solo la muerte

Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

*Salen en confuso tropel soldados, villanos y caballeros de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada-ó lanza, ó hacha de armas en la mano derecha, y en la izquierda una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena rodeando á Lisardo. Detras de ellos sale Arbolán con corona de oro sobre el morrion, manto real sobre la armadura y la espada en la mano, y le rodean cuatro guardias con alabardas.*

UNOS. *(Al salir.)* Aqui está el regicida.



OTROS. (*Idem.*) Aquí está el asesino.

LISARDO. (*Al ver venir á Arbolán.*)  
Mi manto y mi corona  
en quién ; oh cielos ! miro.  
¡ Ay ! de mi pecho es este  
el mas atroz martirio.

ARBOLAN. (*Conteniendo á los suyos.*)  
No le mateis. Prendedle,  
porque no debe , amigos ,  
morir á honradas manos ,  
cual noble, en este sitio ;  
sino á las del verdugo  
en infame suplicio.  
(*Todos se contienen, y llega á Lisardo.*)  
Humíllate á mis plantas ;  
confúndete , asesino.

LISARDO. (*Con altivez.*)  
Mátame.—¡ Qué te asusta ?  
Pasa este pecho mio,  
pues me encuentras sin armas  
por tu feliz destino.  
Que si espada tuviera ,  
te juro por mi mismo  
que tú y estos cobardes  
que me insultan altivos ,  
huyérais de mi saña ,  
pidiendo á Dios auxilio.

ARBOLAN. (*Orgullosa.*)  
Ríndete , miserable,  
que soy tu rey.

LISARDO. (*Con desprecio.*) ¡ Inicuo !  
jamas... Un vil alevé  
solamente en ti miro,  
y en esta infame turba  
rebeldes siervos míos.

TODOS. (*Agitándose en torno.*)  
Muera.

ARBOLAN: (*Conteniéndolos.*)  
No.—Sujetadle,  
y al cercano castillo,  
cargado de prisiones  
al punto conducidlo.  
Allí en un calabozo  
confúndase su brio  
el plazo de esta noche ;  
pues al momento mismo  
que el nuevo sol alumbre,  
en infame suplicio  
perecerá , del mundo  
y del cielo maldito.

(*Luchan un instante con Lisardo y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y Arbolán.*)



## ESCENA II.

*Decoracion corta que representa una oscura prision con dos fuertes rejas, una á la derecha, y otra á la izquierda. Es de noche. Sale Lisardo cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la accion de los brazos.*

LISARDO.

¿Es verdad...? ¿Lisardo soy,  
el que no cupo en la tierra?  
¿Este calabozo encierra  
todas mis grandezas hoy?  
¿Es cierto que atado estoy,  
y con hierros mi furor  
sujeto, por el temor  
con que ve cobarde el mundo  
mi desnudo sin segundo  
y mi indomable valor...?

Es verdad, no hay duda, si.  
Cobardes, viles, traidores  
ahora sacian sus rencores  
á mansalva sobre mí.  
Pero sepan que aun aquí,  
de cadenas abrumado  
y de estos muros cercado,  
arder en mi pecho siento  
aquel volcánico aliento,  
que el orbe admiró postrado.

Arde. Y si el cielo me diera  
estos hierros quebrantar,  
estos muros derribar,  
y volver á mi carrera,  
leccion saludable fuera  
mi estancia en esta prision;  
Si saludable leccion,  
que me dice: del dominio  
la sangre y el esterminio  
las firmes columnas son.

La sangre de los traidores,  
el esterminio total  
de todo osado rival,  
son sus cimientos mejores.  
Si lograran mis furores,  
si mi sañuda altivez  
de esta torre la estrechez  
burlar... ¡ah...! por vida mia,  
que el mundo no me veria,  
cual estoy, segunda vez.

*(Se pasea y se oye á lo lejos rumor de música militar, y prosigue animoso.)*

¿Y qué, me cierra el destino  
con brazo terrible y fuerte,  
en tan angustiosa suerte,

de la esperanza el camino...?  
 Rumor de tropa imagino  
 hácia este lado sonar;  
 aun me pudiera ayudar,  
 recordando la alta gloria  
 de tanta insigne victoria  
 como yo le supe dar.

*(Se acerca á una de las rejas por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.)*

Son ¡ah! mis soldados, si,  
 los que glorioso mandé,  
 los que de lauro colmé,  
 los que un Dios vieron en mí.  
*(Con voz alta hablando por la reja.)*

Valientes, miradme aquí.  
 La traicion, la envidia fiera  
 me tienen de esta manera.  
 que vuestro esfuerzo leal  
 salve á vuestro general.

Soy Lisardo.

VOCES.

*(Dentro.)* Muera, muera.

*Lisardo se retira precipitado de la ventana con muestras de despecho.*

LISARDO.

¡ Oh desengaño cruel!  
 ¡ Oh terrible confusion!  
 Me aprietan el corazon  
 como un áspero cordel.  
 ¿ Qué se ha hecho, cielos, aquel  
 entusiasmado ardimiento,  
 que daba mi nombre al viento  
 cual del númen de la guerra,  
 y que por rey de la tierra  
 me dió en el dosel asiento?  
*(Se oye á lo lejos rumor de pueblo.)*

Mas del pueblo en la memoria  
 mas firme estará grabado,  
 que mi esfuerzo denodado  
 le dió libertad y gloria;  
 que ganando una victoria  
 lo libérté del furor  
 del bárbaro destructor.  
 Pues bien, al pueblo apelemos,  
 ya que en los soldados vemos  
 tanto olvido y tal rencor.

*(Se acerca á la otra reja, por la que tambien se advierte el resplandor de luces.)*

Sí... La plaza toda llena.  
 Quiero hablarle. Oiga mi voz.

*(En voz alta hablando por la reja.)*

Pueblo: ved mi suerte atroz.  
 La envidia aquí me encadena,  
 y ella sola me condena,

Yo sacrificué mi vida  
por vuestro bien. Defendida.  
la patria ha sido por mí.  
Sacadme, oh pueblo, de aquí.

VOCES.

(*Dentro.*)

LISARDO.

Muera, muera el regicida.

(*Volviendo aterrado al medio de la escena.*)

¡ Oh qué horror! Qué ansia mortal?

...¿ De quién ¡ ah! de quién me quejo?

¡ Así en el olvido dejo

que soy atroz criminal?

...¡ Oh, qué recuerdo fatal!

(*Despechado.*)

Mas por ventura ¡ mejores  
son los aleves traidores  
que mi muerte han decretado,  
trayéndome al duro estado  
de blanco de sus furores?

¡ Ay! sin venganza morir  
es lo que me aflige mas.

Si consiguiera quizás  
de nuevo al mundo salir,  
¿ quién pudiera resistir,  
quién mi encono vengador?  
¡ Con qué gozo de furor;  
con qué furiosa alegría  
en sangre lo inundaría  
y lo hundiera en el terror!

Si hay algun hombre ambicioso,  
que saciada quiera ver  
su ambicion, venga á romper  
mi carcel, será dichoso.  
Protéjame poderoso,  
verá lo que por él hago.  
Le fundaré sobre un lago  
de sangre, un imperio, sí.

*Sale rápidamente por escotillon el espectro del rey con manto y corona, y mostrándole el pecho herido y brotando sangre,*

REY.

Traidor, yo te protejí  
y me distes este pago.

(*Húndese.*)

LISARDO.

(*Pasmado de terror.*)

¡ Qué han visto mis ojos...? ¡ Ah...?

¡ Qué vision tan espantable!

—Y yo ¡ cuán abominable  
me miro y contemplo ya!

—Justa es la suerte que está  
amenazando mi frente.

Mas ¡ ay! me hizo delincuente  
el mundo fascinador;

que aunque nací con valor,  
 nací tambien inocente.  
 ¡ Oh ambicion...! ¡ Oh poderio!  
 ¿ Quién con vos no es criminal?  
 ... Os detesto, odio mortal  
 os jura este pecho mio.  
 Si de mi destino impío  
 el rigor burlar pudiera,  
 ¡ cuán distinta vida hiciera...!  
 Buscara lejos del mundo  
 paz y reposo profundo;  
 el campo mi asilo fuera.

(*Enternecido.*)

El campo... ¡ Qué venturoso  
 en él ¡ ay cielos! me vi...!  
 Al campo volviera, si,  
 y á su tranquilo reposo.—  
 —Tierna Zóra, dueño hermoso,  
 ¡ qué feliz en él me hiciste!  
 Sé el amparo de este triste.  
 Ven mis hierros á romper.

*Sale por otro escotillon el espectro de Zóra, tal cual estaba su cadáver.*

ZÓRA. (*Con voz sepulcral.*)  
 Feliz yo te quise hacer;  
 la muerte en pago me diste.

(*Húndese.*)

LISARDO. (*Trémulo y aterrado.*)  
 ¡ Ay de mi desventurado!  
 ¡ Esto he visto, y vivo estoy?  
 Me encuentro por do quier hoy  
 de crímenes rodeado.  
 (*Muy afligido y mirando al fondo.*)  
 Mira por mi, padre amado.  
 De este mundo de maldad  
 vuélveme á la soledad  
 del escollo en que nací:  
 torne á verme junto á ti,  
 ten de Lisardo piedad.

*Aparece en medio del muro de la prision que cierra el fondo, un cuadro grande transparente, en que se ve con toda exactitud la decoracion de la primera escena del acto primero, esto es, la montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar y á la derecha del espectador la gruta de Marcolán, dentro de la cual se verá distintamente solo un esqueleto. Lisardo lo contempla un momento estupefacto, retrocede, y el cuadro desaparece.*

LISARDO. (*En la última desesperacion.*)  
 La furia veo patente  
 con que el cielo inexorable  
 su maldicion espantable  
 desploma sobre mi frente.

¡ Oh , qué tormento inclemente  
es aqueste afán interno...!  
...¡ Qué me espera , Dios eterno...!  
¡ Qué me aguarda , hado cruel ?

*Suena bajo el tablado la*

VOZ DEL GENIO DEL MAL.

El patíbulo , y tras de él  
la eternidad del infierno.

*Se descubre todo el fondo del teatro, y aparece una gran horca, con cordeles y escalera pintada de negro, que estará aislada, y detras á alguna distancia se verá un mar de fuego, que llena todo el frente y se agita en todas direcciones, viéndose cruzar por él figuras negras y movibles de demonios, serpientes y monstruos espantosos. La escena se alumbrará toda con la luz roja de las llamas.—Lisardo contempla un momento aterrado tan espantosa vision, y corre de un lado á otro, haciendo estremos, y va á caer desmayado en el sitio en que estaba su lecho en el primer acto.*

LISARDO. *(Cayendo desmayado.)*  
¡ Qué horror...! ¡ Qué horror...! ¡ Ay de mi...!  
MARCOLAN. *(Dentro de su gruta mirando al reloj de arena.)*  
El conjuro está cumplido.  
Vuelva á gozar el dormido  
de paz y reposo aquí.

*Cruzan el teatro en todas direcciones, y como al fin de la primera escena del primer acto, las mismas ligeras gasas transparentes, con figuras vagas y fantásticas, y se reunen como entonces en el fondo y delante de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo oculta todo. Verificado esto, cierra el libro Marcolán, se levanta gravemente, toma su vara de oro, y sale magestuosamente de la gruta mirando á todos lados.*

MARCOLAN. *(En tono solemne.)*  
Espiritus celestes é infernales ;  
genios del bien y el mal que los destinos  
por ocultos caminos  
dirigís de los miseros mortales ;  
pues que ya obedecisteis mi conjuro ,  
alejaos de este escollo en el momento ,  
y á la region del viento  
tornad , ó de la tierra al centro oscuro.  
*(Agita la vara en derredor.)*

*Se alza rápidamente la niebla, y aparece la misma decoracion con que empezó el drama, con la diferencia de que el mar estará tranquilo. Y detras de él y de la montaña de peñascos se verá un cielo que represente un risueño amanecer.—El tosco lecho se verá en el mismo sitio, y en él Lisardo dormido, vestido de pieles, como apareció la primera vez.*

LISARDO. *(Inquieto y aun soñando.)*  
¡ Ay de mi...! basta... ¡ qué horror !  
MARCOLAN. *(Contemplándole con compasion.)*  
¡ Desdichado !—Aun el ensueño



es de sus sentidos dueño.

Termine ya su rigor.

*(Estiende sobre el la vara, y dice en voz alta.)*

Deja, Lisardo, el reposo,  
que ya en el risueño oriente  
la aurora resplandeciente  
anuncia un sol venturoso.

Despierta, despierta, pues.

*(Le toca con la vara y se retira á un lado.)*

LISARDO. *(Despierta, mira atónito á todos lados, se levanta, y corre á los brazos de su padre.)*

¡ En dónde, ó cielos estoy...?

¡ Oh, qué venturoso soy!

Mi amado padre aquel es.

¡ Padre!

MARCOLAN. *(Con gran ternura.)*

¡ Hijo mio! ¿ Has pasado  
bien la noche?

LISARDO. *(Avaladísimo.)* ¡ Padre...! ¡ Oh!

¡ Qué infeliz he sido yo!

Tengo el pecho destrozado.

MARCOLAN. ¿ Mas para ir al mundo estás  
dispuesto cual te ofrecí?

Hoy me dejarás aquí...

LISARDO. *(Abrazando estrechamente á su padre con gran vehemencia y la mayor espresion de terror.)*

No, padre mio, jamas.

*(Marcolán alza la cabeza y las manos al cielo como para darle gracias, y cae el telon.)*

Sevilla, 1842.

FIN DEL DRAMA.

# INDICE

## DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO IV.

	PAGINAS
Advertencia, y carta del Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco.. . . .	v
TANTO VALES CUANTO TIENES, <i>comedia.</i>	
Acto primero. . . . .	43
— segundo.. . . .	47
— tercero: . . . . .	76
DON ALVARO Ó LA FUERZA DEL SINO, <i>drama.</i>	
Jornada primera. . . . .	445
— segunda. . . . .	429
— tercera. . . . .	445
— cuarta. . . . .	464
— quinta. . . . .	475
SOLACES DE UN PRISIONERO Ó TRES NOCHES DE MADRID, <i>comedia.</i>	
Jornada primera. . . . .	493
— segunda. . . . .	243
— tercera. . . . .	243
LA MORISCA DE ALAJUÁR, <i>comedia.</i>	
Jornada primera. . . . .	273
— segunda. . . . .	304
— tercera. . . . .	329
EL CRISOL DE LA LEALTAD, <i>drama.</i>	
Jornada primera. . . . .	357
— segunda. . . . .	385
— tercera. . . . .	419

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO,  
*drama fantástico.*

Acto primero. . . . .	443
— segundo. . . . .	474
— tercero. . . . .	485
— cuarto. . . . .	508

Además de estas obras dramáticas, ha escrito el autor, y no ha tenido á bien que formen parte de esta coleccion, las siguientes :

*Ataulfo*, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1814, nunca representada ni impresa por haberlo prohibido la censura.

*Aliatar*, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1814, estrenada con gran éxito en aquella ciudad é impresa en la misma el año siguiente.

*Doña Blanca*, tragedia en cinco actos , escrita en Sevilla en 1815, estrenada en aquella ciudad, y hasta ahora inédita.

*El duque de Aquitania*, tragedia en cinco actos escrita en Sevilla en 1817, representada en Sevilla y otras capitales de provincia, publicada en el segundo tomo de poesías del autor, impreso en Madridpor Sancha, año 1820.

*Maleck-Adhel*, tragedia en cinco actos, escrita en Sevilla en 1818, representada en Barcelona, impresa con la antecedente en el mismo tomo.

*Lanúza*, tragedia en cinco actos escrita en Córdoba en 1822, estrenada, con gran éxito, en Madrid el invierno de 1823 é impresa y publicada el mismo año. Al siguiente fue recogida la edicion.

*Arias-Gonzalo*, tragedia en cinco actos , escrita en la isla de Malta en 1826, nunca representada, y hasta ahora inédita.

*El Parador de Bailen*, comedia en tres actos, escrita en Sevilla en 1813, representada en aquella ciudad, impresa en Madrid en la galería dramática de Delgado.

## ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
48	40	DON JUAN	»
26	27	¡Y lo que sabes!	¿Y lo que sabes?...
id.	31	¿Gran virtud la carta tiene?	¡Gran virtud la carta tiene!
34	46	DON SIMEON	DON ALBERTO
id.	47	DON ALBERTO	DON SIMEON
id.	48	DON SIMEON	»
43	8	de	que
50	43	enseñarles	enséñalos
60	23	necesidad	necedad
79	24	hay	ay
103	20	hemos	habemos
108	28	indignado	»
124	1	desdichada	desdicha
id.	45	y de	y que
172	48	de las breves	de breves
id.	49	de mundanas	de las mundanas
176	8	puedo	pudo
198	50	cuidadosa	cuidosa
205	51	á la fe mi	á la fe de mi
209	40	coraza	coroza
219	24	á quienes	á quien
239	9	PIERRES	EMPERADOR
312	30	¿Pues osas	¿Qué osas
333	9	hoy en el	hoy el
346	26	si hablarme	sin hablarme
413	33	si vos	sin vos
432	43	BERRIO	MAURICIO
437	40	y mal	y mi mal
432	47	} ..... LOPE	LOPEZ
440	40		
395	2		
459	40	vuestros	nuestros
461	27	de dos en dos: detras de el Lisardo	de dos en dos detras de el. Lisardo
470	26	de dos lanzas	de él dos lanzas





